



TIRANO

JUEGOS FUNERARIOS

CHRISTIAN CAMERON

Lectulandia

Tras la muerte de Alejandro Magno en Babilonia, el mundo se ha convertido en un gigantesco campo de batalla en el que sus generales se disputan el inmenso imperio por él creado. Elegir bando, y saber cuándo cambiar, es un asunto de vida o muerte, pero a veces ni siquiera alinearse con los vencedores garantiza la supervivencia.

Los gemelos Sátiro y Melita, herederos de un próspero reino a orillas del mar Negro, tienen que aprender deprisa esta lección cuando una infame traición los convierte en desesperados fugitivos. Acompañados por su preceptor, el espartano Filocles, deben emprender un peligroso viaje hacia el oeste, con unos implacables asesinos pisándoles los talones, esperando hallar refugio en Alejandría, la ciudad más extraordinaria del mundo antiguo.

En medio de la tormenta y convertidos en peones de la enmarañada red de alianzas y conspiraciones que conducirá a un monumental enfrentamiento final, Sátiro y Melita tendrán que volverse adultos sin dilación y atender a la llamada del destino.

Lectulandia

Christian Cameron

Juegos funerarios

Tirano III

ePUB v1.1

rodricavs 18.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Tyrant. Funeral Games*

Christian Cameron, 2011

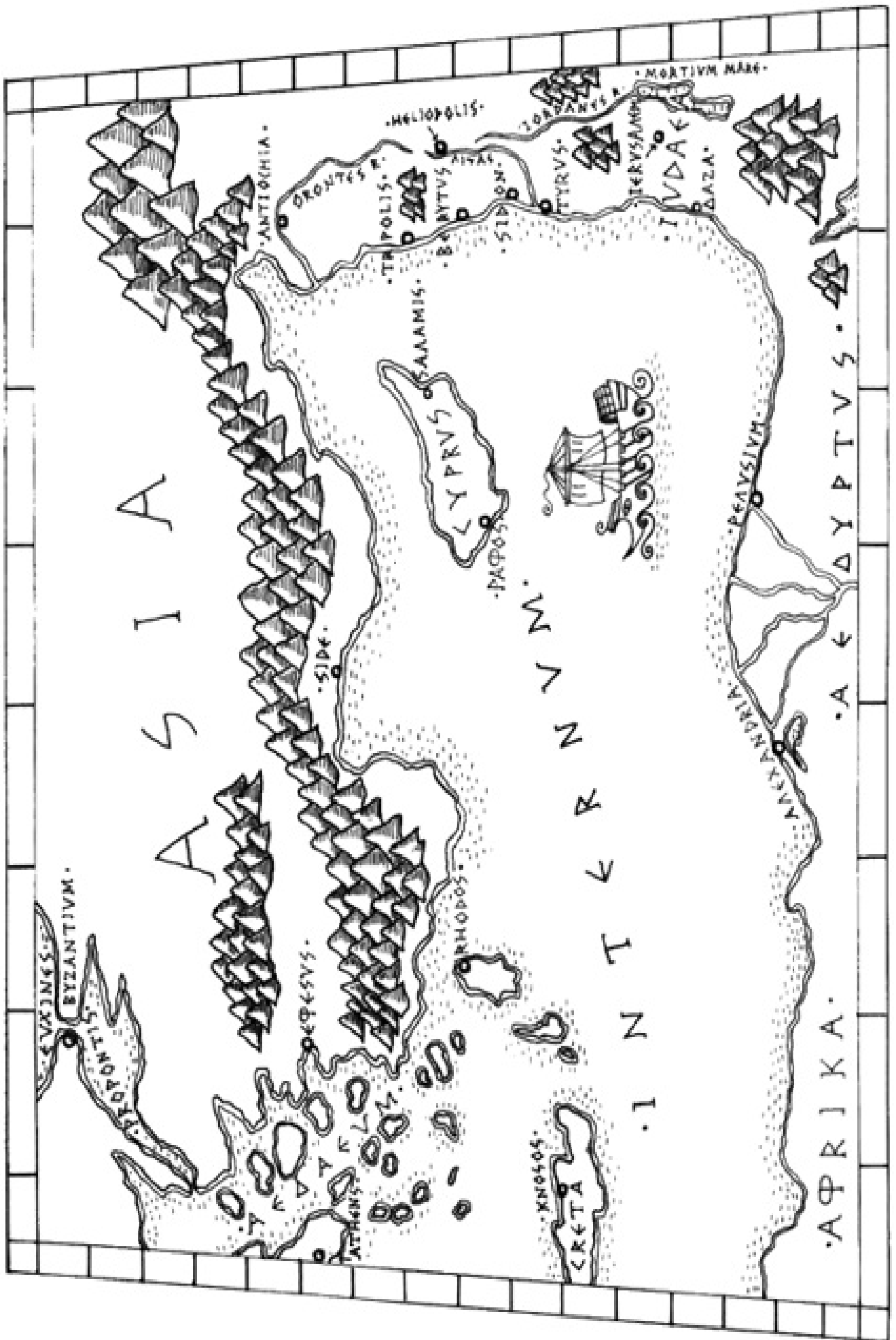
Traducción: Borja Folch

Editor original: rodricavs (v1.0 a v1.1)

Corrección de erratas: celso1200

ePub base v2.0

Para los trekkers

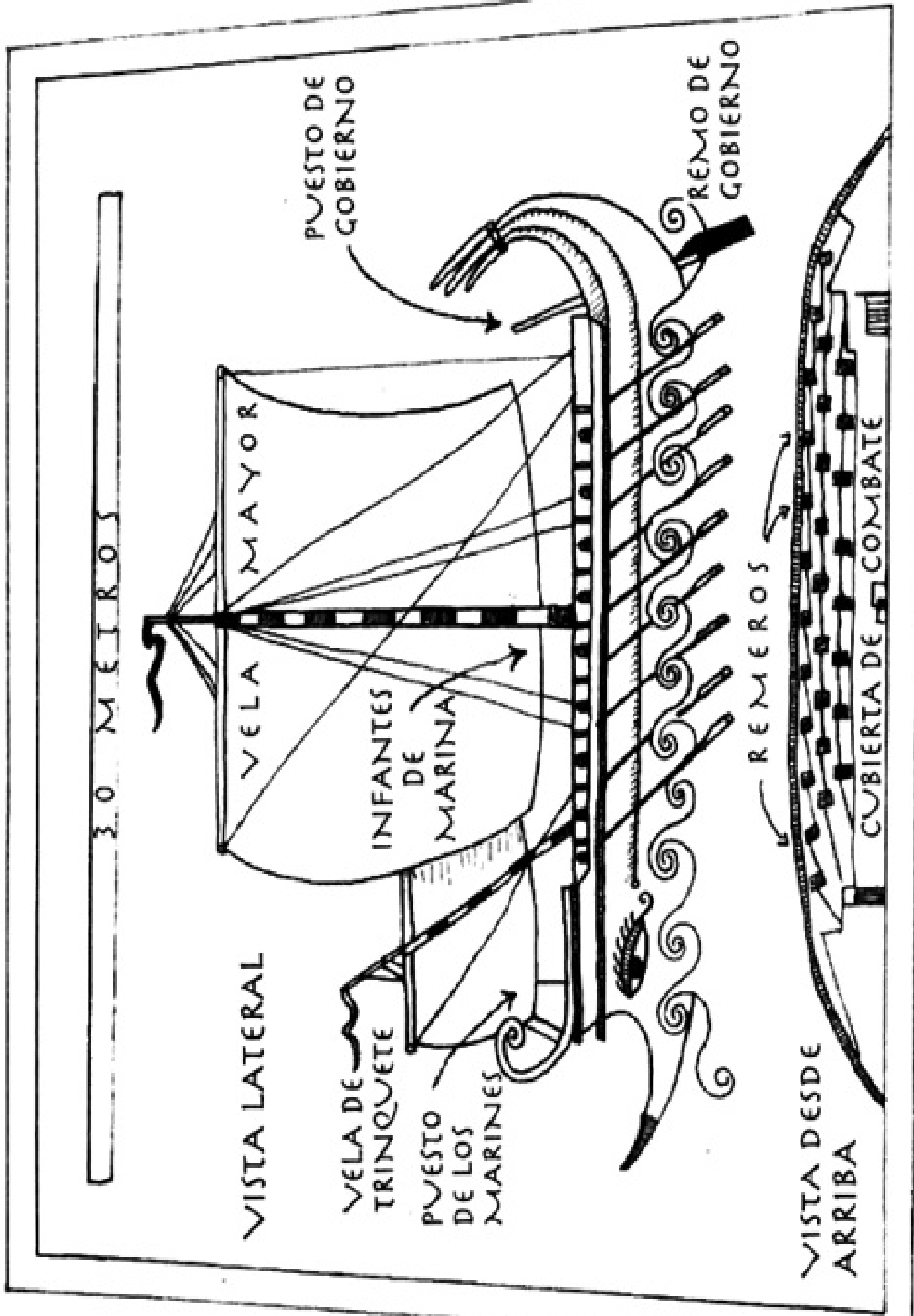


ALEJANDRÍA

MAR INTERNUM

BAHÍA DEL ESTE





El *kurgan* de Kineas se alzaba sobre el delta del río Tanais cual pirámide del remoto Egipto cubierta de césped. En lo alto, un plinto de mármol de Paros parpadeaba al sol.

A los pies del *kurgan*, donde las aguas del Tanais, turbias tras el deshielo, batían la playa fangosa, se hallaba Srayanka, que había sido la esposa de Kineas. Detrás de ella aguardaba un barco de treinta remos con la popa firmemente varada en el barro, a la espera de sus órdenes. La mujer volvió a abrazar a sus hijos gemelos: Melita, que con doce años ya era la viva imagen de su madre, y Sático, idéntico a su padre tanto en complexión —caderas estrechas, hombros anchos— como en la forma de la boca. En ese momento le temblaban los labios porque contenía el llanto. Sático abrazó a su madre otra vez, luego Melita le tomó la mano y ambos se quedaron en la playa junto a Filocles, su preceptor.

—Espero que hagan algo más que estudiar manuscritos y poetas muertos —dijo Srayanka—. Lléalos a montar. Salid de pesca. Demasiado escribir mata el espíritu.

—La lectura ejercita la mente así como los deportes entrenan el cuerpo —entonó Filocles automáticamente, arrastrando las erres al pronunciar las palabras.

—Sólo estaré fuera cinco días. Termino esta desagradable misión y nos largamos al mar de hierba a pasar el verano. ¿Se me olvida algo?

Srayanka miró a Sático, que tenía muy buena memoria.

—Nos lo has dicho todo —respondió Melita.

—El nuevo entrenador de Corinto debería llegar cualquier día de éstos —dijo Srayanka—. Ocupaos de que sea bien recibido.

—Ya lo sé —dijo Filocles. No estaba más ebrio que de costumbre, y expresaba su impaciencia por la reiteración de las instrucciones con la soltura que confiere un viejo hábito.

—Todos lo sabemos —apostilló Melita.

A Sático le habría gustado hablar, pero bastante esfuerzo le costaba ya contener las lágrimas. Detestaba separarse de su madre. Sin embargo, recobró la compostura, respiró profundamente y dijo:

—Quiero ir en el barco.

Srayanka le sonrió, pues Sático amaba los barcos y el mar tanto como su hermana amaba los caballos y el mar de hierba.

—Pronto, cariño. Pronto estarás al mando de mi barco. —Miró hacia el agua—. Pero no en este viaje.

Temblando por el esfuerzo de reprimir sus sentimientos, Sático le sonrió. Srayanka le devolvió el gesto, complacida de que su hijo estuviera aprendiendo a controlarse.

Y entonces, a pesar de sus recelos, Srayanka bajó por la playa hasta la pasarela y embarcó.

Tardaron dos días en cruzar el paso que sorteaba los largos bancos de arena que delimitaban la bahía del Salmón, y un día más en abrirse camino entre los bajíos hasta salir al Euxino. Una vez que hubieron dejado atrás el último banco traicionero, navegaron costeadando. Acamparon al raso para pasar la noche y al día siguiente continuaron remando despacio a lo largo de la playa de Panticapea, ante la ciudad de Herón, buscando el lugar señalado para el encuentro.

Hacía uno de esos días que la gente recuerda cuando recuerda haber sido feliz: el cielo profundo y de un azul deslumbrante, el sol primaveral iluminando la hierba verde que se perdía en el horizonte, el mar de un perfecto azur que reflejaba la bóveda celeste, y la nítida playa dorada contrastando con la tierra negra de los campos que se extendían hacia el sur y el oeste. En otoño estarían colmados de grano, ese bien que proporcionaba su riqueza al Euxino.

Srayanka iba sentada en la popa del barco con un reducido grupo de sus mejores guerreros y con Ataelo, un miembro de las tribus sakje que había sido el jefe de exploradores de su marido. En ese momento era algo más que un mero explorador: más de seiscientos jinetes componían su clan.

A los remos, una mezcla de griegos y lugareños meotes, así como labriegos sindis de tierras más occidentales. Srayanka sonreía al verlos remar juntos, pues la unión de las tres razas representaba su territorio, no del todo un reino, en el río Tanais. Ese día iba a desembarcar cerca de Panticapea para sellar su estatus mediante un tratado —un concepto que aun siendo griego entendía a la perfección— que garantizaría la seguridad de sus embarcaciones, sus labriegos y sus hijos.

Qué distinto era todo de los tiempos de su niñez, pensó, mientras el sol le calentaba el rostro. Como doncella lancera había cabalgado por el mar de hierba. Cuando la contrariaban, presentaba batalla. Cuando sus enemigos eran más fuertes que ella, galopaba hasta desaparecer en el mar de hierba. Kineas y su sueño de un reino en el Euxino habían cambiado todo aquello. Para entonces tenía a miles de campesinos que proteger y cientos de colonos y comerciantes griegos. «Rehenes.» Ya no podía huir a caballo.

En lo alto de la playa, a una distancia que un caballo recorrería en doscientos latidos, vio al hombre con quien había venido a tratar: Herón, el tirano de Panticapea. Igual que Ataelo, Herón había sido uno de los hombres de su marido doce años antes. No uno de sus favoritos, pero los vínculos perduraban. Herón tenía intención de convertirse en rey del Euxino y, por más que esa idea la ofendiera, saludarlo no le costaría ni un caballo, como decía el viejo refrán sakje.

Río entre dientes.

Ataelo le dedicó una de sus amplias sonrisas. Resultaba fácil, además de erróneo, interpretar esas sonrisas como prueba de escasa inteligencia. Más bien ocurría que Ataelo era uno de esos hombres que encontraban muchos motivos para sonreír.

—¿Para ser feliz? —preguntó Ataelo. Quince años viviendo con griegos y su dominio del idioma no había mejorado un ápice.

—Vamos a convertir a Herón en kan del mar Interior —dijo Srayanka en sakje. En ese idioma, su desdén fue patente; ella, que portaba ostensiblemente la espada de Ciro y podría acabar sus días como reina de todos los sakje en el mar de hierba, debía arrodillarse ante un muchacho griego que tan sólo poseía una ciudad a su entera disposición.

—Por llamarle Eumeles —dijo Ataelo en griego, encogiendo los hombros—. Eumeles, no Herón.

Srayanka miraba hacia la playa cada vez más cercana y negó con la cabeza.

—No consigo que me caiga bien —dijo.

Ataelo se encogió de hombros, gesto que era prácticamente la única característica de los griegos que había adoptado. Lucía una pesada sobrevesta de seda de Qin con bordados de oro. Debajo llevaba una armadura de bronce con las escamas de asta. Pese a su reducida estatura tenía el aspecto de lo que era: un alegre caudillo.

—¿Quieres cambiar de parecer? —preguntó, hablando por fin en sakje.

Srayanka negó con la cabeza. Veía a Herón —Eumeles— de pie delante de su guardia, dos docenas de mercenarios. Resultaba fanfarrón, vestido de púrpura y oro, con sandalias rojas y una ornamentada espada. Justo a su lado había otro hombre, un desconocido, pero su posición revelaba que era casi tan importante como Herón. El segundo hombre no destacaba por su vestimenta, constitución ni ninguna otra característica. Tenía el pelo de un color anodino y era de estatura media. No obstante, el hecho de que estuviera tan cerca de Herón hizo que Srayanka entornara los ojos.

—¿Quién es? —preguntó en sakje. Con Ataelo no era preciso abundar en detalles.

Ataelo apenas movió levemente el mentón, pero su gesto decía que tampoco él había visto antes a ese hombre.

Srayanka sonrió a su capitán; nada de grandilocuencias como la del navarco, que era como los griegos llamaban a los comandantes de sus naves.

—Desembárcanos aquí —le ordenó—. Caminaremos un poco.

Ataelo sonrió ante tal precaución.

La proa siseaba como si el tajamar rezongara al hendir las olas del agua poco profunda y finalmente el barco crujió al vararse con contundencia en la arena. Los popeles saltaron a tierra y arrastraron el ligero casco un par de brazas playa arriba, y acto seguido los remeros hicieron lo propio y ayudaron a sacar la quilla del agua. Sólo entonces saltaron por la borda los sakje; ninguno de ellos tenía ni por asomo alma de marinero. Dos de los guerreros de Srayanka cayeron de bruces al saltar.

Srayanka observaba a Herón, que se encontraba sólo a unas docenas de largos de caballo.

—Poned el barco a flote —dijo en griego—. Preparadlo para zarpar de inmediato.

Srayanka comprobó su *gorytos*, la caja del arco que todos los guerreros llevaban siempre al hombro. Con los dedos palpó el arco y las flechas, el puñal atado con correas a la parte trasera de la caja y la espada de Ciro sujeta al cinto.

Todos los *sakje* la imitaron. Los guerreros miraron a Srayanka y a Ataelo.

—Parezco tonta —dijo—. Acabemos con esto de una vez.

«Por mis hijos», pensó. Le gustaba su vida, no sentía la menor necesidad de ser reina de todos los *sakje*, ni siquiera para reemplazar a Marthax, su antiguo enemigo. Deseaba disfrutar del resto de su vida. Bastaría con hincar la rodilla para que todo aquello por lo que había trabajado quedara a salvo.

Pero no quería postrarse. «Oh, esposo de mi corazón. Vencimos a Iskander y ahora me arrodillo ante un idiota.»

Caminar por la arena resultaba incómodo y poco digno, y deseó haberse sobrepuesto a sus temores y a su desdén y desembarcar a los pies de Herón. «A los pies de Eumeles», pensó. El espantajo. El inútil. Una persona insignificante que pretendía ser el heredero de su esposo.

Y de pronto estuvo allí, a un largo de caballo del hombre alto y delgado con la clámide púrpura. Le hizo una reverencia.

—Es guapa —dijo el hombre situado detrás de Herón. Su acento era ateniense, y Srayanka pensó en Kineas. El desconocido parecía intimidado.

—Toda tuya —dijo Herón. Dio media vuelta y desapareció entre sus guardias.

Traición. Lo comprendió en el acto.

Tuvo su *akinakes* —la espada de Ciro, tan larga como su brazo y siniestramente afilada— en la mano antes de que los guardias lograran cruzar la arena. «Menudo idiota; hacer ese gesto para advertirme de su traición», pensó, y el frío jade de la espada de Ciro la tranquilizó. Cuando el acompañante de Herón arremetió con la lanza contra ella, Srayanka agarró el arma, se la arrebató de un tirón al tiempo que le daba la vuelta y, acto seguido, por encima del gran escudo redondo de su atacante, le clavó a éste la punta en el cuello.

Recibió un golpe en el costado, pero la armadura que llevaba debajo de la túnica desvió la punta. Srayanka giró en redondo, pero ya los tenía a todos alrededor y no corrían riesgos. Se agachó casi hasta el suelo y blandió la espada corta hacia arriba, por debajo de un escudo. El agredido gritó mientras caía al tiempo que ella ocupaba su posición; un golpe en la espalda, y otro más, y de pronto la asaltó un dolor agudísimo. Pese al mareo y a la pérdida de fuerza en los miembros, el otro hombre estaba allí, y se abalanzó sobre él. Ya había perdido el control de sus músculos antes de que su espada golpeará el puente de la nariz del ateniense y la sangre manara a

chorros, alcanzando la espalda de Srayanka. Vio los pies de sus enemigos; unos descalzos y otros con recias sandalias.

—¡Maldita puta! —gritó el ateniense.

Srayanka sonrió a pesar de que la oscuridad se cernía sobre ella y a que sabía exactamente lo que eso significaba.

El sonido contundente de una flecha clavándose en la carne... en otra ocasión el extraño ruido de la punta atravesando el *thorax* de cuero blanco del guardia le habría hecho sonreír, pero para entonces ya había descendido demasiado por la senda de la oscuridad. «Ataelo —pensó—. Aún está vivo y sigue disparando. Salva a mis hijos, Ataelo.»

Luego, gritos. Retumbar de pisadas. El ateniense maldiciendo, su voz como la de un hombre muy resfriado.

Frío, frío en todo el cuerpo. «Tendida despierta en su carromato en el mar de hierba, desnuda para invitar a Kineas a jugar, pero con frío. Y luego la calidez, la recompensa cuando él se acostaba a su lado, oliendo a hombre, a caballo y a bronce sucio como si fuese un perfume.»

—No me eches la culpa a mí —dijo Herón—. Te la he servido en bandeja. Eres tú quien la ha jodido.

—¡Me ha cortado la *nadiz*! —gimió el ateniense.

—Tonterías. La conservas casi intacta. He mandado aviso a mi curandero. Bien, ¿qué es lo que quieres? ¿Su cabeza?

Herón estaba impaciente. Srayanka formuló su maldición y la escupió sílaba a sílaba, como las últimas gotas de un tarro de miel, mientras se sumía en la negrura. Pero aún podía oír.

—Jódete —dijo el ateniense, arreglándoselas para aparentar coraje.

—Un insulto más y le diré al general Casandro que caíste en la refriega. ¿Queda claro? Bien. Mi curandero se ocupará de curarte la nariz y luego intentaré rectificar tu error antes de que me cueste más tiempo y dinero —dijo Herón, como siempre con aires de suficiencia.

—Has dejado escapar a la pequeña escita y *ahoda* su *badco* se ha ido —replicó el ateniense. La impresión de la herida se le estaba pasando—. Tú has sido el idiota que nos ha delatado. ¡Si me asesinas Casandro vendrá a *pod* ti!

—Si eres un ejemplo del poderío de Casandro, creo que he apostado por el caballo equivocado —alegó Herón—. Dale recuerdos de mi parte a doña Olimpia. Y recuerda bien esto: voy a ser el rey del Euxino. Éste era el precio. ¿Queda claro? —Una pausa—. Se suponía que iba a traer a los mocosos. ¿Dónde cojones están? Los quiero muertos.

—Que te jodan —le espetó el ateniense.

Srayanka estaba perdiendo interés. El frío se le iba pasando; notaba los pies

cálidos de su hombre junto a los suyos, y captaba el aroma a bronce viejo, aceite y caballo, con un rastro de sudor masculino.

Como siempre, el contacto de Kineas la relajó; y se dejó llevar.

Parte I

El forjado

316 a. C

—Tienes una buena complejión para ser un niño —dijo el atleta. Se apartó de su futuro alumno y le tendió una mano—. Pero si te enfrentas a un hombre en una prueba de fuerza, te vencerá.

El nuevo entrenador tenía las espaldas de un toro. Le sacaba una cabeza a su alumno de doce años y era mucho más fornido; su musculatura era digna de aparecer en la decoración de cualquier jarrón con motivos heroicos. Se llamaba Terón y había competido por los laureles en Nemea y Olimpia, perdiendo por poco en ambas ocasiones. Había efectuado un largo viaje para ser el entrenador del chico, y había dejado claro que quería ver qué le ofrecían.

Lo que le ofrecían era una figura delgada con los músculos de un niño, un niño atlético pero carente de peso y envergadura. Era bastante guapo, con una mata de pelo castaño oscuro y unos rasgos bien proporcionados. Tenía el cuerpo bastante bien formado, todavía no le habían roto la nariz ni le había salido el vello propio de la adolescencia.

El chico tomó la mano de su maestro y se puso en pie de un salto. Sonrió con petulancia y se frotó la cadera. Tenía las espinillas llenas de magulladuras, las manchas marrones eran tan constantes que su madre decía que parecía que llevaba pantalones escitas.

—Algún día te ganaré —dijo. Acto seguido cambió de estrategia y sonrió, preguntándose si no estaría pecando de excesivo desparpajo. Terón negó con la cabeza.

—Eres rápido y tienes talento, chico, pero ese pecho nunca será lo bastante ancho para que me hagas tocar la arena con la cabeza.

El chico hizo una reverencia, un gesto natural desprovisto de servilismo.

—Lo que tú digas —respondió. En realidad no lo pensaba, y su actitud quedó clara en la manera de expresarlo. De hecho, había un matiz de mofa en la frase. Miró a su preceptor, otro hombre de gran corpulencia, que estaba reclinado contra una columna de la *stoa*.

El rubor cubrió el semblante del atleta, manifestando su resentimiento.

La hermana del chico, sentada al fresco bajo el pórtico, se rio.

El nuevo entrenador, el posible futuro entrenador, giró en redondo.

—¡Una chica! —gritó—. No te está permitido entrar en la palestra. —Inclinó la

cabeza—. Joven señora.

Se cubrió las partes pudendas con la mano.

Ambos varones iban desnudos.

La «joven señora» se levantó de su escondite.

—No estoy de acuerdo —declaró. Llevaba un quitón de hombre que cubría la esbeltez de sus caderas y piernas. También tenía doce años, y ya apuntaban en ella los hermosos pechos de su madre y unos grandes ojos de adulta de un color indefinido—. Mi madre insistirá, si lo prefieres. Yo también quiero aprender a luchar a la griega.

Terón, un atleta nato que había recorrido tres mil estadios a través del Euxino para aceptar un contrato que lo convertiría en un hombre rico en Corinto para el resto de sus días, se mantuvo en sus trece:

—Es impropio de mujeres practicar deportes —comenzó.

—Las mujeres espartanas participan en todos los juegos —repuso la niña—. Lo dice mi preceptor.

Desvió los ojos hacia el hombretón recostado debajo del peristilo.

—Cuando está sobrio —apostilló su hermano. Cogió un estrígil y comenzó a quitarse la arena de la espalda—. Y dice que las mujeres corren en Nemea. Tú competiste allí, ¿no es cierto, Terón?

El instructor miró a los gemelos y una lenta sonrisa le curvó las comisuras de los labios. Pero mientras el chico observaba la sonrisa, Terón alargó su gigantesco brazo y lo agarró, le obligó a dar media vuelta y lo derribó poniéndole la zancadilla, para acabar inmovilizándolo sobre la arena.

—En la palestra, hay que llamarme maestro —dijo—. Tu hermana no debería estar aquí. Cuando regrese de firmar su tratado, hablaré con vuestra señora madre sobre deportes femeninos. Estaré encantado de enseñar a correr a una niña que tiene los miembros tan largos. Pero de pancracio, nada. El pancracio es cosa de hombres. Es para matar.

La jovencita asintió. Su actitud ponía de manifiesto que lo hacía por mera cortesía, no porque estuviera de acuerdo.

—Mi madre ha matado a cincuenta hombres —dijo la niña—. ¿Y tú? —Asintió sin darle tiempo a contestar—. Pues en ese caso espero que me des una clase diaria —dijo a la figura recostada de su hermano gemelo—. Te iré bien enseñarme. Así aprenderás las lecciones por duplicado.

—Maestro, ¿puedo levantarme? —preguntó el chico.

Terón se puso de pie de un salto y volvió a tenderle el brazo.

—Por supuesto.

Dio la espalda a la niña y se encaró a su nuevo alumno.

—¿Tu hermana siempre mira cuando entrenas? —preguntó.

El chico se rio.

—Entrena conmigo —contestó—. Maestro.

Terón meneó la cabeza.

—No hasta que haya hablado con vuestra señora madre. Joven señora, haz el favor de salir de la palestra.

La niña asintió de nuevo, con un gesto lento que fue idéntico al de su hermano.

—Volveremos a hablar de esto —sentenció. Se puso de pie con garbo, sin asomo de la torpeza retona propia de su edad, y se marchó del atrio, camino de los baños. Se detuvo en el arco de entrada—. Deberías llamarnos por nuestros nombres —dijo—. Es la política de mi madre, y es una buena costumbre. Yo no soy la señora de este lugar, igual que tú tampoco eres el amo. Soy Melita. Mi hermano es Sátiro. Somos los hijos de Kineas de Atenas y de doña Srayanka. Nuestra familia luchó en Maratón contra los medos y en el mar de hierba contra Darío. Mi padre era descendiente de Heracles y mi madre lo es de Artemisa. —Inclinó la cabeza—. Aquí la única señora es mi madre, y no tiene amo.

Terón no conocía a muchas chicas de Corinto capaces de mirarle fijamente hasta lograr que apartara la vista. Aquella jovencita, sin embargo, no había pestañeado desde que comenzara a hablar.

—Tengo entendido que vuestro padre murió —dijo.

La niña, Melita, lo miró detenidamente.

—Volveremos a hablar de esto —repitió, y entró en los baños.

Terón se volvió hacia Sátiro, su discípulo propiamente dicho.

—Hemos quedado en tres asaltos —dijo. Echó la vista atrás para asegurarse de que la niña se había ido.

—¿Llevamos uno o dos? —inquirió el chico. No había malicia en su actitud. Lo preguntaba en serio—. ¿Maestro? —agregó, con un poco de retraso.

«Tengo que estar más atento si quiero que se quede», pensó Sátiro.

Terón balanceó los brazos.

—Llevamos uno —contestó—. ¿Estás listo?

El chico adoptó la posición. Estaba seguro de su postura; su preceptor sabía lo suficiente sobre el pancracio para enseñar a un niño. Terón permaneció inmóvil y Sátiro se mantuvo quieto el tiempo necesario para respirar profundamente veinte veces, soltando el aire despacio. Su postura era correcta: las manos en alto, el peso bien distribuido, el pie izquierdo adelantado y listo para dar una patada. Terón comenzó a moverse en círculos y Sátiro hizo lo propio, procurando mantener las distancias. La última vez había calculado mal el tremendo alcance de Terón. En ese momento se mostró más cauto.

Terón atacó, pasando el peso al pie derecho y alargando los brazos. El chico bloqueó uno de los brazos extendidos y le dio una patada en la rodilla, pero Terón se desplazó un poco y encajó el golpe en la pierna. Soltó un gruñido.

—Buena patada —dijo mientras retrocedía.

Sátiro sonrió e inició su ataque, girando sobre el pie delantero para asestar otra patada.

Terón se dispuso a cogerle la pierna —esperaba que repitiera el anterior movimiento— y tomó aire. La segunda patada fue una finta.

Sátiro sacudió el pie con el que había fintado, desplazando su centro de gravedad. Se acercó, agarró el brazo de Terón con ambas manos y apoyó todo su peso para hacerlo girar.

El otro brazo de Terón salió disparado y tiró del chico por los hombros, buscando una llave para girarle el cuerpo y liberar el brazo.

Sátiro era demasiado menudo para resistir el forcejeo mucho rato. Desesperado, mordió el bíceps izquierdo del entrenador, haciéndole sangrar.

Terón gritó y le asestó un puñetazo en la cabeza, y todo el cuerpo de Sátiro se sacudió con la fuerza del golpe, pero apretó la mandíbula e intentó seguir sujetando el resbaladizo brazo de su contrincante. Con la oreja apretada contra el pecho de Terón, Sátiro oía los rápidos latidos de su corazón mientras le obligaba a hincar una rodilla en el suelo ejerciendo presión en la coyuntura del hombro.

El segundo puñetazo que Terón le propinó en la cabeza hizo que Sátiro cayera desplomado en la arena. No era que hubiese decidido soltarlo; fue sólo que sus miembros perdieron fuerza. Se preguntó si iba a morir tal como les ocurría a los hombres en la *Ilíada* cuando las fuerzas abandonaban sus miembros. Empezó a perder el mundo de vista, la palestra comenzó a alejarse. Pero seguía oyendo. Oyó al corintio ponerse de pie y sacudirse la arena con las manos. Oyó que alguien aplaudía.

—Menos mal que has vencido —dijo la voz del preceptor, con un deje ebrio y sarcástico—. Resultaría embarazoso perder contra un nuevo discípulo. Además, dejarlo inconsciente probablemente le servirá de lección.

El nuevo entrenador parecía disgustado cuando contestó.

—No tenía intención de pegar tan fuerte —dijo—. Por Apolo, estoy sangrando como la ofrenda de un sacrificio. —Cambió el peso de lado. Sátiro lo oía todo. Oía la respiración del entrenador—. Lo lamento —agregó.

El preceptor se levantó de modo vacilante; sus pies esparcieron arena por el mármol al trastabillar, y el ruido de cada grano llegó a los oídos de Sátiro. Luego cruzó la palestra. Sátiro captó sus pasos irregulares en la arena, le oyó ir a buscar una cantimplora que estaba colgada en la pared del fondo y notó el agua fría en el rostro cuando se lo roció generosamente. El muchacho advirtió que los párpados pestañeaban por voluntad propia, y la luz entró en sus ojos como un rayo de dolor.

—¡Puaj! —exclamó Sátiro.

Intentó incorporarse y al cabo de unos instantes lo consiguió, aunque sólo fue para caer a cuatro patas y vomitar las gachas de cebada del desayuno. Todavía tenía

sangre de Terón en la boca.

El instructor se arrodilló a su lado.

—¿Puedes entender lo que digo? —preguntó.

—Sí —contestó Sátiro—. Maestro.

Terón asintió.

—Me has dado un buen susto —dijo. Se encogió de hombros—. Te aplaudo. Que un chico me haya asustado así es una especie de victoria de por sí. Te tomaré más en serio. Pero promete que no morderás ni arañarás en los combates. Va contra las reglas.

—En Esparta, no —dijo el preceptor, al tiempo que limpiaba la boca del chico con su quitón.

Terón se sentó sobre los talones; su rostro traslucía claramente su desconcierto. A juzgar por su expresión era evidente que no acertaba a decidir si el preceptor era un igual o un esclavo. Tenía barriga y el pelo le comenzaba a ralear, y saltaba a la vista que estaba borracho; sin llegar a una completa embriaguez, como tantos esclavos que se pasaban la vida bebiendo a base de bien, pero no obstante borracho.

La palestra daba vueltas en torno a Sátiro, que no estaba de humor para ayudar al corintio. Además, si era incapaz de ver que las insignias del quitón de su preceptor eran de oro, señal de que era estúpido.

El borracho se inclinó hacia Sátiro.

—¿Sobrevivirás, chico? —preguntó. El olor a vino peleón de su aliento alcanzó a su pupilo, que volvió a vomitar. Cuando hubo terminado, alargó una mano hacia el preceptor.

—Sí, maestro —contestó Sátiro. No tenía inconveniente en llamar «maestro» al borracho.

Pero era evidente que Terón no había llegado a ser un campeón subestimando a sus rivales.

—Tú eres espartano —dijo al preceptor, que asintió.

—Fui espartano —admitió—. Ahora soy un caballero de Tanais.

La ingeniosa respuesta rezumaba burla de sí mismo.

—Terón de Corinto —se presentó el atleta, tendiéndole la mano.

—Filocles —respondió el preceptor, estrechando la mano de Terón. Éste hizo una mueca dando a entender que el espartano apretaba con fuerza para tratarse de un borrachín.

Los dos hombretones se miraron mutuamente por unos instantes. Terón sonrió abiertamente. Filocles sólo esbozó una leve sonrisa.

—¿Ya puedo levantarme? —preguntó el chico—. Todo me da vueltas —se quejó, frotándose las sienes.

Terón presionó con el pulgar el punto de impacto, con el corazón en un puño, y

suspiró aliviado al constatar que no se movía nada al apretar. El muchacho procuraba mantener quieta la cabeza, aguantando el dolor.

—Se acabó la lucha por hoy —decidió el corintio—. Y nada de echar la siesta. Es peligroso dormir después de un golpe así.

—¿Has leído a los herméticos? —intervino Filocles.

Terón asintió, al tiempo que arqueaba una ceja mirando al preceptor, que sonrió complacido.

—Me encuentro mejor —dijo el chico. Mentira. Pero una mentira virtuosa—. Nos falta el tercer asalto.

—No —contestó Terón.

—Vayamos a pescar —propuso Filocles—. Es una manera muy agradable de pasar un día de primavera. Esopo estaría de acuerdo, y Jenofonte escribió un libro al respecto —concluyó. El espartano se puso de pie—. Traeré sedal y un poco de vino. Reuníos conmigo en las caballerizas antes de que el sol llegue a su cénit.

Hizo una reverencia.

Sátiro le correspondió, un tanto vacilante. Cruzó la arena por su propio pie y se dirigió a los baños.

—¿Pescas? —preguntó Filocles.

A Sátiro le resonaban los oídos y tuvo que esforzarse para caminar sin buscar el apoyo de las columnas, aunque desde luego no era el peor trance en el que se había encontrado.

—Mi padre era pescador —respondió el instructor.

—Tomaré eso por un no —dijo el espartano mientras Terón se dirigía a la entrada de los baños, donde entre la calidez del vapor por fin se sintió a salvo.

La ciudad de Tanais tenía la misma edad que los gemelos, ya que era la localidad más reciente a orillas del mar Euxino, en la remota bahía del Salmón. Los nuevos asentamientos se extendían casi un *parasang* por la ribera norte, con granjas griegas entre las sólidas construcciones de piedra de los campesinos meotes, oriundos del valle donde el trigo crecía como una alfombra de oro. Buena parte de la desembocadura del río estaba ocupada por pequeños embarcaderos de madera y secaderos de pescado: el famoso producto de la bahía del Salmón, el fundamento de la salsa de pescado que todo ateniense refinado ansiaba con fruición.

Entre el salmón y el trigo, la ciudad era próspera. Se trataba de una localidad pequeña en cuyo centro se alzaba un templo a Niké, con sus correspondientes baños y una palestra digna de una población mucho mayor, contruidos en madera sobre cimientos de piedra y decorados según la última moda. La escultura de marfil sobredorado de la diosa era la ofrenda de dos de los más prominentes fundadores de la ciudad: Diodoro, un soldado de fortuna que por entonces se encontraba en el sur a

las órdenes de Eumenes el Cardio, y León el Númida, uno de los principales mercaderes del Euxino. Sus nombres figuraban en los sillares del templo y la palestra, en la estela de piedra dedicada a los caídos de la ciudad y en el plinto de mármol del nuevo tribunal de justicia. León era propietario de los almacenes de la orilla del río, así como de los muelles de piedra, y sus aportaciones habían permitido dragar el puerto y construir el rompeolas que había convertido el rosario de islotes en una defensa impenetrable contra las ocasionales tormentas invernales del Euxino.

Doña Srayanka, la madre de los gemelos, no era griega. Su nombre no figuraba en las dedicatorias. Ningún sillar presentaba sus iniciales, y ninguna de sus armas estaba consagrada en el altar de Niké, pero su mano era visible a lo largo del todo el río. Como gobernante —reina, decían algunos— de todos los asagatje orientales, su palabra protegía el asentamiento contra las incursiones de las tribus del mar de hierba, y sus guerreros habían garantizado la independencia de la ciudad, manteniéndola al margen de la laberíntica política del naciente reino del Bósforo, en occidente. A su amparo, los sindi y los campesinos meotes vivían a salvo a lo largo del valle del río. Sus jinetes y los *hippeis* de la ciudad mantenían a los bandidos alejados de las tierras altas que se extendían entre el Tanais y el lejano Rha, de modo que los mercaderes como León pudieran traer sus valiosos cargamentos desde el mar Hircano, y aún más al este, desde Qin y la mismísima Seres.

Sátiro y Melita eran sus hijos. Los dos caminaban por la ciudad, cogidos de la mano, hacia las caballerizas que llevaban el nombre de su padre en el hipódromo donde Coeno, viejo amigo de su progenitor, seguía instruyendo a los hombres que quedaban de cuantos habían seguido a su padre hacia el este en su legendaria guerra contra Alejandro. La mayoría se encontraba de campaña en el sur con Diodoro, en calidad de mercenarios.

—¿Cómo tienes la cabeza? —preguntó Melita.

Sátiro pestañeó.

—No sé por qué —dijo lentamente—, pero me duele más al sol.

Entraron en el hipódromo, un edificio nuevo y bien construido, desproporcionado para el número de soldados de caballería que en realidad lo ocupaban. Sátiro apretó los dientes a causa del dolor de cabeza mientras recorrían la arena, y estrujó la mano de su hermana hasta que ésta lanzó un gruñido de dolor.

—Perdón —dijo Sátiro.

Cruzaron la hilera de columnas del pórtico de las caballerizas —columnas de madera, pero pintadas con esmero para que parecieran de mármol— y los envolvió el olor de los caballos.

Pelton, un viejo esclavo liberto de León, los saludó.

—Los dioses os hagan prosperar, gemelos —dijo—. El maestro Filocles ha elegido una mula. El tipo nuevo es demasiado corpulento y ha cogido un caballo.

En Tanais, el apelativo «gemelos» equivalía a un título. Melita asintió.

—Me llevaré a *Bión* —dijo.

Se trataba de un corcel sakje, mayor que un poni griego, como un caballo de batalla reducido a escala para una niña alta. Llamaba *Bión* a la bestia porque aquel castrado era su vida. Estuviera alegre o triste, enojada o eufórica, Melita resolvía los rigores de la vida cabalgando. Ya había acompañado dos veces a su madre a los pastizales veraniegos de los asagatje, donde había tenido ocasión de montar con las doncellas mientras su hermano estudiaba filosofía y derecho en la lejana Atenas. Su caballo era la respuesta a casi todo cuanto le ocurría.

Sátiro fue recorriendo los compartimentos de la cuadra hasta el final, donde el caballo de batalla de su padre comía paja de cebada con la satisfacción propia de un animal jubilado.

—¿Te apetece dar un paseo? —le preguntó al gigante.

Talasa era una yegua, pero una yegua de proporciones heroicas. Levantó la cabeza y acarició a Sátiro con el hocico, pidiéndole una golosina, hasta que el chico le dio una zanahoria. El animal mascó el manjar con remilgada paciencia, sacudiendo hacia atrás la cabeza.

—¿Quieres ir? —preguntó Sátiro de nuevo—. Me parece que la respuesta es que sí.

El esclavo liberto se rio.

—¿Cuándo ha contestado que no? ¿Eh? ¡Anda, dímelo!

Entró en el compartimento y puso una brida a la vieja yegua con un solo movimiento, metiéndole el freno en la boca sin siquiera tocarle los dientes.

Melita apoyó las palmas abiertas en el lomo de su caballo y montó de un salto.

—Pelton, ¿nunca te has preguntado por qué fuiste esclavo? —preguntó.

Pelton la miró el rato que tarda un insecto en cruzar una hoja.

—Pues no —dijo—. Por voluntad de los dioses, espero.

Arrancó una brizna de hierba y se la llevó a la boca.

—Podría ocurrirle a cualquiera, ¿verdad?

—¡Hermana!

Sátiro no siempre apreciaba el enfoque que su hermana daba al mundo; un enfoque directo, por expresarlo suavemente.

Melita bajó la vista hacia él desde lo alto de su montura.

—Bueno, era propiedad de León. Y León había sido esclavo. De modo que León no debería haberlo hecho.

—¿Hacer qué? —preguntó Sátiro. Le gustaba pensar que ya era un hombre, un hombre que entendía las cosas. Y una de las cosas que entendía era que no había que tomar el pelo a los esclavos a propósito de su esclavitud.

—Ser dueño de una persona —contestó Melita.

Sátiro puso los ojos en blanco. Sacó a *Talasa* de la cuadra y los pesados cascos de la yegua resonaron en los adoquines del suelo, emitiendo un ruido metálico que le penetró en el cerebro y aumentó el dolor de cabeza. La condujo hasta el escalón de montar y subió a su grupa, sentándose bastante atrás, como era propio de un chico a lomos de un caballo grande. Se ajustó el *gorytos* y luego se inclinó hacia su hermana. Vio a Filocles junto a la verja, hablando con Terón.

—No está bien hablar de esclavitud con los esclavos.

—¿Por qué? —preguntó Melita—. Pelton era esclavo. ¿A quién quieres que le pregunte? ¿A ti?

Sátiro rezongó como hacen los hermanos en todo el mundo, dio unos toques a *Talasa* en los costados con los pies descalzos y la yegua se puso en movimiento. Sátiro percibió su potencia. Pese a sus diecisiete años, era un animal grande, dotado de fuerza y espíritu, veterano de una docena de batallas. Siempre que la montaba se imaginaba que era su padre en el río Jaxartes, a punto de derrotar a Alejandro.

Pelton salió de la cuadra estrujando un sombrero de paja con el puño.

—Esto te vendrá bien, gemelo.

Sátiro hizo girar a la yegua describiendo una curva perfecta, agarró el sombrero y se lo puso. La sombra del ala ancha fue como un bálsamo.

—¡Que todos los dioses te bendigan, Pelton!

—¡Y a vosotros, gemelos! —respondió el antiguo esclavo.

—Mi hermana no tiene mala intención —dijo Sátiro.

Pelton sonrió.

—Espero que nunca tenga que averiguarlo por sí misma —agregó, antes de volver a entrar en la caballeriza.

Terón y Filocles estaban discutiendo sobre la naturaleza del alma cuando Sátiro y Melita pasaron junto a la estatua ecuestre de su padre que se erguía en un extremo del ágora, con la mano levantada, señalando hacia oriente, como si acabara de salir cabalgando del hipódromo. Había otra estatua de él en Olbia, donde ya tenía un estatus semidivino por haber sido el héroe que derrocara al tirano, y los sakje todavía le sacrificaban caballos en el *kurgan* de la costa.

En Atenas, sin embargo, muchos hombres hablaban mal de su progenitor, y un año antes Sátiro había asistido a los procedimientos judiciales que finalmente habían revocado la condena de su padre por traidor, convirtiendo a Sátiro en ciudadano y restituyéndole la fortuna de su abuelo. Cosa que sólo había servido para demostrar lo que todo chico de doce años sabe de sobra: el mundo es mucho más complicado de lo que le había parecido apenas dos años antes.

—Sin duda Platón expresa su punto de vista de manera muy convincente —comenzó Terón, como si ya hubiese expuesto ese argumento y todavía aguardara

respuesta.

Filocles, con una bolsa de cuero colgada al hombro, puso su mula en movimiento. Terón iba en un caballo alto, uno de los de la caballería de la ciudad, y descollaba sobre el espartano, pero tuvo que hincar los talones con fuerza en los ijares de su montura para que avanzara. Bastaron unas cuantas zancadas de los cuartos traseros para constatar que el corintio no tenía madera de jinete.

Melita contemplaba el horizonte oriental como si siguiera la indicación de su padre. La ciudad ocupaba un promontorio, de ahí que alcanzara a verse hasta un *parasang*, e incluso más, bajo el sol de primera hora de la tarde.

—¿Eso es humo? —preguntó.

Filocles hizo visera con la mano y miró, lo mismo que Sático.

—Supongo que están desbrozando campos nuevos —dijo el muchacho. Acto seguido lamentó su tono de voz; no quería intimidar a su hermana haciendo gala de sus conocimientos cuando en realidad no sabía de qué hablaba. «Tengo que dejar de hacer esto», pensó.

Melita le miró y esbozó una sonrisa, como si pudiera oír cada palabra de su diálogo interior.

—León todavía está fuera —dijo, señalando los muelles vacíos al cruzar las puertas de la ciudad.

—León el Númida es nuestro ciudadano más rico —explicó Filocles a Terón, que estaba más preocupado por dominar a su caballo que por la vida social de la ciudad—. Casado con una bárbara. Un jinete de primera. Un hombre polifacético, si pensamos que inició su vida como esclavo.

—Incluso en Corinto he oído hablar de vuestro León —dijo Terón—. ¡Caray!

—Con un caballo, el mal genio no te servirá de nada —dijo Melita. Sujetó con una mano la brida de Terón y acarició el cuello de su caballo hasta que se calmó—. Eso es toda una escuadra, para esta época del año —agregó Melita, señalando hacia el mar.

Sático miró. Al principio no vio nada, pero al cabo de un momento divisó una hilera de velas que apenas asomaban en el horizonte, a tres o cuatro horas de distancia, en la bahía.

—Trirremes —sentenció, pues las velas eran del mismo tamaño. Más cerca, un *pentekonter* avanzaba hacia la playa a todo remo.

—¿Es el barco de mamá? —preguntó Sático. Sintió un gran alivio al verlo.

—Es pronto para que sea nuestra madre —contestó Melita. Pero sonrió. Ambos querían tenerla en casa.

Terón miró a la jovencita y enseguida apartó la vista, cambiando su peso de sitio para sentarse más atrás. El caballo percibió su falta de atención y decidió librarse de él. Se encabritó, luego saltó hacia delante, y Terón cayó al suelo como un saco de

cebada. El castrado se dio a la fuga.

—¡Au! —exclamó Terón, y se quedó quieto donde estaba.

Sátiro se sujetó el sombrero de paja prestado con una mano y se inclinó hacia delante. Ese cambio de peso bastó para que *Talasa* se pusiera al galope, y el muchacho cabalgó raudo a través del campo de espelta que se extendía hacia el este hasta los muros de los lindes y la línea del camino. Alcanzó al castrado fácilmente, hizo virar a *Talasa* ante el morro del caballo díscolo y agarró las riendas que colgaban.

—Vamos, *Hermes* —dijo Sátiro.

Hermes era un castrado que echaba en falta sus atributos y tendía a destrozárselos a sus jinetes. Sátiro se puso de pie encima de *Talasa* y saltó a lomos del inquieto animal, tiró de las riendas y comenzó a recitarle una letanía de sandeces. El caballo giró y regresó al trote hacia el grupo, al tiempo que *Talasa* les seguía, obediente aun sin jinete.

Cuando estuvo al alcance de su voz, Melita gritó:

—¿Puedes dominarlo?

Sólo quería fastidiar a su hermano, cuya reacción fue espolear a su nueva montura y pasar al galope entre los otros tres, levantando polvo y casi arrollando a su nuevo entrenador.

—¡Perdón! —dijo. A modo de disculpa, ofreció al corintio las riendas del caballo de batalla de su padre—. Maestro Terón, esta yegua es el caballo más listo que haya existido jamás. Es la madre de la mitad de las monturas de caballería de este lado del Euxino y aun así sigue siendo lo más recio que camina sobre cuatro patas. Lo único que no debes hacer es sentarte tan hacia la grupa.

El atleta ofreció un lamentable espectáculo al montar el inmenso caballo sin escalón, aunque lo consiguió al cuarto intento. Melita no se molestó en disimular su risa. Terón la fulminó con la mirada y luego se volvió hacia Filocles.

—¿Ésta es la disciplina que mantienes? —preguntó.

Sátiro cruzó una mirada con su hermana y ambos cabalgaron un poco apartados de los adultos. Lo bastante cerca para escuchar, lo bastante alejados para dar una apariencia de privacidad.

—Si te refieres a las opiniones de Platón sobre el alma tal como, de modo bastante malicioso, las pone en boca de Sócrates, diría que son bastante interesantes, aunque no irrefutables —dijo Filocles.

—¿Te desagrada Platón? —preguntó Terón.

—Me desagrada cualquier sofista cuyo tema subyacente consista en demostrar que es más inteligente que su público. Dime un diálogo de Platón en que sea vencido por un estudiante.

Terón se encogió de hombros.

—Dudo que tal cosa haya ocurrido alguna vez —dijo.

Filocles se rio.

—El padre de los chicos estudió con Platón hasta que falleció. Me temo que lo que contaba sobre su antiguo profesor les ha dejado una huella indeleble. —El espartano sonrió—. ¡Prefiero a Simónides o a Heráclito!

—¿A ese hipócrita? ¡Sólo trabajaba por dinero! —señaló Terón, indignado.

Sátiro y Melita se miraron sonriendo porque su padre les había dicho que Platón era un imbécil pedante, comentario tan gracioso que todavía les hacía reír.

Terón miró a los niños.

—Ambos son bastante inteligentes —observó. No fue una pregunta, sino una afirmación.

Filocles asintió.

—¿Acaso hay alguna diferencia entre educar personas y criar animales? —preguntó—. Su señor padre era un soldado excepcional y un hombre muy culto; también un atleta aceptable; quedó tercero o cuarto en la centésima primera Olimpiada.

—¿En serio? —preguntó Terón—. ¿En qué disciplina?

—Pugilato —contestó el espartano—. Pero sólo en su juventud. De adulto nunca compitió.

—¿Por qué? —preguntó Terón. Cualquier chico que hubiese logrado subir al podio habría destacado de adulto.

—Por la guerra —dijo Filocles—. Tuvimos una buena ración de conflictos por entonces.

—Tampoco es que ahora andemos escasos —señaló Terón.

—En cualquier caso, la madre es igual. Ya lo verás cuando regrese de Panticapea. No es la beldad que fue en otros tiempos, pero sí una estratega de primer orden, habla muy bien para ser bárbara y es una atleta consumada.

Filocles miró hacia los campos y sonrió.

—¿Es corredora? —preguntó Terón. Correr era prácticamente el único deporte en el que competían las mujeres griegas.

La sonrisa de Filocles se hizo más amplia.

—Es arquera, arquera a caballo. Tal vez la mejor del mar de hierba. Y una espada bastante buena.

Terón asintió.

—Vaya. Ahora entiendo a la hija. De tal palo, tal astilla.

Echó un vistazo a Melita. Sátiro lo miró a los ojos.

El espartano asintió.

—Exacto —dijo.

Tardaron una hora en llegar al sitio donde solían pescar, un pequeño promontorio en un meandro del Tanais donde el agua que manaba de la fuente de Niobe (una ninfa del lugar) se precipitaba por la ladera para aumentar el caudal del río. El agua de la fuente corría todo el año, fría y clara, y las truchas se congregaban en las profundas pozas que quedaban justo por encima de la confluencia.

Los gemelos desmontaron de inmediato, amarraron los caballos en medio de un prado verdísimo, colgaron los arcos en las sillas y corrieron arroyo arriba, puñales de bronce en mano, para cortar cañas. Cuando estuvieron satisfechos con lo que habían encontrado, regresaron. Filocles estaba extendiendo los sedales de crin sobre la hierba segada por las cabras junto a la orilla del arroyo. Luego el espartano ató con destreza anzuelos de bronce decorados con hilo rojo y plumas del color de un caballo zaino.

—Nunca he visto a nadie pescar de esta manera —dijo Terón.

—¡Ven! —dijo Melita, cogiéndole la mano.

Terón mostró cierta timidez ante el contacto de la chica, pero fue con ella de buen grado.

—No asustes a los peces —dijo Melita en un susurro, y se puso a gatas para trepar al peñasco que los separaba del arroyo. En un abrir y cerrar de ojos estuvo en lo alto de la roca, mostrando apenas la cabeza a los peces. Levantó un brazo con cuidado, y cuando el corintio estuvo situado a su lado, señaló al agua—. ¿Ves las truchas? —preguntó.

Terón observó el tiempo que tardaría en luchar un asalto, siguiendo el dedo que señalaba, respirando quedamente.

—Las veo —asintió.

Melita fue consciente de la calidez que irradiaba un hombre adulto tendido junto a ella encima del peñasco. «Habrà que ir con cuidado», pensó.

—Mira —le dijo a Terón. «Es diferente de estar tendida al lado de mi hermano.»

Transcurría el tiempo. A Melita, fastidiada porque los insectos no cumplían con su cometido, le constaba que Terón debía de aburrirse. Pero al fin una mosca bajó lentamente, una de las grandes moscas marrones que tanto gustaban a los peces. Voló a ras del agua, rozando la superficie con su abdomen a cada tanto. Melita supuso que estaba poniendo huevos, huevos tan diminutos que no podía verlos pese a que había observado aquella danza infinidad de veces.

Su hermano se encaramó al peñasco hasta su izquierda.

—¿Pican? ¡Oh! —exclamó, cuando uno de los habitantes de la poza ascendió del fondo oscuro, atrapó el insecto justo en la superficie del agua y dio media vuelta con un destello rojo anaranjado, dejando un círculo de ondas tras de sí.

Melita sonrió encantada y bajó del peñasco dando palmas.

—¿Lo ves? —preguntó, o más bien constató.

La sonrisa torcida de Terón fue el gesto más amistoso que los chicos le habían

visto hacer hasta entonces.

—Desde luego que sí. Esto no es pescar con redes, ¡es pescar con insectos!

—Pero no con insectos de verdad —dijo Sátiro—. No sé por qué, pero aunque los atrapes, los peces no pican. En cambio, si atas unas plumas a un anzuelo...

Señaló las cañas de cornejo que Filocles había montado. Los palos de cornejo tenían la altura de un hombre adulto y los sedales de crin eran de la misma longitud.

—Y si mueves la mosca por la superficie del agua como si fuese de verdad... —agregó Melita.

—Hay veces que, ¡zas!, pillas un pescado grande. Salen disparados como un rayo de Zeus.

Sátiro cogió una de las cañas con entusiasmo. Melita tomó otra y se desabrochó las sandalias.

—Me voy aguas arriba —anunció.

Filocles asintió.

—Yo iré con la joven dama.

La siguió. Ahora parecía estar sobrio, y Sátiro pensó que nunca había visto a su preceptor tan contento. Tal vez necesitase compañía. La compañía de un adulto. La idea entristeció un poco al chico. Deseaba ser un compañero adulto, pero amaba al espartano, con su afición a la bebida y todo, y si Terón de Corinto le hacía feliz, que así fuera.

Sátiro regresó al peñasco, cavilando sobre el corintio y sus extrañas reacciones con su hermana. Trepó con cuidado a la roca, puso la caña de cornejo a la altura de los hombros y lanzó el anzuelo por encima de su cabeza. El anzuelo emplumado surcó el aire quieto y se detuvo a ras del agua, mientras la pluma era sostenida por la tensión superficial.

Al cabo de un instante, Sátiro dio un levísimo tirón y la mosca se deslizó rozando el agua. Respiró hondo y repitió el movimiento.

Nada. Suspiró sin hacer ruido y apartó la mosca del agua echando la caña hacia atrás por encima de su hombro. El anzuelo describió un arco en el aire, rociándole la piel de minúsculas gotas de agua. Usando sólo la muñeca, volvió a lanzar el anzuelo al río, contuvo el aliento e hizo saltar la mosca.

El movimiento del pez fue tan rápido que sólo gracias a las incontables tardes que había dedicado a ese pasatiempo el chico logró tirar del anzuelo en el momento preciso, y de pronto tuvo un pez tan largo como su brazo enganchado a la punta de la caña. Levantó ésta e hizo caer al pez en la hierba corta de detrás del peñasco.

—¿Te importa sacárselo? —preguntó a Terón, que no pescaba, limitándose a observar.

El fornido instructor se arrodilló en la hierba y sacó el anzuelo de la boca del pez. Golpeó el pescado contra una piedra, sacó un cuchillo de bronce y destripó al animal

en un santiamén.

—Tú ya has hecho esto antes —dijo Sátiro, en tono acusatorio.

Terón sonrió.

—Nunca había visto usar una mosca de esta manera —respondió Terón—. Pero mi padre tenía una barca de pesca. Apuesto a que limpiar pescado es lo mismo en todas partes.

Sátiro le ofreció la caña.

—¿Quieres probar? —preguntó.

Terón se limpió las manos en una charca cercana y agarró la caña.

—Me encantaría.

—¿Por qué no te cae bien mi hermana? —preguntó Sátiro mientras el Corinto lanzaba el anzuelo al agua.

—No tengo nada en contra de tu hermana —contestó Terón—. ¿Sabes que en Grecia las mujeres no van de pesca con sus hermanos?

Sátiro vio a un jinete al otro lado del arroyo. Estaba a un par de estadios y avanzaba tan deprisa que levantaba una polvareda.

—He estado en Atenas —dijo Sátiro con orgullo—. Todas las chicas tenían que quedarse en casa.

—Exactamente —asintió Terón.

—Una estupidez —agregó Sátiro—. ¡Me parece que es Coeno! —exclamó, bajando a toda prisa del peñasco.

—¿Quién es Coeno? —preguntó educadamente Terón. Un pez eligió aquel preciso instante para caer en la trampa y, pese a su inexperiencia, Terón tiró de la caña y consiguió una presa, una trucha al menos tan larga como su antebrazo.

—¡Muy bien! —exclamó Sátiro con todo el entusiasmo de su edad. Fue a quitarle el anzuelo a la trucha, un macho enorme de mandíbula poderosa y con un poco de grasa en el lomo. El pez se había tragado el anzuelo, y Sátiro tiró con cuidado del sedal de crin, procurando recuperar el instrumento; los anzuelos de pesca eran muy preciados.

—Coeno corre mucho —dijo Terón.

Sátiro agarró con dedos ensangrentados el anzuelo y tiró de él, arrancándolo del cartílago, y el gran pez se contrajo espasmódicamente y vomitó sangre. Entonces lo puso en la hierba y lo destripó.

—Coeno fue uno de los compañeros de mi padre —explicó mientras trabajaba—. Es bastante viejo; más viejo que tú. Se casó con una persa. Su hijo está estudiando en Atenas. —El chico sonrió—. Jenó es mi mejor amigo. Ojalá estuviera aquí. —Adoptó un aire más serio y agregó—: Coeno dice que un preceptor no es un buen sustituto de Atenas.

—Cabalga muy rápido —insistió Terón, todavía encaramado al peñasco.

Sátiro levantó la cabeza al tiempo que metía los dos peces en la bolsa de red que llevaba.

—Es verdad —dijo—. ¿Me disculpas?

—Hay otros jinetes detrás de él —dijo Terón, poniéndose de pie. Había algo inquietante en la postura de los recién llegados.

—Ve a por los caballos —dijo Sátiro—. Voy a bajar al camino. Trae a los animales y a los demás.

Terón vaciló y Sátiro volvió la vista atrás.

—Deprisa —insistió el chico—. Coeno está sangrando. Algo va mal.

El corintio decidió obedecer. Echó a correr aguas arriba por el camino que seguía el curso del arroyo.

Sátiro se apresuró en dirección contraria hasta que llegó donde las grandes ramas de los robles se inclinaban sobre el camino. Oía el ritmo del galope de Coeno. Se plantó en medio del sendero.

—¡Coeno! —gritó.

Si Filocles y Terón eran hombres corpulentos, Coeno aún lo era más, y la edad no había reducido su estatura ni menoscabado su excelente estado físico, que mantenía gracias al ejercicio constante. En ese momento se agarraba el costado izquierdo, y el vientre le sangraba profusamente.

—¿Qué haces aquí, chico? —preguntó con voz ronca—. ¡Por la luz de los ojos de mi diosa!

Se sujetaba al caballo con las rodillas, haciendo caso omiso de la herida en el costado.

Sátiro llevaba su puñal en bandolera, atado a un cordel. Lo pasó por la cabeza, abrió el broche que le sujetaba el quitón y se quitó la prenda.

—Véndate el costado —dijo Sátiro, lanzándole el quitón—. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Nos han atacado! —respondió Coeno. Volvió la cabeza al oír un batir de cascos.

—Os siguen de cerca —señaló Sátiro. De repente se asustó—. ¿«Atacado»?

—Sármatas —concretó Coeno. Usó el quitón de Sátiro a modo de compresa para restañar la herida, y el muchacho se puso de puntillas para ayudarle a atarlo con el mayor cuidado posible. Pese a que le temblaban las manos, Sátiro estaba alerta, de modo que oyó un grito de su hermana y a Filocles contestándole.

—Rápido, chico —dijo Coeno—. ¿Quién está contigo?

—Filocles, mi hermana y Terón —contestó—. El nuevo entrenador.

Coeno miró hacia atrás. El promontorio que quedaba a su izquierda impedía ver a sus perseguidores.

—Hay que llegar a la ciudad —dijo. Estrechó la mano de Sátiro—. Gracias, chico —agregó con brusquedad.

El muchacho sonrió a pesar de los nervios.

El batir de cascos se estaba aproximando.

—Ares y Afrodita —murmuró Coeno—. Los tenemos encima.

Dio media vuelta a su caballo y empuñó la espada, un *kopis* de hoja curvada.

Dos hombres montados en ponis aparecieron a medio galope por la curva del camino. Eran bárbaros, y sus caballos estaban pintados de rojo. Uno levantó un arco y disparó, pese a encontrarse demasiado lejos, de modo que la flecha se quedó corta.

Espolearon sus monturas para lanzarse a galope tendido y ambos dispararon flechas al unísono.

Sátiro salió corriendo del camino en dirección a los árboles. Iba desarmado y constituía un blanco fácil, y además tenía miedo. Coeno permaneció inmóvil en medio del sendero. Se le veía cansado y enojado. Echó un vistazo a Sátiro y luego apretó con las rodillas su caballo, que reaccionó iniciando un medio galope.

Las dos flechas siguientes le pasaron por encima de la cabeza.

Detrás de la pantalla de los árboles, Sátiro vio a su hermana a lomos de *Bión*, el caballo sakje, volando sobre el suelo pedregoso de la orilla del agua para luego saltar el arroyo como un venado.

Filocles surgió del cobijo de los robles con las riendas de sus caballos en un puño.

—¡Sátiro! —gritó.

El jovencito salió a toda prisa al camino y echó a correr hacia su preceptor.

El caballo de Coeno recibió un flechazo, soltó un relincho estridente y arremetió contra uno de los atacantes, y el brazo de Coeno se alzó para asestar el clásico golpe por encima, descargándolo tal y como un hacha corta la leña. El hombre sin armadura fue rebanado literalmente de la silla cuando la hoja lo desgarró desde la curva del cuello hasta el centro del pecho, pero el golpe fue demasiado fuerte y los caballos avanzaban demasiado deprisa, de tal modo que Coeno perdió su espada. Intentó hacer girar su montura, pero la yegua estaba herida y exhausta tras la larga galopada, y no quiso obedecer.

El otro asaltante de Coeno tenía sus propios problemas, pues había mantenido el arco en alto demasiado rato y se le había caído una flecha al camino. La indecisión lo paralizó cuando Coeno pasó junto a él como una exhalación, y nunca llegó a ver la flecha que le acertó en el vientre.

Sátiro hizo caso omiso de Filocles y montó de un salto a lomos de *Talasa*. Ignoró al espartano e hizo que su caballo enfilara el camino hacia donde el corcel de Coeno estaba a punto de desplomarse, reventado por el agotamiento y las heridas. La flecha de su hermana había salvado a Coeno, y el guerrero sármata seguía sentado en su caballo en medio del camino, agarrando con ambas manos el astil de la flecha, gritando agonizante pero todavía montado.

Más sármatas aparecieron por la curva del extremo del valle, atraídos por los gritos.

—¡Corre, Sátiro! —gritó Filocles otra vez.

El chico iba bien sentado. *Talasa* se movió debajo de él mientras se agachaba para amarrar el *gorytos* y atarse el cinto al tiempo que cabalgaba. Procuró ignorar el temblor de sus manos. No oía nada más que el batir de los cascos de su caballo y los latidos de su corazón, y se le había hecho un nudo en la garganta. Tenía miedo.

Melita no. Estaba en el camino, tensando una flecha en su arco. Disparó, y los

hombres que había en el sendero se apartaron, la mayoría dirigiendo sus caballos hacia el margen o incluso metiéndose entre los árboles.

Sátiro no sacó el arco. En lugar de eso, se sirvió de las rodillas para situar a *Talasa* a la altura de Coeno, que estaba arrodillado en el camino.

—¡Coeno! —chilló. Su voz fue aguda pero potente, y el amigo de su padre levantó la mirada. Luego la expresión de su rostro cambió como si estuviera tomando una decisión difícil, pero se levantó, sujetándose el costado.

Melita volvió a disparar. Llevaba un arco ligero, y ahora que ya no contaba con el factor sorpresa, los sármatas estaban atacando de nuevo; hombres fuertes con arcos de hombre. Melita hizo retroceder a su caballo por el camino. Disparó una vez más, arqueando la espalda al hacerlo para sacar la máxima tensión de su arco.

Sátiro se agachó y tendió un brazo a Coeno. El dolor surcaba como una cicatriz el rostro del hombretón, que tenía los labios más blancos que rojos. Estaba muy cerca, pero por más heroico que fuera, un chico de doce años no podía izar a un guerrero a un caballo de batalla. Sin embargo, Coeno sacó fuerzas de flaqueza y consiguió subir una pierna a los lomos, aunque faltó poco para que derribara a su salvador. *Talasa* notó el cambio de peso y comenzó a girar, alejándose.

Filocles montaba a *Hermes*, y el entrenador le seguía. En cuanto vio a sus pupilos batiéndose en retirada, hizo girar a su caballo y lo puso al galope, alejándose camino abajo.

Los cinco galoparon dos estadios a lo largo del río sin aminorar, hasta que *Bión* se clavó una piedra en la pezuña y Melita tuvo que sacársela mientras los hombres vigilaban el camino a sus espaldas. *Talasa* no flaqueó en ningún momento ni bajó la cabeza durante la pausa. Lo que hizo en cambio fue mirar en derredor, como si supiera que se avecinaba un combate. De pronto levantó la cabeza, tensando las riendas, y relinchó.

Sátiro tenía un dolor de cabeza palpitante y cargaba con el peso de un adulto a la espalda, y los movimientos inquietos de *Talasa* le supusieron una dificultad adicional hasta que se dio cuenta de qué estaba viendo el animal.

—Por el padre de los dioses —dijo, señalando.

Coeno, encorvado por el dolor, levantó la cabeza.

—¡Oh, dioses! —exclamó, y volvió a encogerse.

Filocles alzó una mano.

—¡Ruido de cascos! —anunció.

Melita subió de un salto a lomos de *Bión* y en un instante tuvo el arco en la mano.

Una columna de humo se elevaba hacia el cielo en el oeste, en la ciudad. Melita la contempló tal y como un niño observa la muerte de un ser querido, incapaz de apartar la mirada.

Sátiro notó que la fuerza de la lucha —el *daimon*, la llamaban algunos—

abandonaba sus miembros, y se sintió tan débil como cuando Terón le había golpeado en la palestra.

—A lo mejor sólo es una casa incendiada —dijo, aunque no se lo creía ni él.

A Melita se le quebró la voz al hablar, pero no derramó una lágrima.

—Es una incursión —dijo—. ¡Los barcos que he visto antes!

Filocles no parecía borracho en absoluto cuando habló.

—Tenemos que cruzar el río —declaró.

Había más jinetes sármatas doblando la última curva. Esta vez se acercaban con cuidado, y eran como mínimo una docena.

—Deberíamos buscar refugio en el santuario —opinó Melita.

Filocles observaba a los jinetes.

—Esto estaba planeado. —Negó con la cabeza—. No habrá refugio que valga en los templos, niños. Todos esos hombres han venido a mataros.

Sátiro respiró hondo.

Melita se irguió en la silla.

—Bien —dijo, y sus ojos brillaban por las lágrimas no derramadas—, pues entonces habrá que darles una sorpresa.

—Así se habla —dijo Filocles, quien desmontó sin coger ninguna arma.

—Niños, ¿podéis disparar contra un jinete lo más cerca posible de mí? Necesito una lanza.

Terón miró a sus acompañantes.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó.

Los jinetes no dejaban de disparar flechas.

—Márchate —dijo Filocles a Terón, que permanecía en el caballo que habían compartido—. Déjanos y vive.

Terón negó con la cabeza.

—¿Vosotros tres vais a luchar contra todos esos jinetes? —Sonrió de oreja a oreja. Los miró a uno tras otro, cada vez más sonriente, y saltó del caballo—. Me quedo.

Sátiro no pudo evitar sonreír ante la declaración del atleta. Sacó su arco y forcejeó para encordarlo con el peso de Coeno colgado de su espalda.

Terón alzó los brazos, tomó al hombre herido y lo dejó con cuidado en el suelo.

Filocles hincó ambas rodillas en el camino, cogió un puñado de polvo y se lo restregó por el pelo. Levantó los brazos.

—¡Furias! —gritó—. ¡Vosotras que guardáis los más sagrados juramentos! Ahora debo romper mi voto.

Terón miró a Sátiro.

—¿Qué voto? —preguntó.

Melita vigilaba a los jinetes.

—Madre dice que juró no volver a derramar la sangre de otro hombre —contestó —. ¡Cuidado!

Sátiro encordó su arco y cargó una flecha mientras los enemigos lanzaban una docena. Había demasiadas que esquivar, y el corazón casi se le paró de terror. El tiempo se dilató mientras las flechas caían, y de pronto ya eran agua pasada.

Ninguna de las flechas dio en el blanco. En ese momento el muchacho iba tendido sobre el cuello de *Talasa* mientras Melita cabalgaba a su lado; ambos caballos levantaban polvo mientras corrían derechos hacia los sármatas. De nuevo lo único que oyó el chico fue el batir de cascos de su montura. Aquél era un deporte que los gemelos conocían, aunque nunca lo habían practicado en circunstancias reales. Dejaron a su preceptor arrodillado en medio del camino; parecía un loco o un mimo en una obra de teatro.

Los sármatas no eran buenos arqueros. Tenían arcos de madera endeble y no los reforzados con asta y tendones que usaban los sakje, y como dependían demasiado de la lanza y la armadura, sólo eran eficaces en las distancias cortas; o al menos eso aseguraba su madre. Todos estos comentarios flotaban en la mente de Sátiro mientras los cascos de *Talasa* batían la hierba del margen del camino, marcando un ritmo lento que bien podría ser el de los últimos instantes de su vida.

Melita, que era la mejor arquera de los dos, soltó su primera flecha y dio media vuelta, guiando a *Bión* con las rodillas para que el gran castrado trazara una amplia curva hacia la derecha.

Sátiro siguió adelante hasta que vio que los sármatas levantaban sus arcos, y entonces disparó; un lanzamiento torpe, desbaratado por la velocidad y el miedo, de modo que la flecha voló alta y erró el blanco. Pero estaba tan cerca que su disparo causó el mismo efecto en algunos de los sármatas.

Aunque no en todos. *Talasa* perdió la fluidez de su galope cuando su jinete la hizo girar, y el ritmo de su carrera cambió. Cuando Sátiro miró hacia atrás, vio que tenía una flecha clavada en la grupa.

El joven le hizo dar media vuelta otra vez, encarándola hacia sus enemigos, que ahora, de repente, estaban muy cerca. Tenía una flecha en el arco, el culatín de asta se deslizó entre sus dedos hasta su sitio, el miedo unos pocos metros por detrás y acercándose. Eran hombres corpulentos, y el más próximo, que presentaba una fiera sonrisa, había soltado el arco para usar una lanza larga.

—¡Artemisa! —gritó el chico en lo que fue más un chillido que un grito de guerra, y soltó la flecha. Estaba tan asustado que le costaba respirar y apenas podía mantener las rodillas firmes sobre el ancho lomo de *Talasa*.

Su flecha, en cambio, no conocía el miedo. El hombre de la sonrisa recibió el impacto en medio del torso, atravesándole la armadura de cuero crudo. Cayó al suelo rodando sobre la grupa de su caballo y Sátiro pudo respirar de nuevo. Se inclinó

mucho hacia la izquierda mientras *Talasa* seguía corriendo a grandes zancadas, sin apenas rozar el suelo, y logró girar para alejarse de los bárbaros. El hombre al que había dado gritaba, con la boca redonda y roja, los dientes cariados y negros, pero lo único que Sático oía era el batir de los cascos.

El joven intentó sacar otra flecha, pero cuando ya casi la tenía se le cayó. Palpó el *gorytos* en busca de otra. «Una más —pensó—. Dispararé una más y con eso bastará.» Alcanzó el emplumado de otra flecha con los dedos y la separó de las demás. Se inclinó hacia atrás, metió la flecha en el arco y el culatín en la cuerda, y encaró su caballo de batalla contra el enemigo.

Derribó a un segundo enemigo, y un tercero aulló al tiempo que agarraba la flecha que tenía clavada en el bíceps, expresando su ira, miedo y dolor por que un par de niños lograran despellejar a su grupo de ataque. La refriega había empujado a los sármatas camino arriba, casi hasta donde Coeno estaba tendido en la hierba y Filocles aguardaba arrodillado, pero los enemigos les hicieron caso omiso.

Talasa tropezó y faltó poco para que se cayera. Aflojó el paso bruscamente.

«Soy hombre muerto», pensó Sático. Se alzó sobre las rodillas y disparó de la manera que *Ataelo el Sakje* le había enseñado, aprovechando el punto álgido del ritmo del caballo. Su flecha se hundió profundamente en el vientre de un joven sármata. Sacó otra flecha mientras los atacantes se volvían hacia él. Había comenzado con un caballo mejor, pero *Talasa* era un animal ya viejo, estaba cansada y había llevado una pesada carga durante varios estadios; por más ánimos que tuviera, no podía mantener el paso indefinidamente.

Lita disparó otra vez, pero los sármatas apenas le prestaban atención. Disparó al caballo de un hombre que pasaba cerca de Coeno y el jinete salió despedido por encima de la cabeza del animal, rodó por el suelo e intentó levantarse.

Sático disparó a un hombre vestido de rojo con un yelmo dorado, pero la flecha rebotó en la coraza de escamas de bronce.

Filocles se puso de pie para dirigirse hacia el hombre que acababa de caerse de su caballo herido y lo mató dándole una patada brutal en el cuello. La columna vertebral del sármata se partió y el ruido se extendió por el valle. Luego Filocles se agachó y se hizo con la lanza del enemigo muerto.

La acción en el camino y el crujido de los huesos de su compañero atrajeron la atención de los sármatas, que por un instante se olvidaron de Sático. Ese momento de vacilación le salvó la vida, y *Talasa* pasó como una exhalación por un hueco del círculo que se estaba cerrando en torno a él. El chico disparó a un hombre tan de cerca que alcanzó a distinguir cada detalle de su mueca de dolor al ser herido, vio las salpicaduras de sudor del pelo del hombre cuando sacudió la cabeza y la creciente fuente de sangre que manó de su garganta allí donde se había clavado la flecha.

«Tiké.» El mejor disparo de su vida. Hizo dar la vuelta a *Talasa* otra vez,

consciente de que el corazón podía reventarle en la siguiente zancada, pero mientras la yegua siguiera adelante él conservaría la vida. Enfiló el camino, que, debido al movimiento de la batalla, había quedado relativamente despejado.

Melita disparó otra vez y falló, pero Sático vio que los sármatas se apartaban del lugar al que había apuntado su hermana, regalándole unas cuantas zancadas más.

Talasa cruzó el camino cerca de Filocles. Polvo y sudor mancharon el rostro del espartano, dejándolo como la máscara trágica de un actor. Sático se volvió en la silla y disparó hacia atrás, pero falló el tiro pese a que el enemigo que lo seguía se encontraba tan sólo a unos pocos largos de caballo. Sin embargo, con el rabillo del ojo vio que el hombre se agachaba y que Filocles lo derribaba, clavándole la punta de una lanza en la mandíbula como si fuese un arpón, tal y como los labriegos meotes cogían a los salmones grandes.

La intervención de Filocles destrozó a los sármatas. Y no sólo porque estaban sufriendo muchas bajas: fue la manera en que murió la víctima del espartano, con la cabeza casi arrancada del cuerpo. El resto de los atacantes se acobardaron y huyeron al galope, abandonando a sus heridos.

En cuestión de instantes, el zumbido de los insectos y los graznidos de un cuervo fueron los únicos sonidos que se oyeron, superpuestos al jadeo de los hombres y las bestias y al murmullo de un chico sármata herido, con una flecha en el vientre, que llamaba a su madre. Sático habría preferido no entender su marcado acento sakje. Le hubiese gustado que el chico, tan sólo unos pocos veranos mayor que él y su hermana, saliera con vida del trance, pero nadie sobrevivía con una flecha en el vientre.

«Esto es obra mía», pensó.

—Tenemos que cruzar el río —anunció Filocles, como si no hubiese sucedido nada.

—Por favor, madre, oh, por favor, oh —gemía el chico tendido en la hierba alta.

«No es un chico.» Sático llegó lo bastante cerca de su víctima para constatar que se trataba de una doncella arquera, una joven sármata.

—¡Por favor, oh, madre, oh! —decía la muchacha.

Sático apartó la vista, asustado de lo que la chica tendida en la hierba significaba respecto a la vida y la muerte, asustado de sí mismo. *Talasa* se estremeció entre sus muslos. El muchacho levantó los ojos y se encontró con la mirada de Filocles.

—¡Por favor! —suplicó la chica.

—La guerra es gloriosa —sentenció Filocles—. ¿Quieres que la mate yo? Otra muerte apenas sumará en la mancha de mi alma.

Su voz se alzó inexpresiva, como la de un dios o un loco.

Sático miró a su hermana. Estaba vomitando en la hierba, con la cabeza gacha. *Bión* fruncía el belfo con equino desagrado.

—Se están reagrupando para un nuevo intento —señaló Terón. Miraba a los sármatas derrotados. Llevaba una espada, un *kopis* griego de hoja curvada.

Sátiro sacó una flecha de su carcaj y cabalgó hasta donde la chica enemiga se balanceaba adelante y atrás con los brazos cruzados encima de la sangre. Tenía el rostro blanco y el cabello cubierto de polvo y sudor. En su vestimenta destacaban unas cuantas placas de oro que revelaban su distinguido origen. Vista de cerca, no parecía mayor que él. «Llévatela pronto, cazadora», pensó.

Se sentía extrañamente distante, observándose a sí mismo prepararse para matar a una chica de su edad indefensa, y las manos apenas le temblaban. Era un blanco fácil.

Disparó.

Su intención fue clavarle la flecha en el cerebro, pero el temblor de las manos o la flexión del astil la desviaron hacia la boca. La chica se estremeció y profirió un grito ahogado antes de empezar a vomitar sangre, igual que los peces.

«Igual que los peces.»

Un espasmo sacudió una vez más el cuerpo de la joven herida y por fin quedó inmóvil. Sátiro observó cómo el alma abandonaba el cuerpo, cómo sus ojos se convertían en los de un cadáver.

Fue como recibir un golpe de Terón en la cabeza. No veía gran cosa. Sentado en el caballo, oyó la carga de los sármatas, oyó gritar su nombre, pero no tenía ningún control sobre sus miembros. De modo que permaneció sentado, contemplando a la chica muerta.

El tiempo era una cosa bien rara, pues el día anterior a aquella misma hora estaba viva y, no obstante, no volvería a estar viva nunca más.

Filocles volvió a llamarlo gritando.

Y de pronto estuvo tendido en la hierba que mecía la brisa, oyendo el zumbido de los insectos y los graznidos de los cuervos.

—¿Me oyes, chico? —preguntó Filocles. Le llenó la boca de vino.

Sátiro resopló, se sacudió y se atragantó con el vino.

Aún estaban en los campos al lado del camino, y él se hallaba tendido en el suelo. Aunque seguía doliéndole la cabeza, no tenía ninguna herida.

—¿Qué ha pasado?

Apareció el rostro de Terón.

—Has matado a la chica. Luego te has desmayado.

Terón tenía el brazo de la espada rojo hasta el codo.

Por segunda vez aquel día, Sátiro intentó ponerse de pie y lo único que consiguió fue vomitar. Se recostó de nuevo y Terón le dio un sorbo del vino de Filocles, mientras el espartano reunía caballos y equipo con Melita.

—¿Puedes montar? —le preguntó cuando se recobró.

—Perdón —dijo Sático. Estaba profundamente avergonzado.

—No hay nada que perdonar, chico —dijo Filocles, levantándolo por los hombros—. ¿Puedes montar?

Sático asintió y se incorporó lentamente.

Talasa estaba desensillada. La flecha de su grupa había desaparecido.

—Tenemos un montón de caballos —dijo Filocles.

—Por Ares —respondió Sático—. ¿Los has matado a todos?

—No lo he hecho solo —puntualizó Filocles—. He tenido ayuda.

Terón sonrió y acto seguido borró su sonrisa al reparar en que nadie más daba la impresión de pensar que ganar la pelea fuese un motivo para estar contento.

—Vendrán más, y no tardarán en llegar. Tenemos que cruzar al otro lado del río —dijo Filocles—. Todos esos son gente de Upazán. El hombre del yelmo de oro llevaba su insignia, la cornamenta. —Meneó la cabeza como quien no dice todo lo que piensa—. Montad.

Sático nunca había visto a Filocles hablar de aquella manera. Le constó que se debía a que él había demostrado tener miedo y se había desmayado. Montó el caballo de un hombre muerto e inclinó la cabeza. Las lágrimas le quemaban los ojos.

—Lo siento —dijo.

—Yo también lo siento, chico —respondió Filocles—. En el río tendremos que nadar. Es probable que *Talasa* no logre llegar a la otra orilla.

Coeno dejó escapar un quejido. Iba amarrado a un poni sármata, y la pintura roja de guerra le estaba manchando el quitón.

—Dejadme —dijo.

—Y un cuerno, megaro presuntuoso —repuso Filocles. Apoyó una mano en la espalda de Coeno en un gesto de afecto.

Cuando todos hubieron montado, Filocles los condujo campo a través, derechos al punto donde cruzarían el río, desde cuya orilla se veía el lejano promontorio de la ciudad. Las llamas sobresalían de la muralla, y el fuego que ardía en las puertas las asemejaba a las bocas de una forja gigantesca. Colina arriba, a una distancia de varios estadios, había hombres con armadura. Estaban llegando más jinetes.

—Ahora o nunca —dijo Filocles—. Terón, ¿sabes nadar?

El corintio se rio y, temerario, metió a su corcel en el río, que tenía cuatro estadios de anchura en el punto más estrecho. El grupo se encontraba en la orilla exterior del meandro que circunscribía la ciudad, donde la corriente era más impetuosa, máxime teniendo en cuenta que era primavera.

Sático podría haber titubeado, pero en ese momento le daba más miedo demostrar miedo que tenerlo, y su caballo siguió al líder de la manada y saltó a las aguas fangosas. El animal que llevaba a Coeno entró el siguiente, y en el tiempo que un águila tardaba en atrapar un salmón, fueron una línea de cabezas nadando para salvar

la vida.

Melita nadaba como una nereida, y *Bión*, aunque cansado, pateaba debajo de ella. Pero Coeno se las veía y deseaba para mantener la cabeza por encima del agua, y a su caballo no le iba mucho mejor. Sin detenerse a pensar en el riesgo, Sátiro soltó su caballo para que siguiera solo y nadó hacia Coeno, pero subestimó la fuerza de la corriente, giró sobre sí mismo y recibió una patada en el vientre. Acto seguido el muchacho se encontró debajo del agua turbia, hundiéndose lejos del ruido, todavía exhalando. Se le enredó el puño en algo —pelo— y de pronto todo su cuerpo dio una sacudida al verse arrastrado hacia delante. Sus ojos vieron luz, tiró con más vehemencia y por fin emergió de nuevo. Llenó sus pulmones de aire —«ahhh»— y descubrió que estaba avanzando deprisa con la mano envuelta en la crin de *Talasa*. La yegua mantenía la cabeza erguida y, pese a sus heridas y al peso de su jinete, surcaba con potencia las aguas. Sátiro volvió a respirar, se atragantó y sacó agua y mocos por la nariz.

Talasa estaba girando, ajena a los forcejeos del muchacho mientras nadaba hacia Coeno. Éste tosía con la cabeza fuera del agua, pero su caballo se hundía debajo de él.

Del cielo caían flechas. Sátiro tardó unos instantes en darse cuenta de que las disparaban desde la ribera. Oyó que un hombre gritaba en dialecto sármata, pidiendo voluntarios que se metieran en el río para liquidarlos. No se volvió para mirar. Toda su concentración estaba en Coeno. Lo tenía cerca, más cerca, alargó la mano e intentó tirar de él hacia arriba, pero Sátiro sólo tenía doce años y Coeno era el hombre más corpulento que conocía.

De pronto Filocles apareció a su lado, y luego Terón, que nadaba sin caballo, y liberaron a Coeno de sus ataduras antes de que se ahogaran él y su caballo. Terón empujó la cabeza y los hombros del megaro hasta los brazos de Sátiro y éste tiró con fuerza, provocando que el hombretón soltara un quejido. Y al cabo ya estaban nadando.

Sátiro levantó la vista y constató que todavía les quedaba la mitad del río por delante. Y la corriente los había arrastrado, alejándolos de la zona más estrecha. Cuadró los hombros y se concentró en mantener a Coeno con vida.

El tiempo transcurría despacio. Le dolía el hombro y cada dos por tres pensaba que el hombre agonizante tal vez lo arrastraría al fondo. Padecía por *Talasa*, que tosía y emitía sonidos roncós por la boca y la nariz como si quisiera soltar maldiciones.

Había hojas y troncos en el río, ramas secas que flotaban tras ser arrancadas por las lluvias de primavera en las tierras altas del este, y un cordero muerto, hinchado yapestoso, pasó junto a ellos mientras nadaban. El estrecho quedaba tan lejos detrás de ellos que incluso desde su punto de vista, justo por encima del agua, Sátiro alcanzaba a ver cómo se abría ante ellos la bahía del Salmón. Se hallaban casi tan lejos de la

otra orilla como cuando se habían adentrado en la corriente. Pese a la potente ayuda del caballo que nadaba debajo de él, aun yendo abrazado a su cuello, Sático estaba cansado.

Coeno era un peso muerto. El muchacho pensó que el cuerpo frío del viejo aún tenía vida, y pasó un rato intentando cerciorarse de si seguía respirando. No las tenía todas consigo. Cuando levantó la mirada, vio la granja de piedra que marcaba el límite del territorio meote.

Miró en derredor buscando a Melita y la encontró justo a su lado, agarrada a *Bión* con una mano y empujando a Coeno con la otra, nadando con brío pero con la cara surcada de arrugas, como la de un adulto. Sus ojos se encontraron. Melita dio un empujón, probablemente con las últimas fuerzas que le restaban, y Coeno quedó un par de dedos más arriba sobre la portentosa grupa de *Talasa*.

—Poseidón, Señor de los Caballos —dijo Sático.

Melita nadó con renovado ímpetu y Sático intentó cantar el himno. Su hermana se unió a él, dos hilos de voz cantando, saltándose palabras enteras por el esfuerzo de respirar, pero *Talasa* pareció entusiasmarse y avanzó más deprisa.

—Me parece... que está... muerto —dijo Lita entre jadeos.

Sático pensó en la chica muerta. Negó con la cabeza.

Talasa movía las patas con brío. Todavía faltaba medio estadio para llegar a la orilla, pero de repente se irguió, emergiendo del agua, tropezó, se levantó y comenzó a caminar. Sático podía ver el prado anegado debajo de sus pezuñas, las nubes de lodo marrón y negro que levantaban sus pasos. El animal consiguió dar unas cuantas zancadas largas, pero enseguida resbaló y se cayó, y los tres fueron a parar ruidosamente al agua. Coeno y Sático quedaron debajo de *Talasa*, pero el chico tenía los dedos de los pies envueltos en la sudadera del caballo y, cuando *Talasa* se enderezó al llegar a aguas más profundas, todavía estaba aferrado a ella, sujetando a Coeno con todas sus fuerzas entre él y el costado de la yegua.

Terón y Filocles aparecieron de inmediato para empujarlo, y Melita pasó un brazo en torno al cuello de Coeno, sujetándole la cabeza fuera del agua. El hombre aún no estaba muerto, porque resollaba.

La ribera pantanosa quedaba a unas pocas zancadas. Melita soltó a Coeno, y ella y *Bión* fueron los primeros en subir al ribazo, seguidos por dos caballos sin jinete. Entonces *Talasa* se dio impulso con una tremenda embestida para plantar las patas traseras y dar un esforzado salto casi en vertical, con el peso de un chico y un hombre corpulento, y finalmente logró alcanzar la orilla. La silla se aflojó, Sático se deslizó hasta la hierba, y Coeno le cayó encima, desmadejado y gimiendo.

Filocles y Terón subieron el talud por sus propios medios. Sático había recibido una patada en el último momento y yacía tendido, respirando trabajosamente, mientras punzadas de dolor le subían del muslo derecho hasta el cerebro. Terón

jadeaba tumbado a su lado. Filocles se obligó a ponerse de pie. Fue hasta *Hermes*, el enorme castrado, y sacó la lanza sármata de la sudadera del caballo, donde la había amarrado junto con las demás pertenencias de los enemigos a los que había matado.

Sátiro se incorporó, ignorando el dolor, resuelto a no tener miedo esta vez. Buscó su otro caballo, pero fue en vano: el animal se había ahogado en el río. Adiós a las cuerdas de arco secas. Sacó su arco del *gorytos*, que todavía estaba lleno de agua. Todas sus flechas estaban empapadas y el tacto del arco mojado le resultó extraño al agitarlo.

Atada con una correa al *gorytos* tenía la afilada *akinakes* de acero que le había regalado Ataelo. La sacó. No era más larga que su antebrazo, un arma lamentable para enfrentarse a cualquier guerrero sármata que subiera por el ribazo. Fue a trompicones hasta el borde.

Había cuatro jinetes en el río, y habían cruzado a nado con tanta dificultad como ellos. No llevaban armadura. Se habían quitado los yelmos y sólo sus cabezas y las de los caballos sobresalían del agua. Los sármatas, que no daban la impresión de saber que ellos se encontraban allí, dejaron que los caballos los condujeran hacia la orilla. El primer animal pisó el lodo en el mismo punto donde lo había hecho *Talasa*, avanzó con dificultad por el bajío y luego nadó los últimos largos hasta la orilla.

Filocles se acercó al borde y de una sola arremetida con la lanza mató al jefe del grupo mientras su montura se disponía a trepar por el ribazo.

Los demás sármatas daban vueltas a pocos largos de caballo de la orilla, llamándose unos a otros.

—Venid y moriréis —gritó Filocles—. ¿Os envía Upazán?

Los guerreros bárbaros hicieron retroceder a los animales hasta el prado anegado y entonces el que llevaba oro en el pelo respondió a voz en cuello:

—¡Dejadnos subir a tierra firme y os juro que no os haremos daño!

Se encontraban sólo a unos pocos largos de caballo. Eran un blanco fácil para tirar con el arco, sólo que ninguno de ellos tenía un arco en condiciones. Sátiro, exhausto, se las arregló para reír.

—¿Os ha enviado Upazán? —insistió Filocles.

—¡Sí! —contestó el bárbaro.

—Pues entonces volved con él a nado —gritó el espartano. Se apartó del borde, se puso en cuclillas y miró a los niños y a Terón—. No podemos dejar que suban el ribazo —dijo—. No resistiré mucho más.

Terón miró en derredor.

—Yo sí —dijo—. ¿Quién tiene una jabalina?

Su cuerpo comenzaba a secarse. Presentaba el aspecto de un dios.

Filocles fue hasta *Hermes*, caminando como un anciano, y sacó una jabalina del equipo que llevaba amarrado al castrado. Transmitía una pesadumbre muy poco

habitual en él.

Terón los miró a todos.

—No llegaremos muy lejos —dijo—. Esa casa tendrá que resguardarnos.

—No podemos quedarnos mucho tiempo —repuso Filocles—. Tarde o temprano enviarán un barco —agregó, entregando la jabalina al atleta.

Terón se soltó el pelo y cogió la correa de cuero, la enrolló dos veces en la jabalina e hizo una lazada. Acto seguido la deshizo. No parecía tener ninguna prisa. Caminó hasta el ribazo, midiendo sus zancadas hasta el mismo borde y regresando al punto de partida. Tras repetir esta acción tres veces, sopesó la jabalina sin que le vieran los bárbaros.

—Me figuro que, si mato a uno, los otros dos cargarán contra nosotros —dijo.

Terón corrió tres pasos, dio un salto y lanzó la jabalina, que voló como un rayo y acertó a uno de los bárbaros con tal fuerza que un tercio de su longitud le atravesó el cuerpo antes de que el hombre cayera al agua.

—Buen lanzamiento —dijo Filocles.

Los otros dos avanzaron. Eran valientes y sabían que no tenían elección, de modo que apremiaron a sus caballos al cruzar el último trecho para subir por el talud fangoso. El primer hombre llegó arriba justo donde *Talasa* lo había hecho poco antes y murió allí mismo, ensartado en la lanza de Filocles. El caballo del segundo hombre fue río arriba en busca de un ascenso más fácil y subió sin dificultad. La bestia era briosa, y el sármata la hizo girar para arremeter contra Filocles al tiempo que paraba el ataque de éste. El espartano tuvo que forcejear para que el arma enemiga no lo matara.

El bárbaro podría haber liquidado a Filocles en ese momento, sólo que Melita se metió debajo de su caballo con su puñal y se lo clavó en la pierna por encima de la bota, acuchillando hasta donde alcanzaba, desesperada por salvar a su preceptor.

Sátiro tenía la impresión de no poder controlar su propio cuerpo, porque no recordaba haber atacado a nadie presa del pánico, pero de pronto se encontró enfrentándose al bárbaro con su *akinakes*, cruzando la hoja con la larga espada de hierro del sármata. Sátiro vio que su hoja pasaba por encima de la otra arma y cortaba el bíceps tatuado de su oponente, y luego Terón estaba allí, blandiendo su *kopis* en golpes altos como un esclavo cortando leña, y ambos lo acosaron, dándole tajos hasta que murió.

Una vez que hubo muerto y sus gritos cesaron, se miraron el uno al otro, cubiertos de sangre. Terón profirió una especie de aullido como el de un zorro, ahogando su pena o su furia, y todos apartaron la vista a la vez.

Sátiro captó un movimiento con el rabillo del ojo y al volverse vio que *Talasa* daba un saltito, casi encabritándose. Lanzó las pezuñas al cielo y luego perdió el equilibrio y se cayó.

Filocles fue hasta ella, alargando una mano delante de sí en ademán suplicante. La apoyó en la cruz de la yegua y después en la cabeza.

—Le ha fallado el corazón —anunció.

—Poseidón, Señor de los Caballos, llévatela contigo —dijo Sátiro, y se puso a sollozar de un modo desgarrador, llorando a lágrima viva como no había llorado a ninguna persona. Melita se sumó a su llanto. Fueron hasta el caballo y le acariciaron la cabeza inútilmente.

—Tenemos que comer —dijo Filocles con voz sorda, como si no se permitiera pensar lo que decía—. Volverán a perseguirnos en cuanto encuentren la manera de cruzar el río.

Melita se estremeció.

—Creía que estábamos a salvo —dijo, y de inmediato se percató de la falta de lógica de sus palabras.

—Nunca más estaréis a salvo —sentenció el espartano—. Coged vuestras cosas y seguidme.

Lo único que se habían llevado era el equipo de pesca, de modo que en un periquete lo tuvieron cargado en la espalda. Sátiro se quedó mirando a *Talasa*, que yacía en la hierba.

—Deberíamos quemarla o enterrarla —dijo.

—Deberíamos, pero no podemos. Vamos hacia aquella casa.

El espartano señaló una lejana casa de piedra, una granja de meotes, quizá la más apartada a lo largo del río.

El patio estaba vacío y el dueño no quiso quitar la barra de la puerta. Filocles lo amenazó desde el patio hasta que el campesino se avino a abrir, y los gemelos cruzaron una mirada de horror. El día anterior contaban con el amor de aquellos labriegos. Ahora ni siquiera podían fiarse del hombre cuyo techo les daba cobijo.

—¡Eh! —gritó el granjero, asustado, cuando Terón tocó las salchichas que colgaban de las vigas.

—Necesitamos comer —dijo Terón.

—¡Tenemos pescado! —recordó Sátiro.

—Es verdad —respondió el corintio, sonriendo.

En sus respectivas bolsas de cuero mojadas él y Sátiro llevaban sendos pescados, a los que por supuesto no les había afectado el agua del río. Terón los asó en la chimenea y compartieron la comida con el labriego. Eso no hizo que los amara más, pero les dio un poco de vino rancio y no tardaron en dormirse.

Terón los despertó sin contemplaciones al despuntar el día y los hizo salir a la fría mañana de primavera dejando dentro al aterrorizado labriego.

—Barco a la vista —anunció—. Hora de irse.

En el río crecido distinguieron el batir de remos de un *pentekonter* que surcaba las aguas a un ritmo constante. El barco no avanzaba mucho contra la corriente, pero de todas formas se acercaba. Los primeros rayos del sol eran rosas y rojos.

Todos sus caballos renqueaban, y los jinetes estaban igualmente agotados a pesar del largo sueño. Tuvieron que alejarse de la casa caminando despacio. Terón llevaba una bolsa de salchichas y dio una a cada uno. Eran especiadas y con mucho ajo; demasiado fuertes para horas tan tempranas.

«O eso pensamos.» Melita cavilaba sobre el huraño silencio de su hermano. Parecía avergonzado, cuando debería estar orgulloso. Había luchado bien.

«Yo hice morder la hierba a dos —pensó—. Mi madre estará orgullosa, y no me iré al Hades sin esclavos.» Luego pensó en el caballo de su padre, único vínculo tangible con el hombre al que sólo conocía por las historias de su madre, Filocles y Coeno. Muerto. Frunció el ceño para contener las lágrimas.

Mientras cruzaban el patio para ir a buscar los caballos, vio un fardo de tela basta en el estercolero. Tuvo que volver la cabeza, y sus ojos se toparon con los de Filocles.

—¿Eso es... —hizo una pausa—... Coeno? —preguntó quedamente para que su hermano no la oyera.

—¿Crees que habría abandonado a Coeno en un estercolero? —preguntó Filocles, y no le sostuvo la mirada. Melita se dio cuenta de que no estaba sobrio; le ocurría algo.

Melita se puso a hablar animadamente de trivialidades para ocultarle el cadáver a su hermano. Sabía quién era el hombre del estercolero. El labriego no iba a traicionarlos, porque Terón o Filocles lo había matado.

Coeno, por otra parte, se había recobrado un tanto durante la noche. Estaba entumecido, pero las heridas habían dejado de sangrar y llevaba el torso envuelto con toda la provisión de ropa de cama del labriego. Estaba en mejor forma física que Filocles, que apenas podía caminar.

Recorrieron menos de diez estadios durante la primera hora, y de no haber sido por los músculos de Terón, tal vez habrían avanzado menos.

Melita observó que su preceptor era presa del mismo mal humor que su hermano, y finalmente dijo lo que pensaba.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó.

—A Heraclea —contestó Filocles.

Para llegar allí había que recorrer una cuarta parte de la costa del Euxino.

—¡Tardaremos semanas! —protestó Melita.

Filocles se paró en seco.

—Mira, niña —dijo—, ayer nos atacó Upazán. Unas galeras de Panticapea saquearon la ciudad. ¿Qué te dice eso?

—¡Panticapea es nuestra aliada! —adujo Melita.

—Madre iba a ir a Panticapea —dijo su hermano, levantando la cabeza—. A renovar el tratado con Eumeles.

—Y ahora os darán caza —prosiguió Filocles—. Upazán y Eumeles han hecho un trato. —Meneó la cabeza; el extremo cansancio estaba socavando su sensatez—. Lo único que podemos hacer es huir.

Melita se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—¿Y qué pasa con mamá? —inquirió—. ¿No está muerta? ¡No está muerta!

Cogió a Sático de la mano, que la agarró como si fuese una espada.

—¡No está muerta! —gritó el chico.

Filocles y Terón siguieron caminando; Coeno levantó la cabeza, hizo un ademán negativo y miró hacia otro lado.

—Tal vez no —dijo el viejo soldado.

Ninguno de ellos agregó nada más al respecto. Al cabo de un rato el sol intentó salir pese al cielo encapotado y comenzó a llover.

Coeno levantó la cabeza.

—Lluvia —observó—. Cubrirá nuestro rastro, y también nuestro olor. —Miró a Filocles mientras respiraba profundamente, y todos advirtieron que le dolía. Luego dijo—: Ahora tenéis una oportunidad.

Filocles se plantó en medio del camino bajo la lluvia el tiempo que tardaba un buen herrero en ponerle una herradura a un caballo. Al cabo dijo:

—Hay que salir del camino.

Coeno asintió.

—Campo a través hasta que tengáis que cruzar el río —aseveró.

Terón negó con la cabeza.

—Está claro que llevamos ventaja; nadie más habrá cruzado el río a nado.

Coeno levantó los ojos. Le costaba respirar y tenía la mirada apagada, pero irguió la cabeza y señaló a Terón con su cayado.

—Escucha, chico —dijo— Eumeles necesita que estos niños mueran. Todo el ataque contra nuestra ciudad no le sirve de nada si los niños siguen vivos. Habrá cruzado antes de mediodía, aunque él mismo tenga que llegar a nado. Cubrirá esta margen del río de soldados, hombres en quienes confía.

Terón, irritado, agitó en el aire su cayado.

—Ésta no es la clase de expedición en la que me he enrolado.

Pero entonces vio algo en Filocles que le hizo cambiar de opinión. Melita se percató de su sobresalto. «No quiere acabar como el labriego.» Nunca había visto a Filocles el preceptor, Filocles el borrachín, de aquella manera.

Infundía miedo.

El espartano les echó un vistazo a todos y sonrió.

—Iremos a campo través. Seguidme.

Caminaron todo el día, guiando a los caballos. La lluvia era persistente, y cruzaron campos embarrados y bosques chorreantes. Al cabo de una hora Melita ya estaba cansada, y cuando al fin se sentaron debajo de un roble a comer un poco más de salchicha, ya no le quedaban fuerzas. Coeno apenas podía caminar. Sátiro cruzó una mirada con su hermana y negó con la cabeza, pero el agotamiento les impidió hablar. Tras haberse comido la salchicha, reemprendieron la marcha. Cuando empezó a caer la tarde, Filocles y Terón comenzaron a turnarse para llevar a Coeno, y después se detuvieron en una fresneda y cortaron ramas para hacer una camilla con su clámide, de modo que pudieran llevarlo entre los dos. No había ningún caballo en condiciones de ser montado.

Al anoecer llegaron a una aldea. Terón entró solo y regresó con el ánimo por los suelos.

—Esta mañana han venido unos hombres —dijo—. Se han llevado todos los caballos y han matado a unos cuantos aldeanos. —Se encogió de hombros—. He cogido esto —añadió, mostrando una ollita de arcilla del tamaño de su mano—. He intentado pagar, pero todos han salido huyendo.

Acamparon encima de la aldea. Ninguno de ellos llevaba un chisquero con yesca y pedernal, y todo estaba empapado, y Terón no podía encender una hoguera. Miró a Filocles.

—Tú eres el veterano —dijo Terón.

—Yo enciendo fuegos ordenando a los esclavos que lo hagan —replicó Filocles.

—Menudo par de bandidos estáis hechos —murmuró Coeno. Se sentó en la oscuridad y cortó tiras de corteza durante un buen rato, tanto que Melita cayó dormida hasta que la despertó el cálido beso de las llamas doradas en el rostro.

—¡Lo ha hecho con un palito! —dijo Sátiro con deleite. Contemplaron el fuego, oyendo el ruido de sus tripas, y de pronto quedaron todos dormidos.

Por la mañana atajaron de nuevo hacia el norte, siguiendo el consejo de Coeno, adentrándose en tierras más agrestes, alejadas del río y de la costa del Euxino. *Bión* se había recobrado lo suficiente para cargar con Coeno, de modo que avanzaron más deprisa. Terón cazó un conejo. Se detuvieron en el repecho de una colina y encendieron fuego. No tardaron nada, porque Coeno les había enseñado a envolver ascuas y trozos de carbón con hojas mojadas para llevarlos consigo. Sopa de conejo en la olla de arcilla de Terón —nada con que comerla, por eso Melita se quemó los labios al beber directamente de la olla—, y conejo asado cocinado en una rama verde a modo de espetón. La muchacha se había acostumbrado a recibir indicaciones de Coeno, y no perdió detalle cuando éste se tendió sobre un montón de ramas, protegido de la lluvia por el único manto que tenía de sobra, que había pertenecido a uno de los sármatas.

Después de comer todos se sintieron mejor, incluso el herido. Durmieron un poco, recogieron ascuas y reanudaron el camino. Aquella noche durmieron en lo más profundo del bosque, calados hasta los huesos pero al calor de una hoguera. Por la mañana Coeno se encontró lo bastante recuperado como para examinar a los caballos y fruncir el ceño.

—Los dos ponis de la estepa están bastante bien. Y *Bión* está como un roble. Pero vamos a prescindir de los otros dos; demasiado pedigrí para este tipo de vida. Deberíamos matarlos para tener carne o hacer un trueque con un labriego.

—¡Para carne! —exclamó Sático—. ¿Nuestros caballos? ¡*Hermes!*

Coeno gruñó y se sentó bruscamente, sin ninguna ceremonia.

—Hijo, ahora no hay reglas que valgan. No podemos tenerle mucho apego a nada. Ni siquiera entre nosotros. —Miró a Filocles—. Os estoy retrasando, hermano.

Filocles se encogió de hombros.

—Sí, es posible. Por otra parte, sin tus conocimientos sobre caza y supervivencia, los gemelos quizá ya habrían muerto; o yo me estaría arriesgando. —Miró colina abajo—. Lo cierto es que hemos ganado tiempo. Sólo estamos a cosa de un día del vado de *Thatis*.

Coeno sonrió forzosamente.

—Pues intentaré seguir siendo útil.

Filocles gruñó.

—Más te vale. De lo contrario... bueno, supongo que estarás bastante rico bien asado.

Terón apartó la vista mientras Filocles se echaba a reír y Coeno soltaba un gemido.

—¡Espartano cabrón! —espetó el herido—. ¡Por tu culpa me duele más!

—Están bromeando —dijo Sático.

Terón meneó la cabeza.

—Son... nunca he conocido a nadie como ellos —dijo—. Y yo que me tenía por un tipo duro...

La llanura de Thatis era una infinita sucesión de caudalosos riachuelos, crecidos por las lluvias. Los campesinos meotes labraban el fango en silencio, y sólo unos pocos se dignaban levantar los ojos para observar al pequeño grupo de fugitivos cuando éstos se veían obligados entrar en un pueblo. Todo era tan monótono que estaban como paralizados debido a la mera falta de atención. Caminaban junto al borde arbolado de un campo de trigo cuando Coeno levantó la cabeza.

—Huele a caballos —dijo.

—¡Ares! —susurró Filocles.

Justo al otro lado del seto, en el campo contiguo, había una docena de jinetes encabezados por un hombre alto con una clámide roja y una cicatriz morada en la cara. Dos soldados habían desmontado y golpeaban a un campesino. El hombre de la cicatriz observaba con una impaciencia que se hacía sentir sobre un estadio de tierra arada a la redonda.

El corazón casi parado de Melita se puso al galope.

—Seguid caminando —dijo Filocles.

Terón no sabía gran cosa sobre caballos y siguió marchando, pero Sátiro corrió a situarse delante de la montura de Coeno y tapó las narices de *Bión* con las manos.

—Tranquilo, guapo —dijo en sakje—. Vamos, vamos, tranquilo.

Levantó la vista hacia el herido, que asintió.

Prosiguieron a lo largo del borde del campo hasta que llegaron a un sendero que ascendía hacia el monte, adentrándose en el bosque.

—¿Qué estaban haciendo? —preguntó Melita.

—Nada bueno —espetó Filocles—. No te detengas —gruñó—. Gracias a los dioses no han reparado en nosotros.

Subieron hasta la cresta de la colina, al parecer sin ser vistos, pero cuando llegaron al prado abierto de lo alto divisaron a unos jinetes en la otra punta, avanzando con detenimiento a pesar de la lluvia. Había otro grupo de jinetes en la ladera boscosa que acababan de dejar atrás; vieron a este segundo grupo en cuanto se detuvieron.

—¿Crees que nos han visto? —preguntó Filocles.

Coeno negó con la cabeza; tenía los labios casi blancos.

—Debemos de estar dejando huellas. O un labriego pobre nos ha visto y ha hablado. Pero no saben dónde estamos, al menos no con exactitud. De lo contrario, ya los tendríamos encima.

Vigilaron un poco más, resguardados entre los árboles. Melita vio a seis jinetes

enemigos, todos hombres corpulentos montados en caballos de batalla; griegos, no sármatas. El rostro del jefe tenía una herida todavía roja, y parecía que le hubiesen cortado la nariz. Incluso a cien largos de caballo, presentaba un aspecto horrible.

—Dejemos el sendero y subamos a la próxima cresta —dijo Coeno—. Tan de prisa como podamos. Están a punto de atraparnos. Si nos ven, estamos perdidos.

Hasta entonces Melita había pensado que la situación no podía ser peor; marchaban penosamente y sin tregua bajo la lluvia constante, sin nada que comer.

Nada de aquello la había preparado para caminar campo a través en lugar de seguir los senderos. Se daba contra todas las ramas y la maleza del sotobosque le rasgaba las mallas y la túnica. Las botas se le llenaban de cosas que le cortaban los pies, y Filocles no se detenía. Llegaron a un arroyo, crecido tras días de intensa lluvia, y nadie le ofreció una mano; el agua le llegó a la barriga, demostrándole que hasta entonces no había estado mojada de verdad.

—Quietos —ordenó Filocles.

Cuando oyó la orden, Melita estaba comenzando a subir a la orilla; tenía una bota empapada apoyada en una roca y la otra todavía en el agua. Su hermano se encontraba en el arroyo.

Sin volver la cabeza, Melita vio que un buen trecho río arriba, a medio estadio o más, un hombre a caballo acababa de salir de la espesa maleza del valle y miraba directamente hacia ellos.

—No te muevas —dijo Filocles, con bastante claridad, a su lado.

Él se movió.

Sátiro también. Sin una sola salpicadura, su hermano se hundió en el agua y desapareció.

Melita volvió la cabeza, tal como le habían enseñado a hacer los sakje, puesto que nada delataba mejor la presencia de un ser humano a lo lejos que su rostro. Tendida en la orilla, procuró ignorar el frío del agua en la pierna izquierda. Sería peor para Sátiro, que estaba completamente sumergido.

Percibía en el suelo los pasos del caballo enemigo, que avanzaba siguiendo la orilla del arroyo.

A su lado, Filocles comenzó a rezar quedamente, primero a Artemisa y a Hera, luego a todos los dioses. Melita se sumó al rezo.

Los pasos del caballo se detuvieron bruscamente, y Melita oyó un chapoteo.

—¡Por la Doncella! —se exclamó Coeno. Su voz sonó tan estridente como una trompeta.

Melita miró arroyo arriba y vio que un caballo pateaba en el agua profunda de la charca que quedaba por encima del vado.

—El borde se ha desmoronado con su peso —dijo Filocles—. ¡No os mováis!

El caballo volvió a patear y de pronto el jinete apareció en la orilla, tan sólo a

unos pocos largos de caballo de distancia. Maldecía en griego con fluidez. Era un oficial, su peto era una pieza de excelente factura.

—¿Eres tú, Lucio? —gritó una voz desde donde habían llegado ellos. Una voz que no podía estar a más de diez largos de caballo de distancia y que sonaba como si tuviera un resfriado tremendo.

—¡Sí! —contestó Lucio, en un tono que revelaba su fastidio—. Mi jodido caballo me ha metido en remojo. —De pie en la orilla, escurría su clámide—. ¿Eres Estratocles?

—¡Sí! —El hombre que se llamaba Estratocles estaba más cerca—. ¡Más huellas! —Salió del bosque mientras gritaba, y apareció bajo la luz gris y la lluvia al tiempo que Lucio subía por la orilla a su encuentro. Estarían a unos tres largos de caballo, y en las cimas retumbó un trueno que resonó en los valles.

Sólo el saliente de la orilla y las ramas de un arbusto separaban a Melita de sus perseguidores.

Otro trueno en lo alto, y un relámpago casi simultáneo cuyo estrépito sonó por encima de ellos.

—A la mierda con Eumeles y a la mierda con esto. ¿Qué huellas? —inquirió Lucio—. Nadie me paga lo suficiente para hacer esta mierda. Si Zeus lanza uno de esos rayos contra mí...

—¡Mira! —dijo Estratocles con voz ronca, y Melita, aun sin mover la cabeza, vio que se trataba del hombre con la herida en el rostro.

—Qué. Un caballo. Quizá dos. Estamos buscando a seis hombres, ¿no es así? Y a dos niños.

Cayó otro rayo igual de cerca, y una racha de viento agitó los árboles.

—Con esta mierda de tiempo seguro que no estarán avanzando. De hecho ni siquiera yo puedo moverme. —Lucio miró en derredor—. Por aquí hay bandidos y, la verdad, no quisiera toparme con ellos. ¡Se defenderán! Y esta tormenta va a desbordar el arroyo. Larguémonos.

—Los campesinos dijeron... —comenzó Estratocles.

—¡Me cago en los campesinos, mi señor! Escucha, ese imbécil al que atrapaste anoche habría cantado cualquier cosa. No dejaste que ese repulsivo siciliano le torturara; bien, eso te honra, señor, pero a veces hay que hacerlo. Hicimos la pregunta diez veces antes de que contestara. Si hubiese sabido algo, nos lo habría dicho de inmediato. —Lucio resopló—. Échame una mano.

Se oyó un ruido de succión.

—¿Hay algo ahí abajo?

El grito llegó de lo alto de la loma. Melita oyó un tintineo de jaeces y la música de un escuadrón de caballería.

La lluvia arreció, más fuerte que nunca, y Estratocles se tapó la cabeza con su

manto de lana.

—Maldito tiempo —dijo—. Será imposible seguir un olor. Y no estoy nada seguro de haber visto huellas de caballo. Todo se llena de agua enseguida. ¡Bah! Al Hades con esto. Regresemos.

—Busquemos a un labriego rico y echémoslo de su casa —dijo Lucio.

—¡Aquí abajo no hay nada! —gritó Estratocles—. Llama a formar.

Se tapó la nariz con la mano y sacudió la cabeza.

Entonces Melita oyó el sonido de un cuerno, tres llamadas que se repetían una y otra vez. Se aferró al suelo de la orilla y se estremeció, moviéndose lo menos posible. Ya no sentía la pierna.

Transcurrió un tiempo, el suficiente para cuestionarse si no le quedaría algún daño duradero en la pierna entumecida, para observar a un pez que nadaba en la corriente y preguntarse si podría convertirse en pez, para plantearse cómo lo estaría llevando Coeno, y entonces las manos de Filocles la agarraron de los hombros y la sacaron del arroyo.

—A veces los dioses se ponen de nuestra parte —dijo el preceptor—. ¿Dónde está tu hermano?

—No lo sé, en el agua —consiguió decir medio asfixiada, y acto seguido se dejó caer contra *Bión*, que la acarició con el hocico.

Terón sacó a Sático del agua, arrastrándolo desde donde se había puesto a cubierto, un macizo de hierbas altas en el primer meandro arroyo abajo. El chico no podía caminar.

—No podemos encender fuego —dijo Terón.

Filocles agarró el hombro de Melita.

—Caminad —ordenó.

Melita detestaba mostrarse débil, pero no conseguía mover los miembros.

—No puedo —dijo. Sático se limitó a negar con la cabeza.

—Pues a gatas —replicó Coeno—. Así entraréis en calor.

Obedecieron. Era la primera vez que gateaban por un bosque mojado, con los pies mugrientos y el pelo empapado, pero no tardaron en desentumecerse y verse con ánimos de levantarse y caminar. Durante un rato, Sático se apoyó en uno de los ponis sármatas para mantenerse erguido, y siguieron marchando. Melita había perdido una de sus botas sakje, tan empapada que se había deformado y se le había salido del pie. Al cabo de un estadio descubrió que la arrastraba por los cordones; estaba tan cansada que no se dio cuenta hasta que se atrancó en una mata.

—¿Cómo estás? —preguntó a su hermano.

—Bien —contestó Sático, y le sonrió. Aquella sonrisa tuvo un valor indecible. Melita sacó energías de ella.

—¡Creía que te habías muerto! —susurró.

—¡Yo también! —respondió el chico. Ambos sonrieron y se sintieron mejor.

Pero Coeno estaba peor debido a la prolongada inmersión. Había empezado a toser y temblar, como si hubiese acaparado todo el calor que los demás habían perdido, y comenzó a delirar.

—Hay que meterle en una cama —dijo Terón—. A mí tampoco me vendría mal.

Filocles asintió. Cruzaron el collado e iniciaron el descenso hacia las chimeneas de otra aldea.

—No nos han seguido hasta este lado de los montes —opinó el corintio. Filocles se encogió de hombros.

—Me dispongo a arriesgar nuestras vidas basándome en eso —replicó.

Bajaron hasta el camino embarrado y fueron a parar cerca de un pequeño puente de tablones. Terón cruzó primero y reconoció el terreno y la lejana hilera de árboles antes de indicar a los demás que le siguieran.

La aldea era tan pequeña que la hubieron cruzado antes de que Coeno terminara de farfullar un debate interno sobre si debían robar el único caballo a la vista. Un campesino rico observó su paso desde el refugio de su casa de piedra. Nadie les dirigió la palabra.

Terón se acercó al campesino y le pidió alojamiento. El aldeano entró en su casa y le oyeron atrancar la puerta.

—Todos estos cabrones se acordarán de nosotros —espetó Filocles—. Campesinos. Igual que los ilotas. Son capaces de venderte por un dracma.

Terón engullía pan caliente robado en un patio, pasando pedazos a los gemelos y a Coeno, que dieron cuenta de ellos con voracidad. Aparte del pan, no obtuvieron nada más en la aldea. Un poco más allá discurría el siguiente río, donde había un transbordador, y tuvieron que detenerse y aguardar media hora bajo la lluvia incesante mientras Filocles iba a inspeccionarlo.

Como era de esperar, había un destacamento de caballería montando guardia en el transbordador. Filocles los divisó cuando un centinela se impacientó y desmontó en la arboleda para orinar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Melita.

—Ya estamos mojados —dijo Filocles—. Cabalgaremos río arriba y cruzaremos con los caballos.

Les llevó el resto del día, y justo al anochecer acamparon en un minúsculo claro entre dos piedras con tallas antiguas. La fogata que encendieron a duras penas ardía y humeaba constantemente a causa de la humedad, de modo que resultaba difícil que todos se sentaran cerca para calentarse. Por otra parte, lo único que tenían para comer era lo que quedaba del pan.

Fue la noche más larga que Melita recordaba. Hubo rayos y truenos, y a cada

destello Melita se despertaba —si es que realmente había conseguido dormirse— para encontrarse a su hermano mirándola de hito en hito. La oscuridad se prolongó, eternizándose, dándole tiempo a tener una pesadilla sobre su madre y otra sobre Coeno, a quien devoraban unos lobos; luego el cielo empezó a clarear y hubo luz suficiente para caminar.

—Nada nos retiene aquí —anunció Filocles.

Terón se sentó en cuclillas y estrujó su cayado con ambas manos hasta que tuvo los nudillos blancos.

—Necesitamos comida.

—¿Alguna idea? —preguntó el espartano—. Si no, sigue caminando.

Cuando el sol estuvo en lo alto del cielo, en algún lugar por encima de las interminables nubes grises, llegaron a otro arroyo crecido.

—Me parece que no es el Hispanis —dijo Filocles, meneando la cabeza—. Ares, no tengo ni idea de dónde estamos. Espero no haberos hecho marchar en círculos.

—No —dijo Coeno—. Nada de círculos.

Cada vez que despertaban, Melita esperaba encontrar muerto a Coeno. Pero, por el momento, no lo estaba.

—Nada de círculos —insistió—. Aunque no es el Hispanis.

Cruzaron con los caballos y una vez más quedaron calados hasta los huesos, dado que todos tuvieron que nadar un trecho, agarrados con una mano a los ponis.

—Los caballos están en las últimas —dijo Filocles cuando alcanzaron la otra orilla. Llevaba su clámide como si fuese un quitón gigantesco, prendida en los hombros, lo que le hacía parecer aún más corpulento.

—Necesitamos una casa —dijo Terón—. Dudo que Coeno resista otra noche a la intemperie.

—Pues yo dudo que nos hallemos por delante del cordón de esos traidores —replicó Filocles—. Nunca nos libraremos de ellos si pasamos una noche en un pueblo.

—A lo mejor nos han adelantado —arguyó Terón—. No pueden estar en todas partes a la vez.

—Tú lo que quieres es dormir en una cama —le recriminó Filocles.

—¿Y qué tiene de malo? —preguntó el corintio—. También me gustaría tomar una copa de vino.

Finalmente, la fiebre que aquejaba a Coeno convenció a Filocles de correr el riesgo de pasar la noche en una casa. Enfiló el sendero y buscó tierras de cultivo, habló con un campesino y regresó junto al resto del grupo, que aguardaba en el bosque.

—Me cae bien. Es el cacique del pueblo, y me parece que es de fiar. —Filocles miró a Coeno—. Necesitamos resguardarnos de la lluvia.

—No corráis ese riesgo por mí —masculló el enfermo.

Terón no le hizo el menor caso y asintió.

El labriego, a quien llamaban Gardan *el Azul* por sus brillantes ojos azules, era simpático, y su esposa recibió a los gemelos como si éstos trajeran suerte a su hogar. Se sentaron juntos en la habitación principal de la casa, envueltos en lana seca, calientes por primera vez en cinco días, y disfrutaron de una cena a base de cabrito, lentejas y pan de cebada. Comieron con hambre lobuna.

Melita supuso que comprarían caballos de refresco, dado que había visto una gran reata en el potrero oculto en una arboleda a cierta distancia del camino. Aguardó a que Filocles lo sacara a colación y, al ver que no lo hacía, le dio un ligero codazo.

—Si les compramos caballos, iremos más deprisa —musitó Melita.

Filocles la miró con mal disimulada pesadumbre.

—Tengo el oro de los hombres a los que matamos y nuestro equipo —dijo. Asintió en dirección al labriego—. No podemos ofrecerle un precio justo por los caballos si queremos disponer del dinero necesario para tomar un barco.

A ninguno de los gemelos se le había ocurrido pensar en el mar.

—Pero ¿dónde encontraremos un barco? —preguntó Melita.

El preceptor se volvió hacia el granjero, sonrió forzosamente y luego miró a los niños negando con la cabeza.

—Silencio. Es un buen hombre y no quiero matarlo para manteneros con vida. ¿Entendido?

Se fueron a la cama sin decir nada más.

Por la mañana el granjero los acompañó hasta el camino. Hizo una reverencia a los gemelos.

—Joven señor. Joven señora. ¿Puedo hablar libremente?

Sátiro asintió.

—Eres un granjero libre —dijo muy serio—. Puedes decir lo que quieras.

Gardan se acarició la barba.

—Estáis huyendo —dijo. Miró a Filocles—. Entre todos no tenéis ni una prenda limpia.

Filocles asintió, miró en torno y dijo:

—Es verdad. Los sármatas atacaron la ciudad con la ayuda de Eumeles. Nos están buscando y no tardarán en presentarse aquí. —Se encogió de hombros—. Os recomiendo que seáis amables con ellos.

El campesino asintió. Se rascó la barba. Era un hombre bajo y de tez morena, como tantos meotes, aunque tenía los ojos azules de un heleno y el pelo negro azabache como los héroes de antaño.

—Mi tío combatió con Marthax en el vado del río Dios —dijo—. Siempre recordaremos a vuestro padre. —Se tocó la barba otra vez—. Sé lo que ocurrió en la

ciudad —agregó lentamente. Miró a Filocles—. Ya han pasado por aquí dos patrullas, ambas sármatas. Los campesinos de la zona no reciben demasiado bien a esa gente. Mataron a un hombre. —Se encogió de hombros y señaló el pesado arco colgado de unos ganchos encima de la puerta—. Es posible que vuelvan y prendan fuego a la casa para obligarnos a salir, aunque tal vez no lo hagan —prosiguió, con cierta satisfacción. Acto seguido recobró la compostura—. Estoy divagando. Lo que quiero decir es que nadie de esta finca os delatará. Y los vecinos tampoco. Sabemos quiénes sois. Y camino abajo hay cinco castrados en un prado. Nadie los está vigilando. —Sonrió—. Diré al próximo bárbaro que venga que la última patrulla los robó.

Su esposa salió al patio con un saco de pienso en la mano.

—Aquí tenéis tela limpia y mantas de lana —dijo.

Filocles no contestó. En lugar de eso miró a los gemelos.

—Esto es una lección —dijo—. Os he hablado de Solón y de Licurgo, y os he leído pasajes de Platón y de otros hombres que se tienen por sabios. Pero ésta es la lección: que el bien reporta bien y el mal reporta mal. Estas personas os han salvado la vida porque vuestro padre fue un hombre bueno y vuestra madre ha gobernado con justicia. Recordadlo.

Sátiro asintió con gravedad.

—Lo recordaré.

Tendió la mano al labriego, que le dio un fuerte apretón.

Melita se adelantó unos pasos.

—Cuando sea reina —dijo—, os devolveré este favor centuplicado.

Besó a la esposa y estrechó la mano de Gardan.

Los caballos estaban donde el labriego había dicho, y tres de ellos cargaban con fardos.

—¿Cuando seas reina? —preguntó Sátiro.

Melita se encogió de hombros.

—Es el papel que nos corresponde, hermano. Somos exiliados. Tal vez regresemos. Estas gentes acaban de darnos sus ganancias de todo un año trabajando en la granja; una yeguada entera, la lana de sus ovejas; aquí hay ropa blanca que procede de los cultivos de lino de Egipto y que pagaron con trigo. Nos lo han dado todo en un gesto de generosidad suprema, digna de héroes, por ser quienes somos. —Se encogió de hombros—. Ellos son más heroicos que nosotros.

Sátiro pasaba muchos ratos reprimiendo los sollozos, y tuvo que hacerlo una vez más. Cabalgaron en silencio bajo la lluvia.

Filocles también iba callado.

—¿Por qué lloras? —preguntó Sátiro.

Filocles lo miró a los ojos sin tratar siquiera de disimular las lágrimas.

—Todo lo que hemos construido —dijo disgustado—. Una década de guerra para

instaurar la paz. Ha sido en balde. —Suspiró profundamente—. No tenéis idea de lo que se dio para conseguir esta tierra y la paz que merece. —Se encogió de hombros—. Dejadles a *Hermes* y al otro caballo; son buenas bestias, y así Gardan no habrá perdido tanto.

Sátiro asintió. Quitó los arreos a *Hermes*, se los colocó a un castrado de Gardan y luego se puso a susurrarle cosas al viejo caballo militar. Parecía avergonzado cuando terminó.

—Madre dice que padre siempre hablaba a sus caballos —dijo a la defensiva. Sonrió con ironía—. Al menos *Hermes* sobrevivirá a esta aventura, aunque nosotros muramos.

—Nos está yendo bastante bien, me parece, teniendo en cuenta las circunstancias —dijo Terón. Con la barriga llena y un quitón seco, era un hombre nuevo.

—Nuestro padre dio su vida por este país —dijo Melita.

—No sólo vuestro padre, querida. —Filocles se las arregló para sonreír—. También muchos hombres y no pocas mujeres. —Volvió a mirar hacia la lluvia y se le borró la sonrisa; parecía estar observando otra cosa, en alguna otra parte—. Odio a los dioses —dijo.

Coeno negó con la cabeza.

—Odio la falta de fe —replicó—. Es estúpido que un hombre odie a los dioses.

—Por aquí hay alguien que se encuentra mejor —señaló Terón.

Cinco caballos de fresco supusieron una gran diferencia. Cabalgaban sin descanso, pero cambiaban de montura regularmente. Las mantas, la ropa limpia y los broches de oro que llevaban les hacían parecer prósperos en lugar de desesperados, aunque los ancianos más sabios que se tropezaban por el camino se preguntaban en silencio por qué viajaban con aquella lluvia, y además tan deprisa.

Les quedaban ocho jornadas de camino hasta el río Hispanis, y mientras trotaban por el paisaje empapado, Melita tuvo claro que no habría podido hacer el trayecto a pie. Y Coeno, pese a la fiebre que le provocaba su herida infectada, se encontraba mejor gracias a que iba montado y dormía a cubierto. Gardan *el Azul* les había empacado una pesada manta de fieltro, tan grande como el tejado de una casa pequeña: el trabajo de cuatro o cinco mujeres a lo largo de un invierno entero. Constituía un buen cobijo impermeable.

Estaban en mejor forma física cuando descendieron por la última ladera hasta el Hispanis, con un pequeño grupo con caballos de carga, buena ropa y suficiente descanso para tomar decisiones acertadas.

—No me fío del transbordador —dijo Filocles a Terón y Coeno.

Así pues, envió al primero de inspección, y el corintio regresó con la noticia de que, aparte de unas tarifas abusivas, el transbordador era seguro.

—Ya estamos fuera de peligro —dijo Filocles. Se encogió de hombros—. Tienen demasiado territorio que cubrir. Eumeles no puede estar en todas partes a la vez.

Terón regateó con el barquero tal como un esclavo regatearía por un pescado en el ágora, intimidándole y amenazando con cruzar el río a nado con los caballos, hasta que el hombre cedió. Le pagaron un óbolo de cobre tras otro, y finalmente cruzaron con todas las monturas por una lechuza de plata. Coeno observaba con mudo desagrado, pero tenía tanta fiebre que no pudo intervenir. Su semblante decía que deberían estar por encima de tales cosas.

Dejó de llover mientras cruzaban las aguas marrones del Hispanis en la balsa. Fue preciso el esfuerzo del barquero, sus dos hijos y Terón para conducir la pesada embarcación contra la corriente, y tuvieron que hacer dos viajes, porque la fuerza del agua impedía que los caballos cruzaran a nado.

Filocles pagó una segunda lechuza de plata sin que se la pidieran, y el barquero la mordió con una sonrisa de complicidad.

—Le has pagado de más —protestó Terón.

—Ha puesto en peligro su balsa por nosotros —dijo Filocles—. Y nadie nos seguirá hasta dentro de un día o dos.

El instructor frunció los labios.

—¿Por qué? —preguntó—. El río bajará si deja de llover.

Coeno se despabiló.

—El río crecerá durante un día más aunque no llueva, pues recoge las aguas de los montes.

Señaló hacia la cordillera que se extendía al este y al sur, donde las estribaciones del Cáucaso eran visibles a pesar de las nubes.

—Y además he hecho un corte en la sirga —dijo Filocles, encogiendo los hombros. Al ver que Terón lo fulminaba con la mirada, volvió a encogerse de hombros—. He pagado por la soga. Y el tipo era un imbécil.

Cabalaron un día más hasta Goripia, una pequeña localidad costera que no debía tributo a nadie. La razón de ser de la ciudad era la elaboración de salsa de pescado para el mercado de Atenas y poca cosa más, y el olor los alcanzó cuando aún faltaban diez estadios para llegar. En el puerto, cubas de tripas de pescado soltaban un hedor tan intenso que los gemelos tuvieron arcadas y respiraron por la boca.

—¡Poseidón! —renegó Melita—. ¡No me quito el sabor de la lengua!

Sátiro se alegró al ver más animada a su hermana. El viaje había sido demasiado silencioso.

Filocles estuvo en vilo desde el mismo instante en que entraron en la ciudad, pero en el puerto no había más naves que las barcas de pesca de los lugareños, y tras indagar precavidamente en unas cuantas tabernas, fue recobrando la serenidad.

—Aquí no ha venido nadie —dijo—. A lo mejor Eumeles ha desistido.

Coeno jadeaba como si se estuviera ahogando. Filocles volvió a montar y sostuvo a su amigo.

—Necesita baños fríos y un médico —dijo.

En otras circunstancias, un grupo de caballeros habría buscado la casa más rica para hacerse invitar. Normalmente, los hijos de doña Srayanka no habrían tenido problema alguno para encontrar alojamiento. Pero Filocles todavía no quería mostrar sus cartas. Los condujo a la mejor taberna de los muelles y pagó unos pocos óbolos por unas camas en un establo de madera que había detrás de los secaderos. La paja estaba limpia y el olor de los animales resultaba un alivio comparado con el intenso hedor del pescado podrido.

Coeno se acostó en cuanto desmontó del caballo.

—Es un hombre muy fuerte —dijo Terón.

—No obstante él se considera un aristócrata pomposo —respondió Filocles. Tenía una toalla de lino limpia y mojada, y enjugó el rostro del megaro—. Está muy mal, Terón.

Terón apoyó la cabeza en el pecho de Coeno y escuchó, y luego le tomó el pulso en las muñecas.

—Tenemos que cambiarle el vendaje —dijo—. Dudo que un médico pueda hacer mucho más que nosotros —dijo a Filocles. Ocho días de lluvia y silencio les habían llevado a poner en común sus respectivos conocimientos, y ya se tenían calados.

Coeno ni siquiera se despertó mientras los dos hombres y los gemelos lo giraban, lo incorporaban y le quitaban las vendas. El corte que tenía en las costillas altas presentaba mejor aspecto, con nueva carne rosada a lo largo del borde rojo oscuro de la costra.

En cuanto a la herida que tenía más abajo, creían que no le había alcanzado el intestino, pero estaba infectada en toda su longitud, con la piel inflamada por encima y por debajo de la herida y dos largos zarcillos de tejido escarlata como las patas de un calamar. Los extremos de la herida supuraban.

Terón agachó la cabeza, olió la herida y negó con la cabeza.

—¿Mojado y seco, mojado y seco, durante ocho días? Es un milagro que siga vivo. La flecha de Apolo le está haciendo más daño que la herida en sí; la infección es más profunda que cuando tomamos el transbordador. Envía a los niños a hacer un sacrificio al Arquero Dorado, y tú y yo hagamos lo que tenemos que hacer.

Pese a ser el hijo de una reina, Sátiro sabía cuándo le quitaban de en medio para que los adultos pudieran hacer cosas de adultos. Hizo una reverencia y tomó de la mano a su hermana.

—Buscaremos un templo —dijo.

Salieron del establo bajo el primer sol que veían desde la refriega en el río.

Cogidos de la mano, caminaron por la playa de guijarros que había dado pie a la existencia de la ciudad. De no haber sido por el olor a pescado, habría sido un lugar agradable. Tal como era, hacía pensar en el Tártaro.

—El olor lo matará —dijo Melita—. Lo he leído; es un miasma y le obturará los pulmones.

—Vayamos a hacer el sacrificio —respondió Sático.

Ella asintió, con la cabeza bien alta para disimular las lágrimas.

—¿Crees en los dioses, hermano? —preguntó al cabo.

Sático la miró y le estrechó la mano.

—Lita, ya sé que las cosas van mal, pero los dioses...

Melita le tiró de la mano.

—¿Por qué iban a ser tan pueriles los dioses? —preguntó—. Sático, ¿y si mamá está muerta? ¿Has pensado en ello? Si ha muerto... todo se ha acabado. Todo. Nuestra vida entera.

Sático se sentó en una trampa de pesca. Tiró de Melita para que se sentara a su lado. Luego apoyó la cabeza entre las manos.

—Pienso en ello constantemente; no paro de darle vueltas.

Melita asintió.

—Creo que mamá está muerta. —Miró hacia el mar—. Hay algo que me falta, algo que ha desaparecido...

Perdió la batalla contra las lágrimas y se dejó caer sobre el hombro de su hermano. Sático lloró con ella, abrazándola. Sollozaron durante un rato, hasta que las lágrimas dejaron de tener sentido, y entonces ambos pararon al unísono, como obedeciendo a una indicación.

—Coeno sigue vivo —dijo Sático.

—El amigo de nuestro padre —agregó Melita.

Se levantaron a la vez. Cogidos de la mano, con los ojos enrojecidos, subieron por la playa de guijarros hacia la ciudad.

A sus espaldas, una vela triangular hendía el horizonte.

Encontraron el templo de Heracles a dos estadios de la ciudad, en lo alto de una loma que dominaba la bahía y donde al parecer no llegaba el olor a pescado. Era el único templo de la ciudad, y la sacerdotisa era una anciana casi ciega, aunque tenía una docena de sirvientas y un par de esclavos de aspecto saludable. Los recibió en el pórtico del templo, sentada en un pesado trono de madera. Sus sirvientas se congregaron en torno a ella, ocupando la escalinata.

Sático pensó que parecía simpática, aunque también le infundía miedo. Melita fue la primera en armarse de valor para hablarle.

—Tenemos que hacer un sacrificio para un amigo que está enfermo —dijo Melita.

Los gemelos seguían cogidos de la mano, e hicieron una reverencia a la vez.

—Acercaos, niños —dijo la anciana, levantando la cabeza para mirarlos a través de sus cataratas—. Sois unos jovencitos muy guapos. Educados. Pero sucios. Ambos estáis sucios. ¡A vuestra edad! —agregó con desdén.

Sátiro inclinó la cabeza.

—¿Sucios, *despoina*?

La sacerdotisa cogió la mano derecha de Sátiro, quien notó cómo le clavaba las uñas en la palma. Se la acercó a la nariz.

—Puedo oler la sangre a pesar de la salsa de pescado, niño. Tú has matado. Y no te has limpiado. Y tu hermana también ha matado.

Volvió a levantar la cabeza, y del brasero del templo que tenía a sus espaldas ascendió una fabulosa voluta de humo que parecía salirle de la cabeza como una señal del dios.

Sátiro hizo el gesto de la cabeza propio del sátiro para conjurar la desgracia.

—¿Cómo puedo limpiarme? —preguntó.

La sacerdotisa le tiró de la mano.

—Eres un caballero, me he dado cuenta enseguida. ¿De dónde eres?

El niño no quiso oponer resistencia al tirón. La miró a los ojos, pero debido a las cataratas resultaba difícil interpretar su mirada. Sintió que le invadía el temor.

—Somos... somos de Tanais —dijo.

—Ah —respondió ella, complacida—. ¿Y cómo es que dos niños vienen a verme empapados en sangre?

—Unos hombres intentaron matarnos —intervino Melita—. Bandidos. Les disparamos con los arcos.

—Uno era una chica —puntualizó Sátiro, sacándose aquella espina de lo más hondo de su ser—. Le disparé para que dejara de sufrir. Tenía una flecha en el vientre y suplicaba...

Sollozó. Seguía viendo el pelo sudado de la chica.

La sacerdotisa asintió.

—Segar vidas es un asunto muy feo —dijo—. Horrible, tratándose de niños. —Se volvió hacia las sirvientas—. Bañad a la niña para el ritual. Luego bañad al niño. —A Sátiro le dijo—: Cuando estéis limpios, podréis sacrificar un cabrito negro cada uno, y yo pronunciaré la oración, salvo si se os queda pegada la suciedad. —Miró sin ver hacia la bahía—. ¿Dónde está vuestro amigo? —preguntó.

—¿Amigo? —preguntó a su vez Sátiro, que todavía pensaba en la chica a la que había matado. Se preguntó si alguna vez dejaría de ver su rostro.

—Tenéis un amigo que está enfermo, ¿no? —preguntó la sacerdotisa. Su voz era áspera como el ruido que produce una mujer al rallar queso—. Este templo también sirve a Artemisa y a Apolo. ¿No lo sabíais?

—No —contestó Melita. Entonces vio la estatua de su diosa patrona entre los griegos, una joven con un arco. Hizo una profunda reverencia a la sacerdotisa—. Sí, tenemos un amigo enfermo en la ciudad.

La sacerdotisa asintió.

—Los hombres del trirreme vienen a por vosotros. Aquí estaréis a salvo, y lo más importante es que os purifiquemos. Enviaré a un esclavo en busca de vuestros amigos. Tienen que venir aquí.

Sátiro se volvió y por primera vez vio el trirreme que entraba a vela en el puerto.

Coeno subió a la loma en camilla mientras el trirreme efectuaba la laboriosa maniobra de dar media vuelta a remo y retroceder hasta varar la popa en la playa. Iba lleno de hombres; Sátiro veía guiños del sol sobre los bronce de cubierta. Filocles dejó los caballos en el robledal que había detrás del templo.

—Te juegas la vida por una sacerdotisa anciana —rezongó.

Sátiro miró el mármol del suelo.

—Tú no mentiste a la gente de la taberna.

Filocles asintió.

—Tampoco les dije la verdad. Dieron por sentado que éramos pequeños comerciantes que veníamos de costa arriba y dejé que lo creyeran. —Se encogió de hombros—. No importa. Al navarco de ese maldito trirreme le bastarán veinte preguntas para saber de nosotros.

Terón tiró una pesada saca de lana dentro del recinto del templo.

—¿Estamos pidiendo asilo o huimos?

Apareció la anciana sacerdotisa, sostenida por el más corpulento de sus dos esclavos.

—Los niños se están bañando para estar limpios a los ojos de los dioses —dijo—, y a ti que rompes juramentos también te haría bien. —Acto seguido señaló a Coeno con un dedo que parecía una garra—. Llevadlo al santuario. No le delataremos, esos perros de Panticapea no darán con él. El resto debéis marcharos en cuanto os hayáis purificado. Él no haría más que demoraros.

Filocles hizo una reverencia.

—Como tú digas, sacerdotisa. ¿Por qué nos ayudas?

La sacerdotisa meneó la cabeza con fastidio.

—Sé distinguir el bien del mal. ¿Tú no?

—En tal caso sabrás por qué rompí mi juramento —dijo Filocles.

—¿Yo? —preguntó la sacerdotisa—. Son los dioses quienes lo saben. Yo soy una vieja loca a quien le encanta ver hacer buenas obras a hombres valientes. ¿Por qué rompiste tu juramento?

—Para salvar a estos niños —dijo Filocles.

—¿Es el único juramento que has roto? —preguntó, y Filocles se estremeció. La sacerdotisa dio media vuelta—. La niña está bañada y limpia —anunció—. Andando, chico.

Sátiro siguió a la anciana al interior del santuario, que era más suntuoso que cualquier edificio de Tanais. Las paredes estaban decoradas con escenas de vivos colores que representaban el triunfo de Heracles, el nacimiento, los juicios de Leto y otros episodios que no tuvo tiempo de asimilar. Había una estatua de Apolo encarnando a un joven arquero, de brillante bronce anaranjado, con los ojos y el pelo de oro, disparando una flecha dorada con su arco de bronce. En el centro del santuario había una piscina. El agua se movía y burbujeaba. Sobre la piscina se alzaba una imponente estatua de Heracles, desnudo salvo por una piel de león, en la primera posición del pancracio. La visión de la estatua hizo que a Sátiro se le erizara el vello de la nuca, y percibió un olor a piel mojada, un embriagador olor amargo como de gato. O de pellejo de león.

Una sirvienta le cogió el quitón, abrió los broches y arrojó la prenda al fuego que ardía en el altar. Dejó los broches —no eran los mejores que tenía, pero aun así eran de plata maciza— en un cuenco que había encima del altar, y el fuego del ara llameó y humeó.

—El dios acepta tu ofrenda y tu estado —dijo la sacerdotisa—. Al agua.

Sátiro pensó que su hermana acababa de hacer eso mismo. Se preguntó por qué no la había visto.

Unas manos fuertes lo agarraron y cayó al agua, en la que de pronto se encontró sumergido. La piscina estaba más caliente que la sangre y burbujeaba violentamente, y la efervescencia le envolvía los miembros y le subía entre las piernas hasta el pecho. Salió a la superficie y tomó aire con los ojos cerrados, y alguien le puso una mano en la cabeza.

—Reza —le ordenaron, y la mano lo sumergió en la piscina.

Oía la voz contando encima de él. Las burbujas seguían subiendo en torno a él, estaba al borde del pánico, el vello se le erizaba en el agua y sentía como si le restregarán la piel y no respiraba, de modo que unos destellos de colores aparecieron ante sus ojos, mientras la mano seguía empujándole la cabeza. La piscina era demasiado pequeña para estirar los brazos. Estaba atrapado.

—¡Reza! —exigió la voz.

«Señor del sol, arquero dorado», comenzó. ¿Por qué estaba rezando? ¡Quería vivir, no ahogarse!

Coeno.

«Arquero dorado, retira tu astil del costado de mi amigo Coeno —rezó—. Y perdóname por haber matado a aquella chica. Sólo lo hice porque... ella suplicaba... ¡No soportaba su sufrimiento!»

Pero ¿y si también ella hubiese podido curarse?

«¡Cazador de leones, héroe, hazme valiente!»

Rezó con fervor, y una imagen de la estatua dorada del dios en la postura del pancracio le llenó la mente.

La mano de la cabeza lo soltó y salió disparado de la piscina, luego los esclavos del templo lo tendieron sobre el mármol y comenzaron a frotarlo vigorosamente con una toalla.

—¿Has oído al dios? —preguntó la anciana.

—No —contestó Sátiro. «O tal vez sí.»

La mujer asintió.

—Da lo mismo. Tu hermana sí. —Le puso algo debajo de la nariz, algo que despedía un intenso aroma. Como de metal caliente—. Estás purificado. ¿Sabes cómo se sacrifica un animal?

Sátiro, que llevaba haciendo sacrificios para su familia desde los seis años, tuvo tentaciones de responderle como un chiquillo, pero se mordió la lengua.

—Sí —se limitó a contestar.

Un esclavo lo condujo a la parte trasera del santuario, donde había un altar en lo alto de una escalera de madera que bajaba al bosque de robles. Su hermana se estaba secando el cabello.

Una sirvienta —una joven sacerdotisa, pensó— le alcanzó una daga, una estrecha hoja de piedra con el mango envuelto en alambre de oro.

—Está muy afilada —le susurró—. Y es tan antigua como las estrellas.

Sátiro la cogió. El cabrito estaba atado al altar. Sátiro puso una mano en la cabeza del animal y pidió su perdón. Alzó los ojos al cielo y lo degolló de un solo tajo, apartándose acto seguido de la fuente de sangre.

Las sirvientas cogieron el animal y lo mataron con la destreza que sólo se consigue con mucha práctica.

—Bien hecho —dijo la sacerdotisa—. Ahora marchaos. Yo cuidaré de vuestro amigo.

Sátiro descendió por la escalera y se limpió la sangre de la mano izquierda en la hierba de abajo.

Melita montó la primera y se sacudió la melena húmeda. Los ojos le centelleaban.

—¡Existen dioses! —dijo.

Filocles ya tenía la reata de caballos de refresco en marcha.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sátiro a Terón.

El atleta negó con la cabeza.

—Han aconsejado a Filocles en la ciudad —dijo.

—Vamos a Bata —explicó el espartano—. Llegaremos esta noche si cabalgamos deprisa. Hay un mercante de Heraclea en el puerto, si aún no se ha ido. Si ya ha

zarpado, nos dirigiremos a las montañas. Aquí no podemos regresar.

—¿Y si los infantes de marina nos persiguen? —preguntó Sático mientras avanzaban al trote, sin ser vistos desde la playa gracias a los árboles.

—Necesitarían caballos —respondió Filocles. Sonrió forzosamente. Luego negó con la cabeza—. No preguntes —le dijo a Terón.

Había un barco fondeado frente a la playa de Bata, con el ancla de piedra bien hundida en el fango, esperando veinte tinajas de huevas de salmón en aceite antes de largar velas y poner rumbo a Heraclea. La nave se les había antojado un regalo de los dioses, tanto más cuanto que navegaron costeando hasta Sinope sin ver un solo trirreme. Sático y su hermana estaban tan cansados que no cuestionaron ni inspeccionaron el regalo, y el barco singló hacia el sur con viento fresco y la amable mano de Moira para guiarlo.

Cinco días después de zarpar de Bata, con las últimas luces del ocaso, Melita avistó Heraclea: el mármol de los edificios públicos brillaba como el coral de una joya o el bronce bien bruñido, de un naranja pálido bajo el sol poniente, y el oro y el bronce de las estatuas y adornos destellaban. Heraclea era tan rica como Sinope, Olbia o Panticapea. Más rica que Atenas. El tirano, Dionisio, no era amigo de su madre ni de su ciudad. Pero tampoco lo era de Eumeles de Panticapea. Sólo era amigo de su propio poder, y según Filocles no tenían alternativa.

—Tanais podría haber tenido este aspecto dentro de veinte años —dijo Melita.

—Tanais es un cadáver renegrido —replicó Sático, de un humor sombrío.

Melita le cogió de la mano y juntos se apoyaron contra la borda del barco mientras éste escoraba con la brisa vespertina, hendiendo las olas camino de Heraclea.

—Deberías tomarte la vida tal como es —le aconsejó Melita—. ¡Mira! —Extendió el brazo como un actor—. ¡Belleza! ¡Disfrútala!

—Deberías dejar de fingir que eres una sacerdotisa sabelotodo —replicó su hermano—. Nuestra madre está muerta, y nuestra ciudad, perdida. ¿Eres consciente de que podrían esclavizarnos? ¿De que cualquier hombre de esos muelles con la fuerza suficiente nos podría matar o vender? Podríamos encontrarnos dando placer a los clientes de un burdel antes de que se ponga el sol. ¿Lo captas?

Melita asintió.

—Lo capto, hermano. —Miró a Terón y a Filocles, que jugaban a los dados bajo un toldo—. Creo que sabrán protegernos, y también creo que los dioses nos quieren bien.

—Los dioses ayudan a quien se ayuda a sí mismo —masculló Sático.

—Pues en ese caso mueve el culo y comienza a ayudarte —repuso Melita—. Matar a esa chica fue la mejor obra que hayas hecho jamás. Deja de andar alicaído

como un chiquillo. Eres un rey exiliado. Comienza a comportarte como tal. —Miró por la borda—. Debes seguir mi ejemplo en este asunto. Sé lo que estoy haciendo.

Sátiro observaba los muelles. Melita había supuesto que el mar lo curaría; el mar que tanto amaba, donde iba a navegar en verano a bordo de los barcos del tío León para aprender cómo funcionaba todo. En aquel viaje, sin embargo, ni siquiera había prestado atención a los marineros cuando aparejaban las velas.

—Muy bien —dijo Sátiro.

El tenso silencio que siguió a la conversación se prolongó hasta que el casco de la nave chocó contra el embarcadero de piedra, y luego hasta que pisaron el polvo y la inmundicia del puerto de Heraclea.

Durante el viaje, Filocles había pasado bastantes ratos con el capitán del mercante, para tenerle contento, según dijo Terón. Al aproximarse a los muelles, Filocles hizo un aparte con él en la plataforma donde el timonel gobernaba la nave. Cuando hubieron terminado de hablar, Filocles bajó por la pasarela con el semblante turbado. Terón intentaba descargar los caballos con la ayuda de la tripulación. Habían conservado los tres mejores castrados del labriego y también a *Bión*, el corcel de Melita. Habían vendido los demás animales en Bata, donde consiguieron un buen precio. Embarcar a los caballos salía más caro que embarcar personas, pero Filocles había dicho a los gemelos que sin monturas serían demasiado vulnerables.

A *Bión* no le había gustado nada que lo izaran a bordo colgado de una eslinga, y ahora tampoco le gustaba bajar por la pasarela: se resistía a cada paso, enseñaba los dientes; se comportaba como una mula. Melita tuvo que convencerlo para que bajara a tierra firme con un dulce de miel y sésamo que compró a toda prisa.

—Estúpido caballo —dijo afectuosamente.

Sátiro no le hizo el menor caso. Apoyó la espalda contra su caballo y se cruzó de brazos.

Filocles se rascó la barba.

—Debo correr un riesgo —dijo. No estaba muy sobrio; de hecho, había bebido sin cesar desde que puso un pie a bordo.

Terón se encogió de hombros.

—Todo han sido riesgos desde que me uní a vosotros —dijo.

—¿Por qué te quedas? —preguntó Melita. Estaba atrayendo las miradas de los transeúntes de los muelles, siendo como era una joven de buena familia exhibiéndose en público. De hecho, era una joven de buena familia que se exhibía en público luciendo un quitón corto con un *chitoniskos* escarlata encima, y además arreaba a los caballos. Llamaba muchísimo la atención.

Terón sonrió.

—La compañía es agradable —contestó—. Y nunca me aburro.

Filocles los miró a todos haciendo una mueca.

—Este no es lugar para semejante conversación —dijo—. Andando.

Sátiro se dio impulso y montó en su caballo. Melita hizo su acostumbrado salto acrobático y todas las cabezas de la calle se volvieron hacia ella.

—Tienes que dejar de hacer eso en público —rezongó Terón—. Las chicas no montan. Y, desde luego, no lo hacen a horcajadas. No saltan a lomos de los caballos ni hacen acrobacias.

—Claro que las hacen —repuso Melita echando la cabeza hacia atrás—. Lo he visto mil veces en platos y vasijas atenienses.

Terón carraspeó de un modo que, pese a su embotamiento, Sátiro reconoció como risa mal disimulada.

—¡Ésas son flautistas y hetairas! —alegó Terón.

Melita se encogió de hombros. Luego dirigió su sonrisa de Artemisa a la gente que los rodeaba y algunos hombres le correspondieron.

—¿Adónde vamos? —preguntó Melita.

—León *el Númida* tiene un factor y almacenes aquí —dijo Filocles.

—¿El tío León? —preguntó Melita—. ¿Está aquí?

—Lo dudo —respondió Filocles—. Dioses, eso sería nuestra salvación. Zeus Sóter, haz que León esté aquí.

Parte II

El moldeado

316 a. C

Estratocles llegó a caballo a la pared del establo antes de que el mercenario macedonio separara las rodillas de la chica con las suyas. La tenía sujeta por las manos y le había dado un cabezazo para acallar sus chillidos, pero era una mujer fuerte, con músculos de labriega, y no se iba a rendir sin presentar batalla, tal y como lo atestiguaba el semblante del macedonio.

Estratocles saltó del caballo, giró sobre el pie izquierdo y le dio una patada en la cabeza al mercenario, tan fuerte que su cuerpo hizo un ruido sordo al golpear el establo de piedra.

—¿Quién ha permitido esto? —preguntó el ateniense al corro de mercenarios que se habían juntado para mirar—. Tú... Tú eres el filarco, ¿verdad?

El hombre a quien se había dirigido, un siciliano de la remota Siracusa, se estremeció ante el hombre con la lívida cicatriz roja en el semblante.

—Sí —masculló.

—¿No te das cuenta de que sin esta gente nunca atraparemos a esos malditos niños?

Estratocles estaba furioso, no sólo por el dolor incesante en el rostro, sino por la estupidez de los hombres que le habían endilgado.

—¡Saben dónde están los niños! —espetó el macedonio. Se incorporó y vomitó—. Que me jodan.

—Tal vez lo haga, ya puestos —dijo Estratocles. Empuñaba una daga y la apretaba contra la sien del macedonio—. No te muevas demasiado.

El filarco siciliano meneó la cabeza.

—Han sido diez días muy duros, señor. Los muchachos necesitan un poco de...

—¿Violación? Pues recomiendo que la practiquen entre ellos. Escúchame bien, estúpido. Estas gentes son ciudadanos de la Panticapea de Herón —dijo el ateniense, negando con la cabeza.

—Hicimos cosas peores en la ciudad de Tanais. Allí no estuviste por tan elevados principios.

El filarco sabía que los hombres estaban con él.

Estratocles se encogió de hombros.

—A veces hay que obrar mal para alcanzar un fin. Tanais debía ser saqueada. Era un símbolo, un símbolo que vuestro patrón no podía permitir que existiera. Pero un

día de saqueo, acción que debería haber saciado vuestros apetitos por más tiempo, no os da derecho a cruzar el país violando a quien os dé la gana.

El filarco se encogió de hombros.

—De todos modos, nos odian.

Estratocles asintió. Envainó la daga, y el macedonio volvió a respirar. El ateniense meneó la cabeza.

—¿Te sorprende?

Levantó a la chica. Tenía la nariz rota, los ojos morados y sangre en la parte delantera del quitón, pero aun así intentó oponer resistencia. La agarró por las muñecas, se la echó al hombro y se la llevó rodeando el establo hasta donde otros soldados tenían al labriego y a su esposa acorralados en la casa.

—Abridme paso, idiotas —bramó Estratocles. Subió la escalera de la casa de piedra y dejó a la chica en el suelo—. Lamento lo que mis hombres han hecho, pero su virtud no ha sido mancillada, y la nariz se le curará. Antes que la mía —agregó, intentando poner una nota de humor, pero el intento cayó en saco roto ante la férrea expresión del campesino y su esposa. La mujer corrió a abrazar a su hija y ambas se pusieron a hablar, muy deprisa, en su lengua vernácula.

—Sabemos que los gemelos estuvieron aquí. ¿Hace tres días?

¿Tal vez cuatro? —Estratocles miró al chico, encogido de miedo junto a la chimenea—. Estoy haciendo cuanto puedo para contener a estos brutos, pero las cosas podrían ponerse feas y yo sólo soy un hombre. Cuanto antes nos digáis lo que necesitamos saber, antes nos iremos. Y no es preciso que nadie resulte herido.

—Esto es lo que encarna Herón de Panticapea, ¿verdad? —espetó el labriego.

«Sí, así es», pensó Estratocles. La política engendraba extrañas alianzas, y para Estratocles, un demócrata hasta la médula, un hombre de principios entregado a la libertad de Atenas, verse obligado a someterse al yugo del tirano de Panticapea constituía el colmo de la ironía.

—Por favor —dijo Estratocles—. Ayudadme a ayudaros. ¿Cuándo estuvieron aquí?

El labriego perdió el ánimo. Sus ojos se dirigieron a sus dos hijos. Fuera, los mercenarios andaban de aquí para allá pisando fuerte, y su silencio no presagiaba nada bueno.

—Hace tres días —dijo finalmente—. Se llevaron nuestros caballos.

El mejor mercenario era un italiano llamado Lucio, un hombre corpulento y sensato que había apoyado a Estratocles repetidas veces durante la persecución. Estratocles degradó al filarco allí mismo y ascendió al italiano en su lugar. Abundaron murmullos de descontento.

Estratocles cabalgaba entre ellos, arrimando su caballo a los macedonios.

—Escuchad, muchachos —dijo—. Podría haber matado al muy estúpido por amotinamiento y violación, pero he preferido asumir que su inútil filarco tenía parte de culpa. De modo que seguís vivos. —Sonrió a los diez jinetes—. Si me cabreáis más de la cuenta, comenzaré a matar a quienes me resulten más molestos, ¿me explico? Puedo liquidaros a los diez; juntos, por separado, de uno en uno, como lo preferáis. ¿Tenéis ganas de bronca? Si no es así, cerrad el pico y servid como soldados.

—No eres nuestro oficial —dijo el ex filarco quejumbrosamente—. Somos hombres pagados; mercenarios. Tenemos nuestras propias reglas.

Estratocles sonrió más abiertamente.

—Ahora soy vuestro oficial. —Volvió a echarles un vistazo a todos; un inútil atajo de muchachos y matones—. Y las únicas reglas que valen son las mías.

Llevaban malas monturas, y sospechaba que los niños a los que le habían mandado matar ahora disponían de mejores caballos, pero entendía de animales y efectuaron el trayecto en el mejor tiempo posible, cinco días a través de los montes para luego descender por los valles hasta el Hispanis. Tendría que haber habido un transbordador para cruzar las aguas torrenciales del río, pero lo que encontraron fue a un barquero enojado y una sogá cortada.

—¡Ayer, los muy ladrones! ¡Unos malditos catamitas! —gritó el barquero.

Tenía más de una docena de clientes acampados en torno a su casa de piedra, aguardando a que el nivel del agua bajara.

Estratocles observó el río antes de mirar a los caballos y a los hombres que iban con él. Tuvo tentaciones de maldecir a los dioses, pero sabía por experiencia propia que los dioses daban lo que daban.

—Cruzaremos a nado —anunció.

—Vete a la mierda —masculló el antiguo filarco—. No pienso nadar. Nos llevan un día de ventaja. Habrán bajado por el río hasta un puerto y desaparecido del mapa.

Estratocles miró a Lucio, que se encogió de hombros.

—Yo lo habría expresado en términos distintos, pero no le falta razón.

El ateniense asintió.

—Bueno, pues yo me voy a nado —respondió—. Lucio, te agradecería que me acompañaras. El resto de esta escoria no merece mi preocupación. Regresad junto a Herón, decidle que habéis fracasado y a ver qué obtenéis.

Habida cuenta de la hora, aquella noche dejaron descansar a las bestias, tomaron una cena caliente en el establo del barquero y por la mañana vieron que el nivel del agua había bajado. Aun así, cruzar el Hispanis a nado fue una de las cosas más espantosas que Estratocles había hecho jamás. Se encontraba en medio del río cuando un tronco sumergido golpeó las costillas de su caballo y ambos se hundieron rodando

durante un momento, llevándole a pensar que estaba perdido.

«Oh, Atenas, cómo he de verme por ti.»

Pero de pronto estuvo en la otra orilla. Había llevado consigo una cuerda fina que le había dado el barquero, y la ató al gran roble que se alzaba en lo más alto de la ribera, con lo que se ganó el saludo y el grito de agradecimiento del responsable del transbordador.

—Servicio restablecido —dijo Estratocles a Lucio, que también había cruzado.

—¿No vamos a esperar a los muchachos? —preguntó el italiano al ver que su jefe secaba su caballo, dispuesto a montar enseguida.

El ateniense observó al barquero y a uno de sus hijos cruzar lentamente el cauce del río en una barca ligera, usando la cuerda que él había atado al roble para impedir que la corriente los arrastrara aguas abajo.

—Tardarán todo el día en volver a tender la sirga —dijo el ateniense.

—Tú mandas —dijo Lucio—. ¿Crees que podremos con seis hombres los dos solos?

—Tengo que intentarlo —respondió Estratocles.

—Bien, cuenta conmigo —rezongó Lucio—. Estoy loco, pero cuenta conmigo.

Llegaron a Bata al cabo de tres días. Había un gran trirreme varado de popa en la costa, y Herón de Panticapea estaba subiendo por la playa cuando dirigieron sus fatigados caballos hacia el barco.

—Han escapado —dijo Estratocles.

Herón asintió.

—Esta mañana. Hace unas cinco horas. —Miró un momento a Lucio y luego de nuevo al ateniense—. Eres mejor de lo que me figuraba. Has aguantado todo el camino a través de la campiña y los montes.

Estratocles se encogió de hombros.

—No obstante, se me han escapado.

Herón asintió, y su larga nariz pareció una burla de la señal que Estratocles tenía en el rostro.

—Van a bordo de un barco de cabotaje con destino a Heraclea —dijo—. Puedo darte este barco y toda su tripulación. Ve y mátalos.

Estratocles respiró profundamente.

—Tengo negocios en Heraclea, y un par de agentes —dijo—. Por otra parte, esto está yendo más allá de mis atribuciones. No soy tu hombre, Herón. Soy de Casandro. Y matar a esos niños no puede volverse un fin en sí mismo. ¿Qué daño pueden hacerte?

Herón miró hacia el barco y se encogió de hombros.

—Haz lo que te digo. O dile a Casandro y a vuestro querido tirano ateniense que,

a menos que esos niños mueran, no formaré parte de esta alianza y que ya puede esperar sentado el grano que tanto desea. —El altivo Herón esbozó una sonrisa; mejor dicho, la parodia de una sonrisa—. Me atrevería a decir que encontrará que puede prescindir de ti durante unas semanas.

Estratocles contuvo el rencor que amenazaba con salirle por la garganta, convertido en voz. El *daimon* político que regía sus pensamientos —oportunismo, llamaba a su *daimon*— le dijo que siempre habría un Herón que remplazara al anterior.

«Lo que he de hacer por Atenas», pensó Estratocles.

—Preséntame a tu navarco —dijo.

El mayordomo del factor dijo que León no estaba allí, y a su señor, cuando lo llamaron debido a la insistencia de Filocles, no le hizo demasiada gracia hablar con ellos. Era un herácleo de mediana edad que se llamaba Kinón, y miró a los cuatro viajeros montados a caballo frente a su palaciega casa con aire consternado y receloso. Kinón era tan alto como ancho, y no sólo porque estuviera gordo. Lucía una fortuna en joyas, con un cinturón engastado de piedras preciosas y sandalias doradas. Dos esclavos armados lo acompañaban guardando las distancias, y la puerta tachonada sólo se abrió lo justo para que los tres resultaran visibles desde la calle.

Kinón habló con brusquedad.

—No espero la llegada de León hasta dentro de varias semanas. En realidad, ni siquiera sé si Heráclea figura en su itinerario de singladuras veraniegas. Que tengáis un buen día.

Filocles saltó del caballo y se plantó en el umbral de modo que resultara difícil cerrar la puerta con un mínimo de cortesía.

—De todas formas aceptaremos tu hospitalidad —dijo.

—Yo no os he ofrecido mi hospitalidad —repuso Kinón.

—León y yo somos amigos íntimos. Necesito cobijo, igual que estos niños y su entrenador. ¿Nos estás negando la entrada?

Filocles parecía más corpulento y mucho más noble que de costumbre. Kinón miró a los demás.

—¿Qué pruebas traes de ser amigo íntimo de mi patrón? Si no os marcháis avisaré a la guardia del tirano.

Filocles se encogió de hombros.

—Ayudé a tu amo a librarse de la esclavitud —explicó—. Era esclavo de Nicomedes de Olbia. Kineas de Atenas y yo...

—¿Kineas? ¿Eres ese Filocles, el espartano?

Kinón se adelantó un paso, dándose una palmada en la cabeza. Sátiro se quedó dudando de si había sido un gesto teatral o espontáneo, o quizás ambas cosas a la vez.

—Soy Filocles de Olbia y Tanais. Estos niños son los hijos de Kineas, y que caiga sobre ti una maldición por hacérmelo decir en plena calle.

Filocles ya no parecía estar ebrio.

—Guárdate tus maldiciones para quienes te quieran mal —dijo Kinón, aunque se sonrojó—. Mil disculpas. Pasad. ¿Qué hacen aquí tan nobles huéspedes con tan poca ceremonia? Ahora sé que León requeriría que os mostrara la mayor cortesía. ¿No podrías haberlo dicho antes, o enviar una nota?

Los esclavos armados ayudaron a conducir los caballos al patio comercial de la casa. El mayordomo levantó las manos al cielo.

—¿Dónde voy a estabular tantos animales? —preguntó a los dioses.

A Melita no le gustó nada la manera en que sus ojos se detuvieron en ella. Sin embargo, Kinón restó importancia a su preocupación con un gesto de la mano.

—A los huéspedes los envían los dioses —dijo—. Igual que a sus bestias.

—No podía enviar una nota porque no quiero que se sepa que estamos aquí —explicó Filocles—. Mis pupilos se encuentran en una situación peligrosa. Cuéntame qué novedades hay. ¿Cómo es la relación del tirano con Panticapea?

—¿Con Eumeles, a quien solían llamar Herón?

Kinón estaba encantado de ser dueño de la situación, y se complacía, ahora que tenía invitados, en presumir de sus posesiones. Otros dos esclavos salieron de las dependencias del servicio que quedaban al fondo del patio comercial. Se llevaron a los animales y una jovencita trajo vino mezclado con agua mineral, que burbujeaba en la lengua. Sátiro recordó el baño en el templo de Heracles.

—Exactamente —contestó Filocles. Probó el vino e hizo una reverencia para indicar que era muy de su agrado. Otros esclavos salieron en tropel de sus dependencias para llevarse el equipaje al interior de la casa.

Reapareció el mayordomo.

—He preparado habitaciones para todos, amo —anunció.

Kinón asintió, frunciendo los labios, hasta que otra muchacha llegó por el arco que conducía al patio ajardinado. Era hermosa como una joven Afrodita, con grandes ojos sobre una nariz aguileña y labios que parecían demasiado brillantes para ser reales. Sátiro la observó, y la mirada fugaz de la muchacha —los esclavos rara vez levantaban los ojos— se cruzó con la suya en un destello verde. La joven esbozó una sonrisa. Llevaba una guirnalda en el pelo y cinco más en los brazos. Bajando los ojos, dio a Sátiro una guirnalda.

—Mi amo te da la bienvenida —dijo, y su mirada volvió a cruzarse con la del chico.

Sátiro se ruborizó y cogió la guirnalda. El contorno de aquel cuerpo femenino se adivinaba debajo de su sencillo quitón de lino. Todas las mujeres, y todos los hombres, iban desnudos debajo de sus prendas, y casi nadie, con excepción de los enfermos, llevaba ropa interior, pero aquélla parecía ser la primera vez que Sátiro reparaba en tal cosa. Bajó los ojos y se perdió la breve sonrisa que le dedicó la esclava.

Terón no. Cogió su corona y sonrió.

—Esta muchacha, señor, es toda una belleza.

Kinón dio unas palmaditas en la espalda de la esclava con genuino cariño.

—Bella y modesta. La compré para un burdel, pero me parece que no la venderé

nunca. —La miró con el aire apreciativo de un entendido—. El beneficio no es lo único que cuenta en esta vida.

—Tus sentimientos hablan mucho en tu favor —dijo Terón—. ¿Cómo te llamas, muchacha?

—Calisto —susurró.

—¿Qué nombre podría serle más apropiado? —intervino Kinón—. En cuanto a vuestro Eumeles, debéis saber que nuestro Dionisio le odia, igual que le odia su hermano. Es algo muy... personal, ¿entendéis?

Filoclesapuró su copa de vino y se la pasó a un esclavo.

—Esta es la mejor noticia que he oído en todo el día, señor Kinón.

—Dejémonos de formalidades —dijo Kinón con cortesía—. Estáis en vuestra casa. ¿Me permitís hospedaros como amigos e invitados míos? ¿Los hijos de Kineas y Srayanka?

Melita lanzó una mirada a su hermano —«¡Venga!»— y éste dio un paso al frente. Imitó el gesto de Filocles, dejando su copa suspendida en el aire y suponiendo que aparecería un esclavo para llevársela. Así fue.

—Soy Sátiro, hijo de Kineas de los Corvatos de Atenas y Olbia. Heracles engendró a mis antepasados con la nereida que moraba en las laderas de Gagamia, en Eubea. Arimnesto de los Corvatos lideró a los plateos en Maratón y obtuvo honores eternos. Calícrates Eusebio Corvato guio a los exiliados de Platea. Él y su hijo dieron sus vidas por Atenas. —Alargó los brazos y tomó las manos de Kinón entre las suyas—. Solicito tu amistad y tu acogida, Kinón de Heráclea, y te brindo las mías, así como las de mis hijos.

Kinón le dio un fuerte apretón de manos. Las suyas eran blandas y un poco húmedas, pero agarraban con firmeza.

—Así hubiesen hablado los mismísimos héroes. Desde luego, aun siendo tan joven, pareces más un hombre de Oro que un hombre de Hierro. Tu amistad y acogida me honran, Sátiro Eusebio de los Corvatos. —Cogió una cratera de vino y chascó los dedos, y un esclavo que había acarreado una espada apareció con un cuenco de ofrendas. Kinón ofreció una libación—. Juro a Hera, a Deméter, que ama a todos los huéspedes, y a tu antepasado Heracles que seré tu leal anfitrión e invitado.

Sátiro tomó la vasija de libaciones con el índice y el pulgar.

—Señora de la Sabiduría, la de los ojos grises, y tú, el herrero de fuertes brazos que trabaja el bronce y el hierro, velad por este hombre y sed los garantes para que yo siempre sea un leal huésped y amigo.

—Me siento como si tuviera a Aquiles, el hijo de Peleo, como invitado —dijo Kinón—. Lo que fue un incordio ha devenido en placer. Por favor, seguidme a un lugar más confortable.

Pasó el primero por el arco principal y, dejando atrás el patio comercial con

almacén y dependencias de esclavos, salieron a una rosaleda con tres columnatas. En medio había una fuente, y habían dispuesto divanes en un despejado espacio de gravilla rodeado de rosales. No estaban en flor, pero los capullos ya asomaban.

—Sois afortunados —dijo Kinón, mientras contemplaban su jardín—. Las rosas florecerán mañana o pasado. ¿Cuánto tiempo os quedaréis?

Habiendo hecho el juramento de huésped, Sátiro se había convertido en el foco de atención de su anfitrión. El muchacho miró a Filocles, que le dio la venia con un discreto gesto de las manos.

—Sólo el suficiente para ver las rosas —dijo Sátiro, sonriendo.

Kinón correspondió a su sonrisa, quizá demasiado afectuosamente, y Sátiro se preguntó si le habría transmitido un mensaje equivocado.

—Creo que a todos nos vendría bien un baño —sugirió Filocles.

—¡Diosa! —Kinón se quedó sinceramente consternado—. Qué descuido el mío. ¿Habéis hecho todo el camino a caballo?

Terón tomó la palabra.

—Hemos venido en un mercante, costeando desde más arriba —dijo.

Kinón cruzó una mirada con su mayordomo y Sátiro se preguntó qué significaba.

—¿Quizás en el barco de Draco *el Paticorto*? ¿Desde Sinope?

Filocles asintió.

—El mismo. ¿Puedo molestarte con otra pregunta? Estoy ávido de noticias.

—Háblame, señor. ¿Puedo llamarte Filocles?

—Puedes. Si todo tu vino es tan bueno como el que acabas de servirnos, seremos grandes amigos. ¿Conoces a nuestro amigo Diodoro?

—¿El capitán de mercenarios? ¿Quién no le conoce en el Euxino? De hecho, acabo de enviarle cincuenta yelmos beocios nuevos, fabricados por encargo suyo en nuestros talleres. —Kinón asintió—. Es más que un mero soldado. Es un buen negociante. Y su esposa, una delicia.

Filocles se rio por primera vez en días.

—¿Safo? —Meneó la cabeza—. Espléndida.

Diodoro había pasado por alto las convenciones, casándose con una hetaira. El caso era más complicado: Safo había comenzado su vida como una respetable dama de Tebas, y sólo después del saqueo de la ciudad fue vendida como prostituta. Diodoro la amaba y la convirtió en su esposa. De hecho, había ido más lejos, presentándola en sociedad con la misma audacia con que dirigía una carga de caballería. Y Safo era inteligente, directa y franca al hablar, rasgo poco común entre las mujeres. De joven había sido una belleza. Ahora era madre de dos hijas y los hombres todavía volvían la cabeza cuando aparecía en un simposio.

—Creo que seremos buenos amigos —repitió Filocles—. ¡Sólo falta que nos demos un baño!

Una hora más tarde se encontraban de nuevo en la rosaeda. Sátiro estaba tan limpio como no lo había estado desde el baño en el templo de Heracles, y Melita llevaba un quitón jónico, largo y suelto, sujeto con un conjunto de broches de madreperla tallados como nereidas.

Kinón la observó con ojo crítico.

—Lo compré para Calisto —dijo—. Pero cuando he oído a tu hermano hablar de vuestro linaje he pensado que debías lucirlo tú.

Melita lo miró con gravedad.

—¿Alguna vez te han dicho que rivalizas con Ulises en prudencia?

Kinón se rio.

—Ah, la adulación, cuánto me gusta. Te agradezco el cumplido, señora. —
Extendió el brazo hacia los divanes—. ¿Quieres recostarte, señora?

Melita negó con la cabeza.

—Me temo que prefiero una silla, anfitrión. Carezco de experiencia en el manejo de mis prendas en un banquete, y no quisiera manchar el vestido de Calisto por nada del mundo.

Sonrió a la esclava.

—Ahora es tuyo, señora —dijo Kinón—. Jamás prestaría ropa a un invitado.

Melita se ruborizó. El lino y los broches valían más que cualquier cosa que poseyera en ese momento.

—Gracias —balbuceó.

El propio Kinón le preparó la silla y tomó a Calisto de la mano.

—¿Atenderás a la joven señora, belleza mía? —preguntó, como si la muchacha fuese un miembro de la familia. Alzando los ojos hacia sus huéspedes, agregó—: Nunca la trato como esclava en la intimidad de mi jardín.

Terón se encogió de hombros.

—Podría pasarme la eternidad contemplándola —dijo.

A Sátiro le habría gustado decir aquello. Se conformó con asentir. Filocles se rio.

—¡Esto es obra de León! —exclamó, en voz más alta de la cuenta. Llevaba ya una hora bebiendo.

Kinón se acomodó en un diván delante del espartano.

—¿Lo sabes?

Filocles sonrió.

—Soy un cabrón espartano —contestó—. Lo sé de sobra.

Terón aceptó vino de un esclavo y se apoyó en un codo.

—Me gustaría saberlo —dijo.

Kinón asintió.

—León comenzó su vida como hombre libre, pero luego fue esclavizado. Cuando

devino liberto, decidió libertar a otros hombres y mujeres. Los llamamos nuestra «familia». —Sonrió con timidez—. Es poco probable que tenga otra clase de familia —agregó—. Yo también fui esclavo.

—¿Tebano? —preguntó Filocles.

—Ah, el acento beocio.

Filocles asintió.

—Y tu respeto por Safo.

—Sí, la conocí... antes. —Kinón se encogió de hombros—. La esclavitud no es el principio ni el final de la vida. Pero León me libertó y me puso en situación de hacerme rico. —Se encogió de hombros—. Yo le haré el mismo regalo a Calisto cuando tenga edad suficiente para encontrar marido en vez de un burdel.

Filocles derramó una libación en la grava.

—¡Por la libertad! —brindó, y deslizó la cratera hasta el dorso de su mano. Vació buena parte de la vasija y lanzó el resto al jardín con un diestro giro de muñeca, y las gotas de vino repicaron al alcanzar la urna de bronce.

—Por la libertad —le secundaron los demás. Más gotas de vino sobrevolaron las rosas, pero ninguna alcanzó la urna.

—Eres bueno —observó Kinón.

—Paso mucho tiempo practicando —respondió Filocles, con desenfado.

Melita se inclinó hacia su hermano y le susurró al oído:

—Kinón está flirteando con Filocles.

—Cállate —dijo Sático, impresionado. Se fijó en la leve sonrisa de Calisto y se sonrojó tanto como la joven esclava. Se miraron de hito en hito y Sático tuvo que obligarse a apartar la vista.

Su hermana dirigía los ojos de uno a otra, de su hermano a la esclava. Negó con la cabeza.

—Hermano... —dijo.

Sático inclinó la cabeza. Su madre tenía reglas muy estrictas a propósito de las sirvientas y los chicos.

Terón y Filocles conversaron con Kinón hasta bien entrada la noche. En un momento dado, entre el vino y las anécdotas, Filocles dejó de ocultar la situación en la que se encontraban, y Kinón manifestó su solidaridad de inmediato. Comenzaron a planear cómo podían viajar los gemelos, bien fuese a Atenas, donde Sático tenía propiedades y no estaría al alcance de Eumeles de Panticapea, bien a reunirse con Diodoro, que al parecer se encontraba de campaña con el ejército de Eumenes *el Cardio*.

Filocles era bastante sensato cuando se trataba de política, pero Terón, que había bebido menos, finalmente negó con la cabeza.

—Me parece que necesito oír todo eso otra vez —dijo, con bastante simpatía.

Kinón miró a Terón como si fuese idiota. Sátiro se incorporó en el diván.

—Por favor —intervino—. A mí también me gustaría entenderlo.

—La historia se repite desde que el Conquistador murió —explicó Kinón con amargura—. Alejandro conquistó... ¡Maldita sea! ¡Lo conquistó prácticamente todo! —Bebió, intentó dar a la urna de bronce con el resto del vino y erró el tiro.

Kinón se desentendió de su fallo encogiendo los hombros.

—La muerte de Alejandro sembró el caos. En Macedonia, Antípatro era el regente; de Alejandro, ¿sí? Y por todo el antiguo Imperio persa, el imperio de Darío, Alejandro dejó a una serie de sátrapas, reyezuelos que gobernaban sobre vastos territorios. Algunos eran antiguos sátrapas persas, otros eran griegos y macedonios. El régimen dependía de que se llevaran las riendas con mano firme, y la mano de Alejandro era muy fuerte.

Terón tomó la vasija y se lo bebió todo, lo hizo girar con la muñeca y los restos de su vino fueron a caer en el pelo de Calisto. Esta dio un respingo y le echó agua, y todos rieron. Tardaron un rato en serenarse de nuevo. Sátiro no pudo evitar fijarse en lo transparente que era el lino cuando se mojaba.

—¿Debo proseguir? —preguntó Kinón.

—Te lo ruego —dijo Sátiro. Le tocaba el turno de beber, y sorbió vino con moderación.

—De modo que el ejército se reunió en consejo; allí estaban todos los lanceros, toda la caballería y todos los oficiales, pero ninguno de los persas ni las tropas auxiliares. Creedme, con el tiempo eso acarreará problemas. En cualquier caso, Alejandro no dejó heredero, nadie que pudiera dirigir su imperio. Tiene dos hijos, uno de Roxana y otro, ilegítimo, de una noble persa; hay quien dice que es una vulgar ramera mientras que otros sostienen que es una princesa. —Kinón miró en derredor, porque Filocles estaba sonriendo—. ¿La conoces?

—No tiene nada de vulgar —dijo Filocles sin dejar de sonreír—. Es una mujer... extraordinaria.

—Sea como fuere, el ejército votó entregar el imperio al hermano de Alejandro, un imbécil. Es incapaz de gobernarse a sí mismo, y mucho menos el mundo entero. Y todavía corren rumores de que Antípatro de todos modos se disponía a sublevarse, también de que Eumenes y Seleuco tenían intención de repartirse el mundo... En fin, siempre circulan mil habladurías. El hecho es que Alejandro falleció y que no había nadie que mandara, de modo que sus generales decidieron luchar por el imperio. Pérdicas tenía el ejército; era el militar de más rango de Alejandro cuando el conquistador murió. Pero Antípatro tenía el ejército macedonio, el ejército que habían dejado en la patria.

—El ejército que derrotó a los espartanos —apostilló Filocles—. Sólo necesitaron ser cinco contra uno. Atajo de inútiles.

Sátiro ya había bebido. Había tenido cuidado y se terminó la copa sin derramar una gota. Puso la copa en el brazo tal como lo había hecho Filocles y la volteó hacia delante; y el asa se rompió. La copa se hizo añicos contra el suelo de mármol. Su hermana le dedicó la mirada reservada para los hermanos que se portan como idiotas, y Calisto se echó a reír.

Los esclavos se apresuraron a recoger el estropicio.

Filocles bramó:

—¡Buen tiro, chico! Sólo que, la próxima vez, sujeta el borde, no el asa.

Kinón se rio como correspondía a un buen anfitrión.

—¡Otra copa, Pais! —gritó al esclavo que estaba más cerca de la puerta.

—Trae una de metal —agregó Terón.

Sátiro estaba tan avergonzado que no sabía dónde meterse. Melita decidió salir en su auxilio.

—O sea que Antípatro tenía un ejército y Pérdicas otro.

Kinón asintió.

—Una joven dama muy sobria. Antípatro tenía Macedonia, y Pérdicas, el resto, o eso parecía. Pero uno de los generales de Alejandro...

—El mejor de todos ellos —terció Filocles.

—Sin duda estoy de acuerdo —asintió Kinón, inclinando con cortesía la cabeza. Apareció una copa nueva que fue entregada a Filocles—. Tolomeo tomó Egipto como su satrapía. Contaba con una gran guarnición macedonia y comenzó a reclutar mercenarios.

—¡Como el tío Diodoro! —dijo Sátiro.

—Ni más ni menos. —Filocles asintió y tomó un sorbo de vino.

—De modo que Pérdicas decidió derrotar primero a Tolomeo y adueñarse de Egipto a fin de disponer de dinero y grano para su ejército. Ejército que había sido el de Alejandro. —Kinón miró a Sátiro—. ¿Me sigues?

—Por supuesto —dijo Sátiro—. Y Pérdicas fracasó, fue vencido y acabó asesinado por sus oficiales.

—Nadie ha llamado jamás civilizados a los macedonios —dijo Filocles.

—Ahora Antígono tiene el ejército que antes era de Pérdicas, salvo la parte que se quedó Eumenes *el Cardio*. Antígono pretende derrocar a Tolomeo. ¡Tolomeo! ¡El menos pernicioso de todos! ¡Y un buen amigo de Heráclea!

—¿Es posible que Antígono pierda? —preguntó Filocles—. Conozco a Tolomeo. Es un hombre muy astuto.

—¿Lo conoces? —Kinón volvió a reírse. Ya estaba ebrio—. Estoy en compañía de la grandeza.

Filocles terminó la copa, giró la muñeca y su vino hizo diana contra el borde de la urna de bronce, que sonó como una campana.

—Lo conozco bastante bien —dijo Filocles—. Una vez lo tomé prisionero.

Se rio, y Kinón se quedó perplejo. Melita asintió.

—Es verdad. Y mi padre y Filocles lo liberaron. Me parece que ahora se profesan una gran amistad. ¿Me equivoco?

—En absoluto —dijo Filocles—. Por eso Diodoro es algo más que un mero mercenario para Tolomeo.

Kinón meneó la cabeza con asombro.

—¿Lo tomaste prisionero? ¿En una batalla? ¡Lo próximo que me digas será que conociste a Alejandro!

—Mi padre lo conoció —intervino Sátiro—. Pero, por favor, continúa. Pérdicas ha muerto y Antígono *el Tuerto* se ha quedado su ejército.

—Exactamente. —Kinón tenía la vasija y la sostenía en equilibrio expertamente mientras hablaba—. Antígono contaba con todo el ejército, y Tolomeo no esperaba lograr otro milagro en el Delta. Apenas tiene soldados ahora, sólo algunos colonos militares y un puñado de egipcios inútiles. No resistirá la temporada. Le echaré en falta; es el único de esos jodidos macedonios con ganas de construir algo en lugar de sólo matar.

A medida que bebía, su acento beocio se volvía más cerrado, y ahora parecía un personaje de una comedia.

Filocles se encogió de hombros.

—¿Y Eumenes sólo se ha quedado el resto del ejército derrotado?

—Ni siquiera eso, aunque es artero. Antípatro le cogió una vez, y se escapó.

Kinón chascó los dedos, pidiendo más bebida. Para entonces tenía a Calisto sentada en un taburete más bajo que su diván, y jugueteaba con sus cabellos mientras hablaba. Melita ya se había excusado para retirarse como una matrona ateniense.

Filocles volvió a reír.

—Me acuerdo de sus tretas —dijo—. Él y Kineas se dieron caza mutuamente por toda la Bactria.

Kinón suspiró.

—Y luego está Grecia, por supuesto. Ahora que Antípatro se ha ido, y ha sido remplazado por Poliperconte, demasiado viejo y no lo bastante listo para sobrevivir, Atenas ha apostado por la independencia desde hace... unos seis años más o menos. Vencieron al ejército de Antípatro y, francamente, esperaban derrocar el régimen. Eso unió a todos los macedonios durante una temporada.

Filocles se encogió de hombros.

—Y Leóstenes, el viejo amigo de Kineas, murió.

Kinón dio a entender que estaba al corriente.

—Murió... o se puso muy enfermo y se escabulló cuando la alianza comenzó a deshacerse. Hay quien sostiene haberlo visto. Pero el caos que provocó en Tracia y

Grecia ha dado tiempo al Tuerto para atacar a Tolomeo, pues Poliperconte todavía está reconstruyendo. Los atenienses demostraron que los macedonios no eran invencibles. Y ha aparecido otro hombre en escena: Casandro, el hijo de Antípatro, que es harina de otro costal. Malvado hasta la médula, listo como un león y corrompido como un cadáver.

Terón meneó la cabeza.

—Apenas prestaba atención a la política cuando estaba en Corinto. Me aburre, amigos. Y sabéis muchas cosas sobre esos hombres, esos grandes hombres; parece que hayáis sido invitados a un mismo simposio. Voy a retirarme, amigos, con la certeza de que las únicas personas importantes que conozco son atletas, y ninguno de ellos es de mucho adorno en una cena.

Cuando se levantó, se quedó mirando a Sátiro, que enseguida captó el mensaje.

—Gracias por tu hospitalidad, tu conversación y sabiduría, y tu belleza.

Coló esto último con una mirada a Calisto. Kinón asintió.

—Mañana nos asomaremos al ágora.

—¿Y quizás a la palestra? —preguntó Terón.

—¡Por supuesto! —El anfitrión se dio unas palmadas en la barriga—. ¡A lo mejor aún recuerdo el camino!

Y con esta broma, Sátiro se fue dando traspiés a la cama. Consiguió llegar hasta el diván de su cuarto y acto seguido su inteligencia se desconectó como una vela que se apagara.

Por la mañana, amenazaron con no levantarse. Melita fue a despertarlo, hincándole los pulgares en las costillas y haciéndole cosquillas en los pies hasta que los quejidos de Sátiro se convirtieron en contraataques. La niña se apartó de la cama entre risas y Sátiro descubrió que tenía un dolor de cabeza espantoso.

—Hora de levantarse, dormilón —dijo ella.

—Oh —gimió Sátiro, apretándose las sienes.

Otro esclavo, muy musculoso y negro como una vasija ateniense, entró y comenzó a arreglar la habitación. Sátiro quería levantarse de la cama, pero le faltaban fuerzas para hacerlo.

—¿Puedes traernos un poco de agua? —pidió Melita al esclavo—. Tienes doce años, Sátiro, no veinte. Anoche bebiste más de la cuenta.

—Me parece que no fue el vino —dijo Sátiro lastimeramente—. Creo que me he hecho daño en la cabeza o que he pillado un resfriado.

El esclavo negro soltó un resoplido. Desapareció unos instantes y enseguida regresó con una jarra de plata y una copa de bronce.

—Bébetela toda el agua, amo —dijo sonriente.

Sátiro levantó la cabeza.

—¿Por qué sonríes? ¡Me duele la cabeza!

—Tú bebe —dijo el esclavo—. Traeré más agua cuando hayas terminado. Entonces el dolor de cabeza se curará por sí solo. Lo prometo.

Sátiro consiguió beberse las dos jarras de agua y luego él y Melita salieron a la rosaleda, donde los demás invitados estaban recostados. Melita lo miró con una sonrisa de suficiencia.

—¿Más vino, hermano? —preguntó.

—¿Te duele la cabeza, chico? —preguntó Filocles—. Estás en la peor edad. A los doce, te invitan a comportarte como un hombre, pero aún no puedes. No te fíes del vino.

Terón arqueó una ceja mirando al espartano y ambos hombres se fulminaron con la mirada.

—Consejo que todos deberíamos seguir.

Llegó un esclavo joven, bañado en sudor, con un pergamino. Kinón lo abrió, lo leyó en diagonal y frunció el ceño.

—Pedí a nuestro tirano, Dionisio, que nos recibiera en audiencia. —Enrolló el pergamino y se rascó la barbilla con él—. Ha declinado el honor, alegando que el momento para tal reunión es poco propicio, lo cual desde luego es un montón de estiércol de mula. —Entregó el pergamino al mismo esclavo negro que había atendido a Sátiro al levantarse—. Zósimo, haz que raspen esto y déjalo en el montón de rollos nuevos.

El sirviente cogió el pergamino y desapareció entre los pilares del peristilo.

Kinón echó un vistazo en derredor, sacó un palillo de oro y comenzó a hurgarse los dientes. Sátiro apartó la vista. Una esclava le ofreció vino y él se apresuró a cubrir su copa con la mano.

—¿Podría beber un poco más de agua? —imploró Sátiro a la esclava.

La muchacha fue hasta un aparador y regresó con una reluciente jarra de plata, además de con un amago de sonrisa. Sátiro aceptó ambas cosas agradecido.

—Algo va mal —dijo Kinón—. No obstante, voy a enviar un mensajero a Diodoro para advertirle sobre vuestra situación. Mandaré una caravana con la armadura; me temo que, como mínimo, tardará tres días. ¿Qué necesitáis?

Filocles se inclinó hacia delante.

—Ropa, armas, caballos de refresco. Algo de dinero. Kinón, sólo estoy siendo franco; perdona mi brusquedad.

Kinón meneó la cabeza.

—No hay por qué disculparse. Soy rico, y mi amigo León podría comprar y vender a veinte como yo; juntando nuestros recursos, vuestra carga pesa menos que una pluma. Las armas y armaduras son cosa fácil; las hacemos nosotros mismos. ¿Por qué no vais al taller? Zósimo os acompañará. No esperéis encontrar nada de plata

cincelada o con incrustaciones, pero, eso sí, nuestras manufacturas son sólidas y eficientes. Tomad lo que preciséis o pedid a Zósimo que se lo encargue a nuestro herrero. —Se frotó el mentón—. No me gusta que el tirano rehúse veros. —Miró en derredor—. ¿Dónde está Tenedos?

Una esclava fue disparada hasta el peristilo y Tenedos, el mayordomo, apareció mordisqueando un estilo.

—¿Amo? —preguntó en el tono de un hombre a todas luces molesto por haber sido interrumpido.

—¿Qué naves han arribado hoy, Tenedos? —preguntó Kinón.

El mayordomo respiró profundamente y Sátiro pensó que titubeaba.

—Un *pentekonter* de Tomis, cargado de vino, propiedad de Isocles de Tomis. Un mercante de Atenas, con un flete de cerámica, tejidos de lana y un poco de cobre, de propiedad compartida por mercaderes atenienses y algunos de nuestros amigos. El cobre es nuestro. Un trirreme militar, sin cargamento.

Kinón se incorporó y bajó las piernas del diván.

—¿De Panticapea? —preguntó.

—Vía Gorgipia y Bata, si hay que dar crédito al maestro remero.

Tenedos se puso el estilo detrás de la oreja.

Filocles bajó las piernas del diván.

—¡Ares! —exclamó. Parecía cansado.

Kinón meneó la cabeza.

—Esto es Heráclea, no una ciudad granero de la costa norte del Euxino. Aquí tenemos leyes y un buen gobernante, aunque sea un tirano. Pero se pondrán en contacto con él. Tenedos, tendría que habértelo dicho antes, pero te lo digo ahora. Quiero saber cuanto puedas averiguar sobre ese barco, su armador y su navarco, así como a quién visitan. ¿Entendido?

—Sí, amo —dijo Tenedos, con aire competente y sufrido a la vez.

Filocles asintió.

—Si me prestas al joven Zósimo, me ocuparé del armamento. —Miró a Sátiro—. ¿Quieres una armadura y una espada ligera, chico?

El muchacho se levantó de su diván, olvidando por completo el dolor de cabeza, antes de que Filocles terminara de hablar.

—Yo también —saltó Melita.

—Ahora no estamos en el mar de hierba —respondió Filocles.

—¿Eso me pondrá a salvo de un asalto? —preguntó la chica.

—Siendo mujer... —comenzó Kinón, pero recapacitó. Según el código militar, las mujeres quedaban eximidas de los rigores y los resultados de la guerra, pero ya nadie combatía ciñéndose a tales normas. Los espartanos y los atenienses habían roto el código durante sus treinta años de enfrentamientos, casi cien años atrás. Las

mujeres que caían presas con un ejército vencido eran vendidas como esclavas.

—Voy con vosotros —insistió Melita.

Terón se levantó de su diván.

—Yo también.

Filocles enarcó una ceja.

—No podremos pagarte hasta dentro de mucho tiempo, atleta. Me honra tu lealtad, pero ¿no deberías estar buscando a otro patrono?

Terón le dedicó una sonrisa sardónica.

—¿Tantas ganas tienes de librarte de mí? Había pensado agenciarme un traje de bronce gratis. Eso pagará mis honorarios por unos cuantos meses.

Kinón se rio.

—Nunca me hubiese imaginado lo que conllevaría hospedar a dos príncipes. ¡Por supuesto! ¡Preceptores y entrenadores! ¡Vamos a necesitar a un sofista!

Filocles negó con la cabeza.

—Eso lo tengo cubierto —dijo.

Kinón volvió a reír de buena gana.

—¡Ahora ya puedo decir que lo he visto todo! —exclamó—. ¡Un sofista espartano!

Filocles sonrió torciendo el gesto.

—Ni más ni menos. Cuando no logro convencer a un hombre, lo mato.

Tuvieron que hacer todo el camino a pie, saliendo por la puerta que se abría hacia tierra, llamada puerta de Sinope por los lugareños, pasando de las calles adoquinadas a calzadas de grava que luego se convertían en caminos embarrados con profundas rodadas. La herrería se encontraba a una docena de estadios de la ciudad, y a lo largo del trayecto tuvieron ocasión de hacerse una idea de cómo era la vida de los ilotas del lugar.

Sátiro caminaba al lado de Filocles.

—¿Ese barco de Tomis? —señaló.

Filocles paseaba los ojos por los campos y las figuras agachadas que trabajan en ellos.

—Pensaba más bien en el trirreme. ¿Tú qué opinas?

—¿Isocles no era amigo de mi padre? —preguntó Sátiro, encogiéndose de hombros—. Estaríamos seguros con él.

—No se me había ocurrido pensarlo. —Filocles asintió y se acarició la barba—. Tal vez lleves razón. Probablemente podríamos conseguir pasajes para su barco. Pero ¿luego qué?

—Cruzamos Tracia hasta Atenas —sugirió el chico.

—¿A través del territorio de Casandro? —preguntó el preceptor—. ¿Te parece

sensato?

—Oh —dijo Sátiro, con gesto abatido.

El herrero tenía una serie de casas dispuestas en círculo, casi como una aldea, y una docena de cobertizos, cada uno peor construido que el anterior, y en medio un barracón para los esclavos rodeado por una valla. Un arroyo discurría por entre las instalaciones, apestando a residuos humanos y a ceniza. El camino que conducía a la verja estaba plagado de baches debido al paso de carros pesados, y había un burro muerto en el fondo del hoyo más hondo, con el cuerpo hinchado y maloliente.

Sátiro se impresionó al verlo y frunció la nariz con asco. Terón sonrió.

—¿Creías que las armas las hacía Hefesto con sus ayudantes mortales en un claro del bosque? ¿O dentro de un volcán, tal vez?

Melita contempló la devastación de diez fraguas y todo el apoyo que necesitaban para funcionar. Mientras observaba, vio pasar una reata de asnos, quizá cincuenta animales. Cada acémila llevaba a modo de alforjas dos canastas de mimbre llenas de carbón. Los arrieros ponían cuidado en evitar el camino para que la reata rodeara los profundos baches donde se pudría el burro muerto.

—¡Por el herrero lisiado! —exclamó la muchacha—. ¡Esto es un asalto a Gaia! ¡Esto es obra de un impío!

—Esto es una fragua comercial de buen tamaño, señora —replicó Terón, encogiéndose de hombros—. Hacia allí —dijo, señalando las montañas que se alzaban como un muro en el horizonte del sur— están Bitinia y Paflagonia. Allí hay guerra. Ejércitos de veinte mil hombres, y cada uno debe tener una espada, una lanza y un yelmo, como mínimo. —Miró a los gemelos—. En Beocia y en Corinto tenemos manufacturas. Ésta no está mal. Sólo es un animal muerto.

—Aguarda a que veas un campo de batalla —añadió Filocles.

El factor de la manufactura de armas era un liberto oriundo de Calcidia. Tenía el rostro colorado y los brazos, las piernas y el quitón cubiertos de quemaduras, y era completamente calvo.

—¡Zósimo! —saludó—. Qué alegría.

Su voz desmentía sus palabras, pero al final dedicó una breve sonrisa al esclavo negro para limar asperezas.

Zósimo correspondió con una reverencia acompañada de una sonrisa forzada

—Eutropio, te saludo y te traigo recuerdos de mi amo, Kinón. Solicita que a estos hombres, que son amigos suyos y del amo León —expuso con una elocuente mirada—, les sea entregado todo el armamento que precisen.

Eutropio puso los brazos en jarras. Tenía los músculos de Heracles. De hecho, su torso y brazos eran comparables a los de Terón.

—Ya decía yo que iba demasiado bien vestido para venir a trabajar para mí —

dijo, mirando a Terón—. Esperaba que así fuera, no obstante. Oye, dile a tu amo de mi parte que, si quiere que el pedido salga antes de muniquión, más vale que no me haga nuevos encargos. Si estos caballeros —y Eutropio hizo una reverencia no demasiado cortés— se llevan armaduras del pedido, el retraso será mayor.

Filocles desmontó de su caballo, se quitó el sombrero de paja y le dio la mano a Eutropio.

—Soy Filocles de Tanais —dijo, presentándose—. Él es Terón de Corinto, que participó en los Olímpicos del año pasado en la disciplina de pancracio.

Eutropio asintió con aire apreciativo.

—Ajá, he oído hablar de ti. Y de ti también —le dijo a Filocles—. Eres el guerrero.

Filocles se encogió de hombros.

—Ahora soy filósofo —aclaró—, y el preceptor de estos niños.

A Sátiro le avergonzó que le llamara niño en presencia de un maestro armero.

—¿Y quién necesita armas? —preguntó el herrero—. Oye, bajad de vuestras monturas; creedme, no tengo nada mejor que hacer que charlar con atletas olímpicos. —Les dio la espalda y echó a caminar—. Seguro que querréis ver los talleres. Zósimo trabajó para mí; os lo puede mostrar todo.

—Terón y yo necesitamos armas. En cuanto a los jóvenes, hay unos hombres que intentan matarlos. —A Filocles le cambió la voz—. Perdona, señor, si he interrumpido tu trabajo, pero he conocido a un buen número de artesanos y todos trabajan día y noche. Nunca hay un buen momento para recibir visitas. ¿Me equivoco? Ayúdanos, por favor. No requeriremos la visita guiada ni te robaremos mucho tiempo. Basta con que nos proporciones unos cuantos artículos eficientes para que nos pierdas de vista.

Eutropio se volvió hacia Filocles.

—¿Luchas al estilo espartano o al macedonio? —preguntó.

—Espartano —contestó Filocles—. Con un *aspis*, no con uno de esos ridículos escudos macedonios.

—Vaya, pues estás de suerte, porque tengo algunos hechos. Ya nadie los quiere, salvo algunas ciudades del norte. ¿Panoplia para hoplitas? Tengo dos o tres a mano, de un pedido que no llegó a venderse. ¿Equipo de caballería? Ni se os ocurra pedir. Hoy en día todos los soldados montan. Dentro de nada ni siquiera habrá hoplitas. Ya nadie quiere trabajar, todo el mundo quiere montar un jodido caballo.

El calcidio sonrió con amargura. Los condujo a una sólida casa de piedra flanqueada por dos cobertizos. La puerta estaba cerrada a cal y canto. Se sacó una curiosa herramienta del cinturón, retorció el alambre del precinto y les abrió la puerta.

Sátiro se quedó boquiabierto. La estancia era un auténtico tesoro de Ares. Yelmos de bronce, escudos con la cara externa recubierta de bronce e hileras de espadas, la

mayoría con una fina capa de óxido, de hoja recta, lanceolada o curvada, de todos los tamaños. Las lanzas se apoyaban contra la pared, con las puntas oscurecidas por el óxido, y las *sauroteres*, o conteras, con una pátina marrón o verde.

—Todo esto se hizo para la guardia del tirano, pero ahora los tiene imitando a los macedonios —explicó Eutropio—. Las espadas son buenas —dijo, mientras cogía un *kopis* del suelo y le limpiaba la herrumbre con el quitón—. Buena factura de mi patria. Le compré el lote a un pirata; la remesa iba para Egipto. Me ahorra tiempo tener una buena provisión.

Filocles asintió.

—Nada de vainas —dijo.

—¿Tengo pinta de hacer vainas? —preguntó el herrero—. ¡Hefesto me libre! ¿Estás esperando que se os ofrezca vino? Ares y Afrodita. Zósimo, ¿traerías vino a estos caballeros mientras examinan mi mercancía y piden jodidas vainas?

Terón cogió un *kopis* más largo, hecho al estilo occidental y con la empuñadura en forma de pájaro. Era un arma pesada. La blandió sin demasiado esfuerzo.

—¿Seguro que no quieres ser herrero, muchacho? —preguntó Eutropio—. Con unas espaldas como las tuyas, no tienes por qué andar preocupándote de que alguien intente matarte en los Olímpicos. Te haré rico. —Se rio—. Hermes, yo ya lo soy, pero no tengo ocasión de gastar mi dinero porque no puedo parar de trabajar.

—A quien necesita es a Temerix —dijo Sátiro a Melita. Ella le sonrió, y de repente ambos cayeron en la cuenta de que quizás estaría muerto, o esclavizado, junto con su esposa oriental y sus tres hijos, que habían sido compañeros de juegos de los gemelos.

La vida parecía excitante durante una hora y entonces ocurría algo que les recordaba cuánto habían dejado atrás. Sátiro se enjugó los ojos y se enderezó.

—Temerix es el hombre más fuerte que conozco —añadió el muchacho—. Habrá sobrevivido, y Lu es demasiado lista para que alguien la... ataque.

Su hermana negó con la cabeza.

—¿Y Ataelo? Debe de estar muerto. Iba con mamá.

Se enjugó las lágrimas, miró en torno a la habitación y localizó un casco pequeño con barbera en el montón de yelmos, en su mayoría procedentes de Pilos, aunque también había alguno de Beocia. Se lo encasquetó y le tapó los ojos.

Filocles le quitó el yelmo, que encajaba en la palma de su manaza, y lo reemplazó por otro de su medida.

—No está mal —aprobó—. Tendremos que hacerte un almófar.

Buscó en el montón de yelmos y sacó uno pequeño, con el capacete como un pan.

—Pruébate éste —dijo a Sátiro.

El niño quería tener la traza de Aquiles, no la de un vulgar soldado de infantería. Aquél era un beocio liso, con el armazón muy sencillo y sin barbera ni cresta. Al

ponérselo le cubrió la cabeza por debajo de las sienes, pero sólo requería un poco de relleno. Y tener un yelmo propio siempre sería mejor que carecer por completo de él.

—Me va bien —dijo a Filocles.

Fue hasta las hileras de espadas y cogió una larga como su antebrazo, de hoja lanceolada. Filocles dio su visto bueno pese a que el filo estaba bastante oxidado.

—Sólo requiere un poco de trabajo —dijo el herrero—. ¿Estáis servidos? —Entonces pareció ablandarse, relajándose ostensiblemente—. ¿Quieres ver la fragua? —preguntó a Sátiro. Miró a Melita arrugando la nariz—. Aunque no hay mucho que ver para una chica.

La jovencita le hizo reír frunciendo la nariz a su vez.

—Tienes que conocer a chicas mejores —replicó—. Voy con vosotros.

Filocles y Terón declinaron la invitación. Estaban probando escudos. Así pues, los gemelos siguieron a Zósimo y Eutropio, saliendo al aire cargado de humo para luego entrar en el cobertizo más grande, construido con tablas cortadas toscamente y postes clavados en el suelo.

Fuera del cobertizo el ruido era considerable, pero dentro resultaba ensordecedor. Sátiro y Melita habían visto trabajar a Temerix, cuyo martillo resonaba al picar contra el yunque de bronce o el de hierro, y le habían visto trabajar con uno de sus oficiales, Curti o Pardo, golpeando alternativamente con los martillos, pero allí había diez yunques en torno a un horno cuyo calor los golpeó como un puño cuando entraron, y los martillazos resonaban como truenos encadenados de una tormenta de verano. Todos los herreros que había en el cobertizo trabajaban el bronce, construyendo yelmos a los que daban forma partiendo de unas láminas que probablemente se hacían en otro cobertizo, dándoles un pequeño giro entre martillazo y martillazo. Cada herrero tenía un ayudante, y algunos dos, que mantenían las piezas calientes, introduciéndolas constantemente en el horno. En lo alto de la fragua que ocupaba el centro de la estancia burbujeaba un caldero de bronce, que añadía vapor al humo.

Los gemelos se quedaron atónitos. Los trabajadores iban parando para beber agua fresca de unas cantimploras de cerámica que colgaban de la pared, o vino aguado de un odre, o la infusión caliente del caldero de bronce que estaba encima del horno; o se frotaban las manos, o se ponían aceite de oliva en una quemadura; pero el cobertizo seguía trabajando como un todo, y el estrepitoso martilleo nunca se interrumpía.

Eutropio lo observaba orgulloso.

—Estamos trabajando para un pedido muy importante —gritó—. Me encanta cuando todos los martillos trabajan —agregó sonriéndoles.

Al ver el gesto del maestro herrero, muchos hombres dejaron de trabajar y lo miraron, de modo que tuvo que hacerles una seña para que reanudaran el trabajo.

—¡Visitas! —gritó, y algunos herreros rieron.

—¿Son esclavos? —preguntó Melita.

—Es difícil decirlo —dijo Eutropio—. Los esclavos no siempre son los mejores artesanos, señorita. Muchos de estos hombres nacieron libres. Algunos trabajan para pagar su libertad y otros perciben un salario. Ninguno gana lo mismo que si tuviera su propia fragua. —Se encogió de hombros—. Cada pocos meses, un par de ellos se van para establecerse por su cuenta y tengo que buscar sustitutos. Devoro herreros como mis fraguas devoran carbón. —Señaló a los chicos que iban y venían con cubos de agua o con sacos de carbón vegetal—. Casi todos los chicos son esclavos. Los uso hasta que Kinón les encuentra comprador. Salen al mercado fuertes y bien alimentados.

Melita se mordió el labio.

—Mi hermana está en contra de la esclavitud —explicó Sático, indignado.

—Cuando dijiste que podíamos terminar como esclavos me hiciste pensar. ¿Qué me dices de esa chica, Calisto? Yo también soy guapa —dijo Melita con idéntica indignación—. Los hombres me mirarían tal como vosotros la miráis a ella.

Eutropio se rio.

—Señora, eso sucederá igualmente —dijo—. Dejarme ser un buen anfitrión. Acompañadme.

Los condujo a otro cobertizo, donde dos hombres trabajaban en largos bancos de madera mientras media docena de muchachos les sostenían diversos objetos.

—Pulidores —dijo Eutropio—. Son los que acaban las piezas. ¿Veis lo que están haciendo? —preguntó.

Estaban acabando hojas pequeñas, puñales con forma de espada pero del tamaño de cuchillos para cortar carne.

—Miradlos: ni rastro de hollín. Klopi tiene un don, observad lo que tiene entre manos. La hoja brilla como un espejo. La gente paga mucho dinero por las empuñaduras de bronce y de oro, pero lo que realmente sale caro es el acabado de la hoja. Y un bruñido como éste no se oxidará nunca. —Palmeó la espalda de Klopi—. Buen trabajo. Una obra maestra, en realidad. Ven a verme esta noche. —Examinó la otra hoja—. No está mal. Klopi, ayúdale a acabarla y enséñale cómo consigues ese lustre tan intenso.

Cuando salieron de los cobertizos, Filocles y Terón tenían una mula con las alforjas cargadas de bronce y hierro.

—Nos queda mucho por hacer —dijo Filocles.

Durante el trayecto de regreso a Heráclea, Sático y Melita parlotearon como los niños que eran mientras sus preceptores hacían planes.

En cuanto estuvieron de vuelta en el patio comercial de Kinón, Filocles se puso a trabajar tras haber pedido mano de obra prestada del personal de la casa. Envío a Zósimo en busca de un talabartero que haría vainas, cinturones y correas para los coseletes, y él mismo comenzó por los escudos, arrancando los refuerzos de cuero viejo. Melita y Sátiro recibieron sendos botes de aceite rancio, trapos de lino y piedra pómez en polvo. Los gemelos se pusieron a frotar con entusiasmo la superficie oxidada de las hojas de las espadas, con la ayuda de varios esclavos que conocían bien el uso de aquel utillaje. No tardaron en estar sucios de óxido hasta los codos.

Kinón entró en el patio de trabajo vestido con un elegante quitón y con un pesado himación envuelto sobre el hombro izquierdo. Echó un vistazo en derredor.

—Si te ha engatusado con un lote de cosas viejas...

—Me parece que estamos la mar de satisfechos —dijo Filocles—. Un poco de trabajo no nos hará ningún daño —agregó, mirando a los gemelos.

Sátiro estaba de acuerdo. Era divertido ensuciarse, daba gusto hacer algo para matar el rato. Disfrutaba con el lento progreso de su trabajo, observando cómo se iba desprendiendo el orín del acero, así como con el rítmico esfuerzo que ampliaba la superficie brillante. A su juicio, aquella tarea encerraba una lección.

Melita comenzó a tararear para sí mientras trabajaba; una canción sakje sobre beber vino. Sátiro se le unió cantando la letra.

Kinón asintió.

—Tengo una cita —dijo—. Tenedos ha salido a ver de qué se enteraba. Os veré a la hora de cenar —agregó. Se detuvo en la puerta de la calle al ver entrar a Zósimo con el guarnicionero, que llevaba el mandil y el cuchillo propios de su oficio—. Me recordáis a mi padre —comentó, mirando en torno a sí—. Cuando se preparaba para la guerra, todos sus clientes y amigos se juntaban para reparar sus equipos en nuestro patio, que se parecía mucho a éste.

Filocles levantó la cabeza. Sátiro siguió su mirada y vio lágrimas en el rostro del tebano, pero no interrumpió la canción.

La cena fue tan deliciosa como la de la primera noche, y Sátiro devoró con los ojos a Calisto hasta que todos se percataron de su inclinación por ella, aunque le costaba mantenerlos abiertos y se quedó dormido en el diván, para mayor vergüenza suya.

Melita se entretuvo hasta tarde, escuchando a los adultos trazar planes y fijándose

en las complejidades del trato entre hombres. Se estaba consolidando una amistad entre Filocles y Terón, y algo similar entre Filocles y Kinón, pero este último y el atleta corintio no parecían llevarse demasiado bien. Los observaba detenidamente.

Una vez que el vino comenzó a circular deprisa y los esclavos se fueron a acostar, llegó Calisto y se acercó al diván de Melita.

—¿Podemos compartirlo? —preguntó.

Melita se hizo a un lado y la muchacha se recostó. Melita le echó un brazo al hombro y se acurrucaron juntas.

—No me han dicho que me retire, pero a Kinón no le gusta que escuche —dijo la bella Calisto—. Está flirteando con el espartano. ¿Por qué no dicen lo que quieren sin más?

Melita miró con disimulo por encima del respaldo del diván. Los hombres habían perdido el control por completo. Reían de la manera que Melita asociaba con las bromas sobre sexo o mujeres. En cuanto a eso, los sakje y los griegos eran muy semejantes.

—Filocles no sabe lo que quiere —dijo Melita.

—Mi amo lo desea —respondió Calisto.

Melita contuvo la respiración un momento.

—Creía que... Es decir... Parecía... ¡Ay, qué cosa! Pensaba que te amaba a ti.

Calisto se rio.

—Ante todo, señora, soy una esclava; puede tenerme cuando le plazca o enviarme a dar placer a sus huéspedes. Ya he pasado por todo eso. Pero no, en esta casa nunca me han pedido que complaciera a mi amo en nada, salvo sirviendo la mesa. Soy un adorno. Como las jarras de plata.

—Oh —dijo Melita—. ¿Y tú...? ¿Lo prefieres... a... complacerle?

Calisto se rio.

—¿Qué edad tienes, señora?

—Doce años —contestó Melita.

—Yo he estado con hombres desde los once —dijo Calisto—. A veces es agradable. A veces son hombres corpulentos y borrachos quienes me quieren encima de sus pollas en mitad de una fiesta. —Se encogió de hombros y se volvió para que Melita no le viera el semblante—. Pero nunca me ha encendido la pasión, bendita sea Afrodita, y Kinón no me ha echado en brazos de ningún hombre desde que puse el pie en esta casa. A lo mejor me vuelve a crecer el himen —dijo. Se giró con sumo cuidado, procurando que el diván no hiciera ningún ruido—. ¿Y tú? ¿Has estado con un hombre?

Melita notó que se ruborizaba.

—No —dijo—. Todo eso me parece... ridículo.

Calisto se rio entre dientes.

—No sabes ni la mitad. ¿Y tu hermano? ¿Lo ha hecho? —preguntó, arrimándose más a Melita.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo la joven, ambiguamente alarmada.

—Por nada —respondió Calisto—. Es bastante guapo para su edad. Los hombres lo desearán, y las chicas también.

—Dudo que mi hermano haya pensado mucho en eso —dijo Melita, tras meditarlo un momento.

Calisto se puso tensa y se apartó de nuevo. Estuvo un rato tendida dando la espalda a Melita y luego se puso de pie.

—Eso debe de estar bien —replicó con amargura, y desapareció en la penumbra.

Melita permaneció reclinada un instante, pero enseguida fue en busca de la esclava. Oía sus pasos en el peristilo, y le siguió el rastro. Calisto, que era mayor que ella, lloraba casi en silencio. Melita la alcanzó a la entrada de una habitación a oscuras mediante el simple recurso de correr unos pasos y cogerla del hombro.

—A veces soy una estúpida —se disculpó Melita.

Calisto se echó en sus brazos, sollozando quedamente. Melita cayó en la cuenta de que para un esclavo, ni siquiera sus sollozos le pertenecían.

—¡Eh! —dijo Melita. Procedía de una familia poco paciente con las lágrimas—. ¡Lo siento!

Calisto apoyó la cabeza en el hombro de su joven compañera.

Y de pronto comenzó a besarle la nuca.

Melita se quedó paralizada un instante, pero enseguida se zafó del abrazo de la chica con los trucos que le había enseñado su hermano.

—¡Eh! —dijo otra vez, y su voz amenazó con aumentar de volumen si fuera preciso.

—Oh —dijo Calisto—. Pensaba...

—Afrodita —protestó Melita.

—Me gustaría que fuésemos amigas —propuso Calisto.

—¿Siempre muerdes a tus amigas?

—Es divertido —susurró la esclava.

—Escucha —dijo Melita, levantando una mano—. En verano cabalgo con las doncellas lanceras. Sé lo que hacen las chicas. —Se encogió de hombros—. Quizá podamos ser amigas. —Apartó la espalda de la columna que tenía detrás—. Pero amantes, no. Tengo doce años, no cinco; sé cómo funciona todo esto.

—¿En serio? —preguntó la bella esclava, y Melita se percató de su jocosidad.

—Bueno —admitió Melita—, probablemente no.

Calisto le estrechó la mano.

Melita sintió una especie de revoloteo, como un arrebato que se extendía del pecho a las ingles. Soltó la mano de Calisto y echó a correr hacia su habitación,

dejando a la esclava riendo, o llorando, a sus espaldas.

Pero le costó dormirse.

Melita se despertó pensando en Calisto, y en cuanto se hubo bañado fue a la habitación de su hermano, que estaba haciendo estiramientos como si se encontrara en la palestra.

—Te veo mejor —dijo ella.

Sátiro se encogió de hombros.

—Va y viene. ¿Y tú?

—Lo mismo. —La muchacha se sentó en el diván de dormir—. Te gusta Calisto —agregó en tono acusador.

—Es verdad —admitió su hermano, sonriendo—. Tal como nuestra señora madre prometió; con todo el sentimiento del mundo, como si ella fuese la única mujer que hubiese vivido jamás, Afrodita personificada.

Lo dijo burlándose de sí mismo, pues su madre les había dado un montón de sermones sobre los peligros del amor juvenil y las intrigas del sexo.

Luego se sentó al lado de su hermana y se abrazaron, ambos pensando en su madre.

—A lo mejor mamá está bien —aventuró ella.

Sátiro la estrechó con más fuerza y su gemela le correspondió.

—Anoche Calisto se me insinuó —añadió Melita.

Sátiro se irguió.

—Vaya.

—Me preguntó sobre ti —prosiguió Melita—. Me cae bastante bien. Es agradable tener una chica con quien hablar. Pero hay otra faceta en ella... algo que se me escapa. Cuando me preguntó sobre ti, parecía... ansiosa.

Sátiro se levantó y siguió haciendo las posturas defensivas del pancracio.

—Bueno, no me sorprende —dijo—. Todo el mundo sabe lo rico que soy y habrá pensado que sería un buen cliente. Me parece que ya conozco ese juego.

—Sí. Creo que es justo así como te ve.

Lamentaba hacer daño a su hermano, pero de todas formas le clavó la daga de sus palabras. Prometió a su madre, viva o muerta, que ocuparía su puesto cuando fuese necesario; en la familia tenía que haber alguien sensato. Y no iba a permitir que su hermano se prendara de una hetaira, por encantadora que fuera. Se sintió mejor.

—¡Au! —exclamó Sátiro. Había simulado una patada con la pierna izquierda para luego golpear con la mano, pero encendido por la ira había calculado mal la distancia y estampó el puño izquierdo contra la pared enlucida. Levantó polvo y renegó, metiéndose la mano debajo de la axila derecha—. Mierda —protestó.

—¡Sátiro! —le reconvino su hermana.

—Me siento como un idiota.

—Sin comentarios —dijo Melita—. Vayamos a comer algo.

—Necesito salir de esta casa. Vino una noche y esclavas la siguiente. Salva mi virtud, Lita.

—Hago lo que puedo —respondió su hermana.

—¿No tuviste tentaciones con ella? —preguntó Sátiro. Metió la mano en su jarra de agua.

—No —mintió Melita.

Fueron juntos a desayunar. Tomaron tortas con miel y semillas de sésamo; ambos comieron cuanto les ofrecieron, y luego tuvieron que bañarse otra vez porque estaban pegajosos. Filocles se rio de ellos, y Melita se rio de sí misma, pues a pesar de su sensatez (había rezado y vertido una libación a Atenea por haberla ayudado la víspera), seguía siendo una niña que comía demasiadas tortas.

A media mañana se encontraban de nuevo en el patio comercial, limpiando yelmos bajo la exigente supervisión de Terón. Filocles tenía un montón de pelo de crin.

Mientras trabajaban, el preceptor repasó su plan.

—Mañana o pasado partiremos hacia el sur —dijo—. Terón irá como capitán de la escolta y yo le acompañaré. Vosotros seréis dos niños nobles que viajan bajo nuestra tutela. Viajaremos a través de un territorio en guerra, aunque espero que no por mucho tiempo.

—¿Por qué no tomamos un barco para Atenas sin más? —sugirió Terón.

Filocles habló en voz baja.

—Tenedos dice que los infantes de marina del trirreme están vigilando los muelles. Creo que quieren que tomemos un barco de modo que puedan atraparnos en el mar. —Miró a Sátiro—. Esto es un rotundo «no» en lo que atañe a ir a ver a Isocles.

El muchacho siguió quitando pátina gris verdosa del yelmo que estuvo limpiando durante el rato que le llevó cantar para sus adentros todo el himno de Atenea. Luego dijo:

—¿Hasta cuándo nos perseguirán?

Filocles gruñó.

—No cejarán hasta que regreses, los mates y te proclames rey. Así son las cosas.

Miró a Sátiro a los ojos y el chico tuvo la impresión de que el espartano le hacía una difícil pregunta filosófica. Apartó la vista. Parecía que Filocles lo acusara de algo. De tener miedo; miedo de hacer valer sus derechos. O de alguna otra cosa.

—Estoy cansado de preocuparme —se quejó.

Terón meneó la cabeza.

—Sátiro, las preocupaciones acaban de comenzar.

Pareció ir a decir algo más, pero justo entonces entró Zósimo desde la calle. Se abrió paso entre las armas y hasta donde estaban los gemelos, a quienes hizo una ostentosa reverencia.

—El amo Eutropio os envía esto —expuso. Sacó un paquete envuelto en lino—. Ruega disculpéis que no tengan vaina.

Dentro del paquete estaban los dos puñales pesados, o espadas muy pequeñas, que habían visto bruñir el día anterior. En ese momento relucían como el agua y tenían empuñaduras de acero y hueso.

Filocles alargó el brazo.

—¿Puedo? —preguntó.

Melita le pasó el suyo.

—Faltaría más —respondió, aunque le encantó desde el momento en que lo tocó.

—Bonita pieza —alabó Filocles—. Está a medio camino entre un cuchillo de comer y una espada corta. —Lo devolvió a Melita—. Zósimo, ¿tendrías la bondad de llevárselos al guarnicionero?

Sátiro se levantó.

—¿Podrías transmitir mi profundo agradecimiento y el de mi hermana al herrero?

—Por supuesto —contestó Zósimo con una sonrisa.

Desde que los huéspedes habían llegado a la casa, había dos esclavos armados en la puerta de la calle. La abrieron para que Zósimo saliera y entró Tenedos, quien les lanzó una mirada iracunda y se marchó hacia las dependencias de los esclavos.

—Pensaba que había ido a comprarnos caballos de refresco —dijo Terón, cuando el mayordomo se hubo ido.

—Me parece que no tiene muy buen concepto de nosotros —respondió Filocles.

Entrada la tarde, los gemelos apenas eran capaces de seguir bruñendo de pura fatiga. Terón los había sometido a una sesión de entrenamiento en el jardín y Filocles les había impartido una lección de manejo de la espada en la tierra compactada del patio —meros rudimentos, y tan parecidos al pancracio que las posiciones de los pies eran casi idénticas, así como la mayoría de los ataques— antes de ponerlos de nuevo a trabajar. Sátiro levantó la cabeza y vio que Zósimo entraba entre los esclavos armados.

—El herrero está encantado de haberos complacido —dijo Zósimo—. Aunque podrás darle las gracias en persona. La caravana se formará en la herrería. Partiremos dentro de dos días, de modo que deberíais salir mañana por la tarde y pasar la noche allí.

—Gracias por tu ayuda, Zósimo —dijo Filocles.

—Iré con vosotros —apuntó el esclavo—. Me toca acompañar a la caravana a la ida y a la vuelta; luego seré libre. —Sonrió de oreja a oreja—. Salvo por los trámites legales.

—¿Y después qué? —preguntó Terón.

—Creo que intentaré aprender el oficio de herrero. El maestro Eutropio lleva años ofreciéndose a enseñarme. Bueno, al menos desde que se me ensancharon los hombros.

Se marchó sonriendo para sí.

El equipo que había en el patio estaba listo según los exigentes requisitos de Filocles; las hojas de las armas bruñidas y afiladas, los astiles de madera de las lanzas aceitados, las puntas pulidas, y las conteras brillantes como el oro. Filocles guardó los yelmos en bolsas de cuero, puso fundas a los escudos y se pasó el cinto de la espada por la cabeza. Terón hizo lo mismo. Les iban bien, y las vainas estaban hechas con esmero; eran de cuero sobre madera con accesorios de bronce. Los puñales de los gemelos tenían las mismas guarniciones, y se las pusieron con orgullo.

—Sospecho que eres la única griega de Heráclea que tiene su propio *xiphos* —comentó Terón mientras le ponía el yelmo—. ¡Salve, diosa de los ojos grises!

—Deja de hacer payasadas —le recriminó Filocles—. Ojalá pudiéramos irnos a la herrería ahora mismo.

—¿Y perdernos otra cena con Kinón? —replicó el corintio no sin cierta mordacidad, a juicio de Sátiro.

Filocles lo miró detenidamente.

—Eres un hombre virtuoso, Terón.

Éste se sonrojó.

—Dado que eres un hombre virtuoso, debo decir que algunas de tus insinuaciones son mujeriles e indecorosas.

Filocles, cuando estaba sobrio, resultaba bastante imponente.

El atleta frunció el ceño.

—Filocles, también tú eres un hombre de virtud. Pero bebes demasiado y pierdes la autoridad que deberías tener por derecho propio. La autoridad para decirme que soy mujeril, por ejemplo.

Ambos hombres estaban de pie.

—Lo que beba o deje de beber es un asunto entre los dioses y yo, corintio. Guárdate tus opiniones.

Filocles cerró los puños.

—Bonito discurso, espartano. Aunque los de tu tierra siempre han sido más dados a criticar que a asumir.

El corintio dio un paso hacia Filocles, que avanzó a su vez, mirando de hito en hito al atleta.

—¡Basta! —gritó Melita—. ¡Basta! ¿Habéis olvidado que en esta ciudad hay gente que quiere matarnos? —Se puso de pie y miró en derredor—. Voy a darme un baño —anunció—. Os recomiendo que hagáis lo mismo.

Se fue resueltamente del patio como una reina.

Sátiro estaba terminando de limpiar su yelmo y deseó ser tan valiente y majestuoso como su hermana. Terón miró a Filocles.

—Nos ha puesto en nuestro sitio, ¿eh?

—¿Has oído hablar de Kineas? —preguntó el espartano. Terón asintió—. Pues acabas de conocerlo. Ése era él, personificado en su hija.

El preceptor de los gemelos llenó una copa de vino de un odre colgado en la pared y derramó una libación al suelo.

—Por el espíritu de Kineas, y por sus hijos. Y por la amistad contigo, Terón —dijo antes de beber.

Terón cogió la copa de asta y miró a Sátiro.

—¿Es difícil tener por padre aun héroe o un semidiós? —Sonrió al chico—. Mi padre era pescador. A veces ése es el camino más fácil. —Alzó la copa hacia Filocles, vertió otra libación y adoptó la postura de un orador—. Por el espíritu de Kineas, que se sienta entre los héroes, Arimnestos y Dion y Timoleón, Ajax y Aquiles y todos los hombres que derramaron su sangre en la ventosa Ilion. Y por tu amistad, espartano, que significa mucho para mí, diga lo que diga cuando me enfurezco. Y por los gemelos.

Derramó vino en cada brindis y bebió. Luego le ofreció la copa a Sátiro, que la aceptó, deseando ser capaz de dar con algo noble que decir. Finalmente vertió una libación y dijo:

—Ojalá me pareciera más a mi padre. Que se halle con los inmortales, dándose un festín. Que vosotros dos seáis amigos.

Tomó un sorbo, sonrió con timidez y devolvió la copa.

La solemnidad del momento se vio interrumpida por los gritos de Melita en el baño. Estaba tirándole agua a alguien, y ese alguien chillaba y reía.

Todos se bañaron para cenar. Kinón regresó de sus recados poco antes de que los esclavos dispusieran los divanes.

—¡Atún! —anunció Melita al entrar. Iba elegantísima con un quitón jónico cuyos broches eran sendos ciervos de plata; ciervos sakje, hechos por un herrero en el mar de hierba. Se recostó en el mismo diván que su hermano—. Calisto dice que vamos a tomar atún porque es la última noche que pasamos aquí.

Sátiro parecía un príncipe, con un quitón de lana blanca decorado con llamas anaranjadas y rojas que subían desde el dobladillo y bajaban desde los hombros, formando un estampado que desconcertaba a la vista; la prenda la sujetaba un broche de oro en cada hombro.

—¿Lo has encontrado en tu cama? —preguntó a su hermana.

—No, Calisto me lo ha traído cuando he acabado de bañarme.

Melita no estaba acostumbrada a reclinarse, y levantó la cadera para alisarse el vestido. Kinón sonrió.

—Quería que ambos tuvierais algo bonito que poner. Dionisio se ha avenido a recibirnos mañana, en público. Después de eso, estaréis a salvo. De hecho, yo dudaría en marcharme con la caravana; estaréis más seguros aquí.

—Más vale que no los manchemos de comida —dijo Melita en voz baja.

Filocles no parecía contento.

—Por más que gocemos con tu hospitalidad... —comenzó, pero Kinón le interrumpió.

—León, nuestro amo, ha viajado hasta las Columnas de Hércules, en los confines occidentales del mar. El asunto que lo llevó allí es secreto; incluso el propio viaje lo era. Pero hoy he recibido la noticia de que ha regresado sano y salvo a Siracusa, y que visitará Alejandría en verano antes de venir aquí. Lo esperamos para finales de otoño. Le he enviado cartas. En mi opinión, deberíais aguardar aquí. Además, he iniciado gestiones para que Sátiro hable ante la asamblea de Atenas. He hablado con Teógenes, que a veces representa los intereses de Atenas aquí, y ha propuesto que fuerais a vivir a su casa en calidad de ciudadanos atenienses. —Kinón bebió un sorbo de vino—. No me fío de él hasta ese punto. Tiene alojado a Estratocles.

—¿Quién es Estratocles? —preguntó Terón.

—Un político ateniense —contestó Kinón—. Llegó hace dos días en un trirreme de Panticapea —explicó, e hizo una pausa para que asimilaran la trascendencia del dato.

»Ahora sostiene que es el representante de Atenas aquí, en Heráclea. Alega una vasta fortuna, contactos familiares y poder político. —Se encogió de hombros—. No sé a qué atenerme, aunque desde luego tiene la apariencia de un representante de Atenas. Está comprando todos los cargamentos de grano que tenemos en venta, y eso le granjea amistades. Yo mismo he hecho negocios con él. Es un demócrata convencido, la clase de hombre que quiere otorgar el mismo poder a todos los ciudadanos. Él y León a veces son rivales. Y tiene fama de asesino. Allí donde va, los enemigos de Atenas mueren.

—Pues será cuestión de evitarlo —comentó Filocles, sonriendo.

—No, no —repuso Kinón—. No me fío de él, pero el tirano le escucha; me refiero a Demetrio de Falero, el tirano de Atenas. Y Demetrio era amigo de Focionte y de Kineas, vuestro padre. Le necesitamos. Puede conseguirnos un pasaje a Atenas con garantías de seguridad.

—Sólo que llegó aquí en el trirreme de Panticapea —terció Sátiro, y Filocles asintió.

—Ares, menuda ratonera. Creo que deberíamos mantenernos alejados de ese tal Estratocles, para ver qué podemos averiguar acerca de él. Entretanto, ¿qué pasa con

Macedonia? —preguntó Filocles—. ¿En qué términos estáis con Poliperconte?

Kinón alzó la copa para que le sirvieran más vino. El intenso aroma del atún en salsa llegaba desde la cocina. Los esclavos pusieron cuencos de col blanca en vinagre de miel sobre las mesas auxiliares ubicadas al lado de cada comensal.

—Ah, el meollo de la cuestión. —Kinón bebió un poco—. No es Poliperconte con quien teníamos buena relación. Me parece que no estás al día, amigo mío. Poliperconte fue depuesto como regente de Macedonia, y Casandro, el hijo de Antípatro, es quien lleva las riendas; aunque detrás de él está la loca de Olimpia, la madre demente de Alejandro.

—Vaya, eso sí que es una novedad —dijo Filocles—. Algo dijiste anoche antes de acostarnos. ¿Y qué pasa con Heráclea? ¿De parte de quién está?

Kinón meneó la cabeza.

—No hay nadie que esté de nuestra parte. Pérdicas, ¿te acuerdas de él? Era el comandante en jefe cuando Alejandro murió. Pues bien, Pérdicas nos asignó a la satrapía de Frigia después de negarse a reconocer el estatus de ciudad libre que hemos ostentado durante tantos años. Por supuesto, recibió nuestro descontento y a los exiliados, y amenazó, a través de su lugarteniente, Eumenes *el Cardio*, con sitiar la ciudad. Entonces murió en Egipto, asesinado. Ahora Antígono tiene a su ejército y se enfrenta al Cardio. ¿Seguís confundidos?

—Pero... —dijo Filocles—, ¡tú y León vendéis armas al Cardio!

—No —respondió su anfitrión. Volvió la vista atrás hacia donde Calisto estaba indicando a los esclavos que sirvieran el atún. Estaba más guapa que nunca con un quitón cruzado azul oscuro—. No —repitió Kinón, que a todas luces había perdido el hilo de lo que estaba diciendo. Miró hacia otro lado—. No —dijo por tercera vez—. Vendemos armas a vuestro Diodoro, que es un gran capitán y un buen cliente. Sirve a Eumenes *el Cardio* por dinero, y con el permiso e incluso el apoyo de Tolomeo de Egipto. Nosotros preferiríamos que derrotara al Cardio. Aunque en realidad lo que deseáramos es que siguieran combatiendo entre ellos en Frigia y que nos dejaran en paz.

—No lo entiendo —murmuró Sátiro, sintiendo que la cabeza le daba vueltas.

Kinón probó el atún para sus invitados y asintió vigorosamente.

—Magnífico. Di a la cocinera que es un genio. —Miró de nuevo a Sátiro—. Nadie es capaz de entenderlo todo, joven príncipe. Pero Herón, en Panticapea, forma parte de este juego. Los grandes jugadores quieren que los menos importantes estén de su parte o fuera del juego. Vuestra ciudad de Tanais ponía en entredicho el reino del Bósforo, y vuestra madre era la reina indiscutible de todos los asagatje. Eso os convierte a vosotros en herederos de dos pequeños imperios que, unidos, abarcan todo el norte del Euxino. Eso significa oro, grano, guerreros sakje y griegos.

Se detuvo un momento para observar a los criados que llevaban el atún al jardín,

exhibiendo su tamaño y calidad antes de cortar los filetes para servirlos en fuentes.

Kinón lo contemplaba todo con gesto orgulloso, tanto por su personal como por su mesa.

—Los macedonios no están unidos —prosiguió—. La muerte de Antípato fue como el fin del mundo para ellos. Antígono no es Antípato, y Casandro, u Olimpia, todavía no están al mando. Los atenienses siguen siendo poderosos y respaldarán a cualquiera que expulse a la guarnición de su ciudad; por el momento, son partidarios de Casandro. Y éste necesita grano del Euxino para ganarse el favor de Atenas. ¿Se entiende lo que digo?

Se miraron unos a otros, confundidos.

—He oído todo esto cada día en Corinto y sigo sin entenderlo —admitió Terón.

—El Ática y Atenas consumen el triple del grano que producen —explicó Kinón—. Hombres como yo se hacen ricos acumulando grano del Euxino y vendiéndoselo a Atenas. Casandro necesita que ese grano siga fluyendo para que Atenas esté contenta, y puede conseguirlo apoyando a Eumeles de Panticapea para que se erija en el único rey del Bósforo. De ahí que vosotros, niños, os interpongáis en su camino y debáis ser eliminados.

—Yo habría llegado a esa misma conclusión —asintió Filocles.

—Nuestro León ha invertido mucho en Egipto y en la nueva ciudad de Alejandría —prosiguió Kinón—, de modo que, os guste o no, somos aliados de Tolomeo. Eso nos sitúa contra Casandro, a veces contra Antígono y otras contra Eumenes *el Cardio*. El primero está loco por el poder, Antígono es un excelente general y un nefasto gobernante, mientras que Eumenes sería un gran hombre si no fuera tan propenso a demostrar que es mejor que cualquier macedonio. En realidad es el mejor general y el mejor hombre de los tres, pero es griego, no macedonio; ya os figuráis lo que eso significa.

—Lo sé —dijo Filocles, dedicándole una adusta sonrisa.

—Y se casó con la amante de Alejandro, ¿lo sabías? Banugul tuvo un hijo de Alejandro, aunque muy pocas personas lo saben. Un muchacho muy apuesto que se llama Heracles.

Melita tenía los ojos puestos en Calisto y reparó en que la esclava escuchaba atentamente y en que en un momento determinado sus ojos se desviaron para mirar a otra persona, alguien que estaba de pie detrás de Melita. Se recostó, pasando el brazo por encima de su hermano, y vio a Tenedos, el mayordomo, junto a un aparador con una jarra de vino. El hombre no daba muestras de prestar atención a la conversación, y Melita veía a tantos esclavos ir y venir que no estuvo segura.

Quizá los esclavos siempre escucharan.

—Conozco a Banugul —dijo Filocles.

—¡Ya lo dijiste anoche! —Kinón sonrió—. Deduzco que hay mucho por saber.

León fue excesivamente efusivo en sus alabanzas. Continúa siendo amigo de ella, le presta dinero y sigue los progresos de su hijo.

Mientras Melita lo observaba, Filocles bebió un sorbo de vino y se quedó mirando al vacío, perdido entre sus recuerdos. Junto a ella, su hermano carraspeó.

—Me parece que lo entiendo, amo Kinón. El caso es que Casandro tiene que aliarse con Herón —dijo. Un esclavo le dio una copa de oro y el muchacho bebió un sorbo con ademán apreciativo—. Ahora veo qué bandos se formarán y las consecuencias que eso tendrá para el Euxino.

Kinón miró con respeto al chico.

—Sí, joven príncipe. Lo que dices es exactamente correcto. Sólo he tenido unos pocos días para reunir esta información, pero a mí me parece que Herón se ha ofrecido a poner todo el norte del Euxino a disposición de Casandro a cambio de tener las manos libres.

—¿Hay noticias de nuestra madre? —preguntó Melita a media voz.

—Me temo que no —contestó el anfitrión, negando con la cabeza.

—Hagamos honor a la comida y apartemos los pensamientos tristes —propuso Filocles.

Melita se echó hacia delante, apoyando el mentón en el hombro de Sátiro.

—Piensan que ha muerto —dijo.

—Sí —susurró Sátiro. La comida daba vueltas ante sus ojos.

Melita lo abrazó.

—Es mejor que esté muerta y no esclavizada o algo peor. Somos sus hijos, y los hijos de Kineas. Convierte tu rostro en una máscara de bronce y comienza a pensar en nuestra venganza —agregó la muchacha, aunque se le quebró la voz.

Sátiro fue el primero en sollozar, pero un instante después ambos lloraban; no eran audaces príncipes del Euxino, sino dos niños cuya madre seguramente había muerto. Se tendieron juntos, llorando, y los demás comensales procuraron no mirarlos.

Los sollozos se prolongaron hasta que los demás hubieron dado cuenta de buena parte del atún, pero luego se enjugaron las lágrimas y comieron. Sátiro comenzó a construir mentalmente su máscara de bronce. El yelmo nuevo de Filocles tenía una visera alta y una larga barbera que le cubría la cara, imitando un bigote, una barba y un gorro tracio. El muchacho mascaba el sabroso atún y las ostras con salsa de salmón, todo ello acompañado de rico pan de cebada, mientras pensaba en la máscara de la armadura y en cómo le ocultaría el rostro, disimulando su miedo. «Si no puedo ser valiente —pensó—, fingiré que lo soy. Ese es mi deber.» Miró a su hermana, que a todas luces disfrutaba de la comida, vertiendo grandes cantidades de vinagre de miel sobre el pescado de una manera que la cocinera no habría aprobado, para satisfacer su goloso paladar, y se preguntó por qué los dioses habían hecho tan

valiente a su hermana.

Tomó varias copas de vino a propósito. Luego, cuando los hombres se disponían a beber en serio, Sátiro se levantó de su diván sosteniendo una cratera. Se plantó en medio del jardín y los demás se callaron. Estaba nervioso; corría un riesgo, aunque no sabía exactamente cuál.

—Kinón, ésta quizá sea nuestra última noche como huéspedes tuyos. Hoy ofrezco una libación a Zeus, amo supremo, que ama a los hombres que tienen huéspedes. Y ofrezco una libación a Atenea, mi patrona, y a Heracles, mi antepasado, y a todos los dioses.

Sátiro, presa de la euforia, apenas se sentía nervioso. El vino era su aliado.

—¿Habéis oído? —dijo Terón.

—Bien hablado —corroboró Filocles.

—Y ante todos los dioses pronuncio este juramento. Que ni la edad ni la debilidad ni las heridas, ni el número de mis enemigos, como tampoco ningún otro poder de la tierra, de los cielos o del inframundo me impida, nos impida, a los gemelos, vengarnos de quien ordenó —se le cayó la máscara y se le quebró la voz—, de quienes ordenaron la muerte de nuestra madre. Morirán. Lamentarán el día en que decidieron comenzar esta guerra.

Filocles lo miraba con ojos tristes.

—¡Ay, chico, semejante juramento, una vez pronunciado, adquiere fuerza! Ahora mismo las Furias escuchan y mueven los hilos del destino. ¿Qué dicha acabas de perder? ¿Qué sino has creado?

Melita se levantó y se puso al lado de Sátiro.

—Comparto este juramento con mi hermano. Nos traen sin cuidado las consecuencias, querido preceptor. Nos vengaremos. Eumeles, el que antes era Herón, morirá. Upazán morirá. Casandro de Macedonia morirá. Cada mano contraria a nosotros, hasta el final de la partida...

—¡Basta! —suplicó Terón—. Por los dioses, ¿queréis parar antes de que los dioses os castiguen a vosotros primero?

Melita parecía enardecida. Los últimos rayos del sol le iluminaban el rostro, los ciervos de los hombros titilaban como estrellas y su vestido era de un blanco sobrenatural.

—Nada nos detendrá —añadió.

Sus palabras sonaron oraculares. Una racha de viento barrió el jardín, agitando las rosas y haciendo que las teas llamearan.

Calisto juntó las manos.

—¡Que los dioses te oigan, Melita! —dijo, y acto seguido pareció avergonzarse de su atrevimiento.

Filocles miró a Terón, que ocupaba el diván contiguo.

—¿Seguro que quieres quedarte con estos niños? —preguntó, sin el menor atisbo de ironía.

El corintio suspiró.

—Siento el peso del sino —dijo—. Hasta hace un momento tan sólo era el hijo de un pescador.

—Ahora eres el aliado de los gemelos —señaló Filocles.

Kinón negó con la cabeza.

—Jurar venganza está muy bien en mi rosaleta —dijo—. Pero guardaos de mencionarlo ante Dionisio. Él juega a su manera. Y juega bien. Se mostró más hábil que Alejandro y nos ha mantenido libres de Pérdicas y de Casandro. No hagáis que os expulse, pues no os dará refugio si ponéis en peligro su política.

—¿Cómo es él? —preguntó Filocles.

—Es el hombre más gordo que hayáis conocido jamás —respondió Kinón—. Y tal vez el más tortuoso y despiadado. Hay quien dice que es el alma de Dionisio de Siracusa rediviva. Es el heredero de su hermano. Y no le teme a nada.

Terónapuró su copa de vino.

—Eso no quita que sea un tirano —dijo—. Yo soy corintio. Timoleón derrocó a ese Dionisio de Siracusa.

Kinón miró en derredor.

—Esas cosas no se dicen en Heráclea.

—Tú quizá no las digas —repuso Terón, encogiéndose de hombros—. Yo soy de Corinto, la ciudad que da muerte a los tiranos.

Filocles fulminó al atleta con la mirada.

—Tal vez deberíamos llamarla la ciudad de los malos invitados, ¿eh? Piénsalo bien, Terón. Este hombre nos ha hecho regalos a los que no podemos corresponder, ¿y cómo se lo pagamos? ¿Con grosería?

En lugar de enfadarse, Terón expresó su vergüenza.

—Mis disculpas, anfitrión. Filocles lleva razón.

Mientras los adultos seguían hablando de política, Sátiro contemplaba a Calisto, sentada junto a su amo.

—Deberíamos acostarnos, si mañana tenemos que ser príncipes ante el tirano —señaló Melita.

Sátiro asintió y bostezó, ansioso por ser adulto también pero sin fuerzas para serlo.

—A la cama —dijo Sátiro.

Calisto le sonrió y él le correspondió. Sabía que no volvería a verla nunca más, y todo le parecía muy injusto. No obstante, se levantó para dar las buenas noches, agradeciendo con su hermana a Kinón su impecable hospitalidad, cosa que hizo sonreír a su anfitrión.

Dio un traspie en el suave m3rmodel peristilo y ni siquiera se desabroch3 el quit3n, sino que se lo pas3 por la cabeza para d3rselo a un esclavo antes de meterse en su div3n de dormir. El aire primaveral era un tanto fresco y se tap3 con su manto tracio, cuidadosamente lavado por el personal de la casa, y cay3 dormido.

Sátiro oyó un ruido en su habitación y se despertó al instante. El cuarto estaba a oscuras, con el umbral iluminado por la luz que se filtraba a través del peristilo desde el patio. Alguien entró en la estancia y Sátiro se puso alerta, con el corazón desbocado.

—Soy yo —dijo Calisto desde el centro de la habitación.

El corazón de Sátiro no latió más despacio, aunque por motivos diferentes.

La muchacha se deslizó en su diván, encontró el manto tracio y al taparse con él sus senos rozaron el pecho de Sátiro. Se rio tontamente, metió la mano entre las piernas del chico y puso los labios de modo certero sobre los de él.

Sátiro se debatía entre el miedo, la excitación y un extraño enojo; no era así como deseaba a Calisto. Suponiendo que en verdad la deseara. No obstante, así era; su erección deba fe de ello.

Calisto le puso una mano en el pecho y le pellizcó un pezón con fuerza, tal como hacía su niñera cuando se enfadaba, pero si bien la presión era la misma, el resultado era muy diferente. Cogió una mano de Sátiro y la puso en uno de sus senos —«ah»—, de una suavidad y una morbidez casi increíbles, una suerte de perfección olímpica. La verga de Sátiro se puso firme bajo la mano de la esclava, que se rio.

En el patio, un hombre dio la voz de alarma y se oyó un tremendo estrépito, como si un tronco golpeará una pared. Todo el edificio tembló.

—¡Aaaggh! —chilló la misma voz. Sátiro sabía qué significaba aquel grito: un hombre con la muerte en las entrañas. Su erección se esfumó, su mente reaccionó deprisa y acto seguido se levantó del diván en la penumbra, acariciando la pared con la mano hasta que encontró su espada colgada del tahalí en un gancho. Se pasó el cinto por la cabeza y cogió el manto de la cama.

—Por el Hades, ¿qué estás haciendo? —dijo Calisto.

—Aaaggh...

El siguiente chillido se interrumpió en seco, y luego se oyeron otro estrépito y una expresión de triunfo, un sonido espantoso, seguido de pasos a la carrera. Sátiro se echó el manto encima del brazo, fue hasta el umbral y descorrió la cortina.

En el peristilo había un hombre armado. Llevaba un yelmo que brillaba a la lejana luz del jardín, y estaba a menos de un brazo de distancia, una gran sombra negra contra la oscuridad estigia del corredor.

—¡Traed luz! —gritó el hombre con voz atronadora—. ¡Seguidme!

Sátiro deseaba vacilar, pero antes de que el miedo se adueñara de él dio un golpe bajo, tal como Filocles le había enseñado a hacer una y otra vez, lanzando la mano

izquierda hacia delante con el brazo envuelto en el manto para parar los golpes de contraataque. El hombre percibió su movimiento y blandió el arma contra el manto de lana, dejándole el brazo entumecido, pero su espada ya estaba debajo de la greba de su oponente, y Sático se recobró y hundió el filo, desgarrando el tendón de la parte trasera de la pierna.

El hombre se desmoronó hecho un amasijo de bronce y miembros, y Sático se apartó justo cuando su atacante gritó de dolor.

—¡Ayyy! ¡Ares! ¡Dioses, me han herido! ¡Ayyy! ¡Au, au, au!

«Llevan armadura», pensó Sático, y entonces el miedo se adueñó de él y lo paralizó. Intentó abrir la boca para avisar.

—¡Sático! —gritó su hermana—. ¡Despierta! ¡Nos están atacando!

Sus miembros se aflojaron, faltó poco para que se cayera, y avanzó torpemente, dando traspiés como un borracho.

—¡Estoy aquí! —dijo.

—¡Corred! —gritó alguien, y aparecieron antorchas en el peristilo, iluminando con su fulgor parpadeante al hombre que se retorció en el suelo. Sático se alejó de él, abandonando a Calisto, y se situó al lado de su hermana.

—Huye —dijo.

—¿Adónde? —preguntó Melita. Su sector de columnata conducía a una pared ciega de un rincón de la propiedad. Con luz, había un mural pintado con más columnas para dar sensación de amplitud.

—Ares —maldijo Sático—. ¡Ayúdanos, Atenea!

Los hombres de las antorchas acudieron junto a su camarada.

—¡Le han cortado el ligamento de la corva! —dijo una voz—. ¡Mataré al cabrón que lo haya hecho! ¡Kleón nunca volverá a caminar!

—Mata a todos lo que *encuentdes* —ordenó otra voz. Abrió la cortina de la habitación donde había dormido Sático.

La indecisión paralizó al muchacho; lo correcto era atacarlos, hacer un vano intento por salvar a Calisto. Sin duda moriría en la empresa, pero era lo más virtuoso.

No quería morir. Era un animal descortés.

Se oyó un estrépito en la oscuridad y la luz se redujo a la mitad. Sático se puso en cuclillas y empujó a su hermana para que se escondiera detrás de él.

A la luz intermitente de la antorcha, Sático divisó a Terón y a Filocles, codo con codo, con sendos escudos al hombro, abalanzándose sobre los hombres del umbral. Los hombres se volvieron enseguida; demasiado tarde para el portador de la antorcha, que se desmoronó como un animal sacrificado sin siquiera un gemido. La tea iluminaba la escena desde el suelo, chisporroteando y ardiendo de manera irregular.

Los atacantes se defendieron en silencio. Tenían espadas y sabían utilizarlas. Filocles soltó un grito y retrocedió, y uno de los adversarios bramó, dio un paso al

frente y murió ensartado en la espada de Filocles, que, al amparo de la oscuridad, le había hecho creer que estaba herido.

Sátiro reaccionó, recobrando el control de sus miembros, y se acercó a ellos por detrás. Una vez más dio un mandoble bajo, cortando los tendones del oponente de Terón. El hombre chilló como un caballo y retrocedió, derecho contra el chico, y el tajo que le asestó Terón con su *kopis* rebanó la parte alta de la cabeza del atacante, que se desmoronó encima de Sátiro, manando sangre y otros fluidos, de modo que Sátiro quedó atrapado contra la pared.

—Mierda —dijo el último asaltante antes de morir.

—Tienen que ser más —jadeó Filocles—. ¡Chico! ¿Estás bien?

Filocles le buscaba en el dormitorio. Sátiro intentaba no vomitar a causa de la cálida masa esponjosa que le cubría la cara.

—Estoy aquí —consiguió chillar.

Terón recogió la antorcha y la acercó a su rostro.

—Ya decía yo que ese hombre había caído demasiado deprisa —dijo—. Buen mandoble, pequeño hoplita. ¿Dónde está tu hermana?

—Os estoy cubriendo la espalda —dijo Melita—. Hay más en la otra ala, y otros en las dependencias de los esclavos. Los he oído.

Los gritos que llegaban desde allí eran desgarradores; varias personas, chillidos de pesadilla. En la otra ala se oían pasos presurosos.

Terón y Filocles tuvieron tiempo de dar media vuelta antes de que los alcanzara la carga.

—¡Van armados! —gritó alguien, y Terón levantó la antorcha, la arrojó por encima de los atacantes y quedó medio apagada, dejándolos casi a oscuras; sólo restó el parpadeo de la llama en el suelo, pero los atacantes estaban iluminados por detrás y Terón y Filocles luchaban desde la penumbra, prácticamente invisibles.

Sátiro estaba en el suelo. Veía sus pies a la luz de la parpadeante antorcha. Extendió el brazo, giró la muñeca y dio un golpe flojo, pero el peso de la hoja bastó para cortar la sandalia y el pie del hombre, que soltó un aullido y se desplomó. Acto seguido otro ocupó su lugar.

—¡Matadlos! —ordenó una voz que se mantenía al margen de la lucha—. ¡Dioses! ¿Acaso *tendd*é que *hacedlo* yo mismo?

—¡Pues entonces ayúdanos, Estratocles! —dijo una voz más grave—. ¡No te veo en primera línea!

Terón dio un traspié y cayó sobre una rodilla. Gruñó, con las piernas a horcajadas encima de Sátiro. El muchacho blandió su espada con tanta fuerza como pudo contra el oponente de Terón, que encajó un golpe justo en el empeine. Dio un grito, maldijo y el borde de su escudo bajó contra el rostro de Sátiro, rompiéndole la nariz y haciéndole retroceder un palmo en medio de su propia sangre y del dolor metálico de

una herida en el rostro.

«Contraataca, contraataca.» Sátiro sabía por la lucha libre y el pancracio que los momentos posteriores a una herida eran los más peligrosos, y su espada cortaba el aire delante de él mientras se retorció de dolor en el suelo y la sangre le manaba a chorros sobre el pecho. De pronto dio contra algo —un escudo—, el brazo le tembló y se le despellejaron los nudillos, aunque apenas notó el dolor, superado con creces por el de la nariz.

Terón se dio impulso para ponerse de pie, empujando con el escudo, y el oponente de Sátiro salió volando hacia atrás. Acto seguido el corintio gruñó y cayó cuando una lanza le alcanzó en la cabeza, de modo que Filocles era el único que resistía a los atacantes en el corredor.

Sátiro se limpió la cara e intentó levantarse, usando la pared de apoyo, pero la nariz le dolía mucho y las piernas no le respondían.

De todos modos, se puso de pie.

Filocles estaba en todas partes a la vez, realizando una proeza enviada por los dioses, y su espada acertaba en las gargantas y las rodillas, obligando a los atacantes a retroceder de los cuerpos.

—¡Traed a ese arquero de inmediato! —gritó la voz que daba casi todas las órdenes, una voz que sonaba como si tuviera el peor resfriado de todos los tiempos.

—¡Es como luchar con el puto Ares! —dijo una voz bronca.

—¡Cargad contra él! ¡Liquidadlo!

—¡Atácalo tú, ateniense mariconazo! —replicó la voz bronca—. Escucha, guerrero. Te ofrecemos la vida. Tómala y márchate libre.

—Ven y muere —respondió Filocles—. Estoy matando a vuestros heridos. —A juzgar por lo que se oía, estaba haciendo precisamente eso—. ¿Quién es el cabroncete del casco elegante? ¿Alguien a quien apreciabas?

—¡Que te jodan! Déjalo...

—Demasiado tarde. Ha muerto. Este pedazo de mula...

—¡Que te jodan! —gritó la voz del ateniense.

Se oyeron pasos presurosos y acto seguido un impacto como de piedra contra piedra. Había dos hombres encima de Filocles.

Aquél fue el intercambio más largo hasta entonces. Filocles y los dos enemigos se daban golpes mutuamente, cinco golpes, diez golpes, y Sátiro acuchillaba sin tregua los pies de los atacantes, pero éstos eran rápidos y llevaban protectores en las sandalias. Finalmente, la voz bronca maldijo y se escabulló, pero el otro hombre, más menudo, obligó a Filocles a retroceder con un aluvión de mandobles. El espartano se estaba cansando.

Entonces el hombre menudo cubrió uno de los cuerpos con su escudo, cargó con su compañero, paró un golpe de Filocles con la espada y retrocedió un paso. Filocles

aporreaba su escudo. Sátiro se abalanzó sobre su pierna, pero su golpe fue rechazado por una gruesa greba de bronce. El hombre retrocedió un poco más.

—¡Arquero! —rugió.

—¿Alguien más? —dijo Filocles—. Pues entonces iré a por vosotros.

—¡Arquero! —gritó el ateniense otra vez.

—¡Hay que joderse! —dijo la voz bronca, y se oyeron pasos que se alejaban.

—¡Manteneos firmes! —ordenó el comandante—. ¡Tú, dispárale!

—Al suelo —dijo la voz de Melita.

A Sátiro le faltaba poco para caer, de modo que obedeció en el acto.

Oyó el zumbido de una flecha como si un insecto pasara volando a toda prisa, y la punta chocó contra un escudo como un martillo contra una calabaza.

Se oyó un grito agudo, y desde su posición ventajosa en el suelo, Sátiro vio un par de pies calzados con sandalias caras, dando traspiés. Entonces, a la luz de las antorchas del patio, entrevió al hombre con la herida amoratada en el rostro, que se echó a otro hombre corpulento al hombro, se tambaleó y salió al jardín.

—Buen disparo, Melita —dijo Filocles. Sus palabras sonaron bastante sensatas, aunque la voz tenía el timbre de un loco, aunque un loco sobrio. La lucha había disipado la embriaguez de Filocles—. Y a oscuras, además.

Sátiro tocó a Terón.

—El instructor está vivo —dijo—. Ése era el mismo hombre que vimos en las llanuras al sur de Tanais. El de la cara cortada.

—No bajéis la guardia —dijo Filocles—. Esto aún no ha terminado. —Se arrodilló—. El de la cara cortada me ha marcado la mejilla. Es bueno con la espada.

Tosió y volvió a ponerse de pie.

Melita agarró la mano de su hermano y le ayudó a levantarse al tiempo que sujetaba el arco con la otra mano.

—Hay pelea en la puerta de la calle —anunció Filocles—. Más lucha.

Alcanzaban a oírla, así como los gritos de los heridos. Sátiro respiró hondo y se obligó a envolverse el brazo otra vez con el manto tracio. Luego avanzó hasta quedar a la altura de Filocles.

—Aquí estoy —dijo, aunque con la voz tomada como la del atacante de la herida en la cara.

—Buen chico —dijo Filocles—. Si regresan, encárgate de impedir que envuelvan mi escudo mientras puedas.

Sátiro resistió la tentación de limpiarse la nariz. La sangre le seguía chorreando sobre el pecho.

Melita se acercó a ellos por detrás.

—Tengo ocho flechas —explicó—. Es lo que tenía en mi habitación.

—Lamento haberos traído aquí —dijo Filocles. La refriega en la puerta de la calle

estaba decayendo—. ¿Debo... debo mataros?

Sátiro notó que las rodillas le temblaban de nuevo y se maldijo.

—¡No! —contestó—. ¡Moriré luchando!

«Ajá. Por una vez ha dicho lo que quería decir.»

Melita respiró profundamente.

—Me parece...

—¡Alto! ¡Soltad las armas! —ordenó una voz grave.

Sátiro empuñó su pequeña espada con más fuerza.

—Tengo cuarenta espadas y otros tantos arqueros —prosiguió la voz—. Quienesquiera que seáis, os ordeno deponer las armas.

—Zeus Sóter, mi señor, los muy cabrones han matado a todos los de la casa —dijo una voz débil y áspera, y de pronto hubo hileras de antorchas entrando en el peristilo.

A unos seis metros, un hombre negro tan corpulento como Filocles, con armadura de la cabeza a los pies, llenaba el corredor. Era como un hombre de bronce. Echó un rápido vistazo en derredor y localizó a las tres personas armadas arrinconadas en un callejón sin salida.

—¡Vosotros! —gritó. Una fila de hombres armados llenó el peristilo delante de él con la rapidez fruto del entrenamiento.

—¿Quién eres? —atronó la voz de Filocles.

—Soy Néstor de Heráclea, el comandante de la guardia. Deponed las armas o moriréis.

—Soy Filocles de Esparta, y éstos son los hijos de Kineas y Srayanka de Tanais —dijo.

—¡Dejadme verlo! Dejadme pasar hasta allí —exigió el capitán. Salió de la formación y los miró detenidamente—. ¡Ares, espartano! Sin duda eres el lancero. De modo que no han conseguido vencerte, ¿eh? —Dio un paso al frente—. Dejad las armas en el suelo. Mis órdenes son llevaros ante el tirano si sobrevivíais.

Filocles empujó a los gemelos detrás de sí con un solo brazo.

Melita sollozó.

—Mátame —dijo—. Tengo demasiado miedo para hacerlo yo misma. ¡No quiero ser esclava!

Néstor la oyó.

—¡No, señora! ¡Detente! —Levantó la mano y la fila de soldados se detuvo—. Nosotros no hemos hecho esto. Nos ha llegado el rumor de que iban a atacaros esta noche. Hemos llegado a tiempo. Dos de mis hombres yacen muertos en el patio. Vivirás, señora; te doy mi palabra. No he venido para haceros daño, sino para cumplir las órdenes de mi amo.

Sátiro se levantó, desnudo, cubierto de sangre y muerto de miedo. Miró a

Filocles, y éste negó con la cabeza.

—No puedo tomar esta decisión —dijo—. Puedo matar hombres y discutir sobre filosofía, pero me veo incapaz de decidir. Tal vez sea como dice. O tal vez debas abandonar este lugar para ser un esclavo.

Sátiro se volvió y agarró el hombro pegajoso de sangre de su hermana.

—Esto no tiene ninguna lógica, Lita. El tirano no nos necesita muertos.

—¿Te juegas mi vida en un burdel? —preguntó Melita—. ¿Y la tuya?

Un hombre agonizante gimió.

—Conservaremos nuestras armas —dijo Sátiro, en voz alta pero quebrada—. Os mantendréis a una espada de distancia.

Néstor se encogió de hombros.

—Si así es como lo queréis, señor...

Sátiro miró a Melita a los ojos. Los del chico decían «quiero vivir». Los de su hermana también.

—Salvo si el precio es demasiado alto —puntualizó Melita en voz alta.

—Creo que podemos ir con ellos —susurró Sátiro—. Si no, intentaré acabar con nuestras vidas.

Sátiro se adelantó a Filocles, saliendo de la penumbra a la claridad de las antorchas. Había cuerpos por doquier, y la luz de las teas era implacable. Aquello era peor que el final de *Orestes*.

—Soy Sátiro de Tanais —dijo. Se agachó y limpió su espada en la ropa de un hombre muerto.

Néstor hizo una reverencia.

—Mi señor. Ten la... ¡Ares, si eres un niño! ¡Que alguien le traiga ropa!

Lo peor fue que todos los demás habían muerto. Zósimo yacía junto a la puerta de la calle, con la cabeza en una postura imposible sobre el tronco. Kinón había muerto en su cama, pero antes lo habían atado al armazón para ensañarse a machetazos con él. Sátiro no vio el cuerpo del mayordomo, pero sí la sangre que se escurría por la escalera de las dependencias de los esclavos como agua en un manantial, y finalmente perdió el control y vomitó atún y pan de cebada encima de la sangre mientras un soldado desconocido le sujetaba la cabeza.

Si la guardia del tirano quería esclavizarlo, no estaba haciendo gran cosa por evitarlo.

—Eso es, chaval —dijo el soldado—. Me pone los pelos de punta, joder. Pobre chico.

Le dieron unas palmaditas en la cabeza.

—Suelta a mi hermano o te corto la mano —exigió Melita. Estaba sola, rodeada de soldados, desnuda y cubierta de sangre, empuñando su *akinakes*. Filocles estaba

sentado en un escalón, bebiendo vino de un odre.

—¡Por Hermes, niña! —El soldado retrocedió—. Maldita Medea rediviva.

—Dadle un vestido —ordenó Néstor.

—He encontrado a otro vivo —dijo un tercer soldado, que llevaba a Calisto. La esclava chillaba entre sollozos descontrolados, aporreando con los puños al hombre que la sujetaba. No estaba guapa; parecía la encarnación de la ira.

Néstor se dirigió a Sático.

—Puedo traerte... Da igual. Escucha, chico. Vamos a irnos de aquí. Te llevo a la ciudadela. ¿Me oyes?

Sático enderezó la espalda.

—Antes he de hacer una cosa —dijo. Se abrió paso entre los cadáveres apilados donde la guardia del tirano había irrumpido en la casa—. Una antorcha, por favor.

Un guardia le pasó una. Sático la sostuvo en alto, buscando a un hombre con una cicatriz en la cara. No encontró ninguno.

—Algunos han escapado —concluyó Sático.

Néstor se encogió de hombros.

—Imposible, a no ser que vuelen —respondió.

—¿Habéis registrado toda la casa? —preguntó el muchacho.

Néstor volvió a encoger los hombros.

—Mis órdenes son llevaros conmigo. Haremos el registro mañana.

Sático estaba demasiado cansado para discutir.

—Te seguimos —accedió. Le tendió la mano a Filocles, que se puso de pie de modo vacilante.

Cruzaron el atrio plagado de cadáveres y salieron a la calle, donde un hilo de sangre corría hasta la alcantarilla y brillaba a la luz de las antorchas.

—¿Necesitas que te lleven? —preguntó Néstor a Sático.

—No, puedo caminar —se oyó decir, como de lejos—. Tened cuidado con mi hermana.

—Ninguno de mis hombres la tocará —aseguró el capitán de la guardia.

Se las arreglaron para recorrer un estadio a pie por las enrevesadas calles de la ciudad, cruzando dos veces las murallas, hasta llegar a la puerta de la ciudadela. Néstor dio la contraseña y los centinelas hincaron las lanzas en el suelo, las conteras chocaron contra los adoquines, y acto seguido estuvieron dentro. Había frescos en los muros, los suelos irradiaban calor y, como surgidos de la nada, aparecieron esclavos con cuencos de agua.

Acto seguido se encontraron en una cámara tan grande como la casa de un hombre rico. En el estrado estaba sentado el hombre más gordo que hubiesen visto jamás, un hombre tan ancho como alto. Tenía una mata de pelo rubio que se le mantenía de punta y sus ojos brillaban con inteligencia bajo unas cejas muy pobladas.

—Bienvenidos —dijo.

Acompañaron a los gemelos hasta situarlos delante de él, y llevaron a Calisto para que se uniera a ellos. La esclava guardaba un silencio absoluto, y el pesar la había despojado de toda belleza. Melita iba desnuda salvo por la clámide de un soldado, y sus pies relucían de sangre. Sátiro era consciente de su propia desnudez. El manto tracio aún le envolvía los hombros y el brazo izquierdo. En algún momento había envainado la espada, pero seguía apoyando la mano en la empuñadura. El tobillo derecho le dolía. De hecho le hacía un daño atroz. El rostro le palpitaba, y la nariz dirigía el coro de dolores.

Filocles se alzaba imponente detrás de él, portando todavía un *aspis* y una espada. El tirano hizo una seña a un esclavo.

—Traed a mi médico —ordenó. Y dirigiéndose a Filocles dijo—: Sois los primeros hombres armados que se presentan ante mí en una generación.

El preceptor dio la impresión de hablar desde un lugar muy lejano.

—Creo que podemos aceptar las buenas intenciones del tirano. ¿Sátiro?

El muchacho tenía la mirada puesta en una niña, o quizás una jovencita, cuya cabeza asomaba por detrás de la cortina del fondo de la estancia. Su rostro era como el de una nereida, con la nariz respingona, pecas y una nube de rizos morenos. Sus ojos se encontraron. Habiéndose enfrentado a la muerte y habiendo sobrevivido, Sátiro tuvo el valor de sonreír a la nereida. Ella sonrió a su vez.

—¿Sátiro? —Filocles parecía sumamente preocupado.

—¡Traed a mi médico! —ordenó de nuevo el tirano.

Plantado allí con el semblante sonriente, Sátiro cobró consciencia de que estaba herido. El tobillo le dolía, le sangraba la espinilla y un sudor húmedo supuraba en el puente del pie. Cuando bajó la vista, la sangre salía en pequeños chorros que centelleaban a la luz de las lámparas. La observó un momento y acto seguido se desvaneció.

Melita pensaba que lo peor de toda esa noche era aguardar a ver si su hermano moriría. Las atenciones de los guardias y los esclavos dejaban claro que el tirano no abrigaba malas intenciones, de modo que la herida de su hermano captó toda su atención. Se negó a dormir, bebió un poco de vino aguado y observó a Sófocles, el médico ateniense, mientras le vendaba el pie a su hermano después de haberle administrado algo que ralentizó la hemorragia, aunque sin detenerla.

A Melita no le caía bien aquel médico. Y, tras haber oído lo que había oído durante la refriega, desconfiaba de todos los atenienses.

Cuando hubo terminado de envolver el vendaje, el físico se puso de pie.

—¿Se va a...? —preguntó Melita.

—Eso está en manos de los hados y los dioses —contestó el médico. Se volvió

hacia un esclavo; había cuatro en las celdillas de la otra punta de la habitación. Según parecía, el tirano tenía muchos—. Traedme vino y jugo de adormidera —ordenó. Y dirigiéndose a Melita dijo—: Deberías dormir. Te daré adormidera y tendrás dulces sueños.

Melita se apartó del médico.

—No voy a tomarla —replicó—. Me quedaré aquí hasta que se despierte.

—Ha perdido mucha sangre, niña. No se despertará hasta dentro de un buen rato; en realidad, dormirá durante horas. O... morirá.

El médico ateniense meneó la cabeza.

—Puedo esperar —insistió ella.

El médico adoptó un tono de voz que seguramente reservaba para las mujeres y los idiotas.

—Escucha, cariño —dijo, rodeándole los hombros con un brazo—. Nada de lo que hagas va a influir en el resultado. Necesitas dormir. Una niña de tu edad...

Melita se zafó de su abrazo y se apoyó contra el diván donde reposaba su hermano.

—He perdido a mi madre y mi reino, y hay personas que quieren matarnos a mí y a mi hermano, o sea que pienso quedarme despierta a su lado —dijo.

—No me obligues a... —comenzó el médico.

Melita desenfundó el puñal que llevaba bajo el brazo. Adoptó la postura que Terón y Filocles le habían enseñado: el brazo izquierdo al frente, el puño del arma cerca del cuerpo y bajo.

—Estás desquiciada —dijo el médico.

—Tal vez —asintió Melita.

El ateniense afectó paciencia.

—No me obligues a despertar a tu tutor, niña. Se enfadará mucho.

Melita le sostuvo la mirada con firmeza.

—¿A Terón? Llámalo. —Estaba demasiado cansada para tener miedo—. Aún mejor, ¿por qué no vas a ver a Filocles?

—¿Terón? ¿El hombre con un golpe en la cabeza? Se pondrá bien. —El médico se estaba impacientando—. Niña, estás interfiriendo en mi trabajo.

Melita se hizo a un lado, sin dejar de empuñar el arma.

—¡No es mi intención! —aseguró—. Sólo miraré.

Se oyó una risa ahogada en la puerta y entró Néstor, el capitán de la guardia. Se había quitado la armadura y sólo era otro hombre corpulento. Ahora llevaba un bonito quitón de lana púrpura tibia.

—Déjala en paz, ateniense —dijo—. La chica es un titán.

El médico suspiró.

—Debería estar en cama.

Néstor se rio otra vez.

—Por poco destripa a uno de mis hombres. Niña, encontrarás marido antes si no blandes eso tanto.

—No estoy blandiendo nada. ¡Esta es la defensa baja, y mis manos son firmes!

Deseó no haber parecido tan alterada. Néstor acabó de entrar en la habitación y su sonrisa destelló a la luz de la lámpara.

—Enfunda el arma, mi señora. Por favor. El doctor no quiere hacerle daño a nadie, y yo tampoco.

Melita hizo una reverencia.

—Mis disculpas —dijo. Estaba verdaderamente cansada.

—Una silla —pidió Néstor a un esclavo.

—¿Dónde está Calisto? —preguntó la muchacha.

—¿La otra chica? En las dependencias de los esclavos. ¿Es tuya? Lo siento... di por sentado que era de Kinón. ¿Debo pedirle que te atienda?

A una seña de Néstor, otro criado salió corriendo de la habitación.

—¿Dónde está Filocles? —preguntó Melita.

—En la habitación contigua, con el otro hombre —respondió el capitán.

Melita asintió.

—Me acostaré cuando venga Calisto —acabó cediendo.

Su hermano yacía inmóvil, tan pálido como el lino egipcio sobre el que estaba acostado. Tenía la pierna izquierda envuelta en vendas que poco a poco se volvían del color del quitón de Néstor.

—No se va a morir —dijo Melita.

—Me alegro. Su valentía le honra —aseguró Néstor muy serio, mirándola a los ojos.

—Él piensa que carece de coraje —dijo Melita.

—Muchos hombres valientes presentan el mismo defecto —comentó Néstor con una sonrisa—. A veces mueren intentando demostrar que son valerosos cuando nadie ha puesto en duda su coraje —agregó.

—Ése es mi hermano —asintió Melita, orgullosa.

Néstor meneó la cabeza.

—Asegúrate de salvarlo —le dijo al médico, como si tal cosa se pudiera ordenar.

Cuando Calisto llegó, se parecía más a Medusa que a Elena de Troya, con el maquillaje corrido, los ojos desorbitados y el pelo enmarañado. Fue derecha a los brazos de Melita.

—¡Han matado a todo el mundo! —exclamó la esclava, y rompió a llorar.

Melita la sostuvo mientras sollozaba y luego comenzó a llevarla hacia la puerta.

—Condúceme a mi habitación —dijo.

—Te acompañaré al ala de las mujeres —asintió Néstor.

—Quiero estar cerca de aquí —repuso la niña.

Néstor asintió.

—Muy bien —dijo, bostezando.

Junto con dos esclavos, la condujo más allá de la habitación donde Filocles yacía sin dormir por los ronquidos de Terón, y entraron en una estancia a oscuras. Los esclavos iban de aquí para allá, llenando las jarras de vino y agua, encendiendo lámparas y poniendo sábanas al diván de dormir.

—¿Debo preparar un camastro en el suelo? —preguntó uno de los esclavos de palacio.

—Si tienes la bondad... —contestó Melita. Calisto seguía llorando. Néstor hizo una reverencia.

—Si mi señora lo permite, yo, por mi parte, tengo intención de hilvanar unos cuantos sueños a través de la puerta de asta antes de que salga el sol.

Melita correspondió a su reverencia.

—Gracias por tu cortesía, señor. —Hizo una pausa—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí como galeno el ateniense?

Néstor lo pensó unos instantes.

—No demasiado —contestó—. ¿Por qué?

Melita reprimió su respuesta, convencida de que era fruto de la fatiga y la sinrazón.

—No importa —dijo—. Gracias por tu ayuda, Néstor. Que los dioses te acompañen.

El capitán sonrió y le dio unas palmaditas en la cabeza, cosa que ella normalmente detestaba. Esta vez, sin embargo, le resultó reconfortante.

Cuando Néstor se hubo ido, Melita despidió a los esclavos agitando las manos.

—¡Marchaos! —les dijo. Ambos la miraron. Calisto seguía sollozando—. Venga —insistió—. ¡Id a atender al físico!

Los dos esclavos se marcharon en silencio. Melita condujo a la otra chica hasta la cama.

—¡Es culpa mía! —dijo Calisto entre sollozos.

Melita ya se esperaba algo así.

—¿Por qué estabas en la habitación de mi hermano? —preguntó, y su voz sonó más severa de lo que pretendía.

—Tenedos me ordenó que lo sedujera —sollozó la bella esclava—. ¡Se suponía que tenía que dejar una lámpara encendida delante de su habitación! —gimió—. ¡Todos seríamos libres! ¡Eso fue lo que dijo! —Miró en derredor como loca—. Y ahora todos están muertos.

Melita se levantó del diván y fue hasta la mesa, donde, tal como esperaba, estaba el jugo de adormidera recién preparado por el galeno, al lado de la jarra de vino. Los

mezcló, llenó un vaso y se lo dio a Calisto.

—Escucha, chica —dijo Melita—. ¿Quieres vivir?

Calisto asintió. Volvió a sollozar y a atragantarse.

—Eres mi esclava. ¡Escúchame! Has venido aquí conmigo. Nadie puede decir lo contrario. ¿De acuerdo? —Melita apeló a sus últimas reservas de energía—. Mañana hablaremos. Ahora bébete esto.

Obedientemente, la chica de más edad cogió el vaso y bebió.

—Bien —asintió Melita—. Puedes comenzar por probar mi comida y mi vino.

La esclava se durmió enseguida.

Melita se quedó observando la oscuridad y la sangre de detrás de sus ojos hasta que salió el sol.

En algún momento tuvo que quedarse dormida, porque la despertó la brillante luz del mediodía, que inundaba el peristilo adyacente y entraba a raudales por la ventana. Al principio no supo dónde se encontraba. La espalda le dolía una barbaridad y estaba en un asiento.

Calisto roncaba en la cama, con un seno desnudo bajo la luz reflejada y su acostumbrada belleza restaurada por el sueño. Melita se levantó y descubrió que le dolían todos los músculos del cuerpo. Fue renqueando hasta la cama y tapó a la esclava con un manto. Luego se quedó plantada en medio de la habitación, frotándose las caderas y las nalgas.

Se desperezó, y recordó que su hermano estaba agonizando; tal vez ya había muerto. Salió de la habitación y echó a correr por el pórtico. La puerta de la habitación de Filocles estaba cubierta por una cortina de cuentas que resplandecía con el sol, mientras que la de su hermano estaba abierta. Había un esclavo dormido en una silla con un manto tracio sobre las rodillas.

Sátiro estaba tan pálido como la arcilla figulina antes de cocerse. Melita se llevó la mano a la boca y se le escapó un sollozo. Se acercó a él, alargó la mano y vaciló.

Mientras ella no supiera que estaba muerto, el mundo no dejaría de existir.

Le puso una mano en la frente.

La tenía fría como el hielo.

La retiró como si se hubiese quemado y se le escapó otro sollozo. «Debería matarme —pensó—. No creo que sea capaz de enfrentarme a esto.» El problema residía, tal como comprendió enseguida, en que no quería suicidarse, igual que no había querido hacerlo al terminar la refriega en casa de Kinón.

Aunque con su madre y su hermano fallecidos...

El pecho de Sátiro se movió.

El sonido de su exhalación pareció resonar en los oídos de su hermana durante un rato, como el viento de poniente en los salones del Olimpo.

—¡Filocles! —gritó la muchacha, rebosante de alegría.

Volvió a dormirse y se despertó al atardecer. Calisto estaba sentada junto a su cama, abanicándola.

—¿Ama? —dijo en cuanto Melita abrió los ojos.

—Me fuiste regalada por Kinón —dijo la niña. El cerebro le discurría a toda velocidad, como una cuadriga deslizándose sin esfuerzo por un camino liso. Ataba cabos, comprendía un montón de cosas, y una de ellas era que Calisto corría tanto peligro como ella misma y su hermano—. Por eso eres mía. Fuiste su regalo en la cena de despedida. ¿Lo entiendes? Y estabas en mi habitación cuando comenzó el asalto.

—Sí, ama —respondió la esclava. Tenía unas manchas negras debajo de los ojos, como si le hubiesen dado de puñetazos, y el blanco de sus ojos carecía de su claridad habitual, pero por lo demás estaba intacta.

—¿Tenedos te dijo que fueras a la habitación de mi hermano y que dejaras una lámpara fuera?

—Sí —contestó Calisto.

—Para que sus asesinos supieran qué habitación ocupaba —dedujo Melita.

—Tienes que creerme, ama. Yo no sabía qué intenciones tenía —suplicó la bella esclava, estremeciéndose.

—Es posible que Tenedos siga vivo, ¿entiendes? Y él te necesita muerta. ¿Qué sabes sobre ese tal Estratocles? —preguntó Melita.

La chica de más edad negó con la cabeza.

—Es ateniense. Kinón hablaba de él con desdén. —Se encogió de hombros—. No era amigo nuestro.

Melita asintió.

—Trae más esclavos —ordenó—. Arreglad la habitación, tráeme algo que ponerme y ve en busca de Néstor. —Cogió una de las manos de la otra chica—. No me abandones, y me encargaré de que seas libre antes de que termine el año. Pero si me la juegas, date por muerta.

—Juro... —comenzó Calisto.

—Harías cualquier cosa con tal de sobrevivir —la interrumpió Melita. Asintió, mayormente para sí misma—. No debo tenértelo en cuenta. No obstante, sigo pensando que sabes más de lo que me cuentas. ¡Y ahora vete! —agregó, echando a la esclava de la habitación.

La niña se puso un quitón, maldiciendo la estupidez de la vestimenta griega femenina. Recorrió el pórtico a paso ligero y entró a ver a su hermano, que tenía algo más de color en el rostro y todavía dormía. Se quedó un rato observando cómo le subía y le bajaba el pecho.

—¿Cuándo podré gritarte por alguna tontería que hayas dicho o porque hayas

herido mis sentimientos? —dijo en voz alta—. ¿Cuánto tardaré en darte un bofetón?

—Seguro que antes de lo que supones —respondió Filocles. Se hallaba sentado donde antes lo había estado el esclavo, y la muchacha no había reparado en él. Ahora corrió a abrazarlo.

—Tuvimos suerte —dijo el espartano.

—No tanta —respondió Melita, todavía abrazada a él.

—Es verdad. Kinón está muerto —admitió—. Y Zósimo, que me caía tan bien. Y muchos otros hombres y mujeres. Y todos los infantes del reino del Bósforo.

—¿Infantes? —preguntó Melita.

—Los hombres armados que nos atacaron anoche eran en su mayoría infantes de marina del trirreme. —Filocles suspiró—. Fuera cual fuese el dios que me ordenó matar a sus heridos, hoy me siento como un asesino. No sobrevivió ninguno. Y ahora no sabremos quién ordenó el ataque. Tiene que haber sido Herón.

—Fue Estratocles, el ateniense. Le oí. —Melita se apartó de su preceptor—. Y a Calisto le ordenaron que dejara una lámpara encendida delante de la habitación de mi hermano cuando fuera a... a acostarse con él.

Filocles se sobresaltó.

—¿Se lo ordenaron? ¿Quién?

—Tenedos, el mayordomo.

Melita volvió junto al lecho para mirar a su hermano. El espartano guardó silencio unos instantes.

—¿Cómo sabes que Estratocles estaba implicado? ¿Si era el hombre a quien Kinón había pedido que nos llevara a Atenas!

—Le oí. Habla como si estuviera resfriado por culpa de la cicatriz que le parte la nariz. Oí a otros hombres llamarle por su nombre. Y lleva clavada una flecha mía —agregó con orgullo.

—Tal vez esté muerto en la casa —aventuró Filocles—. La guardia del tirano no se anduvo con chiquitas. —Se puso en pie, y Melita se dio cuenta de que estaba tan entumecido como ella, o más—. Dioses, qué viejo soy —rezongó.

—Eres un héroe —aseguró Melita.

—Sólo un asesino —replicó él—. Tú sí que eres una heroína. La digna hija de tu padre.

La niña le cogió la mano.

—¿Por qué nunca elogias a mi hermano de esta manera? —preguntó.

—Los hombres no necesitan elogios —contestó Filocles—. Es el hijo de Kineas. Por supuesto que es valiente.

Melita meneó la cabeza.

—Él piensa... No sé. Sólo lo deduzco de sus silencios. Creo que piensa que es un cobarde y que tú consideras lo mismo.

—Me crié en un cuartel —dijo Filocles con un gruñido—. Nadie me prodigó elogios. Y sobreviví.

Su pupila volvió a menear la cabeza.

—Y mira qué poco te ha afectado —comentó.

El preceptor se detuvo un momento junto a la cortina, como para replicar, pero lo pensó mejor y salió.

Calisto llegó con un tropel de sirvientes de palacio que limpiaron su habitación y le hicieron la cama. La esclava seguía adulándola para ganarse su favor, pero Melita no se fiaba de la chica.

Los esclavos llevaron comida y Calisto probó todos los platos. Luego prepararon la cama y la esclava se ofreció a compartirla con ella.

—Me gusta dormir acompañada, ama —dijo—. Estaría encantada de calentarte el lecho... o algo más.

Sonrió, pero su taimado encanto acusaba fatiga y desesperación.

El ofrecimiento no interesó a Melita.

—En el suelo, por favor —dijo.

Permaneció despierta hasta que Calisto comenzó a roncar suavemente. Entonces, con la mano derecha empuñando su espada corta debajo de la manta, se durmió.

Por la mañana su hermano estaba despierto. Tenía la pierna infectada, pero el médico no parecía preocupado y le permitió renquear a su antojo. Demostró que estaba en forma cojeando hasta la habitación de Melita al amanecer. Todavía tenía la nariz roja.

—¡Estamos vivos! —exclamó Sátiro. La abrazó, estrechándola entre sus brazos encima de la cama mientras ella se despertaba lentamente, feliz de oír su voz.

—Ni siquiera sabía que estaba herido, Lita. Oh, me siento tan... ¡vivo!

—A mí aún me duelen los músculos —dijo ella—. Por Artemisa, diosa de todas las doncellas, nunca había estado tan entumecida. ¡Te ha vuelto el color!

—¡Casi todo concentrado en la nariz! —Sátiro se rio—. El médico dice que estaré pálido durante unos cuantos días —agregó—. Voy a comerme toda la carne que encuentre. El tirano nos invita a una cena pública esta noche. Filocles dice que Estratocles ha huido de la ciudad. Lo vi, cabrón sin nariz, ¡parecía un leproso!

—Me parece que tendrías que calmarte, hermano. ¿Cómo se encuentra Terón? —preguntó Melita, poniendo los pies en el suelo para escabullirse de su hermano, que dirigió la vista hacia el cuerpo de Calisto—. ¿Te acostaste con ella? —preguntó Melita.

Su hermano se encogió de hombros.

—Comenzamos. Y entonces nos atacaron.

Se estremeció.

—Le ordenaron que te sedujera, hermano. Para mostrar a los asaltantes dónde dormías. —Melita le acarició la mejilla—. Recuerda lo que nuestra madre dice a propósito de los esclavos. Calisto haría cualquier cosa con tal de sobrevivir. Cualquier cosa.

Sátiro observó a la joven que dormía. Luego miró a su hermana y le dedicó aquella sonrisa tan propia de él que decía «vamos a liarla gorda».

—Escucho todo lo que me dices —admitió—. Y luego veo esos pies... esa pierna. —Sonrió—. La deseo.

Calisto alargó un brazo, dio un bufido y se volvió.

Melita dio una bofetada a Sátiro en broma.

—Ahora es mía. Ni tocarla.

—¿Tuya?

Melita se inclinó hacia él.

—Le estoy diciendo a todo el mundo que Kinón me la regaló durante la cena —susurró—. Así conservará la vida.

—Lo había olvidado —dijo Sátiro, irguiéndose—. De acuerdo, es tuya. ¿Puedo disponer de ella cuando no la necesites?

Sonrió como un sátiro, y esta vez el bofetón de Melita no careció de cierta malevolencia. Había olvidado que tenía la nariz rota, y su hermano se dejó caer en la cama.

—¡Au! —exclamó.

Mientras lo mimaba, Melita pensó: «Pues no he tardado tanto.»

Sátiro también estaba entumecido, el tobillo le dolía mucho y la nariz duplicaba su tamaño normal, pero se convirtió al instante en el favorito de la guardia y era lo bastante joven para regodearse con la admiración de los soldados, de modo que deambuló por la ciudadela todo el día, inspeccionando la armería, comiendo en el cuartel donde el tirano alojaba a sus guardias más leales. Todos ellos eran mercenarios, y algunos habían sido soldados de élite de Alejandro: hipaspistas o argiráspidas con el rey de Macedonia. Daba la impresión de que todos se llamaban Felipe o Amintas y de que a todos les gustaran los chicos. Le besaron un poco más de la cuenta, pero también decían cosas graciosas y contaban chistes groseros. Revivió su parte en la acción, tumbado en el suelo limpio del cuartel y demostrando cómo se había ensañado con los pies de sus oponentes, y los soldados rugieron en reconocimiento de su valor.

—Muy buena idea, para ser un chico —dijo un viejo veterano.

—¡Que no te enteras de nada, Felipe! —intervino otro con la barba cana—. Su padre nos dio una paliza en el Jaxartes. ¿Te acuerdas? ¡Kineas *el Ateniense*! Conocí a tu padre, chico. Llevas su misma cabeza encima de los hombros. Era todo un

stratego.

—¿Era valiente? —preguntó Sátiro, y se arrepintió en el acto.

Felipe se rascó la barba.

—No tanto como Alejandro —respondió—. ¡No te pongas tonto conmigo, Amintas! Nadie era tan valiente como el rey. Nada le daba miedo.

—Era más terco que una mula —farfulló Amintas—. Eso no es coraje. Eso es propio de tontos.

Los dos veteranos se fulminaron con la mirada. A Sátiro le pareció que se trataba de una vieja disputa.

—¿Te acuerdas de Cleito? No Cleito *el Negro*, al que mató el rey. ¿Te acuerdas de Cleito *el Rojo*? ¿En la falange? —dijo otro soldado con acento macedonio, que acababa de entrar y estaba quitándose la clámide—. Él sí que era valiente.

—¡Estaba loco de atar! —protestó Felipe—. ¡Yo estaba allí cuando saltó la muralla de Tiro!

—¿Y te acuerdas de lo flaco que estaba? ¿Y de que, comiera lo que comiese, siempre tenía ardores?

—Claro —dijo Amintas—. ¡Decía que prefería morir que comer!

—¿Y recuerdas lo que pasó cuando Antígono lo curó? Dejó de combatir como si estuviera loco. Se cubría como todos los demás. ¿Verdad? Porque entonces tenía una razón para vivir.

—¿Qué intentas decir, cabroncete norteño? —preguntó Felipe.

—¡Bah! A lo mejor no intento decir nada. A lo mejor es que me gusta oír mi puñetera voz, ¿eh? ¿De quién es este culito? Está un poco entrado en años, pero estaré encantado de quedármelo hasta que le crezca el pelo.

El recién llegado pellizcó la mejilla de Sátiro.

—Es el hijo de Kineas de Atenas, el que salvamos la otra noche en casa de Kinón —explicó Amintas, aproximándose—. Y ese culito no es de nadie.

—Hay que joderse —dijo el recién llegado. Hizo el saludo militar—. Perdóname, chico. No pretendía ofender.

—Descuida —dijo Sátiro fríamente. El cuartel era otro mundo; espeluznante y divertido, oscuro y luminoso al mismo tiempo.

—Draco —se presentó el recién llegado, tendiendo la mano.

—Sátiro —correspondió el chico.

—¡Acabas de tocar la mano que salvó a Alejandro en la muralla! —dijo Felipe—. ¡Ah! Llegarás lejos, chico. Una vez Draco salvó al rey, en la India. ¿No es cierto, querido?

—Sólo fui el pobre tipo que tenía al lado en la escalera de mano. Estuvo tirándose pedos delante de mi cara hasta que llegamos arriba —corroboró Draco.

Todos se echaron a reír.

Avanzado el día, Draco acompañó a Sátiro y Filocles cuando éstos fueron a la casa de Kinón. Los cadáveres seguían allí, dispuestos en ordenadas hileras en medio del patio donde habían cenado, y el muchacho hizo lo posible por contener las náuseas. Inspeccionó las hileras y regresó donde aguardaban Draco y Néstor.

—¿Están todos aquí? —preguntó Sátiro.

El capitán asintió.

—Con este calor, si hubiésemos olvidado alguno lo sabríamos.

Sátiro negó con la cabeza.

—Tenedos, el mayordomo, no está aquí. Como tampoco Estratocles, el ateniense, ni el primer hombre al que alcancé; vi a Estratocles arrastrando a un herido cuando vosotros irrumpisteis en la casa.

Hablar le tranquilizó. Respiró profundamente, volvió a acometerlo el hedor y, pese a todos sus esfuerzos por contenerse, le vino una arcada y vomitó.

—Pobre chaval. Con el tiempo, lo superarás —dijo Draco, apartándose a tiempo ágilmente.

Le dio agua de su cantimplora y Sátiro se limpió la boca en la calle. Luego se obligó a enfrentarse de nuevo al macabro espectáculo del patio. El olor seguía siendo muy fuerte y había infinidad de moscas. Se veía sangre coagulada por doquier, como si estuviera en un matadero o en un altar de sacrificios.

Sátiro había ido para ver los cadáveres, pero también para reclamar sus pertenencias antes de que el tirano se adueñara de lo que quedara de la propiedad. Kinón no había dejado herederos ni testamento.

—Coge lo que quieras —dijo Néstor. Se volvió hacia Draco—. Cuando el joven Sátiro haya recogido los bienes de su grupo, quiero ver todos estos cuerpos en el carro que aguarda en la calle. Hacedlo vosotros mismos. Después, los hombres que estuvieron presentes cuando irrumpimos aquí podrán llevarse lo que elijan entre los bienes de la casa. El resto es para el jefe. ¿Está claro?

Draco asintió y le guiñó un ojo a Sátiro.

—A mí me parece muy bien, capitán.

Las sandalias del muchacho se pegaban al suelo a cada paso que daba mientras se aproximaba a sus aposentos, y las moscas lo invadían todo. Respiró con cuidado al doblar la esquina. La sangre medio seca era como una alfombra marrón rojiza bajo el sol, y se extendía hasta la puerta de su habitación. Cerró los ojos y respiró hondo, y en la garganta notó el picor del cobre de la sangre.

Como era de esperar, había una lámpara fuera. Pero cuando se agachó para inspeccionarla, vio que el pabito estaba recién cortado. No se había encendido nunca. ¿Acaso Calisto se había olvidado de encenderla?

Había tantas piezas en el rompecabezas que se sintió aturdido.

Oía a Draco reír con otro hombre a la vuelta de la esquina. «¿Cómo es posible

que se acostumbren a esto?»», pensó.

Su habitación estaba en mejor estado. Las clámides estaban en el suelo, allí donde las había tirado. Las enrolló, recogió sus bolsas y se las arregló para empacar su equipo y el de su hermana, así como la ropa nueva y las joyas, y llevarlo todo a los caballos sin volver a vomitar. El tobillo y la espinilla derechos le dolían a cada paso, y no paraba de rascarse la nariz como un loco, pero se obligó a caminar hasta el salón del otro extremo del patio, donde no había estado nunca, pasando bajo unos frescos de hombres que tenían trato carnal con otros hombres, hasta llegar al salón de recepciones. Buscaba algo que llevarse, algo que le recordara a Kinón.

Draco estaba contemplando un tapiz persa.

—¿Qué vas a llevarte, chico? —preguntó.

—De momento, nada —dijo Sátiro, con timidez.

—Nunca te convertirás en soldado si eres incapaz de saquear una casa. ¿Qué andas buscando? —preguntó el militar.

—Tenía un juego de copas de oro —contestó Sátiro—. Estaba muy orgulloso de ellas. Pensaba llevarme una para cada uno de nosotros.

—Reconozco mi error. Eres un saqueador nato. ¿Copas de oro? ¿Cuántas? —Draco le guiñó el ojo.

—Tendría que haber seis —respondió Sátiro—. Me llevaré cinco.

El guardia volvió a guiñarle el ojo.

—Encantado de conocerte —dijo—. Echemos un vistazo.

Hallaron las copas de oro en un pesado arcón de la antecocina, que estaba precintado. Draco se encogió de hombros y rompió el precinto. Dentro había un tesoro en vasos, copas y jarras de plata maciza bellamente trabajada. Draco contó cinco copas de oro.

—¿Seguro que no las quieres todas? —preguntó.

Sátiro negó con la cabeza.

—Para ti —dijo.

Draco hizo una seña a otro soldado.

—Gracias, mi señor.

En cuestión de instantes, los guardias estuvieron envolviendo el oro y la plata con sus clámides.

Sátiro miró el montón de copas que llevaba en la pechera de su quitón, apiladas una dentro de la otra. Encontró a Filocles cargando los caballos en la cuadra y se las mostró.

—Una es para ti —dijo Sátiro—. Y también les daré una a Lita, Terón y Calisto.

—Bien pensado, jovencito —asintió Filocles.

Sátiro le puso una mano en el brazo.

—Tenedos no está en la casa —dijo.

El espartano asintió.

—Ya lo he visto. Y tampoco están los hombres a los que yo eliminé. Sólo los infantes, me parece. Es un misterio.

—O ese tal Estratocles tiene aliados. —Sátiro se sintió mejor al decirlo—. Tenemos que largarnos de este sitio.

El preceptor se encogió de hombros.

—¿Con la caravana de armamento? Pasarán días antes de que salga. Estos muertos han dejado demasiados cabos sueltos. —Se volvió para cargar otro paquete—. Aunque estoy de acuerdo en que debemos encontrar una salida —agregó.

Cuando estuvo solo en la cuadra, el muchacho envolvió las copas con una toalla empapada en sangre y las metió en su macuto.

Cabalgaron de regreso a la ciudadela, enfilando por el camino militar que únicamente utilizaban la guardia y los sirvientes de palacio, porque sólo ellos tenían caballos. Había una aglomeración en la puerta de abajo, por culpa de una reata de asnos cargada de caza, ciervo, principalmente, para el banquete de esa noche.

El tobillo le palpitaba, y una extraña tristeza se adueñó de él. Había un hombre junto a la puerta. Daba la espalda a Sátiro, pero había algo en él que resultaba familiar.

—Mañana deberíamos retomar las lecciones —dijo Filocles, inopinadamente.

—De acuerdo —respondió el niño. Una nube oscura de infinitas dimensiones había remplazado la alegría de estar vivo. Coger las copas de oro le hacía sentirse como un ladrón.

Néstor estaba enfurecido por la demora.

—¿Qué está ocurriendo en la puerta? Voy a azotar a esos idiotas. —Se volvió hacia ellos, mostrándose menos airado—. Eres el preceptor más militar que he conocido. ¿Qué enseñas? ¿El arte de la guerra?

El espartano escupió.

—No soy *hoplomachos* —dijo con sorna—. Enseño filosofía y política.

—Y manejo de la espada —terció Sátiro.

—Ya, pues a mí me pareces un buen maestro —dijo Néstor—. Tu alumno aguantó el tipo en una lucha contra hombres con armadura.

Filocles dedicó a Sátiro aquella mirada que el chico asociaba con el amable desdén de su preceptor.

—Lo único que hice fue tenderme en el suelo —dijo el muchacho.

Néstor se rio.

—Tu hermana te tiene bien calado —señaló.

Sátiro aguardó, con el tobillo palpitando, el tiempo necesario para correr un estadio con armadura y regresar. Durante la espera tuvo la insidiosa sensación de haber olvidado algo. Cuando por fin la columna se puso en marcha otra vez, ya se le

había ido de la mente, pero, entonces, justo al cruzar la puerta, cayó en la cuenta.

—¡Filocles! —exclamó—. ¡He visto a Tenedos! ¡Con el personal de la cocina que estaba en la puerta!

—¿Estás seguro? —preguntó el espartano.

Sátiro deseó que el tobillo no le doliera tanto.

—Bastante —dijo.

—¿Quién es Tenedos? —preguntó Néstor.

—El mayordomo de Kinón. Los gemelos piensan que estaba involucrado en el ataque —explicó Filocles, mirando apreciativamente a su pupilo.

—Descríbelo —exigió el capitán.

El niño lo hizo tan bien como pudo:

—Se está quedando calvo. Es tracio. Incluso diría que es getón; tiene la cabeza redonda propia de ese pueblo. Va un poco encorvado.

«¿Cómo no me he fijado antes?», se preguntó.

—En este edificio hay suficientes tracios calvos para saturar el mercado —dijo Néstor—. Daré a conocer su descripción.

—Dudo que esté actuando solo —intervino Filocles—. Ningún esclavo hace nada que ponga en peligro su pellejo.

Cruzaron un arco de mármol y giraron a la derecha para ir derechos a las cuerdas. Sátiro entró a caballo, pero Filocles tuvo que desmontar para no golpearse la cabeza. Una vez dentro, Sátiro se quedó contemplando la reata de animales.

—¿Dónde metemos todo esto? ¿Nos iremos con la caravana?

—No lo sé, chico. Ya no sé nada.

El jovencito dio un abrazo a su preceptor. Filocles se puso tenso un momento y luego se escabulló.

—Lo siento, chico. Las cosas están... Necesito una copa. No, no necesito una copa. Lo que necesito es coger las riendas de este asunto, y no lo estoy haciendo.

—Lo que tenemos que hacer es largarnos —opinó Sátiro.

—Estoy de acuerdo —asintió el espartano.

—¿Y si hay alguien dentro? ¿Trabajando para Estratocles?

—En ese caso, ya deberíamos estar muertos —dijo Filocles. Meneó la cabeza—. Creía que había dejado todo esto atrás. En otro tiempo se me daban bien estas cosas.

El pupilo titubeó.

—¿Y si hay alguien dentro que está esperando recibir órdenes?

El preceptor dejó de moverse y se volvió hacia Sátiro tan bruscamente que el chico temió que fuera a pegarle. Había sucedido alguna vez, siendo él muy niño. En cambio, lo que hizo Filocles fue chascar la lengua.

—Muy bien pensado, chaval. Y ahora que has visto a Tenedos, debemos ser muy precavidos. Montar guardia en todo momento.

Filocles llamó a un soldado que llevó unos cuantos esclavos para acarrear su equipo. Era inusual entrar en palacio con sacos de armamento, y a los esclavos les fastidiaba el peso de la carga.

Sátiro pasó delante, llevando su fardo y el macuto con la toalla ensangrentada alrededor de las copas de oro. Estaba ansioso por entregarle una a Melita, y todavía más por darle la suya a Calisto. Subió la escalinata que conducía desde el patio de armas hasta el piso principal y torció a la izquierda, dejando atrás los recintos oficiales para dirigirse al ala de invitados, próxima a las dependencias de la familia del tirano. Condujo su caravana de esclavos hasta la puerta principal del palacio y se cruzó con dos centinelas, uno de los cuales le guiñó el ojo. Sátiro sonrió. Luego pasaron bajo el busto de Heracles y enfilaron el pórtico hasta su habitación. La escala del palacio y la ciudadela hacía que cualquier edificio de Olbia o Panticapea pareciera pequeño, y desde luego era mucho mayor que cualquiera de la reducida Tanais. Se preguntó cómo sería vivir entre semejante opulencia. A modo de ejemplo, en Tanais la única cuadra era la del hipódromo público. En cambio, el tirano de Heráclea tenía sus propias cuadras para uso personal, y éstas tenían cabida para más animales que la cuadra pública de Tanais.

Sátiro trató de calibrar qué significaba aquello en términos de poder político. Era el tipo de elucubración que habría complacido a Filocles, y comenzó a formular una pregunta inteligente.

En ese momento oyó chillar a su hermana.

Sátiro soltó su fardo y corrió, pese a lo mucho que le dolían el tobillo y la nariz, con el corazón en un puño. Melita volvió a gritar.

Sátiro vio que el médico ateniense salía precipitadamente de detrás de una cortina en el otro lado del peristilo y corría hacia la habitación de su hermana. Desenvainó la espada, gesto al que ya se estaba acostumbrando.

—¡Socorro! —gritó Melita.

Sátiro irrumpió en la habitación. Su hermana estaba tendida en el suelo de mármol, tratando de sujetar a Calisto, que se agitaba como un pez dando coletazos, con el rostro amoratado. Sátiro apoyó la espalda contra la pared e intentó cubrir todos los lados de la habitación con su espada.

—¡Veneno! —exclamó la niña.

Calisto se retorció como si estuviera librando un combate de pancracio contra un oponente invisible. El físico ateniense entró, seguido de Filocles.

—¡Ahhhggg! —bramaba Calisto, que se agarraba el cuello con ambas manos y tenía los ojos desorbitados.

El médico echó un vistazo a la habitación.

—¿Qué ha bebido? —preguntó bruscamente.

Melita señaló la jarra de vino.

—Lo ha probado por mí. Oh, Hera, lo ha probado por mí.

El médico lo olió. Luego metió un dedo dentro de la jarra, vaciló un instante y lo probó. Arrugó los labios como un caballo y escupió.

—Mierda. Dadla por muerta —dijo categóricamente—. Envenenada. Poco puedo hacer.

Filocles no titubeó. Se abalanzó sobre la chica. Pese a los violentos forcejeos de la esclava, consiguió inmovilizarla en un abrir y cerrar de ojos. Melita se apartó. Terón apareció en el umbral con la cabeza vendada.

—¡Ayúdame! —masculló Filocles—. ¡Cógele las piernas!

—¿Qué demonios...? —preguntó el médico.

Terón pasó el brazo izquierdo por debajo de las rodillas de Calisto, le juntó los tobillos, los sujetó con su manaza y levantó las piernas.

—¿Tiene cáñamo, galeno? —inquirió Filocles. En cuanto la cabeza de la esclava se separó del suelo, Filocles dijo a Terón a voz en cuello—: ¡Manténla así! ¿Cáñamo? —repitió.

El médico se encogió de hombros.

—Creo que tengo un poco —dijo, y se dirigió a la puerta—. Mantenedla así —

agregó desde el umbral.

En cuanto el médico hubo salido, Filocles dio un puñetazo a la esclava en el estómago; un golpe muy fuerte, al que imprimió todo su peso, haciendo trastabillar a Terón.

La chica reaccionó vomitando explosivamente sobre Filocles. Parte del vómito salpicó a Terón, y otro poco alcanzó el rostro de Sátiro.

—¡Mira lo que has hecho! —gritó Melita—. ¡Espera a que el doctor traiga el cáñamo!

Sátiro agarró una toalla, la empapó de agua y se limpió la cara. Luego se puso a limpiar a Filocles.

El espartano dio otro puñetazo a la chica, que se encogió con una convulsión del vientre y volvió a vomitar, esta vez un hilillo de un líquido entre negro y púrpura, que manchó a Sátiro.

El muchacho arrojó la toalla a un rincón y cogió otra, dando gracias a Zeus por que las chicas se hubiesen bañado poco antes. Se volvió hacia Terón, que hacía un gran esfuerzo para sostener en alto a la esclava.

Oyeron pasos y entró Néstor con gran estrépito de bronce.

—Veneno —dijo Filocles. Metió la mano en la boca de Calisto y le provocó una arcada.

—Hermes, dios de los viajeros —exclamó el capitán de la guardia, haciendo un signo con las manos—. ¡Sellad este corredor! —gritó asomándose afuera.

—¡Dejad pasar al médico! —gritó Filocles, y momentos después Sófocles regresó. Detrás de él llegó un esclavo con un brasero, un cuenco de bronce y un trípode.

—¿Cómo le has inducido el vómito? —preguntó el médico. Se encogió de hombros—. Sea como fuere, hecho está. Apolo, dios de la salud, y todos los dioses estén conmigo. —Sonrió al esclavo—. Justo ahí. Pon el trípode ahí. Muy bien. ¿Has traído un fuelle?

El esclavo lo sacó.

—¡Calienta el brasero! —ordenó el médico.

Calisto abrió los ojos y chilló.

Sófocles echó cáñamo al brasero, produciendo un humo acre. Para Sátiro era el aroma del mar de hierba. Los sakje levantaban pequeñas tiendas de cuero y se sentaban dentro para disfrutar del humo.

El médico usó el fuelle hasta que el humo fue muy denso y entonces le dio la vuelta, de modo que el instrumento lo absorbiera. Lo metió en la boca flácida de Calisto y le llenó los pulmones de humo. La chica tosió, se atragantó y volvió a vomitar.

—¡Aún no ha muerto! —proclamó Sófocles con gravedad—. ¡Apolo, no me

abandones y sálvala!

Generó más humo y hundió bien el fuelle en la garganta de Calisto antes de insuflarlo.

La chica tuvo arcadas y tosió, pero no salió más bilis.

—Ya podéis tenderla. La próxima vez que tenga que inmovilizar a un paciente, seréis mis elegidos. Tumbadla en el diván. Eso es.

Sátiro estaba mareado por el humo. Veía a Calisto, en la plenitud de su belleza, vestida para una fiesta, flotando justo encima de la maltrecha víctima del veneno, como una alegoría. Parecía que le sonriera.

Una corriente de aire dispersó el humo y la visión de Calisto saludable se desvaneció como un arco iris.

La esclava respiró profundamente, estremeciéndose. Todo el cuerpo le tembló.

—Que beba agua —dijo Sófocles.

Melita dio una jarra a su hermano.

—Ve al pozo, sácala tú mismo y tráela —ordenó imperiosamente.

Sátiro se pasó la mano por el pelo y descubrió que tenía vómito ácido en la cabeza. Se limpió la mano en el quitón —«maldita sea, es el mejor que tengo, regalo de Kinón»— y salió corriendo al patio.

Uno de los guardias lo acompañó. Sátiro miró al hombre que había debajo del yelmo. Era uno de los macedonios del cuartel.

—Voy por agua —dijo, haciéndose a un lado.

El guardia, cargado con una pesada lanza y un escudo, iba despacio. Sátiro aguardó a que comenzara a caminar y entonces echó a correr por la *stoa* hacia la escalera.

—¡Eh! —gritó el soldado—. ¡Espérame, chaval!

El joven no le hizo caso: atajó por la escalera de los esclavos hacia el patio principal y hundió la jarra en el agua.

En torno a la fuente había grupos de esclavos, en su mayoría mujeres, charlando despreocupadamente. Casi todos le miraron. Él los observó a su vez. Cuando tuvo llena la jarra, se puso de pie y la sacó de la fuente. Todos los esclavos se apartaron de su camino, abriéndole paso.

Tenedos, el mayordomo de Kinón, estaba intentando esconderse detrás de otro hombre.

Sátiro se quedó helado. El guardia le había seguido escaleras abajo, pero la muchedumbre de esclavos lo separaba de Tenedos. Pensó que podía enfrentarse al mayordomo hombre a hombre; su enemigo era más corpulento y mayor, pero lo más probable era que nunca se hubiese entrenado para luchar. Le pareció oír a Terón diciendo: «Cada vez que te enfrentes a un hombre en una prueba de fuerza, te vencerá.» Pero Tenedos no era más que un esclavo, y Sátiro tenía una espada.

Para colmo, Calisto necesitaba el agua.

«Mierda, ¿por qué es tan complicada la vida?», pensó. Dio la espalda a los esclavos y dejó la jarra en el suelo. Respiró profundamente, giró sobre sí mismo y salió disparado en pos del mayordomo.

Tenedos se movió de prisa, derribando a una muchacha y empujando a un hombre más corpulento que él contra el borde de la fuente en su huida. Sátiro saltó por encima de una banqueta volcada y vio que el guardia macedonio avanzaba de prisa a pesar de la armadura, cruzando la parte trasera del patio de la fuente.

Tenedos se coló por una puerta y desapareció. Sátiro dobló la esquina a toda velocidad y corrió bajo los aleros de las casas de los esclavos, donde las dependencias de las mujeres sobresalían como asomándose al patio de trabajo, pero allí no había nadie más que dos esclavas viejas tejiendo quitones de lino, que se arrimaron a la pared para dejarle pasar. El mayordomo sin duda se había escondido en una de las habitaciones de los esclavos o en las cocinas.

El guardia llegó jadeando.

—¿Y bien?

—¡Es el mayordomo de la casa de Kinón! —dijo Sátiro. Al ver que sus palabras no significaban nada para el guardia, agregó—: ¡El asesino!

El soldado asintió con severidad, se llevó un silbato de hueso a los labios y sopló con fuerza una y otra vez. Todos los esclavos se tendieron de inmediato en el suelo, y en los pórticos que rodeaban el patio resonaron pasos presurosos.

—Lo cogeremos —aseguró el guardia—. En cuanto tenga aquí al pelotón, mi señor, te irás derecho de vuelta a tus cámaras.

Sátiro negó con la cabeza.

—Yo puedo identificarlo. Está en uno de esos cuartos. Vayamos a...

—Escucha, chaval. Te estamos protegiendo. Deja que te protejamos, caray.

El guardia sonrió. Aparecieron media docena de arqueros, hombres negros corpulentos con plumas de avestruz en el pelo.

—Un asesino. En los cuartos de los esclavos —indicó el soldado, señalando con la lanza.

—¡Cogedlo vivo! —gritó Sátiro.

El jefe de los arqueros se volvió.

—Tal vez —dijo, con una sonrisa malvada.

—Vuelve a tu habitación, mi señor —dijo el macedonio. Detrás de él, tres arqueros aprestaron sus flechas mientras los otros tres desenfundaban unos puñales de hierro de aspecto muy peligroso.

—Son medje —dijo el macedonio—. Tu mayordomo está sentenciado. Ya verás cuando traigan a sus puñeteros monos. Huelen a un hombre a un estadio de distancia.

Sátiro no quería abandonar la persecución, y deseaba aprender más cosas acerca

de los medje, pues rara vez había visto a un grupo de hombres que dieran tanta impresión de competencia.

—¿Cómo lo reconocerán? —preguntó.

—Será el que no esté tumbado en el suelo en posición de sumisión... —El macedonio negó con la cabeza—. Y si lo está, no llevará el disco de esclavo. Y ahora, vete.

Sátiro volvió a envainar la espada, recogió la jarra al pasar junto a la fuente, enojado consigo mismo, y fue corriendo hacia la escalera de los esclavos.

—He visto a Tenedos —anunció mientras le daba la jarra a Melita. Daba la impresión de que en la habitación nadie se había movido—. Estaba en el patio de trabajo. Creo que él también me ha visto a mí.

—¿Ha escapado? —preguntó Filocles—. ¿Por qué no lo has perseguido?

Sátiro pensó que aquello era injusto.

—La guardia del palacio va tras él. Uno de los soldados me ha obligado a regresar.

Néstor asintió.

—Bien hecho —dijo—. Ese hombre conoce bien sus obligaciones.

—¿En qué demonios andabas pensando, chico? —preguntó Filocles—. Néstor, ¿registraréis el palacio?

El capitán de la guardia gruñó.

—Estoy convencido de que ya se está haciendo. Y el chico ha hecho lo correcto; igual que mi hombre. Él es el objetivo.

Se asomó al pórtico y comenzó a gritar órdenes. Luego se volvió de nuevo hacia la habitación.

—¿Vosotros dos le reconoceréis? —preguntó a Filocles—. Tú y Terón, venid conmigo. Formaré dos grupos. Yo debo atender al tirano; cerrará el palacio a cal y canto.

—No necesitamos que cierre el palacio —replicó el espartano.

Néstor meneó la cabeza.

—Te equivocas. Es posible que todo esto tenga como objetivo al tirano.

Frustrado, Sátiro fulminó con la mirada a su preceptor. Melita le pasó la jarra.

—No estés tan abatido —le dijo Melita—. Envía a un esclavo a buscar más agua.

Poco después, todo el complejo estuvo plagado de soldados. Había guardias en cada puerta y en la mayoría de las ventanas, y cuando un esclavo iba a algún lugar, los guardias se avisaban para vigilar sus movimientos y anotarlos en un registro. Cada vez que sonaba un silbato, todos los esclavos se echaban cuerpo a tierra, con los brazos a los costados. Era un método eficaz y amedrentador.

Draco apareció al lado de Sátiro.

—No puedes ni echar un polvo sin que tus enemigos vengan a incordiar —

rezongó. Pero sonrió al muchacho—. Vayamos a tus habitaciones, mi señor. Me han ordenado que las registre contigo.

Draco asintió indicándole que lo acompañara, salieron juntos a la *stoa* y otro guardia dio aviso de que se movían. Cuando llegaron al ala donde se alojaba Sátiro, registraron a fondo las habitaciones, abriendo todos los arcones y mirando debajo de todas las camas y divanes, así como detrás de todas las cortinas. La meticulosidad de Draco resultaba inquietante. El joven nunca se había figurado que hubiera hombres adiestrados para efectuar registros.

Los esclavos seguían llevando jarras de agua. Sátiro se volvió para regresar a las habitaciones de su hermana.

—No te vayas —dijo Draco—. Puedes aguardar aquí, mi señor.

—Ya me conoces —replicó Sátiro.

—Ve a tu habitación. Lee la *Ilíada*. Lo que sea. Tan sólo obedece, ¿de acuerdo?

El mercenario macedonio estaba muy serio.

El jovencito se encogió de hombros con un ademán de fastidio propio de adolescentes y entró en su habitación. Estaba solo. Fue hasta la hornacina y encontró la bolsa de rollos que había visto allí el día anterior.

Cómo no, la *Ilíada*.

Sátiro se sentó en el suelo e intentó leer sobre la ira de Aquiles, procurando no pensar en la constante amenaza de ser asesinado.

Aquiles no le ayudó a esclarecer su problema. En la *Ilíada* nadie se enfrentaba a enemigos que acechaban en la noche y usaban veneno; bueno, a excepción de Ulises. Pero las palabras aladas surtieron su efecto benéfico: no tardó en quedar absorto, leyendo con avidez.

Se oyeron gritos en el pórtico y un sonido distante que pareció un chillido, y el chico levantó la cabeza del rollo que estaba leyendo. Tuvo miedo. Se preguntó si lo próximo que vería sería un asesino irrumpiendo en la habitación.

—Mierda —masculló. Sin proponérselo, se encontró recordando a su madre y la calidez de sus infrecuentes abrazos. Y acto seguido pensó en la chica sármata llamando a su madre mientras agonizaba. Le temblaron las manos.

Se retiró a un rincón, mientras la mente le corría desbocada como una cuadriga tirada por caballos enloquecidos. Pensó en la ciudad y en las cuadras y en su madre. Pensó en su padre, el semidiós. Pensó en su hermana. En Calisto. ¿Qué clase de vida llevaba aquella chica? ¿Moriría? ¿Era culpa de él?

Poco a poco, su respiración recobró un ritmo normal. Las manos dejaron de temblarle, se dio cuenta de que empuñaba la espada y de que estaba acurrucado en un rincón de su habitación.

—Estoy perdiendo el juicio —dijo en voz alta. Envainó la espada, se lavó la cara y se mojó la cabeza—. ¿Draco? —llamó, con voz bastante firme.

Naturalmente, el guardia le oyó. No había intimidad en ninguna parte.

—¿Mi señor? —respondió el soldado.

—Me gustaría ir a la habitación de mi hermana.

—¡El príncipe Sático se mueve! —gritó el capitán—. Adelante, mi señor.

Sático salió al aire vespertino y caminó por el pórtico hasta la habitación de Melita. Cuando adelantó al soldado, el macedonio se volvió para mirarle.

—Pronto habrá terminado todo —le informó en un susurro.

—Gracias —respondió el muchacho—. ¿Lita? —llamó.

—¡Pasa! —dijo su hermana, y Sático apartó la cortina.

Melita estaba sentada en una silla junto a Calisto, que seguía tendida en la cama, inconsciente. Su gemela lo recibió con una sonrisa tan radiante como forzada.

—Hola, hermano —lo saludó.

—¿Estás bien?

—No —contestó Melita con una sonrisa, pese a que las comisuras de los labios le temblaban un poco—. Hay personas que intentan matarme. Matarnos. Esto no es como una lucha. ¡Es horrible, Sático! ¡A mí me gusta la gente!

Sático la estrechó entre sus brazos, contento de poder consolar a alguien. Sobre todo a su hermana, dado que normalmente era ella quien le consolaba a él.

—No es todo el mundo, hermana. Sólo un par de imbéciles. Si hubiese corrido más, ya estaríamos a salvo.

—¿Quién crees que eres, Aquiles? ¿Todo depende de ti? ¿Eres el centro del mundo? ¡Ya basta de esta mierda de asumir la responsabilidad! ¡Eso es fruto de leer demasiado a Platón!

Le apoyó una mejilla en el hombro y lo abrazó. El peso de la cabeza le clavaba una de sus mejores fíbulas en el hombro, pero aquello era un gaje del oficio de ejercer de hermano.

—No lo he atrapado, y ese macedonio me ha hecho regresar aquí. ¡Tendría que haberme quedado! Me siento como un mierda.

Sático se sintió mejor por el mero hecho de decirlo en voz alta.

Melita levantó la vista, con los ojos enrojecidos, y negó con la cabeza.

—La esclavitud no los vuelve débiles, bobo. La esclavitud los vuelve desesperados. Prométeme que cuando seamos reyes no tendremos esclavos.

—¡Trato hecho! Lo juro por Zeus y por todos los dioses.

Permanecieron un rato abrazados en silencio. Las sombras se alargaron. Calisto seguía respirando.

—Estoy mejor —dijo Melita—. Gracias.

Se apartó y comenzó a arreglarse el pelo.

—¡Eh! —protestó él—. ¿Y si yo no estoy mejor?

—¿Puedo decirte una cosa? —preguntó su hermana, dándole la espalda.

—Claro —contestó Sático. Contemplaba a Calisto. Comparaba su rostro sucio, los labios hinchados, las marcas de las quemaduras y la piel tirante con la imagen de la belleza que había presentado la primera noche en la rosaeda. La comparación encerraba muchas lecciones.

—Cuando pensaba que te morías, estaba dispuesta a suicidarme —dijo sin alterarse—. Me parece que no querría vivir sin ti, hermano.

Se hincó una horquilla en el pelo. Sático se rascó la cabeza con aire avergonzado.

—Sí —se limitó a decir. Otra de sus excelentes respuestas.

—¿Mi señor? —preguntó el capitán de la guardia desde el otro lado de la cortina.

—Es Draco, nuestro centinela. ¡Adelante! —dijo Sático.

El macedonio asomó la cabeza.

—Nos vamos de aquí, mi señor. Los medje tienen a tu hombre y la cena sigue en pie. Nuestro tirano nunca se dejaría intimidar por un esclavo. De modo que tenéis que vestiros. —Desvió los ojos hacia donde estaba sentada Melita—. Mis disculpas, mi señora.

—Un momento —dijo el chico, saliendo tras el mercenario—. Gracias.

Draco sonrió debajo de su yelmo tracio.

—No hay de qué, mi señor.

—¿Por qué ya no me llamas «Sático» o «chico»?

—Órdenes. Hay que trataros a los dos como a miembros de la realeza. —El capitán sonrió—. Aunque los visitantes de la realeza no suelen ayudarnos a saquear una casa, por supuesto.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Claro. Pide lo que quieras. Mi turno termina en cuanto me quite este *thorax*.

Se puso el escudo en bandolera.

—¿Puedes conseguirme un quitón? ¿Un buen quitón? Señaló la mancha alargada de vómito negro de su prenda decorada con llamas. Draco sonrió de oreja a oreja.

—Eso está hecho. ¡Eh! —gritó, volviéndose—. ¡Eh, Filotas! ¿Dónde tienes a tu querida?

Otro hombre con armadura apareció entre las columnas del otro lado del peristilo de los huéspedes.

—Aquí mismo, hijoputa.

—Mándala para acá. El príncipe necesita algo de ropa —dijo Draco, y soltó una carcajada de satisfacción.

—¡Ella también! —Filotas se rio—. Tendrás que esperar un momento.

Draco se encogió de hombros.

—Es un juguista, nuestro Filotas. Las mujeres lo adoran. Tiene la verga más larga que el pie de una doncella. —Puso los ojos en blanco—. Su amante es una de las esclavas del guardarropa. Su amante actual, se entiende.

Sátiro intentó parecer un hombre de mundo.

—Mi madre dice que «nada de esclavas».

—¡Afrodita! ¿Y eso por qué? —preguntó Draco, perplejo.

—Porque no pueden decidir por sí mismas. No son dueñas de su cuerpo.

Sátiro se las arregló para pronunciar bien el discurso, como si realmente supiera de qué estaba hablando. El guardia se rio.

—¡Ares! ¿Y a quién le importa eso? ¿Bien dispuesta? ¿Mal dispuesta? —Miró a Sátiro—. Me cago en diez. Lo siento, chico. No te lo tomes así, no soy un monstruo. Sólo que tu madre es un poco estricta para mi gusto.

La chica acudió, evitando mirarlos, vestida con un quitón jónico pulcro y elegante.

—¿Amo? —preguntó.

—Al príncipe le gustaría saber si podría conseguir un quitón del guardarropa —pidió Draco muy formal—. Su favorito se ha manchado de vómito.

La esclava levantó la vista y miró el quitón de Sátiro. Acarició el raso.

—No quedará limpia del todo —dijo. Se animó—. Pero conozco a una arpía a quien no le vendrá mal intentarlo. ¿Podemos movernos, Draco?

—Libres como los putos pájaros, encanto —contestó el guardia—. Mi señor, te dejo en buenas manos.

—Dame la prenda, mi señor —dijo la chica, chasqueando los dedos, y Sátiro se la quitó por la cabeza.

—Quédate los broches si quieres volver a verlos —le aconsejó el capitán.

—¿No tendrías que estar en otra parte, guardia? —dijo la esclava. Sus hábiles dedos quitaron las fíbulas de los hombros—. En esta ala no hay nadie que robe, mi señor. Pero, claro, Draco es macedonio; sus paisanos son un atajo de ladrones.

Draco la miró dándole a entender que no iba a cambiar de parecer, y Sátiro se encontró desnudo con un par de broches de oro en la mano y el cinto de una espada en bandolera.

La vida con esclavos y guardias le resultaba tan ajena que estuvo a punto de romper a reír.

Filocles se aproximó por detrás.

—¿Tienes intención de ir a cenar desnudo, chico? —preguntó—. La espada te da un toque estupendo. Podrías ser el joven Heracles.

Sátiro se sonrojó y regresó apresuradamente a su habitación para ponerse un quitón tan deprisa como pudo.

—Mejor que vayas a darte un baño. Hueles a vómito —le gritó Filocles, apartando la cortina de su puerta.

—¿Tú también vas? —preguntó Sátiro.

—Por supuesto. Aún tenemos un poco de tiempo.

El preceptor apoyó una mano en el hombro de Sático y echaron a caminar por el pórtico hacia la escalera. Filocles no conocía el palacio tan bien como Sático.

—Por aquí —dijo el muchacho, dirigiéndose hacia la escalera de los esclavos—. ¡Es más rápido!

—No, chico —replicó el espartano. Empujó a Sático, dejando atrás la escalera de los esclavos—. No es justo para con ellos. Tú no te criaste con esclavos, pero yo sí. Necesitan disponer de lugares donde nosotros no interfiramos. Igual que los soldados. Los oficiales no van a las zonas donde acampa la soldadesca. Es una cuestión de modales.

Bajaron juntos por la escalera pública. Los baños estaban atestados, porque todo el mundo había estado de servicio o encerrado durante la tarde. Los hombres presentes en la sala de vapor se callaron cuando Sático entró.

—Bienvenido, príncipe —saludó Néstor.

Sático se sonrojó. Aún se puso más colorado cuando se fijó en los frescos de las paredes. Se dejó envolver por el vapor y se zambulló en una piscina fría tan profunda que permitía bucear y nadar. En el fondo había una hermosa mujer con cola de pez que parecía que nadara hacia la superficie. Luego se dio un baño más caliente y finalmente se dirigió a la sala de relajación.

—¿Masaje? —preguntó un esclavo aburrido—. Eres el príncipe extranjero, ¿verdad? Aquí —indicó.

Sático se encontró tendido sobre una losa entre Néstor y Filocles. Reclinados a la espera de sendos masajes, eran como dos esculturas yacentes a juego; Néstor en negro y Filocles en blanco. El espartano no estaba en su mejor momento, tantos años ejerciendo de preceptor en una ciudad remota no le habían obligado a mantenerse en forma, aunque tampoco estaba gordo. La musculatura de Néstor era perfecta, digna de adornar cualquier gimnasio de Grecia.

—¿Chico o chica? —preguntó el mozo de toallas.

—Sorpréndeme —dijo Néstor.

Llegó un hombre rechoncho que comenzó a masajear a Filocles.

—¿Soldado, señor? —preguntó—. Viendo las espaldas, siempre lo adivino.

—¡Es espartano! —exclamó Néstor, riéndose.

—Aquí tienes una contractura, señor —señaló el masajista con un gruñido—. Te convendría hacer un poco de ejercicio ligero.

—Lo tendré presente.

—¿Dónde está Terón? —preguntó Sático, mientras otro masajista comenzaba a aporrearle los hombros. De pronto un pulgar enorme se hundió bruscamente bajo un omóplato y le dolió—. ¡Ares! —chilló.

—Ve con cuidado, Glaukis. Seguramente es el primer masaje que le dan al chico —dijo Néstor entre dientes.

—Siempre duelen, mi señor.

El masajista de Sático gruñó y le torció el brazo como si quisiera obligarle a bajar la cabeza en un encuentro de pancracio.

—¡Au! —protestó el joven.

Ambos hombres rieron. Finalmente, todo terminó. Hubo un momento en que comenzó a sentirse bien, y otro en el que se sintió como después de una tabla de ejercicios.

—¿Aceite, mi señor? —preguntó el masajista.

—Sólo un poco —contestó Sático.

El masajista le ayudó a levantarse de la losa.

—La segunda cortina, mi señor.

El chico enfiló el corredor, apenas capaz de caminar debido a la absoluta relajación de sus músculos. Escenas eróticas que mostraban diversas combinaciones de parejas adornaban las paredes. Sático no era mojigato y, por descontado, sabía cómo iba todo aquello —en Tanais había incluso menos intimidad que en Heráclea—, pero aun así se sonrojó.

La segunda cortina daba a una habitación pequeña donde aguardaba una chica menuda y morena no mucho mayor que él. Le ayudó a acomodarse en un banco.

—¿Perfumado? —preguntó—. ¿Cedro o lavanda?

—Sin perfume, gracias.

La chica comenzó a untarle aceite con toques leves pero eficientes.

—¿Alguna otra cosa, amo? —preguntó mientras comenzaba a masajearle el pene con aceite.

—No, gracias —dijo Sático, quien consiguió dominar bien la voz y se sintió orgulloso de no haberse mostrado impresionado.

—Pues entonces ya está —replicó la chica con tal indiferencia que el muchacho pensó que había tomado la decisión acertada.

Subió de nuevo por la escalera principal irradiando bienestar, *eudaimonia*, y fue derecho a la habitación de su hermana.

—¿Cómo se encuentra Calisto? —preguntó a Melita.

—¡Caramba... pareces un dios! —dijo ella—. Respira mejor.

—¿Sabes que cuando te ponen aceite en los baños te ofrecen actos sexuales? ¿También lo hacen en los baños femeninos?

Melita se rio tontamente.

—Sí y no. No entremos en detalles.

Se puso muy colorada y ambos se echaron a reír con ganas.

—Ve a ponerte algo de ropa, hermano —dijo Melita—. Hay una esclava esperando en tu habitación. —Hizo un elocuente ademán—. De repente ya tenemos la edad en que la gente empezará a chismorrear de nosotros si estamos juntos

desnudos.

Sátiro se puso rojo.

—¡Zeus Sóter! —exclamó—. ¡Eso es repugnante!

Melita se encogió de hombros.

—Los macedonios lo hacen constantemente. Pregunta a tu amigo Draco. — Melita sonrió con picardía; pocas niñas de doce años sabían sonreír de aquel modo—. Tus amigos guardias piensan que eso es lo que hacemos aquí.

Sátiro se prometió no volver a ir desnudo en presencia de su hermana y se fue a su habitación, donde lo aguardaba la esclava del guardarropa.

—Perdona que te haya hecho esperar —dijo Sátiro.

Ella no levantó la vista del suelo, pero esbozó una sonrisa.

—Qué cortés. He podido descansar un poco y he hilvanado las costuras de los lados. Póntelo, amo. Menos mal que no chorreas aceite. Ensucia la tela.

Le tendió un quitón de lana ligera, bellamente tejido, con una cenefa púrpura bordada.

—Él nunca se lo pondrá —dijo la esclava—. Vino con los tributos. No le cabría en la cabeza, y mucho menos en el cuerpo. —Sonrió—. Dale las gracias cuando le presentes tus respetos. Así tendré las espaldas cubiertas.

—Que Hestia, diosa del hogar, vele por ti. ¿Cómo te llamas? —preguntó Sátiro.

—Harmone, mi señor. Muy bien, pareces un príncipe. Sólo te faltan unas sandalias doradas.

—Nunca he tenido tal cosa —adujo Sátiro.

—Yo sólo soy una esclava y tengo cuatro pares —dijo Harmone, riéndose—. Desde luego, el mundo es un lugar muy curioso.

Se quedó esperando junto a la puerta.

«Aguardando una propina.» Sátiro echó un vistazo a la habitación y vio todo su equipo allí donde lo habían dejado los esclavos... ¿aquella misma tarde, realmente?

—Tardaré un poco en encontrar mi monedero —se justificó.

—Aguardaré —contestó Harmone—. Sabía que eras todo un caballero.

Sátiro se preguntó dónde estaría el monedero.

—Harmone, ¿cuánto es una propina decente? —preguntó, mientras sacaba su colchoneta del montón—. Éste no es mi estilo de vida habitual.

Harmone puso los ojos en blanco.

—Diez dárlicos de oro bastarán para mí —dijo, y rio tontamente—. Eres un caso aparte. Un óbolo o dos está bien por cualquier servicio extra de una esclava, excepto fornicar. Eso cuesta más, salvo que se te ofrezca gratis.

La mano de Sátiro se detuvo encima de su macuto. Miró a Harmone y ella le sonrió.

La esclava tenía como mínimo diez años más que él y no estuvo seguro de si se

estaba ofreciendo; el mundo se le antojaba un lugar muy confuso. Tuvo que apartar la mirada —Harmone estaba humedeciéndose los labios— y al bajar los ojos descubrió una aguja que asomaba por la solapa del macuto, a pocos dedos de su mano. La punta estaba embadurnada con una sustancia oscura; cera.

O veneno.

—Hades —susurró Sático. Había oído hablar de agujas envenenadas—. Harmone, ya te daré la propina después. ¡Avisa a Néstor!

La esclava percibió la gravedad de su voz.

Sático no se movió, paralizado por el descubrimiento. Se sintió sumamente vulnerable, pero procuró no pensar. No se dejó llevar por el pánico, limitándose a permanecer en cuclillas junto a su equipaje hasta que llegaron Filocles y Terón. Al cabo de un instante se presentó Néstor con un destacamento de soldados y le dijo que no se moviera mientras mandaba aviso a más soldados mejor armados.

Su hermana estaba en el umbral, vestida para la cena, con el cabello recogido en lo alto de la cabeza con alfileres y mordiéndose el puño.

Hombres con gruesos mitones de fieltro separaron los bultos de su equipaje mientras otros con recias sandalias militares lo sacaban en volandas de la habitación. El joven apoyó la cabeza contra la fría suavidad de una columna y se quedó así un rato, respirando mientras le temblaban las manos y las rodillas. Luego se acercó a la puerta.

—¿Alguien puede darme la espada? —preguntó, controlando la ansiedad. Lo hizo bien, con un deje de ironía.

Melita sonrió. Filocles parecía acongojado y un poco ebrio.

—Todo esto es culpa mía —se lamentó con voz pastosa.

—Tenemos que marcharnos de aquí —dijo Sático—. Si Calisto puede viajar en camilla, propongo que nos vayamos esta misma noche.

El médico se acercó por detrás de Filocles.

—Ese tobillo tuyo necesita un par de días de reposo —advirtió.

—Dentro de un par de días podría estar muerto —respondió Sático, procurando disimular su amargura.

Filocles se volvió hacia Néstor.

—Me gustaría enviar un mensajero al herrero para ver si su caravana sale como estaba previsto. Es probable que ya haya partido o que haya cancelado la expedición. Si ya se ha ido, agradecería una escolta hasta que la alcancemos.

—Ya voy yo —propuso Terón.

—No —respondió el espartano—. A partir de ahora, permaneceremos juntos en todo momento. Néstor dejará a un guardia con Calisto hasta que regresemos de la cena, luego nos acostaremos en la habitación de Melita; al alba cargaremos nuestras bestias y nos iremos.

—Siempre y cuando el tirano os dé permiso, por supuesto —puntualizó el capitán de la guardia.

—Por supuesto —dijo Filocles, asintiendo.

Sófocles miró a Néstor.

—Me iré con ellos —anunció—. Necesitan asistencia médica.

—Acaban de contratarte como médico del tirano —adujo el capitán, perplejo.

Sófocles se encogió de hombros.

—Me siento responsable —alegó.

Sátiro miró al ateniense, tratando de interpretar sus intenciones.

—Vayamos a cenar —dijo Melita.

Sátiro volvió a quedar impresionado por la gran mole de Dionisio de Heráclea cuando éste entró en el salón. El tirano ocupaba todo el estrado, su diván era el triple de ancho que los demás y lo ocupaba él solo. Resultaba grotesco, y el pelo corto y rubio hacía que la cabeza pareciera aún más pequeña. Era la encarnación de un verdadero ogro.

Sin embargo, no dejaba de ser fascinante con su quitón blanco immaculado y la corona de oro reluciente, con sus hojas y zarcillos dispuestos cual rayos de sol, que titilaban como llamas a la luz de la lámpara. Sátiro y Melita pasaron delante hasta el estrado, cogidos del brazo y caminando con la cabeza bien alta, y el muchacho fue consciente, aun sin apartar la vista del tirano, de que todos los ojos del salón estaban puestos en él y su hermana.

Los divanes de los invitados de honor formaban un círculo en torno al tirano. Las mujeres que habían sido invitadas ocupaban sillas junto a sus compañeros. La cena no era una orgía, sino un banquete, y cuando Sátiro consiguió apartar sus ojos del tirano, vio que los divanes del círculo de allegados los ocupaban hombres muy serios atendidos por mujeres de su misma edad, no hetairas.

Antes de aproximarse al círculo, Sátiro se volvió hacia Filocles.

—¿Hay algún protocolo especial para los tiranos? —preguntó.

—Sé cortés —contestó Filocles—. Y no largues discursos sobre la libertad de la asamblea.

Terón contuvo la risa y enseguida pasaron entre dos divanes vacíos para situarse delante del estrado.

—¡Saludos, príncipe Sátiro y princesa Melita! —El tirano se incorporó, apoyándose en un codo—. Néstor, ofrece una libación en el altar por la seguridad de nuestros gemelos.

Sátiro no se había percatado de que Néstor había llegado al comedor antes que ellos. El hombre negro estaba sentado detrás del tirano y se levantó, cogió una crátera de libaciones y vertió vino sobre un altar arrimado a la pared con una hornacina

donde había una estatua de oro y marfil que representaba a Dionisio. El tirano asintió.

—Que las bendiciones de Dionisio sean con vosotros. Que la fuerza de nuestro patrón Heracles os proteja. —Sonrió, y su sonrisa fue dura y peligrosa, tratándose de un hombre tan gordo—. Sigues portando tu espada, muchacho.

Sátiro hizo una profunda reverencia.

—Me alegra contar con tu... con tu favor, Dionisio. Agradezco tu hospitalidad, los cuidados de tu físico, la seguridad de tu techo y tu generosidad. Incluso las ropas que me cubren te las debo a ti. —Hizo otra reverencia y los nervios le traicionaron, agudizándole la voz—. Pero, en dos ocasiones, unos hombres han intentado matarnos bajo tu techo. Suplico tu perdón y tu permiso para portar esta espada.

—No he entendido esto último —dijo Dionisio. Cambió de postura pesadamente y las patas del diván crujieron—. Néstor, ¿qué dice el chico?

El soldado se inclinó junto al tirano y le susurró al oído.

Dionisio asintió exagerando el gesto.

—Así sea. Lamento profundamente que esos criminales hayan abusado de tal modo de mi hospitalidad. Ahora sentémonos a cenar. ¿Cómo se encuentra vuestra esclava? —preguntó, aguzando la vista.

—Sobrevivirá —dijo Melita—. Quizá quede... resentida.

Dionisio miró a la niña de arriba abajo.

—Tengo una hija, Amastris, de tu misma edad. ¿Te gustaría sentarte con ella?

Melita inclinó la cabeza con suma dignidad.

—Estaré encantada.

Néstor hizo una seña y unos esclavos movieron una silla. Melita fue a ocuparla al lado de otra chica de su edad.

—Tú siéntate conmigo —dijo Dionisio a Sátiro. Señaló el diván que tenía a su izquierda.

El muchacho se reclinó en él. A Filocles y Terón los acompañaron a otros divanes del segundo círculo.

En cuanto los de Tanais estuvieron instalados, Néstor dio unas palmadas y entraron las bailarinas. Ejecutaron las danzas rituales de primavera tal como lo hacían las chicas de los pueblos en todo el Euxino, si bien con más gracilidad, y, mientras se movían armoniosamente, los esclavos sirvieron el primer plato en mesas de tres patas que colocaron junto a los divanes.

—Néstor me dice que quieres renunciar a mi hospitalidad —comentó Dionisio. Su cuerpo era enorme y además estaba en lo alto del estrado, de modo que conversar con él resultaba incómodo, pues la cabeza del tirano quedaba cinco palmos por encima de la de Sátiro.

—Señor, ¿sabes que el esclavo Tenedos, el mayordomo de Kinón, campaba a sus anchas en tu ciudadela? —dijo el chico, estirando el cuello para ver los ojos del

tirano.

—Joven Sátiro, estoy al tanto de todo lo que ocurre en este castillo. Sé cuándo una esclava fornicaba, o no, con un huésped, y qué propina recibe. —Tomó un bocado y le guiñó el ojo—. Tenedos ya no es motivo de preocupación, pero tuvo varias cosas interesantes que decir antes de irse al Hades.

Sátiro asintió. La lección hizo diana en su corazón.

—¿Ha traicionado a su amo? —preguntó cautamente.

—Sí y no, muchacho. Es decir, ha admitido que ese tal Estratocles lo utilizó, pero también ha sostenido, padeciendo un dolor atroz, que el alma máter era la esclava Calisto. No él, por supuesto.

—Vaya —dijo Sátiro.

—Ay, bendita juventud. Un hombre puede decir cualquier cosa bajo tortura. Cualquier cosa. No tiene por qué ser la verdad. En realidad, rara vez lo es.

El tirano cogió una codorniz y se la metió entera en la boca.

—¿Y qué hay del ateniense, si me permites preguntarlo, señor?

Sátiro se sirvió una codorniz cuando le ofrecieron la fuente.

—Huyó hace días. En barco, sospecho. Pero habrá dejado a otros agentes aquí, no te quepa la menor duda.

El obeso tirano escupió huesos de ave en la palma de la mano y los tiró a un cuenco que tenía en el diván.

—Qué conveniente para todos —opinó Sátiro.

—Lamento decir que estoy de acuerdo. Si estuviera en tu lugar, sospecharía que el tirano Dionisio es cómplice —dijo, sonriendo.

El joven tomó un sorbo de vino.

—La idea me ha pasado por la cabeza —admitió. Por más que procuraba parecer un hombre de mundo, no oía más que a un niño asustado.

—Aunque, por descontado, si quisiera veros muertos, ya lo estaríais. —El tirano volvió a guiñarle el ojo—. Néstor os podría haber destripado a los dos y hacer que sirvieran vuestra carne en una taberna a un chasquido de mis dedos. O podríais morir envenenados ahora mismo, con el vino de esa copa. No la has hecho probar. Nunca se sabe. O podría hacer que mis esclavos os estrangularan mientras dormís. Realmente, no es preciso que te preocupes por tales cosas; estás tan a mi merced que a lo mejor lo único que ocurre es que aún no he decidido cómo deshacerme de vosotros.

Sátiro se obligó a tomar un bocado, cuyo sabor ni siquiera percibió. Tenía la mente bloqueada.

—La espada que llevas señala cierto engreimiento, pero ¿te defenderá del veneno? ¿O incluso de un hombre decidido con una espada? De mi inquina no te defenderá en absoluto y, al llevarla al cinto, me acusas de ser un mal anfitrión. Es una grosería.

El tirano se revolvió en su diván y, desde su posición por debajo de aquel hombre inmenso, Sátiro vio la longitud de las correas que sostenían el colchón y lo tensas que estaban.

—Pero has querido manifestar algo. Tal vez hayas pensado que debías atraer mi atención. Los chicos hacen esas cosas. Adoptan poses. —El tirano volvió a sonreír—. Yo también adopto poses. Cuando eres tan mayor como yo, y así de gordo, la gente supone que eres tan malvado como feo. ¿No es así, *kalos kalon*? La belleza es el bien, ¿eh, chico? Los hombres estúpidos y violentos a menudo confunden la bondad con la debilidad y el mal con la fuerza. Tú pareces inteligente. ¿Sabes de qué te estoy hablando?

Sátiro había captado lo que quería decir. Alzó su copa.

—Bebo por la virtud de la fealdad, señor —dijo, tergiversando una frase hecha. La tenía en mente desde que el tirano había usado la expresión *kalos kalon*.

Dionisio se incorporó, y su diván se quejó.

—Néstor, ¿has oído eso? ¡El chico acaba de hacerme un verdadero cumplido!

El capitán rio entre dientes.

—La virtud de la fealdad, en efecto —añadió el anfitrión—. Bien hablado, muchacho. Me parece que podríamos llegar a ser amigos. Dime qué deseas.

Dionisio chascó los dedos y los esclavos sirvieron el plato principal. Contempló a los sirvientes con el mismo orgullo que había mostrado Kinón, hasta que un mensajero lo distrajo.

—Señor, quiero... Es decir... —Sátiro observaba de hito en hito al tirano. «¿Qué deseo?», pensó.

Como Dionisio estaba distraído, miró en derredor y sus ojos buscaron los de Melita, sentada en una silla con incrustaciones de marfil. A su lado, con el rostro casi pegado al de su hermana, estaba la nereida de la otra noche, con el semblante enmarcado por sus rizos negros. Estaba contándole algo a su hermana, y ambas reían. Cuando Melita reparó en la mirada de Sátiro, la otra chica advirtió que su interlocutora le prestaba menos atención, así que se volvió para mirar al joven y los dos se quedaron mirándose a los ojos.

Los de ella eran verdes. Todos los pensamientos abandonaron la mente de Sátiro. «Qué verdes.»

Un esclavo se inclinó sobre su mesa, sosteniendo una jarra de plata maciza. Tendría que haber preguntado si Sátiro quería más vino, pero cuando abrió la boca, el murmullo de los comensales, el ir y venir de las conversaciones, el zumbido de las moscas y el rumor del mar hablaron como la voz del dios a través de su boca.

«Esa chica es lo que deseas», manifestó el esclavo.

—¿Qué has dicho? —preguntó Sátiro.

—¿Más vino, amo? —dijo el esclavo con voz chillona.

Sátiro se volvió y vio que su hermana y la nereida estaban riendo otra vez. Miró al esclavo. El chico estaba aterrado. Bueno, los esclavos a menudo se asustaban. Estaba aprendiendo muchas cosas acerca de ellos.

Alzó su copa. El chico le sirvió vino de la jarra y Sátiro se fijó en que estaba casi vacía.

El chico derramó un poco de vino porque le temblaban las manos, sólo unas gotas que cayeron sobre la funda del diván.

—No te preocupes —dijo Sátiro muy amable. Hizo una seña al chico para que se retirara y se volvió de nuevo hacia el tirano.

»Lo que deseo, señor, es venganza —declaró—. Y la restitución de mi ciudad.

—La venganza es absolutamente inútil, muchacho. —Dionisio bebió un sorbo de vino—. Espero que no estés ahíto de atún. Las capturas de este año son excepcionales.

El gigantesco pescado pasó por delante de Sátiro sostenido por cuatro esclavos, todos ellos hombres maduros. Sátiro echó un vistazo al comedor y se dio cuenta de que el chico que acababa de servirle el vino era el único esclavo joven, aunque no lo vio en parte alguna.

—Tengo en mente convertirme en rey del Bósforo —dijo Sátiro, y acercó la copa de vino a sus labios—. No tenía intención de hacerlo, pero Eumeles, Herón, ha forzado la situación.

Dionisio entornó los ojos. Sátiro dejó la copa de vino en la mesa sin probarla. Acababa de atar cabos.

—Señor, creo que este vino está envenenado.

Dionisio se estremeció como si le hubiesen golpeado.

—Eso es una acusación en toda regla. —Hizo una seña a Néstor, que se acercó de inmediato—. Llévate esta copa y que alguien la pruebe. El chico cree que está envenenada. —El tirano indicó al guardia que se retirara. Se volvió hacia Sátiro como si no hubiese sucedido nada—. Está muy bien, esto de planear convertirte en rey. Para lograrlo necesitarás riquezas y ejércitos. ¿Qué quieres de mí?

La voz de Dionisio dejó claro que ni las riquezas ni los ejércitos serían fáciles de conseguir.

—Me gustaría contar con tu permiso para marcharme y que me cedieras una escolta. Quiero reunirme con mi amigo Diodoro de Atenas.

Sátiro siguió a Néstor con la mirada hasta que desapareció. Le dolía mucho la cabeza, y se preguntó si había bebido un sorbo de vino sin darse cuenta. O si no lo habrían envenenado antes. Estaba mareado.

—Eso está hecho —accedió el tirano.

El comedor quedó sumido en un silencio sepulcral. Néstor regresó por otra entrada con una fila de soldados. Uno de ellos llevaba un perro muerto. Los guardias

se apostaron en todas las puertas de acceso.

De pronto los esclavos corrieron como centellas, empujados por otros soldados como si fuesen ganado.

Néstor fue hasta los pies del estrado. Incluyó la cabeza, se dirigió en voz baja al tirano y éste se sobresaltó. Acto seguido habló con rapidez.

—Me disculpo por las molestias —anunció Néstor—. Esta cena ha terminado y todos seréis huéspedes del tirano esta noche. Los soldados os conducirán a vuestras habitaciones. Cuando la situación se aclare, os escoltarán a vuestras casas. Una vez más, nuestras disculpas por las molestias. Los responsables serán castigados —Néstor miró en derredor— con la mayor severidad.

Los comensales estaban pálidos. Una mujer se echó a llorar. Los soldados fueron a cada uno de los divanes para llevarse a los invitados. Sátiro vio que dos soldados escoltaban a Terón hacia la salida del comedor y que otros dos se llevaban a Filocles.

—Tu vino estaba envenenado, muchacho. Y hay un chico degollado en la cocina. —El tirano meneó la cabeza—. Me exaspera que esto haya sucedido aquí. Hace que me sienta débil. Hace que parezca débil. —Se encogió de hombros, moviendo la masa de sus carnes—. Muchacho, me has traído un montón de problemas, pero también has identificado una grave amenaza, y por eso te doy las gracias. Escóltalos a sus habitaciones —terminó, dirigiendo un ademán a Néstor.

—¿Mi señor? —dijo el capitán ante el diván de Sátiro. El muchacho se puso de pie. Melita acudió a su lado y juntos hicieron una reverencia al tirano, que respondió con una cortés inclinación de cabeza.

—Sois unos niños estupendos —dijo—. Os deseo larga vida.

Sátiro miró al ogro a los ojos.

—Espero recordar siempre que la belleza no es sinónimo de bondad —dijo. Comenzó a volverse, pero reparó en la sonrisa que destelló en el rostro del tirano.

—Cuando estés preparado para ser rey, ven a verme —dijo Dionisio—. Me parece que me gustará ser tu aliado.

Dicho esto, y a pesar de su mole, se movió ágilmente y desapareció entre sus guardias.

—No está mal —dijo Melita—. Veo que ya has empezado a actuar como un príncipe.

—Tendré que vivir mucho tiempo para asumir el papel —replicó Sátiro, aunque enseguida sonrió a su hermana—. Ándate con cuidado, Lita. Podría acabar por gustarme. Néstor los escoltó hasta la puerta.

—¡Draco! —llamó.

Muchos de los comensales estaban agrupados fuera. La guardia del tirano los cacheaba con brusca eficiencia. En el aire flotaba su silenciosa indignación.

Draco acudió a la carrera y saludó.

—¿Capitán?

—Acompáñalos a sus habitaciones —dijo Néstor—. Me encargaré de los preparativos. Estad preparados —agregó lacónicamente, y se marchó.

Sátiro miró a Melita, que meneó la cabeza.

—Quiere decir que no nos acostemos —susurró.

—Por aquí, señora —dijo el soldado.

Cuando se hubieron separado de los invitados y de los demás guardias, los condujo por los pasadizos y las escaleras de los esclavos hasta sus habitaciones. Había centinelas apostados en todas las esquinas del palacio.

—Esto está sucediendo demasiado a menudo, para mi gusto —dijo Draco—. Escuchad: los guardias han visto a un hombre que subía por la escalera de los esclavos hace un rato. Le han dado el alto, cuando tendrían que haber cargado contra él, y ha escapado. —El macedonio se encogió de hombros—. ¿Más veneno? ¿Iba a liquidar a vuestra esclava? ¿Quién coño lo sabe? Nunca había visto nada semejante, salvo en la corte de mi tierra.

Sátiro se detuvo ante la puerta de su habitación, súbitamente dominado por un miedo irracional, o quizá perfectamente racional, a entrar en una habitación a oscuras.

—¿Podrías hacer que alguien registre mi habitación? —preguntó.

—Ni siquiera estoy de servicio —respondió Draco con un suspiro—. ¿No puede esperar a mañana el registro?

Sátiro se volvió hacia él.

—No, no puede. Escúchame bien: alguien acaba de intentar envenenarme. Poco antes, alguien lo ha intentado con mi hermana y ha conseguido envenenar a Calisto, la esclava. Es probable que mi madre haya muerto en Panticapea, no tengo acceso a mis amigos ni a mi patrimonio, y te aseguro que ya no aguanto más. Quiero que entres en esta habitación y la registres o que avises a alguien para que lo haga. ¿Entendido?

Su voz fue estridente, y el tono cruel, y lamentó haber largado aquel discurso en cuanto lo hubo pronunciado. Draco se puso tenso.

—Sí, mi señor —dijo, con rigidez.

Hizo venir a otros dos guardias, tuvo una charla en voz baja con ellos y acto seguido, provistos de faroles, registraron la habitación, quitaron los cobertores del diván y los inspeccionaron en busca de agujas, y luego una pareja de esclavas volvieron a hacer la cama. Repitieron la operación en las estancias de Melita, apartando a Calisto, que roncaba, sin despertarla.

Cuando hubieron acabado, Sátiro intentó desagraciar a Draco.

—Lo siento —se disculpó.

Draco le dedicó una mirada desdeñosa.

—Es mi trabajo, señor. Ahora tengo que irme.

Sátiro hizo una pausa.

—Sí, así es, Draco. Lamento las molestias, pero es tu trabajo.

El hombre se marchó muy ofendido.

Filocles y Terón se reunieron con ellos en la habitación de Melita. Soltaron sus petates en el suelo y se sentaron encima. Luego Filocles fue con Sátiro a su habitación, recogieron su equipo y lo trasladaron a la habitación de su hermana.

Antes de que lo tuvieran todo ordenado, se oyó el ruido de unos soldados en el pórtico. Néstor entró, apartando la cortina, seguido por una figura envuelta en mantos de la cabeza a los pies.

—El tirano tiene otros compromisos —expuso el capitán.

—Me envía para demostrar que está de vuestra parte —dijo Amastris, retirándose el embozo. Sonrió vacilante—. Y también porque quería despedirme. Néstor os escoltará hasta las cuadras. Padre quiere que os marchéis de inmediato, mientras el palacio está cerrado y nadie puede hablar de vuestra huida. Luego ha resuelto vender a todos los esclavos del palacio. Ese chico, el que te sirvió, era uno de los nuestros. —Sus ojos buscaron los de Sátiro, y le sonrió. El chico tuvo que apoyarse contra la pared—. Ni siquiera tendría que haber estado en el comedor. No es camarero, tan sólo pinche de cocina. Pero ninguno de los esclavos parece saber gran cosa. —Se encogió de hombros de manera harto elocuente—. De modo que padre los venderá a todos por la mañana.

—¡Ares! —dijo Filocles—. ¿Todos los esclavos del palacio?

El semblante de Néstor se endureció.

—Encontraré al responsable. Y no atosigaremos a los esclavos mientras sean parte del personal.

—El responsable es el ateniense, Estratocles —dijo Sátiro—. Y su agente, el esclavo Tenedos.

Néstor negó con la cabeza.

—Estratocles ha huido de la ciudad y es ciudadano de Atenas. La casa está bajo vigilancia, pero no puedo hacer mucho más. Ahora todo indica que el mayordomo, Tenedos, tal vez haya actuado como su mensajero para dar instrucciones a alguien de dentro del palacio.

—¡Seguro que podéis hacer algo contra él! ¡Arrestadlo! —espetó Sátiro.

—Atenas, joven príncipe, no suele tomarse bien que se enjuicie a sus embajadores. —Chascó los dedos y una pareja de soldados llevó un caldero de estofado—. Ni que los asesinen. He comido de esta olla. El vino es mío. Comed, por favor.

Sátiro no vaciló. Aceptó la hogaza de pan que le ofrecía un guardia, cogió un cuenco y comenzó a comer. Melita hizo lo propio. Filocles y Terón se les unieron.

Amastris también cogió un cuenco y se sirvió. Compartió la única silla de la

habitación con Melita, como si fueran hermanas.

—Mi padre dice: «Huelo a Olimpia y a Casandro, su niño mimado.» Olimpia sirve a poderes oscuros. Le encanta el veneno. —Miró a Melita—. Todos tememos a Olimpia. A mí me ha dado miedo desde que nací.

—Muchos de vuestros soldados son macedonios —observó Melita.

—Los investigaremos —aseguró Néstor—. Tenéis que marcharos de aquí antes de que alguien os ataque otra vez. —Miró a Filocles—. ¿Cuánto tiempo llevas tú con los gemelos?

—Toda nuestra vida —contestó Sátiro—. Era amigo de mi padre. No puedo creer que lo acuses.

—Mi señor, no acuso a nadie —aseguró el capitán—, pero debo interrogar a todo el mundo. ¿Eso significa que eres el mismo Filocles que aparece en los relatos sobre las hazañas de Kineas? Bien. —Néstor asintió a Filocles y se volvió hacia Sátiro—. Creo que si bebiera menos sería más digno de confianza; aunque parece un hombre serio y responsable.

El espartano se sonrojó y acto seguido se puso pálido. Inmune a su ira, Néstor miró a Terón y preguntó:

—¿Qué sabéis sobre este atleta, Terón? ¿Cuánto hace que lo conocéis?

—Ha estado con nosotros desde el ataque contra Tanais —dijo Sátiro en voz muy baja. Miró a Melita.

—Nunca nos traicionaría —dijo ella—. Ha tenido un sinfín de ocasiones para matarnos.

—Néstor, ¿por qué está sucediendo todo esto? —preguntó Amastris en voz baja, casi ronca.

—¿Por qué, mi señora? —El capitán se encogió de hombros—. La gente manobra por el poder. Olimpia y su amigo Casandro lo hacen por mera diversión. Ella es como un gato, le gusta jugar con su presa. Y quieren adueñarse de nosotros, así como de Sinope, en la costa norte. —Apretó los labios—. La última vez que Olimpia alargó sus garras hacia el norte, tu padre se las cortó —le dijo a Sátiro—. Zopronte era su amante. —Rio para sí—. Por descontado, en la corte de Macedonia todos han sido su amante alguna vez —agregó.

Sátiro contemplaba a Amastris, que cada vez le parecía más una nereida. Ella le sostenía la mirada, y la intensidad de aquellos ojos verdes en los suyos era casi insoportable, como el sol sobre una quemadura.

Sátiro deseaba tocar sus rizos y ver qué los mantenía tan unidos entre sí. Amastris le sonrió.

—Me cae bien tu hermana —dijo, como si hubiesen sido amigos durante milenios, y como si estuvieran solos en la habitación.

—A mí también —dijo Sátiro. Arruinó la respuesta con una risita tonta.

Néstor apoyó una mano posesiva sobre el hombro de Amastris.

—Amastris algún día gobernará. Señora, este apuesto muchacho es un exiliado sin un céntimo, y no le vas a prestar la más mínima atención. Será Tolomeo quien te busque marido, un marido poderoso y con una buena flota.

Dijo estas palabras con el aire desenfadado de un padre.

—Ya lo sé, capitán —respondió Amastris. Sonrió a Sático otra vez.

—Mira cuanto quieras, muchacho —dijo Néstor—. Es nuestra mejor baza en este juego de ladrones, y no será para ti.

—Buscamos a un tirano de mediana edad con una buena flota. El de Siracusa, tal vez —dijo la nereida—. Me han educado para ello. Sé los nombres de todas las posiciones de los remeros. Creo que sería una buena navarca. —Se rio y dirigió su mirada verde hierba hacia Melita—. Si tu hermano alguna vez recupera su fortuna, tú estarás en el mismo barco, Melita. Te casará para asegurar su costa.

—Ni hablar, si quiere llegar vivo al día siguiente —repuso la joven. Alargó la mano, revolvió el pelo de su hermano y miró a Amastris a los ojos—. Tu padre no es lo que parece —dijo.

—Si fuese lo que parece —intervino el capitán—, se os habría comido para cenar. Pero le fastidia que alguien haya podido mostrarlo débil. Tenéis que marcharos. Hay dos alternativas: por mar o con la caravana. Se trata de tu vida, muchacho. ¿Qué decides?

—Tal vez sea un estúpido —dijo Sático—, pero creo que si podemos llegar sin percances hasta donde se encuentra Diodoro, el amigo de mi padre, estaremos a salvo. Muchos de los hombres con quienes me crié se cuentan entre los mercenarios de Diodoro.

Mientras decía esto, Sático revivió las dos últimas semanas. Frunció los labios y miró a su hermana.

—¿Alguna vez estaremos a salvo? —preguntó Melita, expresando en voz alta lo que su hermano estaba pensando.

Filocles, enojado, seguía guardando silencio y apuraba su copa de vino. Terón apoyó una mano en el hombro del espartano.

—Creo que será más seguro por tierra.

Filocles se encogió de hombros.

—Todo lo que he decidido ha salido mal —rezongó—. No soy más que un borracho.

Melita fue a plantarse delante del espartano.

—¿Así es como van a ser las cosas, Filocles? —preguntó—. Si no vas a pensar, no vas a ayudar y sigues bebiendo vino, casi prefiero dejarte aquí.

Terón negó enfáticamente con la cabeza, procurando que el preceptor no lo viera. Sático intervino.

—Filocles, ayúdanos, por favor. Nos has salvado la vida varias veces durante las últimas semanas. Llévanos con Diodoro.

—Por tierra —dijo Filocles con voz pastosa—. A caballo.

Sátiro se volvió hacia el capitán de la guardia.

—Iremos por tierra. Y ahora, si pudierais ayudarnos, necesitamos una camilla para la esclava.

—Ya está lista, mi señor —asintió Néstor. Dirigió una mirada elocuente a la pierna de Sátiro y a Calisto, que aún estaba pálida y apenas podía comer—. Todos estáis heridos —dijo—. Si mi señor lo permite, creo que deberíais llevaros al médico.

—No me gusta —intervino Melita, negando con la cabeza.

Filocles se encogió de hombros.

—Sé a qué te refieres, aun estando bebido. Piensas que necesitaremos de sus cuidados.

Melita fue a hablar, pero su preceptor la interrumpió.

—Los médicos no crecen en los árboles —adujo.

—¡Que lleguéis sanos y salvos! —rezó Amastris.

—Estaremos a salvo cuando tengamos poder —repuso Sátiro.

—Ésta no es la lección que te enseñaría Filocles si estuviera sobrio —intervino Melita, esforzándose por mantener la compostura. Miró a su nueva amiga—. Perdona, Amastris. A veces me abruma pensar que no tengo hogar.

Las dos jóvenes se abrazaron. Cuando terminaron de comer, Néstor llamó a las doncellas de la hija del tirano para que la acompañaran a su ala del palacio. Ella se abrazó a Melita.

—Escríbeme a Alejandría —dijo—. ¡Vivirás aventuras! Yo me casaré con un viejo que posea una flota. —Sonrió. Luego frunció el ceño—. Hestia te proteja, no he querido decir que debas correr aventuras. ¡Cuídate mucho! Que Hestia te mantenga a salvo, y Artemisa, la protectora de las chicas vírgenes.

Se ruborizó y abrazó a Melita otra vez. Era un año mayor que los gemelos, pero Melita le sacaba una cabeza, y Sátiro aún era más alto.

El muchacho le tendió la mano —el acto más valiente de su vida— y Amastris se la estrechó.

—No... corras riesgos. Cuídate —dijo, tartamudeando un poco y sonrojándose.

—Y tú, mi señora —dijo Sátiro. Le besó la mano, tal como había visto a Terón besar la de Calisto. Amastris se rio.

—Mi padre te mataría —dijo, y se fue con sus doncellas.

Dejó una cosa dura en la mano de Sátiro: un anillo. Era una espléndida sortija de oro, con granates en torno a una piedra roja cuya delicada talla representaba a un hombre con un garrote y una piel de león: Heracles. Sátiro levantó la vista hacia Amastris. Nunca había poseído un objeto tan valioso.

—¡Hermes protege a los viajeros! —dijo la chica desde la puerta—. ¡Pero Heracles triunfa!

Parte III

El enfriado

316 a. C

Estratocles estaba tendido en un diván a la sombra de una eritrina y contemplaba la puesta de sol sobre un fondo de nubes que anunciaban tormenta. Tenía la mente en mil cosas, pero lo embargaba la belleza del ocaso y pidió una tablilla y un estilete. Sin embargo, todo lo que se le ocurría eran fragmentos de poemas de otros hombres y apostillas a Menandro. Se rio.

Lucio, tumbado en el otro diván, tosió y meneó la cabeza.

—No hay gran cosa de la que reírse.

—Ahí es precisamente donde te equivocas —dijo Estratocles—. Estamos vivos. Otros hombres han muerto, pero nosotros, amigo mío, todavía estamos vivos.

—No sabes cuánto... cuánto te agradezco que regresaras a buscarme —respondió Lucio. Su tono transmitía más ofensa que halago; su tono dijo a Estratocles que en ningún momento había esperado que, estando herido, su patrono fuera a recogerlo y se batiera con la espada para salvarlo.

—Eres un auténtico gallito —dijo Estratocles—. A decir verdad, debo ser responsable aunque no entiendo por qué. Sea como fuere, me caes bien, Lucio. Estoy harto de matones. Tú eres un caballero. —Se encogió de hombros—. Yo tampoco tengo claro por qué regresé a buscarte.

Lucio se echó a reír.

—Oh, mierda, cómo duele —dijo, y resolló—. Bien, ¿y ahora qué?

—Tenemos que curarnos. Tú tardarás un mes o incluso más. Yo podré comenzar a caminar cojeando dentro de una semana, pero pasará un mes antes de que pueda hacer ejercicio. —Se encogió de hombros—. Luego regresamos a Atenas para ver al puñetero Demetrio de Falero, que me dirá cómo podría haberlo hecho todo infinitamente mejor.

—¿Es tu jefe? —preguntó Lucio.

—Eres un puto bárbaro, ¿no te lo han dicho nunca? —Estratocles se rio y chascó los dedos para pedir vino. Una chica tracia con el pelo rojo acudió rauda a la terraza, le sirvió una copa y desapareció—. Demetrio de Falero, el tirano de Atenas, es descendiente de Focionte y fue amigo de Kineas, a cuyos hijos habríamos asesinado si no hubiésemos fracasado tan estrepitosamente en el intento. —Suspiró—. Un oligarca cuya política acabará con doscientos años de tradición democrática en Atenas. —Alzó su copa hacia Lucio—. Mi jefe.

—¿Cómo es posible? —preguntó Lucio—. No entiendo mucho de política griega, pero he leído a Aristóteles y tengo oídos. Tú eres un demócrata convencido. Si él es oligarca, no podéis ser amigos.

—Lucio, si algo he aprendido en mi vida, es que en política no hay amigos que valgan. —Estratocles suspiró—. Mira, no tiene sentido derrocar a Demetrio de Falero si eso nos cuesta la alianza con Casandro y Atenas acaba siendo saqueada. Hay que reconocer su valía: Demetrio de Falero es inteligente, despiadado, el mejor diplomático de su tiempo. Y un poeta pasable.

—¿Poeta? —preguntó Lucio. Tomó un sorbo de vino y lo saboreó—. Hace que la herida me palpite como la marea en el mar, pero sabe a gloria. —Levantó la vista—. ¿De quién es la pelirroja?

—Venía con la casa. —Estratocles hizo una seña—. Está a nuestra disposición, me parece.

Lucio negó con la cabeza.

—Vosotros, los griegos, no sabéis lo ricos que sois —dijo—. Algún día vendrá alguien que os quite todo esto.

—Ese alguien ya lo hizo —repuso Estratocles—. Se llamaba Alejandro. Nos arrebató la libertad y nuestro estilo de vida, dejando a un puñado de mercenarios en lugar de un gobierno. —Estratocles volvió a encogerse de hombros, bebió un sorbo de vino y vio que la chica pelirroja regresaba—. Daré mi vida, si es preciso, para devolver la libertad a mi ciudad.

La esclava se movía con timidez, a todas luces consciente de lo que deseaba el italiano, aunque tal vez sin saber qué hacer al respecto.

—Se oye hablar mucho de vuestro Alejandro —dijo Lucio—. La mayor parte de la gente dice que era un dios. Nosotros, los latinos, no creemos en esas gilipolleces.

Estratocles enarcó una ceja.

—¿Y predecís el futuro mediante las entrañas de los pollos?

—Eso lo aprendimos de vosotros, los griegos —respondió Lucio, riéndose—. ¡Eh, chica! ¿Sabes tocar la flauta?

Estratocles se sentó a una mesa de escribir y dos esclavos le llevaron lámparas de ocho mechas. El latino y la chica tracia armaban bastante ruido en el piso de arriba, cosa que hizo sonreír a Estratocles. El latino era como un personaje de Menandro —rimbombante, cómico, imponente— hasta que había dicho algo como «He leído a Aristóteles».

Estratocles se frotó las manos, olisqueó el cilantro de sus dedos y pensó: «El riesgo mereció la pena. Necesito a un hombre en quien pueda confiar; confiar de verdad. Y ese hombre es Lucio.» Recordó la sangre y el ruido en la casa de Heráclea, y la mano le tembló un poco. Estratocles había combatido en todas las batallas de la

guerra Lamiaca y en otras diez acciones de guerra, pero luchar contra el monstruoso espartano a oscuras le había infundido un terror casi sobrenatural. «Sin embargo, lo hice.»

Observó su mano hasta que dejó de temblar. Entonces abrió las tablillas de cera y comenzó a escribir.

De Estratocles a Menandro, ¡saludos!

Ha transcurrido demasiado tiempo desde que paseábamos por la Academia o escuchábamos a las musas; ¡o abucheábamos al coro en el teatro!

Nuestro amigo común me ha enviado prácticamente a un exilio en el Euxino; una misión comercial que amenaza con prolongarse hasta el fin de mis días y tal vez un poco más. He tenido muchas ocasiones de observar las tribulaciones y los triunfos de la vida, y debo decir que de las primeras ha habido muchas y muy pocos de los segundos.

Según mi parecer, me he encargado de que nuestro amigo disponga de todo el grano que necesite, si bien algunos asuntos no han salido tal como estaba previsto.

Agradecería que le dijeras de mi parte que los primeros cargamentos llegarán con esta carta.

También es mi deseo señalar que algunas cuestiones políticas no han resultado como nuestro común amigo deseaba o esperaba. Aquí corre el rumor de que Herón, el gobernante de Panticapea, atacó Tanais, una pequeña ciudad de la bahía del Salmón, y que la destruyó, aunque no consiguió apresar a sus gobernantes. De todos modos, son unos niños, y tendrán que transcurrir muchos años antes de que desempeñen un papel en el comercio de grano.

Además, mientras hacía negocios aquí, ha llegado a mi conocimiento que Dionisio de Heráclea es mucho más poderoso en la región de lo que suele afirmarse en Atenas, y Herón, pese a su bravuconería, no tiene la menor esperanza de conquistar Heráclea o Sinope. Dicho esto, quizá deberíamos tomar en consideración un cambio en nuestra política. Tras haber observado de primera mano sus prácticas comerciales, me temo que nuestro aliado en Panticapea quizá resulte difícil e incluso peligroso. Heráclea, en cambio, me ha impresionado con su eficiencia, su cultura y las grandes cantidades de grano de que dispone.

Asimismo deseo que nuestro amigo común comprenda que nuestro socio en Panticapea y nuestro amigo en Tracia tal vez no serán amigos para siempre. Quisiera tener la libertad de decidir a quién recurrir en tal caso, pero aguardaré consejo.

Entretanto, los envíos de grano de Panticapea, Heráclea y Sinope deberían llegar al Pireo con la próxima luna. Piensa en mí cuando desembarquen sus cargamentos.

Estoy sentado bajo una luna preciosa tras una puesta de sol tan esplendorosa que podría desear tu estilete y tu ingenio inspirado por la musa en lugar de los míos.

Escríbeme y cuéntame qué sucede ante la mirada de Atenea, la de los ojos grises.

Releyó la tablilla, tachó un par de frases y reescribió la carta dos veces. Luego cogió tinta y papiro y la pasó a limpio. Estaba tan absorto en la tarea que no reparó en que Lucio había entrado en la habitación a oscuras.

—¡Por Marte, hermano! Vas a perder la vista.

La voz de Lucio sobresaltó a Estratocles, pero su trazo era firme y su caligrafía perfecta. El latino se inclinó sobre la mesa.

—O eres escriba o un puñetero *aristos*, Estratocles.

Éste se apoyó en el respaldo y movió los hombros para desentumecerse.

—Adivínalo.

Lucio se sentó en una banqueta plegable y alcanzó al ateniense una copa de vino.

—¿Ese Menandro es Menandro el dramaturgo? Marte y Venus, hermano, eres el amigo que siempre he querido tener. ¡Mira este pedazo de casa! ¿Y conoces a Menandro? —Guiñó el ojo—. No me importaría aprender a vivir así.

—Crecimos juntos —respondió Estratocles, encogiéndose de hombros, y se llevó un dedo a la cicatriz del rostro—. Hermes, cómo me duele la cara. —Se rio—. Antes se me consideraba un hombre guapo.

—Bah —dijo Lucio—. Ahora pareces un héroe. O un villano. Un hombre de acción. No un mariquita aristocrático griego. —Estaba leyendo por encima del hombro de Estratocles—. Herón te gustó tan poco como a mí, ¿eh?

Estratocles negó con la cabeza.

—No me gusta que la gente lea por encima de mi hombro.

—¡Perdón!

Lucio se apartó. Estratocles meneó la cabeza.

—No, no. Es algo que tengo por norma. Buena parte de lo que escribo es secreto. Espero poder compartirlo todo contigo con el tiempo, pero todavía es pronto para eso. —Sonrió para quitar hierro al asunto—. Si es que decides quedarte conmigo, claro. En cualquier caso, llevas razón. Herón me pareció un loco genial, más un peligro que un buen aliado. Quiero que Demetrio de Falero le diga a Casandro que lo plante.

Volvió a tocarse la nariz y esbozó una mueca de dolor.

—¿Eso significa que ya no tenemos que liquidar a esos dos niños? —preguntó Lucio. Iba desnudo y olía a aceite de lavanda y clavo; una verdadera mejora, pensó Estratocles.

—No. Es una orden estúpida y seguramente innoble, pero he hecho cosas peores por Atenas, y volvería a hacerlas. Necesitamos el grano de Herón. Los niños deben morir. Dispongo de otros recursos. Ya he puesto en marcha algunos.

—A los griegos no os llaman astutos porque sí. ¿Tantos espías tienes, para dejar algunos a la espera de que surja una emergencia?

—Sí —respondió Estratocles con un suspiro.

—Tendrías que mojar la salchicha, amigo mío —replicó el italiano, riéndose—. Y emborracharte. Vivir un poco. Te enviaré a la pelirroja. No tiene prejuicios.

—En realidad no estoy tan apurado como para tirarme a una bárbara —dijo Estratocles, con un gesto de negación.

Lucio se rio a mandíbula batiente, haciendo temblar las tablillas de encima de la

mesa.

—Marte y Venus, amigo. Tienes una sangre fría impresionante. —Se levantó—. Si no la quieres... —Renqueó hacia la puerta, pues la pierna herida apenas soportaba su peso, pero se detuvo en el umbral—. Lo que has dicho... sobre los secretos... ¿Seguiré a tu servicio?

—Por supuesto que sí.

—Soy todo tuyo —dijo Lucio.

«Ya lo sé», pensó Estratocles, pero se guardó de decirlo en voz alta. Se limitó a beber un sorbo de vino y a repasar su carta una vez más.

Cabalgaron toda la noche y todo el día siguiente, cambiando de caballo cada hora y las mulas de la camilla cada dos. Néstor les proporcionó guías y dos soldados, Felipe y Draco, además del médico. Sófocles era mal jinete y un lastre constante para sus ánimos, pues se quejaba en cada curva del camino.

Cruzaron la llanura que se extendía al sur de la ciudad, cabalgando entre largas hileras de granjas donde trabajaban ilotas mariandinos. Los labriegos los observaban desde los campos y, en una ocasión, una mujer sentada en un banco delante de su casucha escupió al suelo al verlos pasar. Los guías también eran mariandinos. Sátiro se preguntó si alguno de los dos, Glauco o Locris, compartía los sentimientos de sus paisanos.

Cruzaron el río Kales hacia el mediodía y acto seguido emprendieron el ascenso a las montañas de Bitinia. Los guías estaban perplejos por la velocidad de la marcha y se unieron a las quejas de Sófocles y Calisto a propósito del ritmo que llevaban. Cuando el sol comenzó a ponerse, incluso los soldados se quejaban.

Melita les tomó el pelo.

—¿Vosotros conquistasteis Persia? —preguntó, cabalgando cerca de ellos—. Sin duda fuisteis a pie.

Eso los mantuvo en marcha una hora más. Acamparon junto a un afluente del Kales; el valle del río se extendía a sus pies y el mar se vislumbraba justo al borde del distante horizonte.

Filocles efectuó todo el trayecto en silencio. Desmontó sin decir palabra, sacó un ánfora de vino con bastante ceremonia y se puso a vaciarla pese a las miradas iracundas de Terón. No tardó en caer dormido.

Los gemelos lo observaban, heridos en sus sentimientos pero incapaces de expresarse. Al cabo de un rato, ignorados por los soldados, improvisaron un camastro en el que tendieron a Calisto y también ellos se acostaron.

A la mañana siguiente eran un amasijo de contracturas y dolores. Calisto estaba despierta y se quejaba, pero Terón los tuvo a todos en la silla una hora después del alba.

—¿No entendéis que si nos atrapan nos matarán a todos? —dijo—. Metéoslo bien en la sesera... o la resaca —agregó, fulminando a Filocles con la mirada.

—Nadie podrá mantener el ritmo que marcaste ayer —rezongó Draco—. Danos un respiro.

—Quedaos atrás si necesitáis descanso —replicó el corintio—. Dejaremos la litera y Calisto irá a caballo. ¡Tenemos que avanzar más deprisa!

Después de cabalgar durante una hora, Calisto se puso a vomitar. Devolvió todo el desayuno y proclamó que no podía cabalgar ni un estadio más.

—¡Me sangran los muslos! —gimoteó.

Terón se acercó a ella y la bajó del caballo para sentarla en su propia silla.

—¡Adelante! —ordenó.

A mediodía se detuvieron para almorzar y Draco ofreció a Sátiro un trozo de salchicha de ajo.

—¿Tu instructor tiene intención de cabalgar a este ritmo hasta que alcancemos a Eumeles? —preguntó.

Sátiro dirigió una sonrisa cansada al macedonio, contento de que hubiese decidido no seguir enfadado.

—Mi hermana y yo podemos seguir así durante días. Es como cabalgamos en el mar de hierba.

—Preferiría morir —dijo Felipe, meneando la cabeza. Se encogió de hombros—. Pero no lo haré. Os pongo por testigos. No moriré.

Calisto estaba tumbada en la poco homogénea hierba del monte, sollozando. Antes de reanudar la marcha, Terón la cogió como si fuese un saco de grano y la sentó en su regazo.

—Estas malditas montañas están llenas de salteadores —dijo Draco, vigilando las laderas entre las que cabalgaban.

—Vamos demasiado deprisa para los salteadores —respondió Felipe. Señaló a Terón con el mentón—. El atleta sabe lo que se hace. A esta velocidad, cualquier bandido que nos vea se quedará rezagado.

—Esta noche habrá que montar guardia —dijo Draco. Juntó las rodillas para relajar los muslos e intentó sentarse en la grupa de su caballo—. Príncipe, ¿estás dispuesto a probar? Tengo entendido que eres todo un espadachín.

Sátiro miró hacia otro lado, sin tener claro —como siempre le ocurría con aquellos hombres— si le tomaban el pelo o lo elogiaban.

—Haré un turno —contestó.

Draco acercó su castrado a la montura de Terón.

—¿Tres turnos? ¿Tú y el espartano, el chico y yo, y Felipe y los guías? —Miró al médico ateniense sin disimular su desdén—. ¿Y tú, Sófocles? ¿Sabes luchar?

—Preferiría no hacerlo —dijo el físico.

—Qué servicial. Vosotros, ilotas, ¿qué decís?

Los guías, Locris y Glauco, cruzaron una mirada.

—No estamos autorizados a usar armas, señor —adujo el primero.

—¿Sabéis lanzar la jabalina? —preguntó Draco.

Ambos asintieron tras vacilar un momento.

—¿Y la honda? —preguntó Filocles. Fue la primera cosa sensata que dijo en todo

el día.

Una vez más, los ilotas se miraron un momento. Al cabo, Locris asintió:

—Sabemos usar la honda.

Draco y Filocles cruzaron una mirada. Draco se volvió hacia los ilotas y asintió a su vez.

—¿Por qué no os hacéis unas hondas cuando acampemos? —sugirió—. Os daré a cada uno una jabalina y mi autorización para portarla.

—Gracias, señor —dijo Locris al macedonio. Todo el mundo era un señor para los ilotas.

Durante la cena, ambos se sentaron junto al fuego a deshacer una bolsa de malla para usar el cordel y luego se pusieron a hacer sendas hondas. Entretejían las fibras, trezándolas tan deprisa que Sátiro no podía seguir el movimiento de sus manos.

Filocles se fijó en él.

—En Esparta, un ilota es capaz de hacer un arma con cualquier cosa —explicó—. Los espartiatas no cejan en su empeño por desarmarlos, y los pobres diablos nunca se dan por vencidos. —Se acarició la barba—. Diez honderos vencerán siempre a un hoplita.

Sátiro tuvo ganas de decir «¡Estás sobrio!», pero sabía que resultaría contraproducente.

—Hace semanas que no me has dado una lección —dijo, como si pedir lecciones a su preceptor fuese lo más normal del mundo.

Filocles le sonrió sin separar los labios.

—Las últimas tres semanas han sido una concatenación de lecciones, chico.

Sófocles, el médico, sacó un odre.

—¡Toma! —dijo, ofreciéndoselo a Filocles—. ¡Bebe un poco de vino!

Filocles lo apartó de un manotazo.

—Meados de rata. —Sacó el suyo—. ¿Quieres? —preguntó, con expresión contrariada. Lanzó el odre a Sátiro como un espadachín.

El muchacho estaba en cuclillas, apoyando los antebrazos en las rodillas.

—No —dijo—. No quiero vino. Y preferiría que tú tampoco tomaras. —Se le quebró la voz al decirlo. Filocles le daba miedo cuando adoptaba aquella actitud—. ¿Por qué tienes que ponerte así?

—Te gustaría saberlo, ¿verdad? —respondió el preceptor, y comenzó a beber.

El médico miraba al espartano hecho una furia. Luego le ofreció vino a Melita, que lo fulminó con la mirada.

—Guárdate tu vino para ti —le espetó.

Sófocles se marchó muy ofendido.

Más tarde, cuando todos estaban acostados en sus mantas, Filocles se puso a cantar. Sátiro no conocía la tonada, pero parecía marcial, con un ritmo muy marcado.

El hombretón bailaba junto al fuego, pisoteando el suelo al compás de la música que cantaba. Las posturas de la danza recordaban el pancracio, y luego el manejo de la espada, y luego un desfile militar. El baile de Filocles era precioso, y él danzaba sin tregua, con su voz como único acompañamiento.

—Malditos espartanos —masculló Felipe.

—Tendríais que hacer algo con él —dijo Sófocles.

Finalmente, justo antes de que Sirio se ocultara, el espartano se sentó de repente, como una aceituna vareada, y rompió a llorar.

Fue una noche muy larga.

—Hoy te veo muy apagado, hermano —dijo Melita. Ella, en cambio, no estaba nada cabizbaja. Cabalgar la liberaba, y ese espíritu de libertad le asomaba al semblante cuando tenía un caballo para montar.

—Pensaba en las sandalias de Harmone —dijo Sátiro—. Tenía cuatro pares. A estas alturas ya la habrán vendido. Era la encargada del guardarropa del tirano; un empleo de verdad, haciendo algo que le gustaba. ¿Qué será de ella?

—Cualquier burdel estará contento de ficharla, chaval —dijo Draco, riéndose—. Le encanta el jugueteo.

—¡Será una puta! —protestó Sátiro con la vehemencia propia de la adolescencia.

—¡Por las tetas de Afrodita, chico! Con perdón de tu hermana, por supuesto. ¿Te has enamorado de ella? Es de las que siempre caen de pie.

—O de espaldas —apostilló Felipe con una mirada lasciva.

—Creo que mi hermano se refiere a que quizá quiera hacer algo más en la vida que sudar debajo de tipos como vosotros —dijo Melita, remilgadamente.

Aquello hizo callar a los dos macedonios durante veinte estadios.

Al cabo de un rato, el médico ateniense se echó a reír.

—Nunca se habían planteado que las mujeres sean humanas —dijo—. ¡Bien hecho!

—¿Por qué se alegra cada vez que discutimos? —preguntó Sátiro a su hermana.

—¿Has estado en Atenas? —preguntó ella a su vez, riéndose.

—¡Pues claro! ¡No había caído! —dijo el muchacho, dándose una palmada en la frente.

Justo después de la pausa para almorzar se toparon con una caravana que iba en sentido contrario. Componían el convoy dos mercaderes de Heráclea que acarreaban sal, alumbre y una remesa de lapislázuli a lomos de cuarenta asnos, con diez guardias mercenarios, dos de ellos heridos.

Terón detuvo su grupo en un trecho ancho del tortuoso sendero de montaña y se pusieron a un lado para que los asnos pudieran pasar en fila.

—¿Ha habido pelea? —preguntó Filocles.

Uno de los mercaderes se aproximó.

—Después del próximo collado, el monte está plagado de bandidos, antiguos soldados. —Miró al grupo y se detuvo en las dos chicas—. Más vale que regreséis con nosotros. Os matarán para hacerse con las mujeres.

Filocles aflojó la espada en su vaina.

—¿Tenéis vino para vender? —preguntó agresivamente.

El mercader se achicó un poco.

—Quizás encuentre un odre —dijo. Pensaba que le estaban amenazando; resultaba obvio por la manera en que miraba las laderas.

Terón fulminó a Filocles con la mirada, pero éste no le hizo el menor caso. Pagó una lechuza de plata por un odre de vino, una cantidad insólita, y el mercader sonrió amistosamente.

—¡Bébetelo a mi salud! —dijo.

Terón desenvainó la espada mientras Filocles estaba distraído con el mercader y cortó el odre que sostenía el espartano, que se quedó sujetando el cuello. El vino gorgoteó al derramarse en el polvo del camino.

—Desmonta y lámelo, si eso es lo que quieres —lo retó Terón.

No hubo advertencia. Filocles saltó a la montura de Terón, y ambos cayeron por el otro lado de los caballos, hechos una maraña de brazos y piernas. Filocles quedó encima del corintio y le arreó dos tremendos puñetazos en la cabeza, rompiéndole la nariz, que le sangró a chorros.

Sátiro quiso acercarse a su caballo, pero un brazo macedonio le impidió pasar.

—Deja que luchen —dijo Draco—. El cabrón del espartano se lo ha buscado. Además, quiero ver esto.

Pese a la nariz rota, Terón agarró los brazos de Filocles y comenzó a apartarlo de encima de su pecho. Consiguió levantar las caderas en una asombrosa demostración de fuerza, y luego rodó por el suelo, dio una voltereta y de pronto quedó libre de su agresor. Se había levantado tanto polvo como en una pelea de perros. Sátiro vio que Terón agarraba a Filocles del pelo, y de pronto se oyó un escalofriante chasquido sordo: Filocles había encajado un golpe fortísimo en la cabeza del corintio.

—Diez dáricos de oro al espartano —dijo Felipe.

—¿No habría que separarlos? —preguntó Sófocles, pese a que se estaba divirtiendo.

Los macedonios no le prestaron atención.

—Hecho. Eres un idiota. —Draco se volvió hacia Sátiro—. Toma; eres un príncipe. Tú guardas el dinero.

El atleta estaba de pie sujetando a Filocles por el pelo. Había recibido tres golpes fuertes y su rostro traslucía dolor, pero arremetió de nuevo, agarró una mano del espartano y, de repente, como por arte de magia, tuvo a Filocles de rodillas en el

polvo con un brazo detrás de la espalda.

—¡Ríndete!

—¡Que te jodan! —le espetó el espartano.

—Te romperé el brazo —amenazó Terón, y presionó más la articulación.

Filocles rugió de rabia y dio una patada hacia atrás con el pie derecho. Pese a estar desequilibrado y dolorido, fue un golpe inteligente, pero Terón no había competido en los Juegos Olímpicos en vano: soltó el brazo de su contrincante, giró la cadera para esquivar el golpe y volvió a agarrarlo, todo ello como si estuviera dando una lección. Esta vez tiró de la cabeza del espartano hacia arriba y de su brazo derecho hacia abajo.

—Ríndete —insistió.

—¿Y si no? —replicó Filocles. Pese al dolor que le infligía el brazo desencajado, se las arregló para girar la cadera y clavar el codo en el vientre de Terón. Aprovechó la sorpresa para zafarse y se alejó rodando. Cuando se puso en pie, apenas podía levantar el brazo derecho.

Melita desmontó.

—Si no paráis de una vez, uno de los dos no estará en condiciones de luchar contra los bandidos —declaró, poniendo los brazos en jarras.

—Si no se somete, sus estúpidas borracheras nos matarán a todos —replicó Terón—. Pórtate como un hombre, espartano. No me estoy empleando a fondo. Podría arrancarte el brazo ahora mismo. ¿Quieres que lo haga? ¿O acaso debes fingir que puedes vencerme?

—Hablas más de la cuenta —espetó Filocles, y arremetió.

Hubo un destello y un chasquido como el de una rama que partiera el viento, y acto seguido sólo Terón estuvo en pie, agitando la mano.

—¡Apolo, señor de los juegos! —exclamó—. ¡Malditos espartanos!

Filocles yacía inconsciente en el polvo. Sófocles desmontó cansinamente y fue a examinarlo, mirando enojado a Terón.

Locris y Glauco tenían los ojos como platos.

Los últimos guardias de la caravana se alejaron corriendo, pasándose dinero y riendo nerviosamente. Sátiro entregó a Draco todo el dinero que tenía en su gorro.

Hicieron falta los dos macedonios y Terón para cargar al espartano a lomos de su caballo, y prosiguieron la marcha, avanzando despacio hasta que Filocles volvió en sí. Su mirada se cruzó con la de Sátiro, quien le sonrió. El preceptor le guiñó el ojo. El muchacho se abstuvo de hablar y, al cabo de un rato, levantó una mano.

—¡Alto! —ordenó.

Desmontó de su caballo y entre él y Felipe bajaron al espartano al suelo. Filocles caminó un buen rato llevando el caballo sujeto por las riendas, en silencio. Al cabo montó de nuevo a lomos de la bestia sin usar el brazo derecho. Siguió cabalgando con

la cabeza apoyada en la crin de la yegua.

Nadie dijo palabra hasta que acamparon.

—¿Te ves con ánimo de montar guardia? —preguntó Terón a Filocles. Todas las cabezas del campamento se volvieron.

—¿Por qué no la pasas conmigo? —preguntó Filocles a su vez.

—Lo haré —respondió Terón.

Filocles miró en derredor.

—Quiero al médico en mi turno —dijo. Su tono daba a entender que tenía ganas de follón.

—Yo no monto guardia —dijo Sófocles—. Necesito estar despejado.

—Como quieras —dijo Filocles—. Iré dándote patadas cada tanto.

Sátiro se preguntó por qué Terón no se inmiscuía, pero el caso fue que no lo hizo.

—Quiero decir algo —dijo Sátiro a su hermana.

Melita negó enérgicamente con la cabeza.

—Creo que Terón sabe lo que está haciendo. No te entrometas. —Se frotó la barbilla—. Aquí está pasando algo... Filocles y Terón. Y el médico. No lo capto.

—Filocles está tramando algo y Terón sabe de qué va —dijo Sátiro, que también se sentía desconcertado. Se acostó pensando en ello.

Fue Filocles quien despertó a Sátiro para su turno de guardia. Las mantas eran cálidas, y su hermana se había arrimado a su espalda para protegerse del frío aire del monte, pero se levantó, cogió la lanza que le ofrecían y se sentó junto al fuego con Draco.

El soldado asintió.

—¿Es la primera vez que haces esto, chaval? —preguntó.

—Mi madre nos hacía montar guardia en el mar de hierba —contestó Sátiro—. Iré a echar un vistazo a los caballos.

—Buen chico —dijo el macedonio.

A lo largo de su turno mantuvieron dos o tres conversaciones semejantes y, al cabo, Sátiro estuvo envuelto en mantas de nuevo, durmiendo.

El día siguiente, al despertar, descubrieron que los dos guías se habían ido, aunque sólo se habían llevado consigo las jabalinas que les habían dado.

Los dos macedonios querían darles caza, pero Filocles se opuso:

—¿Cómo vamos a encontrarlos? —preguntó—. Eran nuestros guías. Conocerán los caminos y los montes. No debemos salir del sendero.

Cabalaron cuesta abajo, adentrándose en un profundo valle donde hicieron un alto para almorzar. Los dos macedonios estaban constantemente en alerta, pero no sucedió nada. Comieron de pie junto a los caballos y, tras ensillar a los de refresco, siguieron cabalgando. Calisto gemía de vez en cuando. Ahora montaba su propio poni y se la veía tan desdichada que nadie la habría considerado hermosa. El médico

vigilaba las laderas.

A una hora del valle, Draco adelantó a Sátiro y acercó su caballo al de Terón.

—Acabo de ver un destello de metal en la ladera —dijo—. Justo encima de nosotros.

—Yo también lo he visto —dijo Filocles—. Puesto que estás al mando, corintio, ¿puedes decirnos qué estamos haciendo?

Terón los miró.

—Somos cuatro luchadores consumados, un chico que sabe por qué extremo se agarra la espada y una chica capaz de matar si es preciso. Si son tan idiotas para atacarnos, acabaremos con ellos. Todos los bandidos son unos cobardes.

—Aquí no, atleta —replicó Draco con un gruñido—. Aquí casi todos son veteranos de Arbela y de Issos, o de la guerra entre Atenas y Macedonia.

—¿La que Macedonia perdió? —preguntó Sófocles—. Nosotros la llamamos la guerra Lamiaca.

Incluso a Melita, que no soportaba al médico, le sorprendió la malevolencia de su voz.

Filocles intentó mover el brazo desencajado y el dolor le demudó el semblante.

—¿Alguna otra idea brillante, corintio?

Terón le sonrió.

—Dado que estás sobrio, ¿por qué no nos dices tú qué hay que hacer, Filocles? —replicó Terón.

Filocles guardó silencio. Sostuvo la mirada del atleta y, tras una pausa que se prolongó demasiado, dijo:

—Preferiría no hacerlo.

Terón miró en derredor.

—Yo iré delante. En cuanto comiencen a disparar, nos lanzamos al galope. Hemos cambiado de caballo hace poco y podemos aventajarlos si nos persiguen. Si a los gemelos no les importa cubrirnos con sus arcos, tanto mejor para todos.

Melita sonrió de oreja a oreja.

—Creía que te habías olvidado de mí —dijo, y sacó el arco de su *gorytos*.

—Guarda eso —indicó Filocles—. No deben saber que los hemos visto. Sácalo cuando nos ataquen, no antes. Y Melita, no dejes que te cojan. ¿Entendido? He sido muy testarudo; tendría que haberos hecho dar media vuelta cuando encontramos la caravana. —Miró al suelo y luego a Terón—. No permitas que cojan a los niños.

—¡Nada de retroceder! —exclamó Felipe. Se irguió en la silla—. Veamos a cuántos podemos enterrar, ¿eh?

Draco asintió, aunque con los labios fruncidos.

—Si regresamos, iremos de cabeza a una muerte segura —dijo Terón con aire abatido—. Si nos libramos de los bandidos...

El médico lo interrumpió. Estaba muy pálido.

—Creo que no estás pensando con claridad. ¿Y si son muchos? Regresemos. Aún estamos a tiempo de tomar un barco en Heráclea...

Terón ni siquiera volvió la cabeza.

—No vamos a regresar.

—¡Es una locura! —exclamó el ateniense, salpicando baba al hablar—. ¿Has perdido el juicio? ¡Podemos cabalgar un día deshaciendo el camino y luego bajar por los puertos gordianos con una caravana de verdad! ¡Demos media vuelta!

—Basta de cháchara —exigió Filocles, y miró a Terón.

Sátiro tuvo claro que aquella mirada encerraba un mensaje.

Entonces el espartano hincó los talones en la cincha para que su castrado avanzara.

—Iré yo delante. El brazo no vale para nada y así igual me como la primera lanza —declaró, con la mirada resuelta de un hombre comprometido con un plan.

—Tenemos armaduras —terció Sátiro.

—Si nos las ponemos deducirán que estamos enterados de su presencia —contestó Draco, desdeñoso.

Sátiro negó con la cabeza.

—Nos paramos y Melita se escabulle para hacer un pipí, de manera que lo vean bien desde arriba. Entonces te pones la coraza debajo de la clámide mientras ella finge que está cagando.

Felipe se rio y miró a Sátiro como si volviera a evaluarlo.

—Estás hecho todo un general, chico —dijo, y le revolvió el pelo.

—¡Alto! —ordenó Terón. Se volvió hacia Melita. Levantando demasiado la voz, dijo—: Muy bien, princesa. Ve a hacer tus necesidades.

Con una plausible imitación de una chica avergonzada, Melita trepó hasta detrás de una roca que quedaba a su izquierda y la oyeron murmurar para sí mientras buscaba a tientas entre sus numerosos quitones.

Sátiro tenía un pequeño *thorax* de escamas procedente de la herrería de Kinón. Desmontó por el lado del valle con el corazón en un puño y se dirigió a su bestia de carga con el mínimo alboroto. El *thorax* estaba envuelto en piel de cabra. La desenrolló en el suelo, devolvió la piel a la alforja y se puso la protección. Por último se ciñó el cinto de la espada y la cubrió con un manto.

—Esto es una insensatez, chico —dijo Sófocles—. Llama a tu hermana y nos largamos. Ese espartano va de cabeza a una muerte segura y quiere arrastrarnos a todos con él.

Sátiro se encogió de hombros dos veces debajo de la armadura, tratando de ajustársela al pecho. Le apretaba. Desató uno de los cordones y lo volvió a anudar. No sabía qué decirle al médico, de modo que no le hizo el menor caso. No necesitaba

que le metieran más miedo.

Sófocles se alejó.

Los dos macedonios dieron un buen espectáculo, apostando a quién era capaz de mear más lejos. Luego se quejaron de lo mucho que tardaban las mujeres y acabaron discutiendo a propósito de la apuesta hasta que Felipe amenazó con mojar a su compañero.

En una revelación súbita, la mente de Sátiro por fin asumió que iban a luchar. El muchacho sintió una opresión en el pecho, como si la armadura aún le apretara demasiado. Miró a Filocles a los ojos.

—¿Estás asustado, chico? —preguntó el preceptor.

Sátiro decidió que asentir con la cabeza sería mejor que hablar.

—Yo también —dijo el espartano. Sonrió—. De todos modos, no voy a matar a nadie, así. —Hizo una mueca de dolor al meter el brazo izquierdo en la armadura que había elegido—. Apriétamela, chico.

—El médico tiene más miedo que yo —declaró Sátiro.

—Hummm —contestó Filocles.

Sátiro le puso la armadura a Filocles mientras Calisto se quejaba de los muslos, los caballos y el mundo. Sátiro no pensó que estuviera fingiendo. El galeno, montado en su castrado, miraba de un lado para otro como si todas las rocas fueran a vomitar bandidos.

En ese momento Terón llamó a Melita, gritándole que era una cagona. La chica salió de detrás de la roca y reanudaron la marcha.

Sátiro apenas podía respirar. Tenía que contenerse para que la mano derecha no aferrara el puño de la espada y que la izquierda no sacara el arco del *gorytos*. El sendero se volvió más empinado y los recodos eran tan cerrados que no alcanzaban a ver un estadio después de cada curva. No había árboles, sólo matorral, rocas, hierba de verano y más rocas.

—Será de un momento a otro —dijo Felipe apenas unos instantes antes de que una flecha alcanzara a Filocles entre los hombros.

La punta no penetró las escamas de bronce, y el espartano soltó un grito y se puso a galopar.

Detrás de Sátiro, el caballo del médico fue presa del pánico y el ateniense intentó que la bestia girase en el estrecho sendero, bloqueando el paso.

Sátiro miró en derredor, vio una flecha que surcaba el aire hacia él y se agachó, al tiempo que cogía su arco. Su caballo saltó hacia delante y Sátiro le dio rienda suelta. La bestia arremetió adelantando a Filocles y de pronto el joven príncipe se encontró en la vanguardia, una posición que no deseaba. El caballo recibió dos flechas y las patas le fallaron, lanzando a su jinete al pedregal por el que discurría el sendero con tanta fuerza que el muchacho rodó por el suelo apartándose de la bestia agonizante y

se precipitó por el borde del camino. Cayó cuan largo era y el golpe le vació los pulmones. La cabeza le retumbó.

Tardó un rato en recobrar la vista. Oyó gritos en el sendero, y luego el sonido metálico del hierro o el bronce al chocar. Al cabo recuperó el control de sus pulmones; y luego, instantes después, pudo mover los miembros. Estaba tendido en una plataforma de piedra un poco más ancha que su cuerpo. Se puso de pie y comenzó a recoger flechas, que habían quedado desperdigadas a su alrededor después de la caída. Recogió diez o doce y volvió a meterlas en el *gorytos*, sintiendo la presión de la lucha que se libraba encima de él.

Melita gritó algo y Sátiro oyó el zumbido de una flecha.

Fue hasta el final de la plataforma y apoyó un pie sobre una roca lisa que sobresalía. Le iba a estallar la cabeza. En cuanto logró asomarse al sendero, vio a Terón de pie, con la clámide en el brazo y la espada en el puño, junto a Filocles, que estaba en la grava agarrándose la rodilla. Había otro hombre tendido en el sendero. Draco y Felipe se encontraban un poco más atrás, rodeados por un grupo de hombres, y Melita se hallaba entre ellos, todavía montada, disparando flechas.

Sátiro se dio cuenta de que nadie le había visto. Se encaramó al borde del sendero y se puso de pie, tan sólo a unos pocos largos de caballo de Terón. Después cargó una flecha, obligándose a hacerlo despacio para tensar bien la cuerda. Respiró profundamente, alzó el arco y sólo entonces se permitió mirar el desesperado enfrentamiento que se libraba a pocos metros de él.

Eligió a uno de los adversarios de Terón. Los bandidos llevaban armadura, pero Sátiro disponía de todo el tiempo del mundo para apuntar a la parte trasera del muslo; un disparo fácil a tan corta distancia. La pierna flaqueó, y el salteador se desplomó.

«Todos llevan armadura.» Sátiro estaba asimilándolo cuando Terón, libre de su oponente, hizo una finta con la espada y arreó una patada al escudo del otro bandido, que cayó hacia atrás. Terón le dio una patada entre las piernas y lo liquidó de una estocada en el cuello, mirando ya en derredor.

El otro adversario de Terón cometió el error de pensar que Filocles estaba fuera de combate. Cuando pasó por encima del espartano para atacar al atleta por detrás, Filocles le sujetó el tobillo con la mano izquierda, hizo una llave de tijera con las piernas, agarró al hombre por la cintura y lo derribó. Terón se volvió de nuevo hacia el espartano como si hubiesen planeado el movimiento como un paso de baile y degolló al bandido.

Sátiro tenía otra flecha en la cuerda. Su hermana disparó contra un arquero que estaba ladera arriba y falló. El arquero se agachó, pero no había visto a Sátiro, que seguía mirándolo. El muchacho disparó instintivamente, un poco alto, un poco a la derecha para compensar el efecto de la brisa.

Observó el vuelo de su flecha, excitándose al ver cómo trazaba un arco y

desaparecía en el costado del bandido. Sátiro vio todo eso, pero no así al arquero que disparó contra él. Recibió un doloroso impacto, como si cayera en agua helada, y perdió el sentido.

Había un mercado de esclavos en Krateai, aunque no era gran cosa, sólo un barracón de adobe rojo con una pesada puerta de madera. El pueblo sólo existía porque allí se bifurcaban los caminos de las montañas: el del norte bajaba hacia los valles de Gordia, mientras que el del sur pasaba por Manteneón y luego torcía a través del gran puerto hacia las llanuras de Anatolia, achicharradas en aquella época del año. Un pequeño lote de esclavos, probablemente robados por ladrones y reclamados nada más y nada menos que por el tirano de Heráclea, o como mínimo eso sostenía el factor macedonio, iba a salir con destino a Gordia.

Sátiro tenía una magulladura tan grande como su cabeza en el costado, con el centro amoratado y supurando pus a causa de la herida de la punta de flecha que la armadura de escamas no había desviado del todo. Los oídos aún le pitaban de vez en cuando, y en dos ocasiones soltó su pesada carga para vomitar. Cada vez los guardias lo golpearon con sus varas y se rieron de su debilidad.

Melita deseaba matarlos, a los dos. En su vida no había llevado una carga tan pesada, un canasto lleno de grano adquirido con amenazas en un pueblo de más abajo. En realidad era la mitad de la comida que tenía su pequeña caravana. Y el agua se estaba acabando. Los manantiales se custodiaban con celo en aquellos empinados desfiladeros, y los caudillos y reyezuelos que gobernaban desde sus aguileras cobraban muy caro cada vaso de agua.

Según parecía, no obstante, su nuevo dueño era clemente. Se detuvo para conseguirles agua y para que durmieran una noche, y compró comida. Luego puso en venta el lote entero: a Sátiro y Melita, hermano y hermana, ambos casi adultos, asombrosamente atractivos y vírgenes, a un par de griegos. También ofreció a la otra chica, asimismo una belleza pese a su palidez y a sus constantes lamentos. Sátiro iba desnudo y las chicas vestidas, y los hombres del público gritaron para que se desnudaran. Un soldado de la escolta de la caravana usó el mango de su fusta para dejar inconsciente a uno de los alborotadores, y así acalló las voces lascivas.

Los hombres pujaron por los gemelos; algunos ofrecieron sumas muy altas, pero los mercaderes griegos tenían dinero en efectivo y un sello de una gran potencia del valle, y los hombres miraron lujuriosamente a las chicas, y también al chico, mientras les ponían grilletes y se los llevaban.

A juzgar por la manera de hablar, uno de los mercaderes era espartano. Iba ya borracho de vino pese a la altura del sol, y probablemente pagó más de la cuenta por los gemelos, dado que su socio, un beocio, lo miró con mala cara hasta que su pequeño desfile salió de la ciudad por el camino del sur. A nadie se le ocurrió

preguntar por qué tenían tantos caballos los griegos ni por qué los acompañaban los guardias de la caravana del mercader.

—¿Era necesario todo esto? —preguntó Melita a Terón cuando estuvieron fuera de posibles miradas.

El corintio todavía procuraba calmar a Calisto. La esclava había pasado a ser su amante, y habían compartido las mantas casi cada noche desde el encuentro con los bandidos. Parecía tan encaprichada con él como consigo misma, pero incluso una subasta de esclavos fingida la había llevado a un estado rayano en la locura.

—Terón no te está escuchando —dijo Sátiro. Tenía la piel quemada, de un marrón oscuro, por los días que llevaba cabalgando y caminando desnudo en una partida de esclavos. Los pies se le habían endurecido como nunca antes, aunque el primer día había sido un suplicio para él, y todavía tenía una fea señal roja en el brazo izquierdo, allí donde una flecha le había atravesado el bíceps, además de la herida en el costado, que, si bien no suponía una amenaza para su vida, le dolía cuando respiraba profundamente.

Los soldados habían cooperado en hacer que el viaje resultase lo más llevadero posible, pero la farsa de ser esclavos había sido necesaria para cruzar la ciudad. Había tenido que cargar con un bulto como un esclavo, y eso le había inflamado el costado además de causarle dolorosas contracturas en la espalda. La carga había sido lo más ligera posible, pero no podían ir con las manos vacías sin llamar la atención y desbaratar todo el disfraz.

Descubrió que en los hombros había músculos que nunca había ejercitado en el gimnasio, y el pecho se le había ensanchado.

—No me ha gustado lo más mínimo hacerme pasar por esclava —dijo Melita—. En fin, somos libres. ¿Te preocupaba que no volviéramos a ser libres, hermano?

—De un tiempo a esta parte me preocupa todo —contestó el joven—. Pero sí, me preguntaba qué sucedería si los bandidos volvían a cogernos. Habríamos sido esclavos para siempre.

—En cierta medida, todos somos esclavos —dijo Filocles, balanceándose sobre su caballo.

En la refriega le habían hecho un corte en la pierna y Terón le había dado vino para aliviar el dolor, y ahora bebía tanto o más que antes de pelearse con el corintio. Sátiro estaba indignado.

—No te he visto caminar desnudo bajo el sol, preceptor. ¡Aunque sí te he visto beber vino a la sombra!

El médico ateniense se rio a carcajadas, de un modo desagradable.

—Deshazte de él —dijo—. Es un borracho.

Tal comentario no suscitó respuesta alguna, y cabalgaron en silencio mientras el

sol se ponía.

Había un antiguo puesto persa en el camino justo al sur de Geza, una minúscula aldea que probablemente existía para satisfacer las necesidades de los mensajeros del Gran Rey. Un veterano macedonio y su esposa lugareña conservaban el puesto. La partida acampó en el patio y la mujer les sirvió una cena a base de alubias y pan.

—Deberíamos luchar —dijo Terón después de cenar. Bebió un poco de agua del pozo y le pasó el cazo a Sático—. Ahora eres más alto y más fuerte.

—Lo que tú digas —dijo el muchacho, encogiéndose de hombros.

Terón le dio un golpe. No muy fuerte, pero sí lo suficiente para que le doliera.

—Eso ha sido una respuesta propia de un niño —dijo—. Yo soy tu entrenador de deportes. Tú eres Sático de Tanais, no un esclavo ni un idiota. Compórtate como corresponde.

Sático de Tanais se sentó un momento en el barro junto al pozo. Se le ocurrieron mil respuestas: amargas, sarcásticas, mordaces, ofensivas.

—Tienes razón, por supuesto —contestó, después de una pausa.

—Bien dicho. Andando.

Caminaron más allá de unos matorrales donde estaban los corrales hasta un prado donde pastaban las cabras. Melita fue tras ellos.

Sático no había luchado desde que tenía el brazo herido. Se puso en guardia concienzudamente, y el corintio comenzó a dar vueltas alrededor de él. El muchacho se sorprendió al considerar la lucha desde una perspectiva muy diferente de la que había tenido la primera vez que ambos se enfrentaron en la arena de la palestra de Tanais. Ante todo, ya no lo veía como un juego. Los combates podían ser a muerte, como bien sabía.

Los brazos de Terón tenían mucho alcance, y se acercó y lo agarró con ambas manos. Sático paró golpes y dio patadas, y tras un par de intercambios se encontró tumbado en la hierba, con una reciente contribución caliente y pastosa de las cabras en el muslo y con el costado y el hombro izquierdos gritando de dolor.

—No seas tan cauto —dijo Terón—. Sé más confiado.

—Para ti es fácil decirlo —gruñó Sático al tiempo que retorció una de las largas piernas del corintio.

Terón lo derribó mientras intentaba esquivar todas aquellas patadas.

Sático se levantó y lo intentó de nuevo. Esta vez se acercó más, procurando entrar en el radio de acción del entrenador. Intentó ser confiado y a cambio del esfuerzo terminó con la boca en la hierba.

Se puso en pie y comenzaron a dar vueltas otra vez. Decidió hacerle una llave.

Aquello acabó deprisa.

Hicieron diez asaltos. Los nuevos músculos de Sático eran una baza a su favor que le permitía resistir y, prácticamente, igualar al corintio. Pero la experiencia se

hacía notar, así como el peso y el alcance. Y el dolor. La herida del hombro le atormentaba constantemente.

—Practiquemos unas cuantas llaves —dijo Terón tras el último asalto—. Te estás cansando y aburrimos a tu hermana.

Los gemelos se pusieron lado a lado y practicaron defensas. Terón se aproximaba y alejaba de ellos, efectuando ataques sencillos de modo que sus manos y pies pudieran ser interceptados. Cuando los tres empezaron a respirar pesadamente, el instructor sacó su cantimplora y se la ofreció a sus pupilos.

—No tenía intención de que permanecierais tanto tiempo en el camino —explicó—. Pero Draco estaba convencido de que nos seguían hasta que cruzamos las montañas. Tendríamos que haber virado al sur, hacia Bitinia.

Sátiro se encogió de hombros.

—Viviremos —dijo, y su corazón comenzó a alegrarse. Se volvió hacia su hermana—. ¡Viviremos!

Durante días apenas habían hablado. Se abrazaron. Melita le besó la nariz y se volvió hacia Terón.

—Hay que impedir que Filocles siga bebiendo —declaró—. Para siempre.

Terón inclinó la cabeza.

—Él... él y yo... es difícil decirle esto a un niño. Considera que os ha fallado, y además... cree que lo he desdeñado por Calisto. —Miró a los gemelos—. Y en todo esto hay más de lo que se ve. Confiad en mí... y en Filocles.

—Yo confío en él —aseguró Sátiro.

—Sé que tienes un plan —dijo Melita.

Terón se secó el sudor de la frente con el antebrazo.

—Es posible —contestó el atleta tras una pausa.

Melita se volvió hacia su hermano.

—Calisto no era para ti, de todos modos. ¿Por qué no para Terón? Y Filocles bebe porque está maldito, no por una chica boba con grandes ojos verdes.

Se volvió de nuevo hacia el corintio, y Sátiro pensó que cada vez se parecía más a su madre.

—Mañana, en cuanto hayamos cruzado el puerto —decretó la muchacha—, todos desmontaremos, registraremos el equipaje y tiraremos hasta la última gota de vino que encontremos.

—Es un buen principio —opinó Terón—. Hasta que lleguemos a un lugar donde vendan vino.

—Cada cosa a su tiempo —repuso ella.

—Hermana, te amo con locura —dijo Sátiro. Tuvo la sensación de estar manifestando su verdadero ser, como si los últimos días hubiesen sido una piel de la que se desprendía.

Ella lo abrazó otra vez.

—Me encanta que digas estas cosas —respondió. Lo dijo en serio, de modo que Sátiro aprovechó el abrazo para inmovilizarla y hacerle cosquillas hasta que Melita le dio un sopapo.

Ninguno de los dos vio sonreír a Terón.

Al día siguiente, los soldados dijeron que habían avistado a unos bandidos. Terón decidió parar a cubierto de una arboleda y envió a Filocles y a Draco a explorar. Entonces los demás descargaron los fardos, vaciaron las alforjas, reunieron todo el vino y lo tiraron, hasta que la última ánfora derramó su contenido rojo en el polvo.

El ateniense permaneció sentado en su caballo y se rio de ellos.

—¡Es un bebedor impenitente! —dijo—. ¡Un pozo sin fondo! Nunca lo encontraréis todo.

Sátiro hizo caso omiso y siguió registrando el equipaje. Le consternó descubrir las muchas vasijas que había escondidas en los fardos. Casi cada armadura ocultaba algo, pero observó a los dos soldados macedonios y volvió a asombrarse al constatar con cuánta destreza lo registraban todo.

Felipe se llevó un ánfora a la boca. Bebió un buen trago y se la pasó a Sátiro.

—La última uva hasta que el espartano deje el vino —dijo.

Sátiro bebió un poco y se la entregó a Melita, que tomó otro sorbo antes de pasarle la vasija a Terón. Este bebió un trago largo y se la dio a Calisto, que se la terminó.

—¿Y yo qué? —preguntó el ateniense.

—Podrás tomar un poco cuando empieces a ayudar, doctor —replicó Felipe.

Cargaron todas las alforjas, canastos y fardos, los amarraron bien y reanudaron la marcha.

La diversión comenzó una vez acampados. Cuando Filocles empezó a buscar, al menos intentó ser discreto, pero poco a poco se fue desesperando.

—No queda ni una gota —le advirtió Melita. Se acercó al espartano por detrás mientras éste rebuscaba en la canasta de una armadura. Filocles se volvió hacia ella con los ojos desorbitados—. Ni una gota, preceptor. Hay dos días de viaje hasta el último pueblo que hemos dejado atrás y diez hasta el siguiente. Todos te amamos y te apoyaremos.

Le tendió la mano.

Sátiro observaba la escena con un nudo en la garganta. Terón y los macedonios fingieron estar ocupados en otras cosas. El médico miraba con la insolencia del espectador que contempla una obra pésima.

Filocles emitió una especie de gruñido que al cabo de unos instantes se convirtió en un sollozo. Luego se calló.

El silencio duró un día entero.

La segunda noche, Filocles consiguió vino en alguna parte y se lo bebió. Y entonces cayó enfermo; muy enfermo. Tan enfermo que vomitó todo el contenido de su estómago y más.

El médico examinó al espartano, despatarrado en sus mantas. Le auscultó concienzudamente el pecho y le palpó el cuello y las muñecas. Frunció los labios y negó con la cabeza.

—No puedo hacer nada —anunció—. Cuando un hombre intenta suicidarse bebiendo, lo consigue.

Terón fulminó al ateniense con la mirada y obligó a Filocles a beber agua con sal hasta que volvió a vomitar. Luego se sentó y lo abrazó.

Nadie durmió mucho.

Al día siguiente Filocles apareció tumbado en el suelo, respirando a duras penas. Los macedonios fueron a dar una vuelta, hablando entre dientes; Sátiro lanzó jabalinas y pasó largos ratos en cuclillas al lado de su preceptor.

—¿Es verdad que intenta matarse? —preguntó a Terón.

Calisto se acercó y se sentó con gracilidad junto a ellos.

—Yo intenté matarme una vez —dijo, con absoluta naturalidad. Miró al médico. Y con un tono casi guasón, agregó—: Y otra vez casi muero envenenada.

Terón los miró como si sopesara algo.

—¿De dónde sacó el vino? —preguntó Melita, que se había sentado junto a la esclava.

—Se nos pasaría por alto —dijo Terón, encogiéndose de hombros.

Melita miró a Sátiro, que negó con la cabeza.

—Felipe y Draco buscaron en todas las alforjas —aseguró—. Me fijé en ellos. Están entrenados para efectuar registros.

Sófocles se acercó, tocó con el dorso de la mano la mejilla del espartano y se encogió de hombros.

—Ya os dije que no lo encontraríais todo.

Entonces fue a sentarse al lado de Calisto y le tocó la mejilla con dos dedos. La esclava le apartó la mano, pero él le sonrió.

Melita estudió el semblante de Terón mientras éste miraba cómo el galeno tocaba a la chica. Estaba enojado.

Sátiro los observó a los tres. Había algo entre la chica y el médico. Y sin embargo, Terón era el amante de la esclava. El muchacho se rascó el mentón y sus ojos encontraron los de su hermana. De pronto en esa mirada saltó una chispa de esclarecimiento.

—Ahora caigo —dijo Sátiro, mirando de hito en hito a Melita, en silenciosa comunicación. Apartó los ojos de ella y miró a Sófocles—. No registramos tu

equipaje.

—No niego que tengo un poco de vino —admitió el físico—. Es medicinal y para consumo propio.

Terón se puso de pie de un salto. Cuando el ateniense intentó moverse, uno de los largos brazos del corintio lo inmovilizó.

—Abrid su fardo —ordenó.

—Me cae bien el espartano —dijo Calisto a nadie en particular.

—Me importa un comino saber quién te cae bien —respondió el médico.

—No quiero que muera —agregó Calisto—. Cúralo.

Sátiro abrió el petate del médico. La capa exterior consistía en dos pieles de cabra que protegían dos clámides, un vaso, una bolsa de cuero muy elegante y un par de ánforas envueltas en piel de lobo. Los recipientes eran de delicada factura: negros, con figuras rojas y blancas bailando.

—¡Ni se te ocurra tocarlas, chico! —advirtió el físico.

—Tráelas aquí —ordenó Terón.

Sátiro obedeció.

Calisto miró a Melita un buen rato, durante el que la joven le sostuvo la mirada. Sátiro reparó en ellas dos y se sintió desorientado. Estaba rodeado de secretos; incluso su hermana los tenía.

Sófocles miró a Calisto y luego levantó la vista.

—Ten cuidado con esas ánforas —advirtió—. Es vino de Chian, ¡el mejor! —agregó con una extraña inflexión.

—Dádselo a beber —sugirió Calisto, con una voz entre soñadora y distraída.

—Cállate, esclava —le espetó el ateniense—. Esto ya ha llegado demasiado lejos. Melita meneó la cabeza y dejó de observar a Calisto.

—¿Ya has elegido tu bando, chica? —preguntó. La esclava desvió la mirada—. Ahora o nunca.

La esclava miró a Sátiro, que lo entendió todo en un arrebato de inspiración, como si Atenea le hubiese susurrado todo el complot al oído. Desenvainó la espada y se plantó al lado de Calisto.

—Podemos protegerte —le dijo.

Melita le dedicó la mirada de una hermana que se alegra de tener un hermano inteligente.

—¡Elige! —la joven ordenó imperiosamente.

Calisto bajó la cabeza y el pelo le cubrió el rostro.

—En realidad no es médico.

—Eres una mentirosa y una puta —soltó el ateniense.

—Mata por dinero —prosiguió Calisto con toda calma.

—No tengo por qué escuchar esta porquería —protestó Sófocles, que comenzó a

retorcerse para zafarse de Terón.

—Calisto ha elegido su bando, traidor —dijo Melita—. Intentaste envenenarnos a nosotros y a ella, y ahora has envenenado a Filocles.

Sófocles miró en derredor.

—Pamplinas. Tal vez seas princesa, pero tienes la misma cabeza hueca que todas las mujeres. La salvé cuando la envenenaron y...

Terón lo sujetó con más fuerza, con la inspiración escrita en el semblante.

—La salvó el espartano —dijo lentamente—. Tú sólo hiciste tu papel. Entonces no me di cuenta. —Señaló con el mentón al espartano recostado—. Él sí. Él vio tu juego, cabrón.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —preguntó Sátiro a su hermana.

—Hace un momento —contestó Melita con una sonrisa forzada—. Calisto me lo ha dicho con la mirada cuando has encontrado el vino.

—Entonces ella también está implicada —dedujo Draco. Desenvainó la espada.

—Sí —reconoció Calisto. Suspiró—. Me ofrecieron dinero y la libertad —explicó, mirándolos a todos.

—Igualo la oferta —dijo Melita con orgullo—. Serás libre en cuestión de días, Calisto.

Todo iba demasiado rápido para Sátiro, que miraba a unos y a otros.

—No tenéis pruebas —protestó el médico—. Esto es una locura.

—Yo no necesito pruebas —afirmó Draco—. Mierda, tuvieron que colocarlo en la corte. ¿Quién te envió, lameculos?

Su espada centelleó cuando golpeó al ateniense con la empuñadura de bronce.

El paso a la violencia pilló desprevenido al médico, si es que en verdad lo era, y cayó al suelo agarrándose la cabeza. Sátiro saltó encima de él y lo inmovilizó con una llave clásica de posesión: la cabeza hacia atrás y el brazo retorcido, a punto para romperlo.

—Basta —exigió Terón, mientras el médico forcejeaba y no paraba quieto, aunque sin lograr deshacerse del impasible corintio.

Los gemelos cruzaron otra mirada.

—¿Te gustaría vivir? —preguntó Sátiro, al tiempo que se levantaba.

—Pues claro —dijo el ateniense. Si se las quería dar de arrogante, fracasó. Más bien pareció preocupado, cuando no aterrado.

El muchacho intentó mirar a Calisto.

—Salva a Filocles y te dejaré vivir —dijo Sátiro—. Delata a tu patrono y permitiré que te marches.

Miró en derredor. Terón asintió y, al cabo de un momento, Draco se encogió de hombros.

—Me parece muy bien, príncipe, pero de todos modos puedo sonsacárselo. —El

guardia esbozó una media sonrisa—. Maldito traidor. Malditos atenienses, ¿eh?

—Desde luego que sí, colega —dijo Felipe. Tenía un puñal muy elegante en la mano, de acero, una raya azul brillante bajo el sol—. Dejádmelo un momento y me encargaré de que cante todo lo que sabe.

—¡Jura por Zeus Sóter que podré marcharme! —exigió Sófocles.

—Juro por Zeus Sóter que no te haré daño y que, si delatas a tu patrono, te dejaré en libertad —dijo Sátiro.

—¡Haz que tus amigos lo juren! —insistió el ateniense.

—Juro que ordenaré que nadie te haga daño —el joven miró en derredor—, durante un día.

—Lo juro —dijo Terón.

—Lo juro —dijo Melita.

—Juro por Zeus Sóter que mereces la muerte y que espero que te halle pronto —dijo Calisto—. Pero juro no hacerte daño. ¡Hoy!

Felipe y Draco cruzaron una mirada y se encogieron de hombros.

—Escucha, príncipe, esto es importante. Si ha traicionado a nuestro tirano ha perdido el derecho a la vida. No te corresponde a ti...

Sátiro no dio su brazo a torcer.

—Te entiendo. Pero yo estoy aquí, y Dionisio de Heráclea se encuentra muy lejos. Sólo un día de gracia. Es lo único que juro. Que disponga de un día.

Felipe miró a Draco.

—No sé...

El macedonio asintió.

—Juramos por Zeus Sóter no hacerle daño durante un día.

Filocles dio un resoplido.

—Ahí lo tienes, ateniense —dijo Sátiro—. Sálvalo o muere.

El médico tomó aire, enfurecido.

—En la bolsa de cuero hay un tarrito negro; eso es. Dale un poco con agua.

Sátiro hizo la mezcla mientras Terón mantenía inmovilizado al ateniense.

—No surtirá efecto hasta dentro de una hora —graznó el médico—. ¿Vas a tenerme sujeto todo el rato? —Negó con la cabeza—. Todo ha salido al revés. Ese hombre debería estar muerto. Todos deberíais estar muertos.

Nadie se molestó en contestarle. Draco calentó agua y Sátiro añadió el polvo anaranjado siguiendo las instrucciones del médico. Luego se lo dio a cucharadas al espartano.

—Ahora canta quién te contrató —exigió el guardia.

—Me contrató Estratocles —dijo el ateniense, encogiéndose de hombros y mirándolos a todos—. Ahora soltadme.

Melita negó con la cabeza.

—Draco, ¿cuánto tiempo ha pasado este hombre en la corte del tirano?

El macedonio se encogió de hombros.

—¿Dos meses? Como mínimo desde el festival de Heracles.

—¿Cuánto tiempo estuvo Estratocles en Heráclea? —preguntó Sátiro, más que nada para demostrar que sabía qué tenía su hermana en mente.

A Felipe le brillaron los ojos y Draco miró a los gemelos con abierta admiración.

—Sois muy sagaces —dijo.

Sófocles parecía decepcionado. Sátiro casi tuvo que admirar su coraje; llegados a ese punto, él estaría farfullando aterrorizado. Sin embargo su odio por el ateniense no hizo sino aumentar. Era como si alardeara del desdén que sentía por ellos.

—Me contrató Estratocles mucho antes de que él o yo llegáramos a Heráclea —confesó.

Melita escupió, tal como hacían los sakje para demostrar su desdén.

—Mientes —espetó.

—Habéis prestado juramento —le recordó el médico—. Así que soltadme. Os he dicho cuanto tenía que deciros.

Sátiro procuró imitar la manera de expresarse de Filocles.

—Sería un buen sofismo —dijo— pretender que, después de semanas de traición y múltiples intentos de asesinato, estuviéramos equivocados al prescindir de tu interpretación de nuestro juramento. —Se encogió de hombros—. Aunque te admiro por el intento —agregó.

«¡Caray! Ésta ha sido buena. Menudo sarcasmo.»

—Estratocles —insistió el médico—. Es todo lo que sé.

—Sabe más que eso —terció Calisto.

—Estás muerta, ¿sabes? —dijo Sófocles—. Estás puñeteramente muerta. Todos vosotros lo estáis, en realidad. Tiké os ha protegido hasta ahora; en mi vida había tenido tan mala suerte como en estas tres últimas semanas, y este puto borracho tumbado en el suelo se las ha arreglado para mantenerme alejado de vuestra comida cada vez hasta que me di cuenta de que no era mala suerte. De modo que a joderse, Calisto. Sé que sabes hacerlo. Tal vez les diga lo que hiciste por mí. ¿Sabe Terón a cuántos de nosotros atiendes?

El corintio se volvió hacia ella y la esclava ocultó el semblante.

—A ver si así aprendes, puta desleal —le espetó Sófocles.

—Sabe para quién trabaja... trabajamos —dijo Calisto. Suspiró—. Le odio. Me da miedo. Ojalá lo matarais. Pero lo sabe. —Miró en derredor, como si esperara que del pequeño valle fueran a aparecer enemigos como hongos—. Mata para Olimpia. Y sí, Terón, me acosté con él cuando me obligó. Lo he hecho con todos, cuando me lo han ordenado. Lo admito.

—Estás muerta —repitió Sófocles—. Espero que te asfixies con la próxima polla

que chupes, ramera. *Porné*. Saco de esperma.

Terón gruñía de rabia. Ciego de ira, abría y cerraba los puños.

Sátiro dio una patada al ateniense en la cabeza. Fue un golpe fuerte que probablemente le rompió la mandíbula.

—Esto es por escupir veneno, traidor. —Se apartó—. Un hombre como tú degrada a todos los hombres.

—Acabemos con él de una vez —dijo Draco, que parecía ansioso por hacerlo. Su cuchilla azul relumbró.

Felipe se volvió hacia Sátiro.

—Escucha, chaval —dijo—. No puedes jugar a este juego ciñéndote a las reglas. Draco lleva razón. Matémoslo.

Sófocles de repente se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Le costó trabajo hablar, pero logró hacerlo.

—No... Lo habéis jurado. Escuchadme... ¡Está loca! Al pronunciar ese nombre, ha firmado la sentencia de muerte de todos vosotros y, seguramente, la mía también. Nunca se pronuncia ese nombre. Lo habéis jurado. Dejad que me marche.

Su máscara de desdeñosa bravuconería se había esfumado.

Resultó muy instructivo para Sátiro, en cierto modo. Estaba aprendiendo cosas sobre el juego de gobernar, y también sobre la valentía. Y sobre el mal, si ésa era la palabra apropiada.

—No lo hagas —dijo Filocles.

—¿Qué? —preguntó Sátiro. Miró al espartano, que estaba pálido como el cuero de alumbre y con los ojos enrojecidos muy abiertos.

—Juramento... Dioses —farfulló Filocles, que tras levantar apenas la cabeza volvió a dejarla caer sobre la manta.

Sátiro se volvió hacia su hermana.

—¿Lita? —preguntó.

—Mamá lo destriparía como a un salmón —respondió Melita en sakje.

—Pero nuestro padre lo habría soltado —apostilló el muchacho.

—Sí —concedió Melita al cabo de un momento.

Sátiro se acercó de nuevo al traidor.

—Escucha —dijo—. Piensas que te vengarás de esta chica, de mí, de mi hermana.

Percibía la ira del médico, su impotencia, su mala intención. Se dedicaba a matar porque era débil. Sátiro lo vio claro.

Fue muy instructivo.

El joven príncipe se inclinó sobre él.

—Propongo que sean los dioses quienes decidan quién vive. Os entrego, a ti como perjuro, y a tu abyecta patrona, a las Furias. —Respiró profundamente. Sentía una opresión en el pecho, pues algo flotaba en el aire. Moira—. Dadle un caballo —

ordenó Sátiro a los soldados.

Draco no parecía muy conforme.

—Pero...

Terón asintió. Le temblaban las manos, pero su voz fue firme.

—Dadle un caballo. Pero no su equipaje.

Minutos después, el ateniense se alejaba al galope.

No reanudaron la marcha hasta el día siguiente. Sátiro retuvo a los soldados hasta que el sol estuvo poco más o menos a la misma altura que cuando hicieran el juramento. Sólo entonces permitió que se fueran.

—Estáis cerca de Eumenes —dijo Draco mientras montaba—. Puedo oler su aliento griego desde aquí. —Se inclinó para estrecharles la mano primero a Terón y luego a Sátiro—. Llegarás lejos, chico... si los dioses hacen lo que deben.

—En cuyo caso, mataremos a ese cabrón ateniense antes de mañana por la noche —agregó Felipe—. ¡Buen viaje!

Los dos macedonios se marcharon a medio galope, alejándose en la tarde, y dejaron al grupo desprovisto de una buena dosis de lenguaje soez y sentido del humor. Sátiro los echó de menos de inmediato. Pero Filocles se encontraba mejor, aunque seguía callado.

A la mañana siguiente, el espartano estaba pálido, pero pudo levantarse de las mantas y, no sin considerables esfuerzos, se las arregló para montar en su caballo. Dos días después comenzaron a bajar de las montañas hacia las grandes llanuras del sur. El tercer día, los gemelos acorralaron a Filocles mientras cargaba su petate.

—Venimos a darte las gracias —dijo Melita.

—Y a rogarte que te quedes con nosotros —añadió Sátiro—. Lamentamos haber tardado tanto en entender lo que estabas haciendo con el médico.

—Tenía que asegurarme —dijo Filocles. Meneó la cabeza—. Antes no tenía rival en este juego, niños. Pensaba que podría sorprenderlo y hacerle cambiar de bando o utilizarlo para descubrir otros problemas. Ambos nos pasamos de listos. —Bajó la vista—. El vino no es buen consejero. Bebí cuando debía permanecer sobrio y faltó poco para que lo perdiera todo.

—Pamplinas —dijo Melita—. ¡Nos has salvado! No dramaticemos, maestro. Sin ti, estaríamos envenenados.

—Me he humillado. No os sirvo de nada y no puedo enseñaros después de... de... —El espartano no pudo seguir y se le escapó algo semejante a un sollozo.

—Sube a tu caballo y cabalga a mi lado —indicó Melita—. Soy la hija de Srayanka y de Kineas, y juraste protegerme. Te ruego que sigas haciéndolo. Y no hay excusa que valga.

—Esto es precisamente lo que quería decir —dijo Filocles, con la voz casi normal

—. Puedes darme órdenes porque te he fallado demasiado a menudo. No puedo enseñaros ética. Sólo debilidad.

—Todo eso es un montón de estiércol —replicó Melita—. Nos protegiste del médico.

—¡Bah! —soltó el preceptor, dando media vuelta—. La suerte del borracho. Soy un idiota. No puedo seguir jugando a este juego.

—¡Basta! —gritó Melita—. Escucha, Filocles. Nos has salvado la vida cincuenta veces. Tenemos una deuda contigo que nunca podremos saldar. —Meneó la cabeza—. Llévanos hasta Diodoro y tal vez te libere de tus obligaciones, si así lo exiges.

—Muy bien —gruñó el espartano, dándoles la espalda.

Sátiro miró a su hermana como si hubiese visto un fantasma.

—¿Seguro que sabes lo que estás haciendo? —preguntó.

—No —contestó Melita—. Estoy haciendo lo que creo que haría mamá. —Apoyó la cabeza en el hombro de su gemelo—. ¿Qué le pasa a la gente? Afrodita y Ares, hermano. Calisto se comporta como si follar fuese la única manera que tiene de hablar, Filocles bebe para olvidar lo que tenía que hacer por nosotros, Terón piensa que es un fracasado porque no ganó en la Olimpiada... Los únicos que se portaban como adultos eran los soldados, y son un par de matones petulantes.

«Bien hablado, hermana.»

—Creo que ser adulto es más complicado de lo que parece —observó Sátiro.

Melita reprimió la risa.

—Pero, ojo —prosiguió su hermano—, lo más difícil parece ser seguir vivo, y creo que esa parte la tenemos resuelta.

—No tientes a las Parcas —dijo Melita, con un gesto de desánimo.

Cuatro días después encontraron al ejército de Eumenes. O, mejor dicho, el ejército de Eumenes los encontró a ellos. Poco después de concluir el descenso de la última cordillera hasta las llanuras de Caria, su grupo fue rodeado por unos jinetes con armadura.

—¿No estáis un poco lejos de casa, chicos? —preguntó el oficial.

La barba roja y gris le asomaba por debajo de un yelmo tracio con montura de plata, y la sudadera de su caballo era una piel de tigre.

—¡Diodoro! —chilló Melita, y le rodeó con los brazos el torso cubierto por la pesada armadura.

Diodoro abrió la carrillera y se echó el yelmo para atrás.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—La ciudad está arrasada —explicó Sátiro—. Herón mató a mamá. —Incluso ahora, transcurridos dos meses, se atragantaba al decirlo en voz alta—. Upazán tomó el valle.

Fue como si Diodoro hubiese recibido un puñetazo y, al cabo de un momento, rompió a llorar. La noticia corrió entre su patrulla, se alzaron gritos de ira y los jinetes acudieron a abrazar a los gemelos. Un rubio muy corpulento, casi tan mayor como Diodoro, desmontó y desenvainó la espada. Se arrodilló en el polvo y dirigió la empuñadura hacia Sático.

—Tómame juramento, señor —pidió.

Melita se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—No seas tonto, Hama. Diodoro es tu capitán.

—Kineas era mi jefe —respondió Hama—. Luego lo fue Srayanka. Y ahora, vosotros.

Andrónico *el Galo*, con las sienes encanecidas y todavía delgado, la estrujó en un abrazo, y Antígono, corpulento y rubio, le hizo una reverencia a la manera gala. Era el hipereta de Diodoro, llevaba una fortuna en la armadura de bronce dorado y montaba un caballo de batalla niceo.

Todos los demás soldados a los que Melita conocía y que se postraron ante ella, o le agarraron las rodillas, o le tocaron las manos, parecían prósperos. Carlo, el hombre más corpulento que Melita y Sático habían visto jamás, saltó de su corcel y se arrodilló junto a Hama para presentar también su espada, que tenía el puño de plata y el pomo de cristal. La guerra había sido amable con los *hippeis* de Tanais.

Esos hombres no sólo lloraban por Srayanka. Casi todos ellos tenían en Tanais esposa e hijos, incluso pequeñas fortunas, y ahora lo habían perdido todo.

—Esto no será bueno para la moral de la tropa —dijo Diodoro, desalentado—. Hades, gemelos, ojalá hubiese sabido que veníais con semejantes noticias. Sé que parece mezquino comparado con la pérdida de vuestra madre, pero tenemos una batalla en ciernes; hoy, mañana, pronto. —Señaló al otro extremo de la llanura, donde una nube de polvo avanzaba hacia el norte—. Antígono *el Tuerto* con el ejército de Alejandro. —Entonces vio a Filocles, que estaba sentado en silencio entre las bestias de carga. Fue a su encuentro y abrazó al espartano—. Te he echado de menos —dijo.

—Rompí mi juramento —murmuró Filocles—. He matado.

Diodoro meneó la cabeza, con el rastro de las lágrimas aún evidente en su semblante.

—Te preocupan las cosas más extrañas, hermano.

Volvió a estrechar al espartano entre sus brazos, e incomprensiblemente, Filocles se puso a llorar por primera vez en días, incluso semanas.

Melita acercó su caballo al de su hermano.

—Ahora todo irá mejor —comentó—. Míralos.

Sático negó con la cabeza. Miraba absorto el polvo que avanzaba hacia el norte.

—Será una gran batalla —vaticinó.

Melita apartó la vista de su amado Filocles para mirar el polvo.

—¿Y qué más da? —preguntó.

Sátiro seguía observando el polvo, que parecía pegársele a la boca así como a los ojos.

—Salimos del fuego para caer en las brasas —dijo en voz baja.

El campamento de Eumenes ocupaba varios estadios de matorral y tierra roja, y el olor les llegó cuando aún se encontraban a un estadio de distancia: excrementos recientes de seres humanos y animales, cuarenta mil personas y veinte mil animales, cien de ellos elefantes. Las tiendas de lino y cuero sin curtir se extendían en hileras desordenadas, entremezcladas con refugios hechos apresuradamente con ramas. En la llanura no quedaba un solo árbol, pues los habían talado a ambos bandos para alimentar miles de hogueras. El humo de las fogatas ascendía con el hedor.

—Éste es el olor de la guerra —dijo Diodoro—. Bienvenido seas, chico.

—El campamento de Antígono parece mayor —comentó Sátiro.

—Tiene un ejército más numeroso. Ha reclutado a todos los soldados de caballería de oriente. ¡Asia debe de estar vacía! ¡Tiene bactrianos! ¡E incluso saka! —Diodoro observaba el campamento enemigo—. ¿Ves la patrulla que sale? Ésos son saka, con unos cuantos macedonios para disciplinarlos.

El campamento enemigo estaba tan cerca que Sátiro alcanzaba a distinguir los destellos dorados de los caballos saka.

—¿Por qué combaten como enemigos míos los masagetas? —preguntó Melita—. Alguien tendría que ir a hablar con ellos.

Diodoro meneó la cabeza.

—Eres la viva estampa de tu madre, muchacha. ¿Por qué no cabalgar hasta allí? ¡Vale! Eso es lo que se considera sentido del humor en estos pagos. —Se llevó una mano al pecho—. Cariño, voy a llevarte con mi esposa, y ella cuidará de ti. Las doncellas griegas no pintan nada en los campamentos militares.

—No soy una doncella griega —repuso Melita—. Soy una doncella sakje.

Diodoro respiró profundamente y miró a Filocles.

—Están creciendo —dijo el preceptor. Mostró las palmas de las manos—. No se lo he podido impedir.

Diodoro miró a su amigo dando a entender que consideraba responsable al espartano.

—Niños, dejad que os ponga a cubierto —dijo.

—Ambos han matado —señaló Filocles, acercando su caballo al de Diodoro—. Han luchado sin amedrentarse.

Sátiro tuvo la sensación de que iba a reventar con semejante alabanza.

—Ya no son niños —agregó Filocles.

—Muy bien —respondió Diodoro con un suspiro—. Sátiro, ¿te importaría venir conmigo?

El muchacho asintió educadamente y la cabalgata prosiguió adelante.

Para entrar en el campamento atravesaron dos anillos de centinelas. El exterior era de caballería. Había varios grupos de soldados dispersos a considerable distancia entre sí, unos pocos montados y los demás de pie junto a sus caballos. Más adentro, los lanceros se apiñaban allí donde había sombra. Eumenes estaba siendo precavido.

—¿Dónde están los elefantes? —preguntó Sátiro.

—En el lado del campamento opuesto al enemigo —contestó Diodoro—. Antígono intentó hacerse con ellos el año pasado; una mala jugada. Pero se lo impedimos. No podemos ponerlos con los caballos, las monturas se asustan. De modo que tienen su propio campamento en el lugar más seguro.

—¿Podré ir a verlos después? —preguntó Sátiro.

—Yo le llevaré, señor —dijo Hama.

Diodoro asintió.

—Escuchad, gemelos. Aquí soy *strategos*, un hombre importante. Os amo a los dos, pero dentro de uno o dos días comenzará la mayor batalla que se haya librado desde la de Arbela y dispondré de poco tiempo para vosotros. ¿Lo entendéis?

—¿A qué viene la batalla? —preguntó Sátiro.

—¿Realmente quieres saberlo? —inquirió Diodoro, mirándolo.

El joven asintió.

—Sé que Eumenes es uno de los contendientes por el imperio de Alejandro, y que Antígono *el Tuerto* es otro. Sé que Tolomeo apoya a Eumenes porque Antígono supone un peligro mayor para Egipto.

—Pues sabes más que la mayoría de mis soldados de caballería —aseguró Diodoro—. Combatimos por el tesoro de Persépolis y la lealtad de los nobles persas; el vencedor se queda con todo. Esto es la Olimpiada, chico. El ganador de esta batalla debería ser capaz de reconquistar todo lo que tomó Alejandro. A no ser...

—¿A no ser...? —preguntó Melita.

—¿Quién os habéis creído que soy? ¿Vuestro preceptor? A no ser que el precio sea demasiado alto y que la batalla destroce a los dos ejércitos. —Diodoro se volvió hacia el sur y entrecerró los ojos, escrutando el polvo—. Eumenes y Antígono ya se han enfrentado antes, con distintas suertes. Eumenes es un general magnífico, pero olvida que no es un héroe homérico. Antígono no es un general magnífico, pero tiende a hacer bien su trabajo y sus preparativos siempre son excelentes. Bien, ¿os basta con esto? Tengo varios miles de hombres a los que atender.

—¡Por supuesto! —replicó Melita—. ¿Acaso nos tomas por tontos?

—Me encargaré de ellos —dijo un rubio muy apuesto, aunque cubierto de polvo. Hizo una reverencia a la manera bárbara desde lo alto de su silla. Llevaba un par de fíbulas de oro con forma de león, el manto bordado con hilo de oro y una espada que parecía hecha con una lámina de oro batido.

—¡Crax! —exclamó Filocles—. ¡Ha pasado mucho tiempo!

El bárbaro se inclinó de nuevo y al sonreír se le dibujaron hoyuelos en su rostro redondo de getón.

—Te veo muy próspero —señaló el espartano.

—Me gusta el oro —dijo Crax. Desenvainó la espada y le presentó la empuñadura a Melita—. Juré lealtad a tu madre. Ahora te la juraré a ti, a vosotros dos.

—Qué espada tan bonita —comentó Sático.

—¿Te gusta, señor? Tuya es —dijo Crax.

Filocles puso una mano en el hombro del muchacho.

—Devuélvele el regalo —le susurró—. Si tú eres su señor, debe darte cualquier cosa que pidas.

Melita puso las manos en ambos lados del puño de la espada.

—Eres nuestro hombre y nuestro caballero —dijo, empleando la fórmula sakje.

Sático dio la vuelta a la espada y se la devolvió.

—Me complace que la poseas tú —declaró—. Es una de las mejores espadas que he visto en mi vida. Tan buena como la de papá.

Crax recuperó la espada con gusto y se volvió hacia Diodoro.

—Hemos aguardado toda la noche, *strategos*. No nos han descubierto, y los dioses no nos han desafiado. Liberamos a una docena de prisioneros y regresamos por el camino secreto.

Diodoro asintió.

—Descansad un poco. Crax está al mando de mis exploradores.

—¿Puedo hacer una pregunta, tío? —intervino Melita, inclinándose hacia delante.

—Adelante —dijo Diodoro, aunque había otros hombres esperándole bajo el toldo de una tienda a rayas.

—¿Dónde está Ataelo? —preguntó la joven.

—De viaje con León, buscando dinero perdido en los océanos. Tal vez en las Hespérides en busca de manzanas doradas. En cualquier caso, no está aquí, que es donde lo necesito.

Diodoro desmontó de su enorme corcel y un enjambre de esclavos se hizo cargo del caballo, comenzando por quitarle los arreos. En cuanto sus pies tocaron el suelo se vio rodeado de hombres que reclamaban su atención.

—Llévalos con Safo —ordenó Diodoro, antes de desaparecer entre los miembros de su estado mayor.

Crax les indicó que no desmontaran con un gesto de la mano.

—Esta es la tienda de mando —dijo—. Duerme en nuestro campamento. ¡Venid!

Se marcharon, pasando desapercibidos para las masas de soldados, sirvientes y esclavos que llenaban el campamento. Cruzaron calles anchas y estrechas, pasaron

por delante de puestos donde se vendían comestibles y vino, y de un burdel cubierto de cuero sin curtir, para gran vergüenza de Sátiro y mayor regocijo de su hermana.

El campamento era mayor y estaba más poblado que la mayoría de las localidades que pasaban por ciudades en el Euxino. Sátiro procuró no fisgar mientras cabalgaban, aunque había más que contemplar de lo que había visto jamás en una ciudad. Al no haber muros ni patios, todos los oficios se ejercían al aire libre. Había chicos en cuclillas delante de las tiendas, puliendo yelmos de bronce o aplicando arcilla blanca a coseletes de cuero para blanquearlos. Un afilador de espadas pregonaba su habilidad a un par de argiráspidas cincuentones con los escudos recubiertos de plata maciza con incrustaciones de ámbar y marfil. Soldados de infantería frigios formaban corro tras haber pasado revista, y un escuadrón de lanceros lidios pasó a medio galope, gritando y riendo. Su oficial llevaba una guirnalda de rosas e hizo una reverencia a Melita para después mandarle un beso. Una *porné* estaba arrodillada en el barro de una calle, atendiendo a un cliente que le dictaba órdenes. Una pareja de niños sucios vendía dulces expuestos en una hoja muy grande.

Los gemelos se embebían de todo aquello como si hubiesen estado pasando hambre. Filocles contó una versión abreviada de sus aventuras a Crax y le presentó a Terón, que parecía tan perplejo como los niños ante el espectáculo que los rodeaba.

El getón señaló un magnífico pabellón escarlata y amarillo que descollaba entre las demás tiendas de la zona central.

—Banugul —dijo Crax—. ¿Te acuerdas de ella?

—Esto parece una convención de viejos amigos —comentó Filocles, riéndose.

Sátiro no supo si lo dijo en broma o no, pero dejó de prestar atención cuando Calisto se quitó el chal del pelo y de inmediato atrajo silbidos y piropos. La esclava sonreía a todos sus admiradores.

—¿Alentando el negocio? —preguntó Terón, con la voz tensa.

Calisto hizo un mohín y volvió a cubrirse la cabeza.

—No se puede convertir a una *porné* en esposa de la noche a la mañana —dijo Filocles, meneando la cabeza—. Y me parece que es la esclava de mi ama y señora.

—Vaya, el filósofo ha regresado —dijo Terón, fulminando al espartano con la mirada—. A lo mejor te gustaría darme sabios consejos...

—Pues sí —respondió Filocles—, pero no me harías el menor caso. Yo mismo casi nunca los sigo... Aunque eso no significa que no sean buenos.

—¿Has encontrado toda esta sabiduría en tu ánfora de vino? —le espetó Terón.

—Ahí, y en otras muchas partes —replicó el preceptor, pero el comentario había herido sus sentimientos, y Sátiro se dio cuenta—. No llevará bien los celos —agregó Filocles.

—¡Veo que eres un experto en mujeres! —ironizó Terón—. La verdad, ¡da gusto verte sobrio!

—Cállate, Terón —intervino Melita—. Filocles, por favor, no te ofendas. Terón se alegra tanto como nosotros de ver que has regresado sin tu mal *daimon*. Ha olvidado cuál es su sitio y se va a disculpar. Terón, si quieres volver a acostarte con mi sirvienta, te disculparás.

El atleta meneó la cabeza.

—Serás una mujer formidable, Melita. Filocles, lo siento.

Le tendió la mano y el espartano se la estrechó.

—Yo también.

Calisto los fulminó a todos con la mirada desde debajo de su chal.

—Sólo estaba jugando —dijo. Melita asintió.

—La próxima vez me pides permiso —respondió—. Tus actos se reflejan en mí.

Sátiro lo observaba todo admirado, pero, mientras desmontaban, dijo a su hermana:

—Creía que estabas en contra de la esclavitud.

—Y lo estoy —corroboró ella—. Pero si tienes que hacer algo, mejor hazlo bien. Calisto necesita una madre. Puesto que sólo me tiene a mí, yo, como dueña suya que soy, haré las veces.

Acto seguido los condujeron a una tienda de frescos paneles de lona oscura azul y verde.

Safo, amiga de la familia desde antes de que los gemelos nacieran, estaba reclinada en un diván, mientras dos niños la abanicaban. Se incorporó en cuanto los hicieron pasar.

—¡Niños! —dijo a los recién llegados, abrazándolos a la vez—. Tengo vino y pasteles para vosotros. Me he enterado de que Srayanka está... muerta. Perdonad que sea tan franca. Estoy perdiendo la cabeza, ya soy una anciana.

Sátiro había olvidado su olor, un maravilloso aroma a incienso, almizcle y flores. Nadie en el mundo olía como Safo, y a los cuarenta y cinco era tan guapa como a los veinticinco, pues su belleza exteriorizaba una felicidad ganada a pulso. Tenía la espalda bien recta y la piel suave, el rostro estaba surcado por arrugas fruto de la alegría y el sufrimiento que daban realce a su semblante, disimulando su edad, sobre todo cuando sonreía. Sus ojos, grandes y líquidos, no habían cambiado en absoluto.

Ambos la besaron y dejaron que los abrazara largamente, mientras los esclavos trajinaban en torno a ellos. Enseguida los condujeron a otra tienda para que se dieran un baño. A Sátiro le mortificó que lo bañaran mujeres como si fuese un niño, pero estuvo limpio por primera vez en treinta días. Encontró sus botas de montar y un quitón nuevo en una banqueta y se los puso.

Melita terminó antes que él, pero parecía avergonzada de ir vestida con un quitón largo de mujer y sandalias doradas.

—Así no puedo montar —le dijo a Safo—. Por favor, *domina*: no soy griega.

—Lo eres mientras estés bajo mi tienda, querida —dijo la mujer, con un gesto de negativa—. Es probable que haya una batalla. Las mujeres vestidas como hombres correrán peligro.

—Pueden violarme hasta matarme tanto si llevo este conjunto como mis pantalones —replicó la joven, frunciendo el ceño.

—¿Dónde has aprendido tales cosas? —preguntó Safo—. La guerra es horrible, pero aquí no van a violar a nadie. En todo caso nos venderán como esclavas. —Enarcó una ceja—. Sé lo que me digo.

—De mi madre —contestó Melita, pero había perdido la iniciativa. Safo, que había soportado el saqueo de Tebas, había sobrevivido a la violación y a cosas peores, y Melita no tenía respuesta para su serenidad.

—Si deseas ir a montar —concedió Safo—, me ocuparé de que vistas apropiadamente. Entretanto, serás una doncella griega por un rato. ¿Y esa esclava tuya? —preguntó, estirando un largo brazo blanco para señalar a Calisto—. Es una hetaira, no una sirvienta. ¿Por qué la tienes? Vale unos cuantos talentos.

—Es una larga historia, *despoina* —dijo Sátiro—. Melita... la heredó de Kinón, el factor del tío León en Heráclea. Prometimos libertarla.

Safo hizo una seña a la hermosa chica, todavía más bella ahora que se había lavado el pelo y llevaba un vestido limpio.

—Ven aquí, encanto. ¿Sabes peinar? —preguntó Safo.

Calisto asintió.

—¿Y aceite perfumado? Me imagino que sabrás aplicarlo.

Calisto miró el suelo que pisaba.

—Cuando tu ama ha llegado a mi tienda parecía un cruce entre un guerrero bárbaro y un harapiento. ¿Tienes alguna excusa? —preguntó Safo, sujetando a la esclava por la muñeca.

—¡Por favor, señora! ¡Íbamos disfrazados! ¡Unos hombres intentaron matarnos! —se justificó Calisto con la voz entrecortada.

—Hummm —dijo Safo. Miró a Melita—. Puedo proporcionarte una sirvienta mucho mejor y hacer que vendan a ésta. Saldrá beneficiada: con este cuerpo y esta voz será libre antes de los veinte. —La mirada que Safo dedicó a la esclava no carecía de amabilidad—. Nunca comprarás tu libertad como sirvienta, querida.

—Prometimos libertarla —insistió Sátiro—. Se lo debemos.

Safo asintió bruscamente.

—Muy bien. Ya lo hablaremos más tarde. Sátiro, ahora irás con Crax a ver los elefantes. Melita se quedará conmigo. Está claro que tengo que ponerme al día de muchas cosas.

—*Despoina* —dijo Sátiro con la voz que había descubierto recientemente—, no somos críos. Por favor, tía, no te ofendas, pero hemos pasado un mes siendo

perseguidos y envenenados. Hemos matado a hombres y hemos visto... cosas. — Mantuvo la voz firme a fuerza de voluntad—. Melita no es una niña. Y yo tampoco.

Safo tomó las manos de los gemelos entre las suyas.

—Lo noto en vuestras voces, queridos. Pero es precisamente porque no sois niños por lo que debo tener tanto cuidado, sobre todo con tu hermana. Podría casarse cualquier día. Y entonces su reputación le importará.

Melita pateó el suelo, cosa que no hizo ningún bien a su argumento.

Sátiro, sintiéndose un traidor, se escabulló del complejo de tiendas.

—No es justo —dijo a Crax y a Filocles, que aguardaban con los caballos—. No es justo —insistió—. Siempre le han permitido montar y cazar. ¡Es más valiente que yo!

—Eso lo dudo, chico —replicó Filocles con dureza.

—Los griegos odian a las mujeres —dijo Crax, encogiéndose de hombros—. No sé por qué. Por miedo, quizá. —Sonrió—. La ayudaremos a escapar, chaval. Pero escúchame bien. Doña Safo... Bueno, es la única esposa del campamento. Hay algunas flores mancilladas de distintos tonos, pero ella es la única esposa. Necesita a alguien con quien hablar. ¿Entiendes?

Sátiro se encogió de hombros.

—¿Quieres ver elefantes? —preguntó Crax, saltando a lomos de su yegua.

Sátiro apartó de su mente todo pensamiento sobre su hermana.

—¡Sí!

Los elefantes eran enormes. No sólo eran los animales más grandes que Sátiro hubiese visto jamás, eran muchas veces mayores que los que había visto hasta entonces: caballos y camellos. Tenían largos y terribles colmillos que parecían espadas blancas curvadas, y emitían unos ruidos que asustaron a su caballo.

Por otra parte, sus ojos brillaban con una curiosa inteligencia.

—¿Son tan listos como un caballo? —preguntó Sátiro a Crax.

—Que me aspen si lo sé —respondió el getón—. Preguntemos a un *mahout*. ¡Eh, indio! —le gritó a un hombre moreno de piel arrugada que estaba sentado a la sombra con las piernas cruzadas.

El cuidador de elefantes se levantó con elegancia y se acercó a ellos.

—¿Amo? —preguntó.

—¿Son inteligentes? —inquirió Sátiro a su vez.

—Sí —dijo el hindú, con una curiosa inflexión en la voz al hablar en griego—. Muy listos. Más que el caballo, la vaca o el perro. Listos como una persona. —Dio unas palmadas a la elefanta—. Como las personas, no hacen la guerra hasta que el hombre los enseña. —Se encogió de hombros—. E incluso entonces, no luchan si no los monta un jinete.

Vacilante, Sátiro palmeó la rugosa piel del animal, surcada de cicatrices.

—¿Ha entrado en batalla? —preguntó.

—Desde que tenía cinco años. Ahora tiene quince. Diez grandes batallas y otras diez. —El *mahout* sonrió con orgullo; un orgullo triste, pensó Sátiro. Hablaba con la elefanta en otro idioma; líquido y bastante parecido al peán, pensó el muchacho. El animal levantó la cabeza—. Le digo: se aproxima una batalla. —El hindú se encogió de hombros expresivamente—. Los hombres les enseñan a guerrear, pero ¿cuándo hacen tanto la guerra? —Se encogió de hombros otra vez y sonrió—. ¿Como un borracho con el vino? Así que un elefante está entrenado para la guerra y la batalla.

—La guerra tiene el mismo efecto sobre algunos hombres —dijo Filocles.

—¡Sí! —respondió el hindú—. Igual que los elefantes, el hombre puede aprender a amar cualquier cosa, incluso el asesinato.

—Eres un tipo muy especial, para ser soldado —opinó Crax. Sonrió a Filocles—. ¿Un hermano tuyo perdido tiempo atrás?

El hindú tenía nombre, algo que sonaba como Tavi, de modo que Tavi le llamaban. Pasaron buena parte de la tarde vagando por el campamento de los elefantes, familiarizándose con las bestias. Ninguna de ellas parecía muy belicosa, a pesar de su tamaño.

—Deja que te huelan —dijo Tavi—. Deja que te vean. Así te reconocerán el día de la batalla.

Sátiro se sometió a ser olido y, en algunos casos, palpado por los elefantes. Les dio nueces y hierba, deleitándose con la manera en que manejaban la trompa y con el brillo de inteligencia de sus ojillos redondos y brillantes como cuentas.

—Quiero ser *mahout* —exclamó, con el entusiasmo propio de los doce años.

Tavi le ayudó a montar en la elefanta más vieja, y él y el hindú cabalgaron juntos, sentados en el cuello de la bestia. Tavi le dio permiso para llevar el focino, dio unas palmadas a su vieja amiga y ésta giró obedientemente.

—Esto sí que es potencia —dijo a Filocles y a Crax cuando saltó del cuello de la elefanta.

—Una prueba más, si se necesitara alguna, de que la guerra es el sumo tirano —dijo Filocles—. Estas bestias son tan inteligentes como los humanos. —Meneó la cabeza—. Más inteligentes aún, pues como dice Tavi, no harían la guerra si no fuese por los hombres.

—Siempre dices que la guerra es un error —señaló Crax—. ¿Por qué? ¿Cómo detienes a un invasor? ¿Cómo conservas tu libertad? ¿Hablando?

Filocles chasqueó la lengua y asintió al getón.

—Ese es el meollo del asunto, ¿verdad, Crax? Hay que entrenar a todos los hombres del mundo para que renuncien a ese amor al mismo tiempo... Si sólo lo hace uno, nos arrastrará a los demás de regreso al sangriento altar de Ares.

Crax miró en derredor, como comprobando si había alguien más con ellos.

—Entonces, ¿tengo razón? —preguntó.

—Demasiada —dijo Filocles mirando a los elefantes, y dio media vuelta.

La cena fue más bien apagada, puntuada por las excitadas descripciones que hizo Sátiro de los elefantes y de Tavi, el *mahout*, que había causado una duradera impresión en él y en Filocles. Safo fue atenta con su marido, pero Diodoro parecía estar en otra parte: escuchaba con una sonrisa postiza una anécdota sobre los elefantes y de pronto sus ojos se apartaban de Sátiro y comía con aire ausente.

—¿Se nos viene encima? —preguntó Safo, mientras retiraban el servicio del cabrito asado.

—Perdón —dijo Diodoro—. No estoy satisfecho con los planes trazados para mi ala. Disculpadme un momento.

Se levantó del diván, fue a la puerta de la tienda y llamó a uno de sus oficiales. Todos oyeron sus palabras y las breves respuestas de su subordinado, y enseguida estuvo de vuelta.

—Eso está mejor —dijo Diodoro al regresar.

—¿Lucharemos mañana? —preguntó Filocles.

—Sí —contestó Diodoro—. Hoy Crax ha tomado diez prisioneros, y Andrónico trajo otros tantos ayer. Todos dicen lo mismo. Antígono formará su línea de batalla por la mañana.

Safo se mordió el labio, pero cuando habló, lo hizo con ligereza.

—Entonces tenemos que acostarte temprano, cariño. Te levantarás antes del alba.

—Eres la mejor esposa de soldado de todo este ejército —dijo Diodoro con afecto.

—Pobre cumplido me haces —replicó ella—, teniendo en cuenta que soy la única que hay.

—¿Y los gemelos? —preguntó Filocles.

Diodoro negó con la cabeza.

—Se quedarán en el campamento, por supuesto. Cuento con que la batalla se libere en la llanura del norte. Aquí estarán a salvo. ¿Debo buscarte un coselete, Filocles?

—No, gracias. Nunca me he acostumbrado a la idea de luchar a caballo, y no me gusta estar entre extranjeros; extranjeros asiáticos, además. Me quedaré en el campamento con los niños.

Terón asintió.

—Yo también, *strategos*. Sin ánimo de ofender, ésta no es mi contienda, y sólo tengo equipo de hoplita.

Diodoro los miró a los dos y sonrió.

—Podría formar un *taxeis* basado en vosotros dos —dijo—. Terón, tú eres como

un segundo Filocles. Apuesto a que eres el terror en una melé.

—Nunca lo he hecho —dijo el corintio—. He entrenado con efebos y he luchado hombre a hombre, pero nunca he tenido que defender posiciones como lo hizo mi padre en Queronea.

Filocles sonrió forzosamente.

—No te has olvidado de nada —comentó.

Entró el mayordomo de Safo e hizo una profunda reverencia.

—Amo, cada vez hay más hombres aguardando fuera. Preguntan por el *strategos*.

Diodoro se limpió la boca.

—Una cena excelente, amor mío. Debo ir a escuchar los miedos y preocupaciones de Eumenes.

—Lo recuerdo como un comandante de primera —dijo Filocles.

—Y lo es. Pero los macedonios le odian porque no es macedonio. Una de las razones por las que me contrató fue contar con un oficial griego en quien pudiera confiar, pero incluso eso ha causado problemas. Yo no gusto a los macedonios; ninguno de nosotros, en realidad.

—No han cambiado mucho, ¿verdad? —preguntó Filocles.

Él y Diodoro sonrieron, compartiendo un recuerdo común. Sátiro pensó que escuchar aquellas cosas era como estar cenando con los dioses. ¡Hablaban del gran Eumenes *el Cardio* como si de un simple conocido se tratara, como de un compañero de juego!

—Hoy he oído cosas que no me han gustado demasiado —dijo Terón, incorporándose en su diván—. Sobre los griegos. Sobre Eumenes.

Diodoro miró en derredor y bajó la voz.

—¿Os habéis fijado en que he regresado a mi propio regimiento para comer y dormir, en que tenemos nuestros propios guardias y en que estamos un poco apartados del resto del ejército? Así de mal están las cosas, amigos. Si mañana perdemos, o incluso si en algún momento parece que estamos perdiendo, este ejército se desintegrará. Los idiotas de los argiráspidas preferirían matar a Eumenes porque es griego que derrotar a Antígono, que los odia.

Safo tomó un sorbo de vino con cuidado, alzó la copa para que se la rellenaran y habló lentamente.

—Nunca habías hablado con tanta franqueza, esposo mío. ¿Debo hacer preparativos?

Diodoro se acarició la barba.

—Nunca hemos estado tan mal. Sospecho que el Tuerto está sobornando a los argiráspidas, pero no sé cómo lo hace. No paro de decirle a Eumenes que haga formar a Banugul y a su mocoso para acallar a los extremistas...

—Se refiere a la mujer que sostiene haber sido la amante de Alejandro y a su hijo,

Heracles —explicó Safo, lanzando una mirada muy elocuente a su marido—. El chico tiene vuestra misma edad, o quizá sea un poco más joven, y es el vivo retrato de Alejandro. —Sonrió, pero no así sus ojos—. Banugul no ha cambiado un ápice. Es la enemiga inveterada de Olimpia, y el muchacho, Heracles, amenaza todo aquello a lo que ésta aspira. —Se encogió de hombros—. Debería ser vuestro aliado.

Diodoro interrumpió a su esposa.

—Pero no lo será. Dice que no mermará su ejército por un niño. Sí, Safo. Tendremos problemas. De hecho, nos dirigimos a una batalla para ver si podemos vencer al Tuerto antes de que los macedonios asesinen a mi patrono. —Se encogió de hombros—. Todo en un día de trabajo.

Safo llamó a su mayordomo.

—¿Eleuterio? Trae una reata de caballos y bestias de carga y prepara el equipaje de modo que estemos listos para partir en cuanto despunte el día. Deja las tiendas montadas con todo su contenido. Empacad sólo la ropa, las camas y lo necesario para vivir, comer y viajar deprisa.

Diodoro se levantó de su diván, se inclinó ante su esposa y le dio un beso. Resultó embarazoso para los demás hombres, porque fue un beso lujurioso que se prolongó demasiado. Cuando se apartó de ella, Safo le dio una ligera bofetada.

—No soy una flautista —dijo.

Diodoro la besó otra vez.

—No, eres la mejor oficial de estado mayor de todo el campamento. Sólo que además tienes otras ventajas. Quizá me reúna contigo más tarde, aunque es posible que pase la noche en vela. —Miró a los presentes en la tienda y bajó la voz—. He dado a los muchachos un punto de reunión por si llega lo peor. Queda a un estadio más allá del barranco que está al sur de aquí. Filocles, deberías ir con Crax para reconocer el sitio. ¿Puedo confiarte el traslado de las esposas y los hijos de los *hippeis* hasta allí, si las cosas se tuercen?

Filocles contemplaba una copa de vino. Se rascó el mentón.

—Sí —dijo—. Es una gran responsabilidad.

—Las has tenido mayores —repuso Diodoro. Cogió el manto tracio de color púrpura de manos de un esclavo y se cubrió los hombros.

—Ve con los dioses —dijo el espartano.

Diodoro esbozó un saludo militar y salió de la tienda comedor.

Safo se levantó de su diván.

—A la cama ahora mismo, niños. Nos levantaremos al amanecer y nos pondremos ropa de montar.

Sátiro miró a su hermana.

—Montamos muy bien —dijo.

Melita se mostró triunfante.

—Sé que está mal desear que perdamos, pero no puedo reprimirme más. No quiero ser una buena doncella griega, una *koré*.

Poco después estaban acostados, escuchando el trajín de la docena de criados que preparaban el equipaje. Ambos pensaron que les costaría conciliar el sueño, pero cayeron dormidos de inmediato.

Sátiro vio despuntar el día ataviado con sus botas, un coselete debajo de la clámide y un sombrero de paja de ala ancha colgado a la espalda. Fue un amanecer espectacular, rosa y gris, rojo y dorado, y el muchacho siguió echando vistazos al cielo mientras ayudaba a Terón a cargar las mulas que habían traído consigo todo el camino desde Heráclea.

En torno a ellos, en la penumbra del alba, los hombres se dirigían al frente establecido a unos ocho estadios del campamento. El despliegue estaba cuidadosamente organizado, aunque Sátiro lo observaba con ojo crítico, pensando cómo podría mejorarse. En las bocacalles del campamento los hombres formaban grupos que luego se reunían en *taxeis*. Los mejor entrenados marchaban marcialmente, pero había muchos —los frigios, los numerosos tracios, lidios y carios— que se limitaban a caminar detrás de un oficial o de un noble a quien conocieran. Los oficiales del estado mayor, resplandecientes de hierro y bronce, con grandes penachos de crines teñidas, cabalgaban de un lado a otro entre la muchedumbre, gritando constantemente. «¿Artabazes? ¿Jabalinas carias? ¡No! ¡No! ¡Vosotros vais en el ala derecha! ¡No, señor, tenéis que marchar en esa dirección!» y «¿Felipe? ¿Escudos Blancos? Sí, señor. En el centro de la línea, con los Escudos Plateados a vuestra derecha. ¡Sí, señor!»

Cuando las bestias de carga estuvieron listas y Safo ordenó que se trasladaran a la parte trasera del campamento, los gemelos fueron al principio de su calle para contemplar el gran desfile del ejército. Llegaron justo a tiempo para ver pasar a los elefantes, sesenta bestias enormes que parecían la encarnación misma del poderío militar, todos ellos engalanados con mantas rojas y blancas, con argollas de oro, protectores de bronce para el pecho y la cabeza, y con sus *mahouts* tan bien armados como los generales.

—¡Ahí está Tavi! —gritó Sátiro, y se puso a saludarlo con la mano como un loco.

El hindú, que ahora parecía un Aquiles moreno con un quitón púrpura y un coselete que alternaba hileras de escamas de oro y de plata, alzó su focino, un arma en sí mismo, y los saludó. Detrás de él, un par de macedonios con largas sarisas se despidieron de los niños con la mano.

En su calle, el cuarto escuadrón de los mercenarios de Diodoro —todos los hombres que habían pasado la noche de guardia o efectuando otros servicios— se reunía y montaba, y cuando pasaron los elefantes cada uno de ellos se apresuró a sujetar la cabeza de su corcel. Los caballos piafaron y se movieron inquietos hasta que el último elefante se alejó lentamente.

En ese momento Crax saltó a su silla y gritó a voz en cuello para que el escuadrón formara. Miró a los gemelos a través del polvo arremolinado.

—Sed prudentes —les recomendó—. Si todo se va a la mierda, agrupaos detrás del barranco. ¿De acuerdo?

Sátiro asintió, y Crax saludó con el puño y el escuadrón enfiló la calle, despacio al principio, luego más deprisa, hasta que los jinetes desaparecieron en la nube de polvo que levantaban. Todos los soldados saludaron a los gemelos al pasar, y muchos de los celtas se agacharon y tocaron a Melita para que les diera buena suerte.

—¡Quiero ver la batalla! —dijo Sátiro a Filocles.

—¡Yo también! —exclamó Melita.

—Por supuesto —respondió el preceptor, y señaló el promontorio desde donde habían visto el campamento por primera vez. Él y Terón reunieron caballos y los cuatro montaron.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Safo. Llevaba pantalones persas, una chaqueta saje y el pelo recogido en trenzas.

—Por favor, tía, ¡queremos ver la batalla! —rogó Melita—. Filocles subirá al promontorio con nosotros.

—Voy a enviar a un esclavo con vosotros —accedió Safo tras sopesarlo un momento—. ¡Targis! Ve con el amo Filocles y los niños. Ven a avisarme si sucede algo malo.

Se llevó al espartano a un aparte. Hablaron en voz baja un momento y, de pronto, Safo se arrojó a sus brazos, llorando. Sátiro lo vio, pero no estuvo muy seguro de que hubiera ocurrido realmente, porque un instante después Safo estaba dando órdenes, y el único signo de que hubiera llorado era cierta rojez en torno a sus ojos. Filocles regresó junto a ellos.

—¿Targis? —dijo el preceptor con la cortesía que siempre mostraba con los esclavos—. Acompáñanos, por favor.

Targis era un muchacho pálido y rubio con las piernas muy largas, como un corredor. Asintió a su ama y siguió al grupo.

—Me pregunto qué habrá sido de Felipe y Draco —comentó Sátiro.

—No creo que les haya ocurrido nada malo —respondió Filocles, enarcando una ceja.

—Los echo de menos —dijo Sátiro.

—Estás comenzando a ver que hay un mundo más allá de ti mismo —señaló el espartano.

Cabalgaron al trote hasta lo alto del promontorio, y Targis corrió tras ellos con soltura, dándose impulso con los brazos.

—Ha entrenado en un gimnasio —dijo Terón, admirando su forma física.

Cuando se detuvieron, el corintio hizo una seña al esclavo para que se acercara.

—¿Has sido atleta? —preguntó.

—No nací esclavo —contestó Targis, desviando la mirada.

—Nadie nace esclavo —intervino Melita—. Los hombres se esclavizan mutuamente.

—¡Muestras signos de auténtica sabiduría, niña! —exclamó Filocles—. ¿Dónde has aprendido tales cosas?

—Tú me las has enseñado, maestro —contestó Melita con rubor.

—¡Bah! —respondió él—. Yo nunca he dicho nada tan bien expresado.

Sátiro apenas los oía. Dedicaba toda su atención al amplio trecho de llanura que se extendía hacia el norte y el oeste, donde ambos ejércitos estaban formando, e ignoraba el movimiento de hombres y caballos en lo alto del promontorio para concentrarse en los ejércitos que se desplegaban a sus pies.

En lo más alejado de la vasta llanura de sal había hostigadores, *psiloi* y *peltastai*. Ninguno de ellos era visible como individuo, pero el movimiento de tantos hombres, aun estando tan separados entre sí, levantaba un polvo de sal que recordaba la pelusa del diente de león.

Tras la cortina de sus hostigadores, el ejército de Eumenes estaba a medio formar, con la falange en medio lista para entrar en acción, con las lanzas erectas y las puntas relucientes al sol por encima del polvo. La caballería del flanco derecho, donde Diodoro ostentaba el mando, aunque subordinado a Felipe, un macedonio, ya casi había formado. Sátiro distinguió a los *prodromoi* y los exploradores, en la parte exterior y a los jinetes con armadura más próximos a la falange.

En la izquierda, no obstante, más cerca del campamento, todavía reinaba el caos. Una pesada cortina de arena se alzaba en el aire, ocultando a la mejor caballería de Eumenes y a sus *peltastai*, que estaban formando para cubrir el flanco de la falange en las zonas más agrestes de la llanura, donde el espeso matorral y un olivar interrumpían los campos llanos.

Al otro lado del valle, Antígono *el Tuerto* formaba a su mejor caballería a la derecha, delante de la más selecta caballería de Eumenes, y casi todos los jinetes estaban ya en sus puestos. En la falange que ocupaba el centro de su línea de batalla reinaba la confusión, y el flanco izquierdo fluctuaba, medio oculto por la polvareda. El extremo izquierdo, la parte de su ejército enfrentada a Diodoro, reaccionaba ante la evidencia de que el flanco de éste se extendía mucho más que el de su adversario, haciéndolo vulnerable.

Nada parecía suceder deprisa. Desde aquella distancia no veían individuos, y lo único que oían era un vago fragor, como el de un lejano arroyo discurriendo entre rocas.

—¿Por qué aguardan a que el enemigo haya formado? —preguntó Sátiro—. Seguro que quien forma primero tiene una clara ventaja.

—No está mal la pregunta, para un cachorro —ladró una voz ronca. Justo a su derecha, sin que se hubiesen dado cuenta por lo absortos que estaban contemplando el despliegue militar, una cabalgata había subido al promontorio. Un hombre de tez morena con un peto plateado y el yelmo a juego se acercó a ellos.

»Ningún comandante atacará mientras no esté seguro de sus posiciones, y cuanto más tiempo mantengamos a nuestros hombres en la línea, más cosas se le ocurrirá corregir. Puede prolongarse todo el día. La guerra no es más que una competición de errores. Cuantos menos cometes, más probable es que venzas. No he conseguido situar a mi ala derecha en la línea, y no tengo a mis *peltastai* donde los quería. Y mi adversario ha pifiado la disposición de sus elefantes; los ha comprometido en la línea. Ahora se ha dado cuenta del error, sospecho que su hijo ha tenido algo que ver en ello.

—Eumenes —dijo Filocles. Estaba de pie y saludó a la manera espartana.

—Por todos los dioses, un espartano. Tanto gusto, señor.

Eumenes le tendió la mano, inclinándose sobre la silla, y el preceptor se la estrechó.

—Soy Filocles, un amigo de tu *strategos* Diodoro y de Kineas, con quien luchaste en Bactria. Éstos son sus hijos.

El hombre hizo una mueca.

—Podrías alojarlos con Heracles. ¡Abriríamos un albergue para huérfanos de grandes generales! —Bajó la vista a los gemelos, imperioso en su atuendo de púrpura y plata—. ¿Qué os parece, niños?

—Pienso que estás escondiendo tus elefantes en esa nube de polvo —declaró Melita—. Y que arremeterás contra el enemigo por el centro.

—Pienso que el flanco del tío Diodoro se extiende más lejos que el de su oponente —terció Sátiro—. Y que los jinetes enemigos tienen miedo.

—No está mal —dijo Eumenes, con el aire de quien dispone de todo el día para comentar su táctica con unos críos—. No está nada mal. Pero he aquí la cuestión, niños. Tiene más caballería que yo. Sin embargo, su línea de batalla es más corta. ¿Dónde está el resto de la caballería? Eso es lo que he venido a ver desde aquí.

Sátiro y Melita cruzaron una mirada.

Eumenes prosiguió, hablando mayormente para sí mismo.

—Las batallas suceden porque ambos generales piensan que están en una posición superior, y uno de ellos siempre se equivoca —explicó—. O porque uno de ellos está desesperado. Mi falange es mejor y tengo más elefantes. El Tuerto tiene más caballería. Es su única ventaja, aparte del hecho de que él es macedonio y yo griego. —Sacó una toalla de lino de su macuto y se limpió la frente—. De modo que ¿dónde puñetas está? Si la ha enviado a los flancos... Bueno, tal vez me dé tiempo de aplastar su centro antes de que lleguen. Sin polvareda. Supongo que podrían venir

desde detrás de aquella serrezuela al oeste, pero eso son veinte estadios.

Volvió a guardar la toalla.

—Bien, espartano, disfruta con la vista. Niños, considerad esto una lección.

Sin decir más, hizo una seña a su séquito y bajaron del promontorio al galope, levantando una nube de polvo que tardó un rato en disiparse, oscureciendo su visión del campo de batalla.

Terón abrió una canasta y sirvió un almuerzo frugal a base de higos y dátiles. Todos disfrutaron comiendo las sabrosas frutas, y estuvieron pegajosos antes de que el polvo se aclarase.

—Así que ése era Eumenes *el Cardio* —comentó Sátiro.

—En carne y hueso —contestó Filocles.

—¿Qué crees que quería decir con que esto es una lección? —preguntó el muchacho.

Filocles adoptó el aire que ambos gemelos asociaban con sus enseñanzas.

—¿Cuál ha dicho Eumenes que era la clave de una batalla? ¿Por qué ocurren las batallas?

—Las batallas suceden porque ambos generales creen que son superiores, y uno de ellos se equivoca —dijo Sátiro, muy serio.

Melita le dio un codazo.

—En este caso, creo que Eumenes ha decidido que su adversario va a jugarse la batalla marchando contra el flanco, y él apuesta por sus elefantes —explicó Filocles, y señaló hacia el campo, donde la cortina de humo se iba disipando lentamente—. Uno de los dos se equivoca.

—¿Cuál de ellos? —preguntó Melita.

—Pregúntale a Zeus —dijo Terón—. ¡Mirad!

En la llanura, toda la línea de Eumenes había comenzado el avance. La aparente confusión de su flanco izquierdo ahora se reveló como una estratagema, con todo el poderío de sus elefantes protegiendo la izquierda de su falange y avanzando con audacia apenas un estadio por detrás de la línea principal. A la derecha, la caballería de Diodoro ya había iniciado la carga, adentrándose en el campo.

—Pero... —Sátiro saltaba a la pata coja—. Pero... ¡No está pasando nada!

—Una vez que comienza la batalla —dijo Filocles con voz extraña, casi como si estuviera borracho—, todo va bastante deprisa.

Mientras observaban, ambos bandos maniobraron, poniendo las últimas unidades en línea o tratando de reforzar las divisiones peor formadas, de modo que ambos tenían algunas fuerzas en movimiento y toda uniformidad estaba hecha trizas, salvo en los respectivos centros, donde las falanges marchaban en orden. Parecían iguales en tamaño, y se estaban aproximando una a la otra; apenas mediaba un estadio entre ambas.

—Esta es la peor parte para la tropa —observó el espartano—. Cuando ves esa pared de puntas de lanza que viene hacia ti, te sientes desnudo. Sólo el sentido del honor, y el miedo al desdén de los dioses y de tus amigos, te empuja a seguir avanzando. El corazón te palpita como si fueras a morir. —Apartó la vista—. Pobres desdichados. Que los dioses los acompañen a todos.

—¡Mirad! ¡Los nuestros están venciendo! —chilló Melita, que observaba a la caballería del flanco derecho, donde estaba estacionado Diodoro.

—¡Ares! —exclamó Terón—. Qué rápido.

—O bien el Tuerto ha tendido una trampa y Felipe ha caído en ella —dijo Filocles, meneando la cabeza—, o el Tuerto ha cometido un error.

Sátiro vislumbró los destellos de sol de unas armas en el extremo derecho.

—Es una trampa. ¡Oh, tío Diodoro!

Mientras la línea entera, una línea poco compacta, de delante de Diodoro se combaba y huía, los lanceros que emergían de la serrezuela oriental arremetieron contra sus *prodromoi* por el flanco. Pero la contienda no era en modo alguno desigual, y justo antes de que la neblina de la batalla les ocultara la acción en la derecha, vieron a todo un regimiento de caballería de Diodoro salir de la distante polvareda y caer sobre la emboscada, mientras el grueso de la tropa seguía avanzando.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Sátiro.

—No lo sé —admitió Filocles, rascándose la barba—. Los combates de caballería son rápidos y desconcertantes. Es como ver a dos perros tratando de morderse el cuello: hasta que uno cae muerto, cuesta adivinar cuál ganará. Pero Diodoro lleva en esto desde antes de que vosotros nacierais. Supongo que se ha metido en la trampa con los ojos bien abiertos.

Mientras Filocles hablaba, las falanges del centro ya estaban tan cerca la una de la otra que parecían una única masa. Y de pronto ambas parecieron dejar de avanzar, aunque las últimas filas siguieron haciéndolo. De niño, Sátiro había visto una vez a dos orugas chocar de frente encima de una ramita, juntando las cabezas mientras las patas traseras seguían avanzando; las falanges estaban haciendo algo muy semejante. Y entonces les llegó el fragor de la batalla, un verso de peán y el estrépito de dos grandes cuerpos al chocar.

—Ambas han resistido —observó Filocles.

—Ambas estaban avanzando —repuso Terón.

—No me refería a eso —replicó el espartano con irritación—. Lo que debería haber dicho es que ninguna se ha quebrado antes de entrar en contacto. A menudo sucede, aunque a nadie le gusta hablar de ello.

—¡Mira! —exclamó Melita, agarrando el hombro de su hermano y dándole un tirón.

Sátiro apartó la vista del combate a muerte que se libraba en el centro y de los elefantes que marchaban imperturbables desde la segunda línea. La izquierda de Eumenes, el sector de caballería de élite, que quedaba más cerca del campamento, estaba a punto de recibir por el flanco la embestida de una oleada de caballería. Sátiro no había reparado en su aparición.

—¿De dónde han salido? —preguntó.

—Van a arremeter de pleno contra nuestra caballería —dijo, y se mordió los labios.

—No es muy diferente de ver el clímax de una carrera —observó Filocles—. Salvo que los contendientes fallecen.

—Diodoro tiene que girar hacia el flanco de la falange enemiga —agregó Sátiro, tras un tenso silencio.

El enemigo superaba en número a la caballería de élite de Eumenes, y su antipatía por su patrono se hizo patente en la premura con que se batió en retirada, dejando que el ala izquierda se desmoronara rápidamente. Bactrianos y medos avanzaban en tropel, y muchas de sus unidades penetraron la línea sin haber luchado siquiera.

Melita se puso de puntillas.

—¡No han visto los elefantes! —exclamó.

Sátiro estaba a su lado. Realmente era como animar a los contendientes en un encuentro deportivo. Miles de jinetes enemigos llenaban el hueco dejado por la huida del ala izquierda de Eumenes, pero en lugar de arremeter contra el flanco de la falange, avanzaban hacia un pequeño promontorio que les impedía ver los elefantes. La loma apenas era visible desde lo alto; Melita suponía que debía de existir, porque los bactrianos galopaban derechos hacia los elefantes.

Y en el extremo izquierdo distinguieron un escuadrón de Diodoro lanzando una carga contra el flanco ahora desprotegido de los bactrianos enemigos. Sátiro pensó que aquello se parecía mucho a la lucha de atletas: golpes de ataque y defensa. El valiente que dirigía la carga justo delante de ellos estaba lanzando un izquierdazo poco peligroso, pero para defenderse de él, la masa de bactrianos y saka tendrían que cambiar de frente y perderían toda la ventaja que ahora les daba su posición.

—¿Ves como los medos evitan un segundo combate? Cuando los hombres han triunfado en batalla, a menudo están tan hartos de la violencia como quienes han perdido. Por eso los medos están buscando un blanco más fácil.

Sátiro se encontró masticando un higo sin ser consciente de haberlo cogido de la canasta. Ahora el polvo cubría prácticamente toda la línea. Puso su manto en el suelo y se sentó encima. Se lavó las manos con agua de la cantimplora.

Parecía que nada ocurriera, aunque el fragor del combate se oía con mayor claridad, arrastrado por una brisa fresca del este. Los medos y los bactrianos habían desaparecido en las enormes nubes de polvo de sal, y la línea de batalla quedaba

oculta de una punta a la otra.

De pronto los bactrianos salieron en estampida por el borde de la nube más cercano al campamento.

Filocles los observó unos instantes y acto seguido agarró a Targis.

—Ve corriendo en busca de tu ama tan deprisa como puedas. Dile que cinco mil jinetes asiáticos están a punto de entrar en el campamento. Tal vez disponga de algo de tiempo. Ella sabrá qué hacer. ¡Corre!

El joven esclavo salió volando cuesta abajo, y sus miembros morenos brillaron acompasadamente al correr.

Filocles observó un momento a los medos. Luego se volvió hacia Terón y los gemelos.

—El ala izquierda de Eumenes está rota sin remedio, pero los hombres que la han quebrado han optado por saquear el campamento en lugar de enfrentarse a los elefantes. —Asintió—. Muy sensato por su parte, en realidad. Pero a fin de cuentas anula la victoria del Tuerto. Salvo que me equivoque, ese hombre de ahí abajo es Eumenes. Intenta contener la huida en desbandada.

—Mirad a esos cobardes —dijo Terón.

En efecto, la flor y nata de la caballería macedonia de Eumenes se había agrupado en el extremo izquierdo, en el lecho de un río. Muchas de las unidades habían formado como para un desfile, pero no avanzaban.

—Es difícil diferenciar entre cobardía y traición —comentó Filocles—. ¿Es responsabilidad nuestra decirle a Eumenes que están atacando su campamento? ¿O incluso que su falange sigue combatiendo?

—¿Y tu amigo Diodoro? —preguntó Terón.

A sus pies, una columna corta de caballos y mulas ya había formado y se dirigía hacia el sur.

—Diodoro ya tenía un plan por si ocurría esto —respondió el ateniense—. Igual que Safo. —Meneó la cabeza—. Diodoro tiene que saber lo que ha sucedido. ¿Irás tú, Terón?

El atleta contempló la vorágine de polvo de sal y bronce.

—Ni siquiera sé a quién debo buscar —objetó—. No. No es mi guerra.

—Iré yo —se ofreció Sátiro.

Filocles ni siquiera miró a su pupilo. Tenía la vista clavada en el campo.

—Tengo que saldar una antigua deuda. Tú te quedas con los niños. Diodoro es un niño grande.

—Iré yo —insistió Sátiro.

El rumor de la catástrofe se estaba extendiendo y los refugiados abandonaban el campamento en tropel, dirigiéndose hacia el sur. En el norte, los bactrianos ya

estaban en las líneas de caballos, cogiendo monturas de refresco. Los saka cabalgaban hacia el este, rodeando la maraña de tiendas que entorpecería el avance de sus caballos.

—¿Qué antigua deuda? —gritó Terón—. ¡Por Ares, hombre, no puedes meterte ahí!

—Banugul —dijo Filocles a media voz. Aquel nombre no significaba gran cosa para los gemelos.

—Mamá solía hablar de ella —dijo Melita—. Una vez la pusiste como ejemplo de mujer poderosa.

—Veo que realmente escucháis todo lo que digo —señaló el espartano, sin apartar los ojos del avance enemigo.

—Tía Safo dijo que debería ser nuestra aliada —terció Sático.

—Vuestro padre le salvó la vida una vez —dijo Filocles, reviviendo otra batalla, lejana en el tiempo y el espacio. Levantó el brazo y soltó la correa de la vaina de la espada—. Niños, id con Terón. Bajad hasta la columna y seguid hasta el punto de encuentro. Yo voy a salvar a una ramera dorada.

Los gemelos cruzaron una mirada, comunicándose en silencio. Montaron con Terón y comenzaron a descender del promontorio, ambos mirando a Filocles mientras montaba y desaparecía por la ladera que daba al campamento.

—¿Está loco? —masculló Terón, trotando al frente de ellos.

—Iré en busca de Eumenes —dijo Sático en voz baja, volviéndose hacia su hermana—. Y de Diodoro.

—Bien —asintió ella—. Yo ayudaré a Filocles. —Miró el caballo pardo en el que iba Sático—. Ojalá tuvieras una montura mejor.

—Ya me gustaría.

Ambos sonrieron. Sático miró a Terón e hizo girar al animal hacia la izquierda. A lomos de un caballo pardo, sin yelmo, con un manto pardo, Sático desapareció entre el polvo en cuanto se desvió. Subió de nuevo por la ladera del promontorio hasta que alcanzó a ver la llanura de sal por encima de la polvareda.

El yelmo plateado de Eumenes era un destello de luz blanca, tan sólo uno o dos estadios más al norte. Sático apuntó la cabeza de su castrado hacia el general, le hincó los talones para hacerlo correr y salió disparado.

Melita vio que su hermano hacía girar el caballo y se agachó para comprobar que el carcaj estuviera abierto.

—¡Por aquí! —gritó Terón.

Melita lo siguió obedientemente y cuando se adentraban en la polvareda de la columna de Safo, gritó:

—¿Dónde está Sático?

Terón se volvió en la silla, anudándose la clámide sobre la cara para protegerse del polvo.

—¿Adónde ha ido? —preguntó—. ¡Ares!

—Estaba aquí hace un momento —dijo ella.

—Ve a reunirte con Safo —ordenó el corintio, haciendo dar media vuelta a su montura—. ¡Sátiro! —bramó.

Melita no contestó. Siguió cabalgando hacia donde le había indicado Terón hasta que el polvo la engulló. Entonces se apartó la túnica sakje del hombro, dejando desnudo el brazo derecho, y obligó a *Bión* a efectuar un viraje muy cerrado. El polvo no la molestaba: había cabalgado en posiciones retrasadas durante las marchas veraniegas con las doncellas y los muchachos asagatje. Se tapó la boca con un pañuelo mientras regresaba hacia el campamento a medio galope.

La polvareda era densa, y los saka estaban cerca: veía cómo se gritaban unos a otros un poco más al este. Los saludó agitando el arco por encima de la cabeza y le correspondieron a gritos. Acto seguido desaparecieron entre el polvo.

Tenía una idea bastante aproximada de dónde se erguía la enorme tienda roja y amarilla, de modo que se dejó guiar por el instinto, confiando en que *Bión* avanzara con cuidado entre el bosque de tiendas, estacas y cuerdas. No iba muy deprisa, pero seguía la línea más corta que cabía encontrar.

Al surgir de la nube que la envolvía aterrorizó a muchos seguidores del campamento. Parecía una masageta. Bajo la máscara de suciedad y el pañuelo rojo, sonrió pícaramente, lanzó un chillido de alegría y los aterrorizó un poco más. Así correrían más deprisa. Quizá les estuviera salvando la vida.

Bión dio un traspie en dos ocasiones, al tropezar con una estaca o un viento de una tienda, pero en ambas se recuperó sin caer.

—Buen chico —le dijo en sakje, dándole palmadas en los flancos. Hablaba y pensaba en ese idioma, y el griego de las mujeres aterrorizadas que la rodeaban le resultaba casi incomprensible. Notó que el peso de *Bión* cambiaba y se arrimó a su cuello para dar un salto; el caballo libró el obstáculo sin que Melita supiera de qué se trataba. Luego el castrado giró debajo de ella y faltó poco para que Melita se cayera de la silla, pero enseguida estuvieron avanzando a medio galope otra vez.

Entrevió un destello de color a su izquierda, y luego otro, y vio que los cascos de *Bión* pisoteaban fruta. Estaban en el ágora del campamento, cerca de la tienda de Banugul.

«Bien, ¿dónde está Filocles?», se preguntó.

Sátiro cabalgaba con soltura, inclinándose hacia atrás mientras se deslizaban por la ladera del promontorio para luego cambiar el peso hacia delante en cuanto llegaron al suelo duro del valle. Dio rienda suelta a su caballo, que no dudó en lanzarse a un

galope tendido. Sátiro confiaba en su silla, y aprovechó el galope para quitarse la clámide de la cintura, donde la había atado, y envolverse la cabeza con ella.

Acababa de apartarse el tejido de lana de la cara cuando se encontró de repente con una muchedumbre de bactrianos. Los reconoció por sus largos albornoces y sus pantalones, y de pronto se vio en medio de ellos, avanzando tan rápido que no tuvieron ocasión de atraparlo. El corazón le palpitaba y por primera vez la locura de su propósito lo sobrecogió.

«Podría morir en el intento», pensó. Era muy diferente de ser acosado por asesinos; aquel riesgo lo estaba corriendo por voluntad propia, y se sintió estúpido. «¡Ni siquiera es mi batalla!», le gritó una parte de su mente. «¡Demasiado tarde!», contestó otra parte, y salió del protector muro de polvo de sal como disparado con un arco.

Se sintió desnudo al instante. Allí soplabla una brisa que había partido en dos el velo de sal, dejándolo galopando con mil bactrianos a plena vista al oeste, a menos de medio estadio de distancia. Sus piernas desnudas proclamaban que era griego y, probablemente, enemigo, y una docena de ellos hizo girar a sus caballos para dirigirse hacia él, profiriendo agudos alaridos.

Delante tenía el grupo de soldados que constituía su objetivo: caballería macedonia con *spolades* de cuero blanco y yelmos de bronce. El hombre que iba al mando llevaba un yelmo plateado y un manto púrpura, pero desde aquella distancia resultaba obvio que no era Eumenes. Estaba a unos diez largos de caballo, y gritaba órdenes en una voz tan joven y estridente como la del propio Sátiro.

El muchacho se irguió sobre las rodillas, hincó los talones en los flancos de su castrado y corrió como una exhalación hacia la brecha que se estrechaba entre la caballería macedonia y los bactrianos. Detrás de él, una docena de enemigos galopaban agachados sobre los cuellos de sus caballos, gritándose entre sí en plena persecución, pero él era un jinete más ligero, y su montura, mejor. Se le ocurrió que debería dispararles, pero le faltó coraje para hacerlo. Bastante ocupado estaba ya en ser uno con su caballo.

El joven oficial dio media vuelta y Sátiro pasó junto a él a una jabalina de distancia. El broche de su manto púrpura habría bastado para pagar el rescate de una ciudad pequeña.

En un abrir y cerrar de ojos logró cruzar la brecha y se encontró cabalgando ante una fila de soldados macedonios. Todas las cabezas se volvieron y algunos hombres lo señalaron, y los bactrianos de la derecha comenzaron a girar, y más bactrianos, tan cerca que casi podían tocarlo, también desviaron sus monturas a su paso, y de pronto los hubo dejado atrás, alejándose por la llanura de sal, donde la brisa había dejado de soplar, hasta adentrarse en otra nube de polvo.

Galopó hasta agotar a su montura y luego viró con cuidado hacia su derecha,

aminorando gradualmente la marcha y aguzando el oído tanto como podía. Oyó ruido de lucha a su derecha, y su caballo, aunque cansado, piafó inquieto. No logró comprender por qué estaba tan nervioso, pero lo refrenó mientras ponía sus ideas en orden.

Estaba perdido en la bruma de la batalla.

Melita recordaba que la tienda roja y amarilla se alzaba en el extremo sur del ágora, y cabalgó en esa dirección. El lugar estaba desierto, salvo por los desperdicios y el cuerpo de un niño de seis o siete años con el cuello rebanado.

Impresionada, Melita se detuvo un momento a mirar el cuerpecito. Entre los últimos puestos de comida divisó el techo de la tienda roja y amarilla. Delante había una docena de caballos y unos hombres que gritaban. También se oía el creciente ruido de una muchedumbre presa del pánico que se acercaba desde el norte. Los medos sin duda habían entrado en el campamento.

De pronto el impulso de ayudar a Filocles a rescatar a Banugul le pareció una estupidez. ¿Cómo iba a encontrarlo? ¿Cómo se enfrentaría a doce hombres? Se le acababa el tiempo: el lamento de la masa desesperada estaba justo a sus espaldas.

—¿Dónde demonios está? —gritó alguien entre el complejo de tiendas arracimadas en torno a la roja y amarilla. La joven conocía aquella voz: era la del médico; el falso médico, Sófocles.

—¡Ha huido! —dijo otro hombre.

—¡Coged a su mocoso!

—¡Tiene una espada!

Melita estaba a punto de huir por la larga avenida que conducía de regreso al barranco cuando oyó la voz de Sófocles, y la fuerza del juramento de su hermano la embargó. Levantó el arco, empuñó su *akinakes* y se aproximó a una pared lateral del gran pabellón, confiando en que *Bión* supiera abrirse camino entre la maraña de vientos y estacas. Cuando alcanzó su objetivo, alargó el brazo y rajó la tela de la tienda de arriba abajo, de modo que la lona cedió sobre sus soportes, y de pronto estuvo en el interior. Dejó el *akinakes* colgando de la correa de la muñeca, cargó una flecha y vio que un hombre intentaba atrapar a un niño algo menor que su hermano, un niño con el pelo de bronce que empuñaba una espada. El pequeño se volvió e hirió a su atacante.

—¡Mátalo de una vez! —gritó Sófocles.

La primera flecha de Melita dio al ateniense en el costado justo por debajo del brazo con el que señalaba. Sin llegar a ver el disparo, cayó desplomado. La segunda flecha se clavó en el hombre que perseguía al niño.

—¡Ven conmigo! —gritó Melita al niño. Metió el arco en el *gorytos* que llevaba atado al cinto y le tendió la mano izquierda.

Su hermano habría sabido qué hacer, pero aquel niño se limitaba a mirarla.

—¿Quién eres? —preguntó.

Sófocles había vuelto a levantarse, agarrándose el costado. El arco de Melita era ligero y la flecha no le había atravesado el *thorax*.

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó el herido, a dos largos de caballo.

—¡Arriba! —urgió Melita al niño—. ¡Deprisa!

—¿Tengo que hacerlo todo yo mismo? —se indignó Sófocles, pasando por encima del cuerpo del otro hombre y cogiendo una lanza del suelo.

Otros dos soldados entraron en la tienda a sus espaldas y el ateniense se distrajo un instante vital cuando un tercer hombre entró en la inmensa tienda desde el corredor lateral principal, forcejeando con una mujer.

—¡La tengo!

—¡Mátala! —ordenó el falso médico—. ¡Ares! ¿Es que sois idiotas?

Finalmente, tras un titubeo que a Melita le pareció una eternidad, el niño le cogió la mano. Ella tiró del pequeño y enseguida lo tuvo en la silla, agarrándole tan fuerte la cintura que casi la derribó de su montura. *Bión* retrocedió un par de pasos. Melita cogió el arco y se hizo un corte en la parte alta del muslo con la cuchilla del *akinakes* que colgaba de su muñeca.

—Ese niño no es para ti —dijo Sófocles, levantando la lanza—. Entrégalo; te pagaré en oro. ¡Oro! ¿Entiendes? —Se señaló un brazalete que llevaba en el brazo derecho—. Oro, estúpida bárbara. —En un aparte, añadió—: Malditos bárbaros.

—El Tuerto dijo que capturásemos a la mujer y a su hijo —dijo una voz con acento macedonio, uno de los hombres que había detrás del asesino ateniense. Iba armado como un oficial, con finas tiras de oro sobre la coraza de hierro—. No la matéis.

Sófocles lo miró como quien ha sufrido demasiadas humillaciones.

—Que te jodan, macedonio —masculló. Dio media vuelta y clavó la lanza en el cuello del oficial, derribándolo al instante.

Con el arco ya en la mano, Melita vio un destello en la lejana entrada y descubrió a Filocles, que empuñando su espada dio una patada detrás de la rodilla a un hombre, que se cayó soltando una maldición.

Por supuesto, Filocles no la reconoció: se limitó a mirarla y recogió a la mujer del suelo.

—¡Mi hijo! —gritó ésta.

—Te estoy rescatando, maldita idiota —espetó Filocles.

Al oír esas palabras, todas las cabezas de la tienda se volvieron, y Melita tuvo la impresión de que la acción se aceleraba. Sófocles y Filocles se reconocieron mutuamente.

—Aquí tenemos al borracho —dijo el asesino.

—Intenta matarlos porque trabaja para Olimpia —explicó Filocles—, no para el Tuerto. ¡Matadlo!

—Hermes, eres la peste —bufó el falso médico, justo antes de arrojar la lanza.

Filocles se las arregló con un giro atlético para soltar a la mujer, golpearla con la cadera lo bastante fuerte para derribarla y desviar la lanza.

—¡Maldito seas! —gritó Sófocles—. ¡Tienes la suerte de la mismísima Tique!

Melita le disparó detrás de la rodilla. Era la parte menos protegida por la armadura y Sófocles le estaba dando la espalda. Entonces, con la euforia que le producía un buen tiro, hizo retroceder a su castrado por la raja de la tienda, dio media vuelta y se fue.

Sátiro tardó mucho tiempo, para él toda una eternidad, en darse cuenta de que su caballo se sacudía como un loco porque estaba prácticamente rodeado de elefantes. Formaban dos largas columnas, cada una de veinte bestias o más, y él estaba entre ambas, si bien no sabía cómo había llegado allí. También había hombres en torno a él, francotiradores, *psiloi* o simples soldados que se habían desorientado igual que él, pero ninguno de ellos suponía una amenaza. Se cruzó con un *peltastes* medo con pantalones de lunares, pasando tan cerca que el hombro del soldado rozó su caballo.

Consiguió recobrar cierto control sobre su montura cuando los elefantes, obedeciendo órdenes a voz en cuello, comenzaron a abrir sus filas para formar una línea abierta. Su castrado emprendió una carrera a galope tendido entre los elefantes y se oyeron bramidos de ira: ira elefantina, monstruosos sonidos de leyenda en medio del polvo que le infundieron tanto miedo a él como a su despavorido caballo. Perdió de nuevo el control del animal y el enorme corcel adelantó a un elefante tras otro, rompiendo su línea. De hecho, pasó tan cerca de una de las enormes bestias que Sátiro, de haber tenido menos miedo, habría podido tocar las patas del gigante.

A su izquierda, dos animales luchaban erguidos sobre las patas traseras, con los colmillos trabados y la piel manchada de sangre, y los hombres que los montaban se aferraban a ellos para salvar la vida. Mientras contemplaba la escena, una trompa alcanzó a un *mahout*, se enroscó en torno a sus brazos y lo arrancó entre alaridos de su asiento en la cabeza del elefante enemigo. Sátiro, horrorizado y fascinado a la vez, vio cómo el elefante tiraba al suelo al hindú para luego pisotearlo sin tregua.

Se alejó galopando y sus temores pasaron del terror a los elefantes a la preocupación porque su castrado había comenzado a avanzar pesadamente, falto de aire, con los flancos palpitantes y temblorosos. A pesar del pánico, Sátiro alejó su montura de los últimos elefantes y luego la frenó para que recobrar el aliento. A su derecha veía los destellos del bronce y el acero y oía, con toda claridad, la ira desatada de otra clase de monstruo: las dos falanges machacándose mutuamente.

La mente de Sátiro se puso en acción por vez primera desde que escapara de los

bactrianos. Se sentía profundamente avergonzado de su pánico, pero sabía que no tenía posibilidad alguna de encontrar a Eumenes en medio de la polvareda.

Por otra parte, Diodoro y los *hippeis* estaban justo al otro lado de la falange, constituida por dieciséis mil hombres; en la formación normal de combate, tenía una anchura de mil en fondo, o de tres mil *podés* en orden de batalla. Cinco estadios.

Filocles había dicho que Diodoro necesitaba saber lo que ocurría en el campamento.

Cabalgó rodeando la falange, azuzando al pobre castrado tanto como se atrevía. El caballo estaba agotado: los elefantes le habían causado más fatiga en un momento de terror que el resto de la cabalgada. Pero por el momento estaba a salvo. El muchacho avanzaba por la retaguardia del ejército, y le sorprendió constatar lo vacío que estaba el campo de batalla. Había unos cuantos cuerpos esparcidos por el suelo y unos pocos hombres gemían pidiendo agua, pero el batir de los cascos de su caballo le impedía oír los sonidos más angustiantes. Dio un rodeo para evitar un montón de cadáveres en el denso polvo de sal que le escocía en la garganta y en los ojos. Tenía tanta sed que pensó en robarle la cantimplora a un cadáver.

Tardó un buen rato en recordar que él también llevaba cantimplora. Maldijo su pánico y bebió un poco mientras su caballo pasaba del medio galope a un trote despacioso. Percibía el cambio que se estaba produciendo en la línea de batalla. Ya no veía las últimas filas de la falange, y los gritos a su izquierda devinieron más triunfantes. Dirigió a su caballo hacia el griterío, confiando en haber cabalgado cinco estadios. No era fácil medir el tiempo en la bruma del combate.

Delante de él, en las nubes grisáceas, sonó la llamada de un trompeta que le resultó familiar. Aquél era Andrónico con la trompeta de plata de los *hippeis*.

«Es él, ¿verdad?»

A sus pies había hombres sonrientes con escudos en forma de media luna que corrían y señalaban al frente sin hacerle ningún caso. Los adelantó. Poco después vio más *peltastai*, todos avanzando, y supuso que el flanco enemigo se estaba desmoronando. Los hombres que adelantaba bebían agua, se gritaban unos a otros o robaban a los cadáveres. Lo que no hacían era dirigirse hacia el flanco roto de la falange enemiga. Pensó en lo que Filocles había dicho sobre los hombres que, tras haber vencido en una batalla, eran renuentes a entrar de nuevo en combate.

Mantuvo su caballo al trote porque sospechaba que, cuando el inmenso castrado se detuviera, no volvería a caminar. Iban hacia el este, o hacia lo que en la bruma parecía ser el este, más o menos paralelos a la línea de batalla que Eumenes había establecido al principio, en la medida en que podía calcularlo con el calor y la polvareda.

De pronto ya no vio más soldados de infantería. Oyó varias llamadas de trompeta, una de las cuales le pareció familiar. Sátiro no distinguía nada y sólo oía el fragor de

la batalla a sus espaldas, de modo que dirigió su caballo más hacia la izquierda, hacia donde le parecía haber oído la trompeta, esperando que Diodoro hubiese seguido venciendo en su flanco. Si Diodoro hubiese perdido la acción inicial de la caballería, razonó Sático, los *peltastai* no habrían podido penetrar tanto en las líneas enemigas.

El sol había recorrido suficiente trecho pasado el mediodía y el muchacho comenzó a confiar más en su sentido de la orientación. A pesar de la bruma, el astro era un disco duro, redondo y blanco en el cielo, y Sático fue capaz de situarse. El combate de la falange lo tenía al oeste. La trompeta de Diodoro estaba hacia el noreste.

«Probablemente.»

Sin embargo, cuanto más cabalgaba Sático, menos seguro estaba. Para cuando su cantimplora estuvo casi vacía, había comenzado de nuevo a preguntarse dónde estaba. Hacía rato que había dejado atrás la falange; la bruma se alzaba como un ser vivo, asfixiándolo y limitando su visión a unos pocos largos de caballo, y el ruido de la falange sonaba tan distante que Sático bien podría encontrarse fuera del campo de batalla.

Un *peltastes* medo surgió del polvo como una criatura mitológica, e intentó desmontar a Sático hincándole una jabalina. El joven príncipe encajó el primer golpe en medio del vientre, donde la coraza era más recia, y perdió los estribos. Su castrado aminoró la marcha, dio unas débiles coces al *peltastes* y siguió adelante, dando traspiés. No tardó en detenerse y, con la lenta inevitabilidad de una avalancha en las montañas, se desmoronó. Sático se apartó del animal impulsándose con las piernas y se puso en pie, enmarañado en su clámide. Cuando se levantó, notó el costado mojado: se le había roto la cantimplora. El *peltastes* estaba encima de él, asestándole con la jabalina, rápido como el picotazo de una víbora. El muchacho retrocedió tropezando, aturdido, con sal y sudor en los ojos. Metió la mano derecha debajo de la axila izquierda para desenvainar la espada, y el medo titubeó.

Sático se limpió los ojos con la clámide húmeda. El medo estudió a su contrincante, vio el caballo agonizante, dio un paso atrás y lanzó su jabalina como un rayo, pero erró el tiro y el arma se volteó, propinando un golpetazo al hombro izquierdo de Sático, que sintió una punzada de dolor que le recorrió el brazo entero. Entonces el medo se volvió para huir, pero vaciló de nuevo.

El joven avanzó, envolviéndose la clámide en torno al brazo izquierdo, y atacó a su enemigo antes de que éste pudiera escapar. El medo saltó hacia atrás, con cara de pánico, y ambos oyeron una trompeta bastante cerca.

Sin el ruido de los cascos de su montura, Sático captó el fragor de la batalla hacia el norte. En algún lugar cercano, un corcel enloquecido soltó un relincho de ira. En algún otro lugar de las tinieblas, hombres heridos aullaban de dolor. Enseguida los ruidos lo envolvieron, lo mismo que los fantasmas de la batalla, movimientos en la

opaca cortina de sal.

El medo arremetió de nuevo contra él, levantando un puñal con la mano derecha y adelantando con la izquierda su pequeño escudo de mimbre y cuero.

Sátiro tuvo tiempo para pensar: «No tiene ninguna clase de entrenamiento.» Tal idea le confirió una sensación de calma y superioridad que le permitió esquivar la arremetida y cortar por la muñeca la mano que sostenía el puñal. El muchacho estaba demasiado débil para atravesar el hueso, pero el arma salió volando y el medo cayó de rodillas, estrechando contra su pecho la mano mutilada como haría una madre con un hijo enfermo. En un fugaz instante el medo se había transformado: ya no era un monstruo violento, sino una víctima impotente.

Sátiro le dio la espalda y fue hasta el cuerpo de su caballo, pero no encontró nada que llevarse, y la sensación de éxito, la euforia de la supervivencia, lo abandonaron tan deprisa como se habían adueñado de él.

El peto le pesaba en el pecho como un yunque de hierro, estaba empapado en sudor, tenía la boca seca como la arena y sentía la cabeza a punto de estallar. El hombro izquierdo le dolía tanto como cuando siendo niño se había caído del caballo, pero no se atrevía a mirárselo por si veía que sangraba. Además, seguía perdido.

Su padre había sido famoso por su capacidad para orientarse guiándose sólo por sonidos.

Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—No lloraré —dijo en voz alta, y comenzó a caminar hacia donde se oía el combate. Siguió empuñando la espada, más como actitud que por el uso que un hombre desmontado pudiera darle en una melé de caballería. Un caballo sin jinete surgió despavorido de la cortina, con los ojos enloquecidos, y lo derribó. Rodó por el suelo para salir de debajo de los cascos del animal y de pronto se vio rodeado de caballos.

—¡Volved a formar conmigo! ¡Tocad a formar!

La trompeta sonó, una trompeta que Sátiro había oído mil veces siendo niño en Tanais, y se puso de pie, haciendo caso omiso del batir de cascos en que estaba metido.

—¡Formad conmigo! ¡En romboide! ¡Filarcos, tocad! —gritó Diodoro.

La trompeta sonó otra vez, emitiendo una larga llamada. Los caballos que rodeaban a Sátiro se empujaban para ocupar sus posiciones, cada hombre se esforzaba por llevar su montura al sitio correcto entre una bruma de polvo y una multitud de animales. Sátiro quedó aplastado entre dos corceles, se agachó para meterse debajo de un vientre y un jinete le dio una patada en la nuca.

—¡Eh! —gritó Sátiro, desesperado—. ¡Eh, socorro!

Faltando tan poco para encontrar a su tío, aún acabaría pisoteado o aplastado.

Una punta de lanza brilló malévolamente delante de su cara.

—No te muevas —dijo Hama.

—¡Hama, soy yo! —gritó Sátiro.

El hombre se agachó, le agarró la muñeca, con espada y todo, y lo izó a la grupa de su caballo.

—Los hombres mueren si van a pie cuando hay tantos caballos juntos —dijo el corpulento caudillo celta—. Por los putos dioses, ¿qué haces aquí, joven señor?

Sátiro se sentó a horcajadas en el caballo de Hama.

—No lloraré —repitió. El alivio era tal que los ojos se le llenaron de lágrimas y la garganta le dolió por algo más que el polvo salado.

La trompeta sonó una vez más.

—¿Alguien tiene idea de dónde cojones estamos? ¡Filarcos, tocad! —ordenó Diodoro.

—¡Fila uno! ¡Dos desaparecidos!

—¡Fila dos! ¡Todos presentes!

—¡Fila tres! ¡Un hombre muerto!

—¡Fila cuatro! ¡Cuatro desaparecidos!

—¡Fila cinco! ¡Todos presentes!

—¡Fila seis! —gritó Hama—. ¡Dos desaparecidos! ¡El príncipe Sátiro en mi caballo!

Comenzó a avanzar y los hombres le abrieron paso. A su izquierda, las filas siete y ocho dieron su parte de bajas. Hama acercó su caballo al del hipereta. Sátiro abrió la boca, pero su tío levantó la mano de golpe, exigiendo silencio.

—¡Fila nueve! ¡Todos presentes!

—¡Fila diez! ¡Tres desaparecidos!

Diodoro asintió bruscamente.

—Trece desaparecidos de cien. Mal asunto. —Miró en derredor—. ¿Alguien ha visto a Crax o a Andrónico?

—No, señor —corearon los soldados.

El polvo salado se arremolinó.

—Dion, llévate la fila uno a la derecha. No vayáis lejos; diez largos de caballo por cada hombre. Regresad al primer toque de trompeta. A ver si encontráis a alguno de los nuestros. Paques, llévate la fila diez y haz lo mismo en la izquierda. ¡Adelante!

Se volvió hacia Hama y Antígono.

—¿Dónde demonios estamos? —Sin aguardar una respuesta, miró a Sátiro—. ¿Qué estás haciendo aquí, niño?

El muchacho tomó aire y se concentró en hablar con firmeza.

—Traigo un mensaje —anunció.

—¿Qué mensaje? —preguntó Diodoro, arrodillado encima del caballo, intentando ver algo por encima del polvo.

—Pero antes, estás a unos cinco estadios detrás del punto más a la derecha de la falange enemiga, tío. Y todos los *peltastai* han sido rechazados. Vengo de allí.

Diodoro lo miró detenidamente.

—¿Estás seguro? La vida de los hombres depende de esto.

Sátiro se atragantó un poco.

—No —admitió, vacilante—. No estoy seguro del todo.

Hama lo calmó dándole un abrazo.

—Pero sí bastante seguro, ¿verdad?

—Bastante seguro, tío —respondió el joven, mirándolo a los ojos.

Diodoro asintió bruscamente.

—Si llevas razón, nunca volveré a dudar de ti. Hama, haz regresar a Paques y ponlo en vanguardia; tantearemos el camino en la dirección que ha indicado Sátiro. Un escuadrón de caballería detrás de nuestra falange les dará un susto de muerte, con esta mierda de polvo. Toca otra vez la trompeta, hipereta. —Cogió a Sátiro del caballo de Hama. Sus duros ojos grises se clavaron en los del muchacho—. ¿Mensaje? —preguntó. Tendió una mano y le dieron una cantimplora.

—Hay saka y bactrianos en el campamento —explicó Sátiro. Se fijó en que la barba de su tío era gris. Antaño había sido roja.

—¡Por los huevos de Ares, chico! —Diodoro miró en derredor—. Tengo menos de cien hombres. ¿Qué diantre...?

Un destello dorado, y Crax salió del polvo a medio galope.

—Habéis llamado —dijo, con la armadura reluciente.

Diodoro se rio.

—¡Tique nos sonrío! —gritó, y la tropa a sus espaldas respondió con un atronador rugido—. ¿Tienes el cuarto escuadrón?

—Seis desaparecidos —dijo Crax, saludando—. Los alinearé con vosotros.

—Sátiro dice que nos hallamos en el flanco de la falange, que está en esa dirección. ¿Qué opinas, Crax?

Diodoro le pasó la cantimplora al oficial getón, que bebió bastante y luego le puso el tapón de madera.

—Me parece bien —dijo Crax, guiñándole el ojo a Sátiro antes de desaparecer entre la sal. El muchacho agradeció el gesto: de repente se encontraba cargando con un gran peso en sus espaldas, el peso de la vida de todos.

—¡Montad de nuevo! —gritó Diodoro—. ¿Alguien tiene un caballo?

Un jinete al que Sátiro no conocía se adelantó.

—¡Toma, *strategos*!

El muchacho pasó directamente de la grupa del caballo de su tío a los lomos de un zaino oscuro con una bonita sudadera de piel y aplicaciones de plata en la brida.

—Gracias —dijo.

—¡Le debes el caballo, chico! —exclamó Diodoro—. ¡Y los jaeces! —Sonrió con picardía. Se sentó en el caballo y señaló a Sátiro—. Que alguien le dé una lanza y un yelmo. Pegado a mí, chico. Eres el guía. Si entramos en combate, pon tu animal detrás del mío y agacha esa cabeza de chorlito. Guarda esa espada de juguete. Bien, ¿hacia dónde?

Sátiro descubrió, para su inmensa dicha, que era capaz de señalar en qué dirección se encontraba la falange.

—Si no se han movido —masculló. El corazón le palpitaba y el miedo que lo atenazaba era muy distinto del temor a ser despedazado por los elefantes. Ahora le asustaba la idea de defraudar a sus amigos, de portarse como un niño. Hincó los talones en los ijares de su montura—. Por aquí —dijo.

—¡En marcha! ¡Al paso! —gritó Diodoro, y la trompeta sonó.

Sátiro se irguió en la silla. Realmente estaba conduciendo a un escuadrón de caballería.

Varios hombres se acercaron a hablar con Diodoro y volvieron a alejarse, y se oyeron más órdenes y más toques de trompeta. Sátiro, a un brazo de distancia del hombre a quien llamaba tío, entendió que Diodoro estaba intentando situar sus dos escuadrones alineados mientras seguían rastreando el campo de batalla en busca de los otros dos que faltaban.

—¿De verdad sabes lo que estás haciendo, chico? —preguntó Diodoro tras cabalgar un rato en silencio.

—¡Escucha! —dijo Sátiro. Se oía un leve rugido más adelante y hacia la derecha.

—¡Alto! —gritó Diodoro—. ¡Sin trompeta! Paques, adelántate y dime qué ves. ¡No te alejes más de un estadio o dos!

Se habían detenido en el interior de una enorme nube blanca y gris. Había cadáveres debajo de sus cascos, y mientras Sátiro miraba al vacío, dos *peltastai* tracios surgieron del polvo. Se quedaron tan pasmados que pararon en seco.

—¿Eumenes? —preguntó uno de ellos. Señaló la guirnalda de rosas que llevaba encima del gorro de piel de zorro.

Sátiro asintió.

—¡Eumenes! —gritó. Junto a él, Crax se puso a hablar en una lengua bárbara y los dos tracios dieron media vuelta y echaron a correr, adentrándose en la sal.

—Les he dicho que íbamos a cargar —explicó Crax—. He encontrado a algunos jinetes del segundo escuadrón, pero están perdidos. Unos diez hombres.

Diodoro se quitó el yelmo.

—Cómo detesto esta situación. Podrían darnos un susto de muerte y ni siquiera sabríamos de dónde vienen. Este polvo lo oculta todo.

—La cantimplora está vacía —dijo Crax. Escupió—. Es la peor polvareda que he visto en mi vida. Maldita sal.

Paques salió del remolino.

—El chico ha acertado de pleno —anunció, dirigiendo un saludo a Sático, cuyo corazón rebosó de alegría—. A menos de dos estadios están las últimas filas de la falange enemiga. Vía libre —prosiguió el hombre, alzando la voz con entusiasmo.

Diodoro miró en derredor.

—Bien —dijo, poniéndose otra vez el yelmo y atando las correas de la barbera—. Ahora es cuando todos nos convertimos en héroes. —Miró a Sático—. Ponte en medio del romboide, chico, que quiero llevarte a casa vivo. —Dio media vuelta a su caballo—. ¿Todo el mundo lo ha entendido? Derechos al flanco desprotegido. No os desparramáis. Penetrad cuanto podáis y sembrad el pánico. Quedaos conmigo hasta que oigáis la trompeta. Cuando empiecen a ceder, dejad que otros los maten; seguid adelante hasta nuestras líneas. ¿Entendido? Si me perdéis, os reagrupáis en el barranco. El campamento ya no existe. ¿Preparados?

Doscientas gargantas resecas hallaron energía para gritar «¡Sí!».

—¡En marcha! ¡Al paso! ¡Sin trompetas!

Iniciaron el avance. Sático se fue rezagando hasta quedar en la sexta fila, el mismo centro del romboide. Conocía la maniobra, pero era diferente con todo aquel polvo. Se encontró entre dos desconocidos, pero el que tenía a su izquierda desvió sus ojos inyectados en sangre desde las profundidades de su yelmo tracio.

—¡No hay de qué preocuparse, chico! —dijo—. Estás tan seguro como en casa. ¿Es tu primera vez? —preguntó.

—¡Sí! —gritó Sático por encima del estruendo de su avance.

—¡Pues cuidado con esa lanza! —advirtió su nuevo compañero de filas—. No vayas a darle un golpe a Kalyx. Es de los que no perdonan.

El otro hombre se rio.

Medio estadio pasó en un suspiro.

—¡Peán! —dijo la voz de su tío—. ¡Haced que se os oiga!

El Peán de Apolo comenzó con cuatro compases de cuidadosamente medido silencio rítmico, y Andrónico golpeó cuatro veces su trompeta con el mango de un puñal y el peán se abrió como una flor en el polvo salado, una ofrenda a un dios que no sólo valoraba las masacres.

Sático cantó con la tropa y se emocionó tanto que la voz le falló. Se sentía como si fuese uno con todos aquellos hombres que tenía alrededor: un par de brazos y piernas en una bestia con cien brazos y piernas, como un titán de leyenda.

Se pusieron al trote.

—¡Más cerca! —gritó el hombre de su derecha.

Sático se avergonzó al ver que se había quedado atrás. Su caballo respondió de maravilla, llenando el hueco enseguida. Iban a medio galope, con las filas un poco separadas por la velocidad, cuando de pronto hubo hombres por doquier, soltando

alaridos de terror como si los dioses los hubieran vuelto locos a todos. Sátiro no veía nada, no había con quién luchar, y de pronto, surgida de ninguna parte, una punta de sarisa se deslizó junto a su rodilla y el filo le cortó el muslo cuando un soldado enemigo, como mínimo, decidió cambiar de frente.

Estaban penetrando en la falange enemiga —al menos Sátiro esperaba que lo fuera— entre cientos de hombres con armadura pesada que, no obstante, tiraban sus sarisas al suelo y huían o morían pisoteados bajo los cascos de los caballos. Alrededor del muchacho sólo había hombres a pie, y su caballo casi se había detenido.

Acuchilló por encima del brazo la primera mano que intentó cogerle la brida. Aquellos hombres estaban tan desesperados y aterrorizados que la mayoría ni siquiera repelía el ataque, tan sólo intentaba salir de allí, pero también los había que parecían tener intención de morir luchando o que simplemente querían su caballo.

Un golpe en la espalda casi derribó a Sátiro de la silla. Él lo devolvió con su lanza de manera instintiva y, al errar el ataque, de nuevo estuvo a punto de perder el equilibrio.

Tenía la impresión de que la caballería había perdido todo su impulso y cohesión con el impacto y que ahora se esparcía a lo largo de la retaguardia de la falange, pero el centro del romboide había penetrado profundamente, y Sátiro se encontraba perdido en un mar de enemigos.

Por alguna razón que no alcanzaba a discernir, Sátiro se halló al frente de una fila de hombres montados. Logró afianzar las rodillas en los lomos del zaino oscuro y obedeció a su tío, agachando la cabeza de modo que los enemigos que se acercaran de cara sólo pudieran atacar a su casco, la parte del cuerpo que mejor protegida tenía, mientras el caballo respondía avanzando a pesar de las apreturas. En dos ocasiones empinó a su montura para espantar a los hombres de delante, y la segunda vez, la yegua perdió el equilibrio al pisar un cadáver y ambos cayeron pesadamente. El animal rodó por el suelo, ileso, y una contera de lanza se clavó en la tierra a un palmo de la nariz de Sátiro. Había perdido la lanza, pero sacó la espada de debajo del brazo y se puso de pie, ignorando el dolor que le causaba la herida del costado. Detuvo el siguiente golpe, levantando el asta de la sarisa de su oponente y pasando por debajo de ella, tal como Filocles le había enseñado. Se lio a dar mandobles, prácticamente a ciegas, y su corta espada se clavó en la mano del adversario, que gritó. El compañero de fila de Sátiro, el hombre del extravagante yelmo tracio, ensartó al enemigo.

—¡Coge tu caballo! —gritó.

El corcel de los bellos jaeces aguardaba obedientemente a dos pasos de Sátiro, que trepó por el costado del animal. El jinete del yelmo tracio abatió a otro macedonio que huía, y de pronto Sátiro estuvo en la silla, empuñando la espada, con el yelmo torcido pero por lo demás indemne.

—Vamos, chaval —gritó el soldado, y ambos se zambulleron en el polvo.

Al cabo encontraron más jinetes, muchos más, soldados con penachos y clámides azules, y de pronto Sátiro tuvo a Crax a su lado.

En ese momento aparecieron otros hombres con relucientes escudos blancos que gritaban y reían, saludando radiantes. Un oficial gritaba a sus soldados que abrieran paso y dejaran vía libre a la caballería.

Sátiro frenó a su caballo y simplemente respiró. Estaba apretujado entre los escudos blancos, pero los soldados bajaban sus lanzas a tierra, clavando las conteras de bronce en la arena salada.

—Ares —dijo una voz macedonia—. ¡Mirad a ese niño!

Sátiro escrutó un semblante cubierto de polvo.

—¿Eumenes? —preguntó.

—Sí —dijo el macedonio jadeando—. Sí, Eumenes, chiquillo. ¿Quiénes sois vosotros?

—¡Los *hippeis* de Tanais! —rugió Crax a su lado.

Sátiro asintió con orgullo.

El hombre que tenía detrás le dio una palmada en la espalda.

—Buen trabajo, joven señor —le felicitó.

La trompeta sonó en la polvareda.

—Maldito polvo —se quejó Hama, que había aparecido como por arte de magia.

—Pues no te digo lo que es luchar a pie, caballista —repuso el macedonio. Acto seguido, la cara cubierta de suciedad sonrió—. ¡Gracias, caballistas!

—Sois los primeros griegos del demonio que me caen bien —gritó otro macedonio—. ¡Nos habéis salvado el pellejo!

De nuevo avanzaban, porque los macedonios se estaban haciendo a un lado, abriendo un camino. Sátiro seguía a Hama, que ahora era, al parecer, el jefe de fila. Los demás hombres que deberían mediar entre ambos habían desaparecido.

—¿Hama?

—Silencio, señor —contestó—. Atento a la trompeta.

Melita veía la avenida principal del campamento en toda su longitud, por donde varios saka avanzaban en dirección a ella. Vaciló el tiempo que tardó en meter su arco en el *gorytos* y se puso a cabalgar hacia ellos a un trote ligero, mientras el niño daba botes detrás de ella como un saco de patatas.

—Esto es vergonzante —protestó el crío.

—No hables —contestó Melita—. Pon cara de tener mucho miedo.

Avanzó derecha hacia el grupo de jefes saka: cuatro hombres y un anciano muy bronceado. Melita alzó la fusta y gritó una palabra en saka.

—¡Mío! —dijo, señalando al niño. El anciano sonrió.

Pasó junto a ellos y recorrió toda la calle sin que le dieran el alto ni le hicieran una sola pregunta. El final estaba ocupado por una masa agitada de saka que no sabía por dónde comenzar el saqueo. Melita siguió adelante, rozándoles los hombros con las botas.

—¡La tienda roja y amarilla! —gritó—. ¡Oro y plata! —Su sakje tenía el acento occidental, pero eso no pareció molestarlos. Se volvió y apuntó con la fusta—. ¡Al otro lado del mercado, primos!

—¡Gracias, joven novia! —gritó un guerrero con los brazos cubiertos de tatuajes de dragones.

A las doncellas guerreras sármatas a menudo las llamaban «jóvenes novias» porque en la guerra ganaban el derecho a elegir marido. Se oyeron risas, pero tampoco esta vez hubo nadie que levantara una mano contra ella, más bien al contrario. Los hombres apartaban sus caballos para dejarla pasar, y salió de la muchedumbre habiéndose magullado sólo los pies. Una vez libre de apreturas, puso a *Bión* al trote y luego al galope corto, y cuando dejó atrás las hileras de fuegos de los cocineros y sus peligrosos hoyos en las blancas tinieblas, dio rienda suelta a su corcel, que se lanzó a un galope tendido.

—¡Es como volar! —dijo el niño detrás de ella—. ¿Realmente eres saka?

—Soy asagatje. Mi madre es la reina de nuestro pueblo. Por descontado, no es una reina de verdad. En realidad no... —Se dio cuenta de que estaba parloteando y calló de pronto. El chico pegado a su espalda era robusto, como su hermano, y le transmitía calor y serenidad. Era una sensación muy agradable—. Mi madre es Srayanka.

—Yo soy Heracles. Mi madre es Banugul y mi padre fue un dios.

—¿Banugul? —preguntó Melita—. ¡Qué bien! Me alegra saber que he rescatado al chico que tocaba. Intenta mover las caderas, irás más cómodo.

El barranco quedaba justo detrás del promontorio que tenía a su izquierda. Veía el risco por encima de su hombro y comenzó a trazar un amplio viraje para evitar lo que parecía inevitable. El terreno cambió, frenó un poco a *Bión* y al notar la variación de peso del caballo tiró de su cabeza más hacia el oeste. Cabalgaba justo por el borde del barranco. Acababa de enfilar de nuevo hacia el sur cuando la retaron.

—¿Quién eres? —gritó una voz con más miedo que autoridad.

Melita vio jinetes y carromatos.

—Melita de Tanais —contestó—. Con Heracles.

Unas mujeres se congregaron en torno a ellos.

—¿Qué diantre está pasando? —dijo Crax con voz ronca.

El polvo no se disipaba. Llevaban una hora sin moverse de sitio, a tan sólo un estadio de donde habían hecho trizas a la falange enemiga. Por alguna razón que no

acertaban a comprender, estaban aguardando en la posición inicial de la línea de batalla que habían ocupado a primera hora de la mañana. Diodoro había dado el alto y ordenado a los hombres que desmontaran, luego envió a unos cuantos exploradores y, finalmente, dejó a Crax al mando para marcharse con Hama. Los rezagados iban llegando, tanto de los suyos como de los otros jinetes mercenarios que habían estado a las órdenes de Diodoro o de Felipe al comienzo del día.

Los hombres que habían desmontado merodeaban por el campo despojando a los enemigos muertos de cualquier cosa que mereciera ser llamada botín y haciéndose con sus cantimploras. Otros grupos recorrían la llanura de sal en busca de sus muertos y les daban sepultura. Un joven jinete de Olbia se desvaneció a causa del calor y de pronto hubo filarcos por doquier, exigiendo a los hombres que vaciaran sus cantimploras.

—Los caballos no aguantarán mucho más —dijo Andrónico, dirigiéndose a Crax.

Sátiro se preguntó qué aspecto tendrían sus ojos. Todos los hombres que veía los tenían enrojecidos, arrugados e inyectados en sangre. La sal era dañina. Volvió a limpiarse los ojos con el brazo. Los párpados y las manos le escocían, y esbozó una mueca de dolor.

—¿Hemos vencido? —preguntó al hombre que tenía más cerca.

—Hemos vencido, hijo. Aunque no significa que todo el ejército lo haya hecho —agregó el soldado con socarronería—. ¿Te queda agua?

—No.

—A mí sí. Soy Cleito —dijo, tendiéndole la mano.

—Sátiro —respondió el chico, estrechándosela. Se sintió como un hombre adulto.

El soldado le ofreció su cantimplora y Sátiro tomó un trago, y luego otro, pues fue incapaz de reprimirse. Se la devolvió. Había vino en el agua y sabía a gloria, como si el propio Dionisio la hubiese bendecido.

—Hemos encontrado a la mayoría de nuestros caídos y los hemos enterrado —dijo el hombre—. Y no hemos tenido que pedir una tregua para hacerlo. A mi modo de ver, eso es una victoria.

—También hemos desvalijado a sus muertos —señaló otro.

—Ya llega el *strategos* —gritó Crax—. ¡Firmes junto a vuestras monturas!

Diodoro trajo consigo otra nube de sal.

—¡Llamad a los exploradores, hiperetas! Sátiro, a mi vera. Todos los que no estéis haciendo nada concreto desmontad de una puta vez. —Se volvió hacia Crax—. ¡Novedades!

—Casi todo el segundo escuadrón está aquí, pero falta Eumenes —dijo Crax—. Desapareció en la primera melé. Por lo demás, hemos enterrado a nuestros muertos.

Diodoro negó con la cabeza.

—Ha estado con nosotros desde el principio —dijo—. Bueno, casi. —Miró en

derredor—. Es muy duro no encontrar su cuerpo.

Crax asintió.

—Desde el primer invierno en Olbia —dijo—. Es posible que aparezca. En fin, se han contabilizado diecisiete bajas en el segundo escuadrón. Nueve en el nuestro y trece en el primero. El tercero no sabemos dónde está, y hemos barrido todo el camino de regreso hasta donde atacamos a los medos a primera hora.

El oficial getón miró en torno a él. Los hiperetas de los tres escuadrones estaban formando en columna a los hombres desmontados, cada uno conduciendo a su caballo. Detrás de ellos, la falange bullía como si aún estuviera en combate y, al asentarse, el polvo salado reveló una embravecida agitación.

—Eso pinta mal —comentó Crax, señalando el tumulto—. ¿Cuál es nuestra situación? ¿Hemos perdido?

—Al punto de concentración —dijo Diodoro lacónicamente—. Iremos a pie para que los caballos descansen. La situación es mala.

Crax volvió a mirar hacia atrás. Los hombres de la falange agitaban los puños en alto y se maldecían unos a otros.

—¿Hasta qué punto? —insistió Crax.

—Los cabrones de los macedonios han entregado a Eumenes al Tuerto. Vivo —agregó Diodoro con amargura—. He llegado demasiado tarde para impedirlo. Putos traidores.

Se oyeron gritos procedentes de la falange y un murmullo nada halagüeño.

—Seguid adelante, muchachos —dijo Diodoro—. ¡En marcha!

Crax negó con la cabeza.

—¿Cómo es posible que tales hombres estén en paz con los dioses? —preguntó.

—Antígono ha tomado nuestro campamento —explicó Diodoro—. Los argiráspidas han canjeado a Eumenes por el botín de años anteriores. ¿Te lo imaginas? —prosiguió—. Si hubiesen resistido, podríamos haberlo recuperado a punta de lanza por la mañana. Ese ejército estaba derrotado. Escucha: todos los hombres de la falange saben que les han robado.

Crax renegó expresivamente en getón.

Diodoro caminó en silencio y Sátiro mantuvo la cabeza gacha para que no lo mandara a otra parte.

La columna de jinetes inició el avance. Faltaban algunos hombres, desaparecidos o muertos, pero también habían recogido a varias docenas de rezagados de caballería y Crax los organizó en un cuarto escuadrón. Muchos de ellos protestaron por tener que caminar en el polvo de sal y unos cuantos montaron y se marcharon indignados, negándose a acatar una disciplina que consideraban estúpida. El resto obedeció, alegrándose de tener a quien seguir, otra lección que no pasó inadvertida a Sátiro, aunque ahora estaba tan cansado que no recordaba qué había hecho ni el orden en que

había sucedido todo, como tampoco si había sido valiente o cobarde. Sólo le constaba que estaba vivo.

El rumor de la traición a Eumenes cometida por sus propios oficiales se fue extendiendo por la columna, y los hombres negaban con la cabeza o maldecían.

El sol estaba muy bajo en el cielo, y Sátiro se veía incapaz de dar cuenta de todas las horas de la jornada.

Junto al muchacho, Diodoro reunió a sus oficiales y les transmitió órdenes sin dejar de caminar.

—Cuando lleguemos al barranco, abrevad a los caballos por escuadrones tan deprisa como podáis. Crax, tú nos cubrirás mientras beben las bestias. Luego nos retiraremos al otro lado del barranco en columna hasta que encontremos a las mujeres; entonces acamparemos. Que todos los hombres almohacen sus monturas antes de irse a dormir. Mañana volveremos a combatir. Y hemos perdido todos los caballos de refresco. Esto es lo que hay.

—¡Sin caballos de refresco! —dijo Antígono—. Zeus Sóter, *strategos*. Eso es malo.

—Peor de lo que imaginas, hermano —espetó Diodoro—. No dejéis que nadie se detenga. Usad la fuerza si es preciso; no podemos prescindir de un solo hombre. Quiero ver de vuelta incluso a las ovejas descarriadas. ¿Entendido?

Los hiperetas y los comandantes de escuadrón asintieron, saludaron y regresaron a sus puestos en la columna. Una letanía de «¡Cerrad filas!» y «¡Aligerando!» comenzó a resonar a lo largo de la columna.

—¿Tío Diodoro? —dijo Sátiro en voz baja.

El *strategos* giró la cabeza y enarcó una ceja con una costra de sal.

—¿Hemos vencido? —preguntó el muchacho.

—Creo que no lo suficiente —respondió Diodoro, negando con la cabeza.

El agua del arroyo que discurría por el fondo del barranco era clara y brillante pese a los acontecimientos del día, y Sátiro y su nuevo zaino bebieron con glotonería. El joven se lavó la cara y las manos con el agua fría y descubrió que las quemaduras en torno a los ojos eran mucho peores de lo que esperaba, y se estuvo echando almozadas de agua a los ojos hasta que un soldado celta lo apartó sin miramientos del arroyo. Sátiro cogió las riendas de su yegua y la condujo a la otra orilla.

—Ese caballo parece brioso —comentó Diodoro. Estaba comiéndose un higo y, entre mordisco y mordisco, daba órdenes—. Chico, coge ese hermoso animal y ve en busca del equipaje. Debería estar a menos de un estadio, al otro lado de esa cresta —agregó, señalando—. Luego das media vuelta y vienes a decirnos dónde están.

Sátiro necesitó dos intentos para montar a lomos de la yegua; tenía los brazos demasiado débiles para saltar. Finalmente logró subir y sintió un inmenso placer al

saludar a su tío como un verdadero soldado. Luego cogió el *petasos* de ala ancha que había llevado inútilmente colgado a la espalda mientras se quemaba la cara todo el día y se lo caló hasta los ojos.

El agua fue un alivio. Dirigió a la yegua hacia la ladera y el animal la subió con estilo, empujándose con sus poderosas ancas.

—Buena chica —dijo Sátiro, dándole unas palmadas en el cuello.

Todos sus jaeces estaban montados en plata, con remaches del mismo material en las puntas de las correas y hebillas a la usanza saka. Los griegos rara vez usaban hebillas, pero daba gusto verlas. Y la piel de leopardo le hizo sonreír.

En cuanto salió del barranco se encontró en medio de una horda de seguidores del campamento, y había más avanzando a lo largo de la ruta comercial hacia el sur, cientos de mujeres, algunas con niños, muchas llorando y muchas más caminando en un silencio aún peor. Se apartaban del camino en cuanto veían a un hombre armado, salvo unas pocas, que estaban demasiado cansadas o maltratadas para asustarse.

Un estadio más allá del extremo oriental del barranco Sátiro vio piquetes, una docena de hombres en tres puestos. Cabalgó hacia ellos a medio galope. La yegua respondía diligentemente, cruzando el matorral como el viento, el mismo viento que estaba dispersando las nubes de polvo salado, de modo que por primera vez en ocho horas el llano de Gabiene volvió a ser visible.

Cuando Sátiro subió a la cresta vio a Tasda, un celta de Tanais al que conocía de toda la vida y que lo saludó desde el piquete.

—¡Tasda! —gritó Sátiro, y se le quebró la voz. Se dieron un fuerte apretón de manos.

—Tu hermana se alegrará mucho —dijo el celta sobriamente, tras quitarse el yelmo—. Sigue por la cresta. Hemos montado un fuerte de carromatos.

—¿Antígono está aquí? —preguntó Sátiro.

—Y Eumenes; nuestro Eumenes, se entiende. Somos todo lo que queda de la caballería —dijo Tasda muy serio.

Sátiro sonrió a pesar de la fatiga.

—¡Diodoro y los demás están justo detrás de mí! —anunció, y todos los soldados de los piquetes volvieron la cabeza.

Dercorix, otro conocido de la infancia, se acercó al trote.

—¿El *strategos* está vivo? —gritó.

—Vuelvo enseguida —dijo Sátiro, y enfiló colina abajo.

Al cabo de un cuarto de hora estaban todos juntos. Los oficiales forzaban la voz y su autoridad para impedir que los hombres abrazaran a sus esposas y a sus camaradas, y a pesar de los padecimientos de la jornada, el reencuentro con sus compañeros de armas desaparecidos dio tanta *eudaimonia* a los *hippeis* que tuvieron los caballos almohazados y los arreos guardados antes de caer rendidos al suelo para ser

alimentados por sus igualmente cansados esclavos y seguidores.

Sátiro y Melita se abrazaron mientras Terón los amonestaba, pero los gemelos no le hicieron caso.

—He rescatado al príncipe Heracles —explicó Melita, orgullosa, señalando a un niño rubio menor que Sátiro que aguardaba detrás de ella—. ¡El hijo de Iskander, nada menos!

Sátiro sonrió y volvió a abrazarla.

—Yo no he hecho nada tan heroico —dijo—. ¡Pero he participado en una carga de caballería! —Miró en derredor—. ¿Dónde está Filocles?

Terón escupió.

—Sentado con las mujeres, deleitándose con su admiración —respondió—. Estáis todos locos.

Sátiro no podía dejar de sonreír, aunque se encontró con que estaba sentado y era incapaz de levantarse.

—Viniste con nosotros por voluntad propia —le recordó.

—Es verdad —respondió Terón, meneando la cabeza.

Melita tiró del brazo de Sátiro.

—Ven a conocer a Heracles —dijo—. Me gusta.

Por un instante, Sátiro sintió celos. Nunca había oído decir a su hermana que alguien le gustara con tanto fervor.

—No puede ser gran cosa si has tenido que rescatarlo —replicó él.

Melita lo miró dando a entender que no sabía de qué hablaba.

—Ha sido tan listo como tú —aseguró—. No ha perdido la cabeza.

La comparación aplacó a Sátiro, que abrazó a su hermana una vez más.

—Zeus, qué estúpidos hemos sido. ¿Qué nos ha llevado a hacer estas cosas?

—El juramento, tontaina —contestó Melita—. Hicimos una promesa, ¿no? De modo que, cada vez que surja la ocasión, tenemos que luchar.

Llegaron junto a Heracles, que estaba solo y cohibido. Era un chico alto, rubio como su padre, pero desgarrado, con los rasgos demasiado angulosos y los hombros demasiado estrechos para ser el hijo de un dios. Algunos veteranos olbianos lo estaban observando, y unos cuantos lo miraban fijamente. Al fin y al cabo, era el hijo de Alejandro.

—Detesto que me mire la gente común —rezongó Heracles.

Sátiro se contrarió al instante por la torpeza de aquel chico, y aun tratándose de un desagrado injusto sucumbió a él, pues estaba cansado y comenzaba a perder el *daimon* de la guerra y a sentir que estaba a punto de desmoronarse, como solía ocurrir después de un combate.

—Aquí no hay gente común —replicó Sátiro—. Ese hombretón que te mira es Carlo. Fue el guardaespaldas de mi padre cuando derrotó al tuyo en el río Jaxartes.

—Mi padre nunca fue derrotado —respondió Heracles con vehemencia.

—¿Has conocido a alguien que estuviera allí? —preguntó Sático con perezoso desdén—. ¿Preguntamos a Diodoro? ¿A Hama?

Puso una mano en el hombro del chico.

—¡Mi padre es un dios! —protestó Heracles—. Tú no eres más que un griego decadente.

Hubo algo en la rebeldía del chico que hizo sonreír a Sático.

—Eh, Heracles. No pasa nada. Estamos vivos y mucha otra gente no. Los asesinos no nos han cogido. ¡Cálmate!

El niño miró en derredor.

—¿Por qué no ha dejado que me quedara en la tienda mi madre? —preguntó—. Detesto que me haga eso.

Melita puso los ojos en blanco a espaldas de su nuevo amigo y Sático meneó la cabeza.

—Vayamos a comer un poco de *ciceón* —dijo, cogiendo al chico del hombro para llevárselo con él.

Melita le lanzó una mirada de agradecimiento y su hermano negó con la cabeza.

Resultaba extraño tener a un chico más joven por quien velar pues la sensación de desorientación de Sático se esfumó en cuanto tuvo que acompañar al niño. Fue derecho hacia Crax, que estaba rodeado de soldados, y preguntó dónde debía montar su camastro y si el chico y él podían comer algo. Crax lo trató como a cualquier otro soldado.

—¿Tengo pinta de hipereta? —dijo el getón. Luego se rascó la polvorienta barba rubia y se ablandó—. Tu equipaje y el de tu hermana están en la primera fila del escuadrón. Hay vino y estofado de pescado en salazón al principio de cada calle. —Sonrió de oreja a oreja—. Tu tía Safo nos lo ha organizado muy bien.

Sático recorrió las hileras de fardos y petates desparramados por la calle (si así podía llamarse, pues no había tiendas) de su escuadrón. Se sentía todo un hombre. Encontró el fardo de lana roja de su hermana y luego el suyo, abrió su petate de cuero y sacó las copas de oro, cuidadosamente envueltas. También sacó un plato de madera y una cuchara de asta.

—Vayamos a comer —dijo, caminando de regreso a la entrada del campamento.

A su alrededor, los hombres comían y se iban directamente a dormir bajo el sol de la anochecida. Hablaban poco y reían menos. En su mayoría rezaban, y vertieron muchas libaciones en la arena blanca porque habían sentido la mano de un dios manteniéndolos con vida.

—¿Por qué están tan callados? —preguntó Heracles de improviso—. Los soldados suelen ser muy... bulliciosos.

Sático miró al otro chico y se sintió mayor.

—Han librado una batalla —dijo—. Igual que tú, o al menos eso dice mi hermana. —Miró a Melita, que caminaba con ellos en silencio y un tanto desgarbada, algo nada propio de ella—. Nadie tiene ganas de hablar después de una batalla, ¿sabes?

—Yo sí —replicó Heracles—. Nunca tengo con quien hablar —agregó—. Y yo no he tenido que hacer nada. Tu hermana me ha rescatado.

—Has contribuido —dijo Melita, que comenzaba a parecer incómoda—. Has tenido coraje.

—Mi padre los habría matado a todos y se habría reído —dijo Heracles, abatido.

—Has de comer algo —dijo Sátiro, procurando sonar imperioso. Llenó su cuenco de madera con *ciceón*, unas sabrosas gachas de queso fresco, copos de cebada y, en aquel caso, vino—. ¡Toma!

Filocles se acercó a la fogata, llenó su cuenco y se sentó.

—Buenas noches —dijo con suma formalidad.

—Buenas noches —respondió Sátiro. Estaba un poco cohibido delante del espartano, consciente de que era culpable de una desobediencia flagrante.

—Doña Banugul está preocupada por su hijo —dijo Filocles—. Heracles, deberías ir con ella.

—Me dijo que saliera de la tienda —repuso el niño entre dos cucharadas de gachas.

—Acaba de enviudar —insistió Filocles—. Tu padrastro...

—Yo no tengo padrastro. Mi padre es Alejandro, el dios. Mi madre jamás debería haber tocado a otro hombre —replicó Heracles, escupiendo las frases como si las hubiese aprendido de memoria.

Filocles respiró profundamente.

—Jovencito, no eres mi discípulo, pero si lo fueras... —y lanzó a Sátiro una elocuente mirada— te diría que la divinidad de tu padre de nada te exime a ti; que eres responsable de tus propios actos y que no tienes por qué meterte en los asuntos de tus progenitores. Y condenar a tu madre a una vida de celibato es injusto.

—Para ti es fácil decirlo; tienes tantas ganas de tirártela como todos los demás hombres —espetó Heracles, apartando la mirada.

—Te aseguro que no tengo ningún interés sexual por tu madre. Y si fueras mi pupilo, ahora mismo te daría una azotaina para enseñarte a obedecer.

Filocles fulminó a Sátiro con la mirada, y el muchacho suspiró.

—¿Por qué rescatarla, entonces? —preguntó Heracles—. Los hombres sólo hacen cosas por ella por una razón. ¡Ella misma lo dice!

Filocles sonrió y adoptó una expresión que ni Sátiro ni Melita habían visto en mucho tiempo.

—Una vez —explicó el espartano— tu madre tomó una mala decisión e intentó

matar al padre de Sátiro... y a mí. —Enarcó una ceja mirando al niño—. Esto es una explicación para adultos. ¿Estás preparado para ser adulto, jovencito?

Heracles miró en derredor, sobre todo a Melita.

—Sí —contestó.

—Tu madre intentó matarnos. En cambio, nosotros matamos a todos sus soldados. Entonces, el padre de Sátiro le proporcionó una escolta y la dejó marchar. Yo quería verla muerta.

Filocles se recostó. Heracles tragó saliva con dificultad.

—Con el tiempo comprendí que la compasión de Kineas, el padre de Sátiro, había sido una decisión acertada, tanto para los dioses como para los hombres. Y luego resolví que si yo, a mi vez, tenía ocasión de hacerle un favor, obtendría honor ante los dioses. —Asintió bruscamente—. Así compartiría el honor de mi amigo, el padre de Sátiro. ¿Lo entiendes?

—Y lo has conseguido —asintió Melita.

—Sí —respondió Filocles—. Heracles, si has terminado ese cuenco, deberías pasárselo a Sátiro para que pueda comer, y yo te llevaré con tu madre.

El niño se puso de pie y devolvió el cuenco a Sátiro, dándole las gracias.

—Vuelve cuando quieras —dijo Melita.

—Gracias, Lita —dijo Heracles con una sonrisa.

Filocles sólo estuvo fuera el tiempo que tardó en ir y regresar de donde los esclavos de Safo habían montado una tienda para Banugul.

—¿Ya has comido? —preguntó el preceptor dirigiéndose a Sátiro.

—Sí.

—Pues acompáñame —ordenó el espartano, que se mantuvo en silencio mientras cruzaban el campamento.

Finalmente llegaron junto a Terón, que removía una olla de pescado estofado. El corintio miró a Sátiro y apartó la vista.

—¿Y bien? —preguntó Filocles.

Sátiro agachó la cabeza.

—Maestro Terón, vengo a suplicar tu perdón por mi mal comportamiento.

El atleta asintió.

—Mira, chaval, voy a ofrecerte la misma alternativa que un tutor me ofreció una vez a mí. Me consta que tus actos, y los de tu hermana, han salvado vidas. También sé que los dioses habrán tenido que emplearse a fondo para salvaros de la muerte, y que la preocupación me ha quitado un año de vida. ¿Lo entiendes, chico?

—Sí, maestro Terón.

—Bien. Una paliza ahora, o dejo de estar a tu servicio.

Terón se levantó. Realmente era muy corpulento.

—Acepto la paliza —dijo Sátiro sin vacilar, con la cabeza bien alta.

Ambos hombres asintieron, obviamente complacidos. Terón tenía una vara, cortada de un álamo, con la que dio diez azotes a Sático. No fue un castigo especialmente violento —Sático los había sufrido peores a manos de Filocles—, pero tampoco fue simbólico. Le dolió, pero no tardó en pasar.

Más tarde, se tendió en sus mantas bocabajo porque tenía toda la espalda magullada, y oyó que Melita lloraba.

—¿Por qué no me azotan a mí? —preguntó ella—. ¡Fue idea mía!

—Tú eres una chica —contestó Sático, riéndose.

—Estúpidos griegos —replicó Melita.

Al cabo de un rato, Terón acudió para darle un masaje en la espalda, y ayudó a los gemelos a clavar dos jabalinas de caballería formando una X con una tercera a modo de palo para montar una tienda improvisada.

—Hoy habéis sido muy valientes los dos —les dijo.

A pesar de los verdugones, Sático se durmió con el semblante risueño.

Por la mañana, Sátiro estaba tan entumecido que tuvo que agarrarse al palo de la tienda improvisada para poder ponerse en pie, e incluso así la musculatura del vientre protestó. No obstante, se levantó en cuanto se lo ordenaron y fue a trompicones en la penumbra hasta su hermosa yegua. Se aseguró de que le dieran de comer y la condujo de regreso al barranco para que se abrevara en el arroyo antes de tomar el desayuno: un puñado de higos secos que le dio su hermana y un pedazo de tarta de miel de Safo. Melita estaba montada en *Bión*, tomando el desayuno en la silla, y mirando cada dos por tres hacia la pequeña tienda de Banugul.

El muchacho volvió a estacar a su caballo y se sentó con Hama y Dercorix a comer, compartiendo la tarta de miel con ellos, que se lo agradecieron.

—Tienes que pagar a Apolodoro por ese caballo —dijo Hama—. O devolvérselo cuando te encontremos otro.

—No tengo dinero —objetó Sátiro. Se rascó el mentón, que le picaba de manera extraña.

Melita llegó y se sentó apoyando la espalda contra la de su hermano, a quien iba pasándole dátiles.

—No somos pobres. Diodoro te dará dinero.

—El corcel vale un talento de plata —dijo Hama.

—¡Poseidón! —exclamó Sátiro—. ¿En serio?

—Lleva una docena de minas de plata en los jaeces, chico. —Estaba observando algo—. Hay problemas. —Señaló con un brazo tatuado a un grupo de saka sentados en sus ponis al otro lado del barranco. Dos de ellos se volvieron y se fueron, levantando un rastro de polvo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sátiro a Hama. Miró en derredor—. ¿No tendríamos que hacer algo a propósito de los saka?

El celta asintió.

—En realidad no, señor. Nadie quiere más matanzas ahora mismo, y ya han probado el bronce de nuestros piquetes. Bien, volvamos a lo que nos ocupa. Sólo tienes que reconocer la deuda, chaval. Con eso bastará.

Sátiro se limpió las manos pegajosas en los pantalones bárbaros de su hermana, provocando su indignación, pero se escabulló a tiempo y se marchó trotando. Melita no lo persiguió porque en ese momento salió Heracles de la tienda de su madre, luciendo un immaculado quitón blanco y una diadema de oro.

Casi todos los *hippeis* habían acampado en el mismo orden en que cabalgaban, de modo que cada fila formaba un casino con su propia hoguera. Apolodoro estaba en la

tercera fila del primer escuadrón. Sátiro lo encontró bebiendo una infusión de manzanilla.

—¿Te parece justo un talento? —preguntó, acercándose.

Todos los hombres del casino se levantaron, como si Sátiro fuera un oficial.

Apolodoro frunció el ceño.

—¿Un talento de plata, señor? —No pudo seguir con la pantomima—. ¡Tendré que conformarme con eso!

—Se aproxima un heraldo —dijo otro soldado, sirviendo gachas de cebada en un cuenco—. Dudo que traiga buenas noticias. —Le pasó el cuenco a Sátiro—. ¿Cebada, chaval?

Las gachas estaban bañadas en miel, y Sátiro se comió todo el cuenco con más apetito del que creía tener, mientras el heraldo desmontaba e intercambiaba unas cuantas palabras con Andrónico detrás del fuerte de carros.

—¿Limpio tu cuenco, señor? —preguntó una mujer.

El campamento estaba prácticamente sitiado por mujeres; no sus propias mujeres, que estaban dentro del fuerte de carromatos, sino cientos de hambrientas refugiadas del desastre de la víspera, suplicando comida para sus hijos. Los adustos soldados de los piquetes las mantenían fuera del círculo de carromatos, pero muchos jinetes les pasaban sus sobras.

Algunos hombres solteros salían por la puerta y elegían compañera. Ellas y sus hijos cambiaban de estatus al instante, y los piquetes les franqueaban la entrada. Sátiro observaba a su tío, que a su vez contemplaba aquel trajín con cierta dosis de cinismo. Sátiro meneó la cabeza, arrancó dos puñados de hierba, limpió el cuenco y se lo devolvió a su dueño. Luego fue al encuentro de Diodoro, que estaba solo y, al parecer, de mal humor. Sátiro quería seguir siendo soldado, no un chico. Esperaba que le autorizara a montar de nuevo con el escuadrón.

—Buenos días, *strategos* —saludó el muchacho.

Diodoro se terminó la tarta de miel de su esposa.

—Ayer hiciste un buen trabajo, chico —dijo Diodoro, limpiándose las manos en el quitón.

—Te he dicho que no mancharas de miel ese quitón —gritó Safo.

El *strategos* puso cara de avergonzado y se alejó de su carromato.

—Tenemos que movernos —dijo—. Mañana los refugiados estarán desesperados. Antígono, el *strategos*, no nuestro comandante de escuadrón, ha solicitado una negociación.

Los *hippeis* parecían encontrar gran motivo de alborozo en tener tanto a un Eumenes como a un Antígono entre ellos.

Sátiro estaba encantado de que Diodoro le hablara como si fuese un adulto. Resultaba prometedor.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el muchacho.

—Tú y yo iremos a ver al gran hombre mientras Eumenes y Crax sacan a nuestra gente de aquí. ¿Listo para montar?

Sátiro llevaba el mismo quitón que el día anterior y aún no se había puesto las botas.

—¿Me concedes un momento, señor? —preguntó, con el corazón palpitando.

—Sí, pero date prisa...

Diodoro ya se estaba volviendo hacia Crax, que presentaba un aspecto limpio, dispuesto, dorado.

Sátiro no se había enterado de ciertos cambios en las órdenes, pues a su alrededor los hombres estaban amarrando sus equipos, envolviendo piezas de repuesto con mantos para atarlos en fardos, pasando bultos a los esclavos. El equipo de Sátiro era el último de aquella zona del campamento que aún estaba en el suelo, bajo la tienda improvisada. La desmontó y trató de enrollar sus mantos tan apretados como veía hacer a los otros soldados, pero su hermana lo detuvo.

—No seas tonto —le dijo Melita—. Ya me encargo yo de que los esclavos hagan tu equipaje. Coge el coselete y las botas.

Sus botas tracias estaban acartonadas debido a la capa de sal reseca, pero se las calzó, notando las magulladuras de la espalda y las agujetas del vientre. El coselete estaba empapado en sudor y pegajoso. El cordón que sujetaba la espada estaba casi roto, pero de todas formas lo ató presurosamente y se colgó la vaina en bandolera, asegurándose de que el puño de la espada quedara debajo de la axila. Acto seguido se obligó a ir trotando hasta su yegua, aunque no le gustaba ir trotando a ninguna parte; resultaba poco digno. Melita no se veía agotada, y su tío y Crax parecían tan frescos como el nuevo día. Claro que ninguno de ellos había recibido una azotaina a manos de su preceptor por haber desobedecido.

Necesitó tres intentos y retorcerse con poco garbo para montar a lomos de su yegua. El animal se mostró paciente, no obstante, y por fin se encontró en la silla. Sólo entonces se dio cuenta de que no llevaba su sombrero pétaso ni el yelmo.

—Zeus Sóter —renegó, y lo lamentó de inmediato. Demasiado tarde para ir en busca del sombrero. Cabalgó en torno al campamento hasta la puerta, se abrió paso entre las mujeres y los niños, y frenó al lado de su tío.

Melita llegó corriendo con su sombrero.

—¿Qué haría yo sin ti? —preguntó Sátiro con una sonrisa.

—Ponerte aún más colorado —contestó Melita.

Le estrechó la mano, y entonces su tío montó en su corcel y emprendieron la marcha, a través de la puerta y las mujeres, dirigiéndose más allá de los piquetes y del barranco. Andrónico fue con ellos, con la trompeta en la cadera, así como veinte jinetes a las órdenes de Hama.

Al otro lado del barranco vieron al grupo de saka. El jefe hizo una seña con la mano, como si indicara a los jinetes de Tanais que cruzaran. El gesto quizá fuese bienintencionado, pero también podría ser burlón.

—Iré yo —dijo Sátiro—. Puedo hablar con ellos.

Hama gruñó. Diodoro suspiró.

—Nada hay menos amenazador que un chico de doce años.

Hama escupió.

—Podrían matarlo.

—¿Carlo? —dijo Diodoro, después de echar un vistazo en derredor—. Ve con él. Adelante, Sátiro. Ahora nuestro objetivo es perder tanto tiempo como podamos.

Su tío le dio una palmada en la espalda.

Sátiro miró a Hama antes de partir. Se desvió para evitar el barranco y luego cabalgó derecho hacia los saka, que fueron a su encuentro, rodeándolo sin parar de proferir gritos estridentes.

Carlo montaba justo a su lado, con la lanza preparada en la correa para arrojarla.

—¿De quién es este grupo? —preguntó Sátiro a voz en cuello en sakte, y el hombre que llevaba más oro frenó a su poni y se echó a reír.

—Astlan del río Foxes —contestó.

—Yo soy Satrax de los Manos Crueles —respondió Sátiro—. Mi madre es Srayanka, que luchó con vuestra reina Zarina contra Iskander.

—Nombres para la historia —dijo Astlan, levantando la mano a modo de saludo. Se encogió de hombros—. Pero hablas como habla la gente.

—Tenemos intención de parlamentar con Antígono —dijo el muchacho—. ¿Nos dejaréis pasar?

El jefe masageta se encogió de hombros.

—Tú no eres mi enemigo, hijo de Srayanka. Cabalga libre.

Los saka gritaron y se marcharon, dejando un fino velo de polvo a sus espaldas.

Sátiro subió por la ladera del promontorio con Carlo siempre a su lado. Se cruzaron con un par de saka, y una mujer le saludó con la mano.

—¡Saludos, prima! —gritó Sátiro.

—¡Saludos, primo! —contestó ella a voz en cuello, sonriendo mientras acercaba su caballo. Llevaba placas de oro en la guerrera y las trenzas envueltas en papel de oro—. ¡Si no eres más que un niño! —dijo cuando estuvo más cerca—. ¡Creía que eras una doncella lancera!

Sátiro se sonrojó avergonzado, pero ella volvió a sonreír. Sus ojos tenían una forma extraña.

—Soy Daria de los Caballos Dorados —se presentó—. ¡Ayer maté a un griego! ¡Yiji!

—Satrax de los Manos Crueles —correspondió Sátiro. «He lisiado a un

campesino y derribé a varios hombres que huían y querían mi caballo.»

Daria lo acompañó un trecho cuesta arriba.

—¡Buena caza! —dijo, y se separó de ellos, saludando con el arco—. ¡Bonito caballo!

«Mi hermana se haría amiga tuya de por vida», pensó Sátiro. Suspiró.

—Tengo los hombros en tensión —gruñó Carlo—. Es como si fueran a dispararme una flecha por la espalda en cualquier momento. —Sonrió a Sátiro mostrando los dientes que le faltaban—. Igual que montar con tu padre, ¿eh?

En lo alto del cerro había una docena de jinetes, y Sátiro se sorprendió al descubrir que uno de ellos era el joven oficial al que había dejado atrás el día anterior.

—Salve, señor —saludó, aminorando el paso de su montura—. Vengo a hablar en nombre de Diodoro de Tanais.

El muchacho tenía la barba rubia y brillantes ojos azules.

—Soy Demetrio —dijo en un tono repleto de engramiento—. Tráeme a tu Diodoro. —Miró cuesta abajo—. Parece que tenéis buena relación con los saka. Me sorprende que no te hayan comido para desayunar.

Sátiro mantuvo el semblante tan impasible como podía hacerlo un chico de doce años.

—Voy a buscar a mi *strategos*.

—¡No me hagas esperar, chico! —gritó Demetrio, con los ojos clavados en el caballo que montaba Sátiro. Su peto y su yelmo estaban recién bruñidos.

Sátiro hizo una reverencia desde lo alto de la silla y dio media vuelta.

—¿De dónde has sacado ese caballo? —gritó Demetrio a sus espaldas.

Sátiro fingió no haberlo oído. Siguió bajando por el cerro y rodeó el barranco cruzándose de nuevo con la línea dispersa de masagetas. No le prestaron la menor atención, aunque Daria le saludó levantando el brazo.

Fue a medio galope hasta donde aguardaba Diodoro.

—Demetrio te espera en lo alto del cerro. —Negó con la cabeza—. No me gusta.

—A mí tampoco, señor —intervino Carlo—. Tiene a cien hombres con él y es un muchacho muy exaltado. No nos ha ofrecido laurel ni olivo, ni tampoco salvoconducto.

—Demetrio es el hijo de Antígono —explicó Diodoro—. Nos honra, aunque no es muy dado a los cumplidos. Y estamos ganando tiempo.

Hizo un ademán señalando hacia su espalda, donde una distante nube de polvo indicaba el camino que seguían los carromatos de Safo, dirigiéndose hacia el sureste. Comenzaron a rodear el barranco, cabalgando despacio, siempre al paso.

—¿Sabes lo que ocurrió anoche? —preguntó Diodoro a Sátiro.

El muchacho se preguntó si se referiría a su castigo. Miró al *stratego*.

—No —dijo. Cualquier cosa con tal que su tío siguiera hablando.

—Ayer no perdimos la batalla. Antígono perdió su falange; sufrió muchas bajas. Nuestro líder, Eumenes, agrupó a su maltrecha caballería al final del día y Antígono se retiró.

La voz de Diodoro era adusta, y mantenía su caballo al paso, pese a que la silueta de Demetrio se perfilaba claramente en lo alto del cerro.

—¿Entonces ganamos? —preguntó Sátiro.

—Escúchame, chico. A última hora de la tarde, Eumenes convocó a todos sus oficiales. ¿Recuerdas que yo fui?

Su tío lo miró, y Sátiro vio la fatiga que traslucían sus ojos.

—Sí.

—Mientras cabalgaba hacia allí, los cabrones de los macedonios lo detuvieron. También intentaron apresarme a mí. Sus propios oficiales le traicionaron. —El rostro de Diodoro era una máscara—. Ya no hay reglas que valgan, Sátiro. Ningún honor. Zeus Sóter, y nos llaman mercenarios desleales. —Meneó la cabeza—. Así que estate preparado para cualquier cosa. ¿Me oyes?

Sátiro quiso preguntar por qué lo había llevado con él, pero decidió dejarlo correr.

Astlan y otros dos jinetes se acercaron a ellos, los miraron desde unos pocos largos de caballo y volvieron a irse a medio galope. Empuñaban sus arcos, pero sin flechas en la cuerda; de momento.

El joven se separó de la pequeña columna de su tío y trotó hasta Daria, sintiéndose audaz. Sacó una flecha de su carcaj, una de sus flechas de astil rojo adornadas con plumas de garza real.

—Toma —le dijo.

Daria sonrió y le dio a cambio una de sus flechas. Tenía pecas y el pelo negro azabache. Los masagetas de su grupo comenzaron a tomarle el pelo, y Daria pegó a otra chica con el arco. Luego sonrió brevemente a Sátiro, que correspondió a su gesto y regresó a medio galope junto a Carlo.

—Por un momento he pensado que te había perdido —dijo éste—. Procura que no vuelva a suceder.

—Trata con un poco de respeto al chico, Carlo —intervino Diodoro—. Es posible que su sakje sea la única razón que tengan para no estar disparándonos.

Demetrio hizo gala de su impaciencia galopando colina abajo, separándose de su séquito.

—¿Podemos acabar con esto de una vez? —dijo—. Mi padre os ofrece la vida. Os pondréis a nuestro servicio. Listos, ya está hecho. Tú, chico, ése es mi caballo de refresco. Dámelo. ¡Es una yegua nicena!

El joven del yelmo plateado hizo ademán de agarrar las riendas de Sátiro, pero éste hizo retroceder a la yegua y el oficial rubio sólo agarró aire.

—¡Ganada en combate! —dijo el muchacho, encantado consigo mismo por haber

recordado la expresión correcta en el momento oportuno.

—Has perdido, estúpido griego. ¡Entrégame el caballo! —Demetrio fue consciente de que estaba rodeado por caballería enemiga—. Si me tocáis, podéis daros por muertos.

Diodoro cogió la brida del chico enemigo y dio media vuelta a su montura.

—Valdrás un buen rescate —dijo—. ¡Al galope!

Cabalgaron ruidosamente a través de los sorprendidos saka, descendieron el risco y cruzaron el barranco. Sátiro no comenzó a respirar hasta que estuvieron en el terreno cubierto por sus piquetes. Nadie les disparó una sola flecha.

Demetrio despotricaba.

—¡Estáis todos muertos! ¡Habéis roto vuestro juramento! Putos mercenarios griegos, ¡sois escoria!

Su escolta no los persiguió al otro lado del barranco.

Diodoro pasó las riendas del rubio a Hama.

—No he podido resistirme. Escucha, chico. No hemos prestado ningún juramento. No nos has ofrecido salvoconductos. Tu heraldo no llevaba bastón de mando. Y tú no venciste la batalla. Ahora di lo que tengas que decir y, a lo mejor, te dejo regresar con tu padre.

A Demetrio no le faltaba coraje. Miró en torno a él, como valorando la situación.

—¡Tú eres el chico que ayer nos adelantó como un rayo! —dijo a Sátiro. Sonrió inopinadamente y pareció la estatua de un joven Apolo—. Mi padre os ofrece un salario y exige la devolución de cualquier botín que hayáis cogido, así como la entrega de ciertas personas. No pienso discutir esto en público.

Volvió a mirar en derredor.

Sátiro admiró su sangre fría, pues el chico rubio sonreía como si acabaran de hacerle un regalo.

—Papá dice que soy un exaltado. Nunca se olvidará de esto. ¿Vais a soltarme? De verdad que os matará. ¡Mirad las fuerzas que está reuniendo!

Demetrio señaló a la masa de caballería que ya se estaba formando en el risco del otro lado del barranco.

—¿A qué personas te refieres? —preguntó Diodoro.

—La viuda de Eumenes y su hijo bastardo —contestó Demetrio—. La trataremos bien.

Diodoro miró hacia el sur, a lo largo del valle. Desde lo alto del risco donde los piquetes habían montado guardia toda la noche vio que los carromatos de Safo habían recorrido quince estadios y seguían avanzando.

—La respuesta es no —dijo el *strategos* al cabo de un momento—. No, no nos pondremos al servicio de tu padre, y no, no devolveremos ningún botín, y no, no puedes llevarte a Banugul. Aunque ojalá ya estuviera con vosotros —añadió,

meneando la cabeza—. Y en cuanto a que somos unos putos griegos y unos mercenarios...

—Estaba alterado —alegó Demetrio sin darle mayor importancia—. Tengo mal genio.

—Tu padre organizó con los argiráspidas el asesinato de mi patrono, ¿verdad? —dijo Diodoro, reparando en que la caballería macedonia situada en la cresta del risco era cada vez más numerosa.

—Los escuadrones amotinados mataron a Eumenes —replicó Demetrio—. Lo que dices es una acusación muy grave.

—Ve y dile a tu padre que, si nos quiere, que venga a por nosotros, a ver si nos alcanza —dijo Diodoro—. Y ahora desmonta.

—Es mi mejor caballo —protestó Demetrio.

—Pues está a punto de convertirse en mi mejor caballo. Considéralo el precio de una pequeña lección sobre el arte de la guerra. Todavía tienes mucho que aprender. La próxima vez que propongas una tregua, no la rompas.

El oficial rubio desmontó y se volvió hacia Sátiro.

—¿Tú quién eres? —preguntó.

—Sátiro, hijo de Kineas —respondió éste.

Demetrio le sonrió de buen talante y le lanzó su yelmo de plata.

—Toma, te irá de perlas con ese caballo. ¡Así, la próxima vez te reconoceré!

Volvió a sonreír, dio media vuelta y echó a correr por la hierba hacia el norte.

—Ahí van cincuenta talentos de oro —dijo Hama con amargura—. ¡Sólo hemos sacado un caballo!

Diodoro los condujo de nuevo hacia el sur, en pos de la columna de humo que se desvanecía a lo lejos.

—Antígono *el Tuerto* nos seguiría hasta los confines de la tierra para rescatar a su hijo —dijo—. Espero que ahora no juzgue necesario el esfuerzo.

—¿Es verdad que mataron a Eumenes? —preguntó Crax.

—Alguien lo hizo. Ayer vi cómo lo apresaban los argiráspidas y unos cuantos oficiales de caballería. —Diodoro meneó la cabeza—. Merecía un final mejor.

—¿Adónde demonios iremos ahora? —preguntó Eumenes de Olbia, que llegó al trote desde su escuadrón—. Hola, joven Sátiro. —Alargó el brazo para coger el yelmo de plata que el muchacho seguía sosteniendo—. Menuda pieza.

Sátiro lo abrazó.

—Bueno, yo elegiría con cuidado cuándo ponérmelo —dijo Eumenes, riendo—. Es probable que ese joven Apolo quiera recuperarlo.

—Algo ha dicho en ese sentido —admitió Sátiro.

Diodoro miró en derredor.

—¿Acaso este equipo ya no sabe lo que es la disciplina? Me parece que tenéis

escuadrones que mandar, ¿no?

—¿Adónde vamos? —preguntó Crax—. Tanais ya no existe, y Eumenes *el Cardio* ha muerto. ¡No tenemos patronos!

Diodoro sonrió sin separar los labios.

—A Egipto —anunció—. Bajaremos de las montañas hasta el Éufrates, seguiremos su curso hasta que podamos cruzar por el desierto hasta el Jordán, y luego río abajo hasta Alejandría.

—¡Eso son cinco mil estadios! —exclamó Crax, atónito—. Por Hermes, *strategos*, no tenemos monturas de refresco ni comida, y estamos rodeados de enemigos. ¡Entre todos no podemos juntar ni un óbolo de bronce!

—En veinte días deberíamos llegar hasta las avanzadas de Tolomeo —prosiguió Diodoro—. Compraremos caballos, o los robaremos. Mira, aquí tienes el primero.

—No nos alcanza ni para comprar una mula —objetó Crax.

—¿Recuerdas que el Tuerto ha pedido que le devolviéramos el botín? —preguntó Diodoro, sonriendo con complicidad a Eumenes.

El oficial sonrió de oreja a oreja.

—Esa ha sido muy buena. ¿Qué botín?

—El que tengo yo —dijo Eumenes—. Mientras vosotros dabais vueltas por el campo de batalla, birlé el tesoro del Tuerto. —Viendo la incrédula mirada de Crax, se encogió de hombros—. Fue cosa de Tique, hermano. Me perdí en la bruma de sal y tropecé con unos fardos.

Todos rieron; también Sático, ahora uno más entre ellos.

Cuando alcanzaron la columna, encontraron a Banugul a lomos de un niceo blanco en compañía de su hijo, que montaba una yegua negra. Parecía una reina: la belleza de su pálido cutis apenas se había marchitado. Llevaba una considerable cantidad de cosméticos cuidadosamente aplicados, más de los que Sático había visto jamás en una mujer libre, y se cubría la cabeza con un pañuelo de oro tejido. Sus ojos de un azul profundo brillaban bajo el delicado tocado, y saltaba a la vista que estaba enojada. Heracles parecía sumamente desdichado.

Diodoro llegó envuelto en un remolino de polvo y abrazó a su amada Safo.

—Un trabajo excelente —la felicitó.

—Hombres —dijo ella, dedicándole una media sonrisa—. Trae un bebé a este mundo y no dirán ni pío. Pero pon en marcha una columna...

—Quiero irme con el Tuerto —dijo Banugul.

Diodoro se quedó boquiabierto.

—¿Qué? Ayer intentó matarte.

—No pienso irme a Egipto con una columna de mercenarios —espetó. Acto seguido, suavizó el tono—. Hay muchos hombres que no tienen motivos para amarme, como tampoco al hijo de Alejandro. Jamás olvidaré que Filocles me salvó, y

tampoco que la hija de Kineas rescató a mi hijo. Pero soy la sátrapa de Hircania, y Antígono *el Tuerto* ahora es mi señor. Debo ir a rendirle homenaje.

Safo se echó a reír y Banugul la fulminó con la mirada.

—Lo cierto es que os ha reclamado a ti y al niño —dijo el *strategos*, rascándose el mentón—. Quizás os mate a los dos.

Banugul sonrió. Fue un gesto espontáneo, una expresión liviana que le quitó quince años de encima, asemejándola a Afrodita.

—No me matará. Necesita a mi padre y a mis hermanos, y mi hijo le dará legitimidad.

—Yo quiero ser rey —intervino Heracles de pronto—, no un títere.

—Tu padre comenzó como un títere —dijo Banugul. Y luego, en un tono más amable, agregó—: Ya te llegará el momento.

—Quiero quedarme con Sátiro y Melita —dijo el niño.

Sátiro acercó su caballo y los dos se dieron la mano como los hombres.

—Seremos amigos —dijo.

Diodoro miró a su mujer, y luego a Eumenes. El joven olbiano asintió levemente. Safo hizo lo mismo.

—Nos harías un favor, señora —agradeció Diodoro—. Si te vas con el Tuerto, es posible que nos deje en paz. —Escrutó el horizonte—. Pero los hados están de nuestra parte. Creo que podremos dejarlo atrás.

Banugul lució de nuevo su sonrisa de Afrodita.

—Sois muy valientes. Pero, no, gracias.

—Muy bien, enviaré a un heraldo —decidió Diodoro, cruzando otra mirada con su esposa.

—Al abandonaros, devuelvo el favor que me hicieron Filocles y Kineas.

Safo volvió la cabeza y Sátiro se dio cuenta de que a su tía no le gustaba la hermosa reina.

Melita llegó de otra parte de la columna, cubierta de polvo por haber cabalgado de un lado a otro, haciendo algunas visitas. Sin que pareciera importarle su aspecto, se unió al grupo de mando.

—¿Heracles se marcha? —preguntó.

—Sí —contestó Safo—. Más vale que os despedáis. Su madre piensa que le irá mejor con nuestros enemigos, los mismos hombres que acaban de matar a su marido.

Banugul volvió la cabeza de golpe y su fulminante mirada tuvo la autoridad de cien confrontaciones cortesanas, pero Safo se la sostuvo impertérrita.

—En realidad es lo mejor para todos —se oyó murmurar a Diodoro—. ¿Hama? Coge una fila del primer escuadrón y llévate a Andrónico como heraldo.

Melita abrazó al asustado Heracles, que correspondió al abrazo con inusitado fervor. La muchacha le dio un beso, lo que provocó un gruñido de desaprobación por

parte de su madre. Safo cambió de expresión y sonrió: le complacía cualquier cosa que fastidiara a la persa rubia.

—¡No te olvidaré! —gritó Heracles, mientras se alejaba a caballo.

Sátiro lo saludó con el brazo en alto y de pronto hincó los talones en su montura, galopó hasta alcanzar al chico y le dio una jabalina de las suyas, bonita y bien equilibrada.

—Así irás armado —dijo. Entonces se obligó a decir algo más personal—: Recuerda lo que dijo ayer Filocles. No intentes emular a tu padre. Sé tú mismo.

Heracles le estrechó la mano tan fuerte que le hizo daño, y Sátiro se impresionó al ver lágrimas en los ojos del chico.

Volvieron a darse la mano y Heracles siguió su camino.

Cuando Sátiro regresó al lado de su tío, el *strategos* fruncía el ceño mirando el polvo que levantaba el grupo de Banugul.

—Tendría que haber enviado una escolta más numerosa.

—Tendrías que haberla mandado sola —repuso Safo.

—No me vengas con ésas —masculló Diodoro.

Sátiro se alejó de ellos, regresando a la columna junto a su hermana, que estuvo llorando un rato en silencio.

—Me caía muy bien —dijo Melita.

Su hermano no supo muy bien qué decir, de modo que le dio un breve y torpe abrazo desde el caballo y siguieron cabalgando sin hablar. El silencio estuvo a la orden del día, así como muchas miradas hacia atrás, más allá de la polvareda que levantaba la columna.

—Están preocupados por la escolta —dijo Sátiro. Acababa de comprenderlo—. Si Antígono asesinó a Eumenes *el Cardio*, podría hacer cualquier cosa, incluso asesinar a Banugul.

Su hermana sollozó.

—¿Y ahora qué he dicho? —preguntó Sátiro a los dioses.

—Lo que todos sabemos. Eres tan necio... —dijo Melita con voz temblorosa.

Crax se adelantó con los *prodromoi* para buscar un lugar donde acampar, y seguían sin tener noticias de Hama y la escolta. El getón regresó mucho después de que las lágrimas de Melita se hubiesen secado y ella y su hermano se hubiesen reconciliado. Acamparon apresuradamente a merced del frío, limitándose a estacar a los caballos y desenrollar las mantas. Las montañas se encumbraban a su alrededor y, bajo las últimas luces del atardecer veraniego, comenzó a llover.

—Me caía muy bien —dijo Melita, arrojándose a la espalda de su hermano—. Heracles, quiero decir.

—No es de extrañar —dijo Terón con ternura, desde el otro lado de la hilera de camastros—. Era un chico muy majito, para ser hijo de un dios.

—A callar —ordenó Filocles.

Todos descansaron de manera irregular, pues la lluvia intermitente y el frío hacían imposible dormir de verdad. Melita tiritaba y a Sático le dolían las caderas de tanto dormir en el suelo. Se tapó la cara con su manto tracio para protegerse de la lluvia y al final consiguió conciliar el sueño.

«Primero olió la piel del león, y luego vio el cachorro.

»"Lo has hecho muy bien", dijo una voz tan grave que le erizó los pelos del cogote.»

Sático se despertó de golpe con el olor a piel de felino en la nariz. Permaneció despierto un buen rato, escuchando los latidos de su corazón y los ronquidos de Terón, hasta que fue consciente de la realidad y volvió a dormirse.

Por la mañana todos estaban más entumecidos, envejecidos, y los caballos estaban cansados. Pero justo al alba, cuando los centinelas despertaban a la tropa, un joven jinete llegó cabalgando, agotado pero a todas luces portador de noticias, y se dirigió al grupo de tiendas del centro del campamento. A la hora del desayuno, cuando Sático compartía un cuenco de yogur y miel con su hermana, la noticia estaba circulando de fogata en fogata, y de pronto se empezaron a oír risas, y la fatiga comenzó a remitir.

Filocles, que había estado en la tienda de Diodoro, fue a su encuentro.

—¿Melita? —dijo sonriendo—. El Tuerto recibió a Banugul como si fuese una reina, con los brazos abiertos, y su escolta aclamó a Heracles como hijo de Alejandro.

—Excusadme —dijo la muchacha, separándose un poco del grupo.

—Es una buena noticia —comentó Sático, por decir algo.

Filocles y Terón asintieron.

—El Tuerto ha enviado un salvoconducto a Diodoro —agregó el espartano.

—¡Zeus Sóter! —exclamó Terón—. ¿Significa que viviremos?

—Tarde o temprano descubrirá que tenemos su arcón de tesorería —dijo Filocles.

Poco después llegó toda la escolta con otra docena de soldados a quienes se había dado por muertos. Les habían quitado la armadura, pero iban a caballo y estaban muy contentos de que los hubiesen liberado. En su mayoría habían caído prisioneros mientras vagaban perdidos por la nube de polvo.

Diodoro, que había concluido otro asunto, llegó a grandes zancadas.

—No tenéis por qué vivir como soldados. Sabéis de sobra que podéis dormir con nosotros —dijo—. Tenemos una tienda vacía —agregó, señalando la carpa donde había dormido Banugul. No pretendía ser gracioso pero, por alguna razón, todos los hombres congregados en torno a la hoguera se echaron a reír a carcajadas.

Sático miró a su preceptor.

—Creo que ya va siendo hora de que mis discípulos aprendan a vivir como

soldados —dijo Filocles.

—Bueno —dijo Diorodo, sonriendo mientras miraba hacia el horizonte—, tendrán todo el camino hasta Egipto para aprender.

Todos rieron de nuevo, felices de estar vivos, y su risa ascendió al cielo como un sacrificio. Y, sólo por un instante, Sátiro olió a piel de león.

Parte IV

El afilado

313 a. C

—No tengo ni la más remota intención de combatir contra el Tuerto si puedo evitarlo —dijo Casandro, vestido con una magnífica clámide púrpura sobre un quitón que habría parecido suntuoso incluso en la persona de un rey—. Enfrentarse con el Tuerto es una estupidez. Eliminó a Eumenes y ahora está en lo más alto, aunque es vulnerable. Quiero que el Tuerto luche contra Tolomeo mientras yo despojo a éste de sus soldados.

Casandro se encontraba en Atenas en visita de estado. Había llegado con un gran séquito que ponía a prueba los esfuerzos de Demetrio de Falero y de todos sus aliados políticos para mantener a sus numerosos huéspedes. Tal como bromeaba Menandro, era como si aquel hombre comiera oro.

Se habían congregado en casa de Demetrio, un palacio en todos los sentidos salvo en el nombre. Casandro estaba rodeado de macedonios, aunque había otros griegos en su cortejo, e importantes aliados como Eumeles de Panticapea.

Demetrio de Falero había llevado a sus propios aliados, los hombres a quienes confiaba el gobierno de Atenas, y también a otros hombres cuyos bienes contribuían a mantener a Casandro.

Estratocles estaba tendido en una *kliné* toqueteándose la barba, ahora más encanecida, y cruzaba miradas con los hombres de su confianza presentes en la sala, el mercenario con la cara marcada que se hacía llamar Ifícrates y su lugarteniente, un italiano muy corpulento llamado Lucio.

—¿Cómo piensas persuadir a Antígono para que luche contra Tolomeo? —inquirió Felipe, hijo de Amintas.

Era uno de esos idiotas que hacían tales preguntas; de hecho, Estratocles contaba con él para que las formulara. Y no era el único de la sala que lo hacía: todos los oficiales macedonios se cuestionaban lo mismo. Estratocles, por su parte, calculaba si Casandro, el regente asesino, el aliado de Atenas, el saqueador de Grecia, por fin estaría perdiendo facultades.

—No hay de qué preocuparse —dijo éste. Su risita fue almibarada, casi insinuante—. Antígono y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo —explicó con una picara sonrisa—. Es viejo. Y su hijo, un idiota. Puedo controlarlos.

En boca del hombre que había asesinado a Olimpia, la madre de Alejandro, y a sus principales rivales, la declaración no estaba revestida del *hubris* que quizás habría tenido en boca de otro de menor (o incluso mayor) valía. Casandro no era estúpido en el campo de batalla, pero en el mundo de la política y el asesinato era el maestro

incontestable.

—Me parece que subestimas a Tolomeo —dijo Demetrio.

—Tal vez. —Casandro sonrió—. Aunque lo dudo. Un hombre con fama de ser sencillo en el trato, a quien su tropa apoda el Granjero, no es un gran candidato para sobrevivir en este mundo.

—Hasta ahora le ha ido muy bien —replicó Estratocles, sin poder contenerse.

Casandro se volvió hacia él. Mirarlo siempre resultaba una experiencia inquietante. La mayoría de los hombres rehuía la realidad física del rostro de Estratocles, pero no así Casandro.

—Con permiso de mis aliados, pareces perfecto para ir a Egipto en mi nombre, querido artero mío. Como embajador de Atenas, ansiosa por librarse de la tiranía. —Casandro sonrió porque las ciudades estado griegas y su cháchara sobre la libertad le resultaban ridículas—. Pero cualquiera con dos dedos de frente que esté en la corte de Tolomeo se dará cuenta de que te envío yo. Dile que estoy desesperado. Consigue que llene sus barcos con sus ejércitos regulares de macedonios y mándamelos a mí. Lo despojaré de soldados de verdad para que Antígono pueda tomar Egipto.

Estratocles se acariciaba la barba. Sus ojos se dirigieron a Menandro y el dramaturgo asintió levemente.

—Una artimaña bastante fácil. Puedo hacerlo —dijo Estratocles—. Aunque no estoy seguro... —agregó, dispuesto a dar un franco resumen de lo que motivaba su vacilación, basada mayormente en la cantidad de enemigos que se había granjeado entre las facciones atenienses—. Aquí no se me conoce como Estratocles *el Informante* porque mis conciudadanos me amen.

«Atenas, cómo he de verme por ti.»

—¿En serio? —Casandro se rio—. Mi querida víbora, puedes hacerlo y lograr que al Granjero le guste el sabor del veneno. —Miró a Demetrio—. ¿Me prestas a tu serpiente?

—Pero si Antígono se hace con los ingresos de Egipto, ¡será invencible! —objetó Diógenes, el amante de Demetrio y el hombre más apuesto de toda Grecia.

Demetrio de Falero tenía unos ojos duros y grises; los ojos de Atenea, según muchos. Ignoró al gallardo muchacho tendido en su diván y sus ojos pasaron de Casandro a Estratocles.

—Te lo puedo prestar, pero tengo mis dudas sobre lo acertado de tu decisión, Casandro.

«Mejor tú que yo, Demetrio», dijo Estratocles para sus adentros. Él también pensaba que la misión era un despropósito. Pero como de costumbre, Casandro conducía la cuadriga y Atenas se dejaba llevar.

—Diógenes, mi querido y hermoso cabeza hueca, éste es el motivo por el que tú eres un adorno en las fiestas y yo el regente de Macedonia. Si Antígono conquista

Egipto, usará más de sus preciados macedonios para guarnecerlo. Eso es lo único importante, ¿no te das cuenta? Los soldados, los soldados de verdad, son macedonios; nuestra única exportación, pero ahora mismo, la exportación más valiosa del mundo. Sólo un macedonio es capaz de combatir con sarisa. Ninguna infantería del mundo puede vencernos. —Sonrió a la concurrencia, afectando indiferencia tras haber insultado a todos los griegos presentes en la sala—. Nos quedaremos con los veteranos de Tolomeo a modo de tributo y el año que viene los usaremos para derrotar a Antígono *el Tuerto*. O tal vez a Lisímaco. Es lo de menos: una vez que tenga las falanges, podré ir a donde quiera. —El regente apartó sus ojos de pesados párpados del apuesto ateniense y los dejó caer sobre Estratocles como si su mirada realmente pesara—. Tú, víbora mía, eres la herramienta para mover esa piedra en concreto.

Estratocles pensó que era mala señal que los macedonios estuvieran comenzando a creerse su propia propaganda. Aún no habían transcurrido diez años desde que los hoplitas de Atenas derrotaran a una falange macedonia. Cruzó una mirada con su amigo Ifícrates, que tenía el rostro congestionado por la ira. Ahora le tocó a él negar con la cabeza, pese a que cualquier exabrupto habría recibido el apoyo de todos los atenienses presentes. Incluso Menandro, que tenía fama de desdeñar los asuntos militares, estaba ofendido.

El insulto del regente —«víbora», un término que ningún hombre soportaba— era casi un cumplido en boca de Casandro.

«Atenas, lo que he de aguantar por ti —pensó Estratocles—. Cuando llegue el momento, enterraré a estos arrogantes bárbaros en sus propias entrañas.»

Eumeles, a quien todos llamaban Herón, el presunto rey del Bósforo, se abrió paso entre los macedonios.

—Tolomeo aún da refugio a mis enemigos —dijo.

De espaldas al tirano del Euxino, Casandro miró a Estratocles esbozando una mueca e hizo un gesto con la mano como diciendo «¿Qué puedo hacer?».

El regente de Macedonia se dio la vuelta en su diván para mirar a Eumeles.

—¿Y nada de grano para mis enemigos? ¿Das tu palabra?

Eumeles hizo una reverencia.

—Doy mi palabra. —Miró a Estratocles—. Pero me gustaría, ¡ejem!, ver zanjado el asunto.

Casandro asintió.

—Es verdad. Estratocles, los dos niños. Olimpia los quería muertos, Herón los quiere muertos y se te escaparon, ¿eh? Que no vuelvan a escapar. ¿Entendido?

Estratocles se encogió de hombros.

—Era Herón quien quería verlos muertos. Y Olimpia lo convirtió en asunto suyo. Pero es impropio de una embajada ir asesinando mocosos.

Miró a Demetrio de Falero en busca de orientación. Demetrio había sido discípulo de Focionte, igual que Kineas, el padre de los niños. Aunque Estratocles no sentía un verdadero amor por Demetrio, era ateniense.

Los duros ojos grises de Demetrio se entornaron. Tomó aire para hablar, pero luego negó con la cabeza y bebió un sorbo de vino.

Casandro frunció los labios. Siempre era peligroso enfrentarse a Casandro a propósito de cualquier tema, y Demetrio, el hombre más poderoso de la sala a excepción de Casandro, había rehusado hacerlo.

«Debemos de estar muy apurados», pensó Estratocles.

—Muy bien —dijo—. Intentaré liquidar a los niños antes de irme de allí. Pero aguardaré hasta entonces. Si se me relaciona con el asesinato, me expulsarán o algo peor.

—Pues no dejes que te descubran —dijo Casandro. Acto seguido adoptó un tono más conciliador—. Entiendo tu punto de vista. Contrata a alguien que lo haga y asegúrate de que no se relacione conmigo. —Sonrió—. ¿Qué me dices de tu médico? Ya nos ha sido útil alguna vez.

La buena traza rubia de Casandro y sus ojos, cuyos párpados recordaban los de un adicto al opio, resultaban muy engañosos.

«Es mucho más feo que yo», pensó Estratocles. «Me parece que va siendo hora de que cambiemos de política.»

Más tarde, en una habitación privada, le manifestó su opinión a Menandro.

—Estoy de acuerdo —admitió el poeta—, pero Demetrio dice que ahora lo necesitamos. La situación actual es muy mala. Sal airoso de esa misión en Egipto y tal vez nos dé un respiro.

Estratocles suspiró y se rascó la nariz.

—Le odio tanto como para plantearme un tiranicidio. —Al ver la expresión asustada de su amigo agregó—: No me refiero a nuestro tirano, Menandro, sino a Casandro.

No obstante, hizo el equipaje para marcharse a Alejandría.

Se tomó su tiempo para enviar una carta al médico, a la sazón en Atenas, en la que le ofrecía un puesto en su embajada y le proporcionaba, además, una lista de los miembros de la asamblea de esa ciudad y de sus diversas transgresiones, y se llevó a Lucio como jefe de su escolta. Tenía muchos enemigos, y sería preciso hacer un uso sensato de la fuerza.

Cambió el orden de prioridades de su red de información, de modo que los partes sobre Alejandría tuvieran primacía. Escuchó un sinfín de informes de espías antes de zarpar en su propio trirreme con rumbo a esa ciudad, la más moderna del mundo.

Los informadores de Estratocles eran hombres y mujeres capaces. Su nómina de agentes abarcaba desde el Euxino hasta las Columnas de Hércules, de modo que,

cuando la ciudad apareció en el horizonte, ya sabía dónde vivía León y con quién; sabía los nombres de sus barcos y los de sus factores. Todo eso era información de rutina, pues León y Estratocles habían tenido sus roces en la persecución de sus respectivos intereses, a veces en conflicto, a veces en alianza, a lo largo de diez años.

Sabía que Tolomeo tenía una amante egipcia y que Amastris, la hija de Dionisio de Heráclea, la heredera más rica del mundo helenístico, cualquier día regresaría a Alejandría, esa ciudad vital para los intereses de Atenas. Sabía también que la corte estaba buscando un médico para el palacio. Incluso sabía que Sófocles el Ateniense, a quien tenía a su lado, había sido sobornado por Casandro para que lo vigilara. La idea hizo que Estratocles sonriera al farsante que lo acompañaba.

—Siempre me preocupo cuando es obvio que algo te divierte —comentó el físico, agachándose para rascarse la cicatriz de la rodilla.

Estratocles sonrió y le dio una palmada en la espalda.

—Vas a tener mucho trabajo en Alejandría —auguró.

—Será un placer —respondió Sófocles.

Notó en la mejilla la frialdad de la arena de la palestra, pero cambió el peso de lado para girar los hombros y su entrenador cayó rodando de encima de él antes de echarse para atrás, afianzando los pies al levantarse.

Sátiro se incorporó algo más despacio, con las manos en alto y los brazos bien extendidos. Se oyeron aplausos aislados de otros hombres que habían parado de entrenar para mirarlos.

—Con esta llave te vencía cada vez —dijo Terón. Sonrió—. Claro que no siempre has tenido los hombros como un buey.

Habían transcurrido tres años; Sátiro había aumentado en peso, altura y envergadura pesado: era un muchacho en óptima forma física con el cabello moreno y largo, y los hombros tan anchos como muchas puertas de Alejandría.

Pero todavía no había vencido a Terón.

Se pusieron a dar vueltas, y se reunieron más hombres a mirar. Eran oficiales del ejército y cortesanos veteranos, macedonios en su mayoría, aunque unos pocos eran griegos. Reconocían un buen combate en cuanto lo veían, y comenzaron a cruzar apuestas con discreción.

Sátiro giró sobre el pie derecho, levantó un poco el izquierdo y amagó un golpe contra el rostro de Terón con la mano izquierda.

Terón paró el ataque y se dispuso a agarrarle el brazo, de forma que Sátiro tuvo que abandonar su combinación de fintas y retroceder para evitar la humillación de brindar a su oponente una victoria fácil. Notó un arañazo al retirar la mano izquierda para liberarla.

Terón avanzó, aprovechando su ventaja, y largó un directo con la derecha que alcanzó las costillas de Sátiro; un golpe que dejaría marca, pero sólo era cosa de soportar el dolor. El muchacho movió las caderas hacia la derecha y luego se desplazó hacia la izquierda, repitiendo la maniobra con la que se había librado de las dos últimas llaves.

Terón se desconcertó un momento y Sátiro se las arregló para asestar un directo poco potente a la cabeza de su entrenador. Enseguida le asestó otro, simulando un tercer patinazo para luego lanzar una patada con el pie derecho contra el tobillo izquierdo de Terón. El golpe lo alcanzó, y el corintio rodó por el suelo, apoyó el peso en el pie derecho y dio un puñetazo a Sátiro en la sien que lo impulsó hacia atrás, haciéndole perder el equilibrio.

Ambos retrocedieron. Todos los espectadores del gimnasio respiraron al unísono, y algunos aplaudieron. Las apuestas aumentaron. En Atenas, apostar a dos caballeros

ciudadanos en un gimnasio público estaba muy mal visto, pero Alejandría era otra ciudad, otro mundo.

Terón daba vueltas cansinamente, cuidando de no forzar el pie izquierdo.

Sátiro pensó que estaba fingiendo. Fingir estar lastimado formaba parte del inmenso repertorio de trucos que un buen luchador de pancracio debía dominar, y Terón era todo un maestro.

«Dado que tiene bien el pie izquierdo, ¿qué debería hacer yo?», se preguntó Sátiro. Se secó el sudor de los ojos y reprimió la tentación de atacar por meras ganas de romper la tensión. Había dado unos cuantos golpes buenos: la patada habría dejado fuera de combate a la mayoría de sus amigos.

Terón fintó y Sátiro se apartó, rehusando enzarzarse. Ambos volvieron a dar vueltas, midiéndose.

El joven se planteó una finta basada en el falso supuesto de que el pie de Terón estaba lesionado. En cuestión de instantes, valoró los posibles golpes y llaves y eligió dos movimientos simples y evidentes: un amago de patada contra el mismo tobillo debería obligar a Terón a apoyarse en el pie que fingía tener lastimado. Después de cambiar el peso de lado, se abalanzaría sobre él para iniciar un forcejeo.

En cuanto tuvo clara la combinación, dejó que su cuerpo tomara el control, efectuando no un súbito ataque sino un grácil balanceo fintando con el cuerpo entero seguido por el golpe «real», aunque no más que la falsa herida de Terón, un lento barrido de su pie derecho contra la pierna «débil» de su oponente.

Terón lo complació apoyando su peso en la extremidad «lesionada» y lanzando un golpe velocísimo.

Sátiro también fue rápido, y encajó el ataque de Terón en la coyuntura del hombro. Sintió un dolor punzante en el cráneo, pero ya estaba muy curtido, así que dio un cabezazo a la mandíbula de Terón, le pisó el empeine y estuvo a punto de asestar un rodillazo en la entepierna del entrenador, una combinación de golpes letal que practicaban para la guerra, pero no para la palestra.

En ese instante de vacilación, el brazo izquierdo de Terón le rodeó el cuello, y la cabeza le quedó inmovilizada contra el pecho del corintio. En cuanto notó la presión, Sátiro empujó con toda la fuerza de ambas piernas, entrando a fondo en la llave para echar al entrenador hacia atrás al tiempo que se zafaba de su brazo.

Ambos rodaron por el suelo al caer en la arena y se liaron a golpes y llaves bocabajo hasta que, gateando como cangrejos heridos, se separaron y se pusieron de pie lentamente.

Esta vez el aplauso fue entusiasta. Una ovación de no menos de cien hombres.

Sátiro se obligó a sonreír. Por un momento el combate había sido suyo, pero había fallado el golpe de gracia y ahora la confianza lo abandonaba. Su entrenador se estaba levantando, con un tajo en el muslo pero por lo demás indemne.

—¡El señor Tolomeo! —anunció una voz.

Los hombres se apresuraron a apartarse del camino del soberano y muchos, no todos, le hicieron una reverencia.

—¡Basta de formalidades! —gritó Tolomeo—. ¡No interrumpáis el pancracio! ¡Hades! ¿Ese es Terón?

Llevaba un quitón blanco con ribetes color púrpura y una diadema en el pelo. Era uno de los hombres más feos del gimnasio, con una nariz como la proa de un barco y una frente que se juntaba con la calva apepinada.

A Sático le caía bien. Puso freno a sus temores y se concentró de nuevo en la lucha.

El instructor estaba sonriendo. Avanzó y lanzó su acostumbrado rechazazo. Envalentonado por la aparición del rey, Sático no retrocedió, sino que intentó la misma treta que Terón le había hecho antes a él, disponiéndose a aprovechar el golpe del corintio.

—Llevan un buen rato y ni una sola caída —dijo un cortesano.

—Tendrías que haber visto...

—¡Silencio! —exigió el rey.

Terón no se permitió sorprenderse por la intentona de Sático. Dejó que su discípulo le agarrara el brazo antes de alargar el otro para sujetar el hombro derecho de Sático, lo hizo girar valiéndose de su propio impulso y le puso la zancadilla.

Pero Sático mantenía la presa en el brazo. Mientras caía lo estrechó con más fuerza; fue prácticamente el mismo ataque que había intentado cuando era un peso ligero de doce años.

Terón intentó zafarse y su pupilo procuró no mover el pie. Ambos fallaron en su intento y cayeron juntos a la arena, donde pelearon como perros. Estaban demasiado juntos; Sático recibió un codazo en la cara que lo dejó ciego y un pie en el vientre que le cortó la respiración, pero luego dio una voltereta y se apartó. Durante la riña había dado como mínimo un buen golpe a Terón. Se puso de pie obedeciendo la rutina de su entrenamiento.

El corintio fue más lento, y se levantó sosteniéndose el brazo derecho con el izquierdo. Pese a ello, sacudió la cabeza para despejarse y levantó las manos, poniéndose en guardia.

Sático aplicó toda su fuerza de voluntad en adoptar la misma postura, pero el brazo izquierdo se negaba a obedecerle. No le dolía, simplemente no respondía. Sacudió la cabeza y el gimnasio comenzó a dar vueltas. No obstante, estaba lo bastante consciente para ver que Terón estaba tan maltrecho como él, así que avanzó para intentar darle un rechazazo que pusiera fin al combate.

—¡Alto! —ordenó el rey.

Los hombres protestaron.

Sátiro se balanceó un poco al parar en seco el movimiento de su puño.

—Los dos estáis a punto de acabar lesionados, y no puedo permitirme prescindir de ningún hombre —dijo el regente de Egipto, sonriendo con su habitual campechanería—. Aunque ha sido un espléndido combate.

—¿Quién gana? —gritó uno de los muchos Felipes, un oficial de los Compañeros de Infantería—. ¡Hemos apostado!

Tolomeo miró a los luchadores unos instantes.

—¡Empate! —gritó el señor de Egipto, y el público volvió a protestar.

Tolomeo estrechó la mano de los contendientes antes de que éstos se fueran a los baños. Él y Terón cruzaron una sonrisa, pues el corintio lo entrenaba de vez en cuando. Luego Tolomeo se volvió hacia Sátiro.

—Eres un joven muy prometedor —lo felicitó.

El comentario desató las lenguas de los cortesanos. La «familia» de Sátiro, sus «tíos» Diodoro, León y Filocles, eran hombres importantes.

Las palabras de Tolomeo dieron a entender al muchacho que su momento estaba llegando, y el corazón se le desbocó. Estrechó el brazo del regente y sonrió de oreja a oreja.

—A tu servicio, señor —dijo.

Más tarde, después del baño caliente, el baño frío y el masaje, salieron juntos con un nutrido grupo de amigos de Sátiro, y bajaron la escalinata del gimnasio público en medio de una marea de adulación.

—Tal vez me derrotes un día de éstos —dijo Terón sonriendo—. Lo dudo, pero comienzo a pensar que es posible.

—Hoy ha habido un momento... —Sátiro se encogió de hombros. Le dolía el cuello, y en cuestión de una hora el ojo izquierdo tendría una magulladura como si se hubiese aplicado alheña de cualquier manera—. Aún tengo mucho que aprender.

—¡Eso me suena a música celestial, chico! —dijo Terón.

—¿Una copa de vino, maestro? —propuso Sátiro.

—No. Ve a beber con tus amigotes, chico. —El entrenador le puso un brazo gigantesco en la espalda y le dio un achuchón—. Tu tío León llega a casa esta noche. Su barco ya está alineado con el faro. Y mientras esté en casa te hará trabajar duro; se acabó el retozar con flautistas.

León se había llevado a Sátiro en una docena de viajes. El muchacho había remado, había servido como marinero y también como sobrecargo, contando ánforas. León consideraba que los chicos debían trabajar. Aquel verano, Sátiro se había embarcado dos veces en calidad de timonel, aunque como aprendiz, por supuesto. Si bien le gustaban mucho las chicas y el vino, por el momento el gran amor de su vida era el mar.

Sátiro sonrió. Sus amigos ya reclamaban su presencia.

—Llegaré puntual. Y haré un sacrificio a Poseidón para que regrese sano y salvo.

—¡Encárgate de regresar tú sano y salvo, chico! —gritó Terón hacia el grupo de Sátiro, que ya se perdía entre el gentío, cruzando la gran ágora donde confluían los cuatro distritos.

—Tú no crees en esas paparruchas, ¿verdad, Sátiro? —preguntó Dionisio. Éste era un año mayor que él, hijo de un macedonio al servicio de Tolomeo. Era un joven guapo, bien plantado e inteligente, capaz de citar casi todas las obras de Aristófanes y todos los libros nuevos de Menandro—. ¿Propiciarse la voluntad de los dioses? Eso es para campesinos.

Sátiro no estaba de humor para discusiones filosóficas, máxime teniendo en cuenta que Dionisio, pese a los aires que se daba, distaba mucho de tener la formación de Filocles.

—Mi preceptor dice que respetar a los dioses nunca está de más —respondió Sátiro.

—Eres un mojigato —replicó su amigo—. Si no tuvieras un cuerpo hermoso, nadie te dirigiría la palabra.

Sátiro había comprendido, gracias a su hermana, que a Dionisio le fastidiaba que él tuviera cautivado a todo el mundo por su buena actuación en el gimnasio.

—¡Buen combate, muchachote! —gritó Timarco, un oficial macedonio de caballería.

Eumenes lo saludó con el brazo desde lo alto de la escalinata y Sátiro correspondió al saludo.

—¡Cuántas atenciones de un puñado de viejos soldados acabados! —bufó Dionisio.

—Fueron amigos de mi padre. Y ahora lo son míos —dijo Sátiro.

—Se te ve mucho menos gazmoño con los labios de una flautista comiéndote el rabo —dijo Dionisio. Algunos muchachos rieron.

La ética un tanto espartana de Sátiro incomodaba a muchos de sus amigos, quienes agradecían que les recordaran que el joven era tan humano como ellos. Pero Abraham, un chico más joven con lustrosos rizos morenos y constitución de luchador, saltó en su defensa.

—Sois un atajo de impíos —dijo—. ¡Pagaréis por ello, ya veréis!

Fue decirlo y echarse a reír, porque era una de las observaciones favoritas de su padre.

Sátiro se sonrojó y se echó la clámide al hombro, prenda que en Alejandría solía ser muy ligera.

—Sea como fuere —dijo a sus amigos—, me voy al templo de Poseidón.

—¡Bah! No hay chicas guapas, ni tabernas que destrozar, ni actores. ¿Qué gracia

tiene? Yo me largo a casa de Cimon; te espero allí.

El lugar aludido era un garito que frecuentaban bastante, situado en el límite de varios barrios, tanto en el sentido geográfico como en el legal. Era un domicilio privado donde se servía vino todo el día en una suerte de simposio permanente, donde muchas mujeres, y no pocos hombres, retozaban con los clientes. La casa se alzaba en la larga lengua de tierra donde Tolomeo estaba construyendo el faro, y tenía unas espléndidas vistas al mar. La inscripción de encima del dintel decía que era «una casa de mil brisas», frase que Dionisio traducía como «la casa de las mil mamadas» en cuanto tenía ocasión, para mayor regocijo, al menos aparente, del dueño.

Cimon era un antiguo esclavo que había adquirido prominencia regentando un burdel. Sátiro sabía que había sido uno de los hombres de León, y que éste había estado a punto de ser propietario de la taberna. Sátiro iba a casa de Cimon porque sabía que era seguro, mientras que Dionisio frecuentaba el lugar porque creía que era peligroso. Sátiro se preguntó cómo reaccionaría éste en una tempestad en el mar o en una batalla: pese a sus aires de niño bonito, sospechaba que su amigo tenía agallas.

—Entonces nos vemos en casa de Cimon —dijo Sátiro.

—Te reservaré una flautista —respondió Dionisio—. Su coñito será salado como el mar... Quizá deberías hacer tu sacrificio a Poseidón dentro de él.

Sátiro volvió a sonrojarse y sonrió. Abraham pegó un manotazo al macedonio.

—Bromeas demasiado con las cosas sagradas —le recriminó, y esta vez habló casi en serio.

Los demás muchachos estaban divididos entre los dos favoritos y sus respectivas intenciones.

Teodoro se rio.

—Está cantado —dijo—. Si voy al templo de Poseidón con Sátiro, mi padre se cagará de contento. Si vuelve a pillarme en casa de Cimon me largará el sermón sobre el *opson* y la disipación y no me veréis en una semana. ¿Poppy? —dijo, y un niño esclavo fue a su encuentro—. Poppy, corre a decirle a mi padre que me voy al templo de Poseidón a ofrecer un sacrificio. Que te dé algo de dinero.

Los demás jóvenes rieron. Jenofonte, hijo de Coeno y el mejor amigo de Sátiro, meneó la cabeza.

—Ninguno de vosotros vivirá para siempre en el Elíseo —dijo.

—Perderás interés por la religión cuando dejes de tener granos —se mofó Dionisio, fingiendo que le quitaba una espinilla—. ¿Tal vez son un regalo de los dioses?

Jenofonte dio un paso hacia el macedonio.

—Que te follen, amante de chicos.

—Oooh —dijo Dionisio en tono burlón—. Qué religioso. —Hizo adiós con la mano, al tiempo que se zafaba lánguidamente de Jenofonte—. Otro día, querido. Y

sólo me gustan los chicos con el cutis fino. Como Sátiro, por ejemplo.

El chico notó que se ruborizaba mientras el macedonio se perdía entre la multitud con una docena de muchachos muertos de risa.

—Lo mataría —dijo Jenofonte, congestionado de ira.

—No seas crío —intervino Abraham—. Siempre caes en su juego. Tienes granos, ¡mira tú por dónde! Y yo soy judío, y el padre de Sátiro está muerto: todo es molienda para Dionisio. —Se encogió de hombros—. La verdad, Jenofonte, es que ni siquiera tiene mala intención, y siempre se sorprende con la virulencia de tus reacciones.

—Mi padre dice que cuando un hombre me ofenda, debo luchar con él —expuso Jenofonte.

—Pues mi padre dice que cuando un hombre blasfema debería matarlo —replicó Abraham enarcando una ceja.

Jenofonte dejó que su rabia se disipara y meneó la cabeza con aire de arrepentimiento.

—¿Qué, ya podemos ir al templo? —preguntó Sátiro—. Abraham tiene razón, Jenofonte. Dionisio hace lo mismo con todos. Sólo tienes que saber encajarlo, como un golpe en la palestra.

—Para ti es fácil decirlo —replicó el aludido—. No tienes ni un granito.

—Al templo de Poseidón —dijo Sátiro como si fuese una orden en el campo de batalla, y por fin se pusieron en marcha.

Desde la escalinata del templo veía el casco oscuro del barco de León con su vela dorada. Era difícil no identificar la nave, con las bordas y los remos pintados de bermellón relucientes bajo el sol, navegando de bolina para doblar el cabo tan cerca del templo que Sátiro alcanzaba a oír los gritos del oficial de remeros y a ver al propio León de pie junto a la borda. El muchacho había imaginado muchas veces que iba al mando del *Loto Dorado*. Había efectuado dos viajes a bordo de aquella nave, uno tan sólo hasta Chipre, el otro a través del mar hasta las costas de la Galia, sirviendo a las órdenes del timonel Peleo, uno de los héroes del panteón adolescente de Sátiro.

—¡Tío León! —gritó a través de medio estadio de agua.

León, más cerca de las voces del timonel y del crujido de los remos, no le oyó mientras el hermoso barco avanzaba veloz. Cuando pasó por delante del templo, los marineros estaban arriando la vela y todos los remeros iban ocupando sus puestos en los bancos para fondear en el puerto.

—¡Tío León! —gritó Sátiro otra vez, y sus amigos se hicieron eco de la llamada. Entre todos consiguieron captar la atención del mercader negro, que saludó con la mano. León regresaba de un viaje a través del Egeo hasta el Euxino, visitando a

viejos amigos y evitando toparse con enemigos. Había llegado hasta Heracles o quizás incluso hasta Sinope. Corrían tiempos difíciles para el comercio: todos los contendientes de la Gran Guerra tenían flotas, y los distintos bandos habían autorizado a los piratas a apropiarse de los cargamentos en su nombre. Atenas, Rodas y Alejandría seguían intentando mantener abiertas las rutas comerciales, pues las tres ciudades necesitaban que el comercio floreciera.

Detrás del buque insignia de su tío iban una docena de mercantes y luego las velas triangulares de seis pesados trirremes. León era rico, incluso para los estándares de Alejandría, y cuando formaba un convoy, sólo una flota habría podido apoderarse de sus barcos.

—Mira qué maravilla —dijo Jenó—. Mi padre dice que cuando cumpla los dieciséis podré ir con León como marinero.

Sátiro sonrió. Él ya había ido como marinero y esperaba volver a hacerlo pronto... como timonel. La idea siempre le rondaba la cabeza.

Pero en la villa corría el rumor de que León iba a llevarlos a casa.

—Me encantó hacer de marinero —dijo Sátiro—. Me gustaría salir al mar otra vez, aunque fuera como remero.

—He oído por ahí que eres un príncipe —replicó Abraham riéndose—. No es probable que el rey Tolomeo te permita embarcar otra vez como marinero. Jenó, en cambio... Los griegos distinguidos van a un óbolo la docena.

—A un óbolo la docena, no —contestó Sátiro con un encogimiento de hombros—. De ser así, Tolomeo no andaría tan desesperado por conseguir colonos griegos.

—Bien argumentado —observó Abraham acariciándose la barba. Una de sus mejores virtudes era que estaba abierto a toda discusión razonada y que admitía la derrota con elegancia. El joven judío se detuvo al llegar al recinto del templo—. Acataré los preceptos de Jehová y mantendrá mi cuerpo alejado de vuestra idolatría —dijo. Su sonrisa transmitió el mismo reparo que sus palabras.

Sátiro asintió. En Alejandría convivían veinte religiones y cientos de herejías, todas las cuales fascinaban a su hermana. La mayoría de los ciudadanos habían aprendido a aceptar las demás religiones, aunque no fueran del todo respetadas. El pueblo de Abraham era monoteísta, con unas pocas excepciones y un complejo conjunto de creencias sobre una encarnación femenina de la sabiduría, Sofía, y no erigían templos ni estatuas. «Tampoco son tan distintos de Sócrates», pensaba Sátiro.

—Disfruta del panorama —dijo Sátiro, y entró en el templo seguido de cerca por Jenó y Teodoro.

Justo cuando encontraron a un sacerdote, el pequeño esclavo de Teodoro alcanzó a su amo y le dio un monedero.

—¡Caballeros, somos solventes! —anunció éste—. ¿Pedimos un carnero?

—Sería muy noble —aceptó Jenó con entusiasmo.

—No puedo cubrir mi mitad —dijo Sático, tras sacar el monedero del peto de su quitón.

—No seas tonto, hombre. Paga mi padre. —Teodoro se volvió hacia el sacerdote y dijo—: Nos gustaría sacrificar un carnero blanco por el regreso seguro de don León. Ahora mismo está doblando el cabo a bordo del *Loto Dorado*.

—Desde luego, señor —contestó el joven sacerdote con una reverencia.

Acceder a un puesto en el nuevo templo de Poseidón era bastante fácil, y la mayoría de los sacerdotes eran arribistas. Aquél no era distinto. Los examinó con ojo clínico y decidió que Teodoro, el que llevaba el monedero y clámide de seda, debía de ser quien mandaba.

—Deja que os elija un buen animal —añadió, inclinándose de nuevo.

—Representa al dios —se quejó Sático, torciendo el gesto—. Digo yo que debería mostrarse más espiritual.

Jeno asintió.

—Desde luego, sois tal para cual —dijo Teodoro, riéndose—. Escuchad, chavales. Si fuese alguien, estaría en un gimnasio. ¿Lo conoces? No. Es mi dinero lo que le llama la atención, igual que a todos los sacerdotes. Su madre es oriunda de aquí y él intenta abrirse camino... mostrándose tan empalagoso como sea posible. Todos los egipcios son unos aduladores.

El sacerdote regresó con un carnero blanco, un animal muy halagüeño.

—¿Mi señor? —dijo a Teodoro.

—En realidad es mi amigo quien hace el sacrificio —explicó éste con desdén—. Yo sólo asisto.

Sático cogió el dogal del animal y lo condujo al altar. El carnero se resistió en cuanto olió la sangre, pero el muchacho era demasiado fuerte para él y no le costó pasar la soga por la argolla del altar antes de que el joven animal pudiera hincar las pezuñas en el suelo para tirar. Sático enroscó la cuerda dos veces en torno a su brazo izquierdo, desenvainó la espada, desdeñando la daga que le ofreció el sacerdote, y tiró del dogal, de modo que el carnero quedó casi de puntillas. Con un movimiento rápido rebanó el cuello de la res, al tiempo que giraba sobre sus talones para evitar el chorro de sangre. El sacerdote se acercó con un cuenco para recogerla.

—Lo has hecho muy bien —dijo Teodoro—. ¿Me enseñarías? Mi padre...

Sático sonrió, aunque las coyunturas de ambos hombros le dolían de resultados del combate de pancraccio. Se volvió hacia el sacerdote y le dio una moneda de plata.

—Un segundo sacrificio nunca está de más, ¿verdad?

Guiñó un ojo y el sacerdote hizo una reverencia.

—¿Una cabra, señor?

—Sí —dijo Sático, marchándose con el sacerdote—. ¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Namastis —contestó. Era un par de años mayor que Sático y tenía la barba rala—. Namastis, señor.

—Escucha, Namastis —dijo el joven. A su hermana se le daban mejor aquella clase de cosas, pero no dejaba de oír una y otra vez los comentarios que Teodoro acababa de hacer—. Tú vales tanto como cualquiera de nosotros, y eres sacerdote de un gran dios. Los griegos nunca se llaman señor entre sí. Los sacerdotes son famosos por su desdén. —Sático sonrió—. Agradezco que no seas desdeñoso, pero no debes llamarnos señores.

Namastis entornó los ojos, receloso de que Sático le estuviera tomando el pelo. Sático le sostuvo la mirada.

—Muy bien —dijo Namastis—. Ahora te traigo una cabra, si te parece.

—¡Exacto! —dijo el muchacho—. Me llamo Sático —se presentó, tendiéndole la mano.

Namastis se la estrechó sonriendo cautamente. Su mano estaba flácida.

—Ahora aprieta —indicó Sático. Los egipcios nunca acababan de captar cómo se daba un apretón de manos a la griega.

Namastis apretó con cautela, pero Sático sonrió al tiempo que asentía.

—Zeus Páter, Sático, ¿tienes que hacerte amigo de todos los mestizos de la ciudad? ¿Tienes la casa llena de gatos callejeros? —preguntó Teodoro.

—Sí —respondió su amigo con una sonrisa—. Bueno, ¿quieres que te enseñe o no?

Namastis regresó con la cabra, un ejemplar saludable con el pelaje marrón, y se puso a trabajar con el cuchillo, descuartizando el primer sacrificio.

—¿Os llevaréis la carne? —preguntó.

Tras mirar a Teodoro, Sático negó con la cabeza.

—No. Quédatela. —Miró de nuevo a su amigo—. El truco está en la mano izquierda, Teo. Los animales saben lo que pasa en el altar. Pueden olerlo, ¿de acuerdo?

—Desde luego —asintió Teodoro—. En el festival de Apolo, tuve que sacrificar un ternero para mi familia. La cagué de mala manera. Mi padre todavía no me habla.

—Los terneros son difíciles —se compadeció Sático—. Y un poco más de fuerza en los brazos no estaría de más. ¿Eres capaz de sostener un escudo?

—¿Qué más da eso? Mi padre tiene gente que lo hace por nosotros.

Sático enarcó una ceja, pero no dijo nada.

—Muy bien. Este es mi truco: paso el dogal por la argolla con la mano derecha. Luego lo cojo con la izquierda y desenvaino con la derecha, todo en un solo movimiento. Y después sólo queda tirar de la soga y cortar.

Tiró de la cabeza de la cabra contra la argolla, pero sólo golpeó levemente al animal con la empuñadura.

—Así es como me lo enseñó mi padre —terció Jenofonte—. Usa siempre tu propia arma. Da más dignidad a la muerte del animal y te sirve de entrenamiento.

—Cualquiera diría que ando por ahí con Aquiles y Patroclo —dijo Teodoro, meneando la cabeza. Dio un paso al frente e hizo ademán de coger el dogal que sujetaba Sátiro, pero éste sacó la soga de la argolla y se alejó arrastrando a la cabra, antes de quitarse el cinto de la espada por la cabeza.

—Pruébate esto. A ver cómo te queda.

Jeno lanzó una mirada a Sátiro mientras Teodoro se ponía el cinto. Era evidente que aquel muchacho nunca había llevado una espada.

Sátiro se acercó por detrás y corrió la empuñadura hasta que quedó debajo del brazo de Teodoro, justo debajo de la axila.

—Desenvaina —indicó. Como seguía llevando la espada corta que había conseguido en la campaña de Gabiene, Teodoro desenvainó sin problemas, pero su amigo le agarró la muñeca—. Gira la vaina hacia arriba, de modo que la empuñadura quede abajo, y entonces tira. ¿Ves? Esto te servirá para cualquier tamaño de espada. —Le soltó la muñeca.

—Te lo tomas tan en serio como mi padre —dijo Teodoro moviendo la cabeza—. Si me pusiera a llevar espada, Dionisio se burlaría de mí.

A Sátiro se le ocurrieron numerosas respuestas, pero Jenofonte se le adelantó:

—Pues llévala sólo los días de fiesta —sugirió—. Practica en privado.

Sátiro miró a sus dos amigos, cayendo en la cuenta de que no siempre pensaban como él.

—O simplemente deja de hacer caso a Dionisio y ya está —apuntó. Viendo sus reacciones, dedujo que, si bien su opinión sobre llevar espada era bien recibida, su punto de vista sobre Dionisio no lo era.

Teodoro desenvainó la espada, inclinando la vaina cada vez con un gesto que al muchacho le pareció teatral, pero que era efectivo.

—¿Listo? —preguntó Sátiro, pasándole el dogal a su amigo.

La cabra se puso a forcejear de inmediato, sirviéndose de las patas traseras. Namastis levantó la vista del carnero que estaba descuartizando. Teodoro arrastró a la cabra escalones arriba y pasó la soga por la argolla con la mano derecha, pero cuando fue a cogerla con la izquierda, resultó que la había aflojado demasiado y la cabra la arrancó de la argolla y huyó.

Jenofonte detuvo al animal a pocos metros del altar. Agarró la soga y se lo devolvió a Teodoro.

—El truco está en el giro de la mano —dijo, sin poder reprimir una sonrisa.

—El truco está en la manera de desenvainar, el truco está en el giro de la mano... necesito más músculo —se lamentó Teodoro—. Esto es como pasar la tarde con mi padre, cuando tiene tiempo para mí.

—Pues no, porque cuando acabemos iremos a casa de Cimon —dijo Sátiro, arrancando una sonrisa a su amigo—. Venga, prueba otra vez.

Sabía por instinto que debía lograr que Teodoro tuviera éxito. Percibió el hedor a pelo quemado procedente de otro altar, y acto seguido un escalofrío le recorrió la espalda al oler a piel de felino mojada... muy cerca. Sátiro miró en derredor, sintiendo la presencia de su dios.

Jeno lo ignoró y pasó el dogal a Teodoro.

—A través de la argolla, paso al frente, tirón, corte —indicó Jenofonte. Se disponía a añadir algo más, algo como «yo tenía seis años cuando aprendí a hacer esto», pero Sátiro le hizo callar con una mirada.

Teodoro titubeó al aproximarse al altar y se las arregló para resbalar en un escalón y soltar la soga. Sátiro dio un salto y su sandalia sonó como una palmada contra el suelo de mármol. Sonrió a Teo, que volvió a coger el dogal. Tuvo que arrastrar a la cabra para subir los tres escalones del altar, pero tenía los ojos puestos en sus amigos.

—Mira siempre al animal —le recomendó Sátiro—. Empieza a concentrarte en el punto donde vas a hacer el tajo y piensa en tu plegaria. ¡Creo que hoy deberías rezar para hacer un buen sacrificio!

Namastis observaba con los ojos entornados.

Teodoro pasó la cuerda de cáñamo de la mano derecha a la izquierda. Demasiado deprisa, tiró del dogal y la cabra se cayó —la fortuna de los dioses—, de forma que la cabeza quedó pegada a la argolla. Teodoro desenvainó la espada, haciéndose un corte en la oreja, y asestó el golpe, quizá con excesiva fuerza pero con bastante puntería. La sangre manó a chorros, alcanzándole las piernas y los pliegues inferiores del quitón.

—¡Lo he hecho! —exclamó sin fijarse en que estaba empapado en sangre caliente, que también le chorreaba por el rostro, de la herida en la oreja.

Sátiro estaba preparado para fulminar a Jeno con la mirada si se burlaba de él, pero el hijo de Coeno sonrió y felicitó a su amigo.

—Sí, lo has hecho muy bien —convino Sátiro.

—Me muero de ganas de contárselo a mi padre —dijo Teo—. ¡Gracias! Voy a hacer otro.

—¿Namastis? —llamó Sátiro.

—Sólo me queda un cabrito —respondió el sacerdote, con un curioso brillo en los ojos.

—Habrás que conformarse —dijo Teo con cierto alivio.

Sátiro sonrió discretamente a Namastis al comprender la sagacidad de éste.

Teo sacrificó al segundo animal mucho mejor, y no necesitó la mano del dios para que el cabrito subiera los peldaños. Esta vez se apartó a tiempo del chorro de sangre.

—Sois los mejores —proclamó Teodoro—. Namastis, ¿verdad? Le hablaré de ti a

mi padre.

—¿Cuántos animales tenéis intención de matar, paganos? —preguntó Abraham desde el pie de la escalinata.

—¿Tú crees de verdad? —inquirió el sacerdote, acercándose a Sático—. ¿Rezas de verdad cuando asestas el golpe?

—Así es —asintió el muchacho. Se hizo a un lado para que el sacerdote medio egipcio no pudiera ver a sus amigos—. Soy un devoto de Heracles. Lo siento a mi lado. Lo he visto en sueños.

Namastis sonrió como el dios hiena egipcio.

—Me llenas el corazón de alegría, Sático —dijo muy serio—. A veces pienso que todos los griegos son ateos, o unos estúpidos farsantes.

—Pero tú también eres griego —observó el chico.

—Demasiado adulator para ser griego del todo —replicó no sin amargura, aludiendo al anterior comentario de Teodoro.

—Lamento que lo oyeras —se disculpó Sático. Le tendió la mano al sacerdote, que se la estrechó—. Aprieta —le indicó.

Namastis hizo un débil amago de estrujarla y el joven suspiró.

—Eso está mejor.

Teodoro se lavó en la fuente pública y se las compuso para que tres transeúntes supieran que había hecho un sacrificio en el templo. Luego envió a su esclavo a buscar un quitón limpio y otra clámide.

—¡Asegúrate de que mi madre vea la sangre! —gritó, desnudo en plena calle—. ¡Del sacrificio! —agregó. Se volvió hacia los otros tres—. ¿Es correcto ir directamente del templo a casa de Cimon? —preguntó, repentinamente inspirado por la religión.

—¿Por qué iba a estar mal? —adujo Sático—. Poseidón no desdeña el vino ni la buena compañía.

—Debería irme a casa —dijo Jenofonte, que se había rezagado un tanto y sonreía con timidez.

Sático sabía cuál era el problema, de modo que no comentó nada, pero Teodoro meneó la cabeza.

—¿Para qué? ¿Vas a dormir la siesta? —Para ser un joven que momentos antes se preocupaba por la impiedad, de pronto se mostró lascivo—. Puedes dormir la siesta en casa de Cimon... ¡con unos almohadones mucho mejores en tu diván!

Jenofonte se puso colorado pese a estar moreno.

—No me lo puedo permitir —masculló.

Coeno lo había perdido todo cuando los sármatas y los hombres de Panticapea conquistaron el reino de Tanais. Había sufrido una herida grave para unirse a sus amigos y ahora servía como filarco en los *hippeis* de Diodoro. Pero ya no era un

hombre rico.

—Invito yo, Jenó —ofreció Teodoro—. Es lo menos que puedo hacer. Escuchad —dijo, y rodeó con los brazos a los otros dos muchachos y dio un beso en la mejilla a Abraham a modo de disculpa—. Escuchad. ¿Me enseñaríais a luchar? ¿Pancracio? ¿Y manejo de la espada?

—Tu padre puede contratar al mejor entrenador de pancracio de la ciudad —alegó Sático.

—No, Terón es tuyo. Además, si se lo pido a mi padre, querrá ver cómo lo hago. —Teodoro meneó la cabeza—. Es difícil de explicar.

—Claro —dijo Jenofonte—. Te haré sudar tinta, Teo.

El aludido se entusiasmó.

—Escucha... Si me enseñas lo que hace falta para ser un héroe, me encargaré de que bebas y folles como un caballero. ¿Trato hecho?

Jenofonte miró a Sático, que se encogió de hombros y asintió. Era un trato bastante justo. Jenofonte era muy ducho en todas las disciplinas de combate, mejor espadachín que Sático, y ya le habían echado el ojo para que participara en los Juegos Olímpicos como púgil.

—Trato hecho —dijo Jenofonte—. ¿También tengo control sobre tu dieta?

Melita estaba sentada a la sombra de la acacia más grande de la ciudad. La sacerdotisa tenía unos años menos que el árbol, pero no muchos.

—Hathor no necesita que le rinda culto una muchacha griega —dijo.

Melita juntó las manos e hizo una reverencia en silencio.

—Sólo vengo en busca de sabiduría —respondió.

La sacerdotisa asintió y miró a Filocles, que aguardaba callado, cubierto sólo por una clámide. Las mujeres egipcias que acudían a rezar por amor o por hijos lo miraban. La desnudez de los hombres griegos siempre asombraba a las nativas de aquella tierra antigua. Una joven matrona, probablemente menor que Melita, rio disimuladamente y dio un codazo a su amiga, observando al espartano, que no reaccionó en modo alguno.

Lo que hizo fue suspirar y abrir el monedero. Sacó unas monedas de plata y se las ofreció a la sacerdotisa.

—Naturalmente, a cambio del debido respeto, Hathor enseñará a toda mujer que acuda a ella —dijo la sacerdotisa—. ¿Eres virgen?

—No —respondió Melita, mirando de reojo a su preceptor.

—Bien —respondió la sacerdotisa con una sonrisa—. Las griegas son unas mojigatas.

Filocles se sonrojó levemente.

Una vez que se hubieron marchado, el espartano fue a recoger su bastón de donde

lo había dejado apoyado contra la pared del templo y la fulminó con la mirada.

—¿No eres virgen? —preguntó.

Melita se encogió de hombros.

—Ninguna mujer puede rendir culto a Hathor si es virgen —explicó—. Me lo contaron mis sirvientas.

—¿Y por eso te acostaste con un esclavo? Podrías estar embarazada. Nunca te casarás. —Filocles arrastraba las palabras, balanceándose un poco al caminar; estaba borracho y ahora, además, enojado—. Deshonras...

—Oh, Filocles —lo interrumpió Melita—. Por el amor de todos los dioses, cállate ya. ¿Cuándo he tenido ocasión de meter a un hombre en mi cama? He mentido. ¿Cómo crees que podría enterarse esa vieja sacerdotisa? ¿Me meterá un dedo entre las piernas, eh?

—No seas grosera —la amonestó Filocles, aunque su alivio era patente.

—¡No soy una chica griega! ¡Soy sakje, incluso aquí, en el desierto; me acostaré con quien me venga en gana y ni tú ni mi hermano me lo vais a discutir!

Iba a proseguir aludiendo a la edad que tenía su madre cuando copuló por primera vez, pero se mordió la lengua. Filocles era peligroso cuando estaba bebido.

—¿A cuántos sacerdotes tendré que pagar para que explores las distintas divinidades, niña? —preguntó el preceptor.

—¿No fuiste tú quien propuso que estudiara todas las religiones del Delta? —replicó Melita.

Sus sandalias con suela de corcho comenzaban a quedarle pequeñas. De hecho, todo su atuendo era demasiado pequeño. Sus quitones rayaban en lo escandaloso; tenía las piernas demasiado largas y resultaba tan obvio que era una chica que era precisa una gran conspiración por parte de su tío Diodoro, su tío Coeno y su hermano para que tuviera ocasión de montar en privado, lo cual le parecía injusto. Visitaba los templos porque era un pasatiempo lícito para las mujeres y, además, le permitía salir a la calle, pasear, sentir el calor del sol y la impertinente compañía de las moscas. Aquel día habían caminado veinte estadios hasta el viejo templo de Hathor, y ahora desandarían lo andado para regresar a la ciudad.

—No te enfades, Filocles —dijo Melita.

El espartano caminaba a su lado, entre efluvios de vino y ajo.

—¡Es aburrido! ¡Tengo cerebro! ¡Tengo cuerpo! Daría cualquier cosa por ser un chico y pasar una tarde en casa de Cimon bebiendo y enterándome de los chismes mientras me hacen una buena mamada.

—¡Melita! —protestó Filocles.

—¡No es justo! Sátiro lo tiene todo.

Avivó el paso, y se enjugó una lágrima.

—Te dieron demasiada libertad cuando eras pequeña —dijo Filocles.

—¡Paparruchas! ¡Y pensar que digo a las demás chicas que eres el hombre más inteligente de Alejandría! Paparruchas, Filocles. ¡Déjame regresar al mar de hierba! Los sakje ni siquiera tienen una palabra que signifique «virgen». En cambio tienen veinte términos para referirse al acto de fumar cannabis, cosa que me has prohibido.

La consumía la impaciencia.

—Sólo los esclavos fuman cannabis —declaró Filocles mirando al frente—. Es indecoroso.

—Los esclavos también beben un montón de vino. —Se detuvo y se enfrentó a él en medio del camino. Una carreta de dos ruedas cargada de arroz del Delta pasó dando tumbos y faltó poco para que le golpeará el codo—. Pásame tu odre. Beberé tanto como tú, no más.

Filocles negó con la cabeza.

—Ya hemos tenido antes esta conversación. Y estás llamando mucho la atención.

—Hombres —dijo Melita a los cientos de transeúntes entre bufidos de indignación. Acto seguido se volvió y siguió caminando.

—¿Estás lo bastante serena para que te dé una noticia? —preguntó el espartano al cabo de un rato.

—Sí —respondió Melita, que había recuperado el buen humor al ver a un grupo de acróbatas egipcios que actuaba delante de una cervecería.

—Tu tío León llega a casa esta noche.

—Me lo ha contado Calisto esta mañana, en cuanto me he despertado. Tendrás que buscar algo mejor.

—Esa chica tiene... fuentes de información. —Filocles sonrió.

—Es capaz de sacar agua de las piedras, te lo aseguro —asintió la joven con suma satisfacción.

—Tu tío ha remontado la costa del Euxino para ver cómo están las cosas por allí. Se dice que Herón está perdiendo poder sobre Panticapea y que Ataelo ha hecho grandes progresos en el este. —Sonrió a su pupila—. Ataelo ha pasado años hostigando a los sármatas y asaltando a Herón. Si todavía hay resistencia contra la usurpación de Herón es porque Ataelo la mantiene viva. Todos estamos en deuda con él. —Calló un momento, y al cabo dijo—: Y León trae a Amastris desde Heráclea.

—¡Oh! —Melita juntó las manos—. ¿Seguirá enamorada de mi hermano?

—¿Amastris de Heráclea está enamorada de tu hermano? —se sobresaltó Filocles.

—Vaya —dijo ella, acongojada—. No tendría que haberlo mencionado. ¡Espera un momento! ¡Eso significa que vamos a regresar! —dijo Melita, y volvió a juntar las manos, dando una palmada—. ¿Se acabó Alejandría? ¿Volvemos a Tanais?

Filocles miró en torno a ellos.

—Esto no deberías gritarlo en una vía pública, niña; pero no voy a dejar que

cometas un error que te destruya la vida por ignorar lo que se está cocinando. León, Diodoro y yo... creemos que se acerca el momento en que valdrá la pena intentarlo.

Melita dio una palmada más, se puso de puntillas y besó al espartano.

—Sabía que eras el mejor. ¡Necesitaré una armadura! —Se señaló los senos—. Mi viejo coselete no me cubrirá ni el pecho.

—No consigo imaginar lo difícil que debe de ser luchar con esas cosas —dijo Filocles, señalando los pechos de Melita con un vago ademán—. Pero lo haces bastante bien.

Filocles seguía dándole lecciones en privado, igual que su hermano. Terón había vuelto a ceñirse al código griego: las chicas no tenían por qué practicar el pancracio.

—Ojalá nos atacara alguien —dijo Melita, mirando en derredor—. Una chica guapa como yo y un anciano como tú... ¿Por qué no nos ve como presas fáciles esta gente?

Filocles puso los ojos en blanco.

—¡Qué lástima lo de Olimpia y sus asesinos! —prosiguió la joven con una sonrisa—. ¡Ellos sí que nos habrían atacado!

Filocles negó con la cabeza.

—Nos perdió en el desierto. Y ahora está muerta.

—¡Adiós y hasta nunca! —dijo Melita meneando la cabeza—. Una menos contra quien cumplir el juramento. O tal vez debería decir que Artemisa la pilló antes que yo.

—Olimpia tenía tantos enemigos que los dioses no necesitaban ningún instrumento para liquidarla. —Filocles se encogió de hombros—. ¿Ya sientes nostalgia de los soberbios días de tus doce años y medio? —preguntó.

—Entonces hacía cosas —contestó Melita—. Ahora me paso el día tumbada viendo cómo me crecen los pechos.

—Escucha, cariño —dijo el espartano, cediendo un tanto—. Cuando tu tío León esté en casa ya te enterarás. Pero si Antígono hace su campaña de verano en Macedonia, contrataremos a dos mil soldados de infantería y zarparemos rumbo a Tanais.

Melita se arrimó a él y lo miró de hito en hito pese a que Filocles le sacaba una cabeza.

—Prométeme por todos los dioses que voy a ir —pidió.

—Vas a ir —dijo Filocles, sosteniéndole la mirada sin pestañear.

Melita le echó los brazos al cuello en medio de la calle. Varias cabezas se volvieron y el preceptor se sonrojó.

—¿Puedo decírselo a Sático? —preguntó Melita.

—Mejor esperar. León estará en casa esta noche. —Filocles echó a caminar otra vez—. Tu hermano tiene algunos amigos que no me gustan.

—¿Cuáles? —saltó Melita en defensa de su gemelo—. No lo dirás por Jenofonte.

—Ni mucho menos, cariño. No, y tampoco por Abraham, por más que su padre sea zelota. Pero el padre de Teodoro vendería a su madre por dinero o prestigio social, y ese Dionisio... —Filocles se mordió la lengua.

Melita daba otro uso a Dionisio, quien, pese a sus aires afectados, tenía un cuerpo hermoso que rara vez ocultaba y un malicioso sentido del humor.

—Dionisio ha escrito un poema sobre mis pechos —comentó Melita.

—Ya lo sé. —Filocles apretó el paso—. Igual que todos los hombres de la ciudad. Melita sacó la lengua.

—¿Y qué? Aquí están. Todo el mundo puede verlos. —Se puso a brincar, como si no llevara recorridos cuarenta estadios—. ¿Y qué hay de ese chico tan guapo, Heracles? —La mera mención de su nombre le hizo sentir un hormigueo—. Si mi hermano puede tener a Amastris, a lo mejor yo podría tener a Heracles.

—Cariño, Banugul es la última mujer de la tierra a la que querrías tener como suegra. Lo único que desea es convertir a su hijo en Rey de Reyes. —Filocles se detuvo para sacarse un guijarro de la sandalia—. ¿Tengo que recordarte que se encuentran con Antígono? Seguro que Banugul está muy atareada conspirando.

—Y sin embargo la salvaste, maestro Filocles —dijo Melita, quien de pronto cesó el paso saltarín y lo miró, expectante.

—No la salvé yo solo, querida. Y si lo hice, igual que tú, fue porque los dioses nos lo dijeron. ¿Cierto? —preguntó, alzando un ceja.

—Sí.

Cuando Filocles estaba de humor para dar lecciones a Sátiro, le gustaba decir que los griegos estaban acostumbrados a la colonización y la cleruquía, pues eran rápidos en construir los nuevos asentamientos. Atenas había levantado fuertes en todas partes cuando era la reina de los mares, y Mileto había diseminado colonias tal como un libertino diseminaba bastardos. Los griegos llegaban a un lugar, construían un par de templos, edificaban unas cuantas casas con la celeridad y, regularidad de un campamento en plena campaña y antes de que el arquitecto tuviera ocasión de decir «mármol de Paros», ya había una nueva ciudad. O eso decía el espartano.

Pero Alejandría representaba la fundación de una ciudad a una escala sin precedentes, como si alguien hubiese querido crear una nueva Atenas o una nueva Corinto. Había quien decía que era fruto de la voluntad del rey-dios Alejandro, y otros aseguraban que era un logro de la concienzuda administración de Tolomeo y de los quince mil talentos de plata que sacaba del tesoro egipcio cada año. Los filósofos —y no había escasez de ellos— se reunían en el ágora o a la sombra de la nueva biblioteca, a la sazón un mero montón de manuscritos y algunos jardines, y debatían las virtudes y los vicios de mezclar religiones y razas, del comercio, de la realeza.

Pero una ciudad nueva carece de tradiciones y la ausencia de éstas a menudo genera nuevos hábitos. En Atenas o Corinto, los hombres de las clases más altas jamás bebían vino en establecimientos públicos. Trabajaban desde sus hogares, celebraban reuniones de trabajo en sus domicilios, daban fiestas —ya fueran desenfrenadas o decorosas— en sus casas. La virtud y el vicio se practicaban en los confines del hogar. Sátiro lo había vivido de primera mano, pues había visitado Atenas repetidas veces hasta que Demetrio de Falero se convirtió en el tirano de facto de Atenas y el hijo de Kineas pasó a ser una de las víctimas de su régimen. En esa ciudad, donde Sátiro poseía una casa, podría dar una fiesta o asistir a una celebración, pero si fuese visto comprando vino o flautistas para su uso exclusivo, sería objeto de mofa. Y la idea de ir a una taberna bastaría para tacharlo de *thetes*, un liberto de clase baja, y no un caballero.

Filocles teorizaba que en Atenas la voluntad del pueblo en la asamblea —incluso bajo el tirano— tenía el efecto de minimizar la exhibición de la riqueza individual. Si alardeabas de tener mucho, la gente votaba que debías organizar costosas recepciones o sufragar un trirreme o cualquier otra actividad igualmente ruinosa.

Alejandría tenía un rey, no una asamblea, pese al hecho de que Tolomeo todavía no había asumido el título ni los honores formales de un rey. Los mil hombres más ricos de la ciudad competían en demostrar el alcance de su riqueza y el esplendor de su vida. Muchos lo hacían a la antigua usanza ateniense, levantando monumentos, incluso sufragando un trirreme al servicio del rey Tolomeo. El tío León era uno de ellos: corría con los gastos de una escuadra y había puesto los cimientos del templo de Poseidón. Siempre estaba en el servicio público.

Otros hombres, en cambio, usaban su dinero de manera diferente, manteniendo a hermosas amantes, dando fiestas magníficas a una escala desconocida en Atenas, vistiendo con sedas traídas por tierra desde Serica, a cien mil estadios de distancia, o con las mejores lanas de Bactria, teñidas con los más intrincados colores de Tiro y Asia.

Filocles desdeñaba todo ese exhibicionismo y con frecuencia hablaba en su contra, diciendo que el resultado eran lugares como la casa de Cimon, porque si los hombres tenían prendas de ropa que costaban veinte talentos de plata, necesitaban un sitio donde poder lucirlas, y esa clase de hombre que se gastaba veinte talentos en un quitón no solía mantener la perfección de su cuerpo en el gimnasio ni la de su mente en el ágora.

Filocles decía que en Esparta o Atenas, ciudades que a menudo presentaban contrastes pero que según él tenían más en común entre ellas que con Alejandría, un hombre iba al gimnasio y al ágora para demostrar que su cuerpo estaba preparado para servir al estado en la guerra y su mente dispuesta para hacerlo en la paz. Sátiro, que disfrutaba cuando Filocles hablaba de ese modo, era capaz de citar largos pasajes

del discurso del espartano, y con frecuencia pensaba en sus palabras mientras paseaba.

Incluso cuando paseaba hacia casa de Cimon.

El establecimiento se hallaba en una hilera de mansiones construidas apresuradamente cuyos jardines traseros daban al mar. El leve promontorio donde se encontraban permitía a sus dueños disfrutar de la brisa cuando ésta había dejado de soplar en el resto de la ciudad, y las casas se habían edificado durante el primer florecimiento de la ciudad, en la década que siguió a su fundación.

Pero las modas cambian. Cuando Tolomeo comenzó a construir el complejo del palacio real, el sector occidental de la ciudad perdió su elegancia, pasando a albergar almacenes y residencias de obreros. Unos pocos macedonios ricos decidieron quedarse, pero la mayoría se mudó, aunque sólo fuese para estar cerca de la sede del poder. Muchos de ellos nunca llegaron a terminar sus casas, y algunos ni siquiera habían ajardinado sus parcelas ni plantado árboles, de modo que el vecindario presentaba un aspecto ruinoso, como si un ejército conquistador lo hubiese arrasado, arrancando todas las moreras.

Pero la casa de Cimon era una isla de verdor. El primer propietario había creado un hermoso jardín, importando plantas del interior de África y de los confines del mar. Cuando falleció y el esclavo público Cimon adquirió la propiedad, éste compró también a los jardineros que lo cuidaban. En el interior, el antiguo dueño había dispuesto que pintores expertos representaran escenas de la *Ilíada* y la *Odisea*, de las conquistas de Alejandro y de los mitos de los dioses en bajorrelieves de yeso, de modo que un cliente aburrido podía tener la sensación de estar contemplando el sitio de Troya o, en algunas estancias, el rapto de Helena.

Sátiro comprendía las razones filosóficas por las que la casa de Cimon era perniciosa para él y para la ciudad, pero el lugar le encantaba; las serenas recámaras verdes, el mordaz alborozo de las *pornái* y las flautistas, los acróbatas, el atún a la parrilla y el arte, los chismes y las peleas.

—¿Qué puedo ofrecer al héroe del momento? —preguntó Trasilio, el antiguo esclavo que trabajaba como mayordomo de la casa. Siempre podías juzgar tu estatus en un instante con Trasilio, pues el empalagoso frigio parecía estar al tanto con todo detalle de los chismes de la ciudad—. ¿Tolomeo te ha dado la mano? ¿Y has hecho un sacrificio por tu tío? Qué maravillosa devoción, joven amo. ¿Vino?

Una copa espartana apareció en la mano de Sátiro —otras fueron para Abraham, Jenó y Teo— y les sirvieron vino de una jarra de plata mientras se sentaban en el vestíbulo. Dos chiquillos, un niño y una niña, a todas luces gemelos, les lavaron los pies.

—¿No son adorables? —dijo Trasilio—. Los he comprado hoy.

La niña le lavaba las manos. Su rostro mantenía una expresión muy seria y sacaba

la punta de la lengua entre los dientes.

—Sí —contestó Sático, con la habitual desazón que le causaban los esclavos.

—¿*Kliné*? —preguntó Trasilio, refiriéndose a los largos divanes sobre los que los griegos acaudalados se reclinaban para comer y beber—. Tengo abierto el jardín que da al mar, joven amo.

Sático asintió, y su grupo fue conducido a través de dos salones donde docenas de hombres jóvenes, y algunos no tan jóvenes, tonteaban entre ellos y con las numerosas acompañantes que proporcionaba la casa.

—¿Podrías avisar a Fiale, Trasilio? —preguntó Sático.

Fiale era una auténtica hetaira, una mujer libre que a veces ofrecía su compañía a los hombres. Además de su belleza, un particular atractivo que en nada se parecía a de las *hetairai* corrientes, tocaba la cítara y cantaba, a menudo componiendo canciones burlonas para tomar el pelo a sus clientes.

Un año atrás la mujer había consentido en poner fin a la virginidad de Sático. El joven sospechaba que su tío le había pagado por el servicio, pues era muy selectiva con su clientela, y desde entonces siempre lo había tratado con afecto y cierta reserva; como si fuese una prima lejana, había bromeado Sático con Abraham.

—Veré si está disponible —dijo Trasilio con una reverencia—. Esta tarde se encuentra aquí.

—Es demasiado para nosotros, ¿no os parece? —preguntó Abraham entre risas.

Jeno sonrió abiertamente. Le gustaba Fiale, y no lo incomodaba como las *pornái* y las flautistas, un rasgo de su amigo que Sático entendía perfectamente.

Teo, por su parte, hizo un mohín.

—Quiero que una flautista me toque la flauta —dijo—. Fiale las espanta a todas.

Sático dejó que un chico le quitara las sandalias y la clámide y se recostó, arreglándose el quitón tan bien como pudo. No amaba a Fiale, al fin y al cabo era una hetaira, pero tampoco quería defraudarla. O quizás en realidad deseaba impresionarla. Suspiró y volvió a alisarse el quitón.

Vio la ceja enarcada de Abraham y se echó a reír.

—Cómo sois los griegos —dijo éste—. ¡Tiene edad suficiente para ser tu madre!

—¡Te he oído, samaritano! —exclamó Fiale. Estaba riendo, y dio una palmada en el hombro a Abraham al sentarse en el borde de su *kliné*.

—No soy samaritano... —comenzó el muchacho, y entonces echó la cabeza para atrás y rompió a reír—. ¡Eres la maravilla de la ciudad, señora mía! ¡Incluso sabes tomarle el pelo a un judío!

—Puedo hacer más que tomarle el pelo —dijo Fiale, inclinándose encima de él, entre seductora y amenazante—. ¡Puedo coquetear con él!

Abraham fingió pánico y terror.

—¡Aaah! ¡Aaah! —gritó, a todas luces deleitándose con las atenciones de la

hetaira.

Los otros jóvenes rieron.

—¡Coquetea conmigo! —suplicó Teodoro.

—¡No, no! Sois unos chicos muy malos. Estoy con otro grupo y sólo he venido a saludar al héroe. ¿Has hecho tres asaltos con Terón y habéis terminado en empate? Tiene que haber sido todo un espectáculo, Sátiro.

El modo en que pronunciaba su nombre hacía que se sintiera mayor, más fuerte y más guapo.

—Los de mi grupo están maldiciendo por haberse perdido el combate. Uno de ellos, un extranjero, ha preguntado si por casualidad eras del norte... del Euxino. Le he dicho que creía que era de Atenas. Ay de mí, Sátiro, he descubierto que apenas sé nada sobre ti —dijo Fiale. Le puso una mano en el rostro, un gesto personal, íntimo y afectuoso—. ¿Y tu tío llega a casa esta noche? —preguntó.

—Hemos hecho un sacrificio por él —intervino Teo.

Sátiro torció el gesto ante el engreimiento adolescente de su amigo.

—Hemos divisado sus barcos desde el templo y lo hemos visto a él de pie junto al timonel del *Loto Dorado*.

Era la primera vez que Fiale le había hecho una pregunta directa, y su actitud resultaba un poco... extraña.

—Le enviaré una cesta de flores con una nota para Nihmu —dijo Fiale. Muchas esposas se ofenderían si recibieran una cesta de flores de una hetaira, pero Nihmu era diferente.

Fiale estiró sus largas piernas, torciendo los dedos de los pies, y de pronto se levantó de un salto como una acróbata.

—No puedo quedarme más tiempo.

Sátiro tuvo la osadía de apoyarle una mano en el costado, no de manera posesiva: sin retenerla pero sin vacilación.

—¿Podrás volver y cantar para nosotros?

Fiale hizo una reverencia como un actor.

—Es posible —dijo—. A no ser que me encuentre con una docena de flautistas tocando vuestros instrumentos. —Le guiñó el ojo a Teodoro, que se ruborizó.

Se retiró, atrayendo todas las miradas del jardín, y fue reemplazada por un par de risueñas sirvientas.

—Ahora seremos invisibles —dijo la mayor, una egipcia de pelo moreno y pechos grandes con la cara prácticamente redonda—. Nadie se fija en una camarera después de estar en compañía de Fiale.

—Por no hablar de las propinas —dijo la más joven, una sílfide chipriota que parecía una nereida—. ¿Cómo va a comprar su libertad una chica? —preguntó retóricamente, chupándose la punta de un dedo—. ¿Alguien quiere vino?

Los chicos rieron, se dieron palmadas, bebieron vino y se comieron con los ojos a las chicas mientras un grupo de acróbatas hacía piruetas, un par de africanos ejecutaban una danza guerrera que impresionó a Sático y una chica de tez aceitunada bailaba sola con una lanza de tal modo que hizo que todos los muchachos pensarán en las pérgolas de la parte trasera del jardín.

Teodoro guiñó el ojo a sus compañeros.

—No quisiera ofender la delicada sensibilidad de Fiale —dijo—, de modo que voy a que me aceiten el pabito en privado.

Jeno se sonrojó, pero Abraham se rio.

—¿Te ha gustado? —dijo Teo, deteniéndose—. ¿En serio? Se lo oí decir a uno de los esclavos de mi padre.

—No es tan estúpida como algunas frases que se oyen por ahí —dijo Abraham—. Anda, ¡ve a buscar a tu comedora de salchichas!

Teo casi se asfixió de risa y se fue corriendo.

Un grupo de hombres de mediana edad se acercó a felicitar a Sático. El muchacho los conocía a todos: eran oficiales al servicio de Diodoro. Panion, un comandante de *taxeis* y un valor en alza, paseó los ojos por el cuerpo de Sático de tal manera que el muchacho se incomodó.

—Ven un día de éstos a ver la instrucción de los Compañeros de Infantería —lo invitó el comandante—. Tengo entendido que don Tolomeo se ha fijado en ti.

Sático notó que se estaba ruborizando. Panion era el líder de la facción macedonia, los hombres que pensaban que a los meros griegos y judíos había que mantenerlos en su sitio. Pero nunca había ocultado su admiración por Sático.

El muchacho les dio las gracias educadamente. Como era más joven, se levantó y los acompañó a sus divanes antes de regresar al suyo, ruborizado por las alabanzas y las obvias insinuaciones de Panion. Los macedonios no coqueteaban: era un dicho de los flautistas que tenía mucho de cierto.

Aparecieron unos esclavos que limpiaron su *kliné*, cepillando las migas de pan y restos de queso.

—Debería irme a casa —comentó Sático.

—No hasta que haya cantado para ti —dijo Fiale, que apareció de repente y se dejó caer en su diván.

El joven se animó de inmediato.

—Creía que estabas... ocupada.

—Mira que eres tonto, chico —dijo ella, tocándole la cara otra vez—. En realidad ya no eres un chico, ¿verdad, Sático?

La mano de Fiale le acarició el brazo, recorriendo con el pulgar las líneas de sus músculos, y Sático sintió un cosquilleo en la entrepierna.

—Más o menos —admitió Sático.

Los ojos de Fiale eran grandes como copas y sus labios tenían minúsculas arrugas de un color tan vivo que parecía marrón. Sus pezones eran iguales, los recordaba muy bien.

Vívidamente.

—¿Puedo cantar una canción mía? —preguntó.

Los tres muchachos asintieron al unísono.

Fiale se levantó, se puso de cara a ellos y empezó a cantar sin más dilación ni preparativos. Extendió los brazos mientras entonaba una canción sencilla y sin acompañamiento sobre una chica cuyo amor se había ido a Troya y a quien quería seguir o morir.

Cuando hubo terminado, se quedaron callados un momento. Todo el jardín estaba en silencio, y de pronto los ocupantes de los divanes comenzaron a aplaudir, y algunos incluso se pusieron de pie.

—Para nosotros no has cantado —observó un joven. No parecía enojado, sólo aburrido—. ¿Tendría que haber pagado más?

Sátiro lo conocía, como todos los demás. Gorgias era el hombre rico más joven de la ciudad, dado que era dueño de su fortuna; al morir su padre y su tío se había encontrado con unas riquezas incalculables y sin la supervisión de un adulto. Filocles lo usaba como ejemplo de vida disoluta porque tendía a engordar y desdeñaba la filosofía. Sus amigos eran siempre hombres mayores a los que utilizaba o por quienes era utilizado.

Lo acompañaban un soldado, un hombre corpulento con una línea roja que le recorría el costado del cuerpo desde el rostro hasta la rodilla derecha, y otro a quien Sátiro no acababa de ver a través del gentío, un hombre más bajo de unos cuarenta años.

—Yo habría pagado por algo más que una canción —dijo la voz de un bárbaro con acento ateniense. El hombretón dedicó una sonrisa sardónica a Fiale—. No soy de los que cuentan cada óbolo. —Se rio—. Cuando un hombre es tan viejo como yo, sabe apreciar una buena canción. Y a una cantante.

Desde su diván, Sátiro no veía más allá de las caderas de Fiale, pero aun así se dio cuenta de que estaba enfadada por la postura de su espalda.

—En Alejandría no comentamos el precio que cobra una hetaira —dijo Fiale—. Si tienes que discutirlo es que no puedes permitírtela. —Sonrió con dureza a los hombres—. Pero le debía una canción a mi amigo por sus proezas, y yo siempre pago mis deudas. Pues como sin duda entendéis, soy una mujer libre y elijo a mis clientes.

Rio a la ligera, pero Sátiro pensó que estaba nerviosa. De hecho, nunca la había visto así. Acto seguido Fiale dio unas palmadas, la señal que hacían las chicas cuando necesitaban que la casa interviniera.

El corpulento extranjero frunció el ceño, a todas luces ofendido.

—A todas las prostitutas les gusta que las llamen *hetairai*, pero la única diferencia es el precio —dijo en un tono de desprecio propio del que estaba acostumbrado a salirse con la suya y a quien no le gustaba que una mera mujer se burlara de él en público—. Las dos son iguales cuando me chupan la polla —agregó, y varios hombres que tenía cerca rieron.

Sátiro balanceó las piernas para levantarse por el otro lado del diván y aprovechó el movimiento para recuperar la espada que colgaba de un gancho. Ahora distinguía al hombre más bajo. Sólo lo había visto en un par de ocasiones, pero lo reconoció enseguida. Era el ateniense. Estratocles.

—Ésta no es tu pelea, chico —dijo el extranjero corpulento, apoyando una mano en el pecho de Sátiro—. Sólo es una con ínfulas que necesita...

—¡Cuidado! —gritó Estratocles.

Su atención había estado dividida entre Fiale y Jenofonte, y no había visto a Sátiro salir de detrás de las caderas de la hetaira. En ese momento se fijó en él.

Sátiro apoyó una mano en el hombro del mercenario, amablemente, como si se dispusiera a reprenderlo. Una de las lecciones de Terón sobre la lucha era que, cuando tu vida pendía de un hilo, no había reglas ni modales que valieran, como tampoco era preciso anunciar tus intenciones, y las aventuras que había corrido Sátiro a los doce años le habían convencido de que los asertos del corintio eran ciertos. De modo que no se colocó en posición ni gritó ni se desentumeció como un joven. Invirtió el sentido de su agarre y derribó al hombre de la cicatriz al mismo tiempo que le retorció el brazo, haciéndole aullar de dolor.

Durante la acción, el cuerpo respondió obedeciendo a la rutina de la palestra, y la mente de Sátiro se disparó como la de un filósofo autómatas. «Estratocles —pensó—. ¿Qué demonios está haciendo en Alejandría?» El *daimon* del combate inundaba la mente de Sátiro, que se obligó a concentrarse en la fuerza del extranjero. Éste había agarrado el brazo de Sátiro, y el muchacho calculó que era tan fuerte que hizo una pausa para darle una patada en la cabeza con todo el impulso de su cuerpo. Eso lo dejó fuera de combate. Entonces Sátiro desenvainó la espada.

A Estratocles, por una vez en la vida, lo habían pillado desprevenido. El ateniense saltó hacia atrás, tratando de quitarse la clámide de encima de los hombros y sacando una espada de debajo del brazo.

—Has crecido un poco, ¿verdad? —dijo—. No te había reconocido. ¿Piensas matarme a sangre fría? —preguntó, retrocediendo.

Sátiro pasó por encima del soldado abatido, impertérrito.

—¡Llamad a la guardia! —gritó a los clientes—. ¡Es un asesino!

Trasilio se aproximaba desde lejos con dos esclavos forzudos, pero llegaría demasiado tarde para salvar a Estratocles. El joven comenzó con una combinación simple, una finta a la cabeza.

—¡Sátiro, para! —dijo Fiale de súbito, agarrándole el brazo.

El ateniense aprovechó la pausa de su oponente, sujeto por la hetaira, para hacerle un tajo en las piernas. Sátiro, que no tenía posibilidad de retirada, paró el siguiente golpe con torpeza, permitiendo que la espada del ateniense golpeará sus espinillas y las de Fiale. La mujer chilló y cayó al suelo, agarrándose las piernas.

Ya libre de la obstrucción de Fiale, Sátiro saltó para atacar al ateniense. Sus espadas entrechocaron, filo contra filo, y saltaron chispas. Sátiro era más fuerte, pero no más rápido. Casi perdió los dedos en el siguiente encontronazo: una parada en el último momento con el manto le salvó la mano.

El combate con espada sin armadura era como el pancracio con un arma blanca, y Sátiro se enorgullecía de su habilidad en esta disciplina. El muchacho gruñó al tiempo que avanzaba. Estratocles cambió de guardia, levantando ligeramente la mano de la espada, y Sátiro se abalanzó, envolviendo la mano cubierta con el manto en torno a la espada del ateniense con un cuidadoso dominio del tiempo.

Estratocles avanzó a su vez y agarró la espada del joven, que dio un cabezazo a su oponente, golpeándolo bajo el mentón y echándolo para atrás. Al mismo tiempo, el ateniense retrocedió para restar fuerza al golpe y dio un puñetazo que alcanzó el hombro de Sátiro, empujándolo hacia atrás, pero acabó cayéndose.

Sátiro plantó los pies en ambos costados del hombre derribado y le golpeó la cabeza, pero el ateniense no se dio por vencido. Sus espadas chocaron, y Sátiro agarró la de su adversario por la empuñadura; un movimiento peligroso que Terón le había hecho practicar más de mil veces. Arrancó el arma de la mano del ateniense justo cuando Estratocles le propinaba un tremendo izquierdazo, esta vez contra el tobillo, que le hizo trastabillar hacia atrás. El hombre respiraba jadeando, y se apoyó en un diván para ponerse de pie. Entonces Sátiro avanzó para liquidarlo.

—¡Por Apolo! ¡Está desarmado!

Abraham agarró la mano izquierda de su amigo mientras Estratocles levantaba los brazos.

—¡Así es, joven Heracles! —dijo con voz ronca, y volvió a retroceder—. Si me matas estando desarmado, ni siquiera tu maldito tío podrá salvarte.

La sonrisa del ateniense era tan ofensiva que Sátiro se zafó de Abraham y le golpeó la frente con el puño de la espada, derribándolo de un solo golpe, medio asfixiado sobre el suelo embaldosado.

El grito de Fiale, «¡es el embajador ateniense!», detuvo el descenso del filo de la espada hacia el cuello de Estratocles.

Gorgias se hizo a un lado y, lentamente, se desplomó sobre un diván.

—¡Oh, Zeus! —se lamentó—. ¡Todos mis huéspedes están muertos!

—Larguémonos de aquí —dijo Abraham—. Esto ha sido... una temeridad, amigo mío. —Se encogió de hombros—. Pero todo un espectáculo.

Mientras el soldado se estremecía y lloriqueaba en el suelo, Sátiro miró a Fiale, tratando de discernir si aquello había sido... ¿Qué había sido? ¿Un intento de asesinato? Ocurrían a diario, en Alejandría.

Fiale le había sujetado los brazos.

—Intentó matarnos a mi hermana y a mí cuando éramos niños —dijo Sátiro. Sonó como una débil excusa, con dos hombres sangrando en el suelo.

—¿Es el embajador de Atenas! —repitió Fiale—. ¡Ha traído al rey un mensaje de Casandro! ¡Son aliados! ¿Acaso has perdido el juicio?

—Ya lo discutiréis más tarde —dijo Abraham, que seguía agarrando el brazo de Sátiro.

Jenofonte los aguardaba en la entrada con sus clámides. Las peleas eran frecuentes en casa de Cimon, pero los dos extranjeros sangrando en el suelo estaban llamando mucho la atención.

Sátiro se volvió para mirar una vez más a Fiale, que contemplaba a los hombres del suelo y de pronto levantó los ojos.

¿Qué vio en ellos? ¿Confusión? ¿O complicidad?

—Ya tendréis tiempo de discutirlo —insistió Abraham—. Vámonos.

El jardín iba volviendo a la vida —una vida ruidosa y llena de gritos— mientras ellos bajaban los peldaños a toda prisa.

—A correr —apremió Abraham.

—¿De qué estamos huyendo? —preguntó Sátiro.

—No lo sé —dijo el joven judío.

Sátiro entró corriendo por la puerta comercial, dejando atrás a los marineros, hasta llegar al patio.

Tío León estaba junto a la fuente, dando órdenes a una falange de esclavos, sirvientes y criados, y a algunos marineros, que habían llevado sus cargamentos más valiosos desde los almacenes.

Terón sostenía una brazada de colgaduras de seda de Serica y daba la impresión de tener miedo de moverse.

—Acabo de dejar medio muerto al embajador ateniense —dijo Sátiro—. ¡Bienvenido a casa, tío León!

El mercader no era alto, pero tenía unos penetrantes ojos castaños oscuros y su piel morena estaba perfectamente bronceada de un color semejante al del cuero. Parecía un dios de piel oscura, un Apolo maduro.

Abraham, que iba detrás de él, inclinó la cabeza respetuosamente ante uno de los hombres más ricos de la ciudad, y Jenó se mostró avergonzado.

—Me han dicho que has hecho un sacrificio por mi regreso —dijo León, abrazando a Sátiro—. Aunque por lo general no sacrificamos embajadores. —

Entonces reparó en los otros dos muchachos—. ¿Va en serio? —preguntó—. Cada vez que vengo a casa tienes algo extraordinario que anunciar, ¿no es cierto?

—¡Es Estratocles! —respondió Sátiro sin aliento—. ¿Te acuerdas de él? ¿De Heráclea?

—Vaya —dijo León.

—Mierda —masculló Terón, que todavía sostenía la seda—. ¿Lo has matado?

—¿Matar a quién? —preguntó Filocles, abriéndose paso entre la muchedumbre de muchachos que ocupaba la entrada al patio del jardín.

Melita llegó con el espartano e hizo caso omiso del repentino sonrojo que acometió a Jenó cuando ella pasó rozándole la espalda. Sátiro archivó esa escena para considerarla más tarde.

—El nuevo embajador ateniense ante la corte de Tolomeo es nuestra antigua Némesis, Estratocles —dijo León, habiendo captado todo el alcance del problema con su habitual agudeza—. ¿Por qué nadie me lo ha dicho? —preguntó, mirando a Pasion, su factor.

Éste hizo una reverencia.

—Figuraba en los informes de la mañana —respondió tímidamente—. No reparé en la importancia del hecho.

—En fin, el vino ya se ha derramado —dijo Filocles—. ¿Demetrio de Atenas ha permitido que ese bellaco sea su embajador?

—Entabla una demanda contra él —aconsejó León—. Estoy convencido de que podemos llegar a un acuerdo. Es un hombre de negocios.

—Lo haré ahora mismo —asintió Filocles, arrebujiándose en su himatión.

—Exacto. ¡Ve!

A pesar de los tres años que llevaba bebiendo más de la cuenta y de los interminables debates en el ágora, Filocles aún podía moverse deprisa cuando era preciso. Salió por la puerta de la calle antes de que León hubiese decidido el siguiente paso.

—Cuéntanos qué ha sucedido —pidió el comerciante.

Sátiro relató el incidente, titubeando un poco al describir la actuación de Fiale.

—Has vencido a dos hombres —dijo Terón—. Y luego los has dejado vivos.

—¡Gracias a los dioses! —dijo León. Se rascó el mentón y encorvó los hombros—. Matar a un embajador haría imposible cualquier carrera política.

—La muerte es peor —replicó Terón, manteniéndose en sus trece—. Escúchame bien, Sátiro: la próxima vez que tengas a un enemigo bajo el filo de tu *kopis*, usa la hoja para lo que está hecha. Si él muere, tu historia es la única que cuenta ante los tribunales de justicia.

—No me parece un buen consejo para un chico —intervino León—: «Mata a todos tus adversarios.»

—Tienes toda la suerte del mundo —dijo Melita, abrazando a su hermano—. Estaba deseando encontrar asesinos.

—Ten cuidado con lo que deseas —dijo el corintio.

—Esta alianza con Casandro significa mucho para nuestro Tolomeo —dijo León, acariciándose la barba bien recortada—. Creo que lo mejor será que salgas de la ciudad, chaval. Pasion, avisa a Peleo el timonel para que tenga a su tripulación preparada; una noche en los muelles y a bordo al amanecer de mañana. ¡Corre! —Se volvió hacia Terón—. Traigo un montón de noticias para nuestros amigos —dijo—. Intentaré referirlo todo durante la cena.

Uno de los muchos aspectos en que los «tíos» de Sátiro se diferenciaban de los demás hombres era la manera en que vivían. Tanto León como Diodoro eran ricos, y sin embargo habían construido sus casas juntas, tanto que compartían puertas y jardines. Nihmu, la esposa sakje de León, y Safo compartían las dependencias de las mujeres. Terón, Filocles y Coeno vivían en las mismas casas, y el complejo, que cuadruplicaba el tamaño de la mayoría de las mansiones, se gobernaba al estilo militar, con comidas en común y cierta disciplina cuartelaria.

Otro aspecto que los distinguía de los demás propietarios acaudalados era que León, Filocles, Coeno, Sátiro, Diodoro, Terón y las mujeres, Safo, Melita y Nihmu, siempre cenaban juntos con los sirvientes de más rango de León, de un modo que recordaba el sistema de casinos espartano, salvo en que la comida era excelente y las mujeres compartían mesa con los hombres. Estas cenas comunales habían sido una característica de la vida en Tanais antes de su caída, y León había transferido la costumbre a Alejandría. Diodoro solía traer a algunos de sus oficiales —Eumenes casi siempre cenaba con ellos, igual que Crax— y León invitaba a sus timoneles más veteranos, a amigos con los que hacía negocios y a los jefes tribales que mantenían sus caravanas en marcha, cuando estaban en la ciudad. Filocles traía filósofos y sacerdotes del ágora y los templos, mientras que Coeno a veces se hacía acompañar por algún compañero de armas, y en una ocasión invitó al mismo rey, al que conocía desde hacía tiempo. De ahí que las cenas devinieran en grandes recepciones con veinte o treinta *klinés*, comida, vino y debate, siendo, además, el momento en que se reunían todos, especialmente ahora que León había regresado.

—No salgas de la casa—dijo el comerciante a Sátiro—. Chicos, ¿vosotros estabais presentes? —preguntó a Jenofonte.

—Sí, señor—contestó éste.

—En tal caso, será mejor que os quedéis hasta que averigüe algo más. —León dirigió un gesto a Abraham y llamó a un esclavo—. Ve enseguida a casa de Ben Zion, dile que su hijo se queda a cenar aquí y que él mismo le llevará un mensaje mío esta noche.

El esclavo asintió.

—Ben Zion. Hijo a cenar. Mensaje después.

—Eso es. Ve.

Pasion regresó de su último mandado.

—Ambos hombres están vivos —anunció.

—Cerrad las puertas —ordenó León—. Que no entre nadie sin mi permiso expreso. Pide a Crax que la hila de Hama monte guardia en las puertas.

—¿No es una reacción exagerada? —preguntó Terón.

—Yo no he presenciado los hechos. Ya he lidiado con Estratocles y he hecho tratos con él, y diría que tiende a obsesionarse con el éxito. Si no me falla la memoria, intentó matar a los dos hijos de Kineas. —León enarcó una ceja—. En Heráclea irrumpió en una casa particular, ¿no es cierto?

—Mensaje recibido —dijo Terón, inclinando la cabeza. Miró a Sático—. ¿Lo ves? Tendrías que haberlo matado, Sático.

El muchacho estaba comenzando a enojarse.

—Yo...

—¡Hicimos un juramento! —intervino Melita.

Esta crítica fue la gota que colmó el vaso.

—¡Esto no es justo! —protestó Sático—. ¡Estratocles es el embajador de Atenas! ¡Eso lo convierte en una persona sagrada! ¿Y cuándo exactamente quedó incluido en el juramento Estratocles? ¿Vamos a matar a todos los esbirros, o sólo a la gente que ordenó la muerte de mamá?

—Yo... —murmuró Melita, mordiéndose el labio.

—No te conviertas en una Medea —dijo Sático, apretándole la mano.

—Perdóname. —Melita se arrodilló y le palpó la sangre de la pierna—. Estás herido.

Terón enarcó una ceja.

—Estratocles es muy bueno —dijo Sático—. ¿Sabes una cosa?, estoy bastante seguro de que vencer a dos luchadores consumados sería motivo de alabanzas en la mayoría de las casas.

León miraba al vacío, rascándose la barba rala.

—Tal vez —admitió.

Sático miró en derredor, se tragó una respuesta airada y cruzó los brazos. Guardó silencio con aire enojado mientras su tío enviaba mensajeros a distintos lugares para luego acomodarse en el jardín, sin hablar apenas, y su silencio fue más ominoso que sus órdenes.

Nihmu y Safo llegaron desde las dependencias de las mujeres y enviaron a todo el mundo a tomar un baño antes de cenar. Cuando Sático, sintiéndose desorientado en su propio hogar, se hubo secado, vio que Hama apostaba a un par de soldados de caballería en la puerta principal; hombres de Tanais, absolutamente leales. Eso lo

tranquilizó. No obstante, se colgó la espada encima del quitón.

Un sirviente se asomó a la cortina de la puerta de su habitación e hizo una reverencia.

—León pide que te pongas tus mejores galas, señor —dijo el criado—. He venido a ayudarte.

Sátiro se desprendió de la espada y el quitón, abrió el arcón de debajo de la ventana y revolvió entre las prendas de lana dobladas, buscando su favorita: un quitón blanco de lana con una diminuta cenefa de púrpura tiria. Lo encontró gracias al tacto más que a la vista; la lana era magnífica.

—¿Qué te parece esto? —preguntó al sirviente.

—Muy apropiado, señor —contestó éste.

Acto seguido lo ungieron con aceite, lo peinaron con esmero y le ajustaron el quitón de modo que cada pliegue cayera como si lo hubiese esculpido Praxíteles, sujeto con una faja hecha de cordón de oro.

Sátiro añadió a su atuendo un puñal colgado al cuello que desaparecía entre los pliegues del quitón. El sirviente hizo una mueca.

—Dudo que lo necesites, señor —comentó.

A Sátiro siempre le habían fastidiado los sirvientes habladores.

—Eso lo decidiré yo —dijo el joven, y se sentó para que le pusiera sus mejores sandalias. Una vez calzado, dio las gracias al sirviente, que se retiró.

No era la primera vez que Sátiro deseaba tener un sirviente o un esclavo propio, un camarada. Alguien que comprendiera sus necesidades. Todos los libertos de León lo trataban como a un niño.

Aún le rondaba la mente la idea de haber tratado mal a Fiale. Se sentó a una mesa del patio y escribió una nota, buscando sin éxito unos versos que expresaran lo que sentía. De modo que puso:

Ese hombre es mi enemigo y lo ha sido durante años. Lamento que resultaras herida durante la pelea. Si puedo servirte en algo, ruego me envíes una nota.

La selló con su anillo de Heracles y la envió con un esclavo.

Mientras recorría los fríos salones de mármol hacia el jardín, cayó en la cuenta de que no había preguntado por qué iba vestido como un príncipe.

Melita aún estaba tendida desnuda en su diván, tratando de serenarse con la fresca brisa vespertina, cuando una sirvienta mayor entró en su cámara.

—Vengo a pedirte que te vistas de gala —dijo la anciana, sonriendo—. Tienes una invitación de palacio.

Calisto, también desnuda, se levantó del balcón y juntó las manos dando una palmada.

—¡Tiene que ser de Amastris! He oído decir que el amo León la ha traído a casa.

—¡Gracias, Dorcus! —dijo Melita con una amplia sonrisa—. Enseguida me arreglo.

La criada se volvió hacia Calisto.

—No estaría de más preparar una muda para mañana —dijo, pasándose un dedo por la nariz—. El mensajero del palacio ha dado a entender que doña Amastris quizá quiera invitar a nuestra ama a dormir.

—Dorcus, sé buena y dile al mayordomo que no me quedo a cenar. ¿Lo sabe el tío León? Huy... su cena de bienvenida. A lo mejor... —Hizo una pausa—. Amastris pretende usarme para ver a mi hermano, ¿verdad? —preguntó Melita a la anciana sirvienta.

Dorcus meneó ligeramente la cabeza. Era una mujer importante en la casa, y la joven sabía que todos los rumores llegaban a sus oídos.

—El amo León tiene su propia invitación —respondió—. Igual que tu hermano; del rey en persona. Si la princesa desea ver a tu hermano, tendrá que hacer planes muy deprisa. Vístete bien, joven ama. —Hizo una pausa—. Habida cuenta del... incidente... de esta tarde, es posible que las cosas no vayan como se imagina la princesa. ¿Me entiendes, *despoina*?

Calisto no necesitó una segunda advertencia. Ya había dispuesto sobre la cama el mejor vestido griego de Melita, de un tejido de lana tan fino que casi transparentaba, cuidadosamente aceitado para darle un acabado perfecto, de color púrpura oscuro con rayas doradas. También sacó los broches de Artemisa que Kinón le había regalado tres años antes y una daga, así como un fabuloso alfiler de bronce para el pelo con la cabeza oculta por una perla enorme que hacía juego con las cintas que le sujetaban las largas trenzas morenas.

Calisto le puso largos pendientes de oro en las orejas y le abrochó el collar. Apoyó las manos en los hombros de su señora.

—Estás preciosa —dijo. Sostuvo en alto un espejo de plata para que Melita pudiera verse.

—No tanto como tú —dijo la muchacha. Su esclava era como una encarnación de Afrodita; de hecho, algunos hombres le otorgaban ese tratamiento. A Melita le habían ofrecido sumas de hasta veinte talentos de plata por los favores de su esclava.

—Hummm —dijo Calisto. Bajó su cabeza al lado de la de Melita de modo que ambas quedaran de lado en el espejo—. Morena y rubia. Tú eres más la imagen de Hera o Artemisa. Una belleza más fría, pero no menos hermosa.

—¡Aduladora! —Dio un codazo a Calisto en el costado y la esclava chilló.

—Contigo no —aseguró Calisto, riéndose—. Todos los hombres volverán la cabeza cuando entremos en el palacio. ¡Ay! Me siento como un gato entre ratones cuando voy allí.

—La libertad no te ha vuelto más modesta.

Calisto bajó los ojos en una parodia de virginal modestia.

—¿Seguro, ama mía?

—¿Cómo te fue con Amintas? —preguntó Melita, refiriéndose al oficial macedonio de Tolomeo. Se suponía que estaba al mando de la falange y era un soldado famoso, pero dedicaba poco tiempo a sus obligaciones. Había ofrecido diez talentos de plata a Calisto por una sola noche.

—Aceptable por el dinero que pagó.

—¿Nada de éxtasis?

—Puedo comprar todo el éxtasis que quiera con diez talentos de plata, señora —dijo la esclava, sonriendo.

—Haces que el amor parezca tan... ¡mercenario! —se quejó Melita.

—¡Señora, soy una hetaira! —Calisto se encogió de hombros—. Los hombres comenzaron a montarme cuando tenía once años. Nunca ha habido mucho idilio de por medio. —Acarició los hombros de su ama—. Para ti será diferente; ya me encargaré yo. Un chico de tu edad, un chico guapo.

—Afrodita te oiga —dijo Melita con una sonrisa. Se puso de pie, arreglada de pies a cabeza; de las sandalias doradas a los minúsculos toques de colorete en lo alto de las orejas y el largo mechón de pelo negro que parecía haberse desprendido ingenuamente de la diadema: una de las mejores artimañas de Calisto—. ¡Caramba, vestida así, podría pasar por una hetaira!

Amablemente, Calisto fue hasta su altar, dedicado a Afrodita de Chipre como el de la mayoría de las hetairas, y se arrodilló. Acarició la estatua de marfil y habló en voz baja como si la estatua fuese la propia diosa, y luego le dio un beso antes de devolverla a su sitio.

—¿Nos vamos? —dijo.

Melita se dirigió hacia la puerta.

—Nos esperan en palacio —dijo León, que aguardaba en el vestíbulo.

Mientras lo decía, Filocles llegó desde el jardín hablando de caza con Coeno. Diodoro se unió a ellos en la puerta principal. Llevaba armadura, y Filocles un sencillo quitón blanco y el himatión propio de los estudiosos. Coeno y León iban bien vestidos, aunque sus ropas eran más apropiadas para ricos comerciantes que para dirigentes aristócratas.

León se dirigió a todos ellos.

—Sátiro y yo tenemos órdenes de presentarnos ante el rey. Melita ha sido invitada a visitar a la princesa de Heráclea. —Los miró uno por uno—. Después de los acontecimientos de hoy, toda precaución es poca.

—Supongo que no esperas que Tolomeo cometa una estupidez —dijo Filocles.

—Más bien quiero asegurarme de que no la haga —respondió el comerciante, enarcando una ceja—. Por eso me gustaría contar con vuestra compañía, caballeros.

—¿Necesito una espada? —preguntó el espartano, rascándose el mentón.

—Si llegamos a eso, no tendremos escapatoria —dijo León.

—Pues acabemos con esto de una vez —intervino Diodoro—. Me gustaría ver a Safo antes de que termine el día. Hola, Sátiro. Lita, pareces... una ninfa de lo más seductora. ¡Y pensar que te vi nacer!

Coeno puso los ojos en blanco.

—En mis tiempos, señorita, jamás se te habría permitido salir de esa guisa. ¿Ni siquiera vas a cubrirte el pelo?

Calisto ahogó un chillido de indignación mientras Melita la cogía por la muñeca.

—Troya ha caído, tío —dijo sonriendo—. Penélope está fría en su tumba. En la era moderna, las jóvenes de buena familia están autorizadas a salir de su casa.

Coeno emitió un ruido a medio camino entre un gruñido y una carcajada y acto seguido León los condujo a la calle a través del jardín como si fuese un perro pastor.

—¡Dioses! —murmuró Calisto—. ¿Vamos a ir a pie?

Si León la oyó, no se dio por aludido. Echó a caminar a grandes zancadas y ocho portadores de antorchas se distribuyeron en torno al grupo. Sátiro los reconoció de inmediato; aunque iban disfrazados de esclavos domésticos con quitones sencillos, todos eran soldados, jinetes del escuadrón de Eumenes.

Recorrieron las calles mezclándose con la multitud, aunque los gemelos llamaban la atención como un nuevo vendedor ambulante en el ágora. Sátiro observaba a la gente mientras caminaba, molesto por si sus mejores sandalias se manchaban con los desperdicios de la calle y al mismo tiempo fascinado por las escenas que veía alrededor, como siempre que salía a la ciudad. Las mujeres aguardaban en las fuentes públicas con tinajas de agua en la cabeza o las caderas. Los hombres disfrutaban del fresco del atardecer y refunfuñaban, se interrumpían unos a otros y hacían trueques o debatían la nueva política de la ciudad. Las facciones criminales se vigilaban desde esquinas opuestas. Las parejas pelaban la pava en rincones oscuros o reñían en las casas de vecinos, y una caravana llegada con retraso desde el mar Rojo estaba detenida en el centro de la avenida, decorando profusamente la arena limpia de la calle con boñigas mientras los camellos aguardaban a que los esclavos descargaran el incienso de los reinos árabes del sur.

Los portadores de antorchas estaban atentos a cuanto sucedía alrededor. El hombre más próximo a Sátiro era Carlo, el gigante, y el joven se preguntó si alguien realmente creería que era un esclavo. Sus ojos se movían sin cesar, vigilantes. Levantaba la vista a los tejados y escudriñaba los portales.

—¿Ves algo, Carlo? —preguntó Sátiro para darle conversación.

El corpulento celta se encogió de hombros.

—No —dijo—. Muchos hombres malos, pero no para nosotros.

Fulminó con la mirada a un egipcio barbilampiño plantado en una esquina con los

brazos cruzados sobre el pecho. Era menudo y joven, pero sostuvo la mirada de Carlo con fría indiferencia.

—Me encantaría bajar aquí con unos cuantos de mis muchachos y hacer limpieza —dijo éste—. Usura, prostitución, extorsión, incendios provocados... a eso se dedica esta escoria.

Sátiro miró al egipcio cuando pasaron delante de él, pero el joven ni siquiera pestañeó.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Carlo gruñó.

La villa de León estaba relativamente cerca de la nueva biblioteca y del recinto del palacio, y Sátiro cayó en la cuenta de que su tío estaba haciendo desfilar a su grupo por las vías más concurridas por alguna razón. Tras media hora de caminata subieron la suave pendiente de la colina que conducía a las puertas del palacio, todavía en construcción.

Unos macedonios aburridos dieron la bienvenida a León, saludaron como por compromiso a Diodoro y se comieron con los ojos a Melita y Calisto, y sus comentarios en voz alta ofendieron a Sátiro.

—Son soldados —dijo León, apoyando una mano en el hombro de su sobrino—. Tómalo con calma.

Unos esclavos los acompañaron desde las puertas hasta el salón principal, donde unas esclavas aguardaban para llevarse a Melita y Calisto. Las mujeres griegas podían salir a la calle e incluso asistir a fiestas, pero en el palacio se conservaban muchas de las viejas costumbres, así que eran recibidas en las estancias destinadas a ello. Sátiro besó a su hermana en la mejilla mientras la asistente personal de Amastris aguardaba pacientemente, con la cabeza cubierta con un chal. De pronto el muchacho tuvo una premonición, como si una mano helada le hubiese acariciado la espalda.

—Ten cuidado, hermana —susurró.

Melita se volvió hacia él y le estrechó la mano.

—Tú también, hermano.

Entonces las mujeres se fueron y ellos subieron la escalinata del *megaron* central. El mayordomo griego de Tolomeo los esperaba, e hizo una reverencia.

—El señor Tolomeo desea recibirte en privado —anunció—. Acompañadme, por favor. Los portadores de antorchas pueden aguardar aquí.

Chasqueó los dedos y dos esclavos surgieron del pórtico e hicieron señas a los portadores de antorchas.

—Tenía entendido que se trataba de una audiencia —dijo León.

—El señor Tolomeo desea hablar contigo en privado —insistió el mayordomo.

León miró en derredor y asintió.

—Muy bien —dijo. Se volvió para seguir al mayordomo.

El griego negó con la cabeza.

—Sólo tú y el amo Sátiro —puntualizó—. Mis disculpas a estos caballeros.

Filocles dio un resoplido de impaciencia.

—Gabines, llévanos ante Tolomeo y deja de pontificar.

El griego miró con más detenimiento a Filocles. Descontento, hizo una breve reverencia.

—Maestro Filocles. No te había visto. Los filósofos siempre son bienvenidos ante nuestro señor.

Diodoro y Coeno se acercaron a los demás en la creciente penumbra.

—Tal vez no deberías haber despachado tan pronto a los portadores de antorchas, Gabines. Venga, llévanos ante el rey —dijo Diodoro.

El mayordomo miró en derredor, como quien espera ayuda.

Sátiro comprobó que efectivamente llevaba su puñal. Resultaba absurdo sentirse físicamente amenazado en el palacio, pero tenía los nervios de punta, como si esperase una emboscada, y notó que a Diodoro y a Coeno les sucedía otro tanto, pues no quitaban ojo a las sombras. Filocles, en cambio, volvió a cubrirse la cabeza y caminó con la serenidad de un sacerdote.

Bajaron por la parte trasera del *megaron* y cruzaron el patio central hasta la residencia real. Unos relieves que representaban las victorias de Alejandro decoraban todas las superficies del exterior, pintados meticulosamente para que diera la impresión de que los caballos salían de las paredes, y en el peristilo había barcos de remos. Sátiro lo contemplaba todo embobado; ni siquiera en la villa de León había nada semejante.

El mercader, por su parte, no miraba las obras de arte, sino a los guardias. Señaló con el mentón hacia un rincón del pórtico donde había más guardias macedonios.

—Tiene a la mitad de los Compañeros de Infantería de servicio —dijo Diodoro—. Algo va mal.

—Ya sabíamos que algo iba mal —respondió León, encogiéndose de hombros. Subió la escalinata, asintió a los guardias y entró.

Sátiro subió tras él. Se dio cuenta de que la columnata estaba llena de hombres y vio el trémulo brillo de las nuevas armaduras acolchadas que llevaban los guardias. Sintió un hormigueo en la espalda al pasar junto a ellos, y de pronto se halló en la residencia, directamente bajo el fresco de Heracles que ocupaba toda la arcada de la entrada. En el techo centelleaban los dioses, cuyos rostros adornados con piedras preciosas parecían observar tanto a los hombres vivos como las hazañas del semidiós. El suelo era de mármol de cinco colores que formaban un complicado dibujo que desconcertaba a la vista. En medio de la arcada, Heracles ascendía a los cielos en su cuadriga para convertirse en un dios.

—¿Majestad? León de Tanais, su sobrino el príncipe Sátiro, el maestro Filocles

de Esparta y el *strategos* Diodoro, así como el filarco Coeno de Olbia, comparecen ante tu presencia.

El mayordomo hizo una profunda y muy poco griega reverencia y, mientras pronunciaba sus nombres, los condujo al salón principal, una suerte de jardín cubierto en medio del edificio. En el techo, los dioses retozaban. Un fornido Apolo imponía sus favores a una ninfa no del todo renuente mientras sonreía medio vuelto hacia... ¿Atenea?

A Sático le pareció blasfemo... y muy bonito.

—¿León? ¿Vienes a verme con todo un ejército?

Tolomeo estaba engordando, y la frente despejada y la nariz recta lo hacían tan feo que resultaba casi guapo. Se levantó de un pesado sitio de limoncillo y marfil para estrechar la mano del nómada.

Aquél no era el tono de un rey a punto de asesinar a uno de sus súbditos más ricos. Sático notó que le bajaba la sangre del rostro y se le normalizaba el pulso.

—Nos ha parecido más prudente venir todos juntos —expuso Diodoro.

—Me estás diciendo que temíais mi reacción por el ataque de este joven pícaro contra el embajador de Atenas. No me sorprende. Chico, ¿qué demonios del Hades, la Tierra o los Cielos te han impulsado a atacar al embajador ateniense?

Sático miró a León, que asintió transmitiéndole su aprobación. De modo que dijo la verdad.

—Había intentado asesinar me tiempo atrás, y también a mi hermana. Deseo matarlo. A pesar de esto, señor Tolomeo, no emprendí ninguna acción contra él. Uno de sus hombres me atacó, y ofrecí resistencia. —Inclinó la cabeza—. Soy consciente de las obligaciones religiosas de un hombre hacia un heraldo o un embajador.

Tolomeo sonrió. Sus grandes ojos parecían cándidos, confiriéndole aquel aire de complacida sorpresa que le había valido el apodo de Granjero. Quienes lo conocían bien sabían que tal apariencia era sumamente engañosa.

—Dicho de otro modo, ¿tú eres el inocente ultrajado y él una víbora en mi pecho? —preguntó el rey.

—Sí, señor. Así es exactamente —respondió León, poniéndose delante de su sobrino.

Tolomeo se acarició la barbilla mientras volvía a sentarse.

—Sillas y vinos para mis invitados. No soy un puñetero persa para tenerlos ahí de pie por respeto a mí. Chico, me has puesto en un gran aprieto. Necesito a Casandro. Necesito a Atenas. Estratocles es el precio que pago por ello, y me ha traído noticias. ¡Lo necesito! —Fulminó con la mirada a León—. Tú y ese ateniense tenéis una historia. No lo niegues: Gabines es un competente jefe de espías y sé cosas.

León fue quien se quedó más cerca del rey cuando trajeron banquetas.

—¿No te sirve de nada, señor Tolomeo, que haya terminado mi crucero de verano

y que también yo traiga noticias?

—Reconóceme un poco de inteligencia, León. Te he invitado a venir, nadie ha sido arrestado.

Tolomeo señaló una mesa auxiliar con una jarra de vino y cerró el puño. A su señal, una cuadrilla de esclavos apareció y comenzó a servir vino.

León cogió un *fiale* de la mesa auxiliar y ofreció una libación.

—A Hermes, dios de los mercaderes, los caminantes y los ladrones —dijo. Fue un gesto curioso; lo usual era que la libación la ofreciera el anfitrión. Sátiro pensó que su tío le estaba diciendo algo al rey, pero no sabía qué.

—Dado que tú eres las tres cosas —dijo el rey, sonriendo.

León se encogió de hombros.

—Heráclea es un hervidero de rumores de guerra —expuso—. Antígono está planeando una campaña contra Casandro y ha puesto a su hijo al frente de una expedición... hacia alguna parte. Nadie sabe adónde se dirige el niño mimado; ya se había marchado cuando yo zarpé. —Miró en derredor—. Su flota está en el mar y no sabemos qué rumbo lleva. Los rumores apuntan a que va a sitiar Rodas.

—Es lo mismo que dice Estratocles —asintió Tolomeo, ladeando la cabeza—. Casandro me ha pedido que le envíe un ejército.

—No lo hagas, señor —intervino Diodoro.

Tolomeo miró al pelirrojo.

—Astuto Ulises, ¿por qué?

—Llámame como quieras, señor. Casandro tiene toda macedonia para reclutar un ejército. Si le enviamos a nuestros mejores hombres, también los comprará, con granjas en la patria, por lo menos, y nunca regresarán. Estamos lejos de las fuentes de personal, y él, en cambio, cerca. Que reclute a su propia tropa. ¡Y que nos envíe unos cuantos soldados! —Miró en derredor—. Estamos reclutando infantería del Egeo y de Asia y pronto sólo dispondremos de egipcios.

—Quizá le envíe algunos barcos —dijo Tolomeo—. Pero lamento decir que te he convocado para prohibir tu expedición al Euxino, León.

El nómada asintió lentamente.

—Me hiciste una promesa, señor —adujo, mirando a su sobrino.

Este permaneció inmóvil. Nadie le había contado nada abiertamente, pero sospechaba que la expedición sería pronto; Filocles lo había insinuado. No supo si estaba enojado o aliviado.

Tolomeo apoyó el mentón en la mano y asintió.

—Las circunstancias cambian. Eumeles y su reino son aliados de Casandro. En estos momentos no puedo permitir que vayas a crear problemas allí. Necesito saber que Antígono y su ejército se dirigen a Europa y no vienen hacia aquí. Entonces permitiré que te vayas; con mis bendiciones, que tendrán un efecto muy tangible. Que

tú y tu sobrino gobernarais el comercio de grano en el norte sería sumamente valioso para nosotros, para Egipto y nuestros aliados de Rodas. Pero este año, no.

León apenas encogió los hombros.

—Muy bien, señor.

—Lo siento, León. Necesito algo mejor. Tu juramento, y el de tu sobrino, de que me obedeceréis en este asunto.

La voz de Tolomeo se endureció por primera vez, y de pronto dejó de ser un simpático zoquete. Era el soberano supremo de Egipto aunque todavía no se hiciera llamar faraón. Todavía.

Diodoro, uno de los hombres que más apreciaba Tolomeo, asintió, siendo este gesto el más próximo a la sumisión de que era capaz un aristócrata ateniense. Miró a los guardias.

—Señor, nos conoces —dijo.

Tolomeo asintió.

—Sabes que nosotros, Coeno, León, Filocles, yo mismo y algunos otros, seguimos el código pitagórico. —Hablaban convincentemente aunque sin levantar la voz.

Sátiro se inclinó adelante porque toda su vida había oído hablar a Filocles sobre los pitagóricos y nunca se le había ocurrido pensar que su preceptor y sus mentores fueran iniciados.

—Ya lo sé —respondió Tolomeo con una sonrisa.

—No nos tomamos los juramentos a la ligera, señor. De hecho, los evitamos, pues atan al hombre demasiado cerca de los dioses. Ahora bien, si requieres nuestro juramento, lo mantendremos. Para siempre. ¿Es eso lo que deseas?

Sátiro nunca había oído a Diodoro hablar tan apasionadamente.

—Sí —dijo Tolomeo—. Proceded.

—Muy bien, señor —asintió León, respirando profundamente—. Juro por Hermes y por Poseidón, Señor de los Caballos, por Zeus, Padre de los Dioses, y por todos los dioses, obedecerte en este asunto. Mi mano no caerá sobre Eumeles este año, aunque haya traicionado mi amistad y asesinado a la madre de Sátiro, aunque sus manos estén manchadas de sangre inocente hasta las muñecas, aunque las Furias turben mi sueño cada noche hasta que sea enterrado...

—¡Basta! —gritó el rey, levantándose de su sitial—. Basta. Me consta que tienes tantos motivos para odiarlo como yo los tengo para exigir tu juramento. ¿Y tú, chico?

Sátiro dio un paso al frente.

—He jurado a los dioses matar a todo hombre y mujer que ordenara la muerte de mi madre —expuso—. Las leyes de los dioses protegen a Estratocles, y ahora tú, mi rey, me ordenas que proteja a Eumeles. ¿Puedes ordenarme que rompa el juramento que hice a los dioses?

Tolomeo asintió.

—Cargo con el peso de todos los juramentos que pido a mis súbditos —dijo el rey—. ¡Obedece!

Sátiro suspiró.

—Por Zeus el Salvador y la de los ojos grises, Atenea, diosa de la sabiduría, juro aguardar un año antes de vengarme de Herón, el que se hace llamar Eumeles —dijo—. Por Heracles mi patrón, juro no quitar la vida a Estratocles durante un año.

Tolomeo miró a León enarcando una ceja.

—¿Un año? ¿Acaso el chico trata de regatear con su señor?

Sátiro se obligó a sostener la dura mirada de Tolomeo.

—Señor, ayer ni siquiera sabía que estuviera prevista tal expedición. Puedo aguardar un año. Cuando haya transcurrido, quizá pueda aguardar otro más. —Sátiro sentía a la diosa de ojos grises a su lado, guiando sus palabras—. Tal vez podemos renovar el juramento como si de una tregua se tratara.

—¡Filocles, has formado a un retórico! —exclamó el rey.

—Sátiro se ha hecho un hombre en esta corte —dijo el espartano. Bebió un sorbo de vino—. Y parece ser que la esencia de Pitágoras se ha imbuido en su sangre.

Filocles dedicó a Sátiro una sonrisa que hizo que el muchacho se sintiera más leve que el aire.

—Hay algo más —dijo León—. No nos habrías convocado tan sólo para impedir la expedición.

—Me confundes, León —dijo Tolomeo. Alargó el brazo para que le sirvieran más vino—. O tal vez no. Sí, hay algo más. Voy a exiliar al joven Sátiro por espacio de unos meses. Para aplacar al ateniense.

—¡Dioses olímpicos! —exclamó León. Se puso de pie de un salto, irradiando ondas de ira—. ¡Obtienes mi juramento y luego exilias al chico!

Tolomeo sonrió con aire adusto.

—Envía el chico al mar, León. Más adelante, permitiré que mi príncipe errante regrese, por supuesto. —Se encogió de hombros—. Lo siento, Sátiro, pero ahora mismo necesito a los atenienses y tengo que estar a buenas con Casandro, a fin de que sea su ejército el que sufra más bajas por el ataque del Tuerto. —Se encogió de hombros—. No es tarea fácil, gobernar. Sospecho que Estratocles la Víbora tiene intención de matar a tus pupilos. —Tolomeo se encogió de hombros y sonrió—. Si te exilio a ti y te llevas a tu hermana... Bueno, el ateniense no podrá quejarse, y es poco probable que encuentre el modo de mataros. Así todo el mundo estará descontento por igual. —Tolomeo miró en derredor—. No tengo intención de dejar que mate a estos jovencitos, pero francamente, tampoco pienso poner en peligro una alianza que necesito, que Egipto necesita, por proteger a dos adolescentes, aunque sean tan maravillosos como son.

Coeno se levantó.

—Escúchame, Tolomeo. Te haces llamar señor de Egipto. Te recuerdo como paje y como oficial de batallón. ¿Esto es lo que aprendiste sobre la lealtad y el mando? ¿Qué es esto, el estilo de Hefestión? ¿Sabes lo que se dice de ti en el ejército? Que Antígono nos vencerá cada vez que quiera porque es un auténtico macedonio. Entiende el deber y el honor tanto como la lealtad a los suyos. —El corpulento Coeno se encogió de hombros—. La mitad de los hombres de la ciudad ha visto lo que ha sucedido hoy en casa de Cimon. Sabes de sobra que el chico es inocente. Si lo exilias, darás una prueba más de que no proteges a los tuyos.

—Mide tus palabras, anciano —dijo el rey.

Diodoro estiró las piernas delante de sí.

—Recuerdo una fogata en Bactria —dijo en tono soñador—. Estás en deuda con nosotros, oh, rey. Y somos tus amigos.

—¡Sí! —convino Tolomeo—. Sí, os considero mis amigos, y por eso creo que puedo pedirlos esto. Os llamo en privado y os pido este exilio de modo que yo pueda guardar las apariencias. Y de paso protegéis la vida del chico. No soy idiota, León. Te he dicho que me consta que Estratocles intentará matar al chico, y también a la chica. Porque el estúpido aliado de Casandro los necesita muertos.

León levantó la cara, y sus oscuras facciones mudaron de expresión.

—Ah... ¿Lo estás pidiendo, señor?

El semblante de Tolomeo sufrió una notable sucesión de cambios; ira, perplejidad, diversión, risa.

—Llevo demasiado tiempo jugando a la realeza —dijo—. Sí, lo estoy pidiendo. Si rehúsas, buscaré otra respuesta.

—¡Ah! —exclamó el nómada León—. Esto lo cambia todo por completo. Si lo pides como un favor —miró a Sátiro—, por supuesto que haré lo que sea por ti.

—En cuanto al ejército —prosiguió Tolomeo, dirigiéndose a Coeno—, me consta que reina el descontento. ¿Qué puedo hacer? ¿Enviarlos a luchar a Nubia? ¿Pagarles más?

—Hacer que se sientan nobles —respondió el anciano—. Quieren ser héroes, no guardaespaldas.

—¿Acaso ya no recuerdan lo desdichada que era su vida en Macedonia? —preguntó el rey con un suspiro—. ¿O las campañas en Bactria? Zeus Sóter, aquello era el Hades en medio del mundo. Tártaro encarnado.

León se puso de pie.

—Señor, se me ocurre que podría enviar un cargamento a Rodas mañana mismo. Son nuestros aliados y están prácticamente sitiados: cada mina de grano contará. No nos hará ningún daño ver si Demetrio ha sitiado Rodas o Tiro. O si ha ido a otra parte, y de qué armamento dispone. Debo marcharme a hacer los preparativos. —

Miró a Coeno—. ¿Jeno está listo para embarcarse?

El interpelado sonrió.

—¡Por fin hay al menos un hombre contento con todo esto!

Tolomeo se levantó y batió palmas.

—Me alegra que vinierais todos a ponerme en mi sitio —masculló. Se volvió hacia Coeno—. ¿Cuán descontentos están los macedonios, Coeno?

Coeno apuró su vino y dio la copa a un esclavo.

—¿Parezco un informador, Tolomeo? ¿Eh?

Sátiro pensó que aquel caballero y militar debía de ser de los pocos hombres que llamaban siempre Tolomeo al rey. Enseguida el rostro del megaro cambió, suavizando sus facciones, y meneó la cabeza.

—No lo soy, pero escucha. No te odian; algunos todavía te aman. Pero entre la tropa corre el rumor de que cualquier contienda contra Antígono tiene el resultado cantado. He oído decir a algunos hombres de los Compañeros de Infantería que los falangistas no lucharán, que se mantendrán alejados diez metros, limitándose a mirar. —Coeno negó de nuevo con la cabeza—. En cuanto a los oficiales... están corrompidos, pero eso lo sabes tan bien como yo.

Tolomeo se bebió de un trago una copa de vino.

—¿Gabines?

El mayordomo acudió a la carrera desde detrás del trono.

—Lo que dice es verdad —dijo en tono de disculpa—. Puedo traer testigos.

—Tengo todos los testigos que necesito delante de mí. León, escúchame: tú y otra docena de hombres como tú sois los pilares que sostienen esta ciudad. Te ruego entiendas mi situación y que se la expliques a tus amigos, a los nabateos, a los judíos y a todos los demás mercaderes. No podemos permitirnos combatir. Soy consciente de que el ejército está corrompido hasta el cuadro de oficiales. ¡Lo sé! Y eso significa que dependo de la astucia para mantener a Casandro y a Antígono lejos de mí.

Filocles enarcó una ceja. Levantó la mano para hablar, abrió la boca y se quedó callado, moviendo los labios como si fuesen los de un pez. Era inusual que el espartano se comportara así, pero era tal su autoridad en la corte que el rey aguardó y, en el segundo intento, se las arregló para hablar.

—Me parece a mí que ya va siendo hora de cambiar el origen de los reclutas —dijo Filocles.

—¿Qué sugieres? —preguntó Tolomeo, asintiendo—. ¿Espartanos?

Filocles frunció el ceño.

—Egipcios. Una leva de ciudadanos, como los hoplitas de cualquier ciudad griega.

Tolomeo se rascó la papada, con la vista fija en sus guardias, algunos de los cuales murmuraban ante la idea planteada.

—Como soldados son un desastre —objetó.

—Una vez conquistaron el mundo, o eso tengo entendido —repuso Filocles—. Además, me refería más bien a los ciudadanos de esta ciudad: griegos y helenos. Y nabateos, judíos y egipcios nativos, además del resto de personal políglota. Has sido generoso concediéndoles la ciudadanía. Ahora es el momento de ver si esas personas son ciudadanos de verdad o sólo de nombre.

—Por los dioses, Filocles, hablas como un éforo. ¿Quién va a tener el mando de esa mezcla de gente? —preguntó el rey.

Se hizo el silencio en la sala. Tolomeo miró a Sátiro a los ojos, y el muchacho fue incapaz de apartar los suyos. Resultaba extraño que le estuviera mirando un soberano y que quisiera apartar la vista. «¿Por qué me mira a mí?»

—El ejército macedonio tiene una bonita tradición —dijo Tolomeo—. Considera que el autor de una «gran idea» se ha ofrecido a llevarla a cabo. ¿Por qué no te encargas tú de la leva de esta ciudad, espartano? Sé que eres el *hoplomachos* de todos los lanceros de la ciudad. ¿Puedes entrenarlos para que también sean espartanos!

—Te burlas de mí —dijo Filocles, ruborizado.

—Cuidado, espartano. Se supone que tus pitagóricos eluden el peligro. —Tolomeo sonrió—. Pero no me burlo de ti. Es una buena idea, y puedo permitírmela. Dinero, tenemos. Encuéntrame un *taxeis* de lugareños y yo los armaré. Cuando menos, me ofrece... —Vaciló un momento y, al cabo, sonrió—. Opciones.

Tolomeo no explicó a qué opciones aludía.

Filocles asintió y frunció la boca. Sátiro lo conocía tan bien que presintió la reprimenda que se avecinaba. La piel de encima de las ventanas de la nariz del espartano se puso blanca, igual que los nudillos de la mano con la que agarraba el bastón que solía llevar. Pero de pronto su semblante se ablandó y esbozó una sonrisa.

—Muy bien —dijo finalmente—. Acepto.

—Bien. Caballeros, por más que seáis parte del sostén de mi soberanía en Egipto, es tarde, y he bebido demasiado vino.

Tolomeo se levantó.

León y Sátiro hicieron una cortés reverencia. Diodoro, Filocles y Coeno inclinaron la cabeza y estrecharon la mano de Tolomeo como los viejos amigos que eran, por más poder que éste ostentara.

—Siempre estaré dispuesto a recibiros. Incluso al chico. Escucha, muchacho: hoy te he visto luchar contra Terón y me ha gustado lo que he visto. Vete lejos por un tiempo y cuando regreses vivirás a lo grande. Te doy mi mano como garantía.

Sátiro estrechó la mano del rey y acto seguido Tolomeo los miró a todos como un conspirador y desapareció tras una pantalla de soldados, y ellos se retiraron.

—Me parece a mí que pese a todas nuestras quejas has obtenido exactamente lo que querías —dijo Filocles en voz baja a León.

—Quien corre peligro eres tú —replicó éste—. ¿Un *taxeis* de lugareños? De pronto vas a tener poder político. Y enemigos. Bienvenido a mi mundo.

—Cuento con ello —dijo el espartano—. ¿Acaso eso debería disuadirme de hacer algo que contribuirá a contrarrestar la desafección de los macedonios y que nos proporcionará más seguridad? Estratocles está aquí, León. En esta ciudad. Tenemos que reunir a nuestros amigos.

Fuera, en la oscuridad, todos respiraron bocanadas de aire alejandrino cargado de humo. Sátiro era lo bastante mayor para darse cuenta de que los adultos habían pasado tanto miedo como él.

—¿Adónde vamos a ir? —preguntó el muchacho—. ¿A Rodas, realmente?

—¿Vamos? —preguntó León—. Tú vas a llevar mi cargamento en calidad de navarco. Contarás con excelentes oficiales a quienes escucharás como si fuesen tus tíos. Me figuro que eres capaz de vender cargamento y comprar otro, ¿no?

El corazón de Sátiro se hinchó hasta llenarle el pecho.

—¿Seré el navarco? —preguntó.

—No paras de decirnos que ya eres un hombre —le recordó Diodoro, dándole una palmada en la espalda.

Una esclava se acercó desde la sombra del *megaron*, conduciendo a una mujer que llevaba la cabeza cubierta con un chal.

—Señor Sátiro —llamó en voz baja.

Antes de que sus tíos tuvieran ocasión de impedirlo, el joven respondió:

—¡Aquí!

La muchacha lo tomó de la mano.

—Tu hermana va a quedarse a pasar la noche aquí —dijo en un susurro—, y solicita que vayas a verla un momento antes de marcharte.

—Me temo que no puedo permitir que mi sobrina pase la noche en palacio —se opuso León—. Tiene obligaciones urgentes que atender.

—¡Oh, qué contratiempo! —dijo la joven, cuyo rostro era blanco como el cuero curtido con alumbre—. Entonces debéis acompañarme, señores.

Los condujo hacia las dependencias de las mujeres.

—¿Dónde están mis portadores de antorchas? —preguntó León a la esclava de palacio.

—No lo sé, señor. Iré a buscarlos y me reuniré con vosotros en el pórtico del ala de las mujeres.

La esclava dio media vuelta y echó a correr. El palacio de las mujeres estaba bien iluminado, y en la noche flotaban las risas y la música procedentes del interior. Se oían los sonos de una cítara; de dos cítaras. Y Melita estaba cantando con Calisto. Sátiro sonrió.

—¡Esto no tenía que suceder así! —dijo una joven a Sático, cogiéndole la mano—. Ven conmigo.

La mano de la muchacha era muy suave para tratarse de una esclava. Sático la miró y, a la luz del pórtico, se dio cuenta de que era Amastris, la princesa de Heracles. Su nereida. La había visto docenas de veces en la corte. Habían cruzado prolongadas miradas. Pero no le había tocado la mano desde... bueno, desde que Sático era suplicante en la corte de su tío.

—¡Amastris! —exclamó.

—¡Calla! —respondió la muchacha—. Mi plan se ha ido al garete. Quería verte. —Sonrió, con los labios muy rojos a la luz de las teas. Miró más allá de Sático, donde León ordenaba a un esclavo que fuese en busca de Melita—. Pensaba que tu hermana se quedaría unos cuantos días conmigo. He pasado tres semanas a bordo de un barco después de todo un verano atrapada por la política de mi padre.

—¿Querías verme? —musitó Sático. Se acercó un poco más a ella.

—En las dependencias de las mujeres corre el rumor de que van a exiliarte. —Amastris estaba casi pegada a él, a la sombra de las columnas—. Oh, parezco tonta.

Sático supo, con su habitual sentido de la fatalidad, que al cabo de tres días se le ocurriría lo que tendría que haber dicho.

—Tengo que volver a entrar —dijo ella—. Lamento que...

Sático se quedó sin respiración y se maldijo por su cobardía. Le fallaban las rodillas. Le fallaban incluso los codos. Pero de todos modos alargó el brazo para atraerla hacia sí, asombrado de que años de practicar el pancracio lo hubieran preparado tan mal para agarrar a alguien en un momento tan vital.

Debido a la oscuridad, no acertó a cogerla por los hombros, y su mano derecha rozó la cintura de la chica. Amastris se volvió hacia él, tal como un oponente lo haría para quedar dentro del alcance de sus largos brazos. Sático notó las manos en sus brazos, la presión de los senos contra su pecho. Respiraba jadeante y el corazón martilleaba dentro de su caja torácica como un peligroso adversario intentando abrirse paso a golpes. Bajó la boca hacia la de Amastris, que le rodeaba el cuello con las manos como un luchador triunfante; su boca, sus labios, suaves como flores de loto y sin embargo firmes y dúctiles; sus propios labios en los dientes de ella, y su vacilante apertura, como la verja de un jardín, y el éxtasis de la suavidad de su lengua... La parte desapasionada de la mente de Sático percibió que su compostura era mucho más afectada que cuando había peleado contra Estratocles. El corazón le palpitaba como un caballo desbocado.

Entonces dejó de pensar y se perdió en ella.

—¡Sático! —gritó León con voz autoritaria—. ¡Buscadlo!

Amastris se deshizo de su abrazo antes de que el corazón de Sático diera otro latido, acariciándole el brazo con los dedos al huir, y desapareció en la penumbra.

—Estoy aquí, señor —contestó el joven, saliendo de entre las sombras de la columnata.

—¡Sátiro! —exclamó su tío—. Bastantes problemas tenemos sin que te pongas a tontear con las esclavas de palacio. Por todos los dioses... Tápate eso con el quitón.

Diodoro se rio.

Melita apareció en la puerta y abrazó a otra chica antes de salir. Sátiro aguzó la vista para ver si era Amastris.

—¡Tío, iba a quedarme a dormir! —protestó la muchacha, con un tono quejumbroso.

—Vamos, cariño —dijo Filocles, rodeándola con un brazo—. Lo sentimos...

—¡Oh, Hades y Perséfone, entonces es verdad! ¡Van a exiliar a Sátiro! —Melita miró en derredor, buscándolo, y al verlo fue a darle un abrazo. Dio media vuelta para encararse a León, que estaba dando instrucciones a los portadores de antorchas—. ¡Me iré con él!

—Sí, así es —dijo León.

Esa respuesta dejó a Melita sin habla. Mientras asimilaba la noticia, Calisto salió de las dependencias de las mujeres y se cubrió la cabeza con su manto. Los portadores de antorchas rodearon al grupo y se dirigieron hacia la puerta principal. El mayordomo de Tolomeo se reunió con ellos por el camino.

—A veces un hombre debe tomar partido —dijo Gabines sin más preámbulos—. Estáis en peligro. Ahora. Esta noche. Unos hombres, no os diré quiénes, han informado a Estratocles en cuanto os han convocado. ¿Lo entendéis? Y hay una facción de macedonios, a quienes conocéis tan bien como yo, que desea veros muertos. —Miró en derredor—. Os considero amigos del rey. He doblado la guardia real y voy a enviar a tres pelotones a la calle para confundirlos. ¡Marchaos enseguida!

Filocles se apartó del grupo y cogió a Gabines del brazo. Hablaron en privado, de prisa, tal como los comandantes lo hacían en el campo de batalla. Al cabo, ambos asintieron con vehemencia, mostrándose obviamente de acuerdo incluso a la luz de las antorchas, y el mayordomo se marchó presuroso.

Se estaba procediendo al cambio de guardia y tardaron un rato en dejar atrás los andamios y el olor a albañilería de las obras. Coeno, Diodoro y León aprovecharon la ocasión para consultar en susurros a Filocles, que acto seguido se hizo con el arma de un portador de antorcha y salió corriendo a la noche, obedeciendo instrucciones de Diodoro. Los guardias de la puerta contemplaban la escena con creciente inquietud, y Sátiro reparó en que uno de ellos abandonaba el puesto de guardia a la carrera.

Diodoro gritó una orden y se encontraron en las calles a oscuras.

Se hallaban en el Posideion cuando Filocles reapareció corriendo, envuelto en su clámide.

—Nos están siguiendo —anunció éste, respirando pesadamente. Tenía una

mancha de sangre en la cadera—. Estad alerta. —Miró a Sático y meneó la cabeza—. ¡Estoy gordo y viejo, chico!

—Carlo —dijo Melita al hombre que tenía detrás—, voy desarmada.

El corpulento bárbaro —apenas cabía seguir llamándolo así después de quince años hablando en griego, pero su estatura seguía destacando— se sacó de la axila un puñal tan largo como el pie de un hombre. La hoja brilló a la luz de la antorcha.

—Es uno de mis favoritos —dijo Carlo.

Melita lo escondió entre los pliegues de su manto.

Giraron repentinamente, saliendo del Posideion para enfilar un callejón que discurría por detrás de las grandes casas y los templos, y todo el grupo avivó el paso; y entonces Diodoro cogió a Sático por el hombro y le hizo girar hacia el sur, desviándolo de su ruta. Carlo y Melita fueron tras ellos, y los portadores de antorchas siguieron adelante como si nada hubiese sucedido. El corpulento celta y Diodoro metieron a Sático y Melita por un estrecho paso entre las tapias de dos patios hasta una puerta trasera. Sático recordaba vagamente haber visitado aquella casa de día para comprar especias con León, y en el patio vio a un árabe vestido con una túnica blanca de lana.

—Gracias, Pica —dijo Diodoro.

—No he visto nada, amigo —respondió el nabateo, riendo.

Luego salieron por la puerta principal y se encontraron en los muelles. Estaban casi enfrente del embarcadero privado de León.

—Ahora necesitamos un poco de suerte —intervino Diodoro. Corrieron de un almacén a otro a lo largo del muelle.

—¡Esto es vida! —se regodeó Melita, pavoneándose.

Sático vio movimiento de hombres en el siguiente callejón hacia el norte y acto seguido sonó un estridente silbato.

—Hermes —masculló Diodoro—. Ha contratado a todos los asesinos de la ciudad.

—Podría ir a liquidar a unos cuantos —dijo Carlo con un gruñido.

—Hazlo —dijo el pelirrojo—. Nos vamos al *Loto*. León dice que debería haber seis vigilantes a bordo.

—Aja —asintió Carlo—. Yo, a lo mío. —Y acto seguido desapareció.

Cruzaron a toda prisa hasta la puerta del embarcadero de León.

—¡Abrid! —gritó Diodoro.

Nada.

A sus espaldas oyeron ruido de pasos y un silbato como el graznido de un halcón.

—¡Abrid! ¡En nombre de León! —gritó Diodoro.

Empuñaba la espada, un peligroso *kopis* con la hoja larga y pesada. Golpeó la puerta con el puño del arma al tiempo que buscaba un sitio por el que encaramarse a

la tapia. Sátiro se adelantó a él, saltó al otro lado y empuñó su espada.

El correteo de pies se acercaba; pies descalzos, en su mayoría. Y entonces se oyó un ruido como el de un hachazo contra madera blanda, o como el de un remo que golpeará el agua a manos de un remero inexperto. Luego un segundo, y aún un tercero, y esta vez el ruido llegó acompañado de un chillido que cortó la noche como si la partieran en dos.

Sátiro abrió la puerta y miró más allá de Diodoro mientras éste entraba. Carlo —nadie más era tan corpulento— iba matando hombres silenciosamente. Sus víctimas, sin embargo, no eran tan silenciosas como él, y después del chillido se oyeron más silbatos.

—Lo siento, señor —dijo una voz a su lado: era el portero del embarcadero—. ¡Suenan a asesinato!

—Cierra la puerta. Ayúdame.

Melita y Sátiro ayudaron al portero a empujar la puerta, que hizo un ruido metálico cuando echaron el cerrojo. Ya estaban en el recinto de León.

—¿Hay un retén a bordo del *Loto*? —preguntó Diodoro.

—No. Es decir, sí, señor. —El portero atrancó la puerta con una barra—. ¿Doy la alarma, señor?

—Más vale que sí —contestó Diodoro.

El portero era bajo, fornido y un poco encorvado, como los remeros profesionales. Cogió una astilla de madera y se puso a golpear una campana de hierro.

—¡Alarma! —gritó.

Diodoro agarró a los gemelos por los hombros.

Melita aún estaba de cara a la puerta, renuente a dejarse arrastrar hacia el barco.

—¿Qué pasa con Calisto? ¿O con Carlo? ¡Por Atenea, Diodoro!

—Corren mucho menos peligro al no estar con vosotros, cariño. Bueno, Carlo no. Me parece que se ha sacrificado. Sé valiente, chica. Esto es la vida real. —Diodoro se detuvo para atarse las sandalias—. Qué engorro. Nunca os pongáis nada que os impida luchar.

—No quiero huir —dijo Melita.

—Pues entonces morirás. —A Diodoro se le agotó la paciencia—. Escúchame bien, jovencita. Dentro de nada, una docena de asesinos a sueldo saltarán esa tapia con cuerdas. Matarán a cuantos encuentren aquí. Vamos a subir a un bote y a largarnos. ¿Queda claro? El momento de plantar cara y luchar llegará otro día.

Melita se quedó callada un momento.

—¿Y los hombres que están aquí? —preguntó.

—Dedúcelo tú misma —contestó Diodoro mientras la arrastraba hacia la imponente mole del *Loto Dorado*. Sátiro los siguió, con la espada desenvainada.

El hombre llamó a cubierta desde el pantalán. La guardia estaba despierta.

—¿Qué sucede? —gritó una voz ateniense.

—¡León me ha dicho que preguntara por Diocles! —dijo Diodoro.

—¡Soy yo, colega! ¿Qué necesitas?

Según parecía, Diocles era el hombre que bajaba por la pasarela.

—Necesitamos el barco listo para zarpar y a dos hombres que nos lleven en bote a casa del señor León. Enseguida. Dentro de un momento os atacarán hombres armados.

Diodoro puntuó su explicación con miradas hacia la puerta.

Diocles no vaciló. Agarró una cuerda, tiró de ella y en un abrir y cerrar de ojos se encontraron en un bote ligero bellamente pintado de rojo y azul, una embarcación casi de adorno que no obstante tenía buenos remos. Metió a cuatro hombres en el bote.

—Cleito, llévalos a casa de León. Voy a cortar las amarras e impulsaremos el barco con pértigas. Los ladrones no nadarán para llegar al *Loto*, y si lo hacen... —los dientes de Diocles se vieron muy blancos en la oscuridad— probarán el hierro de mi arpón.

—Salva a los esclavos —dijo Diodoro.

—¡Claro! —Diocles se rio—. Nos han traído el vino.

Acto seguido cuatro pares de brazos comenzaron a remar con brío y el bote salió disparado a través del puerto.

Por más que aguzaron el oído, no oyeron ruido de pelea a sus espaldas. Diocles gritó y los esclavos y operarios del turno de noche corrieron a bordo del *Loto* como si estuvieran entrenados para ello, y luego... nada.

El trayecto hasta casa transcurrió sin incidentes. Subieron por la escalera que desde el agua conducía a la parte trasera de la villa de León y entraron en el comedor, donde Nihmu, Safo y buena parte del personal más veterano de la casa ya estaban cenando.

Sátiro se sentó en un diván y se desató las sandalias. Tenía los pies mugrientos. La boca de Amastris le había sabido a juventud; muy diferente de la canela y el clavo de la de Fiale. Pese a la proximidad de la muerte, o quizá debido a ella, era incapaz de apartar a la princesa de sus pensamientos.

—Te ha encontrado, ¿verdad? —preguntó Melita, tendiéndose con cuidado en el diván que compartían. No quería ensuciarlo. Su bonito quitón tenía una mancha de algo que parecía brea y otra de algo aún peor—. Hueles a su perfume. Y parece que te haya alcanzado un rayo... o Afrodita.

Calisto se aproximó a Sátiro para recoger sus sandalias con mucha ceremonia. Al hacerlo dejó caer una concha de ostra en el regazo del chico. Un trozo de papiro

enrollado asomaba entre las valvas, y Sátiro rodó por el diván para cogerla al vuelo.

—¡Gracias, Calisto! —dijo—. ¡Has vuelto sana y salva!

—Siempre es un placer ayudar a la diosa —dijo la esclava remilgadamente, y le dedicó una sonrisa radiante—. Hace una hora que hemos regresado. —Y luego, más seria, agregó—: El maestro Filocles ha matado a un hombre. Lo he visto. Y el amo Coeno ha matado a otro.

León estaba resumiendo las condiciones del exilio de Sátiro a su esposa. El muchacho echó una ojeada al papiro, que decía tan sólo: «Cuídate mucho y regresa.»

Sátiro sonreía como un idiota.

Nihmu le miró a los ojos y sonrió.

—Te veo muy contento para ser un muchacho a quien acaban de atacar en la calle y que ha sido exiliado —señaló.

Sátiro intentó cambiar de expresión.

—Tienes que enviarle respuesta —dijo Melita. Le dio un codazo en el costado que le hizo cosquillas—. Calisto se la llevará mientras hacemos el equipaje.

—No, imposible —adujo Calisto—. Tal vez mañana. El amo León ha ordenado que ningún esclavo salga de la villa hasta que él lo autorice.

—¿Qué voy a decirle, de todos modos? —preguntó Sátiro. De súbito entendió las complicaciones que acarreaba haber besado a la pupila de Tolomeo, la hija del tirano más poderoso del Euxino. Unos hombres habían intentado matarlo en la ciudad que había comenzado a sentir como propia. Estaba desorientado, como si el mundo se hubiese desprendido de su eje.

—¿Y si le dices que la amas? —sugirió su hermana, y le dio otro codazo.

—¡Voy a embarcarme como infante de marina! —anunció Jenó desde el diván contiguo—. ¡Qué importa que te exilien! ¡Serás navarco! ¡Lucharemos contra los piratas!

—Yo también voy —anunció Melita.

Jenó sonreía extasiado.

—Te protegeremos, *despoina* —aseguró. Acto seguido mudó la expresión al darse cuenta de lo mal recibido que había sido ese comentario.

Sátiro reparó en el enojo de su hermana.

—¡No quiero que me protejan, niñato! —espetó Melita—. ¡Si tuvieras tanto seso como granos, lo sabrías de sobra!

Abatido, Jenó rodó en su diván mirando hacia otro lado, y el rubor de su rostro se le extendió hasta el cogote.

—¡Por Artemisa, diosa de las vírgenes, ojalá mate a un pirata en las narices de este mocoso! —proclamó Melita.

Nihmu se inclinó hacia los jóvenes.

—¿Deseas ir como arquera, tal vez? ¡Mi marido podría establecer una nueva

costumbre! —Sonrió de manera enigmática. De niña, Nihmu había sido un oráculo entre los escitas del mar de hierba. Sus poderes vaticinadores la habían convertido en una joven con cabeza para los números, y se había casado con León después de la segunda expedición de éste a oriente—. ¿Tripulaciones de Amazonas? ¿Qué te parece? —preguntó.

Al ser la única otra mujer sakje, Nihmu era una amiga muy querida de Melita, un puente entre el mundo de Alejandría y el mar de hierba. La joven rio.

—¿Por qué no? —preguntó—. Una vez en el mar, ¿quién se enteraría?

—Los demás arqueros —intervino León, levantando la voz desde su diván—. Debéis tomaros esto en serio, amigos. Ya estamos en guerra.

Melita se levantó y alzó su copa de vino.

—Siempre hemos estado en guerra, tío León. Sólo que lo olvidamos.

Safo meneó la cabeza, como negando tal aseveración, pero Filocles, que llegó con el diafragma envuelto en vendas de lino, asintió.

—Tiene razón —dijo—. La vida es guerra.

—No nos vengas con Heráclito —repuso Safo.

—¿Adonde iremos, tío? —preguntó Sátiro. Haber besado a Amastris y saber que iba a embarcarse como navarco, todo en un mismo día, le parecía el colmo de la felicidad a pesar de todo lo demás, y la idea de vengarse de los asesinos de su madre se fue alejando de su mente.

—Nosotros no vamos a ir a ninguna parte —dijo León—. Tú vas a llevar el *Loto Dorado* a Rodas, donde dejarás un cargamento de grano que necesitan desesperadamente. Luego, si el timonel está de acuerdo, tomaréis rumbo al norte para rodear Lesbos hasta Metimna y cruzaréis a Esmirna, entregaréis un cargamento de cuero y recogeréis otro de tinte. Y luego de vuelta a casa con el viento. Tres semanas si vais rápido; un mes como mucho. Para entonces, me atrevo a decir que el rey volverá a ser amigo tuyo.

Melita engullía calamar a la parrilla a tal ritmo que Sátiro se mareó.

—¡Tenemos que hacer el equipaje! —dijo la joven.

—¿Y si cuando regreso no es nuestro amigo? —preguntó Sátiro. «¿Y si el rey se entera de que he besado a su pupila?»

Diodoro terminó de beberse un cuenco de sopa. Se limpió la boca con su peludo antebrazo y Safo hizo un ademán de resignación.

—¡Si es así, tendremos al *Jacinto* en el puerto exterior para que te lo lleves a Cirene! —Rio y alargó la copa a su esposa para que le sirviera más vino. Safo torció el gesto. Diodoro miró en derredor—. Escuchad, amigos. Nos hemos ablandado. Ahora toca volver a ser duros. Nosotros, aquí, disponemos de un mes para hacer todo el daño que podamos a Estratocles. Tenemos que acabar con él y con su base de operaciones en esta ciudad. Esto vale para todos los sirvientes, todos los esclavos. Si

veis a un criado del ateniense proveyéndose de agua, pegadle. ¿Entendido?

Los sirvientes presentes en la sala asintieron. Unos parecían entusiasmados con la idea, otros parecían asustados.

—Puedes disponer libremente de mi gente y mis trirremes, hermano —dijo León a Diodoro, y acto seguido se encogió de hombros—. Por supuesto, eso es lo que vamos a hacer: que los gemelos viajen de un sitio a otro hasta que se resuelva el problema, mientras nosotros luchamos contra Estratocles en la sombra. —Dedicó un gesto de disculpa a su esposa—. La situación será peliaguda. Los macedonios no van a quedarse cruzados de brazos.

Sátiro mojó pan en la salsa de pescado.

—Pero Filocles vendrá con nosotros —dijo el muchacho. Y de pronto lo comprendió—. ¿No vendrá? —agregó, siendo consciente de que estaba mostrando debilidad.

—Ha llegado la hora de que vueles por tu cuenta —dijo el preceptor.

—¿Y Terón?

Éste, tendido junto al espartano, levantó la cabeza para mirar a Sátiro.

—Según parece, Filocles y yo vamos a reclutar un ejército para defenderos, mi príncipe.

Sátiro recordó que aquel mismo día había soñado con tener el mando del *Loto Dorado*.

Luz de candela, y Melita de pie junto a su cama.

—¡Carlo ha vuelto! Herido, pero ha vuelto. Filocles está con él.

Sátiro se puso de pie de un salto con la soltura que confiere la práctica para seguir a su hermana por el pasillo a oscuras y a través del patio que comunicaba las dos casas. Era capaz de ir a ciegas hasta las habitaciones de su preceptor.

Carlo ocupaba por completo la cama de Filocles, que ya era mayor de lo normal, y aun así le colgaban los pies.

—Debo de haber enviado al infierno al menos a una docena de ellos —dijo con su marcado acento—. Al principio llevaba las de ganar, pero había más, muchos más. Unos cincuenta. —El corpulento celta meneó un poco la cabeza—. Zeus Sóter, he tenido miedo, pero de pronto se han largado como una manada de ciervos huyendo en los bosques.

—No les habían pagado bastante para enfrentarse hombre a hombre contigo, Titán —dijo Filocles—. Por si te consuela, me parece que vamos a ir bastante pronto a esos barrios que querías limpiar.

—Ajá —gruñó el celta, y se quedó dormido.

—¿Vivirá? —preguntó Sátiro.

—¡Mira la musculatura de ese pecho! —dijo Filocles—. Sí, ninguna de esas

dagas le ha atravesado el músculo. Eran hombres valientes y desesperados, Sátiro. Menospreciar a tus oponentes siempre es una pérdida de tiempo. Imagínate, enfrentarse a Carlo en plena noche. Dos hombres se acercaron lo suficiente para alcanzarlo.

—Ha perdido el conocimiento —señaló Melita.

—Adormidera. Ha tomado una gran cantidad —explicó Filocles—. Al menos todos hemos regresado a casa. Ya estoy algo más tranquilo. Por un momento he llegado a pensar que iban a acabar con todos nosotros. Ares, me estoy haciendo viejo.

—Me gustaría que vinieras con nosotros —dijo Melita.

—A mí también —intervino Sátiro, que se encontró con que estaba cogiendo a su hermana de la mano.

El espartano se levantó, haciendo una mueca de dolor y procurando no cargar el peso en la pierna izquierda.

—Escuchad —dijo, apoyando las manos en los hombros de los gemelos—. Pitágoras nos enseña que en la vida hay cuatro estaciones, tal como las hay en el mundo. La primavera, cuando eres niño; el verano, en el esplendor de la edad adulta; luego el otoño, cuando un hombre alcanza su pleno poder y la belleza de las mujeres comienza a declinar; y el invierno, cuando envejecemos hacia la muerte. ¿Sí?

—Sí —respondieron los gemelos al unísono.

—A mi juicio, ya habéis pasado de la primavera al verano. Melita, ya eres una mujer, y Sátiro, ya eres un hombre. ¿Cuál es la primera lección?

Los gemelos hablaron a la vez, casi al unísono.

—A tus amigos harás el bien y a tus enemigos harás daño.

—Ésa es la lección —corroboró Filocles—. Procurad vivir con arreglo a ella.

Todavía era oscuro cuando los llevaron a remo hasta el *Loto Dorado*, que había salido del embarcadero y aguardaba delante de la playa. Los remeros lo mantenían en su sitio, compensando la brisa de antes del alba. Melita se encaramó por el costado y Sátiro saltó a cubierta por la borda, yendo a parar en medio del barco.

Peleo *el Rodio*, el timonel de León, estaba de pie con las piernas separadas para contrarrestar el balanceo de la nave.

—Bienvenido a bordo, navarco —dijo, poniendo énfasis en el cargo, aunque no en tono de mofa.

—¡Peleo! —exclamó Sátiro. Estrechó el brazo del timonel, que correspondió a su gesto. Dio unos pasos atrás—. Ésta es mi hermana, Melita.

—*Despoina* —saludó Peleo, y enseguida le dio la espalda, agarrando a Sátiro del brazo—. Alejemos el *Loto* de la costa. Luego ya tendremos tiempo para chicas, órdenes y todas las estupideces que trae estar en tierra, ¿eh? ¿Es tu primera vez al mando? ¿Estás nervioso, chico?

—¡Sí! —admitió Sático. Miró a Melita, que ponía cara de guardarse sus opiniones para sí, pues no había pasado por alto el comentario de Peleo. Debía lograr que el timonel, cuyo desagrado por las mujeres en el mar era legendario, aceptara la presencia de su hermana. Y también debía conseguir que su hermana... bueno, que acatará la disciplina.

—Olvídate de los nervios —dijo Peleo—. ¡Remeros! ¿Me oís?

Tras un coro de afirmaciones, el rodio se volvió hacia Sático.

—Listos para zarpar, señor.

Sático llevaba navegando desde los nueve años de edad, pero el corazón le palpitaba como si estuviera librando un combate a muerte. Tomó aire y procuró hablar con firmeza.

—Avante —ordenó, como si fuese lo más normal del mundo estar al mando de un buque de guerra.

Como alas, los remos se alzaron a la vez y dieron la primera palada. De pronto estuvieron avanzando, y esa primera vez la sensación de volar fue tan intensa que raras veces se repetiría en la vida de Sático.

A dos estadios del puerto de Alejandría, un hombre con una cicatriz se apoyaba en la borda de un trirreme, con la cabeza envuelta en vendajes y protegiéndose los ojos con las manos, observando la familiar silueta del *Loto Dorado*, que cobraba velocidad mientras los primeros dedos de la aurora rasgaban el cielo.

—Allá van —dijo Ifícrates—. Los mocosos de Kineas —masculló.

El latino, Lucio, se encogió de hombros.

—Francamente, jefe, me parece que los dioses los aman. Creo que deberíamos dejar que huyan; adiós y hasta nunca.

—No podría estar más de acuerdo contigo —dijo Estratocles—. Sin embargo, quiero que los busques en el mar y que los mates. Probablemente sea lo mejor —agregó tras un momento de vacilación—. Lo de anoche fue demasiado sangriento y evidente, y tarde o temprano ese parásito gordo de Gabines sabrá que fue cosa mía.

—Prestamos un servicio público —dijo Lucio—. La cantidad de matones callejeros que murió anoche sin duda hará que esta ciudad sea un lugar más seguro —agregó, riendo.

Ifícrates meneó la cabeza.

—Tendríamos que haberlos liquidado. Y de paso acabar con Diodoro y con el puñetero León.

—Estuvieron al corriente de nuestras intenciones desde el principio, caballeros —dijo Estratocles—. Perder me gusta tan poco como a cualquiera, pero da gusto enfrentarse a enemigos de valía. Tendrás que estar a la altura, Ifícrates. El *Loto Dorado* es el barco más peligroso de estas aguas, o al menos eso me han dicho.

El mercenario ateniense de la cicatriz se estiró y meneó la cabeza.

—He combatido en el mar desde los doce años, Estratocles, y en mis tiempos me llevé por delante a un buen puñado de rodios, cosa que nunca resulta fácil. Pero si se me presenta una buena ocasión, los venceré. Las nuevas máquinas me darán una ventaja que no se esperan.

—¿Máquinas? —preguntó Lucio. No le faltaba inteligencia, pero la reservaba casi toda para la guerra.

—Como grandes arcos, con trinquetes para amartillarlos. Lanzan saetas del tamaño de una sarisa, capaces de atravesar el casco de un trirreme.

—No obstante —agregó Estratocles—, tu primer deber es mantenerme informado. Necesito saber qué está tramando el Tuerto en la costa de Siria y en Chipre. Y lo que está haciendo Rodas, adonde se dirige el *Loto Dorado*. ¿Es preciso que diga más?

—No, señor —contestó Ifícrates.

—Pues a por ellos —dijo el ateniense, y dio una palmada en la espalda al mercenario—. Yo me encargaré de los asuntos de aquí. He fomentado una buena dosis de traición. Los macedonios son la raza más pérfida de la faz de Gaia. ¡Y dicen que los griegos son traidores! —Se rio. Luego se volvió de nuevo hacia Ifícrates y le apoyó una mano en el brazo—. No pierdas el tiempo ahí fuera. Me consta que llevas la piratería en las venas, pero necesito tus informes, y necesito saber cómo salir de aquí. Cuando Gabines comience a atar cabos, me perseguirá como un cerdo chapoteando en una pocilga. ¡Qué se le va a hacer! Y León contraatacará, después de lo de anoche. Cuenta con ello.

—Zarpo de inmediato, apreso el *Loto*, compruebo Rodas y Siria, y regreso volando. ¿Algo más? —Ifícrates meneó la cabeza—. Desde luego, es una tarea ingente.

—Por eso envió al mejor.

Se hallaban doscientas millas al nornoreste de Alejandría y el timonel, Peleo, avistó con sumo atino la costa de Salamis, en Chipre. Las playas de la isla no eran más que un resplandor titilante, y el templo de lo alto del cabo consagrado a Afrodita resplandecía bajo el sol.

—Peleo, eres el príncipe de los navegantes —lo alabó Sático, con el remo de gobierno debajo del brazo.

Peleo no miraba al frente, sino que escrutaba la estela de la nave. El *Loto Dorado* era un *tremiolia*, un barco con tres bancadas y media de remeros, una vela permanente y la tripulación necesaria para manejarla incluso en combate. Los piratas preferían la versión menor, llamada *hemiolia*, igual que los rodios, que eran los mejores marineros del mundo. El *Loto Dorado* era de construcción rodia y Peleo era un rodio de nacimiento que llevaba navegando desde los seis años. A la sazón no se conocía su edad, pero tenía la barba blanca y todos los marineros de Alejandría lo trataban con respeto.

—Mientras hablas, hay una muesca en la estela —dijo el timonel.

Con la adusta determinación de la juventud, Sático agarró con fuerza el timón de gobierno.

—Nunca he preparado a un chico de tu edad para ser timonel —comentó Peleo. Pero lo dijo esbozando una sonrisa, y la curva de sus labios daba a entender que a lo mejor, sólo a lo mejor, Sático sería la excepción—. Si te digo que pongas rumbo al norte por el este, ¿cuál será el primer cabo que verás?

Sático se volvió para mirar la estela.

—Mar abierto hasta que veamos aparecer el monte Olimpo de Chipre por la amura de babor —contestó.

—Tal vez —convino Peleo—. La respuesta es correcta. Pero ¿qué error hay en la orden?

Sático detestaba aquella clase de preguntas. Miró hacia el blanco cegador del lejano templo.

—No lo sé —contestó tras una incómoda pausa.

—Desde luego, es una respuesta franca —admitió Peleo—. Es verdad, chico: no lo sabes. Y no puedes saberlo. He aquí la respuesta: estamos demasiado cerca de tierra para contar con la brisa marina, de modo que nuestros muchachos tendrían que remar todo el tiempo. —Estaba observando la costa—. Tengo intención de hacer noche en Thronoi; la playa es de fina arena blanca y los habitantes del pueblo nos traerán comida a buen precio. Antes tenía un chico allí.

Su sonrisa arrugó la cicatriz que le surcaba el rostro.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Sático. Estaba enamorado, de ahí que quisiera oír hablar de los amores de los demás.

—Creció y se casó con una chica —replicó Peleo con aspereza—. Atento al timón, chico. Hay una muesca en la estela. —Miró detrás de Sático, a través del agua y casi directamente al sol—. Tenemos compañía.

El muchacho volvió la vista atrás hasta que divisó unas manchas oscuras justo en el límite del horizonte y casi invisibles con el resplandor del sol.

—Sí, ahora lo veo.

Peleo gruñó.

Thronoi estaba bastante retirado de la costa, pues ningún pueblo sin amurallar podía permitirse estar cerca del mar. Los primeros hombres que se aproximaron portaban lanzas y jabalinas, pero conocían el *Loto Dorado* y conocían a Peleo, y antes de que el sol deviniera una bola roja en occidente, la tripulación estaba asando cabritos y langostas en la playa, bebiendo vino del lugar y hablando de las posibilidades que tenían con la bella hermana del navarco, que suscitaba comentarios pese a ir envuelta de la cabeza a los pies con una clámide lo bastante grande para sentarle bien a Filocles. Melita había suplicado que le permitieran embarcarse como arquera, pero Peleo no había cedido, de modo que viajaba como una acaudalada dama griega con su doncella. Los remeros eran incapaces de verla más que como una bella mascota. Competían por atraer sus miradas, y Peleo le había dicho a Sático que no había visto remar con tanto brío en todo el tiempo que llevaba en el mar.

—Todo barco necesita una mujer hermosa —concedió Peleo, de pie junto a Sático. Igual que los demás hombres de la playa, observaba a Melita. Ella se mantenía un tanto alejada, mirando a unos arqueros que tiraban contra un blanco. Sático sabía que llevaba el arco en su equipaje, y le constaba que podía superar a la mayoría de aquellos hombres. Su postura era desafiante. Su doncella se mantenía detrás de ella, murmurando. Dorcus era la liberta de mediana edad que León había enviado en lugar de Calisto, cuya propensión a marearse era tan legendaria como su hermosura. La belleza de Dorcus residía en su discreto sentido práctico.

—Ese amigo tuyo se partirá el cuello mirándola —dijo Peleo, señalando a Jenó. El hijo de Coeno se estaba quitando la coraza, pero no apartaba los ojos de la joven.

Sático meneó la cabeza.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Sático, con un gesto de desaliento.

—Es la encarnación de Artemisa, chico —dijo Peleo, torciendo los labios y lanzando una mirada piadosa al templo de Afrodita, la rival celestial de Artemisa—. Lo único que puedes hacer es confiar en que tu hermana no le parta el corazón a nadie.

Durmieron por turnos. De hecho lo hacían todo por turnos porque los principales estados contrataban piratas para complementar sus armadas, y aquel verano la piratería era el negocio más floreciente del Egeo. Sático dormía solo porque el navarco técnicamente iba al mando y disfrutaba de tienda propia. Melita dormía en el otro lado de la tienda con Dorcus.

Sático despertó al amanecer, vio que su hermana se había levantado, maldijo el anquilosamiento de sus hombros por haber dormido sobre la arena y corrió a zambullirse en el mar mientras el sol salía. Nadó alejándose de la playa. Desde el agua no vio a los centinelas, pero sí a su hermana nadando al otro lado del cabo.

—¡Me ha parecido ver un destello de remos! —le gritó Melita.

Desnudo, Sático salió del agua y trepó por las frías rocas del cabo hasta el puesto de vigilancia.

Ambos centinelas dormían como troncos. Era comprensible, después de tres días en el mar remando casi sin tregua, pero también imperdonable. El amanecer era el momento que los piratas solían elegir para atacar.

Sático miró hacia el sol naciente protegiéndose los ojos con la mano mientras meditaba cómo despertar a los dos infractores. Vio destellos de sol en palas de remos hacia el norte, más allá del cabo de Korkish. Veinte estadios como mucho.

El corazón se le aceleró.

—¡Alarma! —gritó.

Melita se hizo eco del aviso y corrió a lo largo de la fila de remeros durmientes, sin preocuparse por su propia desnudez, dando una patada a cada hombre y sin dejar de repetir la voz de alarma.

Peleo se había levantado de sus pieles de borrego y subía dando saltos por las rocas como si fuese mucho más joven. Sático observaba los distantes destellos de los remos, temiendo tanto equivocarse como estar en lo cierto.

La playa bullía de actividad. Aquélla era una tripulación veterana y bien pagada. Los remeros ya estaban regresando a bordo. Los infantes de marina formaban en la playa a las órdenes de Karpo, su capitán, que dedicó a Melita una mirada de admiración mientras comprobaba la disposición de sus hombres. Jenó estaba en la primera fila, con el *aspis* al hombro y un par de jabalinas pesadas en la mano.

Detrás de los infantes formaron los arqueros. Sólo eran media docena, con arcos escitas y carcajes que contenían dos docenas de flechas, así como algunas sorpresas.

Peleo dio una patada en la entrepierna a uno de los centinelas adormilados.

—¡La que te espera esta noche, Agatón! —le espetó al otro—. ¡Te voy a despellejar, lavacaños de burdel! —Escudriñó el mar y se volvió hacia Sático—. Tienes toda la razón, chico. Sale del ojo del viento al alba; ningún marinero honesto haría semejante cosa. —Bajó la vista hacia la playa—. ¿Luchamos o huimos?

Sático no estuvo seguro de que realmente le pidiera su opinión, pero le picó la

curiosidad.

—Sin duda podemos aguardarlos en la playa. Los hombres del pueblo nos apoyarán.

Peleo asintió.

—Sí —convino Peleo—, pero entonces perderíamos el *Loto*. Con suerte se limitarían a perforar el casco y dejar que se hundiera. Probablemente lo abordarían por la proa y se lo llevarían a remo. Es difícil defender un barco en la playa, aunque no imposible. —Se encogió de hombros—. Gracias a ti, llevamos la delantera. Pienso que deberíamos huir.

—¿Huir? —preguntó Sático—. ¿No podemos vencerlos?

—Navarco, eso debes decirlo tú. —Peleo torció el gesto—. Tu tío te ha puesto al mando del *Loto* y por tanto la decisión es tuya. Pero somos mercaderes. Llevamos un valioso cargamento y también a tu hermana. Y luchar contra piratas es trabajo de soldados. —El viejo timonel señaló hacia la playa—. ¿Cuántos de ellos estás dispuesto a sacrificar a cambio de rebanar el cuello a unos cuantos piratas? ¿Y qué será de tu hermana si perdemos? —Frunció el ceño—. O de ti, ya que estamos.

—Mensaje recibido, timonel. Huimos.

¿Se debía a la cobardía el alivio que Sático sintió en ese instante?

—Buen chico. Quizá llegues a ser marinero, después de todo.

Peleo saltó de las rocas como si estuviera en la flor de la edad y comenzó a gritar órdenes a los remeros.

Jenofonte ya llevaba puesta la armadura, y Melita ya había sacado de su equipaje el *gorytos* y un coselete egipcio de lino blanco acolchado y un pequeño yelmo de Pilos.

—¿Piratas? —preguntó la muchacha, con los ojos brillantes.

—¡Guarda todo eso! —exigió su hermano.

—¡Deja que luce! —dijo Jenofonte desde la formación—. ¡Tiene más puntería que Timoleón!

—Huimos —dijo Sático.

—¿Cómo dices? —preguntó Melita, pasando en un instante de la euforia a la indignación—. ¿Estás de broma?

—Huimos —repitió su gemelo, y se encogió de hombros—. Somos mercaderes, Lita. No podemos presentar batalla.

Detestó las miradas que su hermana y Jenofonte le lanzaron.

—¿Este es el noble guerrero de Amastris? —le recriminó ella—. ¿Cómo piensas explicárselo? ¿Eh, hermano?

—Lita, vigila tus modales.

Sático dio media vuelta porque Peleo lo llamaba, pero Melita no iba a rendirse fácilmente, así que lo siguió por la playa.

—Peleo te ha dicho que no podías ponerme en peligro, ¿verdad? A la mierda con eso, hermano. ¡Luchemos! Piensa en los que habrán vendido como esclavos, piensa en los que atraparán mañana... Todos pesarán sobre nuestra conciencia. ¿Tienes miedo de que me violen? A la mierda. Tú eres tan guapo como yo.

—¡No! —exclamó Sático, levantando la voz un poco más de la cuenta.

—¿Tienes miedo, hermano? —replicó Melita, y lo dijo en voz tan alta que lo oyeron todos los hombres que aún estaban en la playa.

—¡Ya está bien! ¡Huimos y punto!

Sático subió por la pasarela en tres largas zancadas.

Peleo arrastró a la muchacha detrás de él y una vez a bordo no le soltó la mano.

—Si fueras un hombre, golpearía tu maldita cabeza contra el poste de gobierno —dijo. Estaba congestionado—. ¿Cómo te atreves a cuestionar a los oficiales? —preguntó, con una calma cargada de ira.

Sin embargo, los hombres enojados no intimidaban a Melita.

—Sólo lo hago cuando toman malas decisiones, Peleo. Esos tipos son piratas. Deberíamos matarlos.

—Quizá veas cumplido tu deseo —dijo el timonel—. Si buscas impresionarme, lo estás haciendo muy mal, niña. Y ahora, a tu sitio. ¡No con los arqueros, señorita!

Resentida, Melita se dirigió a la toldilla de media eslora con Dorcus, fulminando con la mirada a cuantos hombres vio por el camino.

—Deberías disciplinarla —comentó Peleo.

—Tú primero —respondió Sático, esbozando una sonrisa.

Enseguida los remeros de la media cubierta superior y la tripulación a cargo de las velas empujaron desde la popa, y el *Loto* se deslizó por el último trecho de guijarros. Las olas levantaron la proa, y la popa dio un topetazo contra la playa, causando un cierto caos entre los remeros durante dos paladas. No tardaron en dejar la playa atrás y la proa del *Loto* cortó el oleaje, mostrando el rojo cobrizo de las amuras bajo el sol matutino.

—Nos hemos dejado un caldero —dijo el primer oficial, señalando hacia la playa.

—Lo recogeremos la próxima vez. Si es que sobrevivimos. Poseidón, no nos desampares —dijo Peleo, y vertió un fiale de vino al mar.

Los piratas doblaron el último cabo; dos barcos negros atestados de hombres. Ambos eran del tamaño del *Loto Dorado*, uno un trirreme a la antigua usanza ateniense y el otro un fenicio, y en cuanto divisaron a su presa comenzaron a acelerar. Los jefes de remeros ordenaron a gritos la remada de combate, y la celeridad con que fueron obedecidos demostró que aquellas tripulaciones sabían lo que se hacían.

—No —dijo Peleo, mirando hacia popa—. No queremos nada de esto, chico. Firme al timón. Tenemos la rémora del cargamento, pero ellos llevan algas incrustadas: seguro que esos cascos no han visto un dique seco en años. Esto va a ser

muy reñido.

—¿No deberías gobernar tú, timonel? —preguntó Sático.

Peleo negó con la cabeza, luciendo su habitual media sonrisa.

—No. Tú puedes manejar el timón. —El viejo lobo de mar se rascó la barba unos instantes y luego señaló hacia la jarcia—. ¡Izadme el trinquete, holgazanes! —gritó, y los tripulantes de cubierta corrieron a sus puestos, pues ya tenían la vela desplegada en la cubierta. Sático no pudo evitar fijarse en que Agatón había sido el primero en arrimar el hombro cuando los hombres sacaron la vela, tratando de compensar su lapsus.

El joven navarco percibió el cambio en el timón antes de que la vela estuviera izada por completo. La popa del *Loto* se alzó al tiempo que el trinquete hundía el espolón de la proa en las olas, pero la nave cobró impulso. Gobernar era más sencillo a mayor velocidad; un barco grande como el *Loto* avanzaba fácilmente cuando navegaba veloz.

Habían zarpado de la playa propulsados tan sólo por la bancada inferior de remeros, pero Peleo ordenó que todos se pusieran a bregar, y sus briosas estrepadas mantenían la velocidad que les proporcionaba la vela e incluso la aumentaban. Entonces el timonel regresó a popa y midió la distancia que los separaba del enemigo valiéndose del pulgar.

—Vamos igualados —dijo—. Para tu información, navarco, si arrojamos el cuero por la borda, lo dejaremos atrás en cuestión de una hora.

Sático meneó la cabeza.

—¿Tú lo harías?

Peleo se rascó la barba.

—Seguramente, no. Al menos de momento.

—De acuerdo.

Se oyó un estrépito a popa, y una lanza del tamaño de un trinquete salió disparada hacia ellos. Sático no pudo evitar agacharse.

—Mierda —dijo Peleo—. Una de esas máquinas recién inventadas. ¿De dónde cojones sacan una máquina de Ares dos putos chipriotas?

Empezaron a perder arrancada porque los remeros estaban tan confundidos como Sático, mientras que las naves negras avanzaban a ritmo constante. La máquina volvió a disparar y en esta ocasión Sático tuvo tiempo de ver todo el vuelo de la lanza, que desapareció bajo las olas bastante a estribor de la popa.

—Ahora sí que tiraría el cuero —dijo Peleo—. Si una de esas pértigas alcanza nuestros remeros, estamos perdidos. —Escrutaba el mar—. Es buena época para que encontremos una patrulla rodia —añadió entre dientes—. En estas aguas siempre solía haber un barco. O en la playa del otro lado del cabo. Era mi puesto, tiempo atrás.

—Poseidón sea con nosotros —dijo Sático, que se sentía extrañamente ligero—. Podemos conseguirlo.

El promontorio de Acrotirion estaba cerca, tan sólo a una docena de estadios de la amura de estribor, y el joven sabía que en cuanto doblaran la punta encontrarían agua profunda en la bahía y un cambio de viento.

Una de las máquinas disparó con un chasquido de madera que se oyó a través de las aguas y la lanza salió bien apuntada, derecha hacia el *Loto* pero demasiado alta, de modo que sobrevoló la cubierta sin chocar con el mástil y se hundió delante de ellos.

—Traedme a Timoleón —ordenó Peleo. En un momento el capitán de los arqueros estuvo con ellos. Peleo señaló hacia popa—. ¿Puedes acertar a los hombres de la máquina?

Timoleón negó con la cabeza.

—Sólo si Apolo dispara mi arco —dijo, pero sin añadir más quejas, cogió una saeta de su cinturón y tiró de la cuerda hasta que la punta de bronce le tocó los dedos antes de disparar.

Sático la perdió de vista por culpa del sol, pero Peleo meneó la cabeza.

—Muy corto.

La máquina ubicada en la proa del barco fenicio disparó, pero el proyectil cayó corto porque lo lanzaron en un mal momento, cuando la proa cabeceaba en las olas. Se aproximaban a la costa muy deprisa, puesto que ambos bandos querían doblar el cabo lo más cerca de tierra que pudieran.

—¡Pon los remos de estribor en el rompiente, chico! —dijo Peleo—. Hay más agua de la que crees. ¡Pasa rozando esas rocas! —Luego se dirigió al arquero—: Vuelve a intentarlo.

Esta vez Timoleón aguardó a que la popa estuviera en lo alto de las olas y tiró tanto de la cuerda que la punta de la flecha casi se cayó de la empulgadura antes del disparo. Una vez más, Sático perdió de vista la flecha.

—Mejor —dijo Peleo.

—Dispara éstas —le ofreció Melita, haciendo caso omiso de la mirada de enojo de Peleo—. Son flechas sakje de largo alcance. Por eso están emplumadas. Ten en cuenta el viento; no pesan nada y se desviarán.

Timoleón cogió una, un palmo más larga que cualquiera de las suyas, hecha de caña de ciénaga y con espinas de hierro.

—Esto da miedo —dijo con una sonrisa—. Gracias, *despoina*.

—Veneno —advirtió Melita, sonriendo a su vez.

La mano de Timoleón se detuvo cuando iba a tocar la punta.

—Puñeteros escitas —dijo respetuosamente, acariciando el astil con el pulgar. Tensó el arco al máximo y disparó.

Incluso Sático vio el alboroto en la proa del barco pirata.

—¡Buen tiro! —gritó.

Timoleón sonrió encantado.

—Apolo me ha guiado la mano —dijo—. En mi vida había tirado tan lejos. —Asintió a Melita—. Gracias, *despoina*. ¿Quieres tirar?

—Soy incapaz de llegar tan lejos —admitió ella, encogiéndose de hombros.

El menor de los barcos pirata navegaba raudo, pero no volvió a disparar con su máquina. Mientras el promontorio crecía en el horizonte sus arqueros dispararon, y como tenían la brisa a favor, las flechas surcaban el aire con facilidad. Acertaron a un remero del *Loto*, a quien la punta de bronce le hizo un corte en la espalda.

Timoleón respondió, y fue agotando las flechas de caña de Melita sin acertar a ningún enemigo, pues los proyectiles se desviaban a la izquierda o la derecha como si estuvieran hechos de plumas. Melita lo observaba con una expresión que Sático conocía muy bien y que daba a entender que ella lo habría hecho mejor.

—Déjame tirar una vez —pidió Melita cuando sólo quedaba una saeta de caña.

—¡Faltaría más! —contestó Timoleón.

La joven se encaramó a la misma punta de la plataforma de popa, se balanceó un momento, alzó el arco, lo tensó y disparó con un único movimiento muy fluido.

Su flecha desapareció entre los remeros del trirreme más cercano, un poco alta para alcanzar a quienes manejaban la máquina de Ares, pero fue recompensada con un alarido.

Melita juntó las manos, la mar de contenta, mientras Timoleón le daba una palmada en la espalda.

La máquina de los fenicios disparó y el proyectil cayó sobre las bancadas de babor con un ruido como el de una tela al rasgarse, rebotó en la maraña de remos y cayó al mar sin romper nada.

Sático gobernaba el timón con mano de hierro. No acusaba la menor fatiga ni era de todo consciente del intercambio de proyectiles. Observaba la estela y afinaba el rumbo, dirigiendo engañosamente la proa hacia mar abierto y dejando que las olas empujaran el casco hacia el promontorio.

«Vamos bien», pensó, y mantuvo el rumbo. Mentalmente se hallaba en otro lugar, un lugar donde ser el timonel no dejaba sitio a ningún otro temor.

Melita bajó de la plataforma seguida por Timoleón. Peleo la observó con la boca fruncida, pero cuando la chica estuvo en mitad del barco, dijo:

—Nos ha regalado no menos de una eslora.

Doblaron el promontorio de Acrotirion pasando tan cerca como osaron, con los remos de estribor en el rompiente y los cascos negros a media docena de estadios de su popa. Todos los ojos del *Loto* se asomaban por encima del nivel de cubierta escudriñando la bahía de Kition con la esperanza de ver dos barcos de guerra rodios fondeados.

Los piratas perdieron un estadio porque el buque fenicio no se atrevió a acercarse tanto a la playa. Hizo un bordo mar adentro y Sático respiró más tranquilo, casi seguro de poder vencerlos en una carrera a muerte.

Y entonces todo el esmerado trabajo de gobierno se fue por la borda porque, como era de esperar, había un trirreme rodio anclado en la bahía, cuya tripulación todavía se encontraba en la playa, desayunando. Rodas era un puerto franco, ajeno a las guerras de los sucesores de Alejandro, pero protegía el comercio de Tolomeo porque convenía a sus intereses, y el trirreme fondeado disuadió a los piratas al instante. Mientras los tripulantes rodios regresaban presurosos a bordo, los piratas ya viraban hacia mar abierto, con sus máquinas en silencio.

Los remeros del *Loto Dorado* aplaudieron y gritaron con entusiasmo.

El patrón rodio subió a bordo con su trierarca y su timonel, y Peleo lo abrazó. Era un hombre apuesto de piel curtida y el cabello tan rubio que era casi blanco. El trierarca era la imagen opuesta de su capitán: pálido de tez y moreno de pelo, mientras que el timonel era tan negro como un nubio. Un exótico trío de la armada más famosa del mundo.

—Peleo, he reconocido el *Loto* en cuanto habéis doblado la punta. Y Juba dice que navega muy deprisa, ¿eh? He observado a tus remeros —señaló a los hombres cansados de las bancadas—, ¡y todos hemos gritado alarma a la vez!

—¡Y aun así llegábamos tarde, por Poseidón! —intervino el hombre de tez pálida. Era el más joven de los tres, y tenía el rostro colorado por el sol y lucía un quitón púrpura digno de un rey.

—Este es mi navarco. Se llama Sático. —Peleo hizo un gesto y el muchacho se adelantó sonriente—. Sobrino de León.

—Cualquier pupilo de León es un amigo de Rodas —dijo el nubio. Le tendió la mano, y Sático se la estrechó—. Me llamo Juba. El chico que no soporta el contacto de Helios es Orestes, y nuestro intrépido jefe se llama Actis. ¿No eres un poco joven para ser navarco?

—Iba al timón cuando hemos doblado la punta —añadió Peleo, frunciendo los labios.

Juba miró a Sático con más detenimiento.

—No está mal, viejo. ¿Es serio o sólo otro aristócrata?

—Todavía no lo sé —respondió el timonel con un encogimiento de hombros.

Compartieron la cena y el desayuno con los rodios, y luego zarparon, navegando a remo a lo largo de la costa sur de Chipre hasta que el viento fue favorable para poner rumbo a Rodas. Hicieron escala en Xanthos, donde recibieron malas noticias:

Antígono *el Tuerto* tenía su flota en Mileto y el puerto de Rodas se hallaba cerrado. La armada rodia era audaz, pero también pequeña.

Peleo se sentó enfrente de Sático a un mesa de una taberna de los muelles de Xanthos, tan cerca del *Loto* que la jarcia proyectaba una maraña de sombras con el sol poniente. Una esclava se puso de puntillas para encender las lámparas de aceite del fondo de la taberna y Peleo la observó con escaso interés.

—Hay viento portante para ir a Rodas —comentó—. Si no cambia, propongo que zarpeamos al alba y lo intentemos. El *Loto* será más rápido que cualquier nave que tengan en el mar.

Mientras hablaba, tocó la madera de la mesa e hizo un signo para conjurar la mala suerte.

Melita bajó por la pasarela del barco con un recatado quitón de mujer. La esclava de la taberna negó con la cabeza.

—¡Mujeres no! —advirtió.

Melita enarcó una ceja y fue a sentarse con su hermano. La esclava la siguió.

—¡Por favor, mi señora! Mujeres no. Es la ley de la ciudad. En los burdeles y las tabernas sólo se permiten esclavas. La guardia nos arrestará a las dos.

Melita suspiró. Cruzó una mirada con Sático, se levantó, volvió a subir por la pasarela hasta la popa del *Loto* y desapareció bajo cubierta. Al cabo de un momento salió como una especie de arquero andrógino con un gorro de Pilos, y la esclava accedió a que se sentara con los hombres a cambio de unos pocos óbolos de cobre.

—Detesto Asia —protestó Melita.

—En Atenas sería peor, *despoina* —señaló Peleo, alzando una ceja.

—¿Cuál es el veredicto? —preguntó la muchacha.

—Peleo piensa que deberíamos intentar llegar a Rodas —respondió Sático.

—Ya decía yo que no eras un cobarde —dijo Melita, tomando un poco de vino de su hermano.

Soltó el comentario sin ánimo de ofender, pero Sático se encendió y apartó la mirada. Peleo suspiró.

—Señorita, huir de los piratas no es un acto de cobardía y, francamente, tu manera de perseguir un poco de gloria sólo servirá para que mueran hombres —dijo Peleo tras un suspiro—. Te comportas como una niña, una niña particularmente estúpida. Esto es el mar. Aquí tenemos otras reglas. Obedecemos a Poseidón, no a Atenea ni a Ares. El mar puede matarte cuando quiera. ¿Crees que una batalla es algo maravilloso? ¿Algo que pone a prueba tu coraje? Espera a pasar una tormenta en el mar, *despoina*. Yo he vivido cientos; sí, y otras tantas batallas.

—Tú has gastado buena parte de tus reservas de coraje —asintió Melita con una media sonrisa—. Yo no.

—Te arriesgas a enojarme —le advirtió el timonel, con el semblante pálido.

—Es un riesgo que puedo correr —replicó ella.

—Cállate, Melita —intervino Sátiro con un suspiro—. No seas idiota. Que yo recuerde, era yo el jovenzuelo; yo debería ser el exaltado y tú la voz de la razón. —La hizo sonreír, y se volvió hacia Peleo—. No le hagas caso. Mi hermana siempre tiene que ser más valiente que Aquiles. Es el problema de tener que representar a toda la mitad femenina de la raza.

Jenofonte apareció en la proa y saltó a tierra con un quitón limpio y una clámide ligera.

—¿Y bien? —preguntó.

—Todas —dijo Sátiro—. Al alba. ¿Alguna objeción?

—Estás muy susceptible, esta noche —comentó Jenofonte, meneando la cabeza—. ¿Puedo sentarme al lado de tu hermana?

—¿Te refieres a este arquero? Faltaría más. Dale un buen empujón de mi parte al sentarte.

Jenofonte obedeció, Melita soltó un grito y Sátiro se rio. Pero Peleo no se había aplacado.

—No me gusta que unos mocosos se burlen de mí —dijo, mirando de hito en hito a Melita—. León dijo que embarcaras con nosotros; es una equivocación. No eres disciplinada ni obediente y nos defraudarás. Si veo que un hombre muere por tu culpa, te tiro por la borda. ¿Entendido, niña? —Le dio la espalda, volviéndose hacia Sátiro—. Dormiré a bordo y ordenaré a los hombres que regresen al barco antes del amanecer. ¿Algo más?

—No, Peleo —dijo Sátiro. Se levantó con el rodio y salió con él de la taberna—. No tiene mala intención. Sólo quiere ganarse tu respeto.

—Si fuese un chico, la habría azotado hasta hacerla sangrar; cachorro ignorante. —Peleo se encogió de hombros—. Es buena tiradora, pero eso no la hace especial. Las mujeres no pintan nada en el mar. Mañana controlaré mi mal genio. Pero quiero que regrese a casa desde Rodas. Y no en mi barco.

Se marchó pisando fuerte.

Sátiro suspiró. Volvió a entrar en la taberna a través de la cortina de cuentas, justo a tiempo para ver que Jenofonte apartaba bruscamente su cabeza de la de Melita y daba un respingo como si le hubiese picado un bicho.

Ambos tenían un aire culpable. La tez de su hermana estaba roja como el sol poniente. Se sentó delante de ellos, meditando el comentario que iba a hacer, pero no estaba seguro. ¿Se habían besado? ¿Era asunto suyo?

Sátiro estaba acostumbrado a que su hermana fuese la más sensata de los dos, la serena y valiente. Algo había cambiado: de pronto el prudente era él.

—¿Y bien? —preguntó Melita en tono agresivo, inclinándose hacia delante con los ojos encendidos.

—Me voy a acostar aunque tenga que compartir mi manto con un montón de insectos —dijo Sático, obligándose a sonreír—. Al menos no estaré tendido junto a un fuego humeante en una playa abierta. Peleo tiene intención de zarpar cuando asomen los primeros dedos de la aurora.

«Se están dando la mano debajo de la mesa. Apolo, ¿es asunto mío?». El muchacho se apoyó en el respaldo, con la cabeza contra el tabique de madera que separaba aquel garito del siguiente, y de repente levantó una pierna entre su hermana y su mejor amigo, de modo que el pie tropezó con... sus manos.

—Melita, vete a la cama —ordenó.

—¿Por qué? No puedes obligarme —replicó la joven, con el rostro súbitamente congestionado de pura rabia.

—Si desvelo que eres una mujer, puedo hacer que te retengan en un templo por el resto de tu vida, estúpida. ¿Qué demonios te ocurre? Y tú, Jenofonte, ¿vas a casarte con mi hermana, eh? Más vale que lo hables conmigo, amigo. Porque si veo que volvéis a tocaros antes de que llegemos a Rodas, correrá la sangre. Lo prometo.

—¡No te pertenezco! —espetó Melita.

Algunos parroquianos se estaban volviendo a mirar.

Sático respiró profundamente.

—No —concedió—. Pero yo tampoco soy tuyo, Lita. Y aquí el único responsable soy yo, no tú. Del barco, del cargamento y de tu virginidad. Cuando seas tú la responsable, haz lo que te plazca. Cuando has estado al mando, ¿no te he obedecido?

Jenofonte guardó silencio mientras los gemelos se fulminaban con la mirada. Melita se tapó la boca con la mano y se mordió la palma hasta hacerla sangrar. Fue algo muy desagradable de ver.

—Sí, has obedecido —concedió hoscamente. Acto seguido rompió a llorar y se fue corriendo hacia el barco.

—Lo siento, Sático —dijo Jeno—. La amo. Creo que siempre la he amado.

El joven negó con la cabeza.

—En este barco, no. ¿Entendido? En este barco no hay amor que valga. Ella es una pasajera y tú un infante de marina.

—Lo intentaré —asintió Jenofonte, con escasa convicción.

Sático procuró imitar a Filocles.

—No lo intentes —replicó, disfrutando bastante al usar la frase que más temía de su preceptor—. Hazlo, y punto.

Después, una vez solo, siguió bebiendo vino mientras contemplaba el muelle. Su mejor amigo, su timonel y su hermana estaban enojados por igual.

A solas en la oscuridad, sonrió y se terminó el vino.

Cuando la bola roja del sol estuvo encima del horizonte oriental ya se

encontraban a considerable distancia de Xanthos, navegando casi derechos hacia el oeste como si huyeran de la cuadriga de Apolo. El crepúsculo los encontró con el mismo rumbo, surcando las aguas en pos del sol. El cabo de Rodas y la propia ciudad brillaban como una almenara bajo el sol, mientras la cabeza de la estatua de Apolo en lo alto del cabo parecía arder como si el dios tuviera un halo de fuego sagrado.

Detrás de ellos, en la creciente penumbra del anochecer, un par de sombras resultaban visibles, delatadas por sus velas pese a que los cascos se confundían con la costa de Asia.

Peleo las observaba, protegiéndose los ojos con la mano.

—Son los mismos cabrones —dijo—. Aquí pasa algo raro. No merecemos tanto esfuerzo. El más grande ha bajado desde Tiro, cuando debería haberse quedado en la costa este de Chipre.

Sátiro se estaba esforzando para que la estela fuese tan recta como el vuelo de una flecha, de modo que contestó con un gruñido.

—¡Barcos en la amura de babor! —gritó alguien desde proa con voz aguda: era Melita.

Peleo miró en derredor y echó a correr por la cubierta central, se agachó para pasar por debajo de la vela mayor y Sátiro lo perdió de vista. El muchacho vio dos destellos sucesivos. Los piratas estaban comenzando a remar porque la brisa amainaba.

Peleo regresó, corriendo tan deprisa que sus pies descalzos palmoteaban la suave madera de la cubierta.

—No es rodio —declaró lacónicamente—. Dame el timón.

—Te doy el timón —dijo Sátiro ceremoniosamente, y aguardó a que las manos de Peleo agarraran el remo de gobierno antes de soltarlo—. Llevas el timón.

—Llevo el timón —dijo Peleo—. Hay un carguero lesbio justo enfrente del cabo —agregó, al tiempo que viraba unos pocos grados hacia el norte—. Voy a apartarme de esos barcos que no conozco, que quizá sean macedonios bloqueando la isla, y a ofrecer a los piratas que nos siguen, si es que en verdad son piratas, ese gran mercante lesbio.

Sátiro corrió a proa para formarse una idea de la situación. Los barcos que tenían al suroeste no eran más que una hilera de señales en el mar, cascos negros sin velas, pero el destello de sus remos era rítmico y predatorio. Cuatro, cinco, seis barcos. Una columna de naves.

Hacia el norte, un panzudo mercante iba a cruzar su derrota a vela, con el viento por la aleta, tratando de mantener un rumbo tan hacia el sur como le permitía el velamen. Sátiro lo observó un momento y luego pasó por debajo de la vela mayor para regresar a popa a la carrera.

—Ésos del sur son barcos de guerra —dijo.

—Sí —convino Peleo—, así es.

Las dos siluetas negras que llevaban detrás iban perfilándose con más claridad a medida que aumentaba el ritmo de sus estrepadas. Peleo las vigilaba mientras acortaban distancias.

—Por la verga de Poseidón, son nuestros amigos de las máquinas —dijo con convencimiento—. ¿Cómo es posible?

—¿Qué debo hacer? —preguntó Sático.

Peleo frunció los labios y volvió a mirar hacia popa.

—¿Rezar? —aventuró. Sonrió y empujó el timón un poquito más—. Remeros a la cubierta superior —llamó.

El oficial de remeros hizo sonar el gong de bronce una vez y acto seguido gritó:

—¡Listos!

La mayoría de los remeros ya estaba en posición. En un barco con menos de doscientos hombres, las noticias circulaban deprisa.

—Diez estadios y estaremos a salvo —dijo Peleo a voz en cuello. Desvió el barco otros pocos grados hacia el norte—. Oficial de remeros, danos un poco de velocidad.

El oficial de remeros comenzó a marcar el compás, y todos los brazos de la cubierta superior empezaron a trabajar con empeño, poniendo cuidado en que las estrepadas no restaran impulso al último sople de brisa.

—Atentos a mi orden para arriar la mayor —dijo Sático, alto y claro, y Peleo asintió.

El oficial de cubierta alineó a sus hombres e incluso Agatón sujetaba un cabo pese a los verdugones que tenía en la espalda; había sido castigado en Xanthos por la mañana, azotado con una soga.

La brisa fue abandonándolos a medida que se aproximaron a tierra. Era una cuestión de opinión decidir cuándo eran útiles los remos, así como cuándo las velas devenían un lastre; la clase de decisión que podía suponer la mayor diferencia del mundo.

—¡Cubiertas inferiores listas! —gritó el oficial de remeros. —Arriad la mayor —ordenó Sático a una señal de Peleo.

Los tripulantes de cubierta soltaron las drizas de la borda y la vela cayó plegándose sobre la cubierta con un gran resplandor rojo. Los piratas —suponiendo que los cascos negros fueran tales— se acercaban deprisa. Sus proas brillaban al sol, y la del barco fenicio tenía dos ojos pintados en las amuras, encima del espolón.

Algo destelló a popa y cayó al mar dentro de su estela, y luego se oyó un distante ruido sordo.

—Aquí los tenemos —dijo Peleo—. Son los mismos cabrones de ayer.

Empujó el remo de gobierno un poco más hacia el norte, de modo que su rumbo fuera opuesto al del mercante lesbio que se dirigía al sur.

—¡Todos los remos! —bramó el timonel—. ¡Avante a toda, muchachos!

En el sur, la escuadra militar iba a toda velocidad, pero Peleo los había engañado al virar hacia el norte de su rumbo a cada estadio. Se acercaban en columna, dirigidos por los dos barcos más pesados, y pese a contar con la ventaja de la corriente y de tener bancadas de remeros mayores, no estaban dándoles alcance. Pero allí los tenían, como un rompiente o una costa a sotavento, una amenaza que no podían obviar.

—Macedonios. Algunos corintios y quizás un asiático —dijo Peleo—. La flota de Antígono. —Meneó la cabeza—. Aunque no lo veas, ya los hemos adelantado. Se darán por vencidos dentro de nada, y más vale que así sea, porque de lo contrario tendremos serios problemas.

La máquina del barco fenicio volvió a disparar, y el proyectil rozó las olas al adelantarlos antes de hundirse en el mar.

—Poseidón, cómo detesto esos artilugios —renegó Peleo—. Prometo dedicarte un becerro, Sorteador de la Olas, si me conduces sano y salvo hasta Rodas.

Una vez más, mientras oían las protestas de los lesbios, Peleo empujó el remo de gobierno dirigiendo la proa hacia el norte, de modo que ahora su bordada era opuesta a la del barco mercante, casi en ángulo recto con su rumbo inicial, y los dos piratas que levaban a popa tuvieron que virar hacia su estela para ganar distancia. Ya no estaban perdiendo la carrera, y los enojados marineros del mercante, que se vio obligado a poner rumbo al sur para evitar la colisión con los locos a bordo del *Loto*, les gritaron toda suerte de insultos al cruzarse raudos con ellos.

—¿Atacarán los piratas a la presa más fácil? —preguntó el timonel—. ¿Y cómo se atreven a acercarse tanto a Rodas?

Sátiro negó con la cabeza. Estaba claro que el escuadrón que tenían al suroeste había renunciado a perseguirlos. Caía la tarde, y necesitaban encontrar un fondeadero.

—¡Fíjate! —dijo Peleo. A popa, los dos barcos piratas ignoraron al mercante, que de hecho pasó entre ambos soltando otra sarta de insultos—. Les han pagado bien —añadió—. ¿Listo para coger el timón?

—Listo para coger el timón —asintió Sátiro, y agarró el remo con las dos manos. El barco parecía estar vivo.

—Tienes el timón.

—Tengo el timón —respondió el joven.

—Cuando te avise, viras noventa grados y derechos a puerto.

Peleo le confió el gobierno de la nave y echó a correr hacia proa, gritando al oficial de remeros.

Sátiro sonrió al comprender lo que el timonel se traía entre manos. Dado que el escuadrón macedonio remaba hacia su playa de pernoctación, había abierto una ruta diferente hacia el puerto —en realidad, el *Loto* seguiría a la escuadra— y los piratas

volverían a perder terreno. Demasiado terreno esta vez para darles alcance.

—Todos a la vez. El timón mantiene el rumbo, y las bancadas de remeros nos hacen virar. ¿Listos? ¿Todos listos? ¡A mi orden! —gritó Peleo. Los jefes de banco levantaron la cabeza, dando a entender que lo habían comprendido.

Los remeros dieron otra estrepada hacia el norte. Peleo vigilaba a los piratas. Sático ni siquiera volvió la cabeza. Aquello era tarea de Peleo, ahora.

—¡Todo a babor! —bramó Peleo.

Al instante, el oficial de remeros tradujo la orden en instrucciones para los remeros. Momentos después, las bancadas de babor cieron, el timón se hundió, y todos los marineros corrieron a la banda de estribor y se colgaron de la borda, y más a proa los infantes de marina y los arqueros hicieron lo propio. Sático, con los ojos fijos en la proa, vio que su hermana y Dorcus se colgaban de los cabos de estribor como el resto de la tripulación. Cada granito de arena contaba.

El *Loto* viró de norte a oeste en dos esloras y siguió navegando veloz, prácticamente sin perder arrancada.

A popa, las aves de rapiña ni siquiera tuvieron ocasión de apuntar con su máquina. Siguieron remando para ganar un tiempo precioso mientras su presa se escabullía cual conejo perseguido por unos perros, y tardaron demasiado en efectuar el viraje. El pesado trirreme fenicio tardó tanto en realizar la maniobra que quedó casi un estadio al norte y perdió varios estadios de distancia.

La nave decidió perder más terreno y disparar su máquina otra vez. Fue su último disparo, le costó más tiempo y más maniobras.

—¡Al suelo! —gritó Peleo, y apoyó la espalda contra la proa. Se quedó helado al darse cuenta de que Sático estaba de pie y al descubierto.

El tiempo pareció detenerse mientras el joven observaba el proyectil que salía despedido de la máquina bajo los últimos rayos del sol y caía al agua al sur de su posición por un mal cálculo del momento para lanzarlo. El viejo marino puso cara de preocupación.

Los dedos del sol se extendían a través del mar vinoso y el *Loto* cruzó el cabo a toda velocidad hasta el puerto exterior, mientras los piratas daban media vuelta en su estela. En la playa, debajo del templo de Apolo, un puñado de curiosos los ovacionó mientras Peleo ordenaba a los remeros que detuvieran la nave, clavando las palas en el agua para restarle arrancada.

Peleo se rascó la espalda y se estiró.

—Ha valido la pena arriesgarse —dijo. Meneó la cabeza—. Aunque ha sido una maniobra muy apurada para un viejo como yo.

—No he sabido qué te proponías hasta el último momento —dijo Sático—. ¡Y los piratas tampoco!

El viejo marino volvió a menear la cabeza.

—Tu hermana lleva razón —dijo—. Ya no tengo las agallas de antes.

Descargaron un cargamento secreto de bienes valiosos —amuletos, sellos con piedras preciosas talladas y lino egipcio de primera calidad— y el cargamento real de farro egipcio. El factor de León ya había cerrado tratos con los compradores y Sático, como navarco, recibió un fajo de anotaciones que indicaban el valor de la carga y su venta final. Ni un solo óbolo cambió de manos: el dinero quedaba sobre el papel para que los piratas no pudieran hacerse con él.

—Cuero curtido ateniense para Esmirna —dijo Sático.

—Ya lo están cargando —respondió el factor con petulancia—. Me alegra que conozcas tu oficio, pero nosotros conocemos el nuestro. Néstor *el Galo* es el factor en Esmirna. Entrégale el cuero y te dará un cargamento para que lo lleves de vuelta a Egipto. Lana y aceite, si no me equivoco. —El factor sonrió por primera vez—. León sin duda te ama, muchacho. Te ha confiado el *Loto*.

Sático sonrió un tanto confundido y dejó pasar el comentario.

Peleo lo acompañó a las oficinas de la armada rodia, sitas junto al templo de Poseidón, justo encima de los diques secos.

—Todo oficial debe presentarse y dar parte de novedades —le explicó el timonel—. Si tienes previsto seguir en este negocio, te conviene granjearte su amistad.

Sático subió la escalera con Peleo. Para cuando llegaron a la altura del patio del templo, una docena de curtidos veteranos habían saludado al viejo marino con sumo respeto. Entraron a través de una hilera de columnas de madera pintada y se unieron a una docena de hombres con quitones desgastados por las inclemencias del tiempo y mantos manchados de aceite reunidos en torno a dos hombres de más edad, sentados en banquetas de madera.

—¡Peleo! —exclamó el mayor, un hombre nervudo con la barba tan blanca como la nieve del monte Olimpo—. Me habían informado de que venías hacia aquí.

—Y aquí estoy. Este joven pícaro es Sático, el sobrino de León. Un navarco bastante aceptable. Sático, estos dos ancianos son Timeo y Pantera. Este año están al mando de la flota.

Peleo les dio la mano a ambos.

—Entonces eres Sático, el hijo de Kineas de Atenas, ¿verdad, chico? —Pantera hacía honor a su apodo, con una mata de abundante pelo gris a pesar de la edad, cejas que le conferían un aire furibundo y una inmensa barba que no lograba ocultar el horno que ardía detrás de sus ojos—. ¿Cuándo vas a libramos de la puta sifilítica de Eumeles? ¿Eh, muchacho?

—Mi hermana ya lo habría matado —dijo Sático con un carraspeo—. Yo aún lo estoy meditando.

—¡Señor de los sementales, oigo el ruido metálico de sus huevos desde aquí! —

dijo Pantera. Se volvió hacia Peleo—. Estábamos hablando de vuestros piratas. Cuando habéis arribado, ¿adivinas qué han hecho?

Peleo se encogió de hombros.

—¿Remar hacia el norte con el viento en la amura?

—¿Puedo intervenir, señor? —dijo el joven navarco con una sonrisa.

—Adelante, muchacho —indicó Pantera, gruñendo.

—Han puesto rumbo al sur para costear, buscando la flota de Antígono.

—Chico listo —comentó Timeo, entornando los ojos—. ¿Y por qué?

—No son piratas —explicó Sátiro—. O, mejor dicho, no son sólo piratas. Nos persiguen a Melita y a mí, por orden de Estratocles de Atenas. Quizás eso forme parte de un acuerdo de mayor alcance. —Se encogió de hombros—. Estratocles *el Informante* es la clase de hombre capaz de conseguir un salvoconducto de sus adversarios y al mismo tiempo dedicarse a espiarlos. —Se encogió de hombros—. Hay que reconocer que es eficiente.

—Atenas no siente un gran amor por Casandro, de eso no hay duda. —Pantera miró en derredor y se dirigió a Peleo—. Cuando Antígono nos ataque, ¿Tolomeo nos apoyará?

—Tiene que hacerlo —asintió Peleo—. Está armando una flota. No es la flota que vosotros o yo armaríamos, pero mejor eso que nada.

Timeo gruñó.

—Parte de la flota del Tuerto está en nuestras playas para asegurar el bloqueo.

Se rascó el mentón, mirando hacia el suelo. Sátiro bajó la vista y se dio cuenta de que estaba encima de una carta del mar Interior. Sus sandalias pisaban la costa de Rodas, con los rayos de Helios perfilados en oro, y Esmirna quedaba a dos pasos de él.

—El resto ha desaparecido —terció Pantera, señalando vagamente la costa de Asia.

—Que yo sepa, Demetrio se la llevó directamente a Alejandría para quemar la ciudad. Es un tipo muy osado. —Timeo meneó la cabeza—. Sacamos todos nuestros cruceros al mar para impedir el bloqueo, y luego hicieron su jugada y no hemos vuelto a verlos.

—Nuestro puerto está vacío, por si no os habéis fijado. No nos quedan más barcos que puedan salir a explorar. ¿Recorreríais vosotros la costa de Palestina en el camino de regreso? —solicitó Pantera a Peleo—. Nuestra necesidad es grande.

Peleo miró a Sátiro.

—Eso tiene que decidirlo él, caballeros. Palestina queda muy lejos de nuestra derrota. Y no podríamos traerlos las novedades.

—Podríais transmitirlos a nuestra base de Chipre. Peleo, nos hallamos en un apuro. Y, además, estamos en el mismo bando —dijo Timeo, levantándose de la

banqueta.

—Soy tan rodio como el que más, Timeo —respondió Peleo, encogiéndose de hombros—. Pero trabajo para un alejandrino y soy un servidor honesto. El año pasado vosotros enviasteis barcos a asistir a Antígono *el Tuerto*.

Pantera se encogió de hombros.

—Fue por pura conveniencia. Sabes bien a quién preferimos.

—Bienvenido a los Juegos Olímpicos de la política, chico —dijo Peleo a Sátiro. El muchacho se adelantó.

—¿Encontraríais un mercante que llevara el cuero del señor León hasta Esmirna?

—En principio eso tiene fácil arreglo —asintió Timeo.

—Siendo así, venderemos artículos de lujo para pagar a los remeros y zarparemos de vacío hacia la costa de Palestina —decidió Sátiro.

—Y volaremos —terció Peleo.

—Esos dos lobos se os echarán encima en cuanto salgáis del puerto —advirtió Pantera.

—Casi nos alcanzan cuando íbamos a plena carga —respondió el viejo timonel—. A no ser que los dioses quieran condenarnos, si vamos vacíos llegaremos al horizonte antes de que puedan montar sus infernales máquinas.

Sátiro respiró profundamente.

—Necesitamos tres días —dijo—. La tripulación necesita un descanso.

—De acuerdo —convino Timeo—. Entretanto, tal vez llegue uno de nuestros cruceros y ya no será preciso molestaros.

El joven se volvió hacia Peleo.

—Y mi hermana se queda a bordo —sentenció.

—Hecho —dijo el marinero con un encogimiento de hombros.

Tras un día de excesos y otro más de reposo, los tripulantes del *Loto Dorado* se congregaron en la playa, hoscos o sonrientes según la naturaleza de cada cual. Muchos de ellos habían encontrado compañía, por lo general temporal, y unos cuantos habían ganado o perdido bienes. Sátiro vio a un joven remero con lo que parecía una clámide de tejido de oro en torno a los hombros, de pie junto a un hombre de más edad con la cabeza entre las rodillas que al parecer iba completamente desnudo. Pero ninguno llegó tarde ni dejó de presentarse, y todos tenían consigo el cojín de remar, fuera cual fuese el estado de su indumentaria.

Peleo se levantó. Llevaba un peto de bronce y sostenía un yelmo.

—¡Éste es un viaje de guerra! —gritó—. ¿Alguien prefiere quedarse en tierra? Tengo un par de jabalinas para cada hombre y añadiré un óbolo a la paga. Pero apenas llevaremos cargamento y eso significa que no hay reparto.

Kyros, el oficial de remeros, habló.

—¿Qué pasa con las capturas?

Peleo asintió.

—Eso está hecho. Pero vamos a explorar una costa enemiga, muchachos. No habrá mucho tiempo para capturas. Si las hacemos, se repartirán según la costumbre de Rodas.

Kyros asintió y volvió a sentarse en cuclillas.

Peleo se volvió hacia Sático.

—Esto es lo que se considera un consejo entre la gente de mar —dijo—: la corriente es favorable.

—Pues aprovechémosla —resolvió el muchacho.

Los dos lobos se percataron de que el *Loto Dorado* zarpaba en cuanto éste pasó por delante del templo de Apolo y salió de la dársena del puerto. Peleo los vigilaba, protegiéndose los ojos con la mano, mientras lanzaban sus remos a bordo para luego empujar sus popas playa abajo. Pero en la orilla nosoplaba viento y sus remeros reaccionaron despacio, de modo que el *Loto* les sacó ventaja sin apenas esfuerzo.

—¡Adiós y buen viaje! —dijo Peleo, sin quitarles el ojo de encima—. Desde luego sus proas cargan con un buen peso en metal. No me importaría perderlos de vista.

Lo último que vieron de ellos fueron sus mástiles hundiéndose en el horizonte mientras la costa de Asia surgía por la amura de babor.

Sático vio los reveladores cabos que lo conducirían hasta Xanthos.

—Supongo que no haremos escala en Xanthos —dijo.

—Tenemos un día espléndido y una tripulación dura como la madera vieja —respondió Peleo—. Aprovechemos este viento franco del oeste mientras sople y veamos si alcanzamos las playas de Panfilia. Si el tiempo se mantiene —dijo, e hizo el signo del cuerno con la mano—, tal vez arribemos a Pafos, en Chipre, y ya no volveremos a ver a esos cabrones.

Kyros cogió un cazo de agua del tonel de popa y miró al timonel enarcando una ceja.

—Nada de decírselo a los muchachos, supongo.

Peleo se rio a carcajadas.

—A lo mejor cuando salga la luna. —Miró a Sático—. Estaría bien que pudieras contar a tus nietos que una vez fuiste de Rodas a Pafos en una singladura.

Se apostó al lado del joven por espacio de diez estrepadas y entonces notaron el viento franco del oeste en sus espaldas. El timonel mostró una de sus escasas sonrisas.

—Levanta el palo mayor, Kalos. Iza la vela.

—Palo y vela mayor —contestó el hombre.

Bajo, peludo y con múltiples cicatrices, su nombre indicaba lo que no era: apuesto. Tal vez era el tipo más feo que Sático hubiese visto jamás, incluido Estratocles, pero tenía sentido del humor, y a menudo sostenía que había sido un avatar de Afrodita en una vida anterior y que ahora pagaba por ello.

Por supuesto, también era un marino muy experimentado. En menos tiempo del que se tardaba en dar cien paladas, el palo mayor estuvo arbolado y asegurado con recios obenques, y la vela mayor iba ascendiendo, tensa como una tabla y redonda como un queso.

—Navarco —dijo Peleo con brusquedad—, si te interesa mi consejo, diría que podemos hacer la travesía hasta Pafos.

Sático asintió varias veces, considerándolo.

—Pues entonces, adelante —decidió.

—Lo único es que todo el trayecto es por mar abierto. Ni avistamientos ni refugios —agregó el timonel, enarcando una ceja muy poblada.

—¿Por un día? ¿Somos marineros o no? —preguntó Sático retóricamente—. ¿Cuál es el rumbo?

—Hace años que no hago esta ruta. —Peleo entrecerró los ojos para mirar el sol y el cielo—. Suroeste. No, más al sur. Eso es. Mantén esta derrota. —Se quedó tanto rato contemplando la estela que Sático pensó que quizás había cambiado de parecer—. La navegación de altura es la que te permite descubrir si eres capaz de llevar el timón —dijo—. No hay demoras ni balizas. Tu estela es recta o no lo es. ¿Me oyes, chaval?

Sático se estaba cansando de aquella vida que parecía consistir en una interminable sucesión de pruebas, pero se tragó la primera respuesta que acudió a sus labios y logró sonreír.

—Lo haré tan bien como pueda.

—Veo una muesca en tu estela —repuso Peleo.

Cuando el sol estuvo en lo alto del cielo, Melita recorrió la cubierta elevada que discurría entre las bancadas de los remeros. La mayoría de ellos iban cómodamente sentados, y unos cuantos estaban aparejando un toldo en la banda de babor para guarecerse del sol.

Ahí donde fuese la seguían el silencio, las miradas y algunos comentarios en voz baja. La vida a bordo había demostrado a Melita lo estúpidos que eran los hombres. Su cuerpo de mujer era capaz de poner fin a una riña, a una discusión, a una afirmación religiosa; realmente era increíble que los hombres se las arreglaran para trabajar estando ella en el barco.

Por contraste, ella estaba rodeada en todo momento de hombres desnudos, si bien ninguno la excitaba ni un ápice. Algunos tenían cuerpos hermosos; su hermano, por

ejemplo, o el viejo Peleo, a su manera. Jenofonte, excepto por los granos de la cara, tenía el físico de Heracles. El capitán de infantería hacía ejercicio desnudo, reluciente de aceite, tratando a todas luces de atraer su atención. Tenía un buen cuerpo, pero, tal como Melita ya le había comentado a Dorcus, no había gran cosa dentro de él.

Se recogió el quitón jónico con un brazo y la clámide con el otro antes de dejarse caer sobre un fardo de pieles de becerro que hacía las veces de asiento de popa para las visitas del timonel.

—Estoy harta de que me miren —se quejó Melita a su hermano.

—Pues yo estoy harto de que me pongan a prueba. ¡Te lo cambio! —dijo Sático con una sonrisa irónica.

—¡Trato hecho! —respondió Melita, y escupió en la palma de la mano. Las chocaron sin que Sático dejara de agarrar el remo de gobierno con ambos brazos.

—Ahora has puesto una muesca en mi estela —dijo Sático.

—Finges que eres marinero mientras yo finjo que soy griega. —Melita se rio—. ¿Cuándo dejaremos de fingir?

Su hermano contempló el horizonte por encima de la proa por un largo momento.

—Me acuerdo de cuando pensaba que tú eras mucho más madura que yo —dijo al cabo—. Ahora pienso que quizá te haya adelantado, por un tiempo. Porque aprendí una cosa el año pasado, y la volví a aprender después de besar a Amastris.

—¿Besaste a Amastris? ¿No a una esclava vestida con su ropa?

—¿Estaba mascando canela antes de llamarme? —preguntó Sático.

Melita sonrió de manera enigmática.

—Entonces... la besaste. ¿Fue bonito?

Sático suspiró.

—Sí, fue bonito, Lita. A eso me refería. No fue en absoluto como besar a Fiale. Besar a Fiale me ponía el miembro duro. Besar a Amastris me ablandó.

—Me vas a matar. ¿Mi hermano tiene un alma poética? ¿Y yo me quedo con estos farfollas? —Hizo un ademán que abarcó a los hombres de cubierta. Luego, al ver que Peleo se acercaba por la cubierta central, se aproximó más a Sático—. Cuéntame qué aprendiste.

—Siempre estamos fingiendo. —La miró de hito en hito, tan de cerca que Sático podía ver las motas de color de su iris y ella veía su propio reflejo en el de él. Melita notó el aliento de Sático en el rostro—. Finjo ser valiente cuando tengo miedo. Finjo que me interesa el sexo cuando lo que quiero es impresionar a mis amigos. Finjo que soy religioso cuando voy al templo. Finjo ser obediente cuando gobierno el barco.

Su hermana lanzó una mirada a Peleo y Sático le cogió el brazo.

—Escúchame bien, Melita, esto es lo que todo efebo sabe. Pero lo que yo sé es que lo que se finge acaba convirtiéndose en la realidad.

Melita lo miró como si fuera la primera vez que lo veía.

—Pero... —Hizo una mueca—. Sátiro, ¿por qué no eres siempre así?

—¿Qué? —Sátiro frunció el ceño.

—En el mar, eres tan sabio como Filocles —explicó ella, alzando los brazos al cielo como en una súplica a los dioses—. Tan sutil como Diodoro. En tierra, a menudo eres... bueno, no del todo un hombre, hermano.

—Vaya, pues muchas gracias —respondió el joven. Al cabo de un instante, se encogió de hombros—. No lo sé. En el mar estoy al mando, al menos en este viaje. Y mandar... bueno, es como un cubo de agua fría cuando estás dormido. Y no paro de ver a otros haciendo cosas que me consta que yo hago. Jeno a veces me causa escalofríos, así que ayúdame, ¿quieres?

Se echó a reír, y Melita se le unió.

—Si fueseis marineros, me esperaría un motín —dijo Peleo. Dedicó una sonrisa a la muchacha—. ¿Puedo presentar a la *despoina* una disculpa por mi grosería cuando huíamos de los piratas?

Ella le sonrió abiertamente con los ojos brillantes y echándose el pelo para atrás. Si como griega aquéllas eran las armas que debía utilizar, las blandiría sin piedad.

—¿Fuiste grosero, timonel? Creía que estabas cumpliendo con tu deber.

Dicho esto, se marchó enseguida hacia el toldo que compartía con Dorcus bajo el palo trinquete. Melita oyó el gruñido de Peleo mientras se alejaba, y volvió a sonreír con satisfacción. No eran las armas que ella habría elegido, pero desde luego cortaban.

Era primera hora de la tarde y el mar, azul sobre azul, pareció rebasar por el borde circular del cuenco del horizonte. El sol surcaba el cielo encima de ellos, dirigiéndose al oeste, y el puñado de nubes aborregadas que se veían en el cielo eran más un adorno que una amenaza.

—Nada da tanto miedo, salvo una tormenta —masculló Kalos. Se puso en cuclillas en la popa, resguardado del viento. Mantenía la vista al frente, como si no quisiera ver el borde vacío del cuenco, sin un atisbo de tierra en ninguna dirección.

—No seas afeminado —dijo Peleo—. Piensa en el ejemplo que das a los muchachos.

—Detesto no ver la costa —declaró Kalos. Se puso de pie, se estiró como un gran gato feo y se dirigió diligentemente hacia proa, sin que le afectara el balanceo.

—Yo también lo detesto —confesó Peleo. Dedicó a Sátiro su sonrisa más íntima—. Pero surcar el mar abierto es lo que nos convierte en mejores marineros, chaval. Y tiene que parecer que sabes adónde vas, como si hubiera un camino de oro remachado en la superficie del agua sólo para ti.

—Siempre finjo que no tengo miedo —dijo Sátiro, pensando en el consejo que había dado a su hermana.

—Para eso tenemos un nombre, chaval —replicó Peleo—. Lo llamamos coraje.

—¿Sabes dónde estamos?

—No —contestó el timonel, mirando en derredor—. En algún lugar al oeste de Chipre, mil estadios arriba o abajo. Esas nubes bajas que asoman por proa me han dado esperanza. ¿Las ves?

Sátiro alargó el cuello para ver por debajo de la vela mayor.

—Me parece que sí.

—Voy a echar un vistazo. Como si tal cosa, para que no parezca que algo va mal. Muesca en la estela, chaval.

Peleo fue hacia proa, ajustando escotas y maldiciendo a los remeros, que en su mayoría no habían tocado un remo desde media mañana y constituían un pesado cargamento humano.

Sátiro lo observó marcharse y se quedó mirando a su hermana y pensando en Amastris y en que, igual que la flor de loto, probablemente sería pernicioso para él a largo plazo. ¿Y si hacía peligrar sus planes de venganza? ¿De tener su propio reino? Le acudió a la mente la imagen de Ataelo, por mencionar a uno de tantos, el menudo sakje que estaba con su madre cuando la mataron. Había huido para liderar la revuelta de su clan, y había trabajado infatigablemente para reagrupar a la antigua coalición de los asagatje orientales para luchar contra los sármatas y contra Eumeles, apoyado por León. O Likeles, que hablaba en contra de Herón a diario en la asamblea de Olbia.

¿Y si contrariaba al padre de Amastris? ¿O a Tolomeo?

Se volvió hacia la estela. La vida, pensó, era demasiado complicada. Disfrutaba ejerciendo de timonel. Disfrutaba con la simple aunque interminable tarea, disfrutaba con la confianza y la responsabilidad y con el éxito palpable al final de la jornada. Si pilotabas un barco, éste llegaba a puerto. Misión cumplida. Lo de ser rey se le antojaba mucho más complicado.

Sus pensamientos lo llevaron al momento en que Amastris se deslizó entre sus brazos, la rendición de su boca, la rapidez de su lengua...

—¿Tienes intención de regresar a Rodas, chaval? —preguntó Peleo. Señaló la larga curva de la estela.

—¡Oh! ¡Mierda!

Sátiro puso el barco de nuevo en rumbo con un perceptible viraje que hizo que muchos volvieran la cabeza a lo largo de la cubierta. Estaba irracionalmente enojado, consigo, con Peleo, por estar siempre a prueba. Una vez más.

—¿Una chica? —preguntó el marino.

—Sí —contestó Sátiro en voz muy baja.

—No pienses en nada de eso cuando estés al timón. Aunque has estado al gobierno durante una guardia y media. Ya lo cojo yo.

—Estoy bien.

—No, nada de eso. Tomo el timón, navarco. Por favor.

De pronto, Peleo se había puesto muy formal. Sátiro se irguió y se avino a poner el remo en la mano del timonel, a pesar de la vergüenza que le encendía el rostro.

—Tienes el timón.

—Tengo el timón. Ve a dormir un poco y sueña con tu chica. Te has ganado un buen descanso. No te inquietes.

Pese a este último comentario, Sátiro sabía que había cometido un error, un error grave que de haberse tratado de otro habría sido castigado con un golpe o algo peor. Caminó en silencio hasta el toldo, y la tripulación de cubierta le abrió paso como si estuviera herido. Los marineros eran muy perspicaces ante el desasosiego; no les quedaba más remedio, viviendo en comunidad, y Sátiro había visto tratar a un hombre que había sido castigado con una consideración rayana en la ternura.

Ahora esa misma manta le envolvía a él, y aborreció haberles fallado. Se desplomó sobre un camastro de paja al lado de su hermana.

—No digas nada —rogó Sátiro.

Melita enarcó una ceja pero guardó silencio, y al cabo de un buen rato de recriminaciones, el muchacho logró conciliar el sueño.

Llegó la noche, una bonita noche. Sátiro despertó y se encontró con que tenía la cabeza apoyada en el regazo de su hermana cuando la primera estrella, Afrodita, comenzaba a asomar por el costado del barco.

—Estabas cansado —dijo Melita.

—¡Hermes! ¡He dormido horas!

Sátiro se puso de pie de un salto y constató que le dolía todo el cuerpo, que tenía la boca seca y que estaba muerto de frío. Kyros se acercó a él y le pasó un odre de agua.

—Bebe —dijo—. Hoy te ha dado demasiado el sol. El viejo cabrón te ha tenido demasiado tiempo al timón. A él no le queda piel que quemar, sólo cuero.

En cuanto el odre de agua tocó sus labios, Sátiro se puso a beber con avidez, llegando a notar el regusto de los posos del fondo, donde la resina, el pelo de cabra y el agua formaban un repugnante brebaje. Escupió por la borda y Kyros se rio.

—Bebe un poco más, navarco. Tienes una insolación de narices. ¿Tienes frío? —preguntó.

Sátiro asintió con aire de culpabilidad.

—Tápate. Tendrás más frío esta noche. Me alegra que durmieras. Buena almohada, espero —agregó, mirando de reojo a Melita.

Sátiro bajó entre los remeros hasta la sentina, que apestaba a orines y cosas peores, donde las ánforas de agua fresca se sostenían clavadas en la arena del lastre. Sacó de la sentina la que estaba abierta y llenó el balde de cuero y el odre del oficial

de remeros, castigándose a sí mismo con la tarea. Con el cubo relleno el tonel de cubierta para que los demás hombres pudieran beber, y luego devolvió el odre al oficial de remeros. Una vez concluida la apestosa labor, fue a presentarse ante el timonel.

—Insolación, me han dicho —comentó Peleo.

—Sí, señor —contestó Sático.

—No me llames señor, chaval. Tú eres el navarco. Te dejé demasiado tiempo al timón, no nos engañemos. Soy un estúpido. Pero ojo, te quedaste aquí como un tonto sin pedir un relevo. —Se encogió de hombros—. Sobrevivirás. Huelo la tierra. ¿Y tú? Sático respiró profundamente.

—No —contestó Sático tras una honda inspiración—, pero veo las gaviotas.

—Llevas razón, y veremos aves de tierra antes de que se ponga el sol. Ahora viene lo más difícil. ¿En qué parte de la llanura líquida de Poseidón nos hallamos, eh? Porque queremos una playa en cuanto tengamos una al alcance: agua fresca, y un sitio donde cocinar por la mañana. Los muchachos han sorbido tanto ciceón que no tardarán en sublevarse y asesinarme.

Asintió, como si hablara con un tercero.

—¿Quieres que coja el timón? —preguntó el joven.

—No. Ve a proa y escruta el horizonte. Avistaremos tierra en cualquier momento. Avísame en cuanto veas algo.

—Podría subir al palo mayor —propuso Sático. Se moría de ganas de ser perdonado.

—Sólo en caso de emergencia. Hace que todo el barco se incline. Es un buen truco a bordo de un mercante, pero no en un trirreme, ¿eh? Venga, a proa.

—¡A la orden!

Sático recogió su manto tracio más grueso al pasar junto a su hermana. En cubierta, casi todos los hombres iban desnudos, pero Sático estaba helado hasta los huesos, y, sin embargo, tuvo la impresión de que los últimos rayos del sol lo desollaban cuando salió de debajo de la vela mayor camino de la proa.

A sus espaldas oyó que Peleo ordenaba a Kyros que comenzara a despejar las cubiertas de los remeros puesto que el viento que los había propulsado todo el día estaba dando paso a una ligera brisa. A proa, las nubes bajas de la media tarde se habían alzado en el cielo y atrapaban el sol en un mural de rosas y rojos.

Sático tuvo que mirarlas y apartar la vista dos veces para estar seguro. Entonces corrió a lo largo de la cubierta central entre los remeros de las bancadas superiores, dejando caer su manto con la prisa por llegar a la popa.

—¡Tierra! Justo en proa, ningún cabo a la vista.

Peleo recibió la noticia como si no hubiera abrigado la menor duda al respecto. Asintió.

—¿Listo para coger el timón, navarco? —preguntó.

Sátiro puso una mano en el remo.

—Tengo el timón.

—Tienes el timón. —Peleo saltó de la plataforma de popa, dirigiéndose a proa, y desapareció debajo de la vela mayor.

Kyros subió a popa con Kalos a la zaga.

—Tierra —dijo Sátiro.

Ambos hombres se mostraron aliviados. Kalos se detuvo cuando su compañero se volvió.

—Lamento haber tenido tanto miedo —dijo a Sátiro—. Era tu primera vez al timón en alta mar. Podríamos haber acabado en el Hades, ¿me entiendes? —Entonces le dio una palmada en la espalda desnuda, y Sátiro se encogió e hizo una muesca en la estela—. ¡Pero lo has hecho muy bien! —agregó, y regresó a organizar el desarbolado del palo mayor.

Melita le llevó el manto tracio mientras Peleo oteaba el horizonte. Sátiro se envolvió con él, agradecido, sintiéndose como un anciano en una noche de invierno.

—Todo el mundo dice que tengo una insolación.

—Estás tan rojo como la lana de Tiro —contestó Melita—. Tú atiende al timón, que Dorcus te untará la piel con aceite.

Juntas, ella y su doncella le frotaron la piel con una mezcla de aceite de oliva y aceite de lana que enseguida le hizo sentirse mejor, con menos frío, quitándole la sensación de que la piel se le caería a tiras por la mañana.

—Gracias, hermana.

—¿Y ahora quién es el adulto? —preguntó Melita—. Yo he tenido el atino de protegerme del sol. Peleo te estaba poniendo a prueba.

—Le he fallado —dijo Sátiro con amargura.

—Eres un idiota —contestó Melita afectuosamente. Se quedó junto a él, guardando un cordial silencio, hasta que Peleo se reunió con ellos. Entonces se marchó.

—La roca de Akamas está justo ante nuestro espolón —dijo Peleo, apareciendo por debajo de la vela mayor—. Tu gobierno quizá sea tan errático como un cordero recién nacido, pero eres hijo de Poseidón, chaval. Llevamos el rumbo exacto, tanto así que doblaremos el cabo hacia el norte y mañana tendremos viento del oeste para recorrer la costa. —Levantando la voz, se dirigió a los marineros y a los remeros del centro del barco—: Avistamiento perfecto. Treinta estadios bogando y las arenas blancas de Licia estarán bajo nuestra popa.

Con alguna aclamación que otra, los remeros ocuparon sus puestos en las bancadas con gusto. Antes de que la luna se viera llena sobre el oleaje, giraron el barco enfrente de la playa, poniendo el largo casco atravesado al rumoroso

rompiente, y luego los remeros invirtieron sus paladas y el *Loto* retrocedió hacia la playa hasta que la popa curvada besó la sibilante arena brillante y estuvieron a salvo.

Sátiro durmió hasta entrada la mañana. Se protegió el rostro del sol en cuanto zarparon y Dorcus lo untó de aceite dos veces ese día, mientras el viento del oeste los impulsaba a lo largo de la costa norte de Chipre. Peleo iba señalando los promontorios y las mejores playas, donde un timonel podía fondear para entregar un cargamento ilegal de cobre y donde la comida era barata. Atracaron para pasar la noche en Urania con la tripulación descansada, y Peleo compró carne. Los remeros se dieron un festín.

—Mañana haremos la travesía hasta la costa de Líbano —dijo Peleo—. Piratas por doquier. Corsarios, trotamundos, supuestos mercaderes y quizá, sólo quizás, escuadras de avanzadilla de la flota del Tuerto. Quiero a nuestros muchachos en plena forma. Tú quieres que estén en plena forma.

—Hoy no he visto un solo barco —dijo Sátiro.

—Has dormido toda la tarde, chaval. Y me ha alegrado que lo hicieras. Una insolación te deja hecho polvo. Pero te has perdido el avistamiento de tres grandes mercantes fenicios con las bodegas llenas que se dirigían al oeste. Con una escolta.

Sátiro reflexionó unos instantes.

—O sea que cualquiera que nos esté persiguiendo...

—Sabrá de nosotros con todo detalle. Así es. Y el crucero rodio no estaba en su posición frente a Makaria. Algo va mal. —Se encogió de hombros—. En fin, volveremos a dormir hasta tarde y mañana aprovecharemos el viento del oeste para cruzar hasta la costa de Asia. Luego el tiempo cambiará.

Se rascó la barba.

Por la mañana, la insolación de Sático había remitido casi del todo. Tomó el timón de gobierno en cuanto zarparon de la playa de Urania y puso la proa rumbo al este, hacia el sol naciente. Kyros le llevó un sombrero de paja de ala ancha como los que se ponían los jinetes de la caballería.

—Ahora eres un *hippeis* —bromeó—. Una chica los vendía en la playa.

—Te lo compro —dijo Sático con una sonrisa.

—¿Has visto que tiene un cordón de lino para que no se lo lleve el viento? —señaló Kyros—. Ni hablar, chico, es para ti de parte de los remeros. La suerte suerte es. Tanto marear el timón y al final nos has desembarcado en la roca de Akamas como una puta del Pireo desembarca en la polla de un marinero. —Kyros sonrió. A sus espaldas, Kalos lo miró con lascivia—. Los muchachos piensan que eres afortunado, navarco.

—Y has pagado por ello con la insolación —terció Kalos. Señaló el sombrero. Había un diminuto tridente de plata prendido en la copa—. Los tripulantes de cubierta han añadido eso. Es una insignia de peregrino. —Sonrió—. Para que la suerte no te abandone.

De modo que Sático se quedó el sombrero.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Melita, al llegar a la popa.

—Qué lista es la gente, incluso cuando parece ordinaria, o lerda, o simplemente tonta. —Se encogió de hombros—. A menudo me pregunto si alguna vez engaño a alguien.

Melita asintió y se quedó a su lado, observada por cien ojos, mientras los estadios fluían bajo la quilla.

El sol se estaba poniendo y Peleo anunció que desembarcarían veinte estadios al norte de Hydatos Potomai, en la costa de Siria. Esa noche costearon a remo hasta que Peleo y Kyros vieron una playa que les gustó, y atracaron a la luz de la luna. El pelotón de infantería y una docena de marineros bajaron a tierra en el bote para inspeccionar el arenal y la colina que se alzaba detrás. El *Loto* aguardó novedades.

Sático se había embarcado como infante de marina y conocía el procedimiento para acampar en una playa hostil, pero nunca lo había llevado a la práctica, y sintió el corazón palpitar mientras observaba los coseletes blancos a la luz de la luna.

Melita preparó su arco en silencio.

Estaban todos en posición, anclados, y los remeros de la cubierta superior daban alguna que otra palada para mantener la nave aproada al mar abierto por si tenían que huir. Había vigías a lo largo de todo el casco, y un hombre en lo alto del mástil

vigilaba el mar abierto bañado por la luna, donde el cielo todavía era rosa salmón.

Se oyó un largo pitido desde la playa. Lo único que Peleo tuvo que hacer fue asentir. Sátiro era capaz de varar el barco por sí solo.

—Listos a los remos. Atentos a mi orden. ¡A ciar!

El *Loto* se deslizó hasta la orilla, varó la popa y los remeros saltaron por la borda tan deprisa como pudieron, corriendo a tirar de los cabos para aligerar el barco y ayudarlo a subir por la arena hasta que Sátiro gritó el alto y miró a Peleo.

—No está mal —comentó el rodio. Luego, en voz muy baja, agregó—: Hay algo raro.

Sátiro había dado por sentado que se trataba de que su voz había transmitido inseguridad.

—Sí —dijo. Se irguió y se puso alerta—. Hay algo que apesta —dijo de pronto, al darse cuenta. Miró al timonel a la luz de la luna—. ¿Lo hueles?

—Muerte —dijo Peleo. Asintió y se acercó a la borda—. ¿Karpos? Necesito que exploréis el norte. ¿Lo hueles? Hay algo muerto.

—Todos lo olemos, Peleo —respondió Karpos a voz en cuello. Acto seguido se marchó a la carrera, con un par de infantes pisándole los talones. Los arqueros fueron hacia el sur.

Encendieron fogatas y prepararon la cena, calderos de denso estofado con cordero de la víspera. Al cabo de una hora estaban envueltos en sus mantas, los infantes todos juntos en medio y una guardia doble en los promontorios que se alzaban como torres en ambos extremos de la playa.

Sirio estaba en lo alto cuando Sátiro despertó y vio a Karpos arrodillado en la arena al lado de Peleo. Se destapó y se arrodilló junto a ellos a la luz de la luna.

—Esto no deben oírlo todos, chaval. Continúa, Karpos. Cuéntale lo que has visto.

—Barcos. Un combate. —El hombre meneó la cabeza—. La brisa nos ha engañado. La siguiente playa hacia el sur está sembrada de cadáveres, y en el rompiente hay un casco que ha zozobrado y se ha roto. —Volvió a negar con la cabeza—. Un crucero rodio. Le dieron con un espolón a media eslora, aunque antes había hundido un trirreme macedonio. Trescientos o cuatrocientos cadáveres.

Karpo se dejó caer sobre la arena.

—Mierda —dijo Sátiro sin querer.

Peleo se rascó el mentón.

—Dormid mientras podáis. O sea que el viejo Pantera no es tan tonto como yo creía. Parte de la flota del Tuerto está en esta costa, y ha atacado al barco rodio para mantenerlo en secreto.

—Deberíamos zarpar con los primeros dedos de la aurora —dijo Sátiro.

—En efecto, chaval. —Peleo se tumbó de nuevo—. Así que duerme mientras puedas.

—¿Por qué no huimos ahora mismo? —preguntó Karpos.

Peleo no contestó, de modo que lo hizo Sático.

—¿Y si tenemos que luchar? —adujo—. Necesitamos que los remeros hayan descansado.

Karpos asintió.

—Yo no podré dormir. Encontrarme con eso en plena noche... Hay que joderse. —Miró hacia otro lado—. ¿Alguna vez has visto un campo de batalla de noche, chaval?

—Sí, lo he visto —contestó Sático.

—Pues lo siento por ti —dijo Karpos. Y se acostó, envuelto en su clámide, y fingió dormir.

Sático despertó y vio que era Karpos quien le agarraba el hombro, que aún estaba dolorido por las quemaduras del sol. Reinaba la misma oscuridad que en el Tártaro, y el oficial de remeros tiraba de él para que se pusiera de pie.

—Hay que zarpar —dijo—. El maestro Peleo está trepando al cabo.

Sático engulló un cuenco de gachas con un poco de vino caliente y poco después se encontraba en la popa mientras el barco se deslizaba por la arena hacia las olas. Su hermana estaba a proa, envuelta en un manto grueso. Sático la conocía lo suficiente para saber que debajo de aquel manto llevaba una armadura en lugar de un quitón. Oyó rumores en torno a él en el primer arrebol del día: los vigías habían visto pasar una escuadra durante la noche; había hogueras detrás del siguiente cabo.

La popa se liberó. Sático notó un cambio de peso.

—¡Al mar! —gritó, y los últimos remeros y todos los marineros subieron a bordo por las bandas, casi nadando, mientras los remeros de la cubierta superior le daban suficiente impulso para mantener el barco a proa al oleaje.

—Todos los remos —gritó—. Velocidad de crucero. ¡Avante!

Hizo una seña al viejo jefe tal como lo hacía Peleo, y éste inició su letanía. En el tiempo que tardó una gaviota madrugadora en describir un círculo sobre ellos y soltar un graznido, dejaron la playa atrás.

El bote ligero llegó desde el cabo antes de que tuvieran ocasión de dar una docena de estrepadas, y en cuanto hubieron salido del rompiente, Sático dejó descansar a los remeros, con los remos cruzados en cubierta, mientras el bote se abarloaba y Peleo saltaba a bordo. Kalos llevó el bote hasta debajo de la popa y lo amarró para luego zambullirse y nadar hasta media eslora, donde la borda era más baja.

Peleo iba desnudo. Temblaba cuando se dirigió a la popa, y Sático le pasó su manto tracio.

—Gracias, chaval —dijo. Negó con la cabeza y bajó la voz—. Debería irnos bien. Sopla viento del norte. Iremos a vela hasta que tengamos que doblar los grandes

cabos. En algún lugar de esta costa hay una armada peligrosa. El *Rosa* de Aristión es un hueso duro de roer, y no se habría quedado a combatir a no ser que le tendieran una emboscada. —Meneó la cabeza—. Estoy impresionado, chaval. En Rodas decimos que podemos dejar atrás a cualquiera contra quien no podemos luchar y vencer a quien no podemos dejar atrás. Pero que el *Rosa* haya zozobrado en esa playa... Lo verás dentro de un rato. Y el joven Aristión convertido en carnada para los peces.

—¿Cuándo ha sucedido?

—Hace dos o tres días. Lo suficiente para que los cadáveres se hinchen. —Peleo meneó la cabeza—. ¿Qué pinta el Tuerto en esta costa? Pensaba que su objetivo era Casandro.

Sátiro se encogió de hombros.

—Tal vez quería que pensáramos eso. Y quizás Estratocles quería que Tolomeo pensara lo mismo.

—Qué mal asunto, chaval. Si es como dices... tarde o temprano atacará Egipto. Quizá ya esté allí.

—Anoche me tenía preocupado —dijo Sátiro, meneando la cabeza—. Y otras cosas también.

—Eres un guerrero nato, eso está claro. Te servirá para ser un buen timonel. Salvo que tu remo de gobierno será un cetro, ¿no es cierto, chaval? Para ti esto sólo es una aventura, ¿eh? Timeo me explicó quién eres. En cierto modo ya lo sabía, por supuesto. En cualquier caso, podrías ser un buen timonel —dijo Peleo, un tanto compungido.

—¡Caray, gracias!

—Dentro de unos años —agregó Peleo, guiñándole el ojo.

Primera hora de la tarde. Las playas de Laodicea resplandecían hacia el este bajo el sol neblinoso y el viento refrescó hasta aullar antes de dar paso a una brisa intermitente que no consiguió disipar la bruma.

Un mercante de grano ateniense, con las velas flameando, a duras penas avanzaba. Era un barco inmenso, cargado hasta los topes, y se dirigía hacia el sur a lo largo de la costa.

—Abarlóame —dijo Peleo. Fue la única orden que dio, y el oficial de remeros y el primer oficial se encargaron del resto. El mercante necesitaba más viento para huir, y el viento no cooperaba.

Subiendo y bajando a merced del oleaje, lidiando con los rezones que los sujetaban al barco ateniense, Sátiro aguardaba con los arqueros de puntillas, ansiosos por disparar, mientras los infantes estaban en el gigantesco mercante con Peleo. Y entonces el bote regresó, los infantes de marina negaban con la cabeza, y finalmente

Peleo trepó a bordo, con el quitón empapado.

—Grano para Demetrio —dijo, meneando la cabeza—. Grano para su flota. Ha supuesto que éramos rodios. Se ha rendido. Le he dicho que no fuese idiota, que no estamos en guerra. —Peleo se encogió de hombros—. No podemos remolcar a ese gigante. Me gustaría dejar que se vaya.

Sátiro levantó la vista hacia el encumbrado costado del barco ateniense.

—Te comprendo. ¿No informará de nuestra presencia?

—Dirá que somos un mercante amigo que le ha hecho una visita. Y me ha dado un montón de información.

Peleo se quitó el quitón por la cabeza y se puso otro que sacó de un petate de cuero que guardaba debajo de la plataforma de popa.

Sátiro aguardó, igual que Kyros y Karpos. El capitán de infantería llevaba la coraza abierta para aprovechar el poco aire que soplara y el yelmo ático echado para atrás.

—Demetrio, el hijo mimado del Tuerto, tiene doscientos barcos de guerra en las playas que quedan al sur de aquí. Ha conseguido la mitad del ejército de su padre, que se está adentrando hacia el este, camino de Nabatea. —Peleo asintió al silencio—. Es una incursión para sacar dinero. Expoliará el oro de los nabateos y lo usará para financiar la guerra en occidente contra Casandro. ¿Qué os parece?

Sátiro aguardó pacientemente, toda una proeza para un chico de dieciséis años. Pero quería que los adultos hablaran primero, por si estaba equivocado.

—Pues se acabó lo que se daba —dijo Karpos—. Si enfilamos hacia mar abierto podemos llegar a la bahía de Kyrios mañana por la tarde y buscar al crucero rodio. Le damos el parte de novedades —juntó las manos y deslizó una por el horizonte de la otra—, y a casa.

Kyros negó con la cabeza.

—Está claro que no eres rodio, amigo Karpos. Ningún capitán rodio aceptará un informe como ése. Tenemos que ver la flota con nuestros propios ojos.

—Me temo que lleva razón, Karpos —asintió Peleo.

—Pues manos a la obra. —El marinero se encogió de hombros.

—No están juntando dinero para la guerra contra Casandro —sentenció Sátiro.

Los otros tres hombres se volvieron hacia él.

—Es un engaño. Escuchadme, por favor. He vivido con esta historia desde que nací. Estratocles vino para quitarle tropas a Tolomeo. Ahora hay un ejército en Nabatea y toda la flota del Tuerto está a dos días de navegación de Egipto. Casandro ha hecho un trato con el Tuerto.

Sátiro los miró, consciente de haber golpeado la palma de una mano con el puño de la otra para transmitir su convicción.

Peleo se acarició la barba.

—No digo que te crea, chaval, pero tampoco que no lo haga. Podría ser como dices. Ay, y eso aumenta el riesgo si nos equivocamos.

—Tal vez no sea un puñetero rodio —dijo Karpos, torciendo el gesto—, pero os digo que lo que necesitamos es un prisionero. Uno que valga la pena, alguien que sepa de qué va toda esta mierda.

—¿Cómo sugieres que lo capturemos? —preguntó Peleo.

Karpos echó un vistazo a las altas mareas del mercante ateniense. Debido al escaso viento, el carguero todavía estaba a menos de un largo de amarra.

Peleo se rascó el mentón.

—He dado mi palabra —dijo.

—No somos piratas —terció Sático—, y no estamos peor de lo que estábamos esta mañana. Costa abajo, ojo avizor. Si encontramos un prisionero, bien. De lo contrario, en cuanto veamos los barcos en la playa, nos largamos a Chipre. Y luego derechos por alta mar hasta Alejandría. Me parece bien ayudar a Rodas, pero es Tolomeo quien necesita esta información.

—Creo que... —comenzó Peleo.

Sático asintió con simpatía y le interrumpió.

—Encantado de escuchar tu consejo, timonel. Pero en privado.

Peleo se mostró herido en sus sentimientos, pero sólo por un instante. Enseguida sonrió forzosamente.

—Bueno, desde luego el navarco eres tú.

Como para confirmar su decisión, la brisa refrescó; primero dos súbitas rachas y luego un viento cardinal que sopló con fuerza desde el norte, llevándose consigo al mercante ateniense. Sus vergas eran mayores y su casco más duro. El *Loto Dorado* tuvo que cobrar las candalizas del trinquete, arriar la mayor y remar para mantener su dirección, y el mercante desapareció en el horizonte al cabo de una hora.

—Se avecina tormenta —dijo Peleo. Llevaba el timón de gobierno—. Y un cambio de viento.

Fiel a su palabra, media hora después el *Loto* volvía a estar al paio. Sático hacía lo posible para no dormirse. Intentaba decidir hasta cuándo podía recorrer aquella costa hostil antes de tener que huir de nuevo hacia el norte o hacia mar abierto para encontrar una playa segura donde pasar la noche.

A media tarde navegaban ante la costa de Líbano al norte de Tiro, una costa tan vacía de embarcaciones que era como si los dioses hubiesen barrido los mares. Costeaban con la vela de trinquete, los remeros descansaban debajo de los toldos, el agua gorgoteaba en los costados y el *Loto Dorado* avanzaba lo justo para que el remo de gobierno cortara el agua.

Peleo renegaba casi sin cesar. Cada nuevo cabo y cada nueva bahía que pasaban sin avistar un mercante o siquiera una barca de pesca daba pie a una nueva invectiva.

—En cuanto estemos a la altura de Laodicea —dijo Sático, obligándose por fin a tomar una decisión—, viramos al oeste hacia mar abierto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Melita, mientras comían pan fresco y queso de cabra.

—Cuanto más tiempo pasamos sin ver nada, peor pinta tiene todo —explicó él—. Cuanto más despejado esté el mar, mayor es la flota que anda por aquí. Y cuanto más dure esta situación, más tiempo hace que llegó, y eso también es malo. —Miró hacia el mar—. Si encontráramos un barco que pudiéramos abordar, tomaríamos un prisionero y nos largaríamos. ¿De acuerdo? No queremos encontrarnos con la flota del Tuerto. Queremos que nos hablen de ella.

Melita asintió, aunque fue patente que ansiaba un poco de acción y que, por lo tanto, no estaba de acuerdo del todo.

—Escúchame bien: es posible que Alejandría ya esté bloqueada, tal vez sitiada —dijo Sático apesadumbrado—. Tal vez haya habido una batalla. ¿Entiendes? Así de mal están las cosas.

—¿Por qué no vamos en su ayuda? —preguntó la joven—. Hay que contarles lo que está ocurriendo.

—Porque no lo sabemos a ciencia cierta. Podemos suponerlo, pero mientras no veamos un centenar de trirremes o encontremos a alguien que los haya visto, lo único que hacemos es inventarnos historias que nos meten miedo.

—Mamá solía decir que siempre había que reconocer el terreno —dijo Melita contemplando el agua.

—Lo recuerdo bien—contestó Sático.

No apartaba la vista de la punta de Laodicea. Más allá, la gran playa se extendía a lo largo de cientos de estadios, pero no la vería hasta al cabo de una media hora, y la luz estaba cambiando mientras la tarde daba paso a un anochecer dorado. Necesitaba aguas abiertas si iba a venir un vendaval, o mejor aún, una playa segura. Se rascó el mentón, imitando inconscientemente a Peleo. La brisa estaba cayendo; apenas soplaba. Había llegado el momento de sacar los remos.

—¡Barcos! ¡Barcos en el horizonte por estribor! —alertó el vigía desde el mástil, de cuya verga colgaba hacia la vela.

Sático se despertó sin ser consciente de que había estado descabezando un sueño. Miró a popa, luego hacia el oeste, y vio uno en el horizonte; y luego, otro.

Dio un codazo a Peleo y señaló.

El timonel gruñó. Abrió la boca para decir algo pero el vigía de proa soltó un alarido como el de un hombre a punto de ahogarse.

—¡Poseidón! ¡La playa está llena de barcos! —gritó, después de farfullar.

Peleo llevaba el remo, de modo que Sático corrió a proa, pasando junto a su hermana, todavía envuelta en su manto, para ver qué ocurría. Una vez allí no aguardó consejo de su timonel.

—Kalos, abajo el palo mayor. Aparejo de combate.

Regresó al puesto de gobierno.

—La flota ocupa toda la playa. Lo verás dentro de nada.

—Mira al oeste —dijo Peleo.

Las dos mellas del horizonte se iban definiendo con más nitidez: un trirreme pesado y otro más ligero.

—Ares y Afrodita —maldijo Sático.

Justo entonces llegó una racha de viento.

—Muy acertada, la orden de bajar el mástil —prosiguió Peleo—, porque el viento del norte va a rolar al sur y entonces nos veremos obligados a combatir. Como mínimo, lucharemos hasta que todos esos cruceros macedonios nos vean, y luego seremos carnaza para los peces. —Se inclinó hacia Sático—. No permitas que capturen a tu hermana, chaval. Hazlo tú mismo si llega el momento.

Sático tragó saliva, pero tenía los ojos clavados en los cientos de cascos varados en la arena dorada, impasible.

Peleo meneó la cabeza.

—Con tu permiso, Sático, voy a ordenar que las bancadas inferiores dejen de remar hasta que tengamos a los piratas en nuestra estela.

El muchacho asintió.

—Mira quién está en la bahía —dijo, señalando el gran carguero de grano ateniense anclado en las aguas profundas de la bahía, tan sólo quince estadios costa abajo.

—Eso no cambia nuestra situación, chico.

—¿Tiene puerto Laodicea?

—Playa abierta —contestó Peleo—. Si vamos a aligerar el barco, éste es el momento.

Con un tableteo y un golpazo que Sático había aprendido a temer, la máquina disparó. Pero los dos piratas estaban muy a popa y el viento cambiante les soplaban de través. El proyectil ni siquiera fue visible.

Remaron dos estadios. Peleo los condujo tan cerca del cabo como era posible en un tardío intento de resultar invisible a los macedonios de la playa.

—Derechos a través de la playa —dijo Sático—. Si no logran meter un barco en el agua a tiempo, estaremos fuera de peligro.

Hablaba sobre todo para levantar el ánimo de los tripulantes de cubierta que alcanzaban a oírle. La rolada del viento favorecía al casco profundo del galeón fenicio más pesado, que se iba distanciando de su hermano gemelo más ligero.

El segundo proyectil voló cual rayo lanzado por la mano de Zeus y alcanzó de pleno su codaste, un impacto que se sintió en toda la nave.

—¡Poseidón! ¡Nos hundimos! —dijo el jefe de remeros.

Peleo le dio tal puñetazo que el oficial se retorció de dolor.

—¡No seas tan cagueta! —le espetó el timonel—. Ni cien lanzas como ésa nos harían daño. ¡Son los remeros quienes corren peligro! —Fue a popa, se subió a la regala con un hacha y cortó la lanza—. Un buen cacho de bronce —dijo—. Bien, ¿soltamos algo de lastre?

—¿Crees que los piratas leen a Tucídides? —preguntó Sático. Miraba fijamente el mercante que tenían delante.

—Dudo que haya un solo hombre en esos barcos que sepa leer, chaval —dijo Peleo—. ¿Qué tienes en mente?

—¿Y tú has leído a Tucídides? —insistió Sático.

—Historia antigua —negó Peleo—. No puedo decir que lo haya hecho. ¿Qué haría él?

—Tengo una idea —dijo el joven, haciendo de tripas corazón y obligándose a sonreír.

Había multitud de macedonios en la orilla y Sático vio que los remeros formaban largas filas ante la popa de una docena de trirremes y, peor aún, de un quinquerreme, el mayor barco de guerra de la playa.

Sático rezó a Heracles.

«Dios de los héroes —rezó Sático a Heracles—, voy a jugar a los dados con el destino. No me abandones.»

Los mercaderes atenienses también observaban desde la alta popa de su barco. Algunos de sus tripulantes habían desembarcado y otros estaban tendidos en camastros de paja sobre la cubierta, vitoreando como si estuvieran viendo una carrera.

Oyendo sus gritos, Sático dedujo que pensaban que el fin estaba cerca. El *Loto* estaba tirando a la rada el poco cargamento que llevaba y singlaba raudo, pero tirar carga por la borda exigía tiempo y esfuerzo y hombres que abandonaran las bancadas, y le costaba mantener la velocidad. El *Loto* comenzó a bambolearse; al parecer sus remeros estaban agotados o quizá tenían la moral baja. Los piratas redoblaron sus esfuerzos, convencidos de atrapar a su presa. Y su máquina de guerra lanzaba proyectiles del tamaño de una sarisa. Dos alcanzaron la popa de la galera que huía de ellos.

Sático estaba en la cubierta central con los marineros, mientras Peleo gobernaba tan bien como podía.

—Quiero que baje de golpe —dijo Sático por tercera vez, pues los marineros podían ser muy tozudos—. Que parezca que el palo trinquete ha caído. ¿Podéis hacerlo?

Su hermana estaba justo a su espalda, tratando de atraer su atención, pero él la

ignoró.

—Por supuesto —dijo un oficial de cubierta egipcio con su marcado acento—. Como si le cortaran las alas, ¿eh?

—Exactamente —asintió Sático. Se volvió hacia atrás, rezó a Poseidón y procuró no amedrentarse cuando el siguiente proyectil se hundió un palmo en los tablones de la popa—. Al siguiente. ¿Podéis hacerlo?

Los marineros se encogieron de hombros demostrando poco interés, y Sático no supo si gritar o llorar. A estribor, el mercante ateniense, un casco gigantesco con los costados muy altos y un mástil mayor imponente, seguía anclado en aguas profundas tan sólo a medio estadio de la playa. Sobresalía tanto de la superficie pese a ir lleno de grano, que su mole le impedía ver tres cuartas partes de la playa.

Ahora que Sático había dado sus órdenes, su idea se le antojó absurda. Tenía la garganta tan tensa que pensó que no podría hablar. Pero de pronto olió la piel de león húmeda y se sintió como si estuviera ahíto de ambrosía.

—¿Qué demonios estamos haciendo, hermano? —preguntó Melita.

Peleo estaba ordenando a los arqueros y los infantes que se dirigieran a la proa, cosa que parecía contraria a toda lógica dado que el enemigo estaba al alcance de un tiro de arco desde la popa.

—Déjame hacer unos disparos largos —dijo la muchacha con el arco en la mano—. A lo mejor mato algún tripulante de los que manejan esa máquina.

—A eso vamos, Melita —respondió Sático—. Vamos a luchar, tal como tú querías. —Se vio incapaz de enfadarse con ella y le dio un rápido abrazo—. Ponte la armadura y únete a los arqueros.

Peleo lo fulminó con la mirada y Sático se encogió de hombros.

—Espera a ver cómo tira —dijo, a modo de disculpa.

—No te dejes capturar —murmuró Melita, y le dio un efusivo abrazo.

—Tú tampoco —respondió Sático, y entonces vio que en la proa enemiga los hombres estaban cargando la máquina.

Melita saltó de la cubierta central al castillo de proa.

—¡Preparados! —gritó Sático. Ya no estaba tan nervioso. Una parte de él le decía que llevaban suficiente ventaja para varar el barco de proa en la playa y rendirse a los macedonios. Pero no se imaginaba regresando a casa de su tío sin el *Loto Dorado*. ¿También era cobardía, aquello?

—¡Listos! —gritó Peleo—. Todos los hombres de cubierta a borda de babor. ¡Ahora, cabrones!

A la orden del timonel, todos los hombres que estaban en cubierta sin otras órdenes corrieron a la borda del costado de babor, haciendo escorar el barco.

Detrás de ellos, a menos de un estadio, la máquina disparó, y el proyectil, apuntando alto, barrió la cubierta a la altura de un hombre. El oficial de remeros

murió en el acto; su cabeza estalló como un melón maduro, sus sesos salpicaron a los remeros de la media cubierta y uno de sus ojos golpeó a Sático en la mejilla para luego caer a sus pies. Sático soltó un chillido de puro pavor y retrocedió tambaleándose.

La vela de trinquete bajó a plomo y el pesado tejido de lino cubrió la cubierta tapando por completo a Sático, que quedó como si estuviera amortajado. El barco parecía virar a lo loco, pues la popa salía disparada hacia la banda de babor y la sobrecargada proa pivotaba mientras el timonel daba la impresión de haber perdido el control de su nave. Sático apartaba el pesado lino, nadando a través de él con creciente desesperación. Oyó a un hombre gritando y cuando por fin se vio libre del lienzo, vio que estaban protegidos del asalto de los piratas por el alto costado del mercante, que se alzaba sobre ellos mientras seguían virando. Los tripulantes de cubierta equilibraban el barco descolgándose por fuera del costado de babor, mientras los remeros ciaban o bogaban bajo el mando directo de Peleo, porque su jefe era un cadáver decapitado cuya sangre seguía extendiéndose por la vela de trinquete arriada.

—¡Babor, ciar! ¡Estribor, bogar! ¡Media cubierta, adelante todos!

Mientras Peleo gritaba, Sático salió de debajo de la vela y corrió a subir a la plataforma de popa.

—¡Coge el timón, chico! —dijo el viejo marinero—. ¡Es tu plan!

—¿Adónde vas? —preguntó Sático, mientras veía que su hermana cargaba una flecha en el castillo de proa. Su mano dio un palmetazo al agarrar el remo de gobierno y habló automáticamente—. Tengo el timón —dijo.

—Tienes el timón —respondió Peleo. Sonrió—. Necesitamos un oficial de remeros. —Saltó a la plataforma de en medio del barco. Antes de subir a la media cubierta gritó—: ¡Dadle fuerte! —Y luego, con más autoridad—: ¡Velocidad de embestida!

Sático jamás había imaginado, ni en sus sueños más alocados, que llegaría a gobernar un barco en combate. Aquél era el arte por el que los timoneles recibían la paga más alta.

—¡Justo entre los dos, chico! —gritó Peleo—. ¡Sin virguerías, destrózales los remos!

Aquella imprecación penetró en su aturullado cerebro. Un rastrillado de remos. Se tomó un momento para respirar, respirar de verdad, inhalando y exhalando el aire profundamente. Echó un vistazo a su estela y se tranquilizó.

Habían virado en redondo en torno al mercante ateniense, cuyos altos costados habían impedido que los piratas vieran la maniobra.

La proa surgió de detrás del carguero. Usando su enorme casco a modo de pantalla e incluso como fulcro, el *Loto* había dado media vuelta, perdiendo muy poca velocidad, y ahora, con todas las bancadas bogando con la pericia por la que León

pagaba, salían disparados de detrás de la popa del mercante como uno de los proyectiles que disparaba la máquina enemiga.

Los dos barcos piratas estaban a la misma altura, cerca de su presa y ansiosos por cortarle la retirada. El éxito aparente del último proyectil los había enardecido; un barco desgobernado, con los remos por doquier, no era una amenaza para nadie.

En un instante la situación se invirtió, y el gran *hemitrieres* salió de detrás de la popa del carguero de grano a un estadio de ellos. La velocidad de unos y otros en sentidos opuestos apenas dejó tiempo a los piratas para reaccionar.

—¡Remos dentro! —rugió Peleo, y a lo largo de todas las cubiertas, los hombres tiraron de los remos hacia el centro del buque, a veces chocando entre sí, a veces hiriéndose a sí mismos, desesperados por apartar las palas de la inminente colisión.

Habían practicado aquella maniobra. Los remos comenzaron a entrar, seis metros de roble cruzando las bancadas hasta que los asidores se apoyaban en las bancadas opuestas.

Sátiro iba erguido, con una sonrisa de loco pintada en el rostro. El olor a piel de felino flotaba en el viento. Dio un pequeño giro al remo de gobierno tal como lo había visto hacer a Peleo, de modo que el pico de bronce se desplazó un poco a estribor sin apenas cambiar de dirección, y entonces sus arqueros tiraron, todos a la vez. Vio a su hermana inclinarse hacia la línea de tiro como si fuese la mismísima diosa; cargaba y tiraba, cargaba y tiraba...

Puso de nuevo el timón a la vía y la proa del *Loto* chocó contra la caja de remeros de la cubierta superior de la galera ateniense, de modo que el recio bauprés del *Loto* arrancó la canoa de los balancines del costado del buque enemigo, y los remeros gritaban al verse aplastados por quintales de madera y metal propulsados por trescientos pares de brazos. En el interior de la nave, los remos rotos los desgarraban, las astillas de madera se clavaban como lanzas en manos de gigantes, y los fragmentos iban llenando el casco. Los remos subían disparados desde el agua rompiéndoles los huesos y abriéndoles tajos en las carnes mientras el espolón destrozaba el casco y arrollaba a los hombres que momentos antes estaban remando.

El *Loto* pasó entre sus enemigos y dejó la galera ateniense naufragando a la deriva mientras chocaba con muchos de los remos de la nave fenicia que flotaban en el agua. Esta última no sufrió tantos desperfectos como la ateniense, pero estaba en desventaja, y antes de que su oficial de remeros tuviera ocasión de poner remedio a su situación, ya estaba virando debido a que sus remos de estribor estaban intactos. Desde el *Loto* se oyeron los gritos del oficial de remeros pirata.

—¡Remos fuera! —rugió Peleo, poniéndose en pie—. ¡Sangre en el agua y plata en nuestras manos, muchachos!

Los remos salieron disparados por los ojos de buey como las patas de un monstruo vivo y el *Loto* siguió costeano sin haber perdido apenas impulso tras

rastrillar los costados de los barcos enemigos.

Melita, garbosa como una acróbata, se encaramó a la borda de la banda de babor, se equilibró en un instante y disparó contra el jefe de remeros que estaba gritando órdenes. Sático vio que los oficiales de cubierta del barco siniestrado miraban boquiabiertos mientras su hermana saltaba, esquivando con atlético desdén las saetas lanzadas contra ella.

—¡A mi señal! —gritó Peleo—. ¡Banda de babor avante! ¡Banda de estribor, invertid las bancadas! ¡Listos! ¡Remad, cabrones! ¡Remad por vuestra casa y hogar! —Levantó su vara y golpeó el mástil—. ¡Remad!

Como las patas de un gigantesco insecto acuático, los remos se hundían y empujaban, sendas bandas en direcciones opuestas, y la cubierta se inclinó de mala manera. Sático reparó en que los arqueros de proa habían dejado de disparar y se aferraban a lo que podían para no caerse por la borda.

El oleaje de la playa bamboleaba la pesada galera fenicia, cuyos remeros se quedaron paralizados de miedo al ver a su oficial muerto, con una saeta sakje clavada en la laringe. Peleo miró a Sático mientras el espolón parecía estar cortando la playa. Giraban tan deprisa que Sático tuvo miedo de que fueran a volcar, y ante sus ojos los infantes y los arqueros se colgaron de la borda para equilibrar el barco, liderados por Jenofonte, que saltó temerariamente a la canoa como si no fuese consciente de que un mal salto le supondría ahogarse, hundido por la armadura. Pero Sático notó el cambio en cuanto el peso de su amigo salió por la borda, y de nuevo cuando otros infantes se unieron a él. Los aguerridos soldados estaban por encima de la línea de flotación y en la parte externa del casco, y aun así la proa seguía virando. La galera fenicia estaba de lado casi encima de ellos, y ambas naves en paralelo. Si los arqueros hubiesen permanecido en cubierta, podrían haber disparado otra vez, pero todos ellos, incluso su hermana, estaban colgados de la borda de babor, y la proa del *Loto* seguía virando, y el oleaje de la playa alcanzó a la galera fenicia, empujándole la proa hacia atrás. Los hombres intentaban darle la vuelta, pero al parecer no había nadie al mando. Peleo hizo una seña para atraer la atención de Sático.

—¿Vas a ir a por todas, chico? —gritó.

El joven asintió, con los ojos clavados en el barco enemigo.

—¡Infantes, volved a proa! —gritó Peleo—. ¡Hay que bajar esa proa! ¡Todas las cubiertas, listos para ciar a mi orden!

Sático agarró el remo de gobierno con ambos brazos para parar el golpe y vio a su hermana saltar a bordo como una ninfa marina antes de caer de pie en la cubierta y echar a correr hacia la proa, desperdigando las flechas de su carcaj torcido.

En ese momento la proa comenzó a deslizarse hacia la nave fenicia y Peleo ordenó la arrancada. El barco se escoró cuando los remeros de la banda de estribor invirtieron las bancadas para ciar, y Sático tuvo que apoyar el esternón contra el remo

para afianzarlo. La primera estrepada cayó como cien hachas y la proa se encabritó mientras los infantes saltaban a la cubierta de combate y los remeros, siguiendo a Peleo, se pusieron a cantar el peán.

Melita estaba justo en la proa, tendida encima de Jenofonte, a quien aplastaba contra el parapeto del castillo de proa, donde se apretujaban los quince arqueros para dar peso al espolón, listos para el abordaje. De pronto tuvo una nueva percepción del combate que tanto había deseado desde primera hora del día, pues por encima de las escamas de bronce que cubrían la espalda de Jenofonte veía los rostros pálidos del enemigo presa del pánico, y hombres muertos, y aletas de tiburones que ya cortaban la superficie del agua. Los tripulantes de la galera fenicia ya se sabían muertos y, por primera vez, la muerte fue algo real para Melita, su propia muerte y la de ellos, y la garganta se le llenó de bilis.

Karpos, el capitán de infantería, levantó la cabeza de entre sus antebrazos.

—Cuando embistamos —dijo con toda calma—, los arqueros disparáis, y el resto de vosotros no deis un puñetero paso hasta que sepamos si el espolón queda atrancado. No quiero dejar a nadie atrás cuando arranquemos nuestra verga de bronce de las entrañas de ese cabrón. ¿Entendido? —preguntó, con voz áspera como la grava, y de repente una flecha le atravesó la armadura.

—¡Apiñaos! —bramó Jenofonte.

Los infantes agacharon la cabeza y los arqueros se apretaron contra ellos. Melita apoyó la mejilla en el suave bronce de la hombrera de Jenofonte, procurando no vomitar porque la sangre que manaba de Karpos le salpicaba las piernas. El peán ahogaba los gritos de Karpos, apartando todo pensamiento de la mente de Melita; sudor en los ojos, caliente humedad en las piernas, una flecha casi olvidada entre sus dedos.

El estrépito más fuerte y largo que jamás había oído. El barco pareció parar en seco, y la presión en su vientre fue intensa al aplastar a Jenofonte debajo de ella, que rebotó y se dio un topetazo contra el mamparo de madera que tenía a sus espaldas.

—¡Arqueros! —volvió a chillar Jenofonte, y se le quebró la voz, más aguada pero aún firme—. ¡Arqueros!

Melita cargó el arco sin pensarlo y barrió la cubierta apuntando hasta que vio a un hombre con armadura que intentaba cruzarla.

«Dispara.»

La flecha dio contra el escudo del pirata y ya tenía otra en la cuerda. El soldado que estaba a su lado disparó, y su flecha también dio contra el escudo, y entonces apareció otro pirata con armadura. El *Loto* seguía avanzando con el espolón debajo de la quilla de la pesada galera fenicia, de modo que en lugar de perforarle el casco la estaban volcando, hundiéndole la borda de estribor en el agua. Todos los hombres armados del barco fenicio se agolpaban en la proa.

—¡Remad! —gritaron Peleo y Sático a la vez.

—Mierda, mierda, mierda —dijo Jenó, y Melita se inclinó encima de él y disparó al primer hombre con coraza justo por debajo del escudo. El pirata hincó lentamente una rodilla, con la flecha clavada en el muslo, y acto seguido cayó al agua.

Jeno se volvió hacia la cubierta media y sus ojos se cruzaron con los de Melita.

—¡Repeled el abordaje! —gritó, mirándola—. ¡No saquéis un puto pie de esta cubierta! —gruñó, dirigiéndose a un soldado veterano.

El infante sonrió, se inclinó hacia delante y lanzó una jabalina al primer enemigo que quiso abordarlos. La cubierta del barco pirata escoraba deprisa, y el agua se apresuraba a llenarle el casco; la inclinación de la nave ya había alcanzado un punto sin retorno, y la jabalina del infante, una pesada y anticuada *lonche*, atravesó el escudo forrado de bronce del pirata y los huesos de uno de sus brazos; el hombre dio un alarido y cayó al mar, pero detrás de él había otra docena.

Las jabalinas volaban en ambos sentidos, y de pronto la cubierta de combate estuvo llena de hombres. Melita retrocedió, usando sus flechas como un *sakje*, disparando a la cara y la entrepierna de los enemigos cuando estaban lo bastante cerca para alcanzar a Jenó, que la cubría luchando con su pesado *aspis*. Perdió la cuenta de los tiros, y vio que Jenó recibía un golpetazo en el yelmo. Melita disparó a su adversario entre las barberas de su adornado yelmo tracio y cuando fue a sacar otra flecha descubrió que ya no le quedaban.

Se oyó un alarido de ira, triunfo y horror, y cuando la muchacha echó un vistazo para ver qué había ocurrido, vio que el trirreme enemigo se volcaba empujado por su espolón tras recibir un golpe tremendo que resonó como la campana de un templo. El casco del *Loto* se zarandeó de tal modo que los hombres cayeron al suelo, pero Melita se mantuvo de pie. Jenó salió despedido hacia atrás y chocó contra ella, y los últimos atacantes avanzaron desesperados, dejándola atrapada contra la baranda posterior de la plataforma de combate. Fue a coger su *akinakes*, alcanzó con la mano el asta de la empuñadura y supo que era demasiado tarde, dado que el pirata ya estaba alzando una pesada hacha de bronce que su yelmo no lograría desviar, pero de todos modos sacó la espada corta. Todo pareció suceder muy despacio, y el hacha se detuvo cuando Jenó se interpuso en su camino, agarró el mango y dio un cabezazo contra el rostro del pirata con el bronce de su yelmo. El enemigo cayó desplomado a los pies de Melita, atravesado encima del cuerpo de Karpos. Melita empuñaba su espada, dispuesta a seguir luchando, pero entonces una punta de lanza pasó cual centella junto a ella y se clavó en el cuello del pirata. De pronto el combate cesó.

Su hermano mantenía el equilibrio encima de la baranda que tenía a sus espaldas, desarmado, y Peleo estaba debajo de él empuñando su hacha.

—Buen lanzamiento, chico —dijo Peleo. Su voz sonó más ronca de lo habitual, pero por lo demás parecía estar tranquilo. Entonces se vino abajo como un animal al

ser sacrificado y Melita vio la flecha que le atravesaba los pulmones.

Su hermano saltó sobre el enemigo muerto.

—¡Jeno! —gritó.

—Aquí —dijo éste, levantando la cabeza. Estaba sangrando.

Melita se volvió hacia los remeros, que gritaban de entusiasmo al tiempo que bogaban.

—¡Sátiro! —le gritó casi al oído—. ¡Eres el navarco! ¡Han abatido a Peleo!

El joven no se había percatado. Se levantó, dio media vuelta, y se le demudó el semblante al ver a su héroe tendido en la cubierta en medio de un charco de sangre. Reprimió el súbito deseo de sentarse en el suelo y dormir. Inspiró profundamente.

—Encargaos de los heridos. Tú —señaló a un infante—, no matéis a sus heridos. Quiero prisioneros. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —respondió el soldado. Parecía a punto de venirse abajo, pero se irguió.

Sátiro saltó la baranda y corrió a la cubierta media.

—Necesito un oficial de remeros —gritó—. ¿Quién es el mejor?

Los remeros no estaban acostumbrados a que les pidieran su opinión. Sin dejar de remar, se volvían para mirarse unos a otros y el ritmo se resintió. Sátiro no conocía a los remeros tan bien como debería un navarco. Pero sí conocía a Kleitos, que aun siendo joven, a menudo era a quien mandaban en el bote. Había remado con él aquella noche en Alejandría dos semanas antes, aunque ahora aquello daba la impresión de pertenecer a otra vida.

—¡Kleitos! —llamó. Lo agarró del brazo y empujó a un marinero para que ocupara su sitio en la bancada—. Eres el jefe de remeros.

—¿Yo? —preguntó el joven. Se quedó boquiabierto, con los ojos como platos.

—Quiero virar a estribor en una eslora; media vuelta completa, tal como lo han hecho Peleo y Kyros.

Sátiro miró hacia proa; había espacio de sobra. Tras dar cincuenta estrepadas se habían apartado mucho de las naves siniestradas.

El trirreme ateniense avanzaba con dificultad, movía sólo una docena de remos en la banda de babor, virando hacia mar abierto sin querer.

—Remos de estribor —dijo Kleitos.

—¡Más alto! —exigió Sátiro.

—¡Remos de estribor! —gritó Kleitos. Tenía buenos pulmones, cuando los usaba—. ¡Ciad a mi señal!

—Ya están ciando, chaval —dijo Kalos. El oficial de cubierta estaba a dos pasos de Kleitos.

—¡Remos de babor, invertid las bancadas! —gritó el flamante jefe de remeros, con voz vacilante, y muchos hombres miraron a Kalos antes de obedecer.

Sátiro hizo una mueca; había hecho una mala elección. Kleitos no estaba preparado para el puesto, pero Sátiro no tenía otro hombre a mano para el cargo.

El barco escoró cuando los noventa hombres se movieron para sentarse al revés.

—¡Banda de babor, avante a mi señal! ¡Todos avante!

Parecía que Kleitos le iba cogiendo el tranquilo, aunque sus órdenes se sucedían demasiado deprisa y su ejecución era lenta.

No importaba, pues la galera ateniense no había avanzado ni un estadio desde que comenzaran a virar.

Sátiro corrió a popa, donde un marinero llevaba el timón, petrificado por tamaña responsabilidad.

—Tengo el timón —dijo—. Ve a atender al oficial Peleo.

El marinero se marchó corriendo; sus pies descalzos palmearon contra la cubierta.

—¡Oficial Kalos! —llamó Sátiro—. Haré lo posible para ponernos al lado de ese ateniense. Tengo intención de alcanzarlo por popa y apresarlo. Prepara a la tripulación de cubierta. Realizarás el abordaje con todos los infantes y los tripulantes de cubierta y le desarmaréis la vela de trinquete. ¿Queda claro?

El feo rostro de Kalos sonrió de oreja a oreja, mostrando los dientes que le faltaban.

—¿Vas a apresarlo? ¡A la orden, navarco!

Con las velas arriadas, Sátiro veía la cubierta entera. Jenofonte estaba de pie, y había tres prisioneros despojados de sus armaduras a quienes estaban atando al palo mayor. Peleo yacía en su propia sangre y dos marineros le hacían compañía inútilmente.

—¡Oficial Jenofonte! —llamó Sátiro. La voz se le quebraba cada vez que gritaba. Deseaba sentarse y descansar, pero aún no habían terminado.

Jenofonte corrió hacia popa.

—¡Señor!

—Coge a todos los infantes que estén en condiciones de luchar y apoya al oficial Kalos. Vamos a abordar al ateniense. —Sátiro corrigió el rumbo mientras Kleitos ordenaba a los remeros que bogaran otra vez. Ya habían dado la vuelta, quizás haciendo la maniobra menos elegante de la historia del *Loto Dorado*, pero la habían dado. Sátiro se inclinó hacia delante—. Jenofonte, ¿te ves capaz de apresar ese barco, de matar a sus remeros si es preciso? ¿Debo poner a otro hombre al mando?

—Ponme a prueba —respondió su amigo con una sonrisa—. ¡Ya me he enfrentado al grupo que nos ha abordado!

—Es cierto.

Se abrazaron espontáneamente, sintiéndose unidos por una extraña dicha. Acto seguido Jenofonte dio media vuelta y comenzó a llamar a «sus» infantes. Sátiro se sintió mejor. De pronto se irguió, consciente de que tenía los hombros encorvados desde

que había arrojado la lanza.

—Muy bien —se dijo a sí mismo—. ¡Lita! —llamó, y su hermana se acercó corriendo por la cubierta central. Sátiro disponía de un poco de tiempo, tal vez cien paladas hasta que tuviera que dar otra orden. Se sentía invadido por el *daimon* que se adueñaba de los hombres en la guerra y los deportes; tan lleno de él que las manos le temblaban y las rodillas le flaqueaban, pero sentía la cabeza despejada y el mundo parecía ralentizado.

—¡Señor! —dijo Melita con una sonrisa al llegar a su lado.

—Tú y Dorcus sois lo más parecido que tengo a un médico. Mirad qué podéis hacer con la flecha clavada en los pulmones de Peleo... y con los demás heridos. — En voz baja, agregó—: Lita, encárgate de que se vaya sin sufrir, si es preciso.

Melita arrugaba la nariz de un modo insólito en ella, tenía un moco pegado en la mejilla y sangre en la frente. Se sirvió de la manga para limpiarse.

—Lo haré —dijo, y se volvió, llamando a Dorcus.

Sátiro todavía disponía de tiempo y se volvió para ver qué hacían los macedonios.

El quinquerreme cabeceaba en el rompiente con sus remeros a bordo, y dos trirremes zarpaban de la playa, pero el viento del suroeste estaba refrescando y los timoneles debían poner mucho cuidado. Sátiro calculó que todavía le quedaba un poco de tiempo. Por la amura de babor, el creciente oleaje bamboleaba la galera ateniense, y sus remeros daban paladas infructuosamente.

—Oficial Kalos, dejad el trinquete aparejado antes de marcharos —dijo—. Afloja el ritmo, jefe de remeros. —Se sentía en pleno control de su nave. Miró al cielo, y de nuevo a la playa.

Los marineros aparejaron el trinquete, y la mancha de la sangre de Kyros apareció como una flor en medio de la vela izada. En cuanto se hinchó, el *Loto Dorado* cobró arrancada como un caballo de batalla que se echara a galopar, una suave aceleración que hizo que algunos marineros sonrieran de gusto, mientras a bordo del trirreme ateniense los hombres señalaban hacia ellos con miedo.

Sátiro llamó a un marinero para que le ayudara a gobernar, pues a tanta velocidad la nave podía virar bruscamente, y retuvo a cuatro marineros del grupo de asalto para que manejaran la vela.

—¡Remos dentro! —bramó Sátiro.

El barco ateniense dio media vuelta, haciendo una amplia guiñada en el último momento, pero Sátiro se había percatado de la maniobra de su timonel y estaba alcanzando su popa. El espolón estaría debajo del costado de babor del ateniense enseguida, y sus remeros fueron presa del pánico. Aprovechando la confusión, Jenofonte saltó solo a la cubierta enemiga antes de que las naves se tocaran. Al ponerse de pie asestó un golpe al timonel para dejarlo inconsciente y acto seguido se enfrentó al trierarca enemigo. Los anclotes volaron desde toda la cubierta del *Loto* y

los marineros saltaron las bordas, inundando la cubierta de remeros enemiga.

A poca distancia, el trierarca enemigo y Jenofonte se enfrentaron hombre a hombre. Jenofonte hizo una simple finta y asestó un mandoble alto contra el borde superior del escudo del ateniense. Su adversario paró el golpe con el escudo y embistió, derribando a Jenofonte sin esfuerzo. El ateniense se irguió encima del joven postrado y levantó su lanza.

Melita disparó. Su flecha se elevó en la brisa, un tiro que tuvo que cruzar la eslora de los barcos, pasar entre sogas, jarcias, cascotes y bordas, y caer desde su apogeo, como guiada por la mano de Atenea, para clavarse en el muslo del ateniense, un palmo por encima de su greba. El hombre hincó una rodilla en cubierta y Jenofonte se levantó.

El mercenario paraba un golpe tras otro, usando su lanza con desesperada destreza. Intentó ponerse de pie sin lograrlo, cayó sobre su propia sangre y aun así fue capaz de parar el golpe mortal de Jenofonte. Rodó por el suelo, con la hermosa coraza de bronce chorreando sangre roja de la herida del muslo, y se irguió sobre una rodilla. Jenofonte dio un paso atrás y lo saludó, y el mercenario se rio y correspondió al saludo, convirtiendo el movimiento del brazo en un mandoble.

Jenofonte lo paró, pero ahora tenía una larga línea roja en el brazo derecho.

Durante la pausa, Kalos había subido a bordo por detrás del ateniense con un martillo de mango largo. Después del intercambio de saludos, Kalos le asestó un golpe en la sien que lo dejó inconsciente.

Sátiro pudo volver a respirar, y musitó una plegaria a Atenea y a Heracles para que salvaran a Jenofonte, quien, pese a toda su destreza, estaba claramente superado.

Una vez abatido el trierarca ateniense, el resto de la tripulación dejó de presentar batalla. El oleaje iba en aumento, incluso lejos de la playa, y lo único que podían hacer sus remeros era mantener la nave a proa de las olas, que ya eran el doble de altas que poco antes.

Sátiro se demoró y clavó su espolón debajo de la popa de la galera ateniense con un golpe mucho más amenazador de lo que se había propuesto, pero logró hacerlo, y el resto de los infantes y marineros la abordaron en medio del estrépito atronador.

—¡Seguidme, y quiera Poseidón que lo consigamos! —gritó Kalos—. ¡Intentad coger vivo al navarco!

Kalos hacía señas y Sátiro le oía gritar órdenes. También vio que estaban desarmando a los infantes atenienses en la proa, y a Jenofonte sin yelmo, echándose agua en una herida. Se abarloó con el viento en la vela de trinquete bien cazada y sus armeros abarcaron las cubiertas. No hubo más resistencia.

Kalos levantó el palo trinquete de la galera ateniense antes de que las crestas de olas rompieran, y enseguida arrancó empujado por el viento. El trirreme ateniense estaba deteriorado, pero al navegar de empopada se comportaba bastante bien, y

Kalos tuvo tiempo de reorganizar a los remeros, ahora cautivos.

Sátiro advirtió que el quinquerreme zarpaba de la playa y comenzaba a adentrarse en las olas.

Dos remeros llevaron a Peleo y lo sentaron en la popa. Estaba pálido como un pergamino recién raspado y le salía un hilo de sangre por la boca, pero estaba vivo. Melita y Dorcus lo habían lavado y cortado el astil de la flecha a ras de la herida para que pudiera apoyarse. El hecho de que no le hubiesen sacado el astil hablaba por sí mismo del estado en que se hallaba.

—Maestro Peleo.

Sátiro se sentó en cuclillas, sujetando el remo, tratando de oír al timonel, que movía los labios. Peleo levantó la cabeza.

—Ha sido hermoso —dijo. Luego agregó—: Hay que ir a la playa enseguida.

—Si estuvieras en forma, maestro, podríamos haber intentado apresar el barco grande. —Sátiro se encontró con que tenía las mejillas húmedas de lágrimas—. ¿Qué quieres decir, con lo de ir a la playa?

—Tormenta —murmuró Peleo.

Sátiro miró hacia el mar y comprendió que el timonel llevaba razón.

—Puñeteramente hermoso —insistió Peleo. Se apoyaba en un codo y alcanzaba a ver por encima de la popa—. Dos contra uno, ¡y a la vista del enemigo! —Se rio, y la risa se convirtió en un gorgoteo y una rociada de sangre. Los ojos de Peleo se cruzaron con los de Sátiro y el muchacho comprendió que su maestro estaba agonizando; incluso llegó a ver cómo su sombra se liberaba de su cuerpo—. Viene tormenta —prosiguió Peleo. Acto seguido, añadió con gran esfuerzo—: ¡Avisa a Rodas!

Entonces se desplomó, y Sátiro pensó que había fallecido. Se volvió a mirar hacia popa. La tormenta venía desde el mar, avanzando tan deprisa que se veía la forma de proa del frente de la borrasca, al tiempo que se notaba el descenso de la temperatura. En el mar abierto había una línea brumosa, pero Sátiro sabía que era la del turbión.

Hacia tierra, el quinquerreme ya había abandonado la persecución. Retrocedía hacia el fuerte oleaje mientras ellos doblaban la punta de Laodicea y la playa llena de macedonios desaparecía de su vista.

Navegaban deprisa, tanto que un momento de descuido provocó que el casco temblara como un perro en una correa y se balanceara. Ahora que llevaban la vela bien reglada, adelantaban decididos al trirreme ateniense capturado.

Pasaron a un remo de distancia de él y siguieron singlando hacia el norte. El frente de la tormenta los llevaba tan aprisa como podía navegar una galera. salvaron las rocas al norte de la punta de Laodicea y la bahía siguiente en un abrir y cerrar de ojos.

—Voy a intentarlo —dijo Sátiro. Le hablaba a Peleo, cuyos ojos todavía tenían

una chispa de vida. No había nadie más a quien hablar. Kleitos estaba atareado con sus nuevas responsabilidades y Melita se encontraba en la proa con los arqueros—. Intentaré varar el *Loto* aquí mismo para pasar la noche.

Se sorprendió al descubrir que Peleo asentía.

—Buen chico —dijo éste.

Sátiro no había pasado toda su vida en el mar, pero había visto tormentas. Rezó para que aquélla siguiera la pauta habitual, con un período de calma justo antes de la llegada del frente.

—¡Oficial Kleitos! —gritó. El hombre acudió a la llamada—. Voy a varar de popa en la próxima playa. ¿La ves? —Sátiro señaló hacia la amura de estribor y Kleitos le miró perplejo—. Cuando ordene arriar el trinquete, debes tener a todos los remeros preparados. Viraje de un cuarto de círculo a babor y luego a ciar como posesos.

Sátiro reprodujo la maniobra con las manos.

Kleitos asintió, pero sus ojos no mostraban ni un atisbo de comprensión.

—¡Repítemelo! —urgió el joven navarco.

—Cuando arríes el trinquete, un cuarto de vuelta hacia el mar y retroceder hacia el rompiente —dijo Kleitos con cierto aire de incredulidad.

—Pon al corriente a todos los hombres. No confíes en las órdenes dadas en el último momento. ¿Entendido?

—¡A la orden, navarco!

Kleitos tenía los ojos sin brillo, ya estaba exhausto por el esfuerzo de mandar.

Sátiro llamó a un marinero.

—¿Cómo te llamas?

—Diocles, señor.

Sátiro se sorprendió al reconocerlo de la noche en Alejandría.

—Diocles, ¿puedes coger el remo de gobierno?

Sátiro había visto a ese hombre con Peleo a menudo; si eran amigos, tenía que ser competente. Había estado a cargo de las guardias.

Diocles alargó el brazo y agarró el pesado remo.

—Tengo el timón —dijo con voz sorda y áspera. Bajó la vista a Peleo, que asintió.

Faltaban apenas unos instantes para llegar al rompiente. ¡Y había tanto que hacer!

—¡Tienes el timón! —dijo Sátiro, y salió disparado hacia proa, buscando a los cuatro marineros.

»A mi orden, arriad la vela de trinquete. Que caiga a plomo, ¿entendido? Que el viento no la hinche ni un instante de más.

Demasiada información; lo veía en sus semblantes.

—Conocemos nuestro oficio, navarco —dijo el de más edad, con una sonrisa torcida—. No te preocupes, chaval —susurró con voz ronca.

Sátiro regresó a la popa y descubrió que Diocles había logrado dirigir la proa hacia la playa; un buen trabajo de gobierno.

Llevaban mucha velocidad. De hecho, Sátiro estaba casi seguro de que en toda su vida no había navegado tan deprisa. Observó la costa, tan cercana, y respiró profundamente. Echó un vistazo a la galera ateniense. ¿Tendrían ocasión de imitar su maniobra?

Ambas naves iban hacia la playa. Poco antes de las grandes olas del rompiente, cada vez más embravecidas, Sátiro ordenó que pusieran el *Loto Dorado* paralelo a la playa para aguardar la calma. Rezó por que ésta llegara. La línea de la borrasca estaba a diez estadios y se aproximaba como una carga de caballería.

El viento amainó, la vela restalló y se puso a ondear.

—¡Arriad el trinquete! —gritó Sátiro. Se volvió para observar a Diocles mientras éste apoyaba todo su peso en el remo de gobierno, sin moverse de en medio del barco, rogando que la proa virase hacia el mar para quedar de cara al oleaje.

«¡Poseidón, déjanos vivir! ¡Detén el viento!»

La respuesta de los remeros fue todo lo vigorosa que podía ser. Efectuaron el giro de un cuarto de círculo en el tiempo que tardaron dos olas en romper debajo de su popa, imprimiendo tanta presión en los remos que Sátiro vio cómo se torcían; y acto seguido comenzaron a ciar a toda prisa, con los remos clavándose en la grava de la playa, y la popa se elevó y cayó con un pesado golpazo.

La maniobra había salido casi perfecta, pero ahora se notaban las penalidades de la jornada. El *Loto* casi no tenía tripulantes de cubierta que saltaran a tierra y sujetaran la popa, y el mar batía la proa implacablemente. Kleitos ordenó una estrepada por iniciativa propia, de modo que los remos de proa que aún podían manejarse afianzaran el barco. A popel los remeros comenzaron a saltar por las bordas, cosa que aligeró la nave y permitió que se adentrara un poco más en la playa, y una ola rompió contra la proa y casi la desvió, pero había suficientes remos en el agua y suficientes espaldas fuertes en el rompiente para arrastrar el casco un poco más arriba. El barco estaba en diagonal a la playa, pero ahora estaba vacío, y antes de que la siguiente ola alcanzara el espolón y lo empujara con riesgo de romperle la quilla, doscientos hombres y dos mujeres tiraron a la vez y el casco negro de brea saltó playa arriba casi hasta la mitad de su eslora. No fue bonito. De hecho, toda la maniobra se había llevado a cabo al borde de la confusión, el caos y el fracaso, pero el *Loto* estaba varado en la playa y vertical, y se oyó una sonora ovación.

El trirreme ateniense no fue tan afortunado. Aunque efectuó el viraje con estilo y sus remeros, que Kalos había redistribuido en ambas bandas, sabían que sus vidas dependían de sus estrepadas, su retroceso fue torpe y el casco llegó sobre la cresta de una gran ola que rompió en cuanto la tormenta alcanzó la orilla. La ola siguiente golpeó la proa, empujándolo playa arriba, fuera de control. El agotamiento y el

desánimo les costaron un tiempo precioso cuando los remeros perdieron el ritmo y la parte central del barco se inundó.

Pero Kalos tenía amigos en tierra. Tenía a los tripulantes de cubierta. Estos lanzaron sogas por encima del costado antes de que el trirreme reventara, y los doscientos hombres de tierra no estaban dispuestos a perder la presa a manos de Poseidón cuando estaban tan cerca de conseguirla, así que tiraron, y volvieron a tirar, para subir el barco siniestrado a la playa, alejándolo de las garras de la tormenta. El trirreme cayó de costado, vertiendo el agua que le había entrado y arrojando remeros al rompiente, pero el viento huracanado dio un empujón a la popa y la ola siguiente levantó la proa al tiempo que Kalos rugía «tirad» como Poseidón redivivo, y el equilibrio cambió. El casco ateniense crujió, pero subió playa arriba un largo de caballo, y lo hizo de nuevo con la ola siguiente mientras desembarcaban los últimos remeros. Y todavía una vez más, sacando el espolón de las olas, mientras trescientos hombres tiraban juntos, empapados por el azote de la lluvia.

Y entonces se dejaron caer en la arena mojada. Estaban en tierra, y vivos.

Sátiro jadeaba tumbado en la arena, todavía con una soga en las manos. Se caía de sueño, pero una voz interior le dijo: «Todavía no has acabado, chico.» Se obligó a ponerse de pie y caminó hasta donde yacía Peleo. El timonel había muerto durante la última maniobra. Sátiro cerró los ojos y susurró una plegaria.

Luego se levantó y se envolvió con su clámide bajo la lluvia.

—¿Oficial Jenofonte? —llamó—. Atad a los prisioneros. Montemos una vela a sotavento de... —Miró en derredor. No había sotavento que valiera. Estaban en una playa que se extendía hasta ambos horizontes, y sólo los altos acantilados que se alzaban unos cuantos estadios tierra adentro prometían algún resguardo.

Melita le tocó el brazo.

—Hay cuevas —dijo, señalando.

—Una vela para cubrir la entrada de la cueva; Melita os conducirá allí. Que se cobijen los heridos primero.

Las órdenes manaban de él como el agua de una fuente. Como si las estuviera dando Peleo.

Kalos estaba poniendo en marcha a sus hombres.

Kleitos, arrodillado en la arena, meneaba la cabeza. Diocles lanzó una mirada a Sátiro, puntuada por un relámpago, y el joven asintió.

—¡Muy bien, muchachos! —gritó Diocles.

Sátiro permaneció plantado en la playa hasta que el último hombre estuvo cobijado en las cuevas. Debajo de sus pies la arena estaba seca, y las hogueras de troncos y tablas que el mar había arrastrado hasta la playa rugían. Se sentía incapaz de hablar. La clámide empapada pesaba y el viento aullaba, y si las olas subían un

poco más perderían el trirreme; no podía hacer nada al respecto. Necesitaba seguir haciendo cosas, seguir dando órdenes, porque ahora que disponía de tiempo para pensar, sólo tenía ganas de llorar.

Permaneció allí, de cara a la tormenta, con el rostro y la clámide chorreantes. Los relámpagos partían el cielo y los truenos rugían más fuerte que cien espolones destrozando otros tantos cascos.

Kalos se acercó a él.

—¡Adentro, señor! —gritó, haciéndose oír por encima del viento y los truenos.

Tiró a Sático del brazo y entraron en la cueva apartando la ondeante vela de trinquete que tapaba la entrada. En el interior hacía calor. Sático tropezó y poco faltó para que se cayera. La cueva estaba llena de hombres, tendidos tan juntos que parecían las ánforas del cargamento de un barco mercante. La fogata, que no era la primera que se había encendido en aquel lugar, y el calor de más de trescientos cuerpos permitieron a Sático quitarse la clámide.

—Prueba esto, chaval —dijo Kalos.

Diocles se acercó y le puso un pesado tazón de arcilla negra entre las manos. Estaba muy oscuro para ver qué había dentro, de modo que Sático bebió un sorbo: ciceón, lleno de queso y vino. El vino le atravesó el cuerpo como una descarga eléctrica. El dulzor de la miel y la acidez del vino fueron lo mejor que había tomado jamás.

—Acábatelo —dijo Diocles, con su áspera voz. Sonrió brevemente, como si le costara un gran esfuerzo, y volvió a adoptar una expresión perdida.

Sático se desplomó en un espacio libre junto a la boca de la cueva y se quedó dormido con el tazón en la mano.

Más hacia el fondo de la cueva, Melita estaba entrelazada con Jenofonte, pegada a él para que le diera calor y por la protección emocional que le proporcionaba un cuerpo conocido. Quería dormir, pero los pensamientos le daban vueltas y más vueltas en la cabeza igual que un niño agotado. Chillando.

Vio que su hermano entraba en la cueva y, a la luz titilante de la fogata, supo qué aspecto tendría Sático a los treinta años, o quizás a los cincuenta.

—Me has salvado la vida —dijo Jenofonte en la oscuridad. Su voz sonó diferente, y no lo dijo como un aserto, sino como si tratara de descifrar un rompecabezas.

—Y tú a mí —contestó ella, encogiéndose de hombros.

—Pero... era un combate hombre a hombre —repuso Jenofonte—. Él era mejor que yo.

Melita se retorció, intentando sacarse una piedra de debajo de la cadera.

Jeno malinterpretó el movimiento y se arrimó más a ella.

—No, no lo era —replicó Melita—. Tenías que enfrentarte al timonel, que llevaba

armadura, y al mercenario y a un puñado de marineros. O sea que era una acción general. He disparado porque era mi deber.

—Ha sido un tiro fantástico —dijo Jenó. Esta vez fue él quien se encogió, y ella quien lo interpretó como un estremecimiento, que la llevó a estremecerse a su vez—. Estaba tumbado boca arriba, aguardando la muerte... ¡Parecía una obra de Homero! Y al ver la flecha que se clavaba en su muslo justo encima de mi cabeza, he pensado: «ha sido Melita».

Aquél era el elogio que Melita deseaba. Había sido el mejor tiro de su vida.

—Hoy he matado a unos cuantos hombres —declaró, a medio camino entre la jactancia y el sollozo. No sabía cómo asimilar aquellas muertes.

—Yo también —dijo Jenofonte. Se volvió para ponerse de cara a ella.

Al cabo de un momento, ella hizo lo mismo.

Y en un momento dado, cuando la mayoría de los remeros roncaba, sus retorcimientos de incomodidad y sus abrazos de consuelo cambiaron de ritmo y devinieron otra cosa. No fue el idilio romántico que Melita había imaginado, con las nalgas atrapadas contra una piedra y trescientos posibles testigos, pero, sin embargo, sucedió.

—No deberíamos hacer esto —dijo Jenofonte, cuando ya era demasiado tarde para cambiar de parecer.

Parte V

El bruñido

312 a. C

El trirreme ateniense había sucumbido y no había noticias de su costoso consorte fenicio, pero éste remaba con brío ante los cimientos del nuevo faro y a su armador se le podría haber perdonado que se sintiera orgulloso. Llevaba dos semanas aguardando aquel barco y ahí lo tenía, una pieza más que encajaba en su sitio.

Estratocles se apoyó en el muro de piedra que bordeaba su jardín alquilado, acariciando el tejido de la herida que tenía en la punta de la nariz cortada mientras contemplaba la familiar silueta ateniense, que guardaba sus remos para recibir al práctico del puerto. Asintió complacido. El barco había pasado suficiente tiempo en el mar para curtir a los remeros, y ahora respondían como profesionales. Llamó a sus esclavos, se puso una clámide sencilla, mandó avisar a Lucio y sus guardias y salió hacia los muelles.

«Necesito un poco de suerte.» El problema de espiar, con casi toda suerte de subterfugios, era que resultaba difícil confiar en alguien, y más difícil aún encontrar a una persona de confianza que además fuera lo bastante inteligente para ejecutar órdenes. Lucio, el capitán de su guardia, era un luchador competente, pero no un pensador. Al menos no la clase de pensador capaz de competir con León o Diodoro.

«Necesito noticias.» Precisaba saber que el chico olbiano estaba muerto. Ya había pasado por situaciones semejantes con anterioridad, cuando un asunto secundario de un plan cobraba vida propia. Sátiro se había convertido en uno de esos asuntos. Estratocles meneó la cabeza porque consideraba que la cuestión de los niños carecía de importancia.

«Necesito a Ifícrates.» Estratocles había dedicado largas jornadas a negociar con los macedonios, hombres duros que despreciaban a Tolomeo sólo un poco más de lo que despreciaban a Casandro o a Antígono *el Tuerto*. También despreciaban profundamente a Estratocles, y no siempre disimulaban su desdén. «Ifícrates sabrá cómo tratarlos. Ni siquiera tendría que haberme reunido con ellos.» Mientras caminaba, Estratocles hizo un gesto con la mano, una especie de signo campesino para conjurar el mal fario pero que en su léxico particular significaba que era consciente de haber cometido un error.

«Odio a los macedonios.» Ifícrates podía ser hosco y reservado, pero era un magnífico combatiente y un hombre al que los macedonios aceptarían como negociador; eran un atajo de idiotas y matones. Y necesitaba que Ifícrates

contraatacara a León y a sus adláteres.

«Ese negro cabrón lo tiene todo —pensó Estratocles—. Buenos subordinados, tiempo, dinero... Que se joda. Yo soy más listo, y sacaré esto adelante aunque tenga que hacerlo con mis propias manos.»

Estratocles había soportado un mes de humillaciones. Habían dado caza y apaleado a sus sirvientes, le habían robado esclavos, habían destrozado su casa. Una incursión punitiva de los mercenarios de León había liquidado a uno de los socios criminales que tenía en nómina, y ahora sólo un puñado de hombres desesperados aceptaba su moneda.

«No te ablandes, nariguilla», se dijo a sí mismo.

Los constantes tropiezos de la misión estaban acabando con él, y se detuvo en el embarcadero para respirar profundamente y mirar en derredor. Se hallaba cerca, muy cerca, de sobornar a los oficiales veteranos de Tolomeo. Ahora no había lugar para la autocompasión. Su plan y el futuro de Atenas requerían que manejara el timón con mano firme. Y no había por qué ser pesimista. Pese a las crecientes fricciones entre Casandro y Tolomeo, había tranquilizado a la corte con sus cuentos sobre una campaña de verano contra el primero por parte del Tuerto y logrado convencer al señor de Egipto para que enviara un *taxeis* entero de sus veteranos a Macedonia. También había solicitado, y obtenido, una declaración de independencia para las ciudades estado de la antigua Grecia, una maniobra política que enturbiaría las aguas en la patria y ayudaría a Atenas de cincuenta maneras distintas. Demetrio de Falero, el hijo de puta oligárquico, sonreiría encantado.

«¡Atenas, al final te liberaré!», pensó con una sonrisa.

—Atenas, te liberaré aunque tenga que sacrificar a todos estos cabrones para conseguirlo —dijo en voz alta, y se sintió mejor.

Había llegado la hora de resarcirse de Casandro tras dos años de desaires y vejaciones; la hora de jugar su mano por su propio bien y el de Atenas. Casandro estaba perdiendo habilidad, y no iba a estar en el bando vencedor. Estratocles necesitaba que Atenas estuviera en el bando vencedor, que fuese poderosa en el bando vencedor, para conseguir lo que él quería y devolverle la libertad. Por eso había comenzado, prudentemente, a mantener correspondencia con Antígono *el Tuerto*, asegurándole un nido mullido cuando él diera el salto, cuando Atenas diera el salto. Ocuparía una satrapía, preferiblemente la de Frigia. Ese sería un buen trampolín para Atenas, un aliado capaz, un mercado para sus artículos. Y ya había echado el ojo a la esposa perfecta para el sátrapa de Frigia. Una chica estupenda, la única heredera de la segunda o tercera ciudad más poderosa del Euxino: Amastris de Heráclea. Lo único que le faltaba era un último golpe de mano y un astuto secuestro; en muchos sentidos, una misión más fácil que jugar a tres bandas con Casandro, el Tuerto y Tolomeo.

El motín de los macedonios: eso paralizaría a Tolomeo tanto si el médico tenía éxito como si no. «Siempre hay que tener un segundo plan —pensó Estratocles mientras se acariciaba la barba—. E incluso un tercero, si es posible.»

Luego subiría a bordo de aquel barco y se marcharía, antes de que Tolomeo descubriera hasta qué punto lo habían utilizado como moneda de cambio. El ateniense sonrió y volvió a pensar en su empleado, el médico. Si Casandro estaba pagando al galeno, Estratocles consideró que haría bien en prescindir de él aunque fuese su subordinado. Pues Casandro no tardaría en darse cuenta de que Estratocles había cambiado de caballo, y entonces el médico iría a por él.

De pronto se le ocurrió el golpe maestro que arrasaría con todos los premios. De hecho se detuvo en medio del Posideion y se quedó plantado, maravillado por la idea que acababa de tener.

«Nariguilla, eres el cabrón más listo de todo el mundo.»

Estratocles llegó antes que su barco al pantalán y aguardó con fastidio a que el trirreme se abarloara. Llegado a aquel punto, no podía permitirse llamar la atención de la guardia; no le importaba que la gente relacionara su barco con la muerte del chico olbiano, pero tampoco quería que el vínculo fuese demasiado evidente. Sintió la frustración propia de un hombre que, estando al borde del éxito, tenía que depender de los caprichos del destino.

Pero los guardias del puerto estaban ocupados comprobando listados de carga o cobrando sobornos de los mercaderes. Ninguno reparó en él.

Finalmente, el trirreme ateniense abrazó el pantalán como si fuese un viejo amigo, sin apenas hacer ruido. Ifícrates nunca había manejado el barco con tanta... elegancia. O sin soltar un montón de tacos.

—Algo va mal —dijo Estratocles a sus guardias. Se dirigió aprisa hacia la punta del pantalán, donde estaba la popa del barco—. ¿Ifícrates? —llamó—. ¡Asómate!

Aguardó un momento mientras los marineros ponían una pasarela apoyada en la borda.

—¡Volved a vuestro sitio! —gritó.

—Será mejor que suba yo primero —dijo Lucio.

—No —dijo Estratocles—. Tengo que saber qué está pasando. Si Ifícrates está herido... —Meneó la cabeza—. Mierda. —Saltó a la pasarela—. ¿Quién está al mando aquí?

El ímpetu le hizo dar dos pasos hacia popa después de llevarse un buen susto. Aquéllos no eran sus oficiales. Empuñó la espada. Y aquel chico...

Saltó de nuevo al muelle, rodó por el suelo enredándose en su clámide y se puso de pie.

—¡Apresad a ese hombre! ¡Jenofonte! —gritó el chico.

Estratocles salvó la vida porque los hombres de su barco, ¡su barco!, estaban tan

perplejos como él. Reunió a sus guardias y huyó, y los infantes lo perdieron de vista.

Durante todo el trayecto de regreso a su casa, Estratocles intentó comprender cómo era posible que hubiese sucedido aquello y qué consecuencias tenía. La pérdida de su barco era un duro golpe. Aquella nave significaba movilidad y libertad y un último refugio si las cosas se ponían muy feas.

Poco antes de llegar a la verja de su jardín, Estratocles meneó la cabeza como si hubiese estado conversando con otro hombre. Levantó la mano y detuvo a sus guardias.

—Lucio, espera. —Estratocles señaló hacia la casa—. No sabemos si es seguro entrar. —Se rascó el mentón—. No, todavía no pueden haber mandado aviso. Hay que actuar deprisa. Reúne a todos los esclavos, coge el dinero y todos los arcones, y que carguen con ellos. Tan rápido como puedas. ¡Ya!

Lucio era un hombre acostumbrado a obedecer, y se puso manos a la obra de inmediato, gritando órdenes a los demás guardias, casi todos celtas e íberos.

No tardaron en sacar de la casa el dinero y las pertenencias de Estratocles, organizaron una reata de esclavos y algunos porteadores contratados presurosamente, y desaparecieron camino de su refugio; es decir, de uno de sus refugios.

Estratocles procuraba aceptar con calma su nueva situación, pero estaba enojado.

—¿Qué demonios puede haber ocurrido? —preguntó a Lucio—. Y aún más importante, ¿qué hago ahora?

—Sea lo que fuere lo que le haya sucedido al viejo Ifícrates... —dijo Lucio entre dientes, y se encogió de hombros—. Tenemos caballos. Larguémonos a través del desierto. Tú mismo has dicho que ya has hecho casi todo el daño que debías hacer y que Gabines iba a por ti.

Estratocles se detuvo en medio de la calle, respirando pesadamente. Pero entonces negó con la cabeza.

—No —dijo—. No, no saldremos huyendo. Todavía no. Estoy muy cerca de enterrar a Tolomeo para siempre. No pienso ceder, por ahora.

—Bien, pues entonces estoy contigo —dijo Lucio, meneando la cabeza—. Acabemos esto.

Una vez en el patio de su refugio, una tabernucha que había comprado en el poco elegante barrio sureste, respiró más tranquilo pese a la peste de la tenería que había en la casa de al lado.

«Reflexiona», se dijo a sí mismo.

Los esclavos, aterrorizados, dejaron las pacas en el patio. Estratocles chascó los dedos y dos guardias acudieron prestos.

—Pagadles bien —dijo Estratocles. El gasto era ruinoso, pero no podía permitirse que un esclavo lo traicionara.

Una muchacha gala con una magulladura amarillenta que le cubría la mitad

izquierda de la cara dio media vuelta y echó a correr despavorida, al malinterpretar su tono de voz, y salió disparada del patio con un niño de unos seis años. Dos de sus mejores hombres la persiguieron.

—¡Atenea! —protestó Estratocles a los cielos—. ¡Zeus Sóter! ¡No iba hacerle ningún mal! —Dejó de implorar a los cielos porque asustaba a los esclavos. Se dirigió a Lucio—: Encárgate de que no huya nadie más.

Los demás esclavos se apiñaron, como si el estar juntos pudiera protegerlos de las espadas, igual que las ovejas de la tenería. Los hombres de Lucio los condujeron a sus nuevas dependencias y atrancaron la puerta.

Antes de que las sombras se alargaran más, los guardias que habían perseguido a la muchacha regresaron con aires de suficiencia y una cabeza en un saco: una cabeza con trenzas rubias.

—¿Y el niño? —preguntó Estratocles.

—No he visto ningún niño —respondió el guardia, mirando en derredor.

—Iba con un niño.

—Yo no he visto ninguno —contestó el guardia, desconcertado—. Quizá Dolgu haya visto al mocoso.

—Bien —dijo Estratocles, dominando su irritación—. Que Dolgu venga a verme en cuanto regrese. Entretanto, ve al mercado a comprarme dos esclavos y haz que limpien este patio. Y organiza el envío de esta nota al médico con el procedimiento habitual.

El médico estaba cómodamente instalado en el palacio y sólo se comunicaba mediante mensajes cifrados.

Estratocles tenía un nuevo plan. Carecía del bello panorama del primero, pero serviría. Su belleza radicaba en su simplicidad.

Continuaría promoviendo el motín. Era tarea fácil. Casandro quería a los macedonios en Macedonia, y todos ellos querían regresar a casa. No era preciso hacer muchos planes en ese frente. El nuevo enfoque era que utilizaría sus armas para matar a Tolomeo. Y luego, cuando Antígono se metiera en el caos que imperaría, Estratocles lo utilizaría para liberar Atenas.

—¿Quieres que aprese a los chicos y ataque a los hombres de León? —preguntó Lucio. El corpulento italiano estaba comiendo una manzana.

—No —dijo Estratocles—. No, León es secundario. Los niños son secundarios. Si el médico los liquida, tanto mejor, pero yo no quiero saber nada más de este asunto. Nos trabajamos a los macedonios y luego nos esfumamos.

Lucio terminó la manzana, apurándola hasta las semillas.

—Por mí, de acuerdo. No podemos luchar contra todos.

—Lo mismo pienso yo —dijo Estratocles.

—¿Tenéis un prisionero? —preguntó León—. ¿Dónde?

—Bienvenido a casa —dijo Nihmu, quien sonrió adormilada.

Diodoro llegó por la puerta del edificio colindante empuñando una espada.

—En nombre de todos los dioses —dijo, antes de envainarla.

Coeno iba justo detrás de él.

—¡Sátiro! —exclamó Coeno, que iba justo detrás de él. Primero sonrió. Luego, prudentemente, como un hombre temeroso de que al mencionar algo malo se convierta en realidad, preguntó—: ¿Está bien mi...? ¿Estáis todos bien?

—Jenofonte aguarda en el patio con un pelotón de infantes. Y uno de los hombres de Estratocles, envuelto en una manta. —Sátiro no pudo reprimir una sonrisa. Luego, más serio, se dirigió a León—: Peleo ha muerto.

El mercader se cubrió los hombros desnudos con una clámide mientras Safo ordenaba que encendieran antorchas y lámparas.

—Supongo que no tenías manera de avisarnos de tu llegada —dijo León—. Y todavía eres un exiliado, muchacho. —Dio un abrazo a Sátiro—. O sea que has apresado un barco en el mar y has perdido a mi mejor timonel en las aguas azules de Poseidón. Me figuro que tendrás una historia que contar.

Filocles apareció desde la oscuridad del umbral.

—Coeno, tu hijo está fuera con una alfombra al hombro —anunció.

Sátiro sonrió a Filocles y lo miró con detenimiento. El cambio era notable, para haber transcurrido sólo un mes. El espartano había perdido peso y se movía de otra manera. Se acercó y estrechó a Sátiro entre sus brazos.

—Te he echado de menos, chico —dijo.

Terón llegó desde la casa de Diodoro, poniéndose un quitón por la cabeza.

—Debería haber supuesto que eras tú —dijo, a modo de saludo—. ¿Sabes qué hora es?

Pero él también dio un fuerte abrazo a Sátiro.

Salieron todos al amplio patio de León, donde seis infantes de marina aguardaban despreocupadamente con los escudos apoyados en el suelo y las conteras de las lanzas clavadas en la grava. Cuando vieron a León, se cuadraron.

Jenofonte dejó su carga con cuidado en el suelo e hizo una reverencia.

—¿Señor? —saludó.

—Oigamos la historia —dijo León, cruzando los brazos.

Sátiro comenzó a contarla. Los criados sirvieron vino mientras él hablaba, y cuando llegó al combate frente a la costa de Siria y a la larga noche de tormenta, ya

iba por la segunda copa.

—A la mañana siguiente, Demetrio podría habernos cazado con diez niños y una honda —dijo. Se encogió de hombros y pasó la copa de vino a Jenofonte, que bebió un trago y soltó un eructo—. Dormimos hasta tarde y todos los guardias se acostaron; trescientos de nosotros en una cueva y los barcos en la playa como un reclamo. —Se encogió de hombros—. Pero los dioses nos protegieron, o Demetrio es idiota. — Señaló la alfombra—. Ningún prisionero sabía gran cosa; trabajaban para este mercenario ateniense. Tenían órdenes de buscarnos y apresarnos. Este parecía estar al mando. Kalos le dio un buen golpe en la sien y lleva varios días comatoso. Necesita un médico.

Filocles señaló a Jenofonte.

—Enrollar a un hombre herido en una alfombra no es la mejor manera de curarlo. Veámoslo.

—Era un buen combatiente —dijo Jeno—. Me gustaría que viviera.

Junto con Filocles, desenrollaron la alfombra. Filocles se quedó mirando al hombre inconsciente un buen rato a la luz de las teas.

—Vaya, vaya —dijo.

Diodoro se agachó junto al ateniense y volvió a levantarse.

—Mira lo que no ha traído el gato —dijo.

—Creía que había muerto —terció Coeno—. Hera nos proteja a todos. Llévalo a mi habitación.

—Necesitamos un médico —dijo Filocles—. Esto me sobrepasa.

León estaba perplejo.

—Yo no lo conozco. —Se volvió hacia su mayordomo—. Ve a buscar...

Diodoro negó con la cabeza.

—Espera. Despeja el patio. —Miró en derredor—. Confía en mí. Que todo el mundo se marche. Soldados, a la cocina. Os merecéis un trago de vino. —Volvió a mirar a León e hizo una seña—. Sólo amigos —dijo.

—Jeno puede quedarse —dijo Coeno.

—Y los gemelos también —agregó Safo.

Sátiro pensó que estaba a punto de enterarse de un gran secreto. Toda su vida los había visto comportarse así, como si estuvieran unidos por un vínculo sagrado.

—Demetrio está en Nabatea —dijo Melita, inopinadamente—, y ningún capitán de sus naves tuvo el valor de darnos caza. —Alargó el brazo y cogió la copa de vino de Jenofonte. Se miraron a los ojos un momento; un momento demasiado largo, en lo que a Sátiro respectaba. «¿Qué demonios?» Luego miró a Diodoro—. ¿Quién es?

—¿En Nabatea? —preguntó León. Estaba de pie como si se dispusiera a iniciar una carrera—. Veamos si lo he entendido bien. Demetrio, el hijo del Tuerto, se encuentra en las playas de Siria con doscientos barcos, y su ejército está en Nabatea.

¿Podéis demostrarlo?

Melita estaba recibiendo el abrazo de todos sus tíos, y se encontraba entre los brazos de Safo cuando dijo:

—¿Demostrarlo? Tenemos doscientos testigos, si podemos fiarnos de los remeros de León.

Éste y Filocles cruzaron una larga mirada. El espartano negó con la cabeza en respuesta a una pregunta no formulada de León.

—Debemos ir a ver a Tolomeo enseguida. Cada instante cuenta.

—¿Y qué hay del ateniense? —preguntó León—. ¿Quién es?

—Es Leóstenes —contestó Filocles en voz baja—. Dirigió la revuelta de los mercenarios contra Alejandro. Y ayudó a derrotar a Antípatro en la guerra Lamiaca.

—¿Está muerto! —dijo León—. ¿Es uno de los nuestros?

Filocles negó con la cabeza. Diodoro discrepó.

—Estaba demasiado metido en política para prestar el juramento, pero era amigo de Kineas. Un hombre voluble. Oí decir que había sobrevivido a la guerra Lamiaca y que había cambiado de nombre, pero no salgo de mi asombro.

—¿Qué demonios hacía trabajando para Estratocles? —preguntó Coeno.

—Sólo me cabe suponer que cuando Casandro tomó Atenas hace cinco años, Leóstenes apoyó al que consideraba el menor de los males —respondió Diodoro, meneando la cabeza—. Decid lo que gustéis sobre Estratocles, caballeros, pero es un ateniense leal.

—Nosotros optamos por Tolomeo —dijo Coeno, asintiendo.

Safo se agachó junto al hombre postrado.

—Se lo preguntaremos cuando se recupere. Entretanto, dejarlo tendido en las piedras de nuestro patio dudo que le haga algún bien.

—Casi pillamos a Estratocles en el puerto —dijo Sátiro. En realidad no entendía quién era el hombre inconsciente, pero pensó que debían saber la historia entera.

Aquello requirió más explicaciones.

Cuando hubieron terminado de acribillarlo a preguntas, Filocles se rascó el mentón.

—Estratocles saldrá corriendo —vaticinó.

—Para meterse en un agujero —agregó Diodoro.

—Sea como fuere, ha llegado el momento de aplastar su influencia en la corte y azuzar a los macedonios para que entren en acción —dijo León.

—Salvo que podríamos estar luchando contra Demetrio en cualquier momento —señaló Coeno.

—¿Dónde está el *Loto*, Chaval? —preguntó León a Sátiro.

—En la costa sur de Creta. A estas alturas debería estar de camino hacia aquí —contestó Sátiro—. Pensé que podía sorprender a... bueno, a todo el mundo, si venía

con la presa. Y la última voluntad de Peleo fue que se informara a los rodios.

León asintió.

—Has hecho bien. Mandaré ese trirreme ateniense al dique; no tiene un mal casco, aunque esté un tanto castigado, y yo me haré a la mar a bordo del *Jacinto*. Me marcho a la costa de Siria.

—¡Voy contigo! —dijo Sátiro.

—No —replicó Filocles—. Tengo trabajo para ti aquí.

—¡Estoy exiliado! —protestó Sátiro.

—De todos modos tenemos que ir a ver a Tolomeo ahora mismo.

—¿Hemos terminado de conspirar? —preguntó Safo. Hizo una seña a los esclavos que los miraban desde la puerta—. Venid, queridos míos. Tratad con cuidado a este pobre hombre.

—¡Hay que mantenerlo en secreto! —dijo Diodoro entre dientes.

Nihmu lo miró enarcando una ceja y su esposa le dio un codazo en las costillas al pasar junto a él.

—¿Mantener en secreto a quién, cariño? —preguntó.

—Hay que ir a ver a Tolomeo ahora mismo —insistió Filocles—. Mañana habrá corrido la voz. Esta noche nos dedicará toda su atención.

—Gruñona atención —terció Diodoro.

Filocles frunció el ceño. Su rostro pareció la máscara de un actor a la luz de las teas.

—Llevamos un mes oyendo hablar de esto, pero sin ninguna prueba fehaciente, y Estratocles no para de susurrarle a Tolomeo que todo es una finta. —Enarcó una ceja y miró a Sátiro—. Incluso hemos comenzado la instrucción de la nueva falange.

—Sátiro sigue estando exiliado —murmuró León, como si acabara de recordarlo.

—Ahora—dijo Filocles—. Hay que ir ahora.

—Por la tetilla deificada de Heracles —gruñó Tolomeo—. Más vale que esto merezca la pena.

León caminaba arrastrando los pies. Sátiro nunca había visto a su tío tan nervioso, y de pronto cayó en la cuenta de que aquél no era un triunfo fácil. Si León estaba asustado, sin duda había algo de lo que Sátiro debía tener miedo.

El soberano de Egipto llevaba un quitón de lana transparente que mostraba en demasía su cuerpo envejecido. Coronaba su cabeza una guirnalda de hojas de parra, pero su mirada era firme.

—¿Tú, chico? —preguntó, mirando de hito en hito a Sátiro—. Caballeros, pensaba que teníamos un acuerdo.

Filocles se adelantó.

—Creo que deberías escuchar la historia antes de juzgarnos.

Tolomeo asintió.

—La responsabilidad es tuya. ¿Quién cuenta el cuento?

León cambió el peso de pie, y Sátiro fue a adelantarse, pero Filocles se anticipó.

—Enviamos al Sátiro al mar y Estratocles de Atenas mandó barcos a perseguirlo.

—Filocles era un orador consumado. Levantó el brazo, cambiando sutilmente de postura, al tiempo que su dicción devenía más lenta y clara. Bajó la voz, la sala se acalló, y los hombres se inclinaron hacia delante para oírle hablar—. Sátiro llevó el *Loto Dorado* a Chipre, y los barcos de Estratocles lo siguieron. Huyó a rodas, y los piratas lo siguieron. Rodas está bloqueada por la flota del Tuerto. Esto es una novedad de por sí, pero lo que sigue es peor. Sátiro vio la flota del joven Demetrio en las playas de Siria. Doscientos barcos de guerra y otros tantos de transporte.

Incluso los guardias de detrás del trono murmuraron.

—¡Silencio! —rugió Tolomeo, que hasta entonces había escuchado de pie. Se sentó en el sitial de madera de peral y marfil que usaba en las recepciones informales. Alargó la mano y un esclavo le dio una copa de plata—. ¿Cómo sabéis que esos barcos pertenecían al embajador ateniense? —preguntó Tolomeo—. Durante un mes distintas voces me han estado diciendo que el Tuerto venía hacia aquí; siempre las mismas voces, debo añadir. ¿Habéis encontrado pruebas fehacientes?

Sátiro no quiso que le impidieran hablar.

—Señor, luchamos y apresamos la galera ateniense. Cualquiera de los presentes en esta sala la reconocerá cuando la vea en el puerto. Si esto no es prueba suficiente, tenemos a su capitán de remeros, a sus infantes de marina y también a los remeros. — Puesto que la sala seguía sumida en el silencio, agregó—: Allí donde iba mi barco, me seguía.

Tolomeo abrió mucho los ojos, asintiendo.

—Tú no me mentirías, ¿verdad, chico? —preguntó con sumo cinismo.

—Lo juro sobre la tumba de mi padre y... y por la piel de león de Heracles, mi señor.

Sátiro se preguntó qué lo había impulsado a decir aquello; confió en que hubiese sido el dios.

—Traedme al ateniense —ordenó Tolomeo, volviéndose hacia sus guardias—. Veamos qué tiene que decir.

—Apuesto una lechuza de plata contra un óbolo a que se ha ido, con sus pertenencias, su equipaje y sus esclavos —declaró Diodoro dando un paso al frente.

Filocles comenzó a ponerse inquieto, y León hizo una mueca y aguardó. Transcurrió un largo rato. Diodoro bostezaba cada dos por tres.

—¡Para de una vez! —le espetó Tolomeo, bostezando también. Se rio al decirlo, y la tensión bajó un poco.

Dos guardias regresaron al *megaron* y hablaron en susurros con Gabines, que le

habló a Tolomeo al oído.

—Vaya —dijo Tolomeo. Se rascó el mentón—. Se ha ido. Tal como predecías, a no ser que lo hayas escondido tú. No me digas que no serías capaz de hacerlo, Ulises.

Tolomeo miraba a Diodoro, que asintió.

—Lo soy —admitió—, pero no lo he hecho.

—Mierda —dijo Tolomeo, en una salida no muy regia. Recorrió la estancia con la vista—. Despeja la sala —dijo a Gabines—. Ellos se quedan, y tú, y Seleuco.

—¿Seleuco? —susurró Sátiro a León.

—Otro participante en los juegos fúnebres de Alejandro —explicó León en voz baja—. Perdió su ejército en Babilonia luchando contra Antígono y vino aquí a ofrecerle su espada a Tolomeo.

Entró el hombre que se llamaba Seleuco y se situó al lado del sitial de Tolomeo en lo alto del estrado. Dos soldados de los Compañeros de Caballería —los *hetairoi*, las tropas en las que más confiaba Tolomeo—, llegaron desde el cuartel y se apostaron a ambos lados del sitial. Sátiro los conocía a ambos; eran hombres que Diodoro apreciaba.

—Bien —dijo Tolomeo. Miró en derredor—. Demetrio está en camino. Caballeros, no estamos preparados.

Nadie puso en causa esta aseveración.

—Gabines, ¿hasta qué punto son de confianza mis tropas macedonias? —preguntó Tolomeo.

—Yo no arriesgaría un campo de batalla —contestó el mayordomo—. Aunque, si se me permite el atrevimiento, señor, es ese tal Demetrio, un joven desconocido, no el viejo Tuerto en persona, quien supondría una amenaza mayor, como general y como líder.

Seleuco asintió. Era un hombre bajo con piernas de jinete y acento de noble macedonio.

—El tuerto tiene al rey; es decir, al joven Heracles; y Casandro tiene al suyo, a no ser que lo haya asesinado. La mayor parte de tus macedonios no se enfrentaría a Heracles ni a Alejandro IV en una batalla, pero Demetrio no tiene a ninguno de los dos reyes.

—¿Con qué contingentes contará Demetrio? —preguntó Tolomeo.

—Con veinte mil soldados de infantería y cuarenta elefantes —contestó Seleuco—. Y buena caballería.

—O sea que si logramos que nuestra infantería combata, podríamos aventajarlo —dijo Tolomeo. Miró a Diodoro—. Estás muy silencioso, para ser tú.

Diodoro volvió a bostezar.

—Es la edad, Tolomeo. Pero a mí me parece que, si lanzamos a nuestro ejército contra Demetrio, nosotros echamos los dados. Si aguardamos aquí, en Alejandría, los

echa él.

Seleuco asintió.

—Estoy de acuerdo.

—La desaparición de Estratocles hará que cunda el pánico entre los extremistas de la facción macedonia —intervino Gabines—. Habrá defecciones.

Tolomeo meneó la cabeza como para aclarar sus ideas.

—¿Casandro me ha estado haciendo doble juego? Todavía me cuesta aceptarlo. Si me derrotan, Antígono y su hijo se adueñan de Egipto. ¿Cómo diantres beneficia esto a Casandro?

—Yo no perdería el tiempo preocupándome demasiado por lo que piensa un hombre como Casandro —dijo Seleuco, encogiéndose de hombros—. Demetrio está aquí y ahora. Si mantenemos unido a tu ejército, tal vez cometa un error. ¿Cómo lo conseguimos?

—Fingiendo que no ha sucedido nada —dijo Diodoro—, y dando sólo la noticia de que Demetrio marcha hacia aquí. Esto, por sí mismo, debería acallar cualquier otra voz en el ágora.

—¿Dónde está León? —preguntó Tolomeo.

—Haciéndose a la mar para vigilar la flota de Demetrio —respondió Filocles.

El rey asintió bruscamente y se levantó.

—Y tú, chico —dijo, señalando a Sátiro—. Mantén la cabeza gacha. ¿Entendido?

—Tengo trabajo para él en la falange —terció Filocles.

—Me parece muy bien —asintió Tolomeo. Miró en derredor—. Que nadie diga ni una palabra de esto. Si Estratocles reaparece, nos encargaremos de él. De lo contrario, dejemos que los conspiradores cumplan su cometido, ¿eh? Cuando cualquiera de ellos esté listo para defecionar, quiero saberlo.

Gabines asintió y Tolomeo los miró a todos.

—Muy bien. Supongo que intentaremos combatir contra ese niño mimado y sus cuarenta elefantes. ¡Atenea de las victorias, sé con nosotros! —Se volvió hacia Seleuco—. Preparados para marchar en diez días. Corre la voz. Y a ver cómo reaccionan.

Diodoro y Coeno saludaron como militares.

Sátiro durmió un día entero, y luego comenzó a reaccionar. La masacre, la lucha, le había dejado un inmenso vacío, y se sentía como un extraño. Su cuerpo le parecía extraño. Sus pensamientos, o la ausencia de ellos, le parecían extraños. El logro de haber capitaneado un barco se le antojaba poca cosa, mientras que la muerte de Peleo le ocupaba la mente.

Su hermana iba y venía. Parloteaba sobre salir a montar y le dijo algo a propósito de Jenó, como si el encaprichamiento de Melita con el mejor amigo de Sátiro fuese

tema de conversación. El joven la escuchaba sin oír una sola palabra, decía lo que esperaba fuese la respuesta correcta y la muchacha volvía a marcharse.

La tercera mañana no se sentía mejor, de modo que bebió un poco de vino, que pareció animarlo. No hacía más que revivir las decisiones que había tomado; cuándo virar el barco, cuándo luchar. Veía muchas otras formas de enfrentarse a la situación. Las decisiones tomadas de improviso se revelaban como bravuconerías juveniles.

Su hermana se acercaba y él la escuchaba, y luego bebía más vino, que siempre le reconfortaba. Calisto fue hasta él, cerró la cortina de su puerta y le dio un beso.

Sátiro tuvo una erección de inmediato y la joven le agarró el pene con mano diestra.

—¿Me prestas atención? —preguntó la hetaira.

—¿Humm? —contestó Sátiro.

Calisto no se derretía en sus brazos.

—Filocles ha venido varias veces preguntando por ti, y toda la casa se prepara para la guerra, y tú aquí enfurruñado como Aquiles. —Retiró la mano de la entrepierna.

Sátiro quiso retenerla y la muchacha se zafó de él riendo antes de salir de la habitación. Sintióse como un niño, Sátiro se sentó en el suelo, deprimido y avergonzado de todas sus numerosas debilidades, y enseguida encontró otra ánfora de vino.

En ese momento entró Filocles.

—Levántate —le ordenó. Era más alto de lo normal, al menos visto desde el suelo. Tenía el pecho más musculado y la barriga casi había desaparecido.

—Estoy un poco borracho —dijo, arrastrando las palabras, pero de todas formas obedeció—. Seguro que lo entiendes.

—Hay trabajo que hacer —añadió Filocles con amabilidad.

—Lo... lo siento. —Sátiro no podía mirar a Filocles a los ojos.

—¿El qué? ¿Haber sobado a Calisto? ¿O haber llevado a Peleo a la muerte? —Filocles iba limpio y estaba sobrio—. Casi todos los hombres le tocarían las tetas a Calisto, si pudieran, y cualquier hombre cabal reflexionaría después de haber ordenado a sus hombres que murieran. Es como debe ser. Sin embargo, tu tiempo para pensar en ello ha terminado. Deja de lamentarte. Levántate. El mundo se está yendo al infierno y tenemos trabajo que hacer.

—¡Tú eres el filósofo, Filocles! Y el *hoplomachos*, el mejor lancero de Alejandría. Yo sólo soy un niño.

Ahí lo tenía, ya lo había dicho. Se sintió mejor y bebió un sorbo de vino.

Filocles fue a sentarse en la cama. Llevaba sandalias militares y un *kitoniskos*, el quitón corto que se ponía debajo de la armadura. Iba vestido para la guerra. Se acarició la barba y luego asintió.

—He venido a sacarte de este atolladero. Resulta tentador decirte un par de mentiras y alegrarte otra vez el corazón. —Se encogió de hombros y enarcó una ceja—. Pero eres un adulto, no un niño.

—Murieron veinte hombres. Peleo y otros diecinueve. Quiero... —Sátiro se mordió el labio—. Yo apenas luché —dijo.

—¿Quieres ser perdonado? —El rostro de Filocles era la máscara de Ares—. No hay perdón, Sátiro. Ninguno. Sólo la siguiente tarea. Eres todo lo valiente que necesitas ser y tus temores acerca de tu coraje son sandeces. Pero puedes demostrarte que eres valiente, si quieres. Ven y defiende tu terreno en la falange. A mi lado. En primera línea.

—¡Sí! —exclamó Sátiro, deseoso de intentarlo. Suspiró—. De acuerdo —agregó, fingiendo más entusiasmo del que sentía—. ¿Cuál es la siguiente tarea?

—Contaba con que así fuera, pues no me pareces un ingrato y además eres ciudadano.

»No cabalgarás con los *hippeis*. Francamente, no eres un jinete consumado. Pero tienes amigos, docenas de amigos. Jóvenes que van al gimnasio, luchan en la palestra, participan en carreras. Los necesito.

—¿Los necesitas? ¿Eres el comandante? —Sátiro siempre había pensado que Filocles sería perfecto para ese cargo.

—Hummm. Soy el verdadero comandante, junto con una docena de viejos mercenarios. Ahora mismo, una parte de la facción macedonia se las ha arreglado para poner a un hombre por encima de mí. Necesito a tus amigos. Necesito dos filas de atletas briosos y valientes. Tienes una semana. —Filocles sonrió—. Algunos morirán —agregó.

—¿Cuántos? —preguntó el chico con un suspiro.

—¿Cuántos morirán? —Filocles adoptó una expresión desdeñosa—. Pregunta a un profeta.

—¿Cuántos necesitas? —rectificó Sátiro.

—Un centenar, más o menos.

Sátiro se rio.

—Eso equivale a todos los helenos prósperos de Alejandría. ¡Toda la pandilla que frecuenta la casa de Cimon!

—En realidad esperaba que comenzaras por el gimnasio —adujo el espartano.

—¿Y los infantes de marina de León?

—Serán nuestros en cuanto regresen. Están vigilando las rutas de acceso por mar a la ciudad. De ahí es de donde espero sacar a mis oficiales de flanco.

Sátiro, interesado, abrió un baúl de cedro para coger su *kitoniskos*.

—¿Marineros?

Filocles se rascó la mejilla. En ese momento no parecía en absoluto la máscara de

Ares.

—¿Qué pasa, eres una especie de demócrata?

—Tienes egipcios, ¿verdad?

Sátiro cogió una esponja de un aguamanil e intentó lavarse. Todavía estaba un poco ebrio, pero tenía la impresión de que si dejaba de moverse volvería a caer en el pozo.

—Unos cuantos marineros —contestó el preceptor, encogiéndose de hombros—. Pero ahora mismo todos los barcos con espolón de combate están en el mar, vigilando al Tuerto y a su hijo.

Sátiro se desenredó el pelo, dando fuertes tirones con el cepillo de crin como para castigarse por sus excesos. Se calzó unos botines tracios, se puso una clámide, se cubrió la cabeza con un sombrero de paja y cogió una lanza de caza.

—Primero tengo que pedir disculpas a Calisto.

—Eso sería un acto virtuoso —admitió el espartano—. Hacemos instrucción todo el día junto a la muralla del mar. Tampoco es que consigamos gran cosa. A los egipcios los han despojado de todo espíritu de combate. Obedecen como meros esclavos. —Filocles se adelantó y dio un súbito abrazo a Sátiro. Se apartó de él dejando las manos apoyadas en los hombros del muchacho—. Luchar en la falange es un asunto turbulento. Todo depende de las dos primeras filas. Todo.

—¿Yo estaré ahí?

—Justo a mi lado. ¿Sabrás cubrirme el lado de la lanza? —preguntó Filocles, apartándose.

—Tú me entrenaste, espartano —contestó Sátiro sonriendo. El gesto puso en movimiento músculos que llevaba días sin usar.

—Pues entonces procura no avergonzarme.

Sátiro entró en las habitaciones de su hermana, anunciado por Dorcus. Abrazó a Melita y se disculpó sin más dilación.

—No he escuchado una sola palabra de lo que me has dicho estos días —declaró. Melita presentaba un aspecto lamentable, estaba pálida y preocupada, pero aun así le sonrió.

—Soy tu hermana, estúpido. No tienes por qué disculparte.

No obstante, le dio un abrazo. Sátiro la besó, y permanecieron un momento con las frentes juntas.

—Gracias a los dioses —dijo Melita—. La verdad, pensaba que estabas perdido, que no saldrías del pozo negro de la desesperación.

—Una parte de mí sigue allí —murmuró Sátiro—. Pero Filocles me ha dado algo que hacer. Actuar es mucho más fácil que pensar.

Confió en no haber parecido demasiado amargado.

—Todos los actos tienen consecuencias —declaró Melita, más animada—. Me

alegra que Filocles haya encontrado algo para ti. Yo me quedaré aquí encerrada y coseré o lo que sea.

—No estás mucho mejor que yo —observó su hermano.

—No, no lo estoy. Y ahora que has vuelto del país de los muertos, quizá sea yo quien vaya allí. ¿Vendrás a hablar conmigo? ¿Lo prometes?

—Estaré encantado de ayudarte —susurró Sático; y luego, en voz más alta, preguntó—: ¿Dónde está Calisto?

Ya olía su perfume.

—Aquí mismo —dijo el avatar de Afrodita. Vestida de blanco y perfumada era casi demasiado guapa para mirarla. Hizo ademán de abrazar a Sático, pero éste le tomó una mano, se la llevó a la frente e hizo una reverencia.

—Mis disculpas, Calisto. He sido débil y me he comportado mal.

—¡Bah! —Calisto lo atrajo para abrazarlo—. ¡Hombres! —Sonrió y le dio un beso muy poco fraternal—. Cualquiera día de éstos, muchacho.

Sático se sonrojó, pero ella volvió a abrazarlo y luego lo apartó con delicadeza y le puso una concha de ostra en la mano.

—Debería irme —dijo Sático apresuradamente, sin mentir en absoluto.

—Pues vete —contestó su hermana.

Allí estaba ocurriendo algo: Melita parecía enjaulada, casi desesperada, y el joven se sentía en deuda con ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—¡Nada! —respondió la joven—. ¡Sal de mis habitaciones antes de que revientes de impaciencia!

Sólo cuando hubo salido al patio pensó en cómo miraba su hermana a Jenó y en lo unidos que habían estado a bordo del barco. Pero acto seguido sus pensamientos fueron para la ostra que tenía en la mano.

El mensaje que había en su interior decía: «Tolomeo habla muy bien de ti y de tu hermana, a quien no tardaré en invitar a que me visite. El hombre que me la traiga quizá reciba una recompensa.»

Salió del patio cantando un himno a Afrodita.

El miedo a estar embarazada alteraba el sueño de Melita y angustiaba sus horas de vigilia. La pérdida de la virginidad le preocupaba muy poco; las chicas sakje hacían lo que querían, y ella solía reírse de la aparente mojigatería de las griegas. Pero las consecuencias dominaban sus pensamientos, y escuchaba la música de su cuerpo con la avidez de una recién llegada a ese mundo, que le hablaba con elocuencia.

Cada retortijón de estómago la asustaba. Cada comezón, cada sensación en los genitales, cada cambio de la piel. Un comentario casual en el mercado —«hoy tiene

el pelo muy lustroso, señora»— la hundía en la depresión.

Su amante, Jenó, era peor que inútil, siempre vacilando entre el miedo y la maravilla ante lo que había hecho, y poseído por un irrefrenable deseo de repetirlo. A Melita le había costado recuperar lo que había sentido por él en el barco. En Alejandría sólo lo veía como un chico fornido y bronceado, y temía que sus elocuentes miradas los delataran, así como que las consecuencias condicionaran sus vidas.

No iba a casarse con Jenó. Iba a ser la reina de los asagatje. Mientras su hermano se ponía como una cuba para recobrar el coraje después de su regreso —«tanto espaviento por tan poca cosa»—, Jenó volvió a marcharse cuando el *Jacinto* se hizo a la mar para vigilar la flota enemiga. Así, la muchacha disfrutó de una relativa paz hasta que su hermano salió de la habitación con una estúpida concha de ostra en el puño y Calisto se volvió hacia ella.

—¿Estás embarazada? —preguntó con total naturalidad, tras asegurarse de que Dorcus no anduviera cerca.

Melita se lo contó todo en un momento. Lloró en el hombro de Calisto hasta que la hetaira se rio entre dientes.

—No es el amante que yo hubiera elegido para ti, pero Hades, al menos es un chico limpio y de tu edad. ¿Fue por tu voluntad?

—Casi todo tuve que hacerlo yo —confesó Melita, sin acertar a reprimir una sonrisa.

—Me lo imagino. Chicos... Son todos iguales. ¿Fue divertido?

Melita se encogió de hombros.

—Sí. No. Sí, sí que lo fue. No me dolió nada. Pero ¡tanta preocupación por tan poca cosa!

—Eso mejor que no lo digas mucho, cariño mío. Los hombres lo detestan. —Frunció el ceño—. Ojalá pudiera decirte que estás a salvo, pero lo cierto es que no lo sé. ¿Cuántos días?

—Diecisiete —respondió Melita de inmediato: todos sus temores se resumían en aquel número.

—Tenemos el periodo a la vez, de modo que eso no significa nada, deberías ver sangre dentro de una semana. Afrodita, lo hiciste en el peor momento, chica. ¿Es que no te he enseñado nada? A principios y a finales de mes puedes hacer los disparates que quieras.

—¿Y si no? —preguntó Melita. Había esperado, esperado contra toda esperanza, que cuando se lo contara a Calisto, la hetaira sabría cómo apaciguar sus temores.

—Pues tendrás un bebé. Aunque no es necesario preocuparse anticipando acontecimientos. Tienes todo un mes por delante, quizá más. A veces una no tiene el periodo; a mí me ocurre, a veces. Tarde, pronto, nada... es como la filosofía, cielo.

Nunca te ofrece la respuesta que necesitas.

—Tengo miedo.

Calisto sonrió.

—No hay nada que temer. ¿Acaso eres una prostituta callejera o una esclava en una casa del dos al cuarto? Ve a contárselo a Safo y Nihmu. Hoy mismo. Cuanto antes. En esta casa te aman. ¿Lo entiendes, chica? Incluso me aman a mí, y tardé lo mío en comprenderlo, pero tú eres la señora de este hogar.

—Safo me echará —sollozó Melita.

—¡Safo fue hetaira! —respondió Calisto—. Y conmigo ha sido mejor madre que mi propia madre. Saca la cabeza de debajo del ala, o de donde la hayas escondido, y cuéntaselo a Safo. ¿Estás enamorada?

—No —dijo Melita en voz baja.

—Qué bendición —exclamó Calisto con una risita.

Sátiro fue primero a casa de Abraham porque no se veía capaz de ir solo al local de Cimon. O porque lo echaba de menos. Jenó había tenido una actitud muy extraña aquellas últimas semanas, y ver a Abraham le pareció que sería como regresar a tiempos mejores. Tiempos más seguros. Jenó en cambio vivía en un mundo de guerra y, además, era probable que estuviera enamorado de su hermana.

Se le revolvió el estómago y se detuvo en medio de la calle, en el cruce de dos grandes avenidas construidas por el conquistador para que las brisas circularan a través de la ciudad que había sometido. Se apoyó contra un edificio.

—¿Amo? —preguntó el esclavo que había salido con él. Joven, lampiño e inútil.

—¿Cómo te llamas, chaval?

—Ciro —contestó el esclavo hoscamente. Una vez más, Sátiro deseó tener un sirviente en quien confiar. Alguien de su propiedad.

—No es nada —dijo Sátiro, frotándose la frente.

Luego torció hacia el Alexandrion y pasó por delante de los templos y las mansiones de la clase alta macedonia. Muchos de ellos eran más pobres que su tío León, y muy pocos tenían el poder político y militar de su tío Diodoro, pero vivían en la más derrochadora ostentación porque, al parecer, así era como vivían en Macedonia. Luego cruzó el Posideion, con sus casas de mercaderes y sus embarcaderos públicos y privados. Cada vez eran más los hebreos como Abraham que se mudaban al Posideion, cosa que no dejaba de tener su lógica, dado que dos tercios de los solares estaban vacíos y la mayoría de los recién llegados de Palestina eran mercaderes.

Ben Zion poseía una de las casas más grandes, un edificio utilitario distribuido a la griega con un sobrio exterior. Igual que él mismo. Ben Zion toleraba a León, pero tenía reputación de ser un hebreo fanático. Vestía las túnicas más sencillas y siempre

llevaba algún elemento de la vestimenta de su tribu cananea o israelita, como si desdeñara el mundo helénico en el que vivía.

Sátiro sólo lo había visto dos veces, ambas al ir a sacar a Abraham de su guarida. Igual que en esta ocasión.

Evitando a un hombre que yacía muerto en el albañal que discurría por el centro de la calle, y arrugando la nariz de manera quisquillosa al ver que un carnicero arrojaba las entrañas impuras de un animal a la misma alcantarilla bajo la atenta mirada de un sacerdote, Sátiro los dejó atrás, sonrió a un afilador porque estaba haciendo un trabajo esmerado y entrevió un par de ojos que miraban al exterior desde detrás de una cortina en la exedra de la casa de Ben Zion.

Sátiro sonrió para sí, pues pese a las nubes que enturbiaban su humor, le seguían conmoviendo aquellos ojos que seguramente nunca asociaría a una voz o a un cuerpo. Las mujeres hebreas vivían aún más recluidas que las griegas.

La puerta de la calle que daba al patio estaba abierta, y los peones, de distintas razas, jadeaban con la espalda contra la pared del patio. En el suelo de mármol había un pesado cajón de embalaje, y Ben Zion tenía los brazos en jarras, con una gruesa toga de lana encima de una túnica vagamente helénica.

—Nada de visitas en horas de trabajo —ladró Ben Zion al verlo.

Sátiro se amedrentó, luego, con una sonrisa forzada, dio un paso al frente.

—Necesito a su hijo, señor. Por un asunto público.

Ben Zion tenía la barba muy poblada, igual que muchos hombres griegos, y se la acarició con los dedos de ambas manos, gesto del todo extranjero.

—¿Un asunto público? —preguntó.

—¿Eres ciudadano? —preguntó Sátiro con su mejor voz de timonel. Ben Zion sonrió con franqueza al reconocerlo y su rostro se iluminó.

—Sí, joven sobrino de mi socio León. Soy ciudadano.

Sátiro hizo una reverencia.

—¿Tu hijo es ciudadano?

Ben Zion asintió.

—Requiero a tu hijo para que sirva en la falange, con panoplia y armas, contra el enemigo común, en defensa de la ciudad.

Sátiro plantó su lanza de caza en las esquirlas de mármol.

—Confío en que tengáis lanzas mejores que ésa —comentó Ben Zion—. León me ha advertido de que vendrías. Bien, pues. Benjamín, ve a buscar a mi hijo. —Hizo una seña a uno de los peones—. ¿Puedo mostrarte una maravilla, joven guerrero? ¿O las armas llenan tu cabeza excluyendo todo lo demás?

Sátiro no comprendía por qué Ben Zion no suscitaba simpatías. En realidad era, a su manera hebrea, igual que Diodoro y León.

—Me encantaría —dijo el joven.

Al parecer, ver la maravilla conllevaba quitarse la clámide, ayudar a los peones a levantar el cajón —«Dios no quiera que se rompa, ¡idiotas!»— y acarrearlo. Era la carga más pesada que Sático se había echado jamás al hombro, y hubo que llevarla hasta el fondo de la casa.

—¡Ah! ¡Cuidado! ¡Dios es testigo de que he hecho lo imposible por traer esto a mi casa! Amo Sático, tienes brazos fuertes, ¡procura que además sepan tocar las cosas con delicadeza! ¡Cuidado con el telar!

Mil imprecaciones, algunas en griego y muchas más en un idioma que Sático no comprendía, pero que tenía que ser hebreo. Cruzaron una cocina cuyos efluvios abrieron el apetito de Sático. Ahora llevaban el cajón, él y otro hombre, a través de umbrales demasiado estrechos para que cupieran más manos, y lo único que podía hacer era caminar y cargar con el peso. Sudaba como un atleta olímpico en el estadio final, y los soportes de madera con los que llevaban el cajón comenzaban a crujir y combarse.

—Justo encima de ahí. Eso es. ¡Sostenedlo! ¡Arriba! Y ahora bajad despacio. Perfecto, hijos míos. Eres tan fuerte como mi sirviente más fuerte, quizá no habría podido traerlo sin tu ayuda.

Sático se irguió y finalmente vio dónde estaba; una hermosa habitación redonda, bastante grande, con una atmósfera como de templo y casilleros llenos de rollos en hasta donde alcanzaba la vista. El cajón estaba encima de un elegante pedestal de piedra oscura, arrimado a una pared. Sático se frotó la espalda, mirando en derredor. El techo era como la bóveda celeste, el primer mosaico que veía en su vida.

—¿Cuándo te ha dicho mi tío que vendría? —preguntó, para demostrar que no era tonto de remate.

—Ah. Hoy, por supuesto. ¿Qué puedo decir, joven amo? Cuando uno tiene la reputación de un famoso atleta helénico, un pobre comerciante debe hacer lo que buenamente pueda, ¿no es cierto? —Ben Zion le pasó un tazón humeante—. *Quaveh*. Un hábito adquirido. Nabateo. He enviado una nota a tu tío diciendo que el hijo del Tuerto los ha invadido, en busca del dinero del tributo, y sufriendo por ello.

Sático sonrió a su compañero de acarreo, un hombre enorme que lucía los mismos distintivos tribales que Ben Zion. El hombre respondió asintiendo; compañeros de fatigas. Luego bebió un sorbo de la taza y casi lo escupió: el brebaje era muy amargo.

—Ponle un poco de miel —dijo Abraham a sus espaldas—. Veo que mi padre ha sabido sacar provecho de tu visita.

A Sático le pareció un poco desdeñoso. El jamás habría empleado semejante tono de voz ante León, pero Ben Zion se limitó a sonreír.

—La miel es la solución de Abraham para casi todo, ¿eh? ¿Los griegos amarán a los hebreos si añadimos un poco de miel? —Ben Zion se encogió de hombros. De todos modos, sirvió a Sático él mismo, usando una pesada cuchara de asta para añadir

miel. Apareció una mujer con una bandeja, una muchacha atractiva y sin velo que sonrió y miró a Sático a los ojos como si fueran viejos amigos.

—¡Miriam! ¡Vete arriba ipso facto! ¡Esos aires de fulana! —Ben Zion estaba enfadado—. ¿Cómo te atreves?

—Ésa es mi hermana —murmuró Abraham—. Bebe café y no te inmutes.

Sático dedicó una sonrisa a Miriam, que se batía en retirada, incólume pese al enojo de su padre. Se oyó una voz femenina procedente de la exedra. La madre de Miriam; Sático no abrigó la menor duda. No entendía una sola palabra de hebreo, pero habría apostado una docena de lechuzas de plata a que las palabras «qué pensarán los vecinos» acababan de ser gritadas.

Ben Zion se volvió hacia los chicos, encogiendo los hombros con un ademán que desmentía su reciente demostración de enojo. ¿Puro teatro?

—Mi hija. La niña de mis ojos. Bonita, ¿verdad? Vamos, sé franco, heleno. Esther, Ruth, Hannah... Todas buenas chicas. Pero Miriam es como Sofía personificada.

—Salvo por su falta de sabiduría —susurró Abraham.

—¡Bah! Te he oído. Escucha, pícaro ateo, este heleno ha venido a mi humilde tienda a requerir que sirvas en la falange de la ciudad. ¿Cierto?

Miró a Sático mientras Abraham sonreía abiertamente.

—¿En serio? Pensaba que tendría que suplicar que me admitieran. Y eso es muy humillante para nuestro pueblo. ¿Me pides que me aliste? Eso lo cambia todo. Estaré encantado de servir.

—¿Tanto como para buscar a otros cincuenta como tú? —preguntó Sático—. Deben aportar su propia panoplia de acuerdo con las exigencias de Filocles.

—¡Ah! ¡Las armerías de toda la ciudad se harán ricas! —exclamó Ben Zion. Ambas manos le colgaban de la barba—. Qué suerte que León y yo seamos los propietarios de casi todas. —Asintió—. Es como dice mi hijo, joven amo. Detestamos suplicar. Ahora bien, ¿que nos inviten? Dudo que encontréis menos de cincuenta.

—¿Filocles está al mando? Da miedo pensarlo —dijo Abraham.

Sático sonrió y acto seguido frunció el ceño.

—Podrías morir —dijo de pronto, sin saber cómo abordar el asunto—. Esto va en serio.

Ben Zion asintió de manera cortante.

—¿La guerra causa muerte? Quizás en Grecia eso sea noticia. En Israel sabemos muy bien qué trae consigo la guerra. —Miró a su hijo—. Espero que nos honres.

—Lo haré —asintió Abraham, dirigiendo una respetuosa reverencia a su padre.

—Me consta —dijo Ben Zion. De repente les dio la espalda—. Tu amigo heleno debería ver esto, puesto que es el triunfo de nuestros dos pueblos trabajando juntos.

Se había vuelto para ocultar su emoción, y Abraham recogió y se llevó las tazas, dejando que Sático se las compusiera.

Él y el gigante hebreo levantaron el cajón, separándolo cuidadosamente del reluciente bronce que había dentro. Antes de haberlo sacado del todo, Sático intuyó lo que era.

—¡Una máquina! —exclamó, asombrado.

—Más que una máquina —repuso Ben Zion.

En efecto, parecían dos grandes placas de bronce, pero en la parte de atrás había cientos de engranajes y ruedas dentadas y varios tiradores de distinta factura. La complejidad del artefacto dejó atónito a Sático.

—¿Para qué sirve? —preguntó Sático.

Ben Zion meneó la cabeza.

—Calcula todos los festivales y días sagrados —dijo—. ¿Ves las estrellas? ¿Ves la luna? ¿Sabes astronomía?

—Suficiente para gobernar un barco —contestó Sático.

Ben Zion le dedicó el cumplido de una mirada respetuosa.

—Eso es todo un logro para un muchacho de tu edad. Vosotros los griegos no sois tan ignorantes como otros pueblos. Bien, ¿qué estrella es ésta?

—Supongo que es el Cinturón de Orión —dijo Sático, y de pronto estuvieron cambiando las posiciones de las estrellas y manejando palancas. Ben Zion pulsó un botón y la calculadora runruneó, engranajes girando dentro de engranajes, y luego los diales se movieron.

—Por Zeus y todos los dioses —dijo Sático entusiasmado—. No es sólo una calculadora de festivales, ¿verdad? Puede predecir dónde estarán las estrellas. Un gran oficial de derrota...

El semblante de Ben Zion se ensombreció.

—Por el dios único y verdadero —dijo en voz baja—. Estamos en un lugar sagrado.

Sático hizo una reverencia.

—No tenía intención de profanar, señor. Muchos griegos también piensan que existe un solo dios con muchos aspectos.

—Y muchos judíos piensan que su único dios tiene al menos dos o incluso tres aspectos —terció Abraham, sin dar tiempo a que su padre respondiera—. Creo que deberíamos ir a reclutar más soldados, Sático. Antes de que tú y mi padre os enemistéis.

En el patio, Ben Zion hizo una reverencia con fría formalidad.

—Espero no haber suscitado malos sentimientos —dijo.

Sático, todavía un poco asustado del anciano hebreo, se inclinó ante él con suma cortesía.

—En absoluto. Gracias por tu hospitalidad y por las puras maravillas de tu máquina. ¿Quién la construyó?

—Participaron muchos hombres y unas cuantas mujeres. Aristóteles de Atenas adivinó que las ruedas del calendario debían tener tantos piñones como días tiene el año. Y un pitagórico italiano trabajó en la rueda elíptica.

—¿Rueda elíptica?

Sátiro sabía geometría, pero ignoraba a qué se refería.

—En otra ocasión, Sátiro el curioso. Encuentro tu compañía sorprendentemente erudita para ser un joven bárbaro idólatra, y serás bienvenido cuando regreses.

Ben Zion hizo otra reverencia y el joven le correspondió.

—Todo el mundo es el bárbaro idólatra de alguien —dijo éste—. Y gracias por el *qua-veh*.

—Enviaré una bolsa a tu casa. Cuida de mi hijo. Es el mejor de todos —concluyó Ben Zion con otra reverencia.

Abraham se sonrojó mientras salían a la calle, acompañados por el inútil esclavo de Sátiro. Cuando hubieron pasado ante diez jardines de la avenida, Abraham se quitó la toga de lana y se la lanzó al esclavo. Sin ella parecía un heleno barbudo más.

—Ha sido lo mejor que mi padre ha dicho de mí en toda la vida —dijo, maravillado.

—¡Me ha caído muy bien! —dijo Sátiro.

—Le has hecho frente. Eso le gusta, hasta que la religión entra en escena. Entonces deja de gustarle. Pero lo has hecho muy bien. Siento lo de mi hermana. No tiene nada de fulana, pero sus ansias de vida son tantas como las de un ahogado por aire. Sostiene que se irá a servir como hetaira para escapar de mi madre y, a veces, con su ingenuidad, me temo que llegue a hacerlo. —Abraham miró en derredor—. ¿Adónde vamos?

—A casa de Cimon. —Sátiro se preguntó si podría hacer un favor a varias personas a la vez—. ¿Tu padre permitiría que Miriam visitara a mi hermana?

—Tu hermana no es precisamente un ejemplo de comportamiento digno —objetó el joven judío enarcando una ceja—. Pero tienen la misma edad, y seguro que ella y Miriam acaban montando su propia falange. —Asintió—. Probaré con mi madre. Tendría que haberseme ocurrido. ¿Te ha caído bien?

—Apenas la he visto —dijo Sátiro, aunque su respuesta no era del todo verdad. Rara vez había visto a alguien que le gustara tan de inmediato. Igual que Amastris.

«Reinas y judías —pensó Sátiro para sus adentros—. Realmente tengo que encontrar una buena chica griega en alguna parte.»

Con Abraham como guía, se detuvieron en otras tres casas hebreas donde el hebreo fue recibido de un modo que daba a entender que era un hombre de más valía que lo que Sátiro, un heleno, había supuesto. Los jóvenes se aprestaban a seguirlo, y

sus padres garantizaban sus panoplias, de manera que cuando llegaron a Cimon llevaban a una veintena de hombres detrás y el portero los miró boquiabierto.

—¡No tengo sitio para todos! —exclamó, pero lo dijo con una sonrisa, anticipando una gran velada y un montón de plata.

—¿Puedo ver a Trasilio? —preguntó Sátiro al portero, y mandaron aviso al hombretón, que llegó acto seguido.

—¿Amo Sátiro? —preguntó éste.

—Trasilio, Antígono *el Tuerto* y su niño bonito vienen con un poderoso ejército para arrasar Alejandría —declamó Sátiro—. Tengo que dirigirme a tus clientes desde el escenario.

Trasilio hizo una reverencia.

—Tu tío ya nos ha dicho algo al respecto. El escenario te aguarda.

Sátiro entró, seguido por dos filas de jóvenes judíos, en su mayoría familiarizados con el local de Cimon. Fue derecho a los escalones que subían al escenario de madera donde solían actuar músicos y otros artistas. Cuando se irguió en medio del entarimado y desenvainó la espada, el silencio se instaló en la sala revestida de azulejos, puntuado por un rumor de cuchicheos.

—Demetrio *el Rubio* está a dos días de marcha de aquí —expuso—. Todos los hombres presentes en esta sala sois ciudadanos. Demetrio tiene intención de destruir cuanto tenemos, nuestros bienes más preciados. Nuestros templos, nuestras casas, nuestros hogares. Demetrio venderá a nuestras mujeres como esclavas y a nosotros nos enviará a países extranjeros, si es que preservamos nuestra libertad. —Sátiro había preparado con esmero su discurso, como el orador que deseaba ser—. Los judíos lucharán. Conocen la libertad tanto como la esclavitud. Miradlos; veinte de los jóvenes más ricos de esta ciudad, e irán a combatir en la primera fila de la nueva falange. —Sátiro alzó la espada—. ¿Griegos? ¿Macedonios? ¿Helenos? ¿Acaso somos peores? ¿Acaso más cobardes? ¡Yo iré! Lucharé con la nueva falange. ¿Y vosotros? ¿Quién se apunta?

Un muchacho tuvo el coraje de levantarse.

—¡Pero soy macedonio! —objetó. Era Amintas, hijo de Felipe Enedrión, oficial de la guardia real del palacio. Se refería a que si iba a combatir, su padre le buscaría un puesto con otros macedonios de pura raza—. Y tú... ¿no estabas exiliado?

Sátiro meneó la cabeza, sosteniendo todavía la espada en alto.

—Sandeces, Amintas. No eres más macedonio que Abraham. Tú, señor, eres alejandrino. Vamos, ¡levanta el culo y lucha por tu ciudad!

Mientras hablaba, penaba para sus adentros que ir a casa de Cimon quizá no fuese la mejor manera de cumplir la exigencia de Tolomeo: pasar desapercibido.

Teodoro compartía diván con una flautista, y de pronto se levantó, un poco bebido y congestionado.

—Mi padre me matará. ¿No tenemos un ejército para hacer estas cosas?

Sátiro seguía sosteniendo la espada en alto con firmeza, sin vacilación, como una encarnación masculina de Atenea. La espada decía, simbólicamente, que los estaba juzgando. Y ellos reaccionaban como si temieran su juicio.

—Defiéndete, Teo. Éste es tu momento. Ahora es cuando nos levantamos por la ciudad que nos ha hecho quienes somos. Yo sólo hace tres años que vivo aquí, pero éste es mi hogar, y cuando veo los cimientos del faro desde la cubierta del *Loto Dorado*, sé que éste es el lugar que defenderé. ¿Quién vendrá conmigo?

Teo adoptó un aire despectivo.

—¿Quién está al mando de esa falange? —preguntó Teo con aire despectivo—. ¿Es la falange extranjera de la que mi padre se burla cuando pasa por la muralla del mar?

Los jóvenes se estaban inquietando en sus divanes.

—¿Extranjera? —inquirió Sátiro—. Si tu padre macedonio quiere decir que la tropa ha nacido aquí, está en su derecho. Nosotros seremos la primera fila de la falange de Egipto. Estaremos a las órdenes de Filocles el Espartano, que nos dará instrucción. Pero vosotros, todos los que estáis aquí, os entrenaréis en el gimnasio. Podéis permitir os la panoplia más completa, mejor que la de cualquier mercenario, y tendréis mejor instrucción que cualquier hijo de campesinos que nunca ha luchado en la palestra. ¡Levantaos! ¡Flexionad esos músculos! ¡Demostrad a vuestros mayores que no somos unos blandengues!

Sátiro se dirigía a la concurrencia en general, pero no apartaba los ojos de Dionisio *el Hermoso*, que flirteaba con él y escribía versos sobre los pechos de su hermana.

Teo se levantó, tambaleándose un poco.

—Mi padre me matará —dijo—. ¿Puedo ir a vivir a tu casa? —Y cuando sus manos dejaron de temblar, añadió—: Me alisto.

—Mierda, yo también me alisto —decidió Amintas, y se levantó junto a su diván.

Dionisio, el muchacho más guapo de Alejandría y uno de los más ricos, sonrió... y se levantó.

—Si estoy dispuesto a poner mi cuerpo entre Demetrio y esta ciudad —dijo—, creo que el resto de vosotros debería venir conmigo. —Sonrió con picardía—. Tenéis mucho que perder.

Si hubiesen estado en una asamblea, el de Dionisio habría sido el voto decisivo. De pronto todos los jóvenes estuvieron de pie, y los de más edad, en su mayoría soldados, miraban en derredor, murmurando. Algunos aplaudieron, pero los demás parecían enojados. Sátiro hizo un rápido recuento y se encontró con que tenía ochenta y seis adeptos.

Se los llevó a la plaza de armas. Los más entusiastas intentaron marchar

marcando el paso, pero fracasaron rotundamente. Los dejó en manos de Filocles, que mantuvo el semblante serio e hizo el saludo espartano.

—Necesito a Teo, a Dio y a Abraham —dijo Sátiro—. Para seguir reclutando.

—Adelante —dijo la voz de Ares. Luego Filocles le agarró el hombro—. Deduzco que todos los clientes de Cimon te han visto.

—Sí —contestó Sátiro, desafiante—. Ya te dije que iría.

—Ahora eres un hombre, no un niño. Pero si te vieron, comenzarán a atar cabos. ¿Lo entiendes?

Sátiro asintió.

—Lo entiendo. Estoy en peligro.

—Buen muchacho. Ten cuidado. Es probable que tus tíos teman a su propia sombra.

Teo conocía a los chicos más ricos. Dio conocía a los más guapos, a los atletas y a los músicos. Abraham conocía a los judíos, a algunos metecos nabateos y a otros árabes. Fueron en grupo de puerta en puerta, de pórtico en pórtico, de un palacio a un almacén.

Juntaron a ciento cuarenta reclutas más. Tardaron días, días valiosísimos, y todas las armerías de Alejandría recibieron pedidos de las mejores armaduras, los coseletes más ligeros con las mejores escamas de hierro y de bronce.

Era un trabajo curioso que dejaba a Sátiro exhausto al final de cada jornada, lleno de triunfos menores e igualmente menores desaires y rechazos; puertas que le cerraban cuando siempre había creído que las tenía abiertas, una buena ración de maldiciones... Pero, lo peor de todo, la desganada negativa de los ricos, hombres que se burlaban de su campaña de reclutamiento o que cuestionaban su cordura.

Croseo *el Megaro*, por ejemplo, en cuanto oyó la magnitud de la amenaza ordenó que empacaran sus bienes más valiosos y zarpó en uno de sus barcos rumbo a Corinto.

—No le debo nada a esta ciudad —dijo—. Y tú tampoco. Déjate de tonterías, y olvídate de que mi hijo sirva en la tropa. Eso es para esclavos e idiotas, desdichados que están obligados a hacer tales cosas. Los hombres como nosotros no combaten. Seguro que León no estará en tu querida falange.

—No, señor —admitió Sátiro.

—¿Lo ves? —siguió Croseo, meneando la cabeza—. Fantasías pueriles. Mitos. Como creer que Alejandro realmente era un dios.

—Porque el amo León combatirá con la caballería —añadió Sátiro.

—Coge tu estupidez y tu grosería y lárgate de mi almacén —respondió Croseo.

Una vez más, sus amigos macedonios desaparecían como gacelas durante una partida de caza en el Delta. No todos ellos; el padre de Teo estuvo encantado de tener a su hijo en la tropa. Pero otros, en voz baja o abiertamente, hablaban de la ciudad y de Tolomeo con desdén y burla. Fue uno de esos encuentros lo que demostró que la rivalidad entre las facciones había alcanzado proporciones explosivas.

Sitalkes era un muchacho al que Sátiro conocía de la palestra. Su padre era oficial de los Compañeros de Infantería, capitán de diez filas, y como casi todos los hombres de su generación se llamaba Alejandro. Sitalkes los recibió con los brazos abiertos, asintiendo con entusiasmo mientras Dionisio y Sátiro le largaban el discurso de reclutamiento... Y entonces su padre entró por las puertas del patio.

—Vaya, vaya —dijo, arrastrando las palabras—. Chico, ¿son amigos tuyos?

Preséntanos, por favor, a no ser que las convenciones sociales que dicta la cortesía hayan caído en desuso.

Sitalkes hizo una reverencia.

—Padre, te presento a Abraham, hijo de Isaac Ben Zion. Y a Sátiro, hijo de Kineas de Atenas. Dionisio, hijo de Eteocles; y Teo, hijo de Apoleón. Todos ellos...

Lo que todos ellos hicieran o dejaran de hacer juntos no pareció interesar demasiado a Alejandro.

—¿Eres Sátiro? ¿El famoso Sátiro? —El oficial macedonio asintió. Hizo un gesto, se detuvo y tragó saliva—. ¡Bien! —Recorrió el patio con la vista—. Esperad un momento, chicos. Tengo muchas ganas de oír lo que Sátiro proponga, como todos los ciudadanos, estoy seguro. —La burla de aquel hombre olía, como su aliento, a vino y ajo. Chasqueó los dedos y sirvieron más vino.

Cuando despachó al esclavo que lo llevaba, Sátiro se fijó en que éste fue a decirle algo a uno de los soldados macedonios que mataban el rato junto a la puerta. El soldado apoyó el casco contra la pared y salió corriendo a la calle.

—¿Vino? —ofreció el oficial.

Sitalkes parecía acongojado. Fue a decir algo, pero se limitó a menear la cabeza.

—¿No quieres vino? Quizá seas demasiado joven para aguantar la bebida. Tengo entendido que eres bueno en el pancracio. Ve adentro, chico —ordenó Alejandro a su hijo.

—Nada de vino, gracias —respondió Sátiro—. Intentaba convencer a Sitalkes de que se alistara en la falange de Egipto.

Alejandro sonrió; una sonrisa falsa que revolvió las tripas de Sátiro.

—Lo tomaremos en consideración.

Abraham ya estaba en la puerta de la calle. Teo se hallaba de pie: había percibido que algo no iba bien. Dionisio adoptó un aire despectivo.

—Los debates macedonios deben de ser como los flirteos macedonios.

—Vete ya, Dio —dijo Sátiro.

—No, quédate —repuso el oficial—. Me encanta castigar a los niños revoltosos.

Entonces Sátiro se llevó a Dionisio a rastras, y el oficial rugió:

—¡Cerrad la puerta!

Abraham estaba delante del guardia macedonio, en la calle. Apoyó la espalda contra la puerta y empujó, pero el guardia era más fuerte. Cuando quiso agarrarlo, Abraham le dio un codazo en la sien que lo dejó sin sentido.

El oficial dio un empujón a Dionisio.

—Largaos, pues —dijo—. Sacad vuestro culo extranjero de mi casa y no volváis nunca más. —Se echó a reír, e incluso su risa era pastosa—. Me figuro que recibirás el castigo que estás pidiendo a gritos, griego.

Sátiro recogió el escudo del macedonio y se lo puso en el brazo.

—¡Corred! —gritó.

Ciro, su esclavo, no necesitó que se lo dijeran dos veces. Teo salió disparado por la puerta y Dionisio, al ver que el guardia empuñaba la espada, titubeó, pero Abraham le dio un empujón.

El guardia de la puerta intentó derribar a Teo, pero Sático le inmovilizó el hombro con el escudo y lo giró, para acto seguido darle una patada por debajo del escudo que lo dejó despatarrado en el suelo, antes de salir el último del patio.

—¿Qué demonios cree que está haciendo ese loco? —preguntó Dionisio cuando se detuvieron en la esquina siguiente.

—Ha enviado a un hombre a alguna parte —dijo Abraham, entre dos bocanadas de aire. Siguieron caminando. Todos jadeaban y de pronto Teo se echó a reír.

—¡Menudo idiota! —dijo—. Nuestros padres lo hundirán en la corte.

—Dudo mucho que... —empezó Abraham.

Y entonces Ciro, que caminaba al lado de Sático, se inclinó hacia delante para señalar un tejado y recibió una flecha en el cuello. El chico se desplomó como un saco de harina, con la arteria principal del cuello cortada, salpicando sangre como un toro mal sacrificado.

Sático miró en derredor.

—¡A cubierto! —chilló, y de un salto se cobijó bajo el alero de la exedra del edificio más cercano.

Abraham lo imitó y Dionisio reaccionó como un atleta, pero Teo, que nunca se había encontrado con un peligro real, se quedó paralizado en medio de la calle. Alguien correteó a sus espaldas y el muchacho soltó un grito y cayó al suelo. Sático vio al hombre que lo había matado, un asaltante sarnoso que había clavado certeramente su espada en el ojo de Teo mientras el chico se retorció en el suelo.

—¡Heracles! —gritó Sático. Incluso mientras gritaba el nombre del dios como si fuese un grito de guerra, ya sabía que Teo había muerto. Se abalanzó contra el asesino, inmerso en un mar de sensaciones contradictorias; terror y deseo de venganza, expiación, la vaga idea de que con el escudo podría cubrir la retirada de todos ellos. En eso pensaba cuando puso un pie a cada lado del cadáver de su amigo y golpeó el rostro del asaltante sarnoso con el borde de bronce del escudo. Al no llevar defensa, lo único que pudo hacer el asaltante fue retroceder.

Uno. Dos.

Tal como le habían enseñado, Sático avanzó y desenvainó su espada, y en el mismo movimiento golpeó a su oponente, abriéndole un tajo en el cuello con la afilada hoja. Acto seguido se volvió, listo para repeler el ataque del otro hombre, cuando una flecha rebotó con un ruido sordo contra el escudo, allí donde su espalda había estado momentos antes.

Los otros dos asesinos huyeron.

Sátiro vio al arquero encima del tejado de la casa más cercana. Llevaba ropa persa de los colores más desvaídos, y tenía un arco sakje. Apuntó con esmero —«qué sensación tan extraña», pensó Sátiro, «ser señalado tan cuidadosamente para matarte»— y disparó.

El joven movió el escudo y se agachó, y la flecha produjo un ruido metálico al chocar contra el borde. Con un *aspis* de adulto, habría sido inmune. Con el pequeño escudo macedonio, tenía que reaccionar como una serpiente.

El francotirador volvió a levantar el arco. Abraham gritaba pidiendo auxilio, llamando a pleno pulmón a la guardia, y Teo yacía muerto a sus pies.

Un nuevo disparo. El francotirador apuntaba a su cabeza, implacable. Sátiro sintió un deseo irracional de plantarle cara o huir a la exedra. Al fin y al cabo, Teo había encontrado la muerte huyendo, y quizá morir lo resolvería todo, toda aquella interminable complejidad.

Otro tiro, esta vez apuntado a sus rodillas, que esquivó por los pelos. Pero al parecer el brazo que sostenía el escudo no tenía ningunas ganas de morir.

Comenzaron a oírse los gritos de la guardia, una docena de hombres armados que acudían corriendo a toda velocidad desde el Alexandrion.

El arquero meneó la cabeza, frustrado, renegó y desapareció tras los aleros de los tejados.

Apático y enojado consigo mismo y con el mundo, Sátiro fue interrogado por el oficial de la guardia, un macedonio, por supuesto, y luego otra vez por Terón cuando éste llegó para arrancarlo de las garras de la ley, y de nuevo por Safo cuando llegó a casa.

—Tienes suerte de que el oficial de la guardia fuese un hombre honesto —dijo Safo—. De lo contrario podrías estar muerto.

El muchacho estaba sentado, mirándose las manos. Tenía sangre debajo de las uñas. Teo seguía estando muerto.

—Los muy cabrones lo han matado —susurró Sátiro.

Diodoro entró, resplandeciente con un peto de bronce y un yelmo dorado con una cimera de crin blanca y una exótica pluma azul a cada lado de la cabeza, como los cuernos de un carnero. Llevaba una clámide azul oscuro con hojas de laurel bordadas en oro, y la empuñadura de su largo *kopis* era de oro macizo. Parecía un rey o un hombre de gran importancia.

—Sátiro, no hay tiempo para la venganza. ¿Cómo ha muerto Teo?

Sátiro era consciente de que, en algún lugar, cuatro jinetes de la caballería de élite estaban haciendo instrucción con su hiparco. Meneó la cabeza y la rabia lo atragantó.

—Matones. Matones por dos óbolos. Uno de ellos le dio, pensando que era yo —masculló, escupiendo de asco.

—¡Ares y Afrodita! —exclamó Diodoro, quitándose el yelmo—. Su padre hará

añicos lo que queda de la facción partidaria de Tolomeo.

Safo se levantó con gracilidad, apoyó una mano en la armadura dorada de su marido y empujó.

—Sal de mis habitaciones —dijo a media voz—. Regresa cuando estés de humor para ello. Ha pasado por una experiencia terrible, Dio... No lo estás ayudando.

Diodoro se puso tan rojo como la lana tiria, pero se marchó sin rechistar.

—No, no te vayas. Puedo hacerlo —dijo Sátiro, yendo tras su tío—. Eran matones a sueldo. Un intento de asesinato organizado sobre la marcha. Hemos ido a visitar a Sitalkes, un amigo mío del gimnasio. Enseguida me he dado cuenta de que su padre había cambiado de facción. Que ya era un traidor. Llámalo como quieras. Ha querido matarnos él mismo.

Diodoro le puso una mano en el hombro.

—No es culpa tuya.

—¡Ya lo sé, maldita sea! —gritó Sátiro—. ¡Quiero que esto se acabe de una vez! ¡Antes de que te liquiden a ti, o a Melita, o a Safo, o a todos nosotros!

Un esclavo le dio un paño sin que lo hubiese pedido, y Sátiro se lo puso en la cara. Con los ojos cerrados, veía el cuerpo de Ciro caído junto a la alcantarilla, la sangre que le manaba del cuello y que se arremolinaba con el agua sucia, la orina y las heces... y la sangre de Teo serpenteando detrás. Y luego otro riachuelo que manaba del cuello casi rebanado del hombre que lo había matado.

Terón regresó con Filocles y Diodoro, ahora sin armadura y con una copa antigua llena de vino.

—Lo siento, chaval —dijo—. Y a ti, esposa, mis disculpas.

—Aceptadas —asintió Safo.

—Tenemos que saber qué ha ocurrido, chico —dijo Filocles.

Sátiro tuvo la fuerza de voluntad suficiente para recuperarse, para no ceder a las pasiones que lo señalaban como un hombre débil. No sollozó. Refirió los acontecimientos tan bien como pudo, una vez más.

—El padre de Teo tiene otros dos hijos, pero está dispuesto a ir a la guerra en persona en este asunto. Ofrece una recompensa por el arquero persa —dijo Diodoro, meneando la cabeza—. No es buen momento para que León esté ausente.

—Tú no has matado a Teo, Sátiro —intervino Filocles, más interesado por otras cuestiones—. Escúchame bien, chaval. Tu falta de lógica es abrumadora y muy propia de tu edad. Los asesinos querían matarlo. Han sido sus actos...

—¡No me trates como si fuese un niño! —se indignó Sátiro—. Los asesinos querían matarme a mí. He fallado al no ver los indicios, ¡y eran claros como trompetas en un día de verano! Y luego, cuando ha comenzado el ataque, no he ayudado a Teo, el más joven de nosotros y el menos entrenado. ¿Y qué me dices de Ciro? ¿Acaso León no nos enseña que los esclavos también son personas? Ciro está

tan muerto como Teo, y su sangre era del mismo color. Ahora que lo pienso, la sangre del asesino también era igual, cuando lo he matado. Estoy harto de todo esto. No se me da bien y no veo la forma de pararlo, pero mientras tanto los cadáveres se van apilando. ¿Cuántos amigos míos morirán? Unos luchando contra Estratocles, otros contra el Tuerto... ¡Y quizá pueda emplear unos cuantos más para convertirme en rey del Bósforo! ¡A la mierda! ¡Sólo hay violencia por doquier, matanzas sanguinarias hasta el fin del mundo!

Su estallido fue recibido en silencio. Terón hizo una mueca. Diodoro se encogió de hombros y se volvió, claramente enojado. Safo tenía una mirada extraña y un tanto enigmática.

—Te estás haciendo mayor —dijo Filocles, el único que a la sazón sonreía—. Hay hombres que no lo hacen nunca. A los niños les contamos cuentos para que aprendan; mentiras que a menudo contienen una gran parte de verdad. Fábulas. Algunos hombres se aferran a esas mentiras toda su vida, Sátiro. Mentiras que dicen que una nación, una ciudad o una raza es mejor que otra para justificar la muerte, los asesinatos, la guerra. —Se irguió en el asiento—. Nada justifica que el hombre mate al hombre. Si deseas llevar una vida de pura rectitud, debes dar la espalda al hecho de matar, a la violencia. A levantar la voz cuando estés enojado, a hacer daño al prójimo para conseguir un objetivo.

Sátiro fue a hablar, pero Filocles se lo impidió levantando la mano.

—Matar siempre está mal. Pero muchas otras cosas también están mal: la opresión, el robo, la tiranía, los incendios provocados, la rapiña, etcétera, etcétera; todo el catálogo de lacras humanas. Cuando das la espalda al hecho de matar y a la violencia, también renuncias a la capacidad de evitar males contra otros, porque en este mundo ponemos fin a la opresión cuando resistimos en nuestras filas con el bronce. —Esbozó una extraña sonrisa—. ¿Sabes lo que me divierte, Sátiro? Lo que acabo de decirte es lo que los ancianos enseñaban en Esparta. He pasado toda una vida leyendo, estudiando, detestando la guerra y aquello en lo que ésta me convierte, y lo único que puedo decir es que la vida es una elección, una interminable sucesión de elecciones. Los hombres pueden elegir pensar o no pensar. Pueden elegir ser líderes o seguidores. Confiar o no confiar. Tú puedes elegir no segar una vida, incluso no combatir. Esa elección no es cobardía, pero por supuesto tiene consecuencias. O puedes elegir matar, y esa elección también tendrá sus consecuencias. Cuando la sangre llena tus pulmones y se hace la oscuridad, lo único que tienes es lo que hiciste, quién fuiste, qué defendiste.

—¿Cuál es la respuesta, entonces? —preguntó Sátiro—. ¿Cómo puedo...?

Fue incapaz de articular la pregunta. «¿Cómo puedo dejar de ver los cadáveres? ¿Cómo evito las consecuencias?»

—¿Quieres que te dé una respuesta, chaval? —Filocles se puso de pie—. ¿O

puedes aceptar la verdad como un hombre? No hay respuesta. Haces lo que puedes, y a veces lo que tienes que hacer. De modo que, si soy yo quien debe juzgarte, clavar tu acero en el cuerpo de ese asesino no ha sido un pecado ante los dioses o los hombres. Como tampoco ningún hombre puede responsabilizarte de la muerte de Teo, ni siquiera su padre, cuyo pesar es insondable.

Filocles apoyó una mano en el hombro de Sátiro y el muchacho no la apartó. Y Terón, que había estado callado porque Filocles había dicho todo lo que cabía decir, se acercó y abrazó al joven.

Diodoro gruñó.

—Me alegra saber que mi vida es inmoral, espartano. ¡La filosofía debe de ser algo estupendo! —Se encogió de hombros—. Pero el problema inmediato es que Estratocles, o alguien como él, está ahí fuera intentando matar a los gemelos. Sátiro, no salgas de la casa, salvo si te acompaña uno de nosotros. ¿Entendido?

—No —dijo Sátiro. Miró uno tras otro a aquellos hombres, aquellos héroes—. No. Si soy un adulto, puedo hacerlo. No podéis hacerme de niñeras. Sé proteger mi vida. Me parece que hoy lo he demostrado.

—No le falta razón —concedió Filocles.

La brisa vespertina susurraba entre las palmeras, las olas del Mediterráneo revolvían quedamente la grava de la playa detrás del ala principal de la casa de León, y el viento del norte traía el olor del mar, una mezcla de pescado podrido, algas y sal que lo mismo se estancaba cual hediondo miasma como flotaba en el aire con un delicioso aroma a espacios abiertos, olas azules y libertad.

En sus habitaciones, Sátiro tenía un porche que daba al mar, y aquella noche le apeteció disfrutar de él. Pidió una copa de vino a un esclavo y salió a tomar el fresco. Fuera, a oscuras, el murmullo del mar se oía más alto.

—Cuando llegamos aquí, solía sentarme como ahora a escuchar el mar —dijo Melita, desde una silla—. Imaginaba que el agua que llegaba a la orilla era la misma que desembocaba del Tanais.

—Yo sigo pensando lo mismo —señaló Sátiro, bebiendo un sorbo de vino—. Constantemente.

Melita se levantó.

—Después del combate ante la costa de Siria me acosté con Jenofonte. No fue culpa suya, sino mía. Lo siento. Se lo conté a Safo, y no quería que te enteraras por terceros.

Sátiro asimiló la noticia en silencio.

—¡Di algo! —pidió Melita.

—Teo ha muerto —respondió Sátiro—, a manos de hombres enviados a matarme. He dejado que se quedara en medio de la calle. No lo he matado yo, sólo he permitido

que ocurriera.

—No eres el centro del mundo, Sátiro.

—No —reconoció el muchacho, y bebió más vino—. Lo estoy aprendiendo.

—Siento lo de Teo. ¿Qué ha dicho su padre? —preguntó Melita.

—Nada. Estaba asustado. ¡Asustado! ¿En qué se está convirtiendo esta ciudad? —Sátiro respiró profundamente y siguió bebiendo—. ¿Por qué Jenofonte, de todos modos? En fin, es mi mejor amigo, te has pasado toda mi vida de adulto tomándole el pelo y señalándome sus defectos, y es lo bastante caballero para sentir... cosas. Supongo que no te casarás con él, ¿verdad?

Sátiro deseó parecer más adulto.

—No tengo intención de casarme con ningún heleno, Sátiro —respondió Melita tras un momento de silencio.

—¿Piensas irte al mar de hierba sin mí, Lita? —preguntó su hermano, consciente de que había tomado demasiado vino.

—Si es preciso, sí. Quiero ser reina, no una simple chica.

Sátiro meneó la cabeza.

—En eso somos bien diferentes, hermana. Yo preferiría con mucho no ser rey.

—Te regodeas demasiado, ¿lo sabes? ¡No todo tiene que ver contigo! No has matado a Teo. No mataste a tu querido Peleo. A veces me entran ganas de darte un puñetazo. —Melita negó con la cabeza—. Tienes todo lo que yo deseo... ¡y encima no te gusta!

—Después de esta campaña... —comenzó Sátiro, pero la joven lo interrumpió bruscamente.

—¿Después de esta campaña? ¿Después de que vayamos a Rodas? ¿Después de combatir contra Antígono *el Tuerto*? ¿Cuánto tendré que aguardar?

Para entonces ambos gritaban. Sátiro levantó las manos y derramó parte del vino.

—¿Qué tiene de malo?

—¿Qué tiene de malo? ¿Cómo has pasado el día? ¿Reclutando soldados para salvar la ciudad de Demetrio y su padre tuerto? ¿Ha sido frustrante? ¿Te han rechazado unos mercaderes inútiles? ¿Has luchado por tu vida contra unos asesinos? ¿Has perdido un amigo? —Hizo una pausa—. Pues yo me he pasado el día en casa tejiendo.

Sátiro guardó silencio.

—En mis ratos libres me ha reconcomido la preocupación de estar embarazada —agregó Melita entre dientes—. Quiero ir a luchar contra Demetrio. Quiero cabalgar a mi antojo, o ser timonel, o reclutar jóvenes para la batalla. Pero sobre todo quiero la atención de hombres y mujeres con quienes valga la pena conversar. Esta noche he confesado mi transgresión a Safo. ¿Sabes qué me ha dicho? «Mejor que no le digamos nada a Sátiro hasta después de la batalla.» Filocles me trata como si fuese

una niña. ¿Por qué? ¿Porque tengo pechos y mi cuerpo puede engendrar un bebé! ¿Por qué no me recluta alguien? Demetrio va a tener cuarenta elefantes mientras que nosotros no tenemos ni uno, y, por Apolo, quizá yo sea la mejor arquera de esta ciudad. ¿Cómo se entiende que no reclutemos un cuerpo de arqueros?

—¿Doncellas arqueras? —dijo Sátiro, tratando de conseguir que Melita sonriera, y fracasando de plano.

—¿Te duele la pérdida de mi virginidad, hermano? —inquirió con furia—. ¿Acaso el honor de nuestra familia estaba atado entre mis muslos?

—Ha sido una broma estúpida. Perdona, Lita.

Sátiro alargó los brazos hacia ella, negándose a dejarse intimidar por su enojo y a creer que realmente disparase sus dardos contra él, y Melita apoyó la cabeza en su hombro. En cuanto se abrazaron, toda hostilidad desapareció.

Melita se meció unos instantes mientras se apaciguaba, y Sátiro contempló el firmamento, borroso por sus lágrimas no derramadas, hasta que volvió a ver las estrellas con toda claridad.

La joven se apartó.

—Me consta que no es culpa tuya, pero de pronto todos los de esta casa te tratan como si fueras un hombre, mientras que yo siempre seré una niña.

—No puedo conseguirte un cuerpo de arqueros, sean doncellas o no —dijo Sátiro—, pero cuando León desembarque a sus infantes de marina, sé de un barco que podría llevar a bordo a un arquero más. De todos modos, Lita, en esta batalla habrá un desequilibrio de fuerzas fenomenal. Estamos en clara desventaja. Demetrio lo tiene todo a su favor.

—Estuve presente cuando apresamos dos galeones piratas —dijo ella, levantando la barbilla.

—En efecto —dijo Sátiro, y le dio un beso en la frente—. ¿Por qué Jenofonte? Es tan bueno que te seguirá como un perro el resto de tu vida.

Melita se encogió de hombros.

—Es difícil explicarlo, la verdad. Sabía que le había salvado la vida; me lo agradeció. De camarada a camarada, aunque él hubiese luchado como Aquiles y yo no fuese más que una chica. —Volvió a encoger los hombros—. Y vi... cosas. Las mismas cosas... Dioses, lo sabes tan bien como yo. Estaba muerta cuando tu espada acabó con aquel hombre. Me sentí muerta. Y luego... estaba viva. —Agachó la cabeza—. Me importa un bledo mi virginidad, hermano. Pero estoy de acuerdo en que los actos acarrear consecuencias, e insisto en que Jenó no tiene que pagar por el precio; ni el de casarse ni ningún otro.

Sátiro se bebió de un trago el vino que le quedaba. Cuando eran niños se peleaban y luego se daban un abrazo y todo quedaba olvidado. Aquella noche, en cambio, percibió la pérdida de esa simplicidad, porque Melita no acababa de abrirse a él y

porque no, en realidad no la había perdonado. Y el no poder perdonarla le pesaba como un sacrificio malogrado.

Melita reparó en su vacilación y lo miró de hito en hito. Sátiro le sostuvo la mirada. Antes tenían la misma estatura. Ahora él le sacaba media cabeza.

—¿Realmente me ayudarás a marcharme? —preguntó ella.

—Sí —contestó Sátiro. Se la imaginó muerta en el suelo, pisoteada por un elefante, tal como había visto a otros durante la gran batalla en las llanuras de sal. Meneó la cabeza; demasiado vino—. Maldita sea, Lita. Sí, tienes tanto derecho a acostarte con un hombre como yo con una mujer. También he pasado demasiado tiempo con helenos. —Sonrió con amargura—. No será fácil hablar con Jenó.

—Pues figúrate cómo me siento —dijo la muchacha. Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla—. Gracias —añadió, y regresó al interior. Antes de cruzar el umbral se volvió y sonrió—. Tengo una cita para ti. Con Amastris. Iba a restregártelo por la cara si te ponías arrogante conmigo. —Meneó la cabeza—. Cosa que no has hecho. —Se sacó una concha de ostra del escote—. Mañana por la noche —dijo.

El trozo de papiro contenía dos versos de Menandro, y Sátiro sonrió porque decían la hora a cualquiera que conociera la obra.

—En la escalinata del templo de Poseidón —dijo Melita—. ¿La amas?

—Sí —masculló, mirándose las sandalias—. Y no obstante...

—No seas tonto, hermano. No te dejes atrapar. No creo... ¡No debería decir esto! No creo que seas el primer chico, o el primer hombre, de Amastris.

Se encogió de hombros, obviamente disgustada por lo que había dicho.

—¿Qué? —preguntó Sátiro—. Pero...

—Me consta que para los hombres es diferente —dijo Melita—. De verdad, no vayas. El riesgo no merece la pena.

—¿Y eso lo dice mi hermana, que quiere que la meta a escondidas en el cuerpo de arqueros para luchar contra los elefantes?

—Eso es un golpe bajo, hermano. —Melita sonrió—. Muy bien. Ve si tienes que hacerlo. Pero ella no se presentará. Esta primera vez sólo pondrá a prueba tu devoción. Soy amiga suya, sé lo que me digo.

Se volvió y entró en la casa, dejándolo con una concha de ostra y una sensación de confusión.

A la mañana siguiente, el viento todavía traía un penetrante olor a mar, y soplaba con suficiente fuerza para enfriar el sudor de dos mil espaldas y pechos que entrenaban a pleno sol. Panion, el comandante de los Compañeros de Infantería, se hallaba al frente del *taxeis* con Filocles, Terón y otra media docena de oficiales macedonios.

—Resultan ridículos —dijo Panion, en voz tan alta que se le oyó desde las

primeras filas—. Niños y esclavos. Los veteranos del Tuerto los aplastarán igual que sus elefantes aplastarán a nuestra caballería.

Sus oficiales macedonios rieron atribulados o desdeñosos, según la facción a la que pertenecían. Filocles dijo algo en voz baja y Panion se encogió de hombros.

—Trabaja cuanto quieras, espartano. Los pondré en segunda línea o allí donde su huida no nos cueste demasiado. ¿Tal vez podrían llevarnos el equipaje?

Se carcajeó, y los seis macedonios volvieron a reírse.

Filocles se acariciaba la barba.

—Necesito más sarisas —dijo—. No tendremos suficientes.

—Tolomeo envió demasiado armamento a Casandro —respondió Panion, encogiéndose de hombros—. Apáñate con lo que tienes. Al fin y al cabo, si el reino de Tolomeo depende de esta tropa, estamos condenados.

Filocles volvió a hablar en voz baja, y Panion negó con la cabeza.

—Me parece que olvidas cuál es tu sitio. Yo soy macedonio. Tu pueblo tuvo cierta fama de guerrero, lo admito. Pero te aseguro que, por más instrucción que hagan, nada convertirá a estos esclavos en soldados, y me trae sin cuidado su moral.

Panion miró en torno a él y escupió con desprecio.

Más tarde, él y su estado mayor regresaron mientras Filocles intentaba que la falange hiciera una maniobra de conversión; mal ejecutada, como todas las conversiones.

Esta vez, el macedonio inspeccionó las dos primeras filas, y a cada macedonio que encontraba le ordenaba que saliera de la formación. Se detuvo ante Sátiro.

—¿Tú? —dijo. Luego, recobrado de su confusión, sonrió al joven—. No pintas nada aquí, con esta chusma. Ven conmigo.

—¿Qué chusma? —preguntó Sátiro, viendo que Amintas se revolvía incómodo entre los jóvenes macedonios.

—Egipcios. —Panion se encogió de hombros—. Sólo valen para braceros.

—Parece que da resultado entrenar a macedonios —dijo Sátiro.

—Sí —admitió Panion—. Pero son hombres, no esclavos. Estos muchachos son macedonios.

Sátiro se secó el sudor de los ojos.

—Ni uno de ellos nació en Macedonia, señor —repuso Sátiro, mirando al comandante de hito en hito—. Los he reclutado en Alejandría para esta falange.

—Otro griego con ínfulas —dijo Panion, entornando los ojos—. Muy bien, sigue achicharrándote, chico. Disfruta del tiempo que te queda. —Y, levantando la voz, agregó—: Vosotros, macedonios, venid conmigo.

Una vez que Panion se hubo marchado, Filocles siguió dando instrucción a los hombres y, cuando las sombras se alargaron, trató de proporcionar el entrenamiento que permitiría a los egipcios enfrentarse a hombres en plena forma física. No eran

débiles, muchos de ellos tenían buen cuerpo y fuertes músculos gracias al trabajo, pero Filocles iba de un lado a otro, instándolos a levantar mancuernas más pesadas o a correr más deprisa.

Los hombres se mostraban apáticos, más de lo usual, y cuando el sol tocó el borde del mundo Filocles les dio permiso para irse, conteniendo su enojo de forma harto evidente. Sátiro se puso al lado del espartano mientras regresaban bajo la última luz de la tarde.

—Mañana, la mitad no vendrá —dijo cuando ya llevaban recorrido un estadio—. Maldito idiota jactancioso. Tendría que haberle metido la espada por el culo allí mismo.

—¡Filocles! —exclamó Sátiro—. Maestro, nunca te había oído hablar así. —Por primera vez desde la muerte de Teo consiguió sonreír. Se le había ocurrido que Panion podría haber tenido algo que ver con aquel asesinato—. Veo que no sólo eres filósofo.

—¿Sabes de qué hablan los oficiales macedonios? —preguntó Filocles—. De montar un buen espectáculo. Combatir lo suficiente para conseguir las mejores condiciones posibles de Demetrio. ¿Recuerdas lo que le sucedió a Eumeles, cuando una parte de sus queridos macedonios decidió no luchar? Pues eso es lo que está ocurriendo aquí, chaval. Dentro de un par de semanas nuestro *taxeis* también valdrá algo. Están en forma, mejor que muchos griegos. Son fuertes, estos egipcios. Pero Panion acaba de decirles que para él son meros esclavos. —Filocles escupió—. Seis semanas de trabajo al garete. Y para colmo se ha llevado a la mitad de nuestros mejores muchachos. Todos esos chicos macedonios sabían cómo se empuña una lanza.

—Seguimos teniendo a los griegos y a los judíos —dijo Sátiro.

Filocles esbozó una sonrisa y apoyó una mano en el hombro de su antiguo pupilo.

—Así es —concedió—. Pero dudo que sean suficientes. Creo que necesitamos muchas más filas de egipcios fuertes, leales y valientes, pues de lo contrario podrán con nosotros. Ahora bien, debería tomar mi propia medicina y ocuparme de esos problemas cuando surjan. ¿Cómo resolvemos lo de las sarisas?

—Por ahora, las tres primeras filas pueden usar su equipo de hoplitas —intervino Terón—. Todos los efebos helenos lo tienen, e incluso los judíos han venido con lanzas pesadas.

—Un frente de lanzas cortas no es la mejor manera de generar confianza en las primeras filas, muchacho —dijo Filocles—. ¿Sabes lo que supone enfrentarse a un *taxeis* macedonio? Salvo si están desordenados, cada fila tiene seis u ocho puntas de lanza en el frente. Avanzan impulsados por los hombres que llevan detrás, como la hierba mecida por el viento. No es fácil enfrentarse a eso. Es aterrador.

—Tú mismo dijiste que con un *aspis* y disciplina no tenías problemas para

penetrar un muro de lanzas.

Sátiro había oído un montón de veces el relato del combate en los vados del Borístenes en boca de distintos hombres. Sabía que Filocles y el cuerpo de élite de las dos ciudades del Euxino habían repelido y vencido a una falange macedonia.

Filocles hizo una mueca.

—Los veteranos no deberían ir contando esas historias tan a la ligera. Fuimos tan afortunados como valientes. Había buenos hombres en ese *taxeis*; hombres duros y en la plenitud de su forma física. Tuve a diez olímpicos. —Miró hacia el mar. La contera de su lanza marcaba el paso al golpear el adoquinado—. Yo mismo era mucho más joven. ¡Mírame! He tardado seis semanas en quitarme la grasa de la barriga. Quince años antes, habría tenido unos músculos como tu coraza; como los tuyos, luchador.

Señaló a Terón, que llevaba el *kitoniskos* colgado de un hombro, mostrando la musculatura casi perfecta de su torso.

—Tenemos a Terón. Es olímpico —dijo Sátiro, reparando en el hecho de que era él quien estaba levantando el ánimo de Filocles, situación completamente opuesta a la del día anterior.

—Ah, Terón —exclamó el espartano. Estaban ante la puerta de casa de Diodoro, que era la más cercana de las dos propiedades al campo de entrenamiento—. Partimos dentro de tres días. ¿Adónde vas, muchacho?

—A dormir una siesta —dijo Sátiro—. Tengo que cuidar este magnífico físico.

El corintio le dio una palmada en la espalda.

—No te olvides de ir al gimnasio —apuntó Filocles—. Lee un rato antes de acostarte. Nunca he tenido un hijo propio, chaval, pero cuando dices que vas a dormir la siesta, sospecho que tienes previsto ir a alguna parte esta noche. ¿Hummm?

Sonrojándose, Sátiro agachó la cabeza, avergonzado por una compleja mezcla de razones.

—Recuerda lo que dijo Diodoro. Fíjate en que no te ordeno que obedezcas, sólo quiero que entiendas que la desobediencia tendrá consecuencias para ti y para los demás. ¿Me entiendes?

Sátiro no estuvo seguro de entenderlo, pero de todos modos asintió, sonrió tontamente, hizo una reverencia y se retiró a su habitación, donde pasó un buen rato analizando el comentario de su preceptor desde un sinfín de ángulos distintos.

La luna habría contribuido a ponerlo de buen humor y facilitarle los movimientos, pero había luna nueva y las estrellas no eran de gran ayuda, dado que una neblina volvía la noche tan negra como el manto de un sacerdote. Sátiro, arrebujaado en su clámide, iba y venía a los pies de la escalinata del templo de Poseidón. En las entrañas del recinto del templo había luz y un leve murmullo de voces, pero fuera sólo un vago resplandor, y las voces sonaban evocadoras e inquietantes. Sátiro tenía miedo. Había sido una estupidez acudir a la cita. Veía asesinos por doquier.

Sátiro comenzaba a sentirse idiota. Seguía yendo y viniendo, aguzando el oído para percibir la presencia de otra persona. Encima de él, ¿o tal vez a bordo de un barco en el puerto? Pero lo único que oyó fue el graznido de una gaviota y, en alguna parte de la bahía, dos voces que discutían acaloradamente.

Miró al cielo. De haber habido estrella, habría podido calcular la hora. El cielo oscuro se burlaba de su ignorancia y la noche parecía transcurrir mucho más despacio. Sátiro se sentó en un escalón que todavía irradiaba un poco del calor absorbido durante el día. Por enésima vez pensó en Amastris, y luego en Melita, y luego en la maravillosa máquina que había visto en casa de Abraham. No era que tales pensamientos guardaran relación alguna, tan sólo se sucedían sin solución de continuidad y le servían para mantener a raya otros pensamientos; bastó que hiciera esta reflexión para que surgieran como de la caja de Pandora, y de pronto estuvo viendo a Teo con la daga en el ojo, y luego a la chica sármata a la que había matado, y luego se estremeció.

¿Por qué le hacía aguardar tanto Amastris? Se puso de pie y fue hasta la muralla del mar. Las dos voces de la costa habían cesado. Se oían los sonos de una cítara.

—¿Mi señor? —dijo una voz desde lo alto de la escalinata.

—¿Sí? —contestó Sátiro, sobresaltado.

—Tengo un mensaje, me parece —anunció la voz.

Sátiro no veía nada; podría estarle hablando el mismísimo dios. Aunque era poco probable, de modo que Sátiro comenzó a subir. Iba con cautela, y se encontró con que había desenvainado la espada sin darse cuenta.

—Estoy aquí —dijo Namastis. De cerca, Sátiro reconoció al grecoegipcio por su manera de pronunciar las consonantes.

—Yo también —replicó Sátiro. Ahora veía al sacerdote recortado contra la pálida luminiscencia del pórtico de mármol blanco y de las estatuas de vivos colores que resplandecían incluso en la noche más oscura—. Buenas noches, maestro Namastis.

—¡Vaya! —dijo éste. Parecía divertido, nada que ver con la ciega sumisión que mostraba durante el día—. Una sacerdotisa de Hator me ha pedido que hiciera un mandado para palacio y, mira por dónde, le estoy llevando recado a un griego.

Alargó el brazo y puso una concha de ostra en la mano de Sátiro.

—Apenas puedo leer con tan poca luz —dijo Sátiro.

—Puedo encender una tea en el santuario exterior —dijo Namastis, dando un golpecito contra el suelo como si llevara cayado—. Ven.

Sátiro subió al pórtico detrás de la mancha negra que dibujaba el manto del sacerdote sobre el blanco de los escalones, y se detuvo al llegar al interior, donde flotaba un intenso olor a incienso. No sabía hacia dónde ir y el sacerdote se había perdido de vista.

Se preguntó si aquello era una emboscada. Se estaba comportando como un idiota

en más de un sentido. Y Namastis... ¿Era pura coincidencia? ¿Cómo era posible que Amastris supiera de su relación? Sático agarró el puño de la espada, y justo entonces oyó un sonoro gruñido y vio al egipcio soplando una chispa, y en un instante una tea impregnada de resina prendió, con el embriagador aroma de la brea quemada.

Las escenas del templo cobraron vida a la vacilante luz de la tea, pero Sático miró en derredor, volviendo la cabeza como un halcón o un búho.

Envainó la espada. Se estaba asustando de las sombras, en sentido bastante literal.

El sacerdote se acercó y se plantó a su lado con la antorcha mientras Sático abría la concha y leía el mensaje.

«Lo siento.»

—Espero que me sirva de lección —dijo Sático, encogiendo los hombros.

El sacerdote meneó la cabeza en silencio.

—Podría ofrecerte una copa de vino —dijo al cabo—. Se supone que no debemos —agregó, en un tono que daba a entender que aquella norma no se obedecía a rajatabla.

—No, gracias —dijo el joven—. Ya he hecho bastantes tonterías. Tengo que dormir un poco antes de que Filocles me lleve al campo de entrenamiento por la mañana.

—¿Estás con el espartano? ¿En la falange de Egipto? —preguntó Namastis, mirándolo como si fuese corto de vista—. Descubro cosas de ti a diario.

—Si es que mañana aún existe —contestó Sático.

—Sí —convino Namastis—. Los macedonios no querían armar a los meros nativos y ahora quieren ahuyentarlos a todos.

Sático se echó a reír.

—Dudo que se trate de un complot organizado, amigo —dijo—. La arrogancia macedonia basta y sobra. Hoy ha venido Panion y con una frase ha desbaratado cuatro semanas de trabajo de Filocles. Y tampoco es que tus paisanos sean los mejores soldados del mundo. Mucha obediencia y muy poco espíritu.

—¿Sería bienvenido en vuestra falange un sacerdote de Poseidón, Sático? —preguntó Namastis, frotándose el mentón afeitado.

Sático se encogió de hombros.

—Mi padre tenía sacerdotes en su falange. En las ciudades griegas, muchos sacerdotes sirven en las filas junto con los demás hombres. —Hizo una mueca—. No tengo idea de cuál es la tradición aquí.

—Entonces mañana iré —dijo Namastis.

Tal como Filocles había predicho, menos de la mitad de los egipcios regresó a las filas el día siguiente, y los que se presentaron se mostraron hoscos e incluso renuentes a llevar a cabo los ejercicios.

—¿A qué habéis venido, si no es a trabajar? —preguntó Filocles a uno.

El interpelado dejó con cuidado su pica en el suelo y se marchó.

—Mira el lado positivo —dijo Dionisio—. Ahora tenemos suficientes sarisas.

Él era el menos afectado por la muerte de Teo. Nunca le había caído bien el muchacho y ni siquiera fingía llorar su pérdida.

Sátiro trabajaba con los más jóvenes, practicando con las armas de hoplita que casi todos tenían: recios escudos un palmo más altos que los macedonios y mucho más anchos, de modo que protegían el cuerpo entero; lanzas más cortas con las puntas pesadas y conteras puntiagudas de bronce como las que llevaban los infantes de marina de León. Practicaban una táctica de infantería de marina que Filocles admiraba, una carga corta iniciada tan sólo a tres pasos de la línea enemiga. A bordo de un barco, ése era todo el espacio de cubierta que un infante tenía para cargar. Sátiro calculaba que en el campo de batalla esos tres pasos equivaldrían a la longitud de las sarisas enemigas.

Hizo que amarraran pértigas a carretas de dos ruedas de modo que sobresalieran el doble de las lanzas de los yugos. Una línea de esas carretas representaba al enemigo, y una y otra vez los muchachos se abalanzaban tres pasos, agachados y con los escudos en un ángulo agudo muy incómodo, para atacar a las carretas, evitando en lo posible las puntas de las pértigas, antes de empujarlas hacia atrás.

Cada tres o cuatro veces lo conseguían. El resto, tropezaban y se caían, o alguien se golpeaba la cabeza con una pértiga, o perdía el paso, o soltaba el arma; accidentes peliagudos todos ellos que les recordaban lo que ocurriría cuando hubiera asesinos veteranos al otro lado de las pértigas.

Fue después de uno de esos desastres, mientras Terón reprendía a un grupo de judíos como si fueran esclavos y no los hijos de cuatro de los ciudadanos más ricos de la ciudad, cuando Sátiro vio que todos los egipcios estaban quietos, negándose a obedecer más órdenes. Era una curiosa forma de rebelión, pues la falange era voluntaria y cualquiera de ellos podría haber dejado su pica en el suelo como había hecho el primer rebelde y marcharse.

—Caray... —rezongó Abraham. Se echó el yelmo hacia atrás de modo que la cofia blanca destacó contra su piel morena.

—¿Por qué trabajamos tan duro si todos los egipcios van a abandonar? —preguntó Dionisio. Bebió un trago de su elegante cantimplora negra y la pasó a los demás.

Aunque contenía vino sin aguar, de todos modos Sátiro bebió un poco.

—Si Filocles estuviera aquí, diría que si se amotan es su decisión y no la nuestra en lo que atañe a defender nuestra ciudad.

Dionisio parecía mucho más despejado de lo habitual en él. Enarcó una ceja.

—Un bonito argumento para las aulas, querido. Pero para un hombre que se está

planteando enfrentarse a una línea de lanzas, no me parece que tenga mucho peso.

Filocles estaba con los brazos en jarras. Tenía el rostro colorado, como si estuviera a punto de dar rienda suelta a su ira. Los egipcios se movían como si una brisa meciera un campo de espelta, y se oyó una suerte de suspiro colectivo en sus filas, que no eran demasiado regulares.

Y entonces una hilera de hombres con mantos negros vino desde el oeste a la plaza de armas, procedente del barrio de los templos. La mayoría, aunque no todos, eran mestizos. Sus rasgos y sus características prendas de lino señalaban a unos cuantos como sacerdotes egipcios. Eran más de veinte, y se detuvieron con suma dignidad detrás de Filocles.

Namastis se separó del grupo.

—¿Maestro Filocles? El barrio del templo envía un diezmo de ciudadanos a alistarse.

Otro suspiro escapó de los hombres de la formación.

Filocles correspondió a la reverencia del sacerdote.

—Veinte hombres bien dispuestos es algo que me llena de alegría, pero el favor de los dioses nos alegraría a todos.

Un hombre de más edad con el curioso atuendo que antaño lucían los siervos de los antiguos dioses egipcios dio un paso al frente.

—Tal vez no sirva para luchar con armas —dijo—. Pero si puedo dirigir unas palabras a tus hombres, quizá los encuentres mejores soldados.

Filocles frunció el ceño y acto seguido se apeó de la tarima de mando.

—¡Faltaría más, sacerdote! —dijo educadamente. Fue a reunirse con Terón y Sático—. No puede hacernos ningún daño —añadió, encogiéndose de hombros—. Tal vez nos ayude. Lo conozco, es del templo de Osiris. Un buen orador.

—Extraño, como todos los bárbaros —dijo Terón—. ¿Sacerdotes que no combaten?

—Me dijiste que en Corinto los sacerdotes de Afrodita no combatían, sino que eran los chulos de las sacerdotisas que vendían su cuerpo —se extrañó Sático.

Terón se rascó la nariz y tuvo la gentileza de mostrarse avergonzado.

—Es verdad.

Filocles y Sático cruzaron una mirada, justo cuando el sacerdote de Osiris levantaba los brazos y comenzaba a hablar.

En la formación había hombres distraídos, aburridos e incluso molestos con que les hablara un sacerdote, pero la mayoría escuchaba como si oyeran la palabra de los mismísimos dioses, y algunos se arrodillaron hasta que el sacerdote dejó de hablar. Uno tras otro, los cinco sacerdotes los arengaron en egipcio. Luego los bendijeron en griego y en egipcio y se apartaron a un lado, a la sombra de unas palmeras datileras.

Los sacerdotes de los dioses griegos también ofrecieron bendiciones, y cuando

hubieron acabado, Namastis dio unas palmadas y los esclavos trajeron escudos y armaduras de lino como las que usaban los egipcios, y buenos yelmos griegos recién salidos de la fragua.

—Inofensivo —dijo Filocles. Hizo girar los hombros como si cargara de nuevo con la responsabilidad—. Aunque quizá nos sirva de algo.

Y sirvió. Si los nativos habían abrigado alguna intención de amotinarse, y ninguno de los helenos los conocía a ellos o su idioma lo suficiente para saberlo, se habían desprendido de ella. La mayoría reanudó la instrucción con algo parecido al entusiasmo, y pese que desde el día anterior les faltaban mil hombres para tener la medida necesaria, Filocles también los dirigió ejercicio tras ejercicio con algo parecido al entusiasmo. Dionisio meneó la cabeza con admiración cuando lograron su primera conversión completando un círculo entero, una maniobra difícil incluso para profesionales. Por supuesto era más fácil con la mitad de los hombres, pero el espíritu general fue diferente; profundamente diferente.

Cuando el sol rozó el horizonte, Sático buscó al sacerdote de Poseidón.

—¿Qué has hecho? —le preguntó.

—Muy poca cosa. Ya lo habíamos hablado, pero nuestro encuentro de anoche fortaleció mi resolución.

—¿Qué ha dicho el sacerdote de Osiris? ¡Ha sido como magia! —quiso saber Sático.

—¡Sí! —respondió Namastis. Miró un momento a Filocles—. Les ha dicho que se portaran como hombres. Que los ojos de todo el bajo reino estaban puestos en ellos. Que ellos, y sólo ellos, se interponían entre los antiguos dioses y la destrucción.

Sático meneó la cabeza.

—Bueno, es un anciano entrañable.

—No me trates con condescendencia, griego. —Namastis tenía un aspecto mucho más imponente con un coselete de lino y un yelmo que con sus vestiduras habituales—. Y tampoco seas condescendiente con él.

—No lo haré —concedió el joven, tragándose una réplica de adolescente.

—Resulta difícil no ser susceptible cuando eres mestizo —adujo el sacerdote—. Escucha, también les ha dicho que Filocles es el avatar del dios de la guerra, al menos por ahora.

—¿Mi preceptor? —Sático se rio, pero enseguida se puso serio. En un momento pasaron muchas escenas ante sus ojos—. Es bastante acertado —concedió.

Namastis miró por encima del hombro de Sático hacia donde un grupo de muchachos elegantes aguardaba a su amigo, siendo demasiado educados para interrumpir su conversación, o demasiado desdeñosos de los egipcios.

—Vosotros, los helenos, no entendéis nada —dijo Namastis—. No lo ha dicho a modo de alegoría, Sático. Les ha dado a entender que Filocles es el auténtico avatar

del dios de la guerra. Aquí y ahora.

El sacerdote empuñó su pica y la puso vertical con cuidado. La longitud del arma volvía peligroso cualquier movimiento.

Sátiro notó un cosquilleo en la espalda y acto seguido el olor a piel de león mojada, y luego nada; una especie de ausencia de percepción.

—Eres un elegido de los dioses —dijo Namastis con reverencia—. He olvidado que no todos los helenos son tontos. Mis disculpas, señor.

—Sátiro, nada de señor —replicó el joven, ofreciéndole la mano.

Namastis se la estrechó con demasiada fuerza, pero fue un buen intento.

—Unos hombres te están dando caza —dijo inopinadamente.

—Ya lo sé —respondió Sátiro, que sonrió como el héroe de un poema épico, aunque lo hizo más por burlarse de sí mismo que por desdeñar el peligro.

—Ningún egipcio los ayudará —dijo Namastis—. Eso te lo garantizo. Pero la facción macedonia quiere verte muerto. Han contratado a unos hombres. Es cuanto sabemos.

Sátiro se estuvo frotando la mano durante todo el regreso a la villa de León por la orilla del mar.

No recibió más conchas de ostra ni discutió con su hermana, que había ido a ver a Amastris, o al menos eso sostenía Dorcus. Sátiro fue a acostarse pensando en la sesión de instrucción.

Y por la mañana, apareció la formación en pleno. Dos mil egipcios, mestizos y helenos formaron juntos. Su armamento era todo un mosaico de lanzas y sarisas de cuatro longitudes distintas, y casi ningún hombre llevaba armadura ni clámide, pero las filas estaban al completo.

Filocles pidió al sacerdote de Osiris y al sacerdote de Zeus que arengaran a los hombres. Cada uno ofreció una plegaria. Y luego, cuando el sacerdote de Zeus había entonado el himno del saludo al sol, Filocles hizo una seña a Abraham.

—No tenemos sacerdote de tu dios, hijo de Ben Zion —dijo Filocles—. ¿Eres capaz de cantar un himno o algo parecido? Este *taxeis* agradecerá cualquier pizca de divinidad que se le ofrezca.

Abraham asintió. Estaba en la primera fila detrás de Dionisio, cuya belleza incluía una forma física que incitó a Filocles a ponerlo en el frente. Se abrió paso apartando a Dionisio, tarea nada fácil con un *aspis*, y se situó al frente de la formación. Con voz grave comenzó a cantar un himno; hebreo, por supuesto. Cincuenta voces se le sumaron. Algunos cantaban a media voz, como avergonzados, y otros con cautela, como buscando la letra en su memoria. Pero sonaban bastante bien, y al acabar sonrieron con timidez, tal como lo habían hecho los egipcios y los helenos.

—¡Si todos los dioses están satisfechos, tenemos mucho trabajo por hacer! —gritó Filocles.

Por primera vez, sus palabras fueron recibidas con la clase de ovación espontánea que cabía esperar de unos buenos soldados.

—Estábamos hundidos —dijo Filocles durante la cena en casa de León—. ¿Y ahora? Ahora veo un atisbo de esa voluble criatura, la esperanza.

—¿Cuándo partimos? —preguntó Terón, sirviéndose otra ración de codorniz—. ¿Y llevaremos nosotros el equipaje?

Filocles se encogió de hombros.

—Esta demora es increíble. Tolomeo ni siquiera ha decidido qué estrategia seguir. Titubea, según me han dicho, entre la ofensiva y la defensiva, y tiene a doce mil esclavos reconstruyendo los fuertes de la costa. Y está reuniendo a otros seis mil para que presten apoyo al ejército. No llevaremos el equipaje, pero si emprendemos una campaña a la defensiva, estos hombres se esfumarán, sean o no sacerdotes. Y si la campaña estalla en una batalla repentina antes de que la marcha los endurezca, de nuevo me temo lo peor. —Sin embargo, después de estas palabras se animó—. Aunque oíd lo que os digo, caballeros, filósofo como soy: algo ha cambiado hoy. Lo he notado. Yo también cumpliré con mi cometido de mejor humor. —Filocles miró a Diodoro—. ¿Cuándo marchamos, *strategos*?

Diodoro estaba tendido junto a Safo. Levantó la vista.

—Cuando Tolomeo esté listo. Cuando estalle la tormenta. Cuando la facción macedonia dé el primer paso. —Abrió las palmas de las manos—. O pasado mañana. ¿Tu *taxeis* está a la altura de las circunstancias?

—No —admitió Filocles—. Pero dame veinte días de marcha y quizá te conteste otra cosa.

Diodoro meneó la cabeza.

—Tolomeo prácticamente ha renunciado. Si León regresara, quizá podríamos actuar. Panion y los macedonios de su calaña se pasan todo el día envenenando sus oídos. No tengo claro que estemos mejor porque Estratocles esté fuera de juego.

—Si es que está fuera de juego —repuso Filocles—. El ataque contra Sátiro...

—Es más que plausible que haya sido obra de los macedonios —dijo Diodoro.

—Demasiado bien planeado. Asaltantes de caminos. Estratocles. —Filocles flexionaba los músculos, asegurándose de estar recuperándolos—. Créeme, Diodoro. Sé cómo opera ese hombre. Yo hice lo mismo una vez.

—Por mi parte —dijo Sátiro—, preferiría ir a luchar contra Demetrio que tener miedo de salir de esta casa.

—Tolomeo tiene miedo de que lo vendan —dijo Diodoro—. Igual que a Eumenes. —Se terminó el vino y se recostó al lado de Safo, meneando la cabeza—. Macedonios.

Un esclavo entró y le dijo algo al oído a Safo.

—Coeno manda recado de que nuestro huésped está despierto —dijo la esposa de Diodoro.

Fue precisa una pausa para que la información penetrara la penumbra del comedor.

—Dioses —dijo Filocles. Y se dirigió hacia la puerta.

Leóstenes recobró la plena conciencia sin transición. Apolo le había concedido la vida, o eso le pareció a Sátiro. Estaba postrado en el camastro libre de Coeno y sonreía a los hombres presentes en la habitación.

—Amigos —dijo.

Coeno le estrechó la mano.

—¿Cómo has acabado sirviendo a esa escoria?

Leóstenes meneó la cabeza.

—¿Te refieres a Estratocles? Pese a todos sus defectos, es un ateniense patriota. Y yo soy ateniense.

Filocles negó con la cabeza.

—No es de extrañar que los macedonios sean los amos de todos nosotros, Leóstenes, si un hombre como tú sirve a un hombre como Estratocles porque es un patriota. Es un traidor redomado. Y está intentando matar a Sátiro, el hijo de Kineas.

—Ahórrate tus discursos —replicó Leóstenes—. No le defenderé a él ni a Casandro. Me alegra que me hayan apresado amigos. Y yo mismo intenté matar a Sátiro una vez; no intentes usar ese argumento conmigo. Y tampoco delataré a los hombres que sirvieron conmigo. —Esbozó una sonrisa y meneó la cabeza—. Estratocles piensa que es el hombre más listo del mundo.

Leóstenes se estaba viniendo abajo otra vez. Diodoro se acercó a él.

—Escucha, Leóstenes, tu querido Estratocles se dispone a traicionar a Casandro, me lo huelo. ¿En qué lo convierte eso? ¡Tenemos que saber dónde está!

—Me alegra que me hayan apresado amigos —insistió él, antes de sumirse de nuevo en la inconsciencia.

—¡Apolo! —renegó Diodoro—. Con la de locos que hay a quienes seguir... ¡Y que lo haga un hombre como Leóstenes!

—Los hombres como Estratocles son peligrosos porque saben atraer a hombres como Leóstenes. Coeno, hay que vigilarlo. No podemos permitir que regrese con Estratocles.

Filocles suspiró profundamente y miró de hito en hito a Diodoro.

—Si regresara, podríamos seguirlo —dijo éste.

—Existe un límite a la duplicidad que un hombre puede ejercer sin mancillarse —observó Filocles—. Yo traspasé ese límite una vez y no pienso traspasarlo otra vez.

—Ya suponía que dirías algo así —asintió Diodoro—. Quiera Atenea que no

tardemos en iniciar la marcha. Cuanto antes salgamos de esta ciudad y luchemos como es debido, mejor será para todos.

Por la mañana, León regresó y la casa se llenó de marineros. Sátiro descubrió que, a pesar de los problemas de su hermana, no tenía el menor problema en abrazar a Jenó como a un hermano que llevara tiempo sin ver.

—Demetrio tiene su ejército estacionado en Siria —dijo León—. Se está aprovisionando en Palestina y luego vendrá a por nosotros. Si su caballería no hubiese sido derrotada en Nabatea, ya lo tendríamos aquí y nos habría vencido. Tal como están las cosas, aún cabe abrigar esperanzas.

En susurros, Jenó refirió cómo el *Loto* había subido sigilosamente por la costa palestina y apresado un barco mensajero.

—Me voy a palacio —dijo León—. ¿Diodoro?

El hiparco apuró su cerveza matutina.

—Voy contigo, hermano. Oye, deduzco que viene por tierra, ¿no?

—Que yo sepa, sí —afirmó León—. ¿Cómo está Tolorneo?

—Muy nervioso. Se deja llevar por el pánico —contestó Diodoro, y sus voces se desvanecieron en el patio.

Cien infantes de marina profesionales tuvieron un notable efecto sobre la falange de Egipto, dado que aportaron oficiales de flanco a todas las filas y la instrucción mejoró de inmediato. Y cuarenta marineros se les sumaron, en su mayoría profesionales de cubierta que poseían algo de armamento.

Uno de los marineros era Diocles. Se asignó a sí mismo a Sátiro en cuanto llegó a la plaza de armas, desplazando al muchacho griego que ocupaba la segunda fila detrás de Sátiro con una educada inclinación de cabeza y un bronco «lárgate». El griego, que era demasiado tímido para reclamar su puesto, pareció alegrarse de verse relegado a un lugar donde pasaría más desapercibido.

Sátiro clavó su contera en la arena y se volvió.

—¡Qué alegría verte, por todos los dioses! —dijo. Le sorprendió lo calurosa que fue su propia reacción.

Lo mismo le sucedió a Diocles, aunque quedó sumamente complacido. Su apretón de manos fue firme.

—Pensé que podía probar a ser un caballero —explicó, sonriendo—. Tu tío León me ha pedido que cuide de ti —agregó.

—¡Vaya! —dijo Sátiro.

—En lo que atañe al combate —aclaró Diocles—. ¿Qué creías?

—¡Callad y escuchad! —bramó Filocles, y reanudaron el entrenamiento.

Se volvieron hacia el lado de la lanza y se volvieron hacia el lado del escudo, cambiaron la lanza de mano y levantaron y bajaron el escudo, marcharon al son de las

gaitas y se detuvieron con los estridentes pitidos de un silbato. Por la tarde, un hombre murió mientras practicaban una carga, al clavársele en el rostro la contera de una lanza mal bajada. Si alguien no sentó la cabeza con esa muerte, no pudo dejar de sentirse afectado cuando Filocles los hizo desfilar a todos junto al cadáver mientras se ponía el sol.

Incluso Sátiro, cuyo cuerpo estaba en plena forma, estuvo a punto de desfallecer.

—¡Partimos pasado mañana! —rugió Filocles. Su voz llegaba lejos; ésa era la finalidad de los hombres que estudiaban el arte de la retórica—. Los filarcos atenderán a mis instrucciones sobre el equipo que necesitan vuestros hombres. ¡Cantimploras! Que sean de cuero, de arcilla o de bronce, me importa un comino, pero cada hombre debe tener una cantimplora. ¡Clámide de repuesto! ¿Entendido? Los macedonios tendrán escuderos que lleven su equipo. La mayoría de nosotros, no. Eso significa que debemos viajar ligeros de equipaje. Una vez más, los filarcos me atenderán. Muy bien, romped filas por columnas y apilad las sarisas. ¡Andando!

Terón, que hacía las veces de segundo de Filocles, se encargó de la operación. Este sistema evitaba que los hombres engarbullaran las largas picas y resultaran heridos cuando les daban permiso para retirarse, una auténtica dificultad. Filocles reunió a los trescientos jefes de fila y les recitó la lista del equipo básico que todo soldado debía tener: medias de lana, sandalias recias, una cantimplora, una clámide de repuesto, bolsas de malla para el rancho y un macuto o petate para el equipo, entre otras cosas.

Sátiro, Abraham y muchos de los demás filarcos llevaban tablillas con bisagras para tomar notas, y sacaron sus estilos para copiar las listas, pero no todos los filarcos sabían escribir.

—Fijaré carteles en todos los templos —dijo Sátiro.

Terón, que había supervisado la operación de romper filas, le sonrió agradecido.

—Eso nos ahorrará un montón de faena, Sátiro. Asegúrate de que los sacerdotes también se enteren, así los hombres podrán preguntarles.

Abraham asintió.

—Llevaré una copia a mi padre. Puede encargarse de hacer circular una docena de copias en el mercado.

—Algunos hombres de mi fila quizá sean demasiado pobres para comprar todo esto —comentó uno de los infantes de marina—. Parecen buenos chicos, pero la mitad no tiene ni sandalias.

Filocles se encogió de hombros.

—Tengo que intentarlo —dijo.

Abraham levantó la mano.

—Señor, creo que muchos mercaderes ayudarían a equipar a los hombres, por orgullo, si se les pidiera.

Filocles se rio.

—Bueno, chaval, me parece que acabas de ofrecerte voluntario. Arréglatelas para saber qué hombres no tienen dinero y consíguelos equipo. Coge a cuatro hombres para que te ayuden.

Abraham meneó la cabeza mirando a Sátiro.

—Mi boca y yo —dijo, pero parecía más contento que disgustado—. ¿Estás ocupado?

—Tengo que ocuparme de los templos —dijo Sátiro.

Dionisio levantó las manos con impostada resignación. Luego sonrió pícaramente.

—¡La casa de Cimon debería hacer un donativo! —observó—. Quizá podríamos bordar «La casa de las mil mamadas» en nuestra armadura.

Abraham dio un codazo amistoso a Dio y lo agarró.

—Ya te vale. Supongo que sabes escribir, ¿no? Que no eres sólo una cara bonita.

—Toda mi vida he deseado ser una cara bonita —dijo Dionisio con un mohín.

En realidad, tenía el rostro colorado por el sol y la extraña quemadura de un hombre que había estado en formación todo el día con un yelmo.

Sátiro se llevó a Diocles porque lo tenía a mano y, además, parecía resuelto a no separarse de él.

—¿Sabes escribir? —preguntó Sátiro.

Diocles asintió.

—Claro. Oye, quizá me entrometo, pero, Hades, ¿no se supone que debemos regresar directamente a casa de tu tío?

—Sí y no. Sí que deberíamos, pero hay que hacer esto. Mira, sólo hay que hacer un recorrido por los templos. —Quitó el alambre que sostenía sus tablillas y entregó una copia a Diocles—. Lleva esto a todos los templos del lado sur. Asegúrate de que lo copian bien y de que lo lee un sacerdote.

—Me recuerdas a un navarco que conocí una vez —dijo Diocles. Miró el Alexandrion con recelo, pero todavía atardecía y las calles estaban llenas de hombres y mujeres de todos los estratos sociales; no era una muchedumbre amenazadora—. De acuerdo, señor. Dámela. ¿Dónde nos encontramos?

—En el templo de Poseidón, el último antes de la muralla del mar. En la escalinata.

Sátiro deseaba tanto como Diocles no estar en la calle, de modo que agachó la cabeza y se apresuró en el mandado, pasando la lista en cada templo y observando cómo copiaba la lista un sacerdote o un acólito, revolviéndose inquieto mientras aguardaba, vigilando al gentío desde la relativa invulnerabilidad de los pórticos.

El templo de Poseidón era el último, y no vio a Namastis, cosa del todo lógica

dado que el joven sacerdote había pasado el día entero haciendo instrucción. Pero el sacerdote que copió la lista lo hizo con esmero e interés, y fue capaz de memorizarla sin esfuerzo, y Sático se encontró en lo alto de la escalinata observando a la multitud. No había ni rastro de Diocles, y de pronto lo vio, calle abajo, cruzando del templo de Atenea al templo de Deméter.

El santuario de Heracles parecía hacerle señas desde el otro lado de la avenida. Tenía tiempo.

Sático cruzó la calle tan deprisa como pudo y subió la escalinata, haciendo caso omiso de un conocido que lo llamó. Dio la lista a un acólito para que la copiara y luego entró en el recinto del templo, buscó una moneda de plata en su morral, encontró una, y realizó un sacrificio apresurado pero exacto bajo la estatua dorada del gran maestro del pancracio, que mantenía el brazo izquierdo extendido al frente y el derecho en alto empuñando una espada, con la piel de león cubriéndole la espalda. No percibió nada adverso, salvo que los ojos de la estatua parecían mirarlo directamente, y dedicó su sacrificio a Ciro, el esclavo al que habían matado en la calle. Teo tendría quien lo honrara con sus sacrificios. Sático recordó las ganas de aprender a sacrificar del joven Teo; parecía que hubiese sido mucho tiempo atrás, y se encontró con que las lágrimas le surcaban el rostro.

Luego salió del recinto y bajó la escalinata con un humor sombrío.

—¡Amo Sático! —llamó una voz, bastante cerca.

El muchacho supo en el acto que algo iba mal. Sintió como si el dios lo hubiese agarrado del hombro para obligarlo a volverse. De hecho, giró sobre sí mismo y tropezó cuando el pie derecho le resbaló del escalón de mármol, y su costado absorbió un impacto; las costillas le ardieron. No se dio cuenta de que había sido atacado hasta que el puñal salió de su cuerpo.

—¡Hades! —maldijo una voz conocida, y Sático alcanzó con la mano el hombro del atacante.

Pelearon por el puñal, e intercambiaron unos cuantos golpes. Sático recibió un tremendo cabezazo de su oponente y contraatacó buscando sus ojos con los dedos, y entonces el sujeto lo soltó a cambio de perder el puñal y echó a correr escalinata abajo.

Sático estaba herido. Se tocó el costado y retiró la mano cubierta de sangre; se mareó.

Diocles apareció a su lado.

—¡Lo he visto! —exclamó.

—¡Síguelo! —exigió Sático, que había conseguido ponerse en pie—. ¡A ver adónde va!

—Pero... —vaciló Diocles.

—Estaré a salvo en el templo —le aseguró el joven, y comenzó a subir

trabajosamente, dejando un rastro de sangre en los escalones.

Diocles titubeó un momento más y se fue corriendo.

Sátiro recibió ayuda de varias personas. Al final lo llevaron al recinto y lo tendieron en un banco. El costado le dolía, pero el médico que apareció de inmediato negó con la cabeza.

—Eres un chico con suerte —dijo—. Te ha rozado las costillas. Te dolerá durante unos días, pero la magulladura será peor que el corte.

Envolvió a Sátiro con sábanas del templo y Hama fue a buscarlo con cuatro filas de caballería para escoltarlo de vuelta a casa.

Hama guardó silencio todo el camino. Sátiro supuso que de un modo u otro iba a cargar con las culpas, pero había sacado una conclusión equivocada.

—¡Estás herido! —exclamó Safo, cuando entró en el patio.

Diocles se las había arreglado para seguir al agresor hasta el barrio de las tenerías antes de perderle la pista, y estaba rodeado de media docena de jinetes de Diodoro, describiéndoles el barrio mientras Eumenes de Olbia anotaba sus indicaciones en una tablilla.

—He reconocido su voz —dijo Sátiro—. ¿Os acordáis de Sófocles?

Filocles sonrió compungido.

—¿Quién podría olvidarlo? —Entornó los ojos—. ¿En serio? ¿Aquí?

—Sí —contestó Sátiro.

—¡No me digas! —Safo se llevó una mano a la garganta—. ¿Dónde está Melita?

Mandó avisar a Dorcus.

—Hablando de armadura —dijo Diodoro—, se suponía que éste iba a ser un momento dramático, pero me parece que mi enojo se ha aplacado un tanto.

Dorcus se personó.

—Está en el baño, mi señora —anunció, con semblante adusto.

Safo inspiró profundamente y soltó el aire.

—Me parece que tendremos que dejar que Sátiro haga las cosas a su manera —manifestó Diodoro abrazando a su esposa.

—Muy bien —contestó ella, levantando la cabeza—. ¿Hasta qué punto es grave esa herida, cariño? Supongo que, si te estuvieras muriendo, alguien me lo habría dicho.

Sátiro se obligó a sonreír.

—Me he llevado un buen susto, pero te aseguro que me he hecho más daño en la palestra.

Eumenes se adelantó y saludó.

—¿*Strategos*? Con cincuenta hombres, creo que lo encontraremos.

—Espera un momento —dijo Diodoro—. No os vayáis de aquí. Debo consultarlo con León y con Filocles antes de enviar un escuadrón de caballería a la calle, aunque

se trate de Estratocles.

Sátiro no había visto a Eumenes en semanas, y estrechó la mano del amigo más joven de su padre.

—Los dioses te cuidan bien —dijo Sátiro.

—¡Los dioses necesitan ayuda contigo! —contestó Eumenes con una sonrisa.

Diodoro se acercó.

—Tengo una sorpresa para ti, Sátiro. —Se encogió de hombros—. Espero que te guste.

Los condujo a todos al interior de la casa.

En el salón principal había un soporte de armadura, y en lo alto relucía el yelmo de plata que Demetrio le había regalado a Sátiro tres años antes. Ahora, debajo de él, había una coraza completa de cuero blanqueado con hileras alternas de escamas de plata y bronce dorado; cada escama era como un pequeño disco, de modo que en conjunto parecían las escamas de un pez. Había un avambrazo para el brazo de la espada y un par de canilleras muy ornamentadas.

—Ojalá Melita tuviera una loriga tan buena —dijo Sátiro—. Oh, esto es precioso, tío. ¿Quién lo ha hecho? ¿Hefesto?

—Podría decirse que sí —contestó Diodoro, contento de que su regalo fuera tan bien recibido.

Filocles entró, todavía con la armadura puesta, y echó un vistazo al obsequio.

—¡Por todos los dioses, voy a combatir al lado de Aquiles! Muchacho, procura no cegarme. —Se volvió hacia Diodoro y Eumenes—. ¿Y bien?

—Un hombre de León ha seguido al asesino —explicó Diodoro.

—Creo que puedo encontrarlo —dijo Eumenes—. Necesito cincuenta hombres.

Filocles meneó la cabeza.

—Esta ciudad está al borde de un estallido de violencia —dijo—. La noticia no es pública aún, pero dos de nuestros oficiales veteranos han huido al bando de Demetrio, esta mañana. Y precisamente ahora, Tolomeo ha anunciado que marcharemos. Partimos mañana, con la falange de Egipto en la cola. —Sonrió amargamente—. Si enviamos diez filas de caballería al mercado, la guerra comenzará aquí mismo.

Diodoro asintió.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué hacemos?

—Pedir a nuestros amigos egipcios que lo busquen por nosotros —dijo Filocles mirando a Sátiro—. El barrio de las tenerías es prácticamente nativo por completo. El pueblo nativo está tan desafecto de los macedonios esta noche que quizá se levanten contra el propio Tolomeo; por más que sea una estupidez, así es como están las cosas. Sátiro, ¿alguna idea?

El muchacho contemplaba arrobado su nueva armadura.

—Namastis, el sacerdote del templo de Poseidón. Él os ayudará. Ojalá supiera

dónde encontrarlo, pero el templo es el mejor sitio para comenzar.

Acompañado por Diocles y una docena de jinetes de caballería cuyo equipo militar quedaba mal camuflado por la ropa civil que les habían prestado, Sátiro fue al templo de Poseidón.

Namastis lo saludó desde lo alto de la escalinata, como si hubiesen fijado una cita.

—¡Me he enterado de lo ocurrido! —exclamó el egipcio.

—En eso precisamente esperaba que nos ayudaras —dijo Sátiro—. Escucha, mis tíos dicen que la ciudad está al borde de la guerra civil; egipcios contra macedonios.

Namastis endureció el semblante.

—Yo no sé nada al respecto, señor.

—¡Sátiro! ¡Llámame Sátiro, por los dioses! ¡Por Poseidón el agitador de la tierra, sacerdote, se trata de nuestra ciudad! ¡Tu ciudad y la mía! Hay hombres manipulando los *thetes*. Alejandría no resistirá sin Tolomeo. Él no es el enemigo. El enemigo son Antígono *el Tuerto* y su ejército. Si vienen aquí, saquearán la ciudad, por más promesas que haga.

—Ya lo sé —asintió Namastis—. Pero los hombres desesperados toman decisiones erróneas.

Sátiro meneó la cabeza.

—Esos hombres que me han atacado...

—¿Quiénes son? ¿Y por qué? Ningún hombre de Egipto lo haría. He dejado trascender... Es decir, se sabe que eres amigo.

Namastis pareció muy alterado por su desliz, pero Sátiro lo pasó por alto.

—Sirven al Tuerto. ¿Entiendes?

El sacerdote negó con la cabeza.

—No, no lo entiendo. Explícamelo.

Sátiro tuvo que sonreír.

—Para serte franco, yo tampoco estoy seguro de entenderlo. El Tuerto es enemigo de Casandro, el regente de Macedonia, ¿sí? Pero al parecer tienen un acuerdo secreto para entregar Egipto al Tuerto.

—Sí, es un rumor bastante extendido. ¿Por qué matarte? —preguntó Namastis.

Sátiro se encogió de hombros.

—Soy un viejo enemigo —dijo—. Mi padre y mi madre me legaron el derecho a ser rey del Bósforo.

—¡El rey del comercio de grano! —Namastis asintió—. ¡Ah! Pero, entonces, ¡tú no eres más alejandrino que los macedonios!

—¿Cómo? ¿Te parece que soy un ingrato? ¿Un bárbaro? Soy un ciudadano. No importa dónde naciera. No seas tan malo como los macedonios, sacerdote. ¿Qué más da que naciera en otra parte?

Namastis sonrió. Fue la primera manifestación de emoción que Sático le había visto hacer.

—Vaya, vaya —respondió Namastis—. ¿cómo puede ayudarte este pobre e indigno sacerdote, rey del comercio del grano?

Sático se lo explicó. El sacerdote escuchó atentamente y luego asintió.

—Hay hombres que te vigilan todo el día —dijo—. Y tú no sabes cómo se llaman ni dónde viven. Pero pasarán la noche buscando en tu nombre. ¿Esto te dice algo?

—Me dice que debería saber cómo se llaman —contestó Sático.

—Sería un buen comienzo. —Namastis sacó una concha de ostra de debajo de sus vestiduras—. No tengo muy claro que deba entregarte esto, habida cuenta de lo que me has explicado. Salvo que ahora entiendo por qué la señora de Heráclea se relaciona con un caballero alejandrino.

Sático le arrebató la concha, dejando a un lado los sentimientos encontrados que le produjera la última.

—El mensaje es «esta noche». —Namastis enarcó una ceja—. No preguntaré si acudirás.

Sático suspiró profundamente.

—Mejor así, amigo —dijo—. No preguntes.

Desde el pie de la escalinata miró por encima de la muralla del mar y pensó en su hermana. «¿Por qué no puedes ser siempre así?», le había preguntado en el mar. Asintió e hizo el signo de Poseidón.

Fugarse no le resultó tan difícil como quizá lo hubiese sido para otra chica. En primer lugar, Melita no tenía miedo del mundo de fuera de las dependencias para las mujeres de Safo. Conocía las calles y tenía ropa con la que no parecía una chica griega rica. En segundo lugar, tenía armas y grandes deseos de usarlas. Y en tercero, tenía un lugar al que ir. Jenó se había ofrecido a reunirse con ella y escoltarla, pero eso no era lo que ella quería.

Saltó de su terraza a la playa y se quedó inmóvil al oír movimiento a su izquierda. Descalza en la arena, retrocedió lenta y cuidadosamente hasta la sombra de la casa, al tiempo que empuñaba su *akinakes sakje*.

Vio que su hermano saltaba a la arena desde su terraza y faltó poco para que se echara a reír, pero no estaba segura de que ambos estuvieran en el mismo bando en lo que atañía a que ella se escapara. Se preguntó adónde iría él, y entonces vio un destello de oro. Iba bien vestido. Amastris.

En cuclillas, sonrió con superioridad como suelen hacerlo las hermanas, y aguardó a que Sático se marchara de la playa. Cuando se hubo ido, sus pasos perdidos en el barullo que armaban unos marineros borrachos, recogió sus armas y el zurrón de cuero donde llevaba el resto de sus ropas de chico, y echó a correr por la playa,

dejando atrás a las escuadras varadas de la flota de Tolomeo hasta que llegó a unas casas más bajas y menos opulentas, donde torció tierra adentro. Se apoyó contra un establo para limpiarse los pies antes de calzarse unas botas tracias. Otras expediciones que había efectuado vestida de chico le habían demostrado que las manos y los pies delataban su condición de mujer más que los pechos, éstos cuidadosamente vendados y prácticamente planos debajo de su chaqueta sakje.

Justo al norte del ágora se detuvo, se alisó la ropa y se puso a caminar resueltamente, como un hombre que tuviera prisa. No como una chica que estuviera huyendo.

El ágora estaba atestada pese a la oscuridad, y le vinieron ganas de entretenerse un rato. Había antorchas por doquier y el embriagador aroma de la brea quemada preñaba el aire junto con el hedor a pachuli, el olor a ajos fritos y a gente desaseada. Melita deseaba ser parte de todo.

El mercado nocturno era un mundo extraño donde mandaban los ladrones, las *pornái* y los mendigos, donde los soldados eran clientes y los esclavos pagaban para divertirse. En cierto modo, era el mundo diurno vuelto del revés, tal como Menandro había observado tan acertadamente. Menandro a veces aparecía por el mercado nocturno, y sus obras estaban cuajadas de expresiones aprendidas allí.

Compró un espetón de carne, probablemente de rata o ratón, a una niña que no tendría más de cinco años, que cogió el dinero con la concentración que ponen los niños al realizar una tarea de adulto, mientras su madre atendía a un bullicioso soldado en la caseta de detrás del tenderete.

—No podía... Tenía que venir —dijo Jenó a su lado, y Melita lo miró a los ojos.

—¿Me has encontrado en el mercado nocturno? ¡Debes de ser medio sabueso! —dijo Melita. Debería estar enfadada, pero en cambio le apretó la mano.

Vagaron de un puesto a otro, pagaron por sus canciones a un cantante ciego que se acompañaba de una cítara y vieron actuar a unos esclavos acróbatas, sin pagar por el espectáculo que su amo cobraba bien caro cuando lo hacían en simposios o domicilios particulares.

—El capitán de los arqueros está allí con sus camaradas, bebiendo vino y contando mentiras —dijo Jenó, sonriendo—. Le he hablado un poco de ti, sin mencionar que eras una chica, por supuesto. Sólo le he dicho que eras menuda y muy buena con el arco.

Melita le dio un beso en la nariz, tal como había visto hacer a varios chicos con sus hombres, incluso en público.

—Retiro todo lo que he dicho de ti a tus espaldas —dijo Melita.

Jenó hizo una mueca. Había un asomo de miedo en él, cierto titubeo que fastidiaba sobremanera a Melita.

—Vayamos a conocer a ese capitán —dijo.

Deambularon por el ágora, evitando una reyerta mortal tan repentina y explosiva que Jenó quedó salpicado de sangre y Melita se encontró con que había empuñado su *akinakes* sin siquiera haber pensado en desenvainarlo.

—¿Este es tu joven arquero, amo Jenofonte? —preguntó una voz grave, mientras Jenó todavía se estaba limpiando la sangre del rostro. Contemplaba el cadáver como si fuese a reconocerlo en cualquier momento, pero se volvió.

—¡Capitán Idomeneo! —dijo Jenofonte—. Mi amigo...

—Bión —dijo Melita, tendiendo la mano para estrechar la del arquero. El acento de éste indicaba que era cretense, y parecía una caricatura de Hefesto; era guapo de cara, pero bajo y ancho, con poderosos brazos y las piernas cortas. De hecho, sólo era un par de dedos más alto que ella.

Melita debió de mirarlo más tiempo de la cuenta, porque el cretense le sonrió de oreja a oreja.

—¿Te gusta lo que ves, chico? También tengo la verga corta y ancha. ¡Ja! —Tenía una copa de vino en la mano y bebió un trago—. Sin ánimo de ofender, chico. ¿Sabes disparar?

—Cualquier cosa —dijo Melita—. Llevo tirando desde que tenía cuatro años de edad. Hago diana siete de cada diez veces a medio estadio. Puedo...

—¿Sabes encordar un arco? No presumas demasiado, chico, lo tengo muy fácil para ponerte a prueba mañana. ¿Qué clase de arco tienes? Déjame verlo.

No parecía ebrio, pero toda una vida al lado de Filocles había enseñado a Melita que algunos hombres funcionaban eficientemente a través de una neblina de vino. La joven sacó el arco de su *gorytos* y se lo dio.

El cretense silbó.

—¿Sakje? A lo mejor no eres tan mentiroso, chico. Es de tu talla. ¿Lo hicieron para ti?

Melita asintió.

—Sí —dijo.

—¿Eres sakje, chico? —preguntó el capitán de arqueros—. ¿Va a venir alguien en tu busca?

Había algo en su tono de voz que agradó a Melita, una firmeza que demostraba sus dotes de mando. De modo que le dijo la verdad.

—Tengo familia aquí —admitió—. Es posible que me busquen. Aunque, si me encuentran, dudo que armen mucho escándalo.

—¿Niño rico? —preguntó Idomeneo.

Melita se encogió de hombros.

—¿A ti qué te parece? —respondió Melita, procurando poner la voz ronca y hacerse la dura.

El cretense la agarró de la oreja y le arrimó el rostro a una antorcha. Melita se

resistió, le agarró la mano y le hizo una llave de pancracio, retorciéndole el brazo.

—¡Au! —gritó el cretense—. ¡Suelta!

Melita obedeció, e Idomeneo se frotó el hombro.

—Creo que hablas como un chico que ha tenido preceptor —dijo—. No quiero perder el tiempo visitando a magistrados y arcontes. Y además —se encogió de hombros, con los ojos brillantes a la luz de las teas—, si no fuese tan imprudente, me preguntaría si eres una chica. A mí, personalmente, me importa un bledo, entiéndeme. Sólo que si un padre indignado o un hermano me matan, mi fantasma te rondará hasta el fin de tus días. ¿Eres tan bueno como da a entender este arco?

—Sí —dijo Melita.

El cretense se encogió de hombros.

—De acuerdo. Estoy desesperado, cosa que sin duda ya te ha dicho este joven animal. Necesitamos arqueros como un hombre en el desierto necesita agua. Trato hecho. Pero si tu padre viene a buscarte, te entregaré a él de inmediato. ¿Entendido, chico?

Melita se irguió.

—¡Sí, señor!

—Plutón, ninguno de mis muchachos me llama «señor». —Idomeneo sonrió, y sus dientes relucieron a la luz de las teas—. ¿Puedo invitaros a una copa de vino para sellar el acuerdo?

Melita quería aceptar, pero Jenó negó con la cabeza.

—Pensaba ir a la subasta de esclavos —anunció.

Melita se estremeció.

—Ya sabes lo que el tío... —Reformuló la frase—. ¿Para qué quieres un esclavo? —preguntó.

Idomeneo la observó fijamente. Jenó miraba nervioso en derredor.

—Quiero un escudero —contestó—. Tengo mi parte del botín del barco. Todos los chicos ricos tienen escudero.

—A los tontos no les dura el dinero —masculló el cretense—. Escuchad, chicos: nunca compréis en el mercado nocturno. A la mitad de esos desdichados los han secuestrado en la calle, y a la otra mitad los usan de ganchos; te siguen a casa para ayudar a sus cómplices a robarte.

—Lo que tengo no me alcanza para comprar en el mercado diurno —dijo Jenó, evitando las furibundas miradas de Melita.

—Pues arréglatelas sin escudero —dijo el capitán de arqueros, con toda la firmeza de la edad y la experiencia—. Venga, de acuerdo. Os acompaño. De lo contrario aún acabarán por venderos a vosotros. ¿Argón? —llamó, y otro cretense se apartó de una hoguera, apuró el vino de su copa barata de arcilla y se la dio a otro hombre.

—Aquí me tienes, jorobado. ¿Quién es este chico?

Argón era más alto y más guapo, pero no parecía muy listo.

—Bión. Acabo de reclutarlo. Vamos a la subasta nocturna. Ven y así me cubres.

Idomeneo sonrió y ambos hombres se dieron sendas palmadas en la espalda.

Los cuatro se abrieron camino hasta la subasta, donde una apretada multitud de curiosos, muchos de ellos esclavos, se había congregado para pujar por la escoria de la ciudad de Alejandría. A Melita le repugnaba todo aquello; compartía la opinión de su tío sobre todos los aspectos de aquel comercio. Casi todas las personas en venta eran casos perdidos, la clase de marginados que vagaba por los alrededores del ágora durante el día, mendigando y robando, muchos de ellos incapaces de hablar. Estaban esqueléticos, malnutridos, en su mayoría tenían pocos dientes y todos se amedrentaban cuando un hombre libre se acercaba demasiado a ellos. Los únicos especímenes de aspecto normal y más o menos saludable eran niños, y su versión de la normalidad consistía en un abyecto terror a ser vendidos. Un chico sollozaba sin cesar.

«¿Qué clase de padre vende a su hijo?», se preguntó Melita para sus adentros, pero la respuesta la tenía antes sus ojos, mientras dos de los niños eran subastados por un cerdo desdentado con una sonrisa maliciosa. Los dos niños que vendía estaban magullados y callados, observando a la multitud alumbrada por las antorchas con el mismo interés que las almas muertas ponían en mirar a los vivos.

Melita se sorprendió acariciando con el pulgar el mango de su largo puñal. Deseaba matar a aquel hombre.

El lote siguiente lo componía un solo chico, el que había estado sollozando. Pese a la mugre y a su sucio y desdichado rostro era saludable, rubio y más corpulento que los demás niños.

Jeno se revolvía inquieto, consciente, como casi todos los novios, de que había fastidiado a su amante, e incapaz de pensar la manera de deshacer el entuerto sin renunciar a su acariciado proyecto de comprar un esclavo.

Melita leía su mente con tanta facilidad que se sintió herida; herida en la opinión que tenía de él. Pero sin sopesar la moralidad de sus actos, le sonrió.

—Compra a ese niño —dijo—. Parece bastante fuerte.

—¡Mi *aspis* es más alto que ese crío! —protestó Jeno, pero volvió a mirar al crío—. Está lloriqueando.

—Zeus Sóter, es corpulento, y dentro de pocos años será fuerte. Además, es del tipo que cierto tío nuestro intenta rescatar. No seas imbécil, Jeno.

Melita trataba de hablar en susurros, pero el gentío rechiflaba para que el lote siguiente se desnudara; dos prostitutas en venta para saldar una deuda.

Idomeneo debió de oír parte de lo que dijo Melita, pues manifestó su opinión.

—¿Ese niño? Tiene buena pinta. Voy a echarle un vistazo de cerca. —El cretense

se encogió de hombros—. Aunque un chico de esa edad es como tener un hijo. Hay que enseñárselo todo. Pero si vive, es una buena inversión.

La multitud estaba tan ansiosa por ver desnudas a las *pornái* que el vendedor no estaba consiguiendo buenas pujas por el chico rubio.

—Odio a la gentuza que vende niños —dijo Argón. Escupió al hombre que había vendido a los dos niños, que ahora se hallaba a un brazo de distancia, contando sus monedas de plata. El hombre notó el escupitajo y se dio media vuelta hecho una furia.

Argón no se inmutó.

—Jódete, zoquete.

El zoquete se amedrentó y se batió en retirada. Argón era un hombre imponente. Melita asintió.

—Quería matarlo —dijo.

—¿En serio? —preguntó Argón—. ¿Quieres que te lo traiga?

Melita se dio cuenta de que estaba en un mundo diferente, que Argón quería decir precisamente lo que había dicho.

—Tres lechuzas de plata —dijo Idomeneo—. Argón, no busques jaleo. Bión, ¿acaso has provocado a este patán? Argón, respira hondo y lárgate. —El cretense meneó la cabeza—. Es la clase de hombre que hace que la gente nos llame «cretenses».

Jeno dio al oficial tres grandes monedas de plata, e Idomeneo las hizo desaparecer en el acto.

—Nunca enseñes el dinero así por la noche —recomendó—. Ay, chicos, necesitáis unas cuantas lecciones sobre cómo es la vida real. En fin, el chico es tuyo.

Alargó el brazo y agarró la correa de manos del vendedor. Jeno la cogió y tiró, pero el chico no se movió, y el público bramaba para que las prostitutas se desnudaran.

Melita rodeó los hombros del niño con el brazo.

—Vamos, chico —dijo.

El crío sollozó y se agachó.

Idomeneo lo cogió como si estuviera hecho de plumas.

—Vayamos a un sitio luminoso y tranquilo para ver qué has comprado —decidió.

Sátiro saltó de su terraza a la playa sin demasiados problemas, salvo por el dolor del costado, que, cuando quedó colgado de las manos, le hizo ver las estrellas. Luego recogió el atado que había tirado desde la terraza poco antes y echó a correr por la playa. El ruido de sus pasos quedó ahogado por los gritos de los hombres y mujeres acampados en la playa.

El *Loto Dorado* estaba varado de popa en la playa entre el *Jacinto* y el *Arco de Apolo*, con la proa en el agua, listo para zarpar, y su tripulación estaba bebiendo y

disfrutando con la compañía de cientos de putas del puerto de Alejandría, que habían convertido la playa en una especie de mercado al aire libre, con vino, comida y otras delicias para los miles de remeros de la flota de Tolomeo.

Envuelto en un manto sencillo, Sátiro no tuvo dificultad en pasar entre ellos, ignorando unos cuantos ofrecimientos de compañía y la conciencia de lo que debería estar haciendo. Agarró el cabo del bote del barco, que estaba amarrado junto a la caja de remeros. Se quitó las botas y subió a bordo, soltó la amarra y empezó a remar.

Sátiro atravesó el puerto a la luz de la nueva luna, un creciente con las puntas hacia abajo que tanto los sakje como los egipcios llamaban «la doncella con las piernas abiertas». Por más fuerzas de que dispusieran Estratocles y Sófocles, Sátiro dudó mucho de que pudieran seguirle el rastro a través del puerto.

Remó hasta dejar atrás el puesto de guardia sin el menor tropiezo, y costeó silenciosamente hasta el minúsculo puerto, apenas mayor que un patio, donde la gabarra de Tolomeo efectuaba las operaciones de carga y descarga. Lo que hacía era una locura, pero estaba sonriendo por primera vez en varios días.

Las indicaciones de Amastris eran precisas: debía acudir a la puerta principal. Claro que ella no tenía forma de saber que la puerta principal, plagada de macedonios, era el último sitio donde Sátiro quería ser visto. Atracó el bote en el embarcadero comercial y trepó por la escala del muelle, que estaba desierto. Tolomeo tenía sus propios problemas; no iba a llenar su palacio de Compañeros de Infantería la noche antes de la partida. Sátiro había apostado a que sería así, y su apuesta parecía acertada.

En lo alto de la escala, se despojó del quitón y se puso una clámide parda como la que llevaban los esclavos de palacio. Los esclavos rara vez vestían quitón. Miró con añoranza su espada, y luego la dejó caer encima de su quitón. Si había algo que un esclavo no tenía nunca, era un arma. Descalzo como un esclavo, se coló en el palacio.

Nadie le dio el alto. Había esclavos en todos los pasillos, pero éstos no le prestaron atención, aunque fue objeto de suficientes miradas para darse cuenta de que muchos sabían que no era uno de ellos. No obstante, tampoco parecían inclinados a delatarlo.

Cruzó el patio y el *megaron*, llevando una jarra de vino que había encontrado en una alacena, y luego salió a la entrada principal, debajo del mural que representaba a Zeus. Dejó la jarra de vino en el suelo y atravesó el gran patio con la cabeza gacha hacia la puerta principal.

Aquella noche montaban guardia los Compañeros de Caballería. Eran los *hetairoi* del soberano y, por tanto, podría haber confiado en ellos. Muchos eran amigos de Diodoro y, aunque casi todos eran macedonios, su destino estaba tan ligado a la casa de Tolomeo que jamás le traicionarían y, por extensión, tampoco a Sátiro. Suspiró por el esfuerzo adicional realizado y, entre el principio y el final de ese suspiro, atisbó

una figura esbelta en medio de las columnas y los andamios de la puerta nueva.

Un guardia se reía con amargura.

—O moriremos todos —dijo, y sus palabras se oyeron claramente en la noche.

Sátiro avanzaba con tanto sigilo como si estuviera cazando íbices en el sur o venados en el Tanais. En dos ocasiones, sus pies descalzos pisaron grava y tuvo que poner aún más cuidado. Y de pronto se encontró en la penumbra del pórtico nuevo. Al arrastrarse por debajo del andamiaje se le metió arena en el vendaje.

Sin embargo, fue capaz de llegar hasta las columnas sin ser descubierto, y alargó el brazo justo cuando Amastris se volvió.

—No chilles —dijo Sátiro.

Amastris abrió la boca, le puso una mano en el pecho y acercó sus labios a los de Sátiro.

—¡Has venido! —musitó.

Su beso fue tal como recordaba, y nada, ni una pizca de pensamiento consciente, entró en su cabeza durante un buen rato. Amastris lo besó tanto rato que ambos compartían el aire que respiraban, y luego el muchacho se apoyó contra la columna como si le flaquearan las piernas.

—Vas desnudo —observó Amastris.

—Voy disfrazado de esclavo. Además, mi desnudez muestra mi físico, y mi físico muestra que estoy preparado para cumplir con mi deber de ciudadano.

Dioses, estaba repitiendo como un loro una frase de Filocles mientras besaba a Amastris.

—Muestra algo más que eso —repuso Amastris. Recorrió su pecho con la punta de un dedo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó, pero su lengua no le dejó contestar.

Su mano se cerró en torno a su virilidad, y se rio mientras lo besaba, con una risa grave llena de promesas. Luego, antes de perder por completo el control de la situación, le cogió la mano y lo condujo hacia el interior, alejándose de la puerta, resguardados por los andamios, hasta que se deslizaron junto a un par de portadores de antorchas para adentrarse en la columnata del ala principal del palacio.

—Aquí fue donde me besaste por primera vez —dijo Amastris.

Aquello parecía exigir ciertos actos, pero pronto estuvieron avanzando otra vez. La mera visión de sus pies calzados con sandalias de oro le resultaba lo más erótico que había visto jamás, y la siguió medio aturdido hasta que salieron de la hilera de columnas.

—Los jardines —señaló, mientras pasaban entre pilares cubiertos de rosas.

Una parte extraña y perspicaz de su mente notó que Amastris conocía los jardines muy bien, mientras lo conducía más allá del laberinto hasta una pérgola adornada con una estatua de una ninfa, posiblemente Tetis, la de los pechos refulgentes.

—Pensaba que no ibas a venir —le dijo Amastris junto a la oreja, antes de lamérsela.

Sátiro la tomó en brazos y la llevó hasta el banco.

—¡Bájame! —dijo Amastris, pero con poca convicción.

Sátiro le quitó el broche de oro que sostenía el hombro de su vestido y comenzó a besarla en el cuello, en el hombro y, sin detenerse, en la curva de un pecho, todo ello mientras se sentaba cuidadosamente en el banco. Entrenar era útil para muchas cosas.

—¡Oh! —exclamó Amastris—. Sátiro, no. Oh, pensaba que no vendrías.

—¿En serio? —preguntó él, levantando la cabeza.

Los ojos de Amastris chispeaban en la penumbra, reflejando lejanas antorchas en forma de mil estrellas.

—En serio —musitó la chica—. De verdad que no. O tal vez... no lo sé. Oh, dioses.

Sátiro se irguió.

Amastris lo atrajo hacia sí para darle otro beso y se revolvió en su regazo hasta sentarse en el banco.

—¿Dónde está mi broche? —preguntó.

Sátiro se lo dio y Amastris lo pinchó con cuidado en el vestido sin volver a abrocharse el hombro. Luego se volvió hacia él.

—No quiero perder nada —dijo, con ojos tan grandes como la noche misma. Entonces se desabrochó el otro hombro, clavó el broche como hiciera con el otro y se volvió hacia él con una sonrisa que le cortó el resuello.

»Mucho mejor —asintió Amastris—. Los broches de oro no crecen en los árboles.

El sol hendía el horizonte mientras Sátiro remaba de regreso, con la mente turbada y los hombros curiosamente cansados.

«Consigue que Tolomeo bendiga nuestra unión», había dicho Amastris. La frase resonaba en su cabeza, y remó a través del puerto a tal velocidad, que bien podría haber ganado una regata.

La playa estaba silenciosa, salvo por los ronquidos de los remeros y sus parejas. Un par de mujeres se bañaban en el mar, y una de ellas se levantó al pasar Sátiro, emergiendo del agua.

—Afrodita —llamó—. ¡Saliendo del mar sólo para ti!

—No me queda nada para dar a tan encantadora diosa —contestó él, y las dos chicas rieron.

—A nosotras tampoco —respondieron.

El buen humor le duró hasta que trepó a su habitación, donde Filocles aguardaba junto a la cama vacía.

—¿Dónde cojones estabas? —preguntó el espartano. Y a renglón seguido, agregó —: Anoche nos atacaron. —Se encogió de hombros—. Pensé que te habían raptado. O que estarías muerto.

—Lo siento —dijo Sátiro.

—Dorcus ha muerto. Nihmu tiene una herida de puñal en el hombro. Fueron tres hombres. Entraron en las dependencias de las mujeres. —El espartano meneó la cabeza—. Dioses, de modo que has estado fuera toda la noche. Y Melita también, a no ser que su nota sea falsa. Dice que se ha fugado con el dios de la guerra, de modo que Estratocles ha fallado por voluntad de los dioses.

Sátiro se escabulló de su habitación y enfiló el corredor, dispersando sirvientes. Entró en el ala de Safo, pasando ante un guardia.

—¿Tía? —llamó.

Safo apareció con un traje persa, le dio una bofetada y acto seguido lo abrazó.

—¡Estabas con una chica! —dijo—. ¿Esto es lo que te he enseñado? Hueles a sexo. ¡Ay, qué tontaina! —agregó, y lo abrazó con más fuerza.

Sátiro se preguntó por qué siempre creía que iba a salirse con la suya.

—Ese perfume es bastante caro —intervino Calisto desde detrás de Safo—. ¿Estabas con Fiale, por casualidad? ¿Cómo no se nos ha ocurrido?

Sátiro meneó la cabeza.

—¡Lo siento! —dijo.

—Si ahora recuperase a tu hermana, podría dejar de preocuparme —dijo Safo.

Melita yacía bajo las estrellas, tapada con sus dos clámides de hombre y con las piernas entrelazadas con las de Jenó. El chico nuevo yacía al otro lado, ahíto de sopa, profundamente dormido.

El caso del niño era mucho más triste de lo que Melita había supuesto; huérfano de padre y madre, muertos a manos de su propio amo. Melita meditaba sobre la historia del niño, tratando de reconstruir el relato que de su vida había hecho un crío de seis años.

Jenó la amaba demasiado, y en cierto modo su adoración era lo más difícil de todo, pero había dado en el blanco diez veces sobre diez a cincuenta pasos y a la luz de las teas, e incluso el capitán de arqueros de los *toxotái* se quedó impresionado con ella... con él. Había conseguido un puesto entre los arqueros que se entrenaban para enfrentarse a los elefantes de Demetrio. La adoración de Jenó parecía un módico precio que pagar.

Melita se preguntó qué estaría haciendo su hermano. Con las prisas por escapar de los confines de la casa de León, no se había detenido a pensar cómo sería estar sin él, pese a sus muchos defectos. Al fin y al cabo, era su hermano gemelo. ¿Adónde había ido?

Jeno ya estaba roncando. Melita le sonrió, su mole tan familiar y tan desconocida a la vez, y sonrió al pensar que ninguno de los demás soldados consideraba que hubiera nada especial en el hecho de que compartieran mantas y clámides. Se preguntó cuánto tiempo lograría mantener su apariencia de hombre.

Tanto como pudiera.

El ejército de Egipto tenía previsto iniciar la marcha al amanecer. Su partida estuvo marcada por disturbios y protestas que se sumaron a las dificultades usuales, y el sol alcanzó el cénit antes de que la caballería se pusiera en camino. La caravana de carros, carretas, mulas y porteadores que llevaba el equipaje ocupó la calzada antes de que saliera el primer escuadrón, y cada vez hubo más no combatientes siguiendo a cada unidad. El ambiente en la columna era malo, y en las calles de la ciudad, peor.

Se rumoreaba que los Compañeros de Infantería se habían amotinado en su cuartel, pero estaban presentes, marchando de a dieciséis en fondo, con sus escuderos apretujados entre las filas de soldados, de modo que los hombres caminaban sin cargar nada mientras que sus esclavos acarreaban su armadura, sus armas y su comida. A diferencia de la caballería, muchos de cuyos jinetes se habían puesto sus mejores galas para la partida, en parte para alardear y en parte para intimidar al pueblo, los Compañeros de Infantería no se dignaron hacer lo mismo. Empezaron la marcha con polvorientos quitones rojos, rezongando. Había huecos en sus filas, y corría la voz de que algunos hombres habían desertado, o algo peor.

El otro *taxeis* también marchó, cada cuerpo con dos mil hombres en formación de cuatro en fondo, constituyendo una larguísima columna, seguidos por sus carros y esclavos. Sólo los más afortunados de estas formaciones menos prestigiosas tenían escudero. Una vez más, había huecos, filas en las que faltaban uno o dos hombres. Los rumores que circulaban por la columna aseguraban que había un complot contra Tolomeo, que los macedonios se alzarían y lo matarían, que los egipcios lo matarían... un runrún cada vez más disparatado.

La falange de Egipto continuó entrenando en su plaza de armas junto al mar. Al frente de la parada estaba su equipo. Cada hombre tenía un petate cuidadosamente atado, y los filarcos inspeccionaron el equipo de campaña de cada hombre antes de que los capitanes de filas les pasaran revista otra vez. Después de la inspección, que se prolongó hasta el mediodía, mientras los soldados más pobres corrían al mercado en busca de un donativo de última hora, apilaron el equipo en un extremo de la plaza e hicieron instrucción hasta que las sombras comenzaron a cernirse sobre la ciudad. Y entonces apareció Diodoro.

—¡El *strategos* de la retaguardia! —anunció Filocles.

—El mismo —contestó Diodoro, saludando—. Hoy no habríamos llegado ni al campamento más próximo, amigo mío —dijo, señalando los petates—. ¿Pueden acampar aquí tus hombres? ¿En la plaza de armas?

—Ya contaba con ello —dijo Filocles.

Sátiro se acercó a Diodoro.

—Llevamos oyendo rumores todo el día —expuso. Estaba un poco aturdido por la falta de sueño—. ¿Qué está ocurriendo?

—Los amotinados se han juntado —contestó Diodoro, aunque mirando a Filocles, no a su sobrino—. Tal como dijimos, ¿eh, hermano?

Filocles esbozó una sonrisa enigmática.

—Tal como planeamos. —Saludó y le hizo una seña a Rafik, su trompetero, que acudió a la carrera. Se volvió hacia Sátiro—. Chaval, busca a Abraham y dile que vaya a buscar la comida de la que hemos hablado. Rafik, toca «filarcos al frente». — La llamada resonó, y entonces Filocles bramó—: ¡Conmigo!

Sátiro se encontró enseñando a una extraña mezcla de hombres cómo cocinar sobre una fogata. La mayoría eran habitantes de la ciudad y sabían tan poco de cocina como de dormir cómodamente en el suelo desnudo. Mientras comentaba la mejor mezcla de queso y cebada para el vino y el agua, las bondades de añadir un huevo al rancho y el sabor resultante con cien aprendices de cocinero, tuvo ocasión de advertir que los hombres estaban con los nervios de punta además de excitados. Flotaba algo en el aire.

Cuando los largos rayos del sol dieron la bienvenida al ocaso, descubrió que tenía a Filocles al lado, tomando un cuenco de sopa de cebada y mordisqueando un pedazo de pescado.

—No está mal, filarco. Tus hombres comen bien.

Sátiro sonrió.

—El mérito no es mío. Diocles ha traído especias, ¡pimienta! ¿Quién lleva pimienta a la guerra?

—Yo —intervino Diocles—. ¿Pan con aceite de oliva, *strategos*?

Filocles se arrimó a su pupilo.

—Diodoro ha enviado a Eumenes al barrio del sur con guías proporcionados por Namastis —dijo—. No tardaremos en saber a qué atenernos. —Hablabas en voz baja—. Tu hermana, sólo los dioses saben cómo, ha enviado una nota a León a través de un esclavo. El niño esclavo nos ha dicho dónde está Estratocles; él y todos los macedonios partidarios del motín se han juntado. Es probable que su intención sea atacar el palacio. —Miró en derredor, tomó una cucharada de sopa y luego, viendo la confusión del semblante de Sátiro, enarcó una ceja—. ¡Se trata de Estratocles, chaval!

Sátiro asintió, olvidando la fatiga.

—¿Puedo ir? —preguntó.

—Si los amotinados están todos juntos, si nuestra información es correcta, atacaremos esta noche. Quiero llevarme a unos cuantos de nuestros hombres. Egipcios y helenos juntos.

Diocles sonrió de oreja a oreja.

—¿Para encarnizarlos un poco? Ese es el espíritu.

—¡Por eso nos hemos quedado atrás! —dijo Sátiro.

—Hummm. Ha sido más un efecto que una causa, chaval. Buena sopa. Elige a tres hombres y reúnete conmigo en el frente de la plaza dentro de una hora. Sólo espadas y escudos.

—¡Sí, señor!

Era plena noche cuando se adentraron en el barrio del sur. La luna daba un poco de luz, y llevaban guías, en su mayoría egipcios de la falange a quienes Sátiro conocía. Un buen puñado de ellos le estrecharon la mano o se la llevaron a los labios. No entendía por qué le profesaban tanta devoción, pero así era, y el regusto que le dejaba era más amargo que dulce.

La tenería apestaba. El hedor era tal que los hombres estornudaban y escupían.

—¡Silencio! —susurró Filocles—. ¡Ya veréis cuando oláis a los muertos en el campo de batalla!

Llevaba a Jenó con él, y éste cogía de la mano a un niño pequeño.

Sátiro y su amigo se dieron un fuerte apretón de manos.

—¿Quién es el crío?

—Compré un escudero —dijo Jenó. Parecía apenado—. Sabía cómo encontrar a esa ateniense, Tique.

El niño estaba temblando y Sátiro se arrodilló a su lado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

El niño rubio volvió la cabeza y se escondió entre los pliegues del *kitoniskos* de Jenó.

—Sátiro, tu hermana va a servir con los arqueros —dijo Jenó.

—Safo la matará —respondió. Se encogió de hombros.

Cada vez que miraba hacia el fondo del callejón se le revolvía el estómago, y el *daimon* del combate estaba comenzando a cantarle al oído, y le temblaban las manos. Sátiro no tenía ni idea de cuál era el plan de su preceptor. Condujo a su destacamento donde le ordenaron, a la puerta trasera de un almacén, donde vio a Hama, un suboficial de los *hippeis* de Diodoro, aguardando junto a otro hombre con armadura.

Hama se llevó la mano a la frente en cuanto reconoció a Sátiro.

—Señor —susurró.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Sátiro, porque Filocles había desaparecido en la penumbra lunar. Jenó y el niño estaban detrás de él. Hama se encogió de hombros.

—Cuando suene la trompeta, cargamos contra esa puerta —dijo Hama. Volvió a encoger los hombros—. Diodoro dice: prisioneros. —Hama mostró a Sátiro una maza de jinete persa—. Por eso la he traído.

La noche estaba llena de hombres. Sátiro pensó que Filocles tendría que haber llevado a la mitad de la falange, y usado a la otra mitad como guías. Ares y Afrodita, como le gustaba decir a Diodoro. Con los jinetes desmontados, había dos mil soldados acechando en la oscuridad.

Filocles reapareció con su trompetero, el joven nabateo que se llamaba Rafik. Jenó y el niño se habían marchado.

—¿Para qué son todos estos hombres? —preguntó Sátiro.

—Estoy usando un martillo para cascar un huevo —contestó Filocles—. Es una buena estrategia, si tienes ocasión de usarla. Dicho de otro modo, más es más.

Sátiro fue a hacer otra pregunta, pero Filocles levantó la mano.

—Prepárate. Entraremos antes de que nos vean. ¿Estás listo?

Sátiro asintió.

A una señal de Filocles, Rafik se llevó la trompeta a los labios.

Sátiro corrió hacia la puerta con Hama. Detrás de ellos, una docena de falangitas avanzó sin prisas con un tronco, y Sátiro se sintió ridículo cuando se apartó para dejar que el ariete golpeará la puerta. Se abrió de golpe como si Zeus le hubiese lanzado un rayo.

El patio estaba lleno de hombres; docenas de hombres, tal vez cientos, algunos con armadura y todos armados. Podrían haber sido un enemigo formidable, salvo que los estaban atacando miles de hombres surgidos de la nada, cogiéndolos completamente por sorpresa.

Eso no afectó a Sátiro, que fue el tercer hombre en cruzar la puerta trasera. El primero fue Filocles, que llevaba escudo, un enorme *aspis* griego, y un garrote, y el segundo fue Hama con su maza. Cada uno de ellos abatió a un hombre, y entonces Sátiro se vio enfrentado a un macedonio que gritaba de pánico; tampoco era que Sátiro le escuchara. Golpeó al macedonio con el escudo y lo derribó, y luego se dirigió al edificio.

Instantes después peleó contra otro hombre, apartándolo de Filocles y apuñalándole el pecho cuando quiso oponer resistencia. En su mayoría, los macedonios intentaban rendirse, pero los falangitas estaban enardecidos y arremetían sin piedad.

Sátiro vaciló, gritando a los hombres a los que conocía que perdonaran la vida a quienes se rendían, y Hama se adelantó a él y abrió la puerta principal con el hombro. Una flecha se clavó en su escudo, pero eso no hizo que Hama aminorase el paso. Levantó el escudo y empujó, prácticamente a ciegas, y su ímpetu fue una mala sorpresa para el hombre que estaba detrás de la puerta. Entonces se detuvo, rápido como un gato, y blandió la espada por debajo del escudo, rompiendo rodillas y espinillas.

Sátiro siguió a Hama a través de la puerta. Una flecha zumbó malignamente junto

a su rostro y de pronto se vio haciendo frente a un ataque desde una habitación lateral; a pesar de su vigor, lo empujaron de espaldas contra una pared, y entonces el hombre que fue a por él soltó un alarido cuando uno de los jefes de fila de Sátiro lo ensartó en su largo puñal.

—¡Gracias! —exclamó el joven.

El egipcio sonrió y negó con la cabeza.

—¡A tu merced, señor! —contestó.

—Te había perdido —dijo Diocles, que se había acercado apartando al egipcio.

Entraron en la habitación lateral, una especie de taberna, y otros dos hombres se abalanzaron sobre ellos desde detrás de las mesas de caballete que delimitaban la parte de la tienda que correspondía al tabernero. Uno empuñaba un hacha, pero titubeó cuando Sátiro hizo amago de ir a cortarle la cabeza, y acto seguido estuvo muerto. El otro hincó la rodilla.

De todos modos, Diocles lo mató, hundiendo la afilada punta de su *kopis* en el cuello del macedonio.

En la parte trasera de la tienda había una escalera que subía a la exedra, o eso supuso Sátiro. La puerta de la calle se abrió de golpe, y allí estaba Diodoro con armadura completa.

—¡Soy yo! —gritó Sátiro.

—¡Alto! —bramó Diodoro. Entró, y una docena de soldados de caballería entró detrás de él. Sátiro los conocía a casi todos.

Ahora o nunca. Sería muy fácil titubear y dejar que pasaran ellos delante; Diodoro y Eumenes, quizás, o Diocles y su compañero de filas egipcio. Y una mierda.

—¡Seguidme! —chilló Sátiro, y fue hacia la escalera.

Sátiro levantó el escudo y notó el impacto de la flecha que lo alcanzó, asomando la punta a través del recubrimiento de bronce, las hojas de papiro y la madera de álamo hasta pincharle el brazo. Rugió de nuevo, contuvo la oleada de miedo, y las piernas lo impulsaron hacia arriba. Embistió al arquero con el escudo y blandió la espada por debajo, por encima, por todas partes hasta que la sangre manó y el hombre se vino abajo; un perfecto desconocido, no el médico ateniense a quien veía en sus pesadillas, sino un pobre mercenario que se cayó por la escalera y derramó sus tripas como una cadena de ancla. Se volvió en cuanto un puñal rebotó contra las escamas de su coraza.

—¡Me rindo! —dijo el hombre que había intentado matarlo.

Sátiro detuvo su mandoble. El hombre retrocedió y dejó caer el puñal.

—¡Me rindo! —repitió, y salió corriendo por la puerta.

—¡Sátiro! —llamó Eumenes de Olbia desde el pie de la escalera—. ¡Aguarda, chico!

El hombre que acababa de rendirse chocó de espaldas contra él, suplicando.

—¡Por favor! ¡Ayúdame! —chilló.

Los falangitas y los soldados de caballería habían usado escalas de mano para irrumpir en la exedra y estaban matando a cuantos hombres encontraban.

—¡Parad! —gritó Sátiro—. ¡Prisioneros! —rugió con su mejor voz de timonel durante una tormenta en el mar.

Los hombres le miraron, y la locura se borró de sus ojos.

Diodoro meneaba la cabeza.

—Tenemos cien prisioneros —dijo—. Ares y Afrodita. Macedonios. Por todas las sombras del Tártaro, ¿qué demonios hacían aquí?

—No es difícil de suponer, hermano —replicó Filocles—, pero no tenemos a los hombres a los que buscábamos.

Sátiro empujó al prisionero desde el pie de la escalera.

—Se ha ido hace un rato —dijo—. Pura mala suerte. Y se ha llevado a todo su séquito y a su guardia.

—Señor —murmuró el aterrorizado mercenario—. Señor, se fue a... arreglar... es decir... ¡A matar a don Tolomeo!

—¡Zeus Sóter! —exclamó Diodoro.

Terón y Eumenes comenzaron a quitarse la armadura sin decir palabra, y Sátiro se acercó a ellos.

—¿Corriendo? —preguntó, y ambos asintieron.

—¡Todos los atletas! —gritó Sátiro, y corrió la voz.

Dio acudió con una docena de muchachos. Se quitaron los *kitoniskos*, se echaron al hombro el cinto de la espada y se marcharon.

Corrían en grupo por las calles a oscuras; sus propios hombres los demoraron durante varias manzanas, ávidos de noticias, y en un puesto insistieron para que se dieran a conocer; eran buenos hombres que obedecían órdenes, pero perdieron un tiempo valiosísimo hasta que el oficial de los *hippeis* comprobó que eran ellos y los dejó seguir.

Corrieron como velocistas hasta la puerta del palacio, donde no encontraron a la guardia, sólo a un par de esclavos muertos.

—¿Dónde en el Hades vamos ahora? —preguntó Eumenes.

Sátiro conocía bastante bien el palacio. Condujo a todo el grupo a través del patio hasta la entrada del *megaron*, donde una pareja de *hetairoi* les cortó el paso con sus hierros.

—¡Estratocles intenta matar a don Tolomeo! —chilló Terón.

Sus palabras resonaron en la columnata, en el patio y en el jardín. Los dos soldados de caballería se les enfrentaron, claramente dispuestos a combatir.

—¡Alto, alto! ¡Conozco esa voz! —gritó un griego desde el interior del *megaron*, y entonces Gabines apareció en el arco de entrada con más guardias.

Eumenes, como oficial de alto rango, dio un paso al frente.

—Señor —dijo—. Soy un oficial de don Diodoro. Acabamos de apresar a cien amotinados; más, me parece.

—¡Alabados sean los dioses! —dijo Gabines.

—Nos han dicho que Estratocles el ateniense tiene intención de matar a don Tolomeo —prosiguió Eumenes.

—Ya lo sabemos —contestó el mayordomo en tono cansino—. Llegáis demasiado tarde. No lo ha conseguido.

—Gracias a los dioses —suspiró Sátiro, y detrás de él, sus leales compañeros vitorearon.

—Tal vez tú no deberías dar gracias a los dioses —dijo Gabines, mirando al joven—. Don Tolomeo se ha marchado hoy, en secreto, disfrazado de soldado de caballería. Está a salvo. —El mayordomo negó con la cabeza—. Pero el traidor de Estratocles se ha llevado a doña Amastris.

Parte VI

El templado

312 a. C

Estratocles cabalgaba con desenvoltura, concentrando casi toda su atención en controlar su sed. El resto de su atención recaía en su cautiva, que cabalgaba serena, con la cabeza bien alta, y que, de vez en cuando, se dignaba sonreírle.

Sus sonrisas lo desconcertaban.

En torno a él cabalgaban los mejores entre sus asesinos a sueldo, con Lucio al frente, y más adelante, apenas a unos cuantos estadios salvo si había errado estrepitosamente en sus cálculos, se encontraba el ejército de Demetrio *el Rubio*, hijo de Antígono *el Tuerto*; el más joven y gallardo entre los contendientes de las guerras que los hombres daban en llamar los «Divinos Juegos Fúnebres de Alejandro».

Estratocles irguió la espalda, tratando de borrar capas de fatiga y el tiempo pasado en la silla, y tratando de ordenar sus ideas con vistas a la inminente entrevista. Por el momento había fracasado en su intento de matar a Tolomeo. Mejor no pensar demasiado en eso.

Hermes, dios de los espías, qué seca tenía la boca.

—¿Cuánto hace que planeaste mi secuestro? —preguntó la princesa. Sonrió con una caída de ojos, viva encarnación de la dignidad femenina.

Estratocles se encogió de hombros.

—Lo hice sobre la marcha, mi señora —admitió. Se frotó el muñón de la nariz. «¿Por qué he dicho esto?», se preguntó. «Sin duda una ficción más elaborada habría cosechado más premios que este único dato.»

—Ajá. Entonces, ¿al no lograr matar al regente de Egipto, pensaste que yo te valdría como compensación? —preguntó Amastris como si tuviera mucho interés en el funcionamiento de su mente.

Estratocles irguió la espalda otra vez y maldijo para sus adentros su propia falta de disciplina; su anhelo de que Amastris tuviera una buena opinión de él.

—Señora, mi intención es ofrecer mis servicios a Antígono a cambio de una satrapía. Frigia no tiene señor. Tú serías una eficaz aliada, incluso una apropiada consorte. O, al menos, así lo razoné.

—Vaya, vaya —respondió la princesa.

Cabalaron en silencio durante más de un estadio, y Amastris se fue rezagando. Se tapó el rostro con un chal y prosiguió con la cara cubierta, y Estratocles alternaba sus pensamientos entre aquel rostro y su deseo de agua.

Luego espoleó a su caballo y el cansado animal regresó al lado de Estratocles, que sintió que el corazón se le llenaba de una estúpida alegría.

—¿Es porque mi padre es el tirano de Heráclea? ¿O porque has observado alguna cualidad en mí que me convertiría en, cómo lo has dicho, una eficaz aliada?

Estratocles consideró distintas respuestas, desde ofensivas hasta halagadoras, pero una vez más, pese a largos años de experiencia, se encontró con que su boca escupía la verdad.

—Por tu padre y su ciudad, por supuesto. Aunque —agregó con una reverencia—, ahora que te tengo calada, *despoina*, me consta que he subestimado tus cualidades.

—¡Oh, qué bien expresado! —se rio la princesa, echando la cabeza para atrás sin un ápice de falsedad—. Que un hombre tan cauto y astuto como tú admita que ha subestimado mis cualidades constituye todo un cumplido.

El comentario hizo sonreír a Estratocles. ¿Cuándo había sonreído tantas veces en tan poco tiempo?

—Has captado a la perfección lo que quería decir, mi señora.

Mientras proseguían la marcha, se encontró contando la verdad a aquella dama, si bien no por otro motivo que sus incesantes preguntas, pues parecía contenta de poder preguntar, cabalgando a su lado y hablándole como si él fuera un leal consejero. Cosa que hizo que Estratocles se sintiera idiota. Y viejo.

Estaban riendo de buena gana cuando se toparon con los primeros piquetes de caballería.

—Es como hablar con Pericles —dijo doña Amastris.

Estratocles se puso radiante de felicidad.

—¿Intentaste matar a Tolomeo? —preguntó Demetrio. Estaba sentado en una simple banqueta plegable en medio de un círculo de sus compañeros, pero toda simpleza terminaba en eso. Sus cabellos dorados a juego con su peto dorado contrastaban con la piel de leopardo que lucía en lugar de clámide, y calzaba unas magníficas botas sin puntera de cuero labrado y dorado. En efecto, parecía la imagen de uno de los héroes, Teseo, Heracles o un fornido Aquiles.

Estratocles lo había visto antes, pero nunca se había enfrentado a su encanto y su carisma cara a cara.

—Sí, señor —dijo Estratocles.

—Bien, pondremos buena nota a la intentona, pero preferiría derrotarlo en persona. Hombre a hombre, si es posible. Así es como se construyen los mitos, ateniense.

Demetrio irradiaba su juventud como la luz de una lámpara.

Estratocles aún tenía que esforzarse para mantener la espalda derecha, los

hombros le pesaban cada vez más y sólo deseaba tenderse en el suelo y dormir. Había pasado una semana muy dura. Y no le gustaba la manera en que los ojos del chico rubio se desviaban de él. Los hombres siempre habían reaccionado de igual modo ante su fealdad. Excepto Casandro. Casandro al menos era capaz de mirarlo de hito en hito.

—Sin duda vencerás a Tolomeo, mi señor, ya sea en combate o de cualquier otra forma, pero quienes te aman harán cuanto puedan por allanarte el camino —dijo Estratocles. Pericles no lo habría expresado mejor.

En su fuero interno, Estratocles comenzaba a cuestionar su compromiso con aquel cachorro arrogante. Pérdicas, hijo de Bión, uno de los jóvenes oficiales de Demetrio, de pelo rizado y con unos labios igualmente curvados que prometían insolencia, chascó los dedos.

—¿Qué hay de los oficiales macedonios? —inquirió.

Estratocles se encogió de hombros.

—Organicé el encuentro de los líderes del motín, y me aseguré de que fueran armados para el ataque contra Tolomeo. En cualquier caso, no vinieron. ¿Culpa mía? Tal vez. O quizá les entró miedo y se echaron atrás.

—Nos han llegado rumores de que fueron masacrados —dijo Demetrio. Sus ojos ya no miraban a Estratocles. Estaba valorando las cualidades de la muchacha que aguardaba en silencio detrás de Estratocles, envuelta en lana, con un recatado tobillo como único indicio de su edad y vitalidad.

Estratocles se sentía algo más que un mero protector de la chica. Dio un paso al frente para atraer la atención del comandante.

—Lo dudo. ¿No harías correr un rumor como ése si temieras un motín, mi señor?

—¿La fealdad es una enfermedad contagiosa? —preguntó Demetrio, y todos sus compañeros rieron—. Estoy convencido de que me has prestado un buen servicio, ateniense, pero me aburre mirarte. ¿Qué me has traído? ¿Eso es un obsequio? ¿Has traído a Briseida a mi tienda?

Estratocles no pudo resistirse.

—Briseida fue arrebatada a Aquiles, señor.

—Nada más apropiado, entonces, aunque me cuesta trabajo asignarte el papel de Aquiles. Veamos qué aspecto tienes, muchacha.

Demetrio se levantó de su trono.

—Es la hija del tirano de Heráclea, una joven modesta.

Estratocles se puso enseguida a su lado. Amastris retrocedió, interponiendo a Estratocles entre Demetrio y ella. Ningún otro acto podría haber tensado con tanta firmeza las trizas del sentido del honor de Estratocles; una prenda hecha jirones, pero con más trama y urdimbre de lo que él mismo sospechaba.

Demetrio se encontró alargando el brazo hacia Estratocles. Sus hombres se

llevaron la mano a la empuñadura de sus espadas.

—No seas estúpido, mal encarado —dijo el chico rubio.

«Entrégale la chica sin más.» El olfato político de Estratocles, un *daimon* afinado tras una generación de política ateniense y con voz propia, le dijo que podría obtener lo que quisiera de aquel niño bonito si le entregaba la chica. «O mejor aún —sugirió la voz—, cuanto más te resistas a entregársela a este nuevo amo, mejor valorará este nuevo amo a la chica... y a quien se la dé.»

Por primera vez en varios años, Estratocles hizo caso omiso del desapasionado que lo gobernaba en los asuntos de estado. Su agilidad mental acudió en su ayuda.

—No soy estúpido —dijo con toda calma—. Y tampoco, señor, para ofender al tirano de Heráclea cuando tu padre depende de sus puertos y de sus barcos.

—¡Tiene los tobillos de Afrodita! —señaló Demetrio. Puso los brazos en jarras—. Me importa un comino el tirano de Heráclea.

—Me figuro que has usado la coletilla de Afrodita en otras ocasiones —repuso Estratocles.

Amastris se rio a su lado, y Estratocles se sintió el rey del mundo. Entonces ella dejó que los pliegues de su himación le cayeran de la cabeza y dio un paso al frente.

—Tal vez te importe un comino mi padre —dijo Amastris, y sonrió a Demetrio—, pero te prometo que a él sí le importaré yo.

El sol de su sonrisa arrolló sus palabras, y Demetrio juntó las manos dando una palmada.

—Que la conduzcan a una tienda; arrojad a los ocupantes a la arena. Procurad que no le falte de nada. —Demetrio hizo una profunda reverencia—. Permite que te rescate de este sapo.

Amastris volvió el sol de su sonrisa hacia Estratocles. Negó con la cabeza.

—Es mi sapo —replicó la princesa—. Confío en él, y a ti no te conozco.

Algo caliente encendió el corazón de Estratocles. Se sonrojó y le dolió la nariz.

—Te protegeré —dijo con voz sorda; palabras equivocadas, lo sabía, y además mal dichas. No le importó.

Amastris volvió a cubrirse la cabeza, pero no apartó los ojos de los de Estratocles. Él no había reparado en lo fríos que eran antes.

—Sí —dijo Amastris—. Lo harás.

Su sonrisa fue visible sólo en los rabillos de los ojos, pero fue toda para él. Hacía mucho tiempo que no veía a unos ojos hacer eso... por él. Hizo una mueca de dolor.

Entonces Amastris retrocedió. Los guardias de Estratocles la rodearon.

—Estaremos encantados de ocupar la tienda que consideres oportuno asignarnos —dijo Estratocles.

—De eso nada, sapo. Ella es mía. Me ocuparé de que te paguen un par de talentos por tus traiciones, pero ella es mía. A lo mejor añadido algo a tu recompensa por

haberla traído. Realmente, su presencia hace que casi haya merecido la pena conquistar esta franja de arena. —Demetrio se rio, y todos los compañeros se rieron con él—. Afrodita, diosa del amor, ¿nunca has pensado que ella sólo puede encontrarte horrible? ¿Al hombre que la ha raptado? ¿Alguna vez te has mirado en un espejo? En cambio yo, el dorado, el elegido de los dioses, la salvará de tus venenosas garras. —Demetrio rio de nuevo—. Ya está toda mojada sólo de verme, sapo.

Esto último hizo que todos los compañeros se rieran a mandíbula batiente.

Estratocles tuvo el coraje de sonreír. Se irguió cuan alto era. «Yo soy el héroe de esta obra —pensó—. No tú, chico, sino yo; el sapo.»

—No es así como trata a los hombres tu padre, señor —dijo Estratocles haciéndose oír por encima de las carcajadas—. Los insultos de colegial sólo insultan a los colegiales.

Demetrio se volvió de repente, con los ojos entornados.

—¿Te atreves a decirme lo que mi padre haría o dejaría de hacer? ¿Me llamas colegial?

Sus compañeros se callaron.

—Tu padre me ofreció la satrapía de Frigia. He hecho honor a mi parte del acuerdo y todavía tengo agentes en sus puestos. Y ahora —despacio, cautamente, como si le arrancaran las palabras—, ¿ahora me insultas, me arrebatas a mi pupila y me ofreces unos pocos talentos de plata? —Estratocles se encogió de hombros—. Mátame, señor. Pues si no lo haces, le diré a tu padre que eres un idiota.

—Mi padre... —comenzó Demetrio, pero de pronto se calló, como si escuchara a alguien que le estuviera hablando. Demetrio parecía una estatua. Miró al vacío por encima de la cabeza de su amigo Pisandro hasta que volvió a mirar a Estratocles.

»Llevas razón al reconvenirme, señor. —El cambio de actitud de Demetrio fue tan radical que Estratocles, todavía enfrascado en su propia actuación, sintió que debía dar un paso atrás ante el poder de los dioses. Demetrio hizo una reverencia al ateniense—. Ha estado mal que te insultara, aunque debes confesar que nunca imitarás a Ganímedes.

Algunos compañeros rieron, pero la suya fue una risa nerviosa, porque la voz de Demetrio sonaba extraña.

Estratocles inclinó la cabeza indicando que estaba de acuerdo.

—Nunca he alardeado de mi aspecto. Como tampoco he pretendido tomar a Ganímedes como modelo —dijo, lanzando la pulla contra el compañero más guapo de Demetrio, un apuesto muchacho que estaba al lado de Pisandro—. Aunque deduzco que algunos lo hacen.

Demetrio se rio.

—Veo que eres algo más que una cara fea —admitió—. Estamos al borde de una batalla, la batalla que nos dará Egipto. Después recompensaremos a todos nuestros

leales soldados. Hemos hecho mal en hablar de unas míseras monedas de plata. Ruego aceptes nuestras disculpas.

Demetrio hizo una reverencia, y Estratocles tuvo que reprimir el impulso de perdonarlo de inmediato.

«Esto es el poder», pensó.

—¿Y la chica? —preguntó.

Demetrio sonrió.

—Que sea lo que ella quiera.

Estratocles se la llevó, con Pisandro en calidad de mensajero. El *daimon* le reprochó que hubiese caído presa de una chica guapa.

La persecución de Estratocles no duró toda la noche. Poco después de las doce, descubrieron el medio que había empleado para abandonar la ciudad, un barco que aguardaba ante el palacio, y la ventaja que llevaba garantizaba su éxito.

—Irá en busca de Demetrio —dijo Filocles a Sátiro.

El joven no vertió ni una lágrima, estaba cansado, con el corazón partido e incapaz de sentir. En los días posteriores nada logró levantarle la moral. Marcharon de la ciudad al desierto, y las cinco siguientes jornadas fueron muy duras; trechos de desierto puntuados por ciudades del Delta y ríos que debían cruzar, de modo que un hombre podía morir de sed a causa del calor y, al cabo de nada, correr peligro de ahogarse. Los mosquitos eran los peores que Sátiro había visto jamás, se abatían sobre el ejército en nubes que se veían a un estadio.

—¿Qué comen cuando no encuentran judíos? —preguntó Abraham.

—Mulas —contestó Dionisio—. El sabor es prácticamente el mismo.

Sátiro marchaba en silencio, a ratos absorto en sombrías fantasías sobre el sufrimiento que debía de estar padeciendo Amastris y, al mismo tiempo, atormentándose por su incapacidad para rescatarla. Pocas cosas hay más calculadas para indicar su insignificancia a un muchacho que marchar en la interminable nube de polvo e insectos de la columna de un ejército del alba al ocaso; un diminuto piñón de bronce en la gran máquina de guerra.

Por la noche acampaban en terreno llano junto a ramales del Nilo y bebían agua turbia que dejaba posos en las cantimploras. Cada mañana, Sátiro se obligaba a levantarse para ir de fogata en fogata y ayudar a cada casero a encender el fuego, pedir un hacha para otro y recordar a un tercero cómo cocinar con cazuelas de barro sin romperlas.

En general la cocina estaba mejorando, si bien se debía a que la falange de Egipto comenzaba a tener seguidores. En cada pueblo había chicas y chicos muy jóvenes que deseaban irse a cualquier parte, aunque sólo fuera para escapar de la eterna monotonía de la tierra. En el río, una chica se consideraba mujer cuando cumplía doce años, y vieja cuando era una abuela de veinticinco. En su mayoría morían antes de los treinta. Sátiro había oído hablar de todo aquello, pero ahora marchaba a través de esa realidad, y cada mañana había más campesinos en sus fogatas, cocinando la comida... y comiéndosela. Y las filas de escuderos empezaron a crecer, de modo que la falange se asemejaba cada vez más a los Compañeros de Infantería.

El tercer día Filocles recorrió las filas, ordenando a los hombres que acarrearán su equipo.

—¡Dejad que ellos lleven las cazuelas! —rugió Filocles—. ¡Cargad con vuestras propias armas! Os habéis pasado el verano ganando este privilegio, ¡no lo vendáis por un poco de descanso!

La cuarta mañana Amastris seguía siendo un sueño remoto. Sátiro se había dormido al lado de Abraham, y al despertar vio que su amigo tiritaba. Sátiro también tiritaba, pero sabía qué hacer al respecto. Se levantó en un periquete, tapó a Abraham con su clámide y se echó a correr siguiendo la orilla del Termótiaco, un brazo del Nilo, y luego en torno al campamento hasta que entró en calor.

Río arriba se encontró con dos infantes de marina a los que conocía y con Diocles, que llevaba una cabra.

—¿De dónde ha salido? —preguntó Sátiro.

—La hemos encontrado vagando por ahí —contestó uno de los infantes.

—La verdad es que no pertenecía a nadie —dijo Diocles, evitando los ojos de Sátiro.

El muchacho se rascó la incipiente barba.

—Ya sabéis lo que dice Filocles acerca de los robos.

—No ha sido un robo —insistió Diocles.

—Vagaba por ahí —repitió el infante de marina. Su compañero guardaba silencio.

—Sé dónde puedes encontrar a tu hermana —dijo Diocles inopinadamente. Si tenía intención de distraer a su oficial, desde luego que lo consiguió.

—¿De veras? —preguntó Sátiro.

—Enseguida os alcanzo —dijo Diocles a los infantes. Luego se volvió y comenzó a desandar lo andado—. Está en el campamento de los arqueros. Todos los marineros y los infantes lo saben. ¿No la harás regresar?

—¡Hades, no! —dijo Sátiro.

Caminaron medio estadio hasta donde una docena de muchachos estaban tirando contra una bala de forraje para la caballería.

—La cabra nos la ha dado ella —confesó Diocles.

—¿En serio? —preguntó Sátiro.

—¿Realmente quieres saberlo? —repuso Diocles—. Ve a verla. Nos vemos en el campamento.

Sátiro fue corriendo hasta el grupo de arqueros. No era demasiado difícil distinguir a su hermana, si sabía dónde mirar. Se acercó a ella y le pegó un manotazo en la espalda, como solían hacer los soldados cuando llevaban armadura.

Melita dio media vuelta.

—¡Cabrón! —gruñó.

Sátiro se rio. Se abrazaron.

—¡Estás loca! —dijo Sátiro.

—Tanto como tú, hermano —respondió Melita—. ¿Se sabe algo de Amastris?

Sátiro se puso en cuclillas, una buena postura en un mundo sin sillas.

—Nada de nada. Estratocles se la llevó y tornaron un barco.

—No la molestará —contestó Melita—. Amastris es muy inteligente.

Al cabo de un momento Melita dijo «demasiado inteligente», como sugiriendo que toda esa inteligencia no era totalmente admirable.

—Temo por ella. —Sátiro frunció el ceño—. Ya sé que parece una estupidez, pero quiero rescatarla.

—No es una estupidez, hermano. Si ese cabrón me hubiese raptado a mí, esperarí­a que tuvieras los cojones de venir a salvarme.

—Bonito lenguaje —dijo Sátiro.

—Tengo buenos maestros —respondió Melita.

—Debo regresar para asegurarme de que todos desayunan —dijo Sátiro, y vio que Jenofonte se acercaba con aire avergonzado—. Ahora ya sé dónde duermes —agregó Sátiro con cierta malevolencia.

Jenofonte evitaba mirarlo a los ojos, y Sátiro se entristeció al constatar que le daba igual.

—Regreso contigo —dijo Jenofonte. Él y Melita cruzaron una mirada elocuente.

—No —repuso Sátiro—. Tú llevas armadura y yo voy a correr. Ya nos veremos. ¿Cómo te haces llamar? —preguntó a su hermana.

—Bión, como mi caballo.

Le dedicó la mejor de sus sonrisas y Sátiro le correspondió. Le dijo adiós con la mano, se despidió de Jenofonte con una inclinación de cabeza para no parecer grosero y salió corriendo hacia el campamento.

Al cabo de un rato, con la panza llena de cabrito mal asado, estaba marchando de nuevo.

La columna pasó por Nato y Bubastis, donde se les sumaron más seguidores y donde los aguardaban las barcasas que suministraban grano al ejército. El uso de gabarras restringía el pillaje por parte de los campesinos a niveles aceptables. En Bubastis, Filocles sorprendió a un egipcio y a un heleno robando ganado en una granja de las afueras, y condujo a ambos hombres de regreso al campamento a punta de lanza.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —preguntó Diodoro.

Él y Eumenes habían llegado mientras el sol brillaba lo suficiente para trabajar. Una barcaza descargaba pacas de leña para las fogatas; como decían los egipcios, en el desierto no había suficiente leña ni para construir una balsa para una hormiga.

Sátiro escuchaba con atención porque el campamento era un hervidero de rumores sobre los planes del espartano.

—Tengo intención de convocar una asamblea del *taxeis* esta noche. ¿Qué otra

cosa puedo hacer? —preguntó Filocles.

Diodoro se rio.

—La mayoría de tus hombres no son griegos.

Filocles se encogió de hombros.

—Eso lo dices tú. Cuando se trata del deseo de justicia, y del deseo de que cada hombre pueda expresar su opinión, ¿quién no es griego? ¿Quieres que mate a esos hombres de inmediato, como castigo ejemplar?

—Así es —contestó Diodoro—. Eso es exactamente lo que quiero.

Filocles negó con la cabeza.

—Pues entonces necesitas a otro comandante para esta unidad, *strategos*.

La cena fue buena porque las gabarras estaban a menos de un estadio y abundaban la comida y la leña. Con tan sólo cinco días de marcha a sus espaldas, la falange de Egipto era más dura y capaz que cuando abandonaron la ciudad en un ambiente de amotinamiento. Los hombres cocinaban, dormían, comían, hacían el equipaje y reanudaban la marcha sin demasiado alboroto. Pero la asamblea era una nueva aventura, y además peligrosa, porque contenía un elemento de muerte.

Los helenos sabían a qué atenerse, de modo que todos los hombres se reunieron formando un gran círculo en el fresco aire nocturno. Encima de ellos, el telón entero de los cielos se vía tachonado de estrellas que brillaban como fuegos distantes. No faltaba un solo hombre, ni siquiera los que tenían fiebres palúdicas o las diarreas que al parecer provocaba el consumo excesivo de agua del Nilo, al menos a los griegos.

—¡Soldados! —La voz de Filocles sonó tan fuerte como la de cualquier sacerdote—. Estos hombres han desobedecido mis órdenes y las del ejército. En Esparta, en Atenas, en Macedonia, estos hombres pagarían con su vida. Pero sólo —su voz se impuso al murmullo de los hombres—, sólo si la asamblea de su regimiento lo aprobase. ¿Quién de vosotros hablará en nombre del ejército, acusando a estos hombres de su crimen?

Filocles clavó los ojos en Sátiro, que salió al frente en medio del silencio.

—Yo seré la acusación —dijo Sátiro.

Filocles miró en derredor.

—¿Quién hablará en nombre de estos hombres?

Los dos culpables miraron sonrientes a sus camaradas, y se sorprendieron al ver que muchos rostros los miraban serios. Finalmente Abraham dio un paso al frente.

—Yo seré la defensa—dijo.

Sátiro lo miró, sorprendido de que su amigo se opusiera a él, pero luego se encogió de hombros, entendiendo que Abraham tenía tan pocas ganas de defenderlos como él de hablar contra ellos. Se trataba de un deber.

El capítulo de cargos fue breve y condenatorio, dado que lo presentó el comandante de la falange.

Sátiro hizo varias preguntas para corroborar su culpabilidad y luego se encogió de hombros. Había leído todas las causas vistas en Atenas, podía citar a Isócrates, por ejemplo, pero aquél no parecía un lugar apropiado para tales alardes de retórica.

—Si robamos a los campesinos —preguntó Sátiro a los silenciosos hombres de la falange—, ¿por qué tendrían que ayudarnos? ¿Y en qué nos convertimos, sino en enemigos, igual que los que vienen a conquistar?

Sus palabras dieron en el clavo; pudo verlas, como una flecha disparada de lejos que, tras un compás de espera, acierta en la diana. Inclino la cabeza a Filocles y se hizo a un lado. Abraham se adelantó.

—No soy griego —dijo—, pero creo que los griegos llevan razón en esto, en que un hombre debe ser juzgado con arreglo a la voluntad de sus camaradas. Porque sus camaradas son los más capacitados para juzgar el crimen. —Abraham se volvió, de modo que se dirigía a los egipcios, que llenaban la mitad del círculo—. Os lo pregunto a todos: ¿quién no ha comido carne robada durante la última semana? ¿Quién no ha hurtado una botella de cerveza de miel? Que ese hombre vote que estos bellacos deben morir. En lo que a mí respecta, no soy hipócrita. Mi amigo os ha dicho por qué perjudicamos a nuestra propia causa cuando robamos, y lleva razón. Yo no volveré a comer un cabrito robado. Pero hasta que el sabor de esa comida robada desaparezca de mis labios, no condenaré a otro a muerte.

Filocles reprimía una sonrisa cuando se adelantó a los abogados.

—Ambos habéis hablado bien.

Miró en torno a él. Quinientos hombres guardaban un silencio casi absoluto.

—Recordad este momento —dijo Filocles a la asamblea—. Este es el momento en que comenzáis a ser soldados. —Miró en derredor con aprobación, y aun así siguieron callados—. Bien, todos coméis cabritos. ¿Cómo debería castigarlos? Ni siquiera su abogado los ha declarado inocentes.

Namastis se puso al frente de los egipcios.

—¿Los dos recibirán el mismo castigo? —preguntó.

Filocles puso los brazos en jarras.

—¿A ti qué te parece? —replicó—. No me hagas enfadar, sacerdote.

Namastis negó con la cabeza.

—Es difícil cambiar las viejas costumbres —dijo—. Si quieres castigarlos a los dos de igual manera —prosiguió—, que acarreen cazuelas con los campesinos hasta que te parezca oportuno devolverlos a la formación.

Los hombres reunidos en la oscuridad dejaron escapar una especie de suspiro.

—¡Joder! —dijo el heleno culpable, un infante del *Jacinto*.

—¡Silencio! —gritó Filocles—. ¿Alguna opinión discrepante?

Hubo otro murmullo, como el del viento en un campo de cebada, pero ningún hombre se pronunció.

Filocles asintió bruscamente.

—Terón, coge a los dos mejores escuderos y que presten el juramento de la falange. Estos hombres llevarán su equipo. Si alguno de vosotros deserta, será condenado a muerte. Servid, y quizá se os rehabilitará. —Filocles levantó la voz—. ¿Estáis de acuerdo, hombres de Alejandría?

La asamblea asintió dando un grito que llenó la noche.

Al octavo día llegaron a Peleosiaco, donde montañas de trigo y cisternas de agua fresca los aguardaban junto a barcazas cargadas de leña y decenas de miles de balas de forraje para la caballería. Doce mil esclavos públicos trabajaban en la preparación del terreno bajo un sol abrasador, levantando plataformas de troncos y arena y material de relleno traído desde el Sinaí e incluso del río. Las murallas tenían cuatro veces la altura de un hombre y las plataformas sustentaban máquinas de Ares capaces de disparar lanzas o rocas a tres estadios de distancia. Al norte estaba el mar, y al sur las mortales marismas, que no ofrecían la menor esperanza a un ejército. Incluso con la brisa del mar, el hedor del limo de la ciénaga se imponía al de los caballos, los camellos y los excrementos de los hombres.

Sátiro marchó con el resto de la falange a un campamento montado con antelación y entregó su equipo a un esclavo para que lo limpiara. Disponían de tiendas. Por descontado, dentro de las tiendas de lino faltaba el aire, hacía un calor sofocante y entraba luz a raudales, pero el alcance de la planificación de Tolomeo resultaba asombrosa. Sátiro apoyó su escudo contra una sección de la muralla y dejó la lanza en un soporte construido para tal fin.

Más tarde, después de una cena cocinada por esclavos públicos con suficiente cordero para saciar a todo el mundo, Sátiro fue a reunirse con sus tíos y los oficiales de éstos: Andrónico, el hipereta de los *hippeis* de exiliados, Crax y Eumenes, que contemplaban el Sinaí y el camino de Gaza.

—No estamos condenados en absoluto —dijo Filocles—. He subestimado a nuestro Granjero.

Diodoro se rio.

—Así tenía que ser. Pero ojo, si los macedonios se hubiesen amotinado, nunca habríamos llegado aquí. ¡Mirad esto! Todos los soldados van a ver las murallas y el campamento, las tiendas, los fosos con estacas... ¡y los almacenes! Y todos ellos dirán lo mismo.

—Tolomeo podría defender esto con esclavos —dijo Filocles—. Con ratones.

—Algo por el estilo —dijo Diodoro. Llevaba vino en una cantimplora, y la ofreció a los demás.

Sátiro estaba intimidado en presencia de tantos veteranos, pero se armó de valor para hablar.

—Bien —dijo—, ¿cuándo entraremos en combate?

Diodoro se rio y dio una palmada en la espalda a Sátiro.

—Eso es lo mejor de todo, chaval. No vamos a combatir. Demetrio quizá sea un niño, pero no es idiota. Echará un vistazo a esto y propondrá un acuerdo. Luego dará media vuelta y se marchará por donde ha venido.

—O sea que nadie vence —dijo Sátiro—. Y Amastris se queda con el traidor.

Diodoro negó con la cabeza, pero Eumenes, que siendo más joven tal vez entendía mejor a Sátiro, intervino.

—No es verdad, Sátiro. En primer lugar, vencemos nosotros. Nuestro objetivo siempre ha sido defender Egipto. Vencemos. Es importante que un soldado entienda este concepto. En segundo lugar —se encogió de hombros—, me consta que no es lo que relata Homero, pero sospecho que ahora mismo los tíos y el padre de Amastris, los demás señores del Euxino y un buen número de otros entrometidos ya están hablando por ella. Y cuando el rubio vea estas murallas y ponga el rabo entre las piernas, bueno...

Eumenes miró a los demás oficiales, y los tres sonrieron.

—Bueno... ¿qué? —preguntó Sátiro, debatiéndose entre el enojo por ser tratado como un niño y la conciencia de que, para aquellos hombres, lo era—. ¿Qué, Eumenes?

—Lo más probable es que proponga un tratado para alimentar a sus hombres —dijo Filocles—. Amastris será parte del precio para comprar ese grano.

Sátiro escupió indignado.

Diodoro flexionó los músculos debajo de su coraza.

—Tengo ganas de quitarme este bronce de encima. Sátiro, comparto tu indignación. Te parece mucho a tu padre cuando te enfadas.

Filocles rodeó los hombros de Sátiro con un brazo.

—Cuando crezca será clavado a Kineas.

—Igual que su hermana —dijo Diodoro, y todos se rieron, incluso Sátiro.

Transcurrió casi una semana antes de que vieran a los primeros exploradores del enemigo, y otra más antes de que Demetrio llegara con su infantería.

La caballería salió del fuerte y hubo refriegas. Los *hippeis* de Tanais regresaron de sus incursiones con prisioneros, mayormente sakje y medos, y Seleuco, el nuevo segundo de Tolomeo, ganó una batalla de caballería en algún lugar del camino a Nabatea. Los piqueros de las falanges no participaron en ninguna de aquellas acciones. Mataban el rato descansando en el campamento. Pero la falange de Egipto hacía instrucción todo el día, a diario. Marchaban arriba y abajo por los caminos, y cargaban a campo abierto y en terreno accidentado, y cavaban en los fosos de las murallas cuando se lo ordenaban, porque Filocles se negaba a dejarlos ociosos.

Trabajaban más duro que nadie, con la salvedad de los esclavos.

Melita los observaba marchar, sentada en la gran muralla levantada sobre el terraplén, con las piernas colgadas para que le diera la brisa, piernas que no llamaban la menor atención en un campamento tan lleno de jóvenes campesinas. Ese pensamiento le hizo sonreír. Bajo sus pies veía desfilar a Jenó, a Sátiro y a los demás muchachos que conocía, como Dionisio, que, con el pelo pegado a la cabeza por un solideo, estaba haciendo un comentario sarcástico a propósito de un compañero de filas. Cantaban el Peán de Apolo para marcar el paso y lo hacían tan bien que la conmovieron.

—¿Bión? ¡Bión!

Un oficial. Encogió las piernas y saltó al camino de grava compactada que utilizaba la guardia.

—¡Filarco! —gritó con su voz más grave.

Idomeneo era cretense, como casi todos los arqueros expertos. Llevaba armadura acolchada y un arco enorme, y Melita sospechaba que aquel mercenario con perilla sabía que era una chica, pero le traía sin cuidado. Melita lo saludó tal como le habían enseñado.

—Presta atención, chaval. Voy a coger a mis cien mejores arqueros. Saldremos con otros tantos jinetes de caballería e intentaremos una emboscada. Es probable que haya algo de botín. ¿Qué me dices?

—Voy a por mi equipo —contestó Melita.

—No corras tanto, potrillo. Al ocazo, en el campamento de los exiliados. — Sonrió—. Son profesionales. No nos dejarán morir, creo.

Melita esperó que su rostro no dejara traslucir su reacción. «Exiliados» era como el ejército de Tolomeo llamaba a los *hippeis* de Tanais que estaban a las órdenes de Diodoro. Su gente, gente que la reconocería.

Demasiado tarde para echarse atrás.

—Allí estaré —dijo.

Melita aceptó las burlas de sus iguales cuando apareció en la parada con pantalones persas comprados a un esclavo. Como la mayoría de ellos, llevaba un gran sombrero de paja, del tamaño de un *aspis*, y la cabeza envuelta en lino para resguardarse del sol. Quedaba muy poco de Melita, la hija de Kineas, a la vista.

Los cien *toxotái* elegidos más que desfilar pasaron a través del campamento. Los buenos arqueros eran especialistas, igual que los artesanos, y no estaban sujetos a la misma disciplina que los hombres de las falanges. De hecho, se reían de los falangitas en cuanto tenían ocasión.

La caballería era harina de otro costal. Los jinetes solían tener cierta distinción social y consideraban inferiores a los soldados de infantería. Melita, siendo hija de los

sakje, participaba de ese desdén, y le resultaba extraño ser objeto de la mordacidad de hombres a quienes conocía cuando mostraban semejante actitud.

—¡Por Plutón, cómo huelen! —dijo Crax, riendo al adelantar al trote a los *toxotái*, llegando a rozar a Melita con su caballo. Se detuvo y se inclinó hacia Idomeneo.

—¿Esto es lo mejor que tienes? ¡Parecen enanos, Ido!

Crax señaló a Melita.

—Ése no puede tener más de doce años.

El capitán de Melita no se enojó. En lugar de eso, señaló a Bión.

—Sal de la formación —dijo—. Encuerda tu arco.

Crax se rio.

—Bueno, al menos es lo bastante fuerte para doblarlo. Oye, eso es un arco sakje, chaval.

Años de práctica permitieron que Melita encordara el arco en un periquete. Sin aguardar una orden, puso una flecha en la cuerda, eligió una diana, una diana de jabalina en la otra punta de la plaza de armas de los Exiliados, a más de medio estadio de distancia, y tiró. La flecha se elevó, se movió un poco, empujada por la brisa vespertina y dio de pleno en la diana, desplazando el escudo de madera.

—Hummm —dijo Diodoro—. Ese chico me resulta familiar, Crax.

Diodoro llevaba una clámide parda sobre una sobria coraza de cuero y dos lanzas en el puño.

Crax se agachó y dio una palmada a Idomeneo.

—Lo retiro todo, cretense. Son los hijos del mismísimo Apolo. ¡Al menos no cansarán a los caballos!

Tras pasar revista, diez de ellos fueron enviados a llenar las cantimploras, tarea que Melita siempre llevaba a cabo dado que era obvio que se contaba entre los más jóvenes. Después formaron con los *hippeis*, y cada arquero fue asignado a un jinete.

Bión fue asignado a un desertor macedonio al que no conocía muy bien, pero justo cuando se disponía a subir a su montura, Carlo llegó trotando a los lomos de su gigantesco caballo de batalla.

—El capitán dice que me lleve al chico —dijo Carlo.

El macedonio se encogió de hombros.

—Es el más ligero. Eso está claro. Aunque no me importa montar sin él. Todos tienen piojos.

Dio la vuelta a su caballo y se dirigió hacia el final de la columna. Carlo subió a Bión a su caballo con una sola mano.

—Agárrate a mi cintura, chaval —dijo.

Carlo olía a sudor masculino y a caballo; no era en absoluto un mal olor, pero...

—Tu tío dice que, si quieres ir con el ejército, deberías ir con nosotros —dijo

Carlo, con toda naturalidad—. Podemos velar por tu vida.

—Eso puedo hacerlo por mí misma. Tengo camaradas a quienes valoro —respondió Melita. Y tuvo claro que la vida en el campamento de los Exiliados no sería tan real como la vida con los *toxotái*. Estaba ganándose una buena reputación como arquera y la comenzaban a tomar en serio, tanto jugando a la taba como incluso en el pugilato. Con los *hippeis*, sería tratada como correspondía a su persona. Miradas paternalistas, manos serviciales y burlas a sus espaldas.

Carlo se encogió de hombros.

—Cada cual debe seguir su camino —aseveró.

La luna brillaba, el desierto estaba vacío y cabalgaban deprisa, a una velocidad que los medos y los sakje hallaban natural, pero que a los griegos les costaba mantener. Cada hombre tenía dos caballos, o incluso tres, y cambiaban de montura regularmente.

Era excitante ir tan deprisa por aquel paisaje bañado de luna y con semejantes compañeros. La sensación de determinación resultaba extraordinaria. Los *hippeis* eran tan silenciosos como las circunstancias exigían, ruidosos cuando se sentían seguros, silenciosos como una necrópolis cuando comenzaban a acercarse al campamento enemigo, y los *toxotái* se contagiaron de su absoluta convicción de que iban a vencer. En el segundo alto para cambiar de montura, Idomeneo le sonrió.

—Algún día me gustaría entrenar a los arqueros así de bien —dijo.

—Llevan juntos veinte años —contestó Bión, y enseguida se dio cuenta de que había cometido un error garrafal—. Al menos eso dice el bárbaro al que me han asignado.

Idomeneo asintió.

—Aun así —susurró.

—¿Habéis terminado de charlar? —preguntó Crax. Ya había montado y tendió una mano al cretense—. Espero que no os estemos obligando a acostaros demasiado tarde. La fiesta está a punto de comenzar.

Nadie se tomó la molestia de explicar el plan a Bión hasta que se detuvieron por última vez, poco después de que la luna se ocultara. Carlo señalaba el suelo.

—¿Qué hago? —preguntó Melita.

La sonrisa de Carlo pareció cadavérica a la luz de la luna.

—Cavar un hoyo y meterte dentro. Los atraeremos hacia vosotros con las primeras luces. Cuando oigas la trompeta, comienza a disparar. —Se encogió de hombros—. El plan no es mío.

Melita saltó de la grupa del elefantino caballo de Carlo y recogió sus cosas. Por supuesto, no tenía pico ni pala. En torno a ella vio que los demás arqueros tenían la misma dificultad.

Hicieron hoyos poco profundos con las manos, y algunos que tenían yelmos los usaron, mientras Idomeneo iba de arriba abajo, renegando y exigiendo que cavaran más deprisa. Cuando los primeros rayos del alba pintaron de rosa el cielo, Melita estaba tendida en la fría arena cubierta con la clámide y unos cuantos hierbajos recogidos apresuradamente. No era un gran camuflaje. A su derecha vio que a otro cretense, Argón, le sobresalía el culo porque era un perezoso y se había negado a cavar más.

«¿Por qué estoy aquí?», se preguntó Melita en la intimidad de su hoyo. Había entrado en calor al cavar, pero ahora la arena lo estaba absorbiendo y tenía frío. Y nada de aquello le parecía que tuviera sentido. La caballería se había marchado.

Sin duda se durmió, pese a todo, porque de pronto había movimiento en torno a ella y el cielo ya era azul. Levantó la cabeza y vio polvo, sintió un batir de cascos de caballo, muchos caballos al galope.

—¡Aguardad la señal! —gritó Idomeneo. Estaba de pie a la sombra de una gran roca—. ¡Encordad los arcos!

Cien capas se removieron y la arena se onduló como el mar mientras los *toxotái* encordaban sus arcos tendidos en el suelo. Incluso en el desierto había demasiada humedad para dejar un arco encordado toda la noche.

Bión tenía la impresión de tener a los caballos encima, pero Idomeneo seguía sin dar la orden y la trompeta no sonaba. El ruido, cada vez más fuerte, era atronador. Y aterrador.

—¡En pie! —gritó el cretense.

Eumenes estaba justo enfrente de ella, a dos largos de caballo, y mientras se levantaba, su caballo pasó entre ella y Argón, con la cabeza vuelta hacia atrás y la capa ondeando al viento.

Melita puso una flecha pesada en su arco al tiempo que reparaba en que había no docenas sino cientos de caballos pero que sólo algunos tenían jinete.

«Han robado una manada de caballos», pensó. La idea le hizo sonreír; se trataba de algo muy propio de los sakje.

Los caballos sin jinete levantaban una nube de polvo bastante densa. Se tapó la boca con el griñón y se caló bien el sombrero de paja para protegerse del sol. Ahora veía casi un estadio, y había dos cuerpos de caballería.

«El enemigo.» Aquello era diferente de cuanto había hecho hasta entonces, muy distinto de luchar contra piratas. Se sorprendió sonriendo como una loca. Miró en derredor; era capaz de dar en el blanco a aquella distancia, pero no sabía si estaba autorizada a disparar.

Tan sólo a medio estadio había cientos de soldados enemigos. Y se aproximaban cabalgando deprisa.

Una pesada flecha cretense salió despedida —Argón, maldito fuera— y voló alto

antes de abatirse como un halcón sin alcanzar a la primera compañía.

—¡Maldito idiota! ¿Quieres cenar estiércol de caballo esta noche, inútil? — Idomeneo no gritó, pero allí estaba—. ¡Aguarda a la trompeta! —Y en voz más baja agregó—: Ares, qué descerebrado.

Los enemigos estaban tan cerca que tenían que ver a los arqueros, pero siguieron avanzando a medio galope, haciendo que la tierra retumbara. Melita temblaba como antes de decirle a su tía Safo que se había acostado con Jenó. ¿Dónde estaba Jenó, por cierto? ¿Y quién había ideado aquel plan?

La trompeta sonó.

Bión tiró sin pensarlo dos veces, y luego observó mientras sacaba otra flecha del carcaj y la cargaba, con el emplumado rojo hacia arriba; levantó el arco, lo tensó al máximo, apuntó cuatro dedos por encima de los jinetes, tiró; tercera flecha...

La primera compañía se deshacía bajo las descargas de flechas. Las dos primeras descargas fueron muy cerradas, y las flechas llovieron desde arriba, dando en los desprotegidos cuartos traseros de los caballos, de modo que las bestias relinchaban y se caían, o se encabritaban y pateaban el aire, bramando su agonía de tal modo que el estómago sakje de Melita se revolvió como nunca lo había hecho ante la muerte de un hombre. El efecto sobre la compañía que tenía delante fue brutal; donde había habido cien jinetes, había una nube de polvo y los gritos de los agonizantes. Nada salió de la nube salvo un jinete solitario y, mientras lo miraba, la tercera descarga de flechas desapareció en la arena levantada, provocando un nuevo coro de gritos.

Las compañías enemigas segunda y tercera no vacilaron. Se dispersaron hacia sendos flancos de los arqueros, habían pasado de perseguidores a hombres desesperados después de tres descargas de flechas. Los hombres que atacaban por el lado de Bión lucían largas barbas y vestimenta persa, montaban buenos caballos y avanzaban deprisa. Su capitán llevaba una cota de malla dorada y la barba teñida con alheña. Bión lo derribó de la silla; un buen tiro incluso a corta distancia, antes de que reaccionara ante la nueva amenaza que se cernía sobre su propio flanco: apretadas filas de los Exiliados que avanzaban desde las dunas de los marjales.

Sin comandante, los jinetes enemigos seguían concentrados en repeler a los arqueros que diezmaban sus filas cuando los Exiliados arremetieron contra sus flancos, anunciados por una descarga a boca de jarro de jabalinas tan pesadas que podían derribar a un caballo.

Aun así, eran hombres resueltos, orientales barbudos que habían crecido combatiendo contra los sakje en la frontera y que identificaban un desastre en cuanto lo veían, y no titubearon. Un grupo se dirigió derecho hacia Melita. La chica asintió al poner otra flecha en la cuerda, con dedos súbitamente torpes por un ataque de miedo mientras una parte de su mente contemplaba la batalla, reflexionando...

El nuevo comandante enemigo sabía que era más seguro atravesar la emboscada

que dar media vuelta. Era un buen comandante.

Iban a alcanzar su posición y ni ella ni nadie podría detenerlos.

Disparó, y no supo si hizo diana o no porque se echó cuerpo a tierra y rodó como una pelota mientras los medos pasaban por encima de ella, blandiendo sus sables. Aquél fue su instante de pavor; cegada y aguardando a ser ensartada contra el suelo como un cerdo en el ágora, pero de pronto ya habían pasado, y Argón daba gritos agudos. Melita miró en derredor y sólo vio polvo. Luego corrió hacia el cretense, que estaba tendido en su hoyo poco profundo con sangre debajo de los codos y la espalda arqueada por el dolor.

Tenía un corte en la garganta; un corte superficial abierto por la punta de una espada meda, y mientras lo miraba Argón se vino abajo, su cuerpo dejó de luchar y la espalda se hundió en el hoyo que él mismo había cavado. Argón volvió la cabeza y la vio. Movié los labios, sin emitir sonido alguno. Melita no llegó a saber qué intentaba decir porque de súbito la derribó un golpe en el costado.

El daño se le extendió por las costillas y el brazo izquierdo, pero no estaba muerta. Tenía el pelo lleno de arena. Escupió y se dispuso a levantarse.

El medo tenía una espada de hoja larga y estrecha como un *akinakes sakje*, y empuñó la jabalina con la que la había golpeado mientras ella se ponía de pie.

Vaciló al ver que llevaba pantalones, y Melita desenvainó la espada antes de que tuviera ocasión de matarla. Ella no vaciló: levantó una mano hacia la jabalina; no consiguió agarrarla, pero aun así arremetió, blandiendo la espada con el impulso de todo su cuerpo. Él levantó el *akinakes* para rechazar el ataque pero el golpe de Melita se deslizó por la hoja y le cortó los dedos y la mano con una fuerza brutal.

El medo se quedó paralizado de terror.

Melita dio otro mandoble, abriéndole un tajo tan profundo en el cuello que la espada se quedó clavada, y el medo se desplomó contra la arena ensangrentada, todavía vivo, alargando los brazos hacia ella. Le agarró un tobillo y Melita le dio una patada, seguida de un puñetazo en la cara mientras la sangre de la herida del cuello los salpicaba a los dos, arrancó la espada de entre los músculos y los huesos y le asestó un mandoble tras otro hasta que el arma le cayó de las manos a causa del agotamiento en la arena a un largo de caballo.

Se arrodilló junto al cuerpo, absolutamente vacía. Al cabo se levantó y recogió sus armas, bebió un poco de agua y se dirigió hacia donde los supervivientes se habían reunido en torno a Idomeneo.

—Argón ha muerto —anunció.

Carlo pasó junto a ella.

—¡No la encuentro! —rugió, y una docena de *hippeis* cabalgaron hacia la bruma de la batalla por donde ella había venido. Los arqueros observaron cansinamente la escena, sin importarles a qué venía tanto alboroto. A Melita tampoco le importaba

demasiado, de modo que caminó por la arena hacia Diodoro.

—Estoy aquí —dijo.

Diodoro bajó la vista hacia ella y su rostro cubierto de polvo endurecido se cuarteó cuando sonrió.

—A veces te pareces a tu padre —comentó.

Señaló a Andrónico, y a una seña suya el galo tocó una compleja llamada de trompeta, y todos los Exiliados comenzaron a reagruparse. Varios de ellos la saludaron con la mano, y Eumenes la señaló diciendo algo a Crax y Carlo, que menearon la cabeza.

Carlo se aproximó.

—¡Me has dado un buen susto, señorita!

Melita desdeñó la mano que le ofreció para montar.

—Ahora toca saquear —dijo—. Y sospecho que habrá caballos para todos, Grandullón. Y como vuelvas a llamarme señorita en público, te destrippo.

Carlo sonrió como si hubiese ganado un concurso, pero su voz sonó áspera:

—¿Con la ayuda de qué ejército, arquera? —le espetó. Y logró disimular su sonrisa.

Melita echó a caminar por la arena y se obligó a sacar anillos de los dedos de los muertos. Había algunas buenas armaduras y un montón de espadas, aunque en realidad no las necesitaba. Pasados los primeros momentos, no soportó los ruidos que emitían los caballos heridos, y la visión de los hombres, en concreto los hombres a los que apreciaba, haciendo caso omiso de quienes agonizaban a sus pies mientras los despojaban de sus pertenencias, le resultó repulsiva. De modo que arrancó una hermosa sudadera de entre los cadáveres de un caballo y un jinete que habían caído juntos, cogió la brida y el bocado del caballo del barbudo teñido de alheña que había abatido ella misma, y se encaminó hacia la manada, alejándose de aquella carnicería. Eligió una bonita yegua, alta y oscura y con las cuatro patas blancas. Le puso los jaeces, le habló para tranquilizar a la yegua, nerviosa por los olores y la situación general, y la montó con su petate y el arco. Y además tenía unos cuantos daricos de oro para impresionar a los chicos cuando regresara al campamento.

Idomeneo la encontró aguardando con su caballo.

—¿No irás a abandonarme por esos centauros, verdad? —preguntó—. No tendría que haberte puesto al final de la línea en tu primer combate, pero tiras más deprisa que casi todos los demás. ¿Lo has pasado mal, chico?

Melita quiso decir algo ingenioso, tal como solía hacerlo su hermano; siempre valiente, siempre con una ocurrencia a punto. Finalmente dijo:

—No he vomitado.

Idomeneo asintió. Tenía los labios tan prietos como debía tenerlos ella.

—¿Has visto caer a Argón?

Melita meneó la cabeza.

—Los medos lo mataron durante la carga. Todos nos hemos echado en la arena, pero su hoyo no le cubría.

Idomeneo asintió otra vez.

—Ayúdame a subirlo a un caballo —dijo el cretense—. Ha estado conmigo cinco años. Lo menos que puedo hacer es darle sepultura.

Recuperaron a todos sus muertos, y Crax y Eumenes construyeron un trofeo con armaduras, que quedó erguido en la arena, un insulto para el ejército de Demetrio, cuyas tiendas apenas eran visibles a diez estadios en el horizonte. Cuando se marcharon, con botín, prisioneros y doscientos caballos nuevos, el trofeo relumbró a sus espaldas bajo el sol hasta que coronaron la cresta del cerro que quedaba al sur de las murallas. Y poco después llegaron a casa.

Demetrio no propuso un tratado. Tras dos semanas observando la impenetrable fortaleza de Peleosiaco, perdiendo combates de caballería y viendo cómo sus planes de conquista se desbarataban, Demetrio levantó el campamento durante la noche, dejando las hogueras encendidas, y se batió en retirada a través del Sinaí, recorriendo ochocientos estadios de la ruta costera.

La mañana siguiente a su desaparición, el ejército de Tolomeo se despertó al son de las trompetas. Desde la portezuela de su tienda, Sátiro vio que en el campamento de al lado la caballería enrollaba sus mantas y metía sus cacharros de bronce en viejas bolsas de lino.

—¡Se marchan! —gritó Sátiro a Abraham, que aún estaba bajo las mantas con Basis, una chica egipcia a la que había adoptado.

Filocles llegó con la armadura ya puesta, llevando su escudo y una lanza.

—Escuderos, preparad el equipaje. Sátiro, asegúrate de que cada hombre llene de comida su panza y su petate.

El joven saludó, pero acto seguido agarró el brazo de su preceptor.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

Filocles sonrió con satisfacción.

—El hijo rubio del Tuerto ha cometido un error, chaval. Y ahora vamos a darle caza nosotros a él.

—No lo entiendo —dijo Sátiro—. Dijiste que no habría batalla.

—Me equivoqué —admitió Filocles—. Si lo alcanzamos antes de que llegue a su depósito de Gaza, no tendrá más remedio que luchar. Nunca imaginé que Tolomeo tuviera huevos. —El espartano hizo una mueca—. No, miento. Igual que Demetrio, había olvidado que Tolomeo tuviera huevos.

Sátiro contemplaba los mil puntitos de fuego que señalaban el ejército de Demetrio, erguido en la arena al oeste de Gaza, en la costa.

—¡Tiene un ejército inmenso! —dijo Dionisio.

Abraham estaba con Jenó, Dionisio y un puñado de amigos y compañeros de filas de ambos. Llevaban suficiente tiempo de campaña para que hubiesen surgido amistades entre helenos y egipcios; suficientes amistades y suficientemente fuertes para que Namastis compartiera el vino con Diocles y Dionisio.

—Creía que no íbamos a entrar en batalla —dijo Abraham con cautela. Ofreció a los demás una jarra de cerveza egipcia verdaderamente mala. Se encontraban a seis

días de las reservas de Peleosiaco, y había escasez de todo.

—Según Filocles, Demetrio habría podido evitar la batalla si dos cosas no hubiesen obrado en su contra —dijo Sátiro, sintiéndose omnisciente. Era el único miembro de la falange que cada noche recibía información directamente del alto mando, lo cual acrecentaba su ya de por sí sólida reputación—. La primera fue Seleuco, que permaneció en su flanco del sur y lo hostilizó, de modo que todos los hombres a los que había perdido en los arenales de Nabatea regresaron para rondarlo. Mis tíos han combatido contra su caballería en tres ocasiones y cada vez han erigido un trofeo.

Sonrió, pensando en lo que Eumenes le había contado sobre uno de esos combates en la arena.

—Caballistas —dijo Dionisio, aunque sin su mordacidad habitual.

Jeno bebió un trago de cerveza, escupió e hizo grandes aspavientos de repugnancia por su sabor.

—Ares, preferiría beber agua —dijo—. Escuchad, reíos de los caballistas cuanto gustéis, amigos. Tendréis suerte de tenerlos a vuestro lado cuando llegue el momento de luchar.

—¡Habló el veterano! —se burló Abraham. Pero sonrió, y Jeno le correspondió.

Sátiro, que tenía un montón de información que dar, trató de ser paciente mientras aguardó que se callaran.

—¡Escuchadme! —dijo—. Filocles dice que lo peor de todo es su orgullo. Tanto así, que cuando los consejeros de su padre le dijeron que cogiera los elefantes y a lo más granado de su infantería y que corriera a su depósito, se negó.

—Está cerca —señaló Dionisio. Bebió su trago de cerveza e hizo una mueca—. Ares y Afrodita, ¡esto son meados de caballo! ¡Eh, que lo digo en serio!

—Será que los has probado —intervino Jeno, y se rio a carcajadas. Rara vez tenía ocasión de lanzarle una pulla a Dionisio.

—Prueba esto, entonces —dijo una voz grave, y Sátiro se encontró con un odre de vino en la mano. Al volverse se topó con los ojos de su hermana; Bión, se recordó a sí mismo. Le dio un abrazo.

—¿Quién es éste? —preguntó Dionisio—. ¡Por el conejo insaciable de Afrodita, Sátiro se ha agenciado un chico! ¡Un chico con pantalones de bárbaro! Sátiro, ¿cómo has podido hacerme esto?

Hubo un breve silencio y, de pronto, Abraham se dio palmadas en los muslos, riendo a carcajadas, y lo mismo hicieron los demás jóvenes reunidos en torno a la fogata; incluso Namastis, por lo general tan poco expansivo, tuvo que agarrarse la barriga. Jeno, Sátiro y Bión permanecieron callados mientras media docena de muchachos se desternillaban de risa. Dionisio llegó a caerse al suelo.

—¡Tu cara! —consiguió pronunciar—. ¡Tu...!

Abraham se acercó a trompicones a Sátiro y le puso una mano en el brazo.

—Dioses, pareceis dispuesto a matarnos a todos. Sólo ha sido una broma, amigo.

—Desvió los ojos hacia Bión y, con un susurro teatral, dijo—: Lo sabemos.

Y procuró controlar el ataque de risa.

Sátiro se dio cuenta de que estaba sonriendo, igual que Jenó. Al cabo de un momento, Bión también sonrió.

—Que os den —dijo con su voz grave.

—No te vayas enfadada —rogó Dionisio—. Y si te vas, al menos deja el vino.

Eso dio pie a otro ataque de risa, hasta que unas voces les ordenaron que se callaran.

Medio odre de vino más tarde, Dionisio declamó su himno a los pechos de un desconocido avatar de Afrodita. Bión bebió vino con indiferencia, y cuando Dionisio se acostó sobre su clámide, encontró una serpiente; inofensiva, le aseguró Bión tras unos instantes de angustia.

Filocles y Terón acudieron a beber lo que quedaba de vino. Terón miró detenidamente a Bión, pero no dijo nada. Filocles sacó su copa espartana y la llenó.

—¿Quién de vosotros ha vertido una libación? —preguntó.

Eso los acalló a todos.

—Menudo atajo de reclutas desagradecidos que sois. Los hombres más alborotadores del campamento, ¿y ninguna libación? —Derramó la mitad de su copa en la arena—. Ofrezco este vino a todos los dioses, pero sobre todo a Atenea, la de los ojos grises, para que nos guarde, y a ese dios que los hombres casi nunca mencionan: gentil Hades, llévate sólo a los viejos y deja que los jóvenes disfruten de su juventud.

—Qué brindis tan agorero, *strategos* —comentó Dionisio.

Filocles negó con la cabeza.

—Mañana morirán hombres. Hombres a quienes conocéis. Tal vez muráis vosotros mismos. La falta de sueño podría dejaros tan muertos como una flecha enemiga, chavales. Dudo que os encontréis mal después de repartiros un odre de vino, pero creo que ya va siendo hora de que os acostéis.

—Aun así —dijo Terón, después de beber su sorbo de vino—, la noche previa a un combate prefiero oír a mi primera fila partiéndose de risa que meándose en su cerveza.

Filocles sonrió.

—¿Alguien tiene miedo?

Sátiro esbozó una sonrisa, y un silencio nervioso acogió la pregunta de Filocles, que se echó a reír.

—Sois una panda de mentirosos —dijo Filocles—. ¡Pero también unos valientes!

Terón rodeó los hombros del espartano con un brazo.

—¿Sabes una cosa, Sátiro? Éste será mi primer combate en una falange. Tengo tanto miedo que no puedo dormir.

Alzó su copa. Filocles se la cogió y la apuró.

—Este será mi undécimo combate en una falange en un campo grande. —Miró a los muchachos, que a su vez lo miraban a él, la viva imagen del guerrero—. Tengo tanto miedo como cualquiera de vosotros; más, porque sé a qué me enfrentaré mañana. Pero escuchad, ahora nada de filosofía, chavales, sólo cuenta el bronce, como decimos en Esparta. Mantened vuestra posición en la formación, atravesad su línea de picas tan rápido como podáis y todo irá bien. Somos bastante buenos, realmente. Mañana veréis lo buenos que somos.

—¿Venceremos, Filocles? —preguntó Dionisio.

Filocles se rascó la cabeza como un granjero.

—No lo sé, chico. Deberíamos perder. Tolomeo está corriendo un riesgo muy grande. En su ejército todavía hay hombres, macedonios, que quieren que perdamos. De modo que los griegos y los egipcios tenemos que luchar con más brío del normal. ¿Lo entendéis? Y ahora, a dormir.

Y le obedecieron.

Parte VII

La contienda

312 a. C

Estratocles tenía un montón de tiempo para estar furioso consigo mismo.

Lo peor de todo era que se había equivocado. Él, el gran filósofo político, había apostado por el caballo equivocado en la misma medida en que Demóstenes lo había hecho con Alejandro. No era que Demetrio *el Rubio* fuese incompetente. Era despiadado y tenía una inteligencia brillante, y su voluntad era firme. Simplemente era demasiado joven e inflexible para estar al mando de un ejército. Sus propias brillantez y belleza nublaban su juicio. Se consideraba hijo de los dioses y se comportaba como tal. Y no cambiaba de opinión aunque los acontecimientos demostraran que iba errando.

Estratocles contemplaba el fracaso de la estrategia del niño dorado, negando con la cabeza en silencio. No necesitaba espías para saber hasta qué punto estaba perdiendo la guerra de incursiones su caballería: veía a los heridos, las sillas vacías, la indignación de los nobles medos y saka.

Por otra parte, sus redes de informadores y mensajeros puntualmente pagados trabajaban sin cesar, y Estratocles recibía no menos de dos informes diarios sobre la traición de los macedonios de Tolomeo. Los Compañeros de Infantería, la élite del ejército de Tolomeo, cambiaría de bando en cuanto comenzara el combate. El trato estaba sellado. Cuando cambiaran de bando, todos los macedonios del campo sabrían quién sería el vencedor, y el niño dorado debería su trono a un astuto ateniense y a sus redes de informadores.

—Si fuese luchador —comentó Estratocles a la que antaño fuere la víctima de su secuestro—, Demetrio estaría en el borde de la arena, con un pie en la línea, perdiendo por dos asaltos a uno.

—Hummm —dijo Amastris—. ¿Por qué me trajiste aquí?

—Tenía al chico y a su padre en más alta estima de la que merecen —contestó Estratocles. Habiendo iniciado una senda de escrupulosa sinceridad, no se desvió—. Cabría decir que me equivoqué.

Amastris asintió.

—¿Excepto?

Estratocles abrió las palmas de las manos.

—Ay, *despoina*, hay cosas que ni siquiera tú estás en condiciones de oír todavía. Tienes otras lealtades. Digamos que tengo los medios para salvar al niño dorado de su

propia locura.

—Y así lograr que esté más en deuda contigo de cuanto lo hubiese estado de haber sido tan competente como te imaginabas.

Amastris se acomodó en sus cojines y le sonrió. No tenía ningún reparo en mirarlo a la cara.

—Eres una alumna aventajada —dijo Estratocles, y Amastris sonrió radiante ante semejante cumplido.

Estratocles siempre había concebido sus planes en capas, de modo que cuando una capa fallaba, tenía otra de reserva; a veces dos o tres. Miró a su nueva alumna del arte de gobernar, y pensó cariñosamente en su nueva reserva.

En el palacio de campaña de Demetrio, un complejo de tiendas tan grande como el de Jaxartes capturado en Atenas, tenía a un joven rehén. Un chico guapo y ceñudo que sostenía tener por padre al mismísimo Alejandro. Heracles.

En Macedonia, Heracles era un rumor. Ahora que Estratocles lo había visto con sus propios ojos, costaba resistirse a conspirar. Le costaba no imaginar lo que podría conseguir para Atenas, para el mundo, teniendo como tenía al heredero de Alejandro y a aquella brillante chica.

La volvió a mirar y supo que no era para él. Como tampoco la satrapía de Frigia. De pronto le parecía una ambición limitada, una vida desperdiciada. Él no necesitaba ser el señor de una rica provincia. En cambio, podría ocupar un lugar detrás del trono de la tierra como consejero de confianza, y convertirse así en las manos, las sutiles manos, que llevarían las riendas del estado. Atenas sería la ciudad más rica del mundo, y a él le erigirían una estatua de bronce en la Acrópolis.

—¿Has visto al joven que hace llamarse Heracles? —preguntó a su estudiante.

Amastris se permitió sonreír.

—Sí.

—Es el hijo de Alejandro. Es fácil que se convierta en el jugador más importante de este tablero —dijo Estratocles, mesándose la barba.

—Es más joven que mi Sátiro, y la única experiencia que tiene es la de ser un rehén.

Amastris hizo una seña para que le sirvieran vino.

—Su experiencia no es la cuestión —respondió Estratocles—. La cuestión es su sangre.

—¡Ah! —contestó Amastris.

—Un hijo vuestro, el nieto de Alejandro, podría garantizar el futuro de Heráclea para siempre —dijo Estratocles con cautela.

Amastris no se ruborizó, sino que sonrió con recato y meneó la cabeza.

—O convertir a mi ciudad en el objetivo de cualquier aventurero que tenga un ejército —dijo—. Y con ella, a mi hijo y a mí.

—¡Ah! —respondió Estratocles y ambos se echaron a reír.

Sin embargo, Estratocles hizo llamar a Lucio y le dio una serie de instrucciones muy precisas.

De modo que, si bien Estratocles tenía un montón de tiempo para estar furioso consigo mismo, no lo estaba. Estaba demasiado entretenido conspirando.

Sátiro se levantó con las primeras luces, sintiéndose como si no hubiese dormido en absoluto, picado de insectos y con la cadera dolorida de dormir en el suelo. Tenía un nudo en el estómago, y cada vez que miraba hacia Gaza a través del arenal, se le revolvían las tripas.

Fue al otro lado de la empalizada de los caballos a hacer sus necesidades, pero de poco le sirvió. Antes de que el sol hubiese subido un palmo más en el cielo, las tripas volvieron a revolverse y se sintió como si tuviera las mismas cagaderas que todos habían tenido cuando acamparon en el Nilo. Si se quedaba quieto, temblaba.

Al cabo de un rato, echó a correr. No fue una decisión consciente, simplemente tiró el quitón encima de su petate y se puso a correr, desnudo salvo por las sandalias. Corrió un estadio, y luego otro, a lo largo de las «calles» donde los hombres estaban tumbados en filas, unos despiertos, enfrentándose al alba, y otros roncando dichosos o agotados. Corrió hasta rebasar a los centinelas del oeste, donde el camino conducía a Egipto. Y luego dio media vuelta y regresó, sin dejar de correr. Sin molestar a Basis y Abraham, usó piedra pómez para pulir las escamas de su coraza, y luego frotó la plata de su yelmo con una gamuza hasta que brilló como la luna.

Igual que miles de otros hombres, bajó a la playa y nadó en el fresco amanecer. A lo largo de la orilla en dirección a Gaza, se veía a un sinfín de hombres llevando a cabo el mismo ritual.

Regresó junto a su petate y sacó su mejor *kitoniskos* rojo, y luego se puso la armadura; toda ella, incluso las canilleras, que hasta entonces sólo había usado en desfiles. Finalmente hizo la ronda de la falange de Egipto, sintiéndose vacío, y se aseguró de que todos los hombres comieran un buen desayuno.

Melita se despertó al alba. Había dormido con Jenó y en cierto modo lo lamentaba; no el acto en sí mismo, sino el haberse dejado vencer. Le dolía lo trillado del sexo antes de la batalla. Jenó iba a enfrentarse al combate con mil amigos más, y estaba asustado. Melita lo entendía. También ella estaba asustada.

Melita y su división se enfrentarían a los elefantes.

Arqueros, piqueros, todos los *peltastai* estaban en la arena, cavando fosos y clavando estacas en el fondo. El mayor miedo de Tolomeo eran los elefantes de Demetrio; cincuenta monstruos, mientras que Tolomeo no tenía ni uno. De modo que las compañías ligeras salieron al amanecer, cada una asistida por un puñado de esclavos, y cavaron. Esta vez tenían herramientas. Tolomeo preparaba con esmero las

acciones de ese calibre.

Melita cavaba y cavaba. Pensaba en Argón y su hoyo poco profundo, y seguía cavando.

Estaba bañada en sudor cuando los esclavos trajeron la comida, y salió de su foso y comió, sorbiendo agua fresca de una jarra de barro para luego despachar una ración de sopa de cordero tan deprisa que la cebada le salpicó el quitón. Lamentaba cada instante que había pasado despierta la noche anterior, pero descubrió, cuando al salir el sol el mundo cambió de color, que no debía preocuparse de si estaba embarazada.

Eso quedaba relegado para el futuro.

Aquel día, bastante tenía con los elefantes.

Ambos ejércitos comenzaron por lanzar nubes de hostigadores. Demetrio, que tenía toda Asia en el bolsillo trasero de su padre, sacó varios miles de campesinos con jabalinas y algunas hondas y arcos.

Sátiro los observaba. Tenía el escudo en el pie y la lanza en la mano, pero casi todos sus compañeros de fila todavía estaban poniéndose la armadura o terminándose un cuenco de sopa. Rafik aguardaba junto a Filocles al frente de la formación, con la trompeta todavía en la cadera.

La comida no estaba ayudando. Sátiro tenía la impresión de que si se tiraba un pedo, el desayuno le chorrearía por las piernas con el poco coraje que le quedaba. Apretó los dientes.

Abraham se acercó, dejó su escudo en el suelo y levantó un brazo.

—¿Me abrochas la coraza? —pidió.

—Claro —dijo Sátiro—. ¿Dónde está Basis?

—Rezando —contestó Abraham.

Sátiro terminó de abrochar las correas.

—¿Me sostienes la lanza? —preguntó—. Tengo que ir a mear otra vez.

Salió corriendo de la formación y regresó enseguida, todavía con la sensación de que se le aflojarían las tripas, recogió el escudo, Abraham le dio la lanza e intentó erguirse.

Rafik tocó la trompeta. Sátiro sintió que le flaqueaban las piernas. Se preguntó cómo debían de sentirse los hombres condenados a muerte. Odiaba ser débil, pero la debilidad era bien real.

—¡Sacerdotes! —llamó Filocles.

Uno tras otro, los sacerdotes castrenses acudieron al frente de la formación. A lo largo de todas las líneas, los hombres ofrecieron sacrificios y cien animales murieron.

Sátiro se sorprendió al ver, a través de la niebla de su miedo, que la falange de Egipto estaba al lado de los Compañeros de Infantería. Los macedonios se encontraban tan sólo unos pasos a la derecha de su columna, silenciosos salvo por

alguna que otra orden. Los hombres tenían la armadura puesta, pero sus sarisas las llevaban sirvientes.

Su sacerdote degolló una vaquilla.

En el arenal que se abría delante de ellos, los hombres morían; piqueros, arqueros y hombres desnudos que arrojaban piedras, a cuatro estadios de los sacerdotes. La batalla había comenzado.

Las compañías ligeras enemigas eran terribles; como esclavos azuzados con un látigo. De hecho, según decía saber Melita, así era cómo las hacían avanzar: a golpe de látigo. Todos los *toxotái* de Idomeneo estaban juntos, con mejores armaduras que antes de la emboscada, desplegados a intervalos de dos pasos, ocupando varios cientos de pasos de terreno. Los *peltastai* egipcios, con escudos pequeños y jabalinas pesadas, avanzaban a través de ellos para enfrentarse a las hordas de campesinos de Demetrio, y la lucha no duró mucho antes de que los campesinos huyeran.

Idomeneo se acercó y le ofreció una manzana. Melita le sonrió al aceptarla.

—Me encantan las manzanas —dijo.

Otro grupo de *psiloi* surgió del polvo que se estaba levantando y arrojó piedras a los *peltastai*, que cargaron contra ellos y los ahuyentaron, aunque esta vez algunos *peltastai* cayeron al suelo, desangrándose en la arena.

Melita notó que la tierra retumbaba bajo sus pies antes de verlos. Eran inmensos. Demasiado grandes para ser reales. Avanzaban con un paso distinto al de los caballos y eran lentos, pero estaban viniendo.

Delante de ellos apareció una nueva oleada de *psiloi*, hombres con armadura ligera y pequeños escudos redondos que parecían tener cierto espíritu.

—¡Manteneos firmes! —chilló el oficial egipcio. Su voz no resultó muy tranquilizadora.

Melita se terminó la manzana, tiró el corazón al suelo y lo tapó con arena sin pensar.

—Me parece que nos toca pronto —dijo Idomeneo—. Suerte, Bión. Apunta bien.

—Lo mismo te digo, amigo —contestó Melita. Y se puso a encordar el arco.

Sátiro veía las compañías ligeras hasta donde le alcanzaba la vista: varios miles de hombres. Su avance levantaba una cortina de polvo, pero no era nada comparada con la polvareda que habría más tarde, y mucho menos con la que había habido en Gabiene. El mero recuerdo del combate en las llanuras de sal le hizo beber un sorbo de la cantimplora.

—El ejército va a avanzar derecho —gritó Filocles—. Preparaos.

Por el momento, no iban a marchar. Cuando sonó la trompeta, los hombres

levantaron sus escudos y caminaron penosamente en orden abierto, con los sirvientes acarreando cantimploras y comida; algunos hombres de otros *taxeis* todavía obligaban a sus sirvientes a llevar sus escudos. El avance produjo un ruido atronador y el suelo retumbaba mientras dieciséis mil piqueros, sus sirvientes y sus escuderos, casi treinta mil hombres en total, caminaban hacia delante. Los polemarcas y los filarcos observaban con atención, y los hombres situados en los flancos de las formaciones se gritaban unos a otros porque, en aquel punto, aglomerarse o desperdigarse podía afectar al orden de toda la formación.

Sátiro vio unas jorobas que avanzaban hacia él. «Elefantes.» Tropezó y se obligó a mantenerse erguido. «Ares. Ares, dios de la guerra, no me permitas ser cobarde.»

Curiosamente, los elefantes surtieron un efecto tranquilizador en Sátiro, sobre todo porque sabía que su hermana tenía que enfrentarse a ellos y deseaba que estuviera a salvo. Pensar en otras personas proporcionaba un extraño alivio del miedo, pero era real, como si el miedo fuese algo egoísta.

«¡Ajá!»

Sátiro sonrió. Se volvió y miró los pálidos rostros de sus compañeros. Filocles seguía al frente de la falange, lo mismo que Terón en el flanco opuesto.

—¡Guardad las distancias, Egipto! —gritó Sátiro. Se obligó a sonreír a la primera fila—. ¡Sólo son elefantes, caballeros!

Cincuenta pasos más adelante, y luego cien, y luego otros cien. Los elefantes estaban a dos estadios, menos, y Sátiro notaba su avance. En un instante, las grandes criaturas marrones y grises estarían entre los hostigadores tolemaicos, y su hermana se enfrentaría a los monstruos.

Las trompetas tocaron al alto.

—¡Rompan filas los escuderos! —ordenó Filocles.

«Ha llegado la hora.»

Abraham se le echó encima, con escudo y todo, y se abrazaron. Sátiro alargó el brazo más allá de Abraham para chocar las palmas con Dionisio y con Jenó. Jenó le retuvo la mano.

—Lo siento —dijo. Detrás de él, su chico sonrió con timidez y se volvió para salir de la formación.

Sátiro sonrió y lo abrazó.

—¡Dímelo después! —dijo, y su sonrisa no fue fingida.

En torno a ellos, los sirvientes rompían filas y los soldados se daban fuertes apretones de manos. Sátiro recibió flojos apretones de Diocles y de Namastis, un beso de Dionisio, y la formación estuvo lista.

—¡Medias filas al frente! —ordenó Filocles.

Se oyó dar la misma orden a los Compañeros de Infantería, que estaban justo a su derecha.

Namastis condujo su media fila adelante para llenar el hueco que habían dejado los escuderos. Ahora la falange era de ocho en fondo, pero en un orden mucho más cerrado. Detrás de Sátiro, Diocles y el resto de su fila para formar en orden cerrado de batalla.

Sátiro vio que Panion, el comandante de los Compañeros de Infantería, se dirigía a grandes zancadas hacia Filocles. Su cuerpo revelaba ira.

—¡Estás aglomerando mis filas con tus putos esclavos! —dijo Panion—. Vuelve a doblar tus filas y dame más espacio.

—Tus hombres se habrán desviado durante el avance —respondió Filocles—. Nosotros estamos alineados con los Escudos Blancos a nuestra izquierda. —Se encogió de hombros—. Abríos hacia la derecha.

Panion escupió.

—Ya estoy harto de ti, griego. Tú y tu cuerpo de mozos de equipaje no pintáis nada en la formación. Advertí a Tolomeo que nos haríais perder la batalla. Ahora estáis en mi flanco. ¿Y sabes qué? ¡Tú y tu jauría de perros sois unos cobardes!

—Vuelve a tu *taxeis* —dijo Filocles—. Estamos en el mismo ejército. Yo no cuestiono vuestra valentía, ten la cortesía de hacer lo mismo.

—¡Mira quién fue a hablar! —Panion se volvió de cara a la falange de Egipto—. ¡La mayoría de vosotros morirá en esta batalla! ¡No tenéis por qué estar en la línea de combate! Vuestro supuesto polemarca exigió que combatirais. ¡Huid a casa, egipcios!

La falange de Egipto se removió. Panion rio desdeñosamente.

—Perros haciéndose pasar por hombres —bufó.

—Vuélvete hacia mí —exigió Filocles.

Panion obedeció.

—¡Escuchad, macedonios! —rugió Filocles, y su voz se oyó a un estadio—. Soy un hombre de Esparta. Cuando carguemos contra el enemigo, ya veremos quién se arredra. Ningún hombre de mi formación tiene un amigo al otro lado de las líneas, macedonios. Nadie se apiadará de ninguno de mis hombres. —Caminó hasta Panion, a quien sacaba un pie y medio de estatura—. ¡Compañeros de Infantería! Vuestro oficial está comprado y pagado por el enemigo.

Filocles se apartó la clámide de los hombros.

—Mientes... —comenzó Panion, y levantó su lanza.

—¡Que los dioses decidan quién miente! —rugió el espartano.

Panion golpeó, pero el brazo de Filocles se movió rápido como un rayo y su lanza dio un mazazo al yelmo de Panion, tirándolo al suelo.

Filocles se rio.

Sátiro estaba a un brazo de distancia de la columna de macedonios más próxima. Estaban sumamente irritados.

—¡Macedonios! —se oyó gritar detrás de Sátiro. Al volverse vio a Tolomeo y Seleuco a caballo, con brillantes armaduras y rodeados de *hetairoi*—. ¡Macedonios! El enemigo es Demetrio, a quien no tardaremos en destruir. El enemigo no está a vuestro lado en la formación. El próximo hombre que hable contra otro será considerado traidor. Queda advertido.

Bajó la vista hacia Panion, que se estaba levantando del suelo.

—Cabrón... —dijo Panion, añadiendo algo ininteligible.

—Demuestra que la acusación carece de fundamento en el campo —dijo el señor de Egipto. Señaló al comandante de sus Compañeros—. Yo mismo —dijo, lo bastante alto para que lo oyeran las primeras filas de ambos *taxeis*—, yo mismo pienso que seguramente eres un traidor, Panion. Muere con honor y me encargaré de tu viuda. Intenta jugármela y lanzaré a mis mercenarios contra tu flanco desprotegido para que os maten a todos tanto si venzo como si no.

El señor de Egipto saludó con el brazo en alto al sinfín de filas de los Exiliados de Diodoro, que estaban formados con sus caballos en el flanco de los Compañeros de Infantería.

Cuando el señor de Egipto saludó, la mayoría de los hombres lo vitorearon, no así los Compañeros de Infantería, y Filocles se plantó delante de ellos. Tolomeo dio un apretón de manos a Filocles y se marchó, dejando a Panion en la arena.

Detrás de él, los elefantes se acercaban a los *toxotái*.

—Hombres de Alejandría —dijo Filocles. Hizo una pausa, e incluso los hombres de Panion se callaron—. Ayer, o hace dos semanas, o hace un año, erais hombres distintos. Llevabais una vida diferente. Algunos de vosotros sois hombres ricos, y algunos sois pobres. Algunos de vosotros robabais, y otros bebíais vino. En algún lugar de esta formación hay un hombre que mataba por dinero. Otro acarreaba ladrillos. Algunos sois griegos, y algunos sois egipcios. Algunos sois incluso macedonios.

Hizo una pausa y los hombres se rieron.

—Hoy, a nadie le importa cómo vivíais. Lo único que los hombres dirán de vosotros será cómo luchasteis aquí, y cómo moristeis. ¿Estáis endeudados? ¿Desesperados? ¿Los dioses os odian? —Su voz llenó el aire, como si un dios les estuviera hablando; la voz de Ares bajado a la tierra—. No cedáis terreno hoy, y morid si es preciso, y lo único que los hombres dirán siempre de vosotros será que servisteis a la ciudad. Os iréis con los héroes; vuestro nombre adornará un santuario. Sed mejores de lo que erais. Servid a la ciudad. Manteneos firmes en la formación y arremeted cuando os llame. Recordad que no habrá piedad que valga en manos de los hombres del otro lado de la arena. A nadie le será perdonada la vida.

Levantó la lanza por encima de la cabeza.

—Cuando os llame, cada hombre debe dar un paso al frente. ¿Entendido?

—¡Sí! —rugieron.

—¡Recordadlo todos! Lo único que existe es este día y esta hora. Demostrad a los dioses quiénes sois en realidad.

Bajó la lanza y ocupó su sitio en la formación, al tiempo que se ponía el yelmo y se abrochaba las carrilleras.

—Hoy te has apartado de tu filosofía habitual —dijo Sátiro a su preceptor.

Filocles se irguió.

—La sabiduría tiene un aspecto distinto desde la primera fila —dijo a Sátiro, con una sonrisa que asomó bajo las carrilleras—. ¡Listos para marchar! —rugió.

Los *peltastai* egipcios resistieron más tiempo de lo que Melita había esperado. Justo delante de su foso, cerraron filas y repelieron el ataque de los *psiloi* enemigos, obligándolos a retroceder con sus escudos de bronce a través de sus elefantes. Luego perdieron el valor y se replegaron, y sus oficiales no pudieron retenerlos después de que un elefante ensartara a un hombre en sus colmillos afilados como espadas. El animal sacudió al soldado agonizante y lo partió por la mitad.

Los *peltastai* corrieron medio estadio en retirada. Melita dejó de observarlos. Tenía objetivos.

Tiró una docena de flechas a los elefantes que iban en cabeza antes de darse cuenta de que el esfuerzo era en balde. El elefante líder tenía tantas saetas clavadas en los lomos que parecía que le hubiesen salido unas plumas esmirriadas, pero la bestia seguía avanzando tan tranquila, aún zarandeando los restos del *peltastes* con las espadas gemelas que le rodeaban la boca.

A los demás arqueros no les iba mejor.

—Estamos jodidos —masculló Melita, disparando en balde otra vez.

Las flechas habían ahuyentado a los *psiloi* enemigos, de modo que los monstruos avanzaban a grandes zancadas por el campo en una larga línea sin cobertura de infantería, aunque eso parecía ser un contratiempo menor, dado que la línea caminaba lenta y pesadamente por la arena hacia su foso.

«Si atraviesan nuestras posiciones, van derechos contra la falange —pensó—. Y perdemos.»

A su lado, un par de arqueros griegos se gritaban mientras tiraban flechas altas.

—Han de tener piel más blanda en alguna parte —gritó Laertes, el mayor de los *toxotái*.

Las bestias estaban tan cerca que los arqueros podían apuntar a partes más blandas, también lo bastante cerca para considerar la posibilidad de huir. Melita tensó el arco y disparó, constatando que su lengüeta de bronce rebotaba contra la cabeza del elefante líder.

Por primera vez se dio cuenta de que había hombres a lomos de los gigantes. Sin

pensarlo dos veces, tiró contra uno; el alcance era tan sólo de unos pocos largos de caballo, y aquélla fue la primera de quince flechas que abatió a un enemigo, a quien Melita vio caer al suelo agarrándose la axila.

Pensó en los elefantes que había en el ejército de Eumenes *el Cardio*, y en el *mahout* que les dijo que sólo eran peligrosos mientras llevaban hombres encima.

La elefanta líder volvió la cabeza, como si tuviera curiosidad por ver qué había sucedido.

Melita disparó dos flechas más deprisa que nunca en su vida, la primera falló; pasó justo por encima de la bestia, que estaba tan cerca que Melita tenía que apuntar hacia arriba. La segunda alcanzó al otro lancero que iba a lomos del animal, clavándose en su escudo pero, al parecer, sin hacerle ningún daño.

Miró en derredor y constató que los *toxotái* huían en desbandada. Ella era el último arquero que seguía disparando. Dio media vuelta y echó a correr a su vez.

Sátiro se caló el yelmo y abrochó la correa de la barbera con una sola mano mientras marchaban. Los flautistas marcaban el paso, y Sátiro miró a derecha e izquierda y con el corazón henchido por lo que veía. Hasta donde alcanzaba la vista, sus filas avanzaban. El centro iba más lento, y la masa de la falange se curvaba, pero constató que la línea de su propia falange, todo el ejército de Egipto, era más larga que la línea enemiga.

A su derecha, la caballería avanzaba. A su izquierda, a menos de un estadio, Sátiro vio a Diodoro montado en su caballo de batalla al frente de los Exiliados. Parecía estar comiendo una salchicha. Justo enfrente de él, los elefantes habían roto las líneas de los *peltastai* y los *toxotái*. Se le encogió el estómago, los músculos del pecho le temblaban y tuvo que hacer un esfuerzo para erguirse. «Elefantes.»

Melita corrió veinte pasos y se detuvo, en parte porque vio a Idomeneo cargando una flecha, y en parte porque quería ver qué ocurriría cuando los elefantes llegaran a los fosos.

—¡Dejad de correr! —gritó Idomeneo—. ¡No hay adónde ir!

Disparó. A cuarenta pasos la elefanta que iba en cabeza se estremeció cuando las patas delanteras le resbalaron, hundiéndose en el suelo. En un instante cayó de cabeza al foso, la defensa de bronce que le protegía la testuz aplastó la estaca, de modo que no sufrió daño alguno. Barritó, se impulsó con los cuartos traseros y salió del foso, sacudiendo la cabeza.

Poco profundo. Melita disparó. La flecha se clavó en una de las patas de la elefanta.

Pero algo le ocurría a la bestia, porque se detuvo. Giró la cabeza, mirando a

derecha e izquierda, mientras le llovían saetas. Su serpentina trompa palpó la figura tendida bocabajo del hombre que había salido despedido de su cabeza al caer en el foso; no reaccionó. Melita casi sintió lástima al ver a la enorme bestia intentando mover a su jinete.

Su jinete. Su *mahout*.

—¡Tirad a los *mahouts*! —gritó Melita. Se le quebró la voz; fue el grito más femenino del campo, pero se hacía oír y no le importó—. ¡Tirad a los *mahouts*!

Idomeneo se hizo eco de su llamada.

—¡*Mahouts*! —gritó, al tiempo que tiraba con su enorme arco una flecha de un dedo de grosor contra el *mahout* del elefante siguiente.

El hombre levantó las manos de golpe y cayó para atrás, y la bestia, sin jinete, se detuvo.

—¡Preparaos! —rugió Filocles a su lado.

Sátiro apretó el culo; las tripas se le revolvían una y otra vez. En tres ocasiones había logrado apartar el miedo, pero cada vez volvía a acometerlo.

«Elefantes.»

Miró la primera fila, que se estaba doblando porque los Compañeros de Infantería se rezagaban.

—¡Alinead, filarcos! —gritó. En realidad eso era trabajo de Filocles, pero él estaba pendiente de las trompetas y de la batalla que tenían delante—. ¡Terón! —Terón estaba a unos cien pasos de Sátiro, una distancia enorme en el campo de batalla—. ¡Terón! ¡Al frente! —gritó, y otras voces repitieron la orden; la primera fila se movió, y allí estaba Terón, agitando su lanza y avanzando con la tropa. Las filas siguientes bregaban para no rezagarse. Un lancero cayó al suelo, y la compañía entera se abrió mientras alguien daba un alarido.

—¡Cerrad filas! —bramó Filocles.

Sátiro apartó la vista del desorden de las filas intermedias; se estaba desviando a la izquierda por tener vuelta la cabeza.

—¡Guarda las distancias! —gruñó Namastis. Una reprimenda merecida.

Y entonces, pese a la limitada visión que ofrecía su yelmo cerrado, vio que los elefantes se habían detenido.

—¡Mira! —dijo a Namastis—. ¡Mira!

Los monstruos estaban en la línea de fosos. Casi la mitad consiguió atravesarla sin tocar los obstáculos, pero no habían aprovechado ese éxito; tenían una curiosa moral, y cuando los arqueros comenzaron a abatir a los *mahouts* que los conducían, la carga de los elefantes se fue al garete.

Idomeneo fue el primer hombre en echarse a correr adelante y Melita lo amó por ello. Sin el apoyo de sus *psiloi*, los elefantes eran vulnerables, una vez detenidos. Los arqueros corrieron entre ellos en formación abierta y se pusieron a masacrar a los soldados que transportaban las bestias. No fue siquiera una lucha; los hombres que iban a lomos de los elefantes no podían repeler los cientos de saetas disparadas contra ellos, y algunos intentaron incluso rendirse.

No se tomaron prisioneros. Los arqueros mataron sin piedad a los soldados enemigos en un paroxismo de miedo e ira, y las bestias fueron dando media vuelta, comenzando a asustarse de las afiladas flechas y los tiros a bocajarro, y de pronto estuvieron corriendo, alejándose.

Las trompetas tocaron al alto.

—¡Alto! —repitieron los oficiales.

La falange se detuvo. A lo largo del frente, los oficiales corrían de un lado a otro dando órdenes para alinear la formación. La primera línea estaba descompuesta, y los Compañeros de Infantería se habían rezagado lo que ocupaba una falange casi entera.

—Si nos atacan ahora, estamos perdidos —dijo Filocles a Sático—. ¡Dioses!

Echó a correr por el frente de la falange, ordenando a los hombres que cerraran filas.

Los Escudos Blancos fueron los primeros en hacer suyo el grito y, en un abrir y cerrar de ojos, olvidaron toda disciplina.

—¡Los elefantes huyen! —gritaban los hombres, y las primeras filas, las que habrían tenido que enfrentarse a los monstruos, se pusieron a bailar.

Filocles rugía exigiendo silencio. Tolomeo apareció por la derecha y cabalgó hasta la primera línea.

—¡Mirad eso, muchachos! —gritó—. ¡Cada uno de vosotros debe una copa del mejor vino a nuestras compañías ligeras! ¡Por Heracles! —Tolomeo se detuvo delante de los Escudos Blancos—. ¡La victoria es nuestra, muchachos! ¡Aquí y ahora! ¡Recordad quiénes sois!

Los Escudos Blancos rugieron, y lo mismo hizo la falange de Egipto, pero Sático pensó que las demás ovaciones eran poco entusiastas. Esperó que sólo fuera una falsa impresión, fruto del miedo.

Filocles hizo un ademán hacia más allá de Namastis.

—No hay señales —observó—. Malas noticias.

A la izquierda, el combate de la caballería no iba bien para ninguno de los bandos. Y de repente, al dispersarse un momento la bruma de la batalla, toda la línea de la falange pudo ver que había más elefantes aguardando.

—Ares —maldijo Sático. De nuevo se le cayó el alma a los pies, de modo que se obligó a volver la cabeza—. ¡Bebed agua! —chilló.

Filocles estaba asintiendo.

—Tenemos que romper la falange delante de nosotros antes de que Demetrio nos eche esos elefantes encima —dijo—. Eso convenía a la batalla. —Bebió y escupió—. Cuando yo caiga, toma el mando.

—¿Cuándo caigas? —preguntó Sátiro.

Filocles le dedicó una sonrisa radiante; la clase de sonrisa que su preceptor rara vez mostraba. Acto seguido el espartano salió corriendo hacia donde estaba Tolomeo. Agarró su brida, y vieron que Tolomeo asentía y daba una indicación a los trompeteros, y la señal de avance resonó antes de que Filocles hubiese regresado a las filas.

Tolomeo dio la vuelta a su caballo y se dirigió hacia el combate de caballería que se libraba a la izquierda. A su derecha, a considerable distancia, Sátiro vio a Diodoro. Ya no comía salchicha, pero no se había movido.

Los Compañeros de Infantería todavía no estaban en su sitio.

Filocles se plantó ante la primera línea, puso su lanza horizontal y la estampó contra el pecho de los soldados que la formaban.

—¡Enderezad la fila! —rugió, y su voz fue tan atronadora que incluso Sátiro se estremeció, con casco y todo—. ¡Todos listos para la maniobra de conversión!

Corría a lo largo de la primera línea, haciendo caso omiso de las jabalinas que estaban comenzando a caer, hasta que alcanzó a Terón, y entonces regresó, rápido como un atleta pese a su edad, el vino y la armadura.

«¡Lanzas... arriba!», sonó la orden. Se encontraban a menos de un estadio del enemigo. Un puñado de valientes o estúpidos *psiloi* todavía estaba entre las dos imponentes falanges, pero se iban desperdigando, huyendo hacia los flancos. Sátiro vio a los últimos arqueros correr hacia la derecha para salir del terreno de combate.

Ahora que por fin veía la falange enemiga se dio cuenta de que presentaba mal aspecto; había desorden y huecos donde supuso que los elefantes habían embestido al huir, y los oficiales estaban alineando la formación.

A medio estadio, alcanzó a ver el movimiento del enemigo; habían cerrado filas, temblaban como si la falange fuese un único organismo vivo que se inclinara hacia delante al iniciar su avance, y de súbito todo sucedió dos veces más deprisa.

A la distancia de una carrera, vio los emblemas de sus escudos.

«¡Lanzas... abajo!», fue la orden emitida por la trompeta y repetida de boca en boca. Y las sarisas bajaron. En la falange de Egipto, los hombres de la línea de frente llevaban las lanzas más cortas, y las levantaron por encima de sus cabezas al unísono; una visión que literalmente disipó el miedo, cediendo el control al entrenamiento, y Sátiro hundió con firmeza su hombro debajo del borde de su *aspis*.

—¡Cantad el peán! —gritó Filocles, y los alejandrinos entonaron el himno de Apolo. El cántico le hizo avanzar cien pasos, manteniéndolo literalmente a flote, pero

cuando terminó, marchando de frente hacia el enemigo, aún le quedaban diez aterradores largos de caballo que salvar.

Diez largos de caballo y se enfrentó a una muralla de lanzas que llenó su mente tal como la había llenado el cuerpo de Amastris, de modo que nada ni nadie podía hacerle apartar los ojos del destello letal de doce mil puntas de lanza.

Los Escudos Blancos se estaban rezagando. Ares...

—¡Vista al frente! —rugió Filocles—. ¡Prepárate, Alejandría!

El *taxeis* bramó.

Cinco largos de caballo. El matorral de acero apuntaba directamente a su cuello, a su cabeza, demasiado espeso para penetrarlo. Lo bastante espeso para caminar por encima de él.

Era imposible que un hombre se enfrentara a tanto hierro y saliera con vida.

Las piernas lo llevaron hacia delante.

—¡A la carga!

La voz de Filocles y la trompeta de Rafik sonaron a la vez, y la primera línea respondió como una fiera amaestrada; hombro izquierdo abajo, lanza abajo, cabeza abajo.

Las lanzas resonaban contra su *aspis*, buscando sus costillas una y otra vez, y él acometía, las piernas empujaban, un golpe contra su yelmo, paso al frente, otro golpe y otro más con suficiente impulso para hacerle tropezar, pero él empujó, empujó, sólo la potencia de sus piernas y el peso de una docena de astas de lanza sobre su *aspis* se inclinaron casi planas como una mesa, y siguió empujando; el escudo de Diocles le empujaba hacia delante... ¡y a través de la línea enemiga! ¡Arriba y al frente! Y clavó su lanza bien recta, y notó el peso de Diocles empujándolo medio paso más. ¡Atravesada la línea!

A su derecha, Filocles rugía como un toro y su lanza golpeó el yelmo de un hombre justo encima de la nariz, que reventó con una tremenda rociada de sangre, y el hombre cayó para atrás y Filocles empujó...

De pronto, como si hubiese recobrado la inteligencia, Sático tuvo una visión general de la lucha, y con un solo movimiento fluido mató a un falangita; no al hombre que tenía enfrente, sino al que había delante de Abraham, cuyo escudo estaba abierto, y luego puso su gran escudo contra el del enemigo y empujó, y Abraham ocupó el espacio libre, por sí mismo o empujado por su columna, y cogió al siguiente soldado por sorpresa, tirándolo al suelo, y Sático hincó su lanza una, dos, tres veces, acertando a ciegas. Echó una mirada a Filocles, se cubrió el hombro y su oponente cayó fulminado y Sático dio un paso más al frente. El hombre enfrentado a Rafik tenía desprotegido el costado derecho, y su lanza estaba allí, asestando un golpe limpio contra el yelmo del enemigo. La punta no penetró, pero la cabeza sufrió una terrible sacudida y el hombre se desplomó, y Rafik lo pisó y avanzó, y el soldado que

le seguía clavó su contera en el pecho del enemigo abatido. El oponente de Sático rugió, empujó su escudo y Diocles lo mató por encima del hombro de Sático, y Sático dio un salto para cubrir a Filocles, que había derribado a otro hombre y avanzaba de nuevo. Los hombres a espaldas del que se enfrentaba a Filocles comenzaron a retroceder.

Ahora Sático estaba pecho contra pecho con otro hombre. Su oponente dejó caer la sarisa y arrancó la espada de la vaina, y Sático notó el olor de su aliento y se vio empujado hacia atrás, y las filas se cerraron; Abraham resoplaba y Namastis gritaba en egipcio.

La lanza de Sático se rompió en sus manos, atrapada entre dos escudos. Blandió la contera a modo de maza y aporreó el extremo del hombro del corpulento macedonio donde no lo cubría el escudo, y entonces su cuerpo se movió como si estuviera ofreciendo un sacrificio; mano arriba, arrancar la empuñadura de debajo de la axila, espada desenvainada, abajo, por encima, la finta y el tajo de revés. El macedonio no logró pararlo, no podía mover su *kopis*, y los huesos de la muñeca se separaron cuando Sático le cortó el brazo y la contera rebotó contra su yelmo tracio. La sangre de la mano cortada cegó a Sático, que retrocedió y dio un traspié, pero hacia delante, porque Diocles le dio un empujón y acuchilló al siguiente oponente por encima de su cabeza, cosa que le salvó la vida. Una espada le golpeó el yelmo y le cortó un trozo de oreja, aunque ni lo notó.

—¡Un paso más! —dijo la voz del dios de la guerra—. ¡Ahora!

Toda la falange de Egipto plantó los pies en el suelo y empujó. La falange macedonia se estremeció, y entonces, habiendo dado un paso, pudieron dar otro, y los macedonios cedieron.

Los egipcios se encendieron. Quizá nunca habían tenido fe. O quizás abrigaran esperanzas. Pero en esos instantes, en esos latidos del corazón, el mismo mensaje llegó a todos los hombres del *taxeis*.

«Somos los mejores.»

—¡Alejandría! —gritó Namastis. Fue el primero, pensó Sático, pero de pronto todos estaban gritando.

No hubo un grito de batalla discernible, sino un fragor, un rugido de rabia y miedo, la voz de los pulmones de bronce de Ares, y la falange enemiga cedió un paso, y otro más. Algo se había roto en su retaguardia y las lanzas caían al suelo, y de repente hubo...

Nada. Hombres desperdigados y confundidos delante de Sático, los enemigos habían sido unos idiotas al ceder, y Sático mató a uno sin pensarlo, y luego lo pisó asestando mandobles; uno, dos, tres, tan rápidos como el pensamiento.

—Ares —dijo Filocles. Su voz sonó débil—. ¡Sático! No hemos terminado. Reagrúpalos. ¡Rafik, toca volver a formar!

Sátiro miró hacia atrás y sólo vio a sus hombres, pero en su flanco todavía había enemigos, algunos tan cerca que oyó las órdenes que gritaban sus oficiales.

Sonaron las notas para volver a formar. Filocles se apoyaba en su lanza. Sátiro pensó que sólo estaba recobrando el aliento, pero entonces vio los regueros de sangre en las piernas del espartano; sangre que le manaba de debajo del peto de bronce.

—Voy a buscar a Terón —dijo Sátiro.

—No hay tiempo —dijo Filocles. Le fallaron las rodillas y la lanza se le escurrió entre las manos, pero no volvió la cabeza—. Derechos a su flanco; ahora mismo, chico, antes de que se recuperen. —Estiró el brazo, señalando el flanco desprotegido de la falange enemiga, y Filocles cayó de este modo, de cara al enemigo, con el brazo señalando el camino de la victoria.

Y Sátiro no vaciló. Pasó por encima de Filocles, tal como había cruzado la cubierta del *Loto Dorado*, como si llevara toda la vida haciéndolo, aunque el hombre a quien más amaba en el mundo yacía en la arena a sus pies.

Diocles corrió a ocupar su lugar.

—¡Conversión a la izquierda! —gritó Sátiro—. ¡A mi orden!

A través de las carrilleras de su yelmo, su voz sonó muy parecida a la de Filocles, incluso con su deje lacedemonio.

—¡Marchad! —rugió.

El *taxeis* pivotó sobre Terón, el hombre situado más a la izquierda, salvo que también él hubiese muerto. Aquélla era la maniobra que tan a menudo habían efectuado mal, el momento en que el centro de la línea se doblaría, pues los hombres más audaces irían demasiado deprisa, y los aterrorizados, demasiado despacio.

Medio giro. Todo el tiempo del mundo para considerar lo parecido que era gobernar un trirreme y mandar una falange. Todo el tiempo del mundo para vigilar a los hombres que tenía enfrente. También estaban girando, pero los de la retaguardia ya se estaban dando por vencidos y huían para salvar la vida, haciendo caso omiso de los jefes de fila. Una falange atacada por el flanco tenía todas las de perder.

El *taxeis* de Alejandría pivotó bastante bien. El centro se combó un poco al final; alguien tropezó, un hombre recibió un golpe de contera en la cabeza y las lanzas seguían bajas, no erectas. Demasiado cerca para eso.

Demasiado tarde para preocuparse.

—¡Carga en tres pasos! —gritó Sátiro.

Rafik lo tocó.

Sólo la mitad de las filas reaccionó. El centro era un desastre, sólo porque dos hombres cayeron y las lanzas de sus filas volaron en todas direcciones. El extremo de Terón no llegó a oír la orden, o si lo hizo, no respondió.

No importaba. Porque las cincuenta filas que sí respondieron cubrieron la distancia que mediaba hasta el enemigo a la carrera, y sus escudos desviaron el

puñado de sarisas que se opusieron a ellos. De pronto sus lanzas penetraron en el flanco del enemigo, y el regimiento enemigo se desmoronó y huyó como un rebaño de ganado aterrorizado; dos mil hombres convertidos en una turba en un abrir y cerrar de ojos; Sátiro, el hombre más a la derecha de su línea, no llegó a alcanzar a un enemigo: cuando llegó ya se habían marchado.

Se habían marchado, y nada bloqueaba a los Escudos Blancos, que gritaban de entusiasmo. Aunque habían entrado tarde en combate, se estaban moviendo, ejecutando una conversión a la izquierda, tal como lo habían hecho los alejandrinos.

Filemón, el polemarca de los Escudos Blancos, estaba llamando a Terón, y éste acudió corriendo por delante de los victoriosos alejandrinos.

—¡Bebed agua! —gritó Sátiro. Nadie salió de la formación para perseguir a los macedonios que se batían en retirada. En lugar de eso, unos cuantos hombres dieron vivas y el resto simplemente se detuvo. Como atletas al final de una carrera.

—¿Filocles? —preguntó Terón. Tenía la nariz rota debajo del yelmo y el peto cubierto de sangre.

—Ha caído —contestó Sátiro.

—Filemón quiere que marchemos hacia la derecha para dejarle espacio —dijo Terón—. Acataré tus órdenes —agregó.

—Bien —dijo Sátiro. Se irguió. Tuvo ganas de reír ante la idea de que al *taxeis* de medio soldados de Alejandría le pidieran que se volviera a la derecha y avanzara por filas en un campo de batalla, cuando esa maniobra ya era hartamente complicada en la plaza de armas.

Hizo lo que había visto hacer a Filocles. Corrió hasta la primera fila, repitiendo la orden una y otra vez. Aguardó unos instantes vitales, mientras el polemarca de los Escudos Blancos gritaba desde más a la izquierda. No le hizo caso, y aguardó a que los filarcos pasaran la orden hasta la retaguardia. Entonces corrió hasta donde estaba Rafik, maldiciendo sus canilleras. Le estaban destrozando los tobillos.

—¡De cara al lado de la lanza! —ordenó—. ¡Ar! Como un solo hombre —o casi, porque vio que Diocles se ponía de cara al lado del escudo para luego girar sobre los talones—, la falange de Egipto se volvió a la derecha y avanzó cien, doscientos pasos, adentrándose en las líneas enemigas.

Desde allí, a la derecha del frente de la falange, Sátiro alcanzaba a ver el combate de caballería que se libraba a la izquierda, así como los cuarenta elefantes de reserva.

—Terón —gritó. Sátiro se quitó el yelmo—. ¡De cara al lado del escudo! ¡Pon orden en tus filas! ¡Volved a formar!

Sabían que iban a darles esa orden y la ejecutaron como profesionales, y luego las filas se reordenaron. Junto a ellos, los Escudos Blancos hicieron su conversión para ocupar su puesto en la nueva línea de combate, mientras enfrente la siguiente falange enemiga comenzaba a amedrentarse y revolverse porque los hombres de los flancos

se dieron cuenta de lo que se avecinaba.

Terón surgió de entre el polvo como si lo guiara la mano de un dios.

—¿Polemarca? —preguntó.

—Ve en busca de Filocles. Sálvalo si puedes —dijo Sátiro con su voz de guerrero, desprovista de toda emoción. «¿Por qué no puedes ser así siempre?», le había preguntado Melita una vez. Se preguntó dónde estaría y si seguiría viva.

—Soy el único filarco que queda...

—Si no rehuimos la contienda, nada en la tierra ni en el cielo puede salvar al ejército de Demetrio —dijo Sátiro. Señaló hacia donde el centro de la falange se estaba descomponiendo, arrojando al suelo las sarisas antes de que ellos hubiesen iniciado la carga. Ni siquiera la súbita llegada de los elefantes de reserva salvaría a Demetrio. Su centro había perdido.

Sátiro se volvió hacia donde los Compañeros de Infantería aguardaban en la arena, sin una mancha de sangre, a medio estadio de ellos.

Terón no necesitó que se lo dijeran dos veces. Dio media vuelta y se echó a correr hacia donde se había librado el primer combate. En torno a Sátiro, todos los hombres bebían de sus cantimploras.

Sátiro salió a la carrera de la formación, dirigiéndose hacia el polemarca de los Escudos Blancos.

—Mis hombres necesitan un momento —dijo—. Voy a avergonzar a los Compañeros de Infantería para que se sumen a la línea.

El yelmo de Filemón tenía forma de cabeza de león. Se lo echó para atrás y lanzó una mirada desafiante a los Compañeros de Infantería.

—Se supone que son nuestros mejores hombres —dijo, encogiéndose de hombros—. Sin ellos no venceremos a los elefantes.

Sátiro saludó al oficial y regresó corriendo por la arena; tan sólo un estadio, la misma distancia de un *hoplitomodromos*, la carrera con armadura que se disputaba en los Juegos Olímpicos. Nunca un estadio le había parecido tan largo.

La formación de los macedonios era impecable, ni siquiera la brisa agitaba sus penachos. Panion no estaba a la vista. Sátiro se quitó el yelmo.

—¿Queréis que los hombres digan que vencimos esta batalla mientras vosotros mirabais? —gritó—. ¿O es que somos mejores soldados que vosotros?

Escupió, giró sobre sus talones y regresó corriendo a su *taxeis*. Cuando llegó a su puesto en la formación, estaba tan cansado que le temblaban las rodillas.

—Los Compañeros de Infantería están haciendo una conversión a la izquierda —dijo Diocles.

Sátiro volvió a ponerse el yelmo, se colgó el *aspis* de nuevo al hombro, un hombro que le dolía como si se lo hubiese quemado, y alzó su lanza.

—¡Alejandría! —gritó, y mil quinientos hombres rugieron.

Y de pronto estuvieron avanzando, con los Escudos Blancos en un flanco y los Compañeros de Infantería en el otro, y Sátiro tuvo la visión de Niké sosteniendo su corona de laurel sobre las líneas enemigas.

Melita y el resto de los *toxotái* terminaron su batalla al vencer a los elefantes. Cuando las falanges se enfrentaron en serio, las compañías ligeras huyeron en todas direcciones, y Melita no sintió la menor vergüenza de huir con ellas. Corrieron tanto para rodear el flanco de los Compañeros de Infantería que se quedó sin resuello, igual que tantos camaradas. Mejor eso que estar muerto. Se arrodilló en la arena, respirando tan pesadamente que casi le dieron arcadas.

—Mira eso —dijo Idomeneo, casi sin aliento. Melita siguió su mirada.

Los Compañeros de Infantería habían aflojado el paso y la falange de Egipto se estaba separando de ellos.

Idomeneo escupió.

—A esos cabrones los han comprado —dijo, sentándose en cuclillas—. Hemos vencido a los elefantes en balde.

Y entonces vieron la carga de la falange de Egipto. Se levantó polvo, junto con el ruido de mil cocineros golpeando mil calderos de cobre. «Sátiro. Jeno.» Los Compañeros de Infantería se detuvieron poco antes de entrar en contacto con sus oponentes.

Como sólo veía las filas traseras, Melita no tenía ni idea de lo que estaba viendo. Idomeneo se alejó y comenzó a reagrupar a los arqueros, y al cabo Melita vio a su tío Diodoro sentado en su corcel a unos doce largos de caballo a su derecha, observando el otro lado del campo de batalla y luego la nube de polvo que levantaban las falanges al combatir.

Se oyó un rugido, algo había sucedido, y Melita vio que la retaguardia de la formación egipcia se ondulaba como el trigo mecido por el viento un día de verano, y volvieron a rugir.

Notó la sombra y levantó la vista. Diodoro estaba a su lado.

—Habéis vencido a los elefantes —dijo.

—En efecto —respondió Melita con orgullo.

Diodoro señaló la retaguardia de la falange. Ahora los Compañeros de Infantería estaban avanzando, como si ya no pudieran resistir más la atracción del enemigo.

—Filocles acaba de darnos la oportunidad de ganar la batalla —dijo Diodoro con serena satisfacción.

—¿Qué? —preguntó Melita.

El hombre se volvió y miró a través del campo hacia donde los escuadrones de la caballería enemiga aguardaban inmóviles. Levantó el brazo.

—¿Ves esa caballería? Es más numerosa que la mía. Y no está avanzando. —

Esbozó una sonrisa—. Se supone que mi cometido es mantenerla a raya, pero creo que Filocles acaba de romper el centro del niño rubio. Me parece que voy a ir a hacer más grande el agujero. ¿Te apetece venir? —Sonrió—. Vayamos a demostrar a Macedonia que nosotros somos los mejores.

Melita se puso de pie de un salto, olvidando su fatiga.

—¡Por supuesto!

Diodoro hizo una seña a Crax, que trotó hacia ellos con una montura de refresco.

—Vaya, el arquero misterioso —dijo Crax, cuando pasó las riendas a Melita. Le sonrió—. Hay gente que cree que puede engañar a los demás —agregó.

Melita pasó un momento de vergüenza.

—Yo sólo quería...

—Guarda tus explicaciones para Safo —dijo Diodoro—. En lo que a mí respecta, no mantendría más alejada de un campo de batalla a la hija de Kineas que a su hijo. Segundo escuadrón, tercera fila. Ve a ocupar tu puesto. ¡Ar!

Melita saludó y siguió a Crax. Se despidió de Idomeneo levantando el brazo, y él le correspondió meneando la cabeza.

Detrás de ella, la carga de la falange de Egipto cobró ímpetu. Se volvió a mirar y Diodoro asintió.

—Tal como pensaba —dijo—. ¡Listos para cargar, *hippeis*!

El centro del *taxeis* enemigo no llegó a luchar; los soldados se desperdigaron, siendo las últimas filas las primeras en huir, de modo que pareció que el regimiento se deshiciera como una piel apolillada expuesta a un viento fuerte. Sátiro se detuvo cuando lo hicieron los Escudos Blancos. Le divertía ver a los Compañeros de Infantería pegados a su derecha. Se preguntó si los muy cabrones habían siquiera entablado combate. Pero allí los tenía y ahora estaban comprometidos.

Entonces toda el ala derecha del ejército, en formación a noventa grados de la línea de frente inicial, acometió de la derecha a la izquierda y lo que quedaba del enemigo se vino abajo. Las falanges enemigas situadas más al este luchaban denodadamente contra los macedonios leales de Tolomeo sin posibilidad alguna de huir, y muchos de ellos cayeron y aún más se rindieron antes de ser masacrados desde el flanco desprotegido.

Sátiro no sabía qué estaba haciendo la caballería, pero la batalla de infantería había terminado, y la infantería enemiga estaba acabada, destruida o rendida o huida. Ahora su *taxeis* se encontraba en el centro de la línea, delante de un muro de polvo y arena arremolinada. Lo único que quería hacer era dar media vuelta e ir en busca de Filocles, pero sabía cuál era su deber y, cuando la línea se detuvo, corrió por delante de la primera fila hasta el extremo izquierdo, donde encontró al polemarcha de los Escudos Blancos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sátiro.

El polemarca llevaba un escudo púrpura con incrustaciones de marfil. Parecía Aquiles redivivo, pero cuando se quitó el yelmo, apareció un cráneo tan calvo como una bola de mármol pulido.

—Que me aspen si lo sé, chico —contestó—. Tú estás al mando de esos egipcios, ¿verdad? Esos muchachos están enardecidos. —Sonrió—. Tampoco es que lo hayamos hecho muy mal nosotros. Y estoy muy complacido de que nuestros Compañeros de Infantería decidieran unirse al baile. ¿Dónde está vuestro gigante espartano?

—Herido —dijo Sátiro. Se llevó la cantimplora a los labios, ardua tarea llevando armadura, y bebió con sed.

—Espero que se recupere. No sé. Nunca había participado en una batalla como ésta. Nunca había visto una falange enemiga tan machacada. Esto debe de haber terminado; ¿qué pueden hacer? —Se encogió de hombros—. ¿Qué les queda para combatir?

Justo entonces, los jefes de fila macedonios comenzaron a gritar, y Sátiro se volvió para ver qué ocurría.

Los otros cuarenta elefantes de Demetrio surgían de la nube de polvo, avanzando pesadamente.

Diodoro tenía a los *hippeis* —los Exiliados—, y a otros seis escuadrones de caballería mercenaria. Desde la tercera fila, Melita no veía gran cosa, pero pensó que todos avanzarían juntos. Cabalgaban al paso y, al arrodillarse sobre los lomos de su caballo, vio la falange por encima del escuadrón de la izquierda.

Avanzaron, se detuvieron, volvieron a avanzar al paso y volvieron a detenerse. Bebió agua y aguardó.

—Pareces aburrida —dijo Carlo desde dos filas más adelante. Se rio a carcajadas como de costumbre.

Tanu, el tracio que iba justo delante de ella, se volvió y también se rio.

—¡No tengas tanta prisa por luchar! —dijo—. ¡La paga es la misma!

—¡No veo nada! —exclamó Melita.

—La caballería que tenemos enfrente está vacilando —dijo Carlo—. Todo su centro se ha largado. —El hombretón meneó la cabeza—. Nunca había visto nada igual, y he participado en unos cuantos combates.

Diodoro llegó al encuentro de Crax a medio galope.

—Melita, al frente y al centro —gritó.

La joven obedeció, convencida de que la iban a mandar a la retaguardia por haber protestado. Pero Diodoro le hizo señas para que se apresurara.

—¿Conoces a esa tal Amastris? —le preguntó Diodoro.

—Sí.

—Bien. Quédate conmigo. Voy a intentar abrir una brecha para entrar derecho a su campamento. Si atravesamos esa caballería, dudo que algo pueda detenernos; y entonces, mi querida niña, todos seremos ricos.

Diodoro sonrió y su barba, mayormente canosa, de pronto tuvo reflejos rojizos.

—Bueno —dijo Melita—, al fin y al cabo, somos mercenarios. Pero ¿no deberíamos aniquilar a esos regimientos de infantería?

Señaló hacia los miles de lanceros que huían desarmados hacia la seguridad de la ciudad fortificada de Gaza.

Diodoro negó con la cabeza.

—No —respondió. Sonrió de oreja a oreja—. Si los matas, ¿a quién emplearás para retomar Tanais? Lo que necesitamos es dinero para pagarlos. —Seguía sonriendo, y Crax y Eumenes sonrieron a su vez—. Y ahí lo tenemos, en el campamento de Demetrio. Vayamos a por él, ¿te parece? —Le dio la espalda y se puso a dar órdenes—. No te apartes de mi estribo —dijo a Melita—. Tu amiga la princesa debería estar cerca de la tienda del niño dorado. Tenemos que llegar a ella antes que los demás escuadrones de Tolomeo.

Dio media vuelta para ponerse de cara a sus jinetes.

—Allí —gritó en voz alta y clara— están todas las riquezas de Asia. ¡Lo único que tenéis que hacer es cogerlas!

Eran las palabras que pronunciara Miltiades en Maratón, y los Exiliados rugieron para mostrar su aprobación.

Pasaron del paso al trote, luego del trote a un medio galope, las filas se abrían descontroladamente cuanto más avanzaban, pero el enemigo no se esperaba su ataque. Los escuadrones de la retaguardia que habían permanecido unidos hasta entonces se desperdigaron cuando vieron la carga que se les venía encima. Nadie se quedó a librar una batalla perdida de antemano; menos aún contra los mismos jinetes que los habían hostigado durante semanas en el desierto.

Crax separó cinco filas para tomar prisioneros, en su mayoría soldados con caballos tan maltratados que no podían escapar a su persecución. Y de pronto estuvieron subiendo con gran estruendo la prolongada y suave pendiente hacia la ciudad fortificada de Gaza.

Las puertas estaban abiertas.

Los elefantes avanzaban impertérritos hacia las largas filas de lanceros; cuarenta elefantes contra ocho mil hombres. Sátiro regresó corriendo por delante de la formación hasta donde estaban sus hombres. Apretujados en medio de la línea, sus hombres no tenían adónde ir para huir de las bestias. Pero Sátiro sabía que las falanges de Alejandro habían vencido elefantes.

—¡Cambio de formación! ¡Escúchame, Alejandría! Voy a separar grupos de cinco columnas en la primera fila. Quiero que esas columnas efectúen una marcha espartana y se detengan en la retaguardia. ¡Abriremos caminos a través de la falange! —Algunos hombres, como Jenó y Abraham, daban la impresión de entenderlo mientras que otros, como Dionisio, tenían la expresión perdida. Sátiro comenzó a recorrer la fila—. Uno, dos, tres, cuatro, ¡cinco! ¡Todos vosotros, marchad para atrás! ¡Ar!

Los hombres que señaló, golpeándolos a casi todos con bastante fuerza en el yelmo con la punta de su lanza para asegurarse de que eran los que él quería, se volvieron y comenzaron a abrirse camino hacia atrás entre las columnas, cada uno seguido por la suya, dando empujones cuando era preciso, poniendo los escudos de lado para ganar espacio. La maniobra resultaba fea, parecía que toda su falange se hubiese desmoronado. Sátiro se volvió y miró a los elefantes, que estaban cerca.

—Heracles, no me abandones —dijo Sátiro en voz alta—. ¡Primera línea! ¡Jefes de columna, más juntos! ¡Quiero formaciones compactas!

Utilizó la lanza a modo de bastón de mando para ordenar la primera fila. Jenó negó con la cabeza y su penacho se removió.

—¡Tenemos huecos en la formación!

—¡Las bestias enfilarán esas brechas! —contestó Sátiro—. ¡Una vez las tengamos dentro, atacaremos!

Se volvió para mirar a los elefantes. Medio estadio.

—¡Mantente firme, Alejandría! ¡Cuando grite el nombre de Heracles, que cada hombre se vuelva hacia el elefante más cercano y ataque! ¡Matad a los conductores!

Echó un vistazo a los Escudos Blancos, que estaban efectuando la misma maniobra, abriendo brechas, si bien con bastante más profesionalidad.

Los elefantes eran tan grandes que tapaban el horizonte, estaban tan cerca que Sátiro veía sus ojos diminutos, armaban tanto ruido que la tierra temblaba a su paso. Detrás de ellos el polvo se alzaba como el humo de la fragua de Hefestos. Sátiro se dio cuenta de que le temblaban las manos, con las que sujetaba su lanza.

Las bestias aceleraron, moviendo con garbo sus pesados cuerpos, pisoteando la

tierra más deprisa con sus macizas patas, y Sátiro se quedó paralizado un momento antes de echar a correr hacia su puesto en la primera línea, con las piernas tan blandas como el pan mojado. Se obligó a erguirse, se volvió y se enfrentó a la carga de los monstruos. La idea de abrir brechas en la formación de lanceros se le antojó de lo más absurda.

Varios años antes, Tavi le había dicho que los elefantes sólo luchaban si alguien los conducía. Sátiro se aferraba a esa idea del mismo modo que un náufrago se aferra a un madero.

—¡Lanzas... abajo! —bramó alguien. Acto seguido, cayó en la cuenta de que era él mismo quien había dado la orden. Su cuerpo estaba funcionando por su cuenta.

Los *taxeis* respondieron como un solo hombre, las lanzas destellaron cuando la tropa alzó sus armas y las puso en posición; como si la mole de un elefante no fuera a partir las astas como quien rompe astillas para encender el fuego.

Poco más allá del alcance de su lanza, Sátiro vio que el gigante más cercano giraba para entrar a la carrera en la brecha abierta entre la columna de Abraham y la de Jenó, a dos largos de lanza de él. La bestia ya estaba aflojando el paso, pero se adentró en la brecha como si se lo hubiese ordenado su conductor.

Sátiro no veía a los demás elefantes, pero sí vio la pintura bermellón en el flanco de la bestia que pasó junto a él, y también percibió su extraño hedor. Tuvo la sensación de oír a Filocles diciéndole que a veces el líder debía mostrar el camino.

Se estremeció de miedo, llenó los pulmones de aire y a pesar de la peste de los grandes monstruos, percibió el olor a gato mojado junto a él.

—¡Heracles! —gritó. Alzó su lanza y se volvió, saliendo de la formación, un acto suicida en pleno combate de infantería, pero ahora se encontraba a dos columnas del elefante, y con miedo o sin él, aquello tenía que iniciarlo él.

Corrió por el terreno despejado del frente y enfiló la brecha de las columnas desplazadas, acercándose por detrás a la bestia, que meneaba su ridícula cola al caminar. Los hombres que llevaba a lomos estaban aterrorizados, su terror serenó a Sátiro, y ambos clavaban sus picas a los falangitas egipcios, que en su mayoría se defendían con vacilación.

—¡Heracles! —repitió Sátiro a pleno pulmón. Ya estaba al alcance de la pata del elefante. Su lanza era suficientemente larga. Dio tres pasos corriendo al lado de la bestia, pivotó sobre el pie izquierdo e hincó la lanza hacia arriba, directa al costado del *mahout*. El hombre se volvió demasiado tarde y su grito se perdió en el estruendo de los elefantes, y la falange rugió al verlo caer.

La bestia se detuvo. Emitió un sonido, un sonido horrible, el mismo sonido que Sátiro hubiese querido emitir al ver la sangre que manaba de la herida de Filocles, una mezcla de furia, disgusto y pesar.

La lanza de Abraham derribó al piquero macedonio de los lomos del animal y el

hombre cayó en la falange, chillando al morir bajo una docena de lanzas. El *taxeis* egipcio se convirtió en una turba que linchaba a los soldados que montaban a los elefantes, y en algunos sitios las bestias se rebelaban, matando a una docena de hombres en un instante. Un animal lanzó tan alto a un judío alejandrino que su caída hirió a tantos hombres como la furia del propio animal. Otro elefante aplastó a un hombre con una de sus inmensas patas y partió en dos el cadáver sirviéndose de la trompa, pero por lo general los soldados enemigos estaban siendo masacrados de cerca. Las columnas que se habían retirado para abrir las brechas cargaron sin que nadie se lo ordenara y sin otra intención que la de sumarse a sus camaradas en la matanza, y ni siquiera el horror de las muertes causadas por los elefantes logró retrasar la inevitable conclusión del enfrentamiento entre mil hombres y diez elefantes.

El elefante que estaba más cerca de Sático soltó otro estremecedor lamento, se desplomó y permaneció casi inmóvil.

En torno a Sático, el fragor de la batalla remitía. Casi todos los elefantes habían huido indemnes de la falange y, ahora, sin nadie que los guiara, corrían sin rumbo por la llanura, pero tres de ellos estaban atrapados en la masa de cuerpos y se limitaban a aguardar su destino.

Abraham agarró el brazo de la lanza de Sático cuando éste se disponía a matar a la bestia.

—¡Para!

Sático volvió la cabeza.

—¿Qué?

—¡No lo hagas! —dijo Abraham. Se quitó el yelmo, y el pelo largo le cayó empapado en sudor—. ¡Son nuestros! ¡Los hemos capturado!

Los hombres enseguida hicieron suya su consigna y, mientras viviera, Sático no olvidaría ese grito y los miles de manos alejandrinas alzadas no para matar, sino para acariciar a las grandes bestias.

—¡Los elefantes son nuestros!

Los Exiliados desfilaron entre la muchedumbre congregada en la puerta de Gaza como un escita entre las mieses un día de otoño, cuando el trigo está maduro y los tallos quebradizos. Luego cruzaron la gran puerta del campamento y se adentraron en sus estrechas calles.

Melita iba detrás de Diodoro al entrar en la ciudad. No hubo una verdadera defensa, sólo hombres asustados que huían de unos jinetes que rara vez no los mataban. Una vez cruzada la ciudad, entraron en el campamento de tiendas, y Melita vio que los jinetes enemigos y buena parte de la infantería huían en desbandada por el otro extremo del campamento; una victoria aplastante: los enemigos abandonaban su

campamento, sus esposas, su tesoro.

—¡Seguidme! —rugió Diodoro. Dirigió la cabeza de su corcel hacia el complejo de tiendas que se levantaba en medio del campamento, cual palacio construido con lonas, con una magnífica estructura central de púrpura tiria—. ¡Exiliados, seguidme!

Melita era una amazona nata, pero, aun así, le resultó difícil seguir a Diodoro. Su tío cabalgaba sobre los obstáculos, saltaba los vientos de las tiendas como un centauro, con la clámide ondeando a sus espaldas. Melita rodeaba los obstáculos que Diodoro saltaba, pero no se rezagó, y Crax y Eumenes y sus dos escuadrones los siguieron, con sus clámides descoloridas señalándolos como amigos.

Por el momento, el campamento era todo suyo.

—¡Ares y Afrodita! —gritó Diodoro al pasar bajo la puerta de la zona de mando, que disponía de su propio templo a Niké, así como de sus propias fuentes. Detrás de él, un puñado de guardias se rindieron a los Exiliados.

Hileras de estatuas de bronce dorado decoraban todas las entradas, y una bañera de plata ocupaba el centro del patio. Diodoro dejó que su caballo se abrevara en ella.

—Qué idiota —dijo Diodoro—. ¡Eumenes! Jefes de columna a la entrada de cada tienda. Cuatro filas en la puerta, y se reparte hasta la última puta moneda. ¿Entendido, muchachos?

Los hombres de Eumenes no aguardaron a recibir órdenes; desmontaron y fueron a proteger sus puestos en cuanto oyeron al hiparco. Eumenes se llevó a otro destacamento para rodear el complejo de tiendas.

—¡Arramblad con todo! —bramó Diodoro. Los Exiliados rugieron. A Melita le dijo—: Esto siempre tiene mejor acogida que la gloria.

—¡Hay que buscar a Amastris! —gritó Melita.

Pero Amastris sólo era una mujer, y allí estaba la recompensa por diez años de combates; allí estaba el tesoro del ejército enemigo, y casi todos los hombres sabían que éste pagaría su regreso a casa.

León entró en el patio. Saludó a Diodoro.

—El tercer escuadrón se está encargando de los oficiales y el cuarto ha ido a seleccionar caballos. —Asintió—. Veo que hemos llegado los primeros.

El tío León tenía sangre en el labio.

—¡Estás herido! —dijo Melita.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —dijo León. No sonrió.

—Tenemos que buscar a Amastris. ¡Todo el mundo está saqueando! —gritó Melita a sus tíos. Detrás de León, Coeno daba órdenes a una muchedumbre impaciente provista de palancas.

La joven se achicó.

—El flanco de Tolomeo se ha llevado la peor parte, según he visto —dijo León a Diodoro sin prestar más atención a Melita—. No nos haría ningún bien que el

Granjero muriera mientras saqueamos el campamento.

Diodoro negó con la cabeza.

—Demetrio estaba allí con su mejor caballería —dijo. Se quitó el yelmo—. Tolomeo puede arreglárselas. Si no fuese capaz de vencer con su izquierda y su centro victoriosos, habríamos estado condenados desde el principio.

—Eumenes saqueó el campamento enemigo en Gabiene y aun así perdisteis. — León observaba la nube de polvo que se alzaba al este—. Deja que me lleve a los mercenarios...

—¿Crees que vas a poder sacarlos de un campamento enemigo una vez iniciado el saqueo? —Diodoro miró en derredor—. Tolomeo es bueno, León. ¡Coeno, olvídate del mármol! Por los huevos de oro de Apolo, ese hombre va a detenerse a contemplar obras de arte.

León miró en torno a sí.

—Si estás convencido, entre esta vulgaridad hay algunas cosas que quiero.

Melita miraba a uno y al otro.

—¡Tenemos que buscar a Amastris! —gritó.

—¡Alto ahí! —chilló Diodoro cuando un puñado de mercenarios intentó cruzar una de sus filas—. Esto es nuestro, camarada. ¡Largo!

León saludó.

—La responsabilidad es tuya, camarada —dijo. Ignoró a Melita, estrechó la mano de Diodoro y se marchó.

La situación era inquietante, y había cosas que la joven prefería no ver — violaciones, brutales matanzas despiadadas—, pero no tantas como habría visto si el campamento hubiese sido defendido. Los Exiliados no habían perdido un solo hombre, no tenían la sangre encendida y por tanto mantenían cierta disciplina. Encontraron el tesoro, tomaron prisioneros que parecían valer un rescate y formaron caravanas con su botín antes de que el resto del ejército llegara al campamento.

Melita observaba asqueada toda aquella actividad, y vio lo que quedaba del ejército derrotado huyendo hacia el arenal por las puertas y las murallas de la parte trasera del campamento.

Justo detrás del cordón de Exiliados, vio que un puñado de hombres estaba violando a una mujer; la víctima ni siquiera gritaba. Tanu, el tracio de su fila, se percató y negó con la cabeza.

—No mires, muchacha —recomendó.

—Deberíamos detenerlos —apuntó Carlo.

—No nos hacen ningún daño —repuso Tanu. Se encogió de hombros—. A mí tampoco me vendría mal un poco de ajetreo —agregó.

Melita enderezó la espalda.

—Mi amiga está en alguna parte de este campamento —dijo—. Necesito algunos

hombres que me cubran mientras la busco. —Hizo avanzar a su caballo, hasta situarse delante de los piquetes—. ¿Quién viene conmigo?

—Don Eumenes nos ha apostado aquí —objetó Tanu.

—¿Tienes problemas, chica? —preguntó Coeno—. ¡Tú, Hama! Y Carlo. Y Tanu, maldito sea vuestro negro corazón. Subid el culo a la silla. —Levantó la vista hacia Melita—. ¿Y bien?

La muchacha cambió de sitio su *gorytos* y puso el puño de su *akinakes* de modo que fuera fácil desenvainar.

—Estratocles no es idiota —dijo—. Diodoro está demasiado atareado saqueando para que le importe, y tío León, demasiado enfadado para hacerme caso.

Coeno asintió.

—Me pregunto por qué será...

Melita obvió el comentario con un gesto de la mano.

—Pero Estratocles habrá huido en cuanto vio que la batalla estaba perdida. Se ha marchado, llevándose a Amastris consigo. Seguro.

No fue un alarde de retórica, Sátiro lo habría hecho mejor, pero algo en su tono tocó la fibra tanto de los hombres como Carlo, que la conocían, como de Coeno, que asintió e hizo una seña al soldado que guardaba su corcel.

—De acuerdo, voy contigo, señora. Saquear es impropio de caballeros. —Coeno enarcó una ceja—. Además, ya he terminado.

Los elefantes seguían huyendo, y un puñado de aterrados pero eufóricos voluntarios «custodiaban» a los tres que habían capturado, capitaneados por Namastis, recién ascendido a hiparco.

Sátiro estaba reformando su *taxeis*. Los Escudos Blancos corrían en tropel hacia el norte, sin ninguna disciplina; tras haber sobrevivido al enfrentamiento con los elefantes, daban caza a los fugitivos. Los egipcios eran diferentes, no sabían muy bien qué hacer con su victoria.

Sátiro los hizo formar, y se le encogía el estómago al ver las bajas y los huecos. ¿Dónde estaba Jenofonte? ¿Dónde Dionisio? ¿Y Diocles? Había tantos huecos en las primeras filas que se vio obligado a usar como filarcos a todos los muchachos que había reclutado, y luego tuvo que ascender a doce infantes de marina de León.

Los reagrupó de cara al campamento enemigo. A su izquierda todavía se libraban combates; grupos dispersos de caballería amiga y enemiga surgían de vez en cuando de entre la bruma de la batalla. Ya era más de mediodía. Sátiro bebió agua y buscó a alguien que le diera órdenes.

A su derecha, los Compañeros de Infantería volvían a formar. Los elefantes los habían castigado. Sátiro reconoció algunos rostros; ahora Amintas estaba en la primera fila, a pocos hombres de distancia. Sátiro lo saludó con la mano y Amintas le

devolvió el saludo.

El gesto pareció envalentonar al filarco que quedaba en los Compañeros de Infantería.

—¿Alguna orden, polemarco? —preguntó.

Sátiro tosió. Se volvió y escupió.

—¿Qué has preguntado? —dijo con voz ahogada.

El macedonio se encogió de hombros como si no llevara peto.

—Muchos oficiales han muerto en el primer encontronazo —dijo. Se quitó el yelmo y ofreció el brazo a Sátiro para que lo estrechara—. Felipe, hijo de Felipe.

—Sátiro, hijo de Kineas —dijo Sátiro—. No tengo ni idea de qué hacer ahora.

Felipe se rio.

—Joder, ¿seguro que eres un oficial? —preguntó.

Batir de cascos.

Clámides púrpura y pardas avanzaban hacia ellos entre el polvo.

—¡Caballería en nuestro flanco! —se oyó gritar a la izquierda. Sátiro tenía que verlo por sí mismo. Salió de la formación.

—¡Felipe, mantén esta posición! —ordenó—. ¡Abraham! ¡Toma el mando de la fila derecha! ¡Rafik, conmigo!

El nabateo lo siguió fuera de la formación y Sátiro echó a correr. El roce de las canilleras le arrancó las costras de los doloridos tobillos mientras corría por delante de su *taxeis*.

—¡Caballería! —gritaban sus camaradas.

Terón no estaba allí para mandar el flanco izquierdo, pero Apolodoro, uno de los infantes de marina de León, había ordenado a las columnas del flanco que giraran hacia el lado del escudo y que bajaran las lanzas, cubriendo el flanco del *taxeis*, un hombre inteligente. Sátiro se detuvo a su altura.

—Ahí los tenemos —dijo Apolodoro. Señaló hacia la bruma de polvo, donde Sátiro apenas veía movimiento.

Sátiro se echó el yelmo de plata para atrás y por fin pudo respirar y ver.

La caballería enemiga se aproximaba con cautela. No suponían una amenaza para él; su tropa había formado y Apolodoro ya la había protegido.

—Buen trabajo, infante —dijo Sátiro.

—¡Gracias, señor! —contestó el infante de marina con rigidez, como si fuese un oficial de verdad—. Me parece que han aplastado nuestro flanco derecho mientras nosotros aplastábamos el suyo —agregó.

El comandante de la caballería enemiga iba enfundado en una armadura de oro y llevaba un yelmo también de oro. Avanzaba al paso y de pronto sonó una trompeta y sus hombres se detuvieron.

Detrás de él, hacia la izquierda, sonó otra trompeta. Los hombres apuntaron.

Sátiro flexionó la espalda debajo de su coselete de escamas y se sacudió el agotamiento. El hombre con la armadura de oro tenía que ser Demetrio.

Este se adelantó con audacia. No tardó en cubrir la distancia que los separaba y se detuvo cerca de Sátiro.

—Ese yelmo es mío —dijo.

—Ven a por él —repuso Sátiro. No fue la mejor frase de su vida, pero tampoco estuvo mal. Se las arregló para sonreír.

—Pensaba que a lo mejor erais mi infantería —dijo Demetrio, en tono de conversación—. Creo que he perdido.

—Hemos destrozado tu infantería —dijo Sátiro.

Demetrio asintió.

—¿Luchamos? ¿En combate singular? Me parece todo un héroe.

La sonrisa cansada de Sátiro cobró vida. El encanto de Demetrio era como una fuerza de la naturaleza. Por un instante, deseó luchar contra tan formidable enemigo en un combate cuerpo a cuerpo.

—Encantado —dijo Sátiro—. Siempre y cuando desmontes.

Se oían trompetas detrás del flanco izquierdo, y los jinetes de Demetrio comenzaron a removerse inquietos.

—No, creo que más vale que no lo haga —dijo Demetrio. Sonrió, como si Sátiro se hubiese apuntado un tanto—. Lástima, tengo la impresión de que somos dignos rivales, y me gustaría tener algo que mostrar después de la jornada de hoy.

Sátiro dio un paso al frente para que no pareciera que tenía miedo.

—¿En otra ocasión, quizá? —concluyó, pues los hombres de la formación lo estaban llamando.

Demetrio empinó el caballo y le dedicó un saludo, el saludo olímpico.

—Pues hasta la próxima, héroe.

Dio media vuelta y se marchó al trote.

—¿Héroe? —dijo Sátiro.

Apolodoro sonreía.

Seguía sonriendo cuando Tolomeo apareció entre la polvareda.

—Joven Sátiro —dijo—. Me parece que hemos vencido. ¿Por qué están tan lejos tus hombres de vuestra posición en la línea? ¿Novedades?

Sátiro negó con la cabeza.

—Hemos vencido, señor.

Al sonreír, el feo rostro de Tolomeo se transformó.

—Eso pensaba yo, la verdad. Seleuco me ha salvado el pellejo en la polvareda, y las cosas han parecido mejorar. Bien, ¡veo que los muchachos han sido leales!

—Al menos los que importan —dijo Sátiro, y se oyó una tímida ovación.

A medida que la noticia oficial de la victoria se extendía, los soldados del *taxeis*

egipcio se desmoronaban como cortinas cortadas de sus barras. Los hombres se arrodillaban en el polvo o incluso se tumbaban. Y entonces alguien entonó un himno, el himno egipcio a Osiris. Casi todos los hombres lo conocían, incluso los griegos, y fueron sumando sus voces a la evocadora melodía.

—Zeus Sóter, chico —dijo Tolomeo. Tenía lágrimas en las mejillas, y desmontó.

Atraídos por el cántico, más hombres fueron saliendo de la bruma. Incluso la nube de polvo comenzó a disiparse.

—¡Ares! —gritó Seleuco—. ¡La caballería del flanco derecho ya está en el campamento enemigo! —Pareció que viera a la infantería por primera vez—. ¡Buen combate, soldados! Nadie podrá decir que ésta haya sido una batalla de caballería.

Tolomeo estrechó la mano de Sátiro.

—¿Dónde está tu preceptor, chico? ¿Vuestro polemarca?

Sátiro tuvo la sensación de que el corazón se le paraba, pues no había dedicado un solo pensamiento a Filocles desde lo que parecían horas.

—Ha caído, señor —dijo—. Yo estoy al mando.

Tolomeo le apretó la mano con más fuerza.

—Eres un buen hombre —dijo. Y abrazó a Sátiro—. Sabía que eras un joven de talento. —Entonces levantó la vista hacia Seleuco—. Reagrupa a todos los que todavía estén en condiciones de montar. Vamos a perseguirlos.

Seleuco se rio.

—No, señor. Vamos a saquear el campamento. Los hombres ya lo han decidido. Pero ofreceré una recompensa por los elefantes.

—Nosotros tenemos media docena —dijo Sátiro. Hizo una reverencia a Tolomeo y, cuando el gran hombre se marchó, sintió necesidad de tenderse en la arena. Sintió que se desmoronaba, pero en cambio dio media vuelta y se dirigió hacia donde estaba Abraham.

—Lleva a la tropa al campamento. No permitas que participen en el saqueo. Me voy a buscar a Filocles. —Sátiro miró a sus hombres, que más parecían un ejército vencido que un ejército victorioso. Los Compañeros de Infantería no presentaban mejor aspecto—. Enterrad a los muertos. Y buscad a nuestros heridos. Manda llamar a los escuderos.

Abraham asintió y Sátiro se marchó solo.

Mientras cabalgaban para salir del cordón, la escena era de tal violencia desenfrenada que el mercado nocturno de Alejandría parecía seguro y ordenado y el saqueo de los Exiliados un modelo de decoro. Los hombres bebían todo lo que encontraban y se comportaban como animales sin ningún motivo aparente, y Melita permanecía pegada a los suyos, cabalgando detrás de Coeno mientras éste se mantenía en el centro de las grandes avenidas del campamento de tiendas. En dos

ocasiones, Hama y Carlo mataron a otros hombres de su propio ejército.

—Es horrible —dijo Melita.

—Este es el río en el que nadamos —respondió Coeno. Escupió—. Casi todos los hombres son peores que los animales.

Como para demostrar su argumento, un resplandor naranja los iluminó. A sus espaldas, la ciudad estaba envuelta en llamas. Ardía, y Melita oía los gritos de los habitantes atrapados. El ejército de Tolomeo se burlaba de los gritos y masacraba a los que huían. Los macedonios del ejército de Tolomeo mataban a los macedonios del ejército de Demetrio.

Salieron del campamento, dejando atrás las manadas de caballos y adentrándose en la cola de la desbandada enemiga. Coeno se detuvo.

—¡Esto es una locura, chica!

Melita lo adelantó. Sabía que podía encontrar a Estratocles. Amastris ya no era su verdadero objetivo, aunque las imágenes de la mujer violada en el campamento se agolpaban en su mente cuando pensaba en su amiga. Cabalgó más deprisa, adelantando a asustados seguidores del campamento y a soldados heridos. Junto a ella galopaba una docena de los mejores hombres de su padre, y nadie se volvió contra ellos.

Filocles yacía envuelto en su clámide, con la cabeza apoyada en el regazo de Terón. El quitón del corintio le cubría las ingles, y había quedado teñido de un rojo espartano. El atleta lloraba.

Sátiro corrió el último trecho sollozando y se echó al suelo.

—¡Filocles! —dijo.

Los ojos del preceptor buscaron los suyos, y el joven le agarró la mano.

—¡Los has vencido! —murmuró Filocles.

—¡Eso le trae sin cuidado! —replicó Terón con voz pastosa y ronca.

—He intentado ser ético —dijo Filocles en voz baja—, pero he muerto matando a otros hombres.

—¡Eres un héroe! —aseguró Sátiro con los ojos arrasados en lágrimas—. ¡Eres demasiado duro contigo mismo!

—Te amo —dijo Filocles en voz tan baja que Sátiro tuvo que agachar la cabeza para oírle—. Dile a Melita que la amé.

—Sí —dijo Sátiro, súbitamente avergonzado—. Los dos te amamos. Siempre ha sido así.

Filocles emitió un sonido gutural.

—Así sea —susurró. Inspiró profundamente—. Analiza tu vida. Ama a tu hermana. Sé fiel.

Miró un momento a Terón y se desplomó, intentó mover las caderas y dio un grito

muy corto.

La sangre manaba tan deprisa al suelo que los pies de Sátiro se hundían en ella.

—¡Kineas! —dijo Filocles. Sus ojos se volvieron hacia el cielo.

Y allí, cuando comenzaba a oscurecer, Melita vio el perfil del sátiro a la luz de la ciudad incendiada: Estratocles. Llevaba una clámide, montaba una yegua espléndida y la nariz cortada lo delataba. Incluso en la penumbra, Melita vio que llevaba a Amastris montada delante de él.

Agarró a Coeno.

—¡Estratocles! —gritó—. ¡Ahí lo tenemos!

Coeno hizo girar a su caballo. Tardó un rato en ver lo que ella veía, y de pronto estuvo galopando hacia el ateniense.

Estratocles oyó el batir de cascos y dio media vuelta a su caballo. Iba acompañado de sus guardias, que hicieron lo mismo.

—¡Estratocles! —llamó Coeno.

Melita puso una flecha en su arco.

El ateniense sonrió. Bajó su espada.

—¡Dioses, la suerte me acompaña! ¡Escuchad! ¡Me rindo! —Sonrió más abiertamente—. ¡Soy un hombre de honor, en medio de esta desbandada!

Coeno aminoró hasta ir al paso y sus hombres rodearon a los compañeros del ateniense.

—Tira la espada —dijo Coeno.

Estratocles negó con la cabeza.

—Llegemos a un acuerdo —dijo, cruzando una mirada con uno de sus compañeros—. Tengo algo muy valioso aquí. Y sé cosas, cosas muy importantes para vuestro Tolomeo. ¿Entiendes?

—¡Entiendo que mataste a mi madre! —gritó Melita.

Estratocles volvió la cabeza.

—Y una mierda, querida. Eso lo hizo uno de los guardias de Eumeles, después de que ella me cortara la nariz. —Meneó la cabeza, enojado—. No tengo nada personal contra ti, chica. Sólo es política. —Estratocles susurró algo a su cautiva y ella se retorció—. Dadme un salvoconducto y os entregaré a la chica —dijo.

Melita encontró que no costaba tanto, incluso después de una larga jornada, mantener el arco tenso, pero los movimientos de Amastris le impedían disparar.

—Mírame, Estratocles —ordenó.

El ateniense no obedeció. Hincó los talones en los ijares de su caballo y la yegua retrocedió.

—Dudo mucho que dispires a través de la hija del tirano con tal de matarme —declaró. Dirigiéndose a Coeno, agregó—: Estoy más que dispuesto a rendirme, pero

no a ser asesinado.

—No es preciso rendirse —intervino Lucio en voz baja desde detrás de ellos—. Siento llegar tarde, jefe.

—Tengo tu vida en mis manos, Estratocles —dijo Melita.

Lucio tenía su espada apoyada contra el cuello de Hama.

—Señora, mira alrededor. Tengo a diez hombres sobre vuestros seis. —Meneó la cabeza—. Y no podrás mantener ese arco tenso toda la noche.

Coeno rio forzosamente.

—No la conoces. Estratocles, quítame a tu perro de encima y yo te quitaré el mío.

—Hecho —asintió el ateniense—. Amastris se va con vosotros. Lucio, ¿has cogido al otro?

—Por supuesto.

Estratocles se rio. En torno a ellos se libraban combates, y el bramido de un camello llenó la noche.

—Pues que cada cual siga su camino —dijo Estratocles. —¡Baja el arma! —ordenó Coeno, fulminando a Melita con la mirada.

—¡Mató a mi madre! —replicó ella—. Quiero verlo muerto. No habéis entendido nada si pensáis que mi vida vale más que mi juramento de venganza. ¡No me importa morir!

Coeno le tocó el brazo y la joven bajó el arco. Vio que Estratocles hacía una seña a su soldado, y el corpulento italiano apartó la espada del cuello de Hama.

El ateniense hizo saltar a la princesa en la arena.

—¿Ves? Cumpló mi parte del trato —dijo. Hizo una reverencia desde la silla—. ¿Princesa? Espero que volvamos a vernos.

Amastris se recompuso.

—He aprendido muchas cosas contigo, señor —respondió.

—Ni siquiera voy a cobrarte por ello. —Estratocles se rio. Dio media vuelta a su caballo, más ágil ahora que sólo llevaba un jinete, y se marchó al galope. Sus hombres le siguieron.

Melita negó con la cabeza.

—Tienes mucho de que responder —dijo a Coeno.

—Al final, me darás las gracias —respondió éste.

Uno de los hombres de Lucio escupió cuando aflojaron el paso. Nadie los perseguía.

—Tanto botín y nada que mostrar —se quejó.

Estratocles estaba cansado, pero el encuentro en la arena lo había enardecido y volvió a reírse.

—¿Nada? —preguntó—. Tenemos al hijo de Alejandro.

Señaló la acurrucada figura de Heracles, envuelto en un fardo en brazos de Lucio.
Los hombres silbaron por lo bajo.
Estratocles fue en cabeza costa arriba, cabalgando cual conquistador.

—Me caía bastante bien —dijo Amastris.

Melita no contestó. Junto con Coeno y Hama, ella y su escolta trotaban a través del campo de batalla al anochecer. Ya habían acudido bestias, buitres y cosas peores, que se estaban dando un festín de cadáveres. Melita vio elefantes arriados por hombres asustados y hordas de prisioneros macedonios; miles de piqueros del destrozado cuerpo central del ejército enemigo.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Amastris.

Melita no dijo nada, limitándose a espolear a su caballo. Tenía la sensación de que Moira la estaba presionando. La sensación iba en aumento cuanto más rápido cabalgaba, hasta que vio un círculo de hombres de pie bajo la última luz del día. Eran los únicos hombres del campo de batalla que no estaban saqueando, excepto por algunos esclavos, que ya estaban enterrando a los muertos.

Abrieron paso a su caballo, y allí estaba su hermano.

Vivo. Melita respiró profundamente.

Filocles.

—Ha muerto —dijo Sátiro. Parecía viejo, incluso a la luz rojiza de la ciudad en llamas—. Se ha despedido de ti.

Melita se echó en brazos de su hermano.

—Jeno ha preguntado por ti, pero no estabas aquí —dijo Sátiro.

—Había que rescatar a Amastris. No... no he podido matar a Estratocles.

Fue como contarle a Safo cómo había pasado el día. Sátiro torció el gesto.

Detrás de ella, Coeno soltó un terrible lamento.

—¡No! —dijo Melita, pero no necesitó mirar el cuerpo envuelto en una clámide al lado de Filocles para saber de quién se trataba. La muerte de Jenofonte marcaría para siempre el rostro de su hermano: la muerte de su juventud. Lo vio con la misma inevitabilidad con la que supo que llevaba al hijo del muchacho muerto en el vientre.

—Nunca hemos... —dijo Sátiro, y miró hacia otro lado—. No lo digo por mí —agregó con amargura.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Amastris—. ¿Sátiro? ¿Eres tú?

El joven se apartó de su hermana y estrechó a su amada entre sus brazos.

—¡Amastris!

Ella le dio un beso y miró en derredor.

—Lo siento —dijo la joven en voz baja—. Pero Tolomeo ha vencido, amor mío. Tú has vencido.

—Esta noche no —respondió Sátiro.

Levantó la vista al oír ruido de cascos, y vio que los Exiliados se acercaban con una reata de mulas cargadas de botín y los esclavos capturados. Y de pronto Diodoro estuvo allí, y León, y otros hombres que habían amado a Filocles y a Jenofonte.

Epílogo

El ejército egipcio enterró a sus heroicos muertos antes de regresar a Egipto. Tolomeo reunió a sus saqueadores y a su ejército y arremetió hacia el norte, dispersando a los soldados de Demetrio pero sin lograr atraparlo, y regresó a Gaza rico en botín de guerra y dejando Palestina asolada a sus espaldas.

Sátiro y Melita, como la mayoría de los supervivientes de la batalla, pasaron un día entero incapaces de moverse, y luego se afanaron en sus deberes, enterrando a los muertos. Acarreando comida.

Después de una batalla, nunca había suficientes esclavos. Y el peligro de que se reanudara el conflicto fue, al principio, muy real. Demetrio había salvado a casi toda su caballería. Sus patrullas comenzaron a merodear por la costa al norte de Gaza.

Transcurrieron semanas. Tolomeo se llevó a su caballería para efectuar una incursión en Palestina, y las ciudades le abrieron sus puertas. Diodoro cabalgaba a su lado, y el botín fue legendario. Pero, finalmente, Tolomeo decidió regresar a la patria, y la falange de Egipto abrió la marcha con sus catorce mil veteranos.

Cuando entraron en Alejandría, cantaron el peán, y la muchedumbre los ovacionó como nunca había ovacionado a otra compañía, y Namastis abrazó a Diocles, Amintas, Sátiro y Abraham como si todos fueran hermanos.

Y los padres y las madres lloraron a los muertos.

Pero la guerra y el mundo siguieron adelante.

Los juegos fúnebres de Alejandro habían costado unos cuantos miles de vidas. Pero aún no había escasez de contendientes.

Una semana después de su regreso a Alejandría, León envió a Sátiro al mercado de esclavos con veinte talentos de oro puro y con Diocles y Abraham como lugartenientes.

—Compra los mejores prisioneros macedonios —dijo León.

—¿Para qué? —preguntó Melita. Desde la batalla, cualquier cosa la ponía de mal humor, el disgusto de Safo, las excesivas atenciones de Coeno.

—Serán el núcleo de nuestra infantería —explicó León—. El próximo verano. Cuando nos embarquemos rumbo al Euxino.

Eso hizo sonreír a Melita, que saludó con la mano a Sátiro cuando éste se fue al mercado de esclavos en compañía de sus amigos y un puñado de guardias pagados, habida cuenta del dinero que llevaba consigo.

Los falangitas cautivos presentaban un aspecto horrible, desnutridos,

desahuciados. No parecían soldados. La mayoría ni siquiera levantó los ojos cuando Sático caminó entre ellos, y además apestaban.

—¿Esto es lo que queremos? —preguntó Sático a Diocles, que seguía con el hombro derecho lastimado y se lo frotaba cada dos por tres.

—He aquí una hermosa visión para unos ojos irritados —dijo una voz conocida.

Sático volvió la cabeza, y allí estaban Draco y su compañero Felipe.

Sático agarró el brazo del factor.

—Me llevo a esos dos.

—Éste es nuestro chico —dijo Draco. Esbozó una sonrisa—. Zeus Sóter, chaval.

Ya creía que podíamos darnos por muertos, te lo aseguro.

—Muertos y enterrados —logró decir Felipe. En verdad parecía muerto.

Pese a su mugre, Sático los abrazó.

—¿Qué estás tramando? —preguntó Draco, fijándose en el oro.

—Quiero dos mil de los mejores —dijo Sático—. Ayúdame a elegirlos.

—¿Para qué? —preguntó Draco—. Por la verga de Ares, chaval, ahí hay más oro del que he visto jamás, excepto en Persépolis.

—Estoy reclutando un ejército —contestó Sático—. Con mi hermana.

—Bueno, chaval, casi todos los mejores han muerto —dijo Sático—. En Arbela y Jaxartes y Gabiene y en un puñado de otros campos de todo el mundo. —Respiró profundamente—. ¿Hombres libres? ¿Comprarás nuestra libertad?

—Por supuesto —respondió Sático.

—De acuerdo, pues —dijo Draco, y su voz recobró ardor. Se irguió y comenzó a señalar hombres que yacían tumbados en su propia inmundicia—. La fiesta ha terminado, chicos —gritó—. Vamos a ser libres. Este de aquí es Sático, y es nuestro *strategos*.

Los macedonios se pusieron trabajosamente de pie.

Sático observaba, y tuvo miedo.

—Filocles solía decir que la guerra era el colmo de la tiranía —dijo.

Abraham asintió.

—El sumo tirano.

Glosario

Airyanám (avestano): Noble, heroico.

Aspis (griego clásico): Escudo redondo, grande y muy cóncavo que solían llevar los hoplitas griegos (no así los macedonios).

Baqca (siberiano): Chamán, mago, hechicero.

Quitón (del griego clásico): Prenda semejante a una túnica, confeccionada con una sola pieza de tela doblada por la mitad, prendida con broches o alfileres en el costado, el cuello y los hombros, y con un cinturón por encima de las caderas. El quitón masculino podía llevarse largo o corto. Si se llevaba muy corto, o estaba hecho con una pieza de tela pequeña, a veces se denominaba *chitoniskos*. Suponemos que la mayoría de los quitones se confeccionaban con una pieza de tela de 180 × 270 cm aproximadamente, y que se les añadía un cinturón o se les hacían pliegues para ajustarlos, largos o cortos. Los broches, los pliegues y los cinturones podían ser sencillos o muy elaborados. En Grecia la mayoría de estas prendas se hacían de lana. En el este, es posible que se prefiriera el lino.

Clámide (del griego clásico): Prenda semejante a una capa, hecha de una única pieza de tela, de tejido prieto y tal vez incluso hervido. La clámide solía prenderse con broches en el cuello y se llevaba como una capa, pero también podía echarse sobre los hombros y prenderse debajo del brazo izquierdo o derecho para usarla como prenda de vestir. Los hombres libres a veces aparecen desnudos con una clámide, pero rara vez aparecen con quitón y sin clámide; la clámide, no el quitón, era la prenda esencial, o al menos eso parece. Tanto hombres como mujeres usaban clámide, aunque de manera distinta. También en este caso, la pieza de tela de 180 × 270 cm parece permitir un correcto drapeado y tener la longitud que le corresponde.

Daimon (griego clásico): Espíritu.

Efebo (del griego clásico): Un hoplita novato, un muchacho que recibe instrucción para unirse a las fuerzas de su ciudad.

Epilektoi (griego clásico): Los hombres elegidos en una ciudad para formar parte de la falange; soldados de élite.

Estadio (del griego clásico): Medida de longitud que equivale a 1/8 de milla, la distancia que se recorre en un estadio, 178 m. Treinta estadios equivalen a un *parasang*.

Eudaimia (griego clásico): Bienestar. Literalmente, «con buen espíritu». Véase *daimon*, arriba.

Falange (del griego clásico): Formación de infantería utilizada por los hoplitas griegos en la guerra, de ocho a diez columnas en fondo y tan ancha como las circunstancias permitían. Los comandantes griegos probaron formaciones con más y menos columnas, pero en cualquier caso la falange era sólida y muy difícil de romper, pues presentaba al enemigo un auténtico muro de puntas de lanza y escudos, tanto en la versión macedonia con picas como en la griega con lanzas. Además, «falange» puede aludir al grueso de los combatientes. La falange macedonia era más profunda, con lanzas más largas llamadas sarisas, las cuales suponemos que eran como las picas que se usaron en tiempos más recientes. Los miembros de una falange, sobre todo de una falange macedonia, a veces se denominan «falangitas».

Filarco (del griego clásico): El comandante de una fila de hoplitas, que podía ser de hasta dieciséis hombres.

Gamelia (griego clásico): Una festividad griega.

Gorytos (griego clásico y posiblemente escita): El carcaj abierto por arriba que llevaban los escitas, a menudo muy ornamentado.

Himati3n (del griego cl3sico): Prenda gruesa consistente en una 3nica pieza de tela de al menos 360 cm de largo por 180 cm de ancho, drapeada sobre el cuerpo y un hombro, y usada tanto por las mujeres como por los hombres.

Hiparco (del griego cl3sico): El comandante de la caballer3a.

Hippeis (griego cl3sico): En el 3mbito militar, la caballer3a de un ej3rcito griego. En sentido general, la clase de la caballer3a, sin3nimo de caballeros. Usualmente los hombres m3s ricos de una ciudad.

Hoplita (del griego cl3sico): Soldado griego de infanter3a que porta un *aspis* (el escudo redondo grande) y combate en la falange. Representa a la clase media de hombres libres en casi todas las ciudades, y si bien a veces parecen caballeros medievales por su aspecto, tambi3n son la milicia de la ciudad y en sus filas se cuentan artesanos y peque1os granjeros. A principios de la 3poca cl3sica, un hombre con tan s3lo doce acres de cultivo ten3a derecho a portar *aspis* y servir como hoplita.

Hoplomachos (griego cl3sico): Hombre que ense1aba a luchar con armadura.

Hipereta (del griego cl3sico): El trompetero del hiparco; tambi3n su sirviente o ayuda de campo.

C3tara (del griego cl3sico): Instrumento musical parecido a la lira.

Klin3 (griego cl3sico): Div3n o cama en la que los helenos tomaban las comidas y quiz3 tambi3n usaban para dormir.

Kopis (griego cl3sico): Pu1al o espada de hoja curva, bastante parecido a un moderno Ghurka *kukri*.

Machaira (griego clásico): La pesada espada de la caballería griega, más larga y resistente que la espada corta de la infantería. Su objeto es dar más alcance al jinete y no es útil en la falange. También es aplicable a cualquier otra arma blanca de puño.

Parasang (griego clásico, del persa): Medida de longitud equivalente a 30 estadios. Véase más arriba.

Porné (griego clásico): Prostituta.

Pous (griego clásico): Medida de longitud de unos 30 cm.

Prodromoi (griego clásico): Exploradores; los que corren delante o primero.

Psiloi (griego clásico): Soldados de infantería ligera, por lo general armados con arcos y hondas, y a veces jabalinas. En las guerras de las ciudades estado griegas, los *psiloi* se reclutaban entre los hombres libres más pobres, aquellos que no podían costear la carga económica de una armadura de hoplita y el entrenamiento diario en el gimnasio.

Sastar (avestano): Tiránico. Un tirano.

Taxeis (griego clásico): Los regimientos de picadores de las falanges macedonias. Puede aludir a cualquier regimiento, pero suele emplearse para designar una compañía o un «batallón». Un *taxeis* tiene entre 500 y 2.000 hombres, en función de las bajas y las deserciones. Sinónimo aproximado de falange (véase arriba), aunque en una gran batalla una falange pueden componerla doce *taxeis*.

Xiphos (griego clásico): Espada de infantería de hoja recta, usada habitualmente por los hoplitas y los *psiloi*. En el arte clásico griego, sobre todo la cerámica de arcilla roja, aparecen muchos hoplitas que las llevan, pero sólo se han recuperado unas cuantas y sigue abierto el debate sobre su forma y uso. Según parece eran muy semejantes al *gladius* romano.

Nota histórica

Escribir una novela —varias novelas, espero— sobre las guerras de los diádocos, o sucesores, es un juego difícil para un historiador *amateur*. Los jugadores son muy numerosos, existen muchos bandos y, francamente, ninguno de ellos representa a los «buenos». Desde el principio tuve que tomar ciertas decisiones, en su mayoría para reducir el elenco de personajes a un número que el lector pudiera asimilar sin insultar a la inteligencia de nadie. Antígono *el Tuerto* y su primogénito Demetrio merecen novelas propias, y lo mismo cabe decir de Casandro, Eumenes, Tolomeo, Seleuco, Olimpia y los demás. Cada uno de ellos podría representar al «héroe» y el resto a los villanos.

Si considera que necesita una tarjeta de puntuación, sugiero que visite mi página web www.hippeis.com, donde por lo menos podrá examinar las biografías de algunos jugadores principales. Wikipedia también ofrece biografías de la mayoría de los actores de la época en cuestión.

Desde el punto de vista de la pura historia militar, he tomado algunas decisiones que los lectores entendidos quizás encuentren extrañas. Por ejemplo, he dejado de creer en la existencia del *linothorax*, o peto de lino, y lo he suprimido de mis novelas. Como tampoco creo que el sistema de picas macedonio —la falange armada de *sarisas*— fuera realmente «mejor» que el viejo sistema griego de los hoplitas. De hecho, sospecho que era peor, pues los testimonios del principio de la guerra moderna dan a entender que cuanto más largas son las picas, menos cabe confiar en la tropa. Los jóvenes granjeros macedonios no eran hoplitas; carecían del contexto social y cultural que creaba al hoplita. Fueron decisivos en su época, pero que su sistema fuese «mejor» que el antiguo, bueno, igual que con tantos cambios militares, se trató de un cambio cultural, no realmente tecnológico. O al menos ésa es mi opinión.

Los elefantes no eran tanques, como tampoco una herramienta mágica para alcanzar la victoria. Podían ser muy eficaces o todo lo contrario. He intentado ilustrar ambos casos.

Lo mismo cabe decir de la caballería de arqueros. En campo abierto, con un sinfín de caballos de refresco y un suministro inagotable de flechas, un ejército de arqueros montados debió de ser una auténtica pesadilla. Pero unos pocos cientos de arqueros en la vasta extensión de un campo de batalla de los sucesores quizá no supusiese más que una molestia.

En última instancia, no creo en la historia «militar». La guerra tiene que ver con la economía, la religión, el arte, la sociedad... La guerra es inseparable de la cultura. En aquella época no era posible formar a un campesino egipcio para convertirlo en

arquero de caballería sin cambiar su modo de vida y su economía, su estatus social, quizá su religión. Las preguntas acerca de la tecnología militar —«¿Por qué Alejandro no creó un ejército de [inserte aquí un prodigio tecnológico]?»— pasan por alto las limitaciones que imponía la realidad de la época la cultura de Macedonia, que, en mi opinión, llevaba en su seno la semilla de su propia destrucción desde el principio.

Y luego tenemos el problema de las fuentes. En la medida en que sabemos algo sobre el mundo de los diádocos, debemos ese conocimiento a unos pocos autores, aunque ninguno fue contemporáneo. Me he servido de Diodoro Sículo durante la escritura de los libros de la serie TIRANO; en la mayoría de casos lo prefiero a Arriano o a Polibio, y en muchos es la única fuente disponible. También admito haber utilizado (¡con sumo gusto!) material de Plutarco, si bien soy plenamente consciente de su cariz moralizante.

A quien interese una lección abreviada sobre las dificultades que plantean las fuentes, recomiendo visitar la página web www.livius.org. Los artículos acerca de las fuentes demostrarán, espero, lo poco que sabemos sobre Alejandro y sus sucesores.

Ante todo soy novelista, no historiador, y en ocasiones esas lagunas, o incluso grandes vacíos, son precisamente el lugar en el que actúan mis personajes. En cualquier caso, espero haber creado una versión verosímil del mundo después de la muerte de Alejandro. Espero que hayan disfrutado con este libro, así como con los tres —o cuatro— que le seguirán.

Y, como de costumbre, siempre será un placer recibir sus comentarios, e incluso sus críticas, en el ágora online de www.hippeis.com. ¡Allí nos vemos, espero!

Nota del autor

Soy escritor, no lingüista; novelista, y no del todo historiador. Pese a esta salvedad, mientras trabajo pongo mucho empeño en investigarlo todo, desde la ropa hasta las formaciones de las falanges, y a veces no estoy de acuerdo con la docta opinión tanto del mundo académico como de los generales de sillón que escriben vistosos libros ilustrados de gran formato sobre estos temas. Un ejemplo excelente sería el del *linothorax* o armadura de lino para el pecho de los guerreros griegos y macedonios. No creo que en la época sobre la que escribo existiera el *linothorax*, y no encontrará ninguno en mis libros. Si desea saber más sobre por qué el *linothorax* podría ser un producto de la imaginación moderna, recomiendo la visita de mi página web www.hippeis.com.

Dicho esto, valen todas las salvedades de costumbre. Muchos historiadores profesionales y *amateurs* leen estos libros y me ayudan con sus críticas; ¡gracias! Pero en última instancia los errores son míos. Sé leer griego, despacio y con un montón de libros a mano, y tomo mis propias decisiones sobre lo que dicen Pausanias o Arriano. Si usted encuentra un error histórico, ¡hágame saber, por favor!

Una cosa que he procurado evitar ha sido cambiar la historia tal como la conocemos para adecuarla al tempo de la acción o a la trama. La historia de las Guerras de los Diádocos bastante complicada es de por sí sin que yo la altere...

Además, cuanto más escribes sobre una época que amas (y yo me he enamorado perdidamente de ésta), más aprendes. Y al aprender más, las palabras pueden cambiar en sí mismas o en su uso. A modo de ejemplo, en *Tirano* utilicé el *Hipárquico* de Jenofonte como guía para casi todo. Jenofonte llama *machaira* al arma ideal. Estudios posteriores han revelado que los griegos eran bastante laxos con la nomenclatura de sus espadas (en realidad, todo el mundo lo es, excepto los entusiastas de las artes marciales), de ahí que la *machaira* de Kineas probablemente fuese llamada *kopis*. Por ende, en el segundo libro, la llamo *kopis* sin ningún rubor. Es posible que otras palabras cambien; desde luego, mi comprensión de la mecánica interna de la falange hoplita ha cambiado. Cuanto más aprendes...

Agradecimientos

Siempre lamento terminar una novela histórica porque escribirlas es el mejor trabajo del mundo y las tareas de investigación son lo más divertido que me cabe imaginar. Abordo cada era histórica con una canasta llena de preguntas: «¿Qué comían?» «¿Cómo se vestían?» «¿Cómo funcionaba esa arma?» Esta vez mis preguntas me han llevado a iniciar una reconstrucción de la época. Los estudiosos que recrean el mundo clásico han constituido una magnífica fuente para mí al escribir, tanto por los detalles sobre el vestido, el armamento y la comida, como por ser una fuente de inspiración. En ese aspecto quisiera dar las gracias a Craig Sitch y Cheryl Fuhlbohm de Manning Imperial, quienes realizan algunas de las mejores reconstrucciones de la cultura material de la antigüedad clásica (www.manningimperial.com), así como a Joe Piela, de Lonely Mountain Forge, por ayudarme a recrear el equipo militar con un calendario muy apretado. También quisiera dar las gracias a Paul McDonnell—Staff, Paul Bardunias y Giannis Kadoglou por su profundo conocimiento y su permanente disposición a contestar preguntas, así como a otras sociedades de todo el mundo, desde España hasta Australia, dedicadas a recrear la antigua Grecia. La Melbourne and Sydney Ancients ha sido especialmente generosa con los permisos para utilizar sus fotografías, y muchos profesionales en Grecia, el Reino Unido y otros lugares han sido incansables al prestarme su apoyo. Gracias sobre todo a los miembros de mi propio grupo, Hoplogia and the Taxeis Plataea, por ser los conejillos de indias en la experimentación con un sinfín de artículos de la vida cotidiana y las artes marciales. ¡A Maratón!

Y hablando de quienes recrean el mundo antiguo, mi amigo Steven Sandford es autor de las ilustraciones de este libro y merece un agradecimiento especial.

En cuanto a amigos, tengo una deuda de gratitud con Christine Szego, por sus críticas diarias y el apoyo de su tienda, Bakka Phoenix, en Toronto. ¡Gracias, Christine!

Kineas y su mundo surgieron de mi deseo de escribir un libro que me permitiera abordar temas tan serios como la guerra y la política, que forman parte de nuestra vida en la actualidad. Supuso un regreso a la escuela y un regreso a mi primer amor: la historia clásica. También soy un entusiasta confeso de Patrick O'Brian, y quería escribir una serie que me permitiera explorar en profundidad y con rigor todo ese período, con las relaciones que definen a los hombres, y a las mujeres, en la guerra, no sólo un fragmento. La combinación de historia clásica, filosofía de la guerra y ética del mundo de la *areté* dio lugar al volumen que tiene en las manos.

Por el camino conocí al profesor Wallace y al profesor Young, ambos muy eruditos y vinculados desde años atrás a la Universidad de Toronto. El profesor Wallace contestó a todas las preguntas que le hice, proporcionándome un sinfín de fuentes, y presentándome las laberínticas elucubraciones de Diodoro Sículo, y finalmente a T. Cuyler Young. Cuyler tuvo la amabilidad de iniciarme en el estudio del Imperio persa en tiempos de Alejandro y de debatir la posibilidad de que Alejandro no fuera infalible, ni siquiera de lejos. Deseo expresar mi más profundo agradecimiento a estos dos hombres por su ayuda para recrear el mundo griego del siglo IV a. C., así como la teoría sobre las campañas de Alejandro que sustenta esta serie de novelas. Toda la erudición es suya y cualquier error que haya es, indudablemente, mío. Nunca olvidaré el placer de sentarme en el despacho del profesor Wallace o en la sala de estar de Young, y comer tarta de chocolate mientras debatíamos el mito de invencible que acompaña a Alejandro. Ambos fallecieron poco después de que escribiera este libro, pero ninguno de los libros de Kineas habría sido lo mismo sin ellos. Fueron grandes hombres y grandes académicos, la clase de eruditos que mantienen viva una civilización.

También quisiera dar las gracias al personal del Departamento de Clásicas de la Universidad de Toronto por su constante apoyo, y por reavivar mi adormecido interés por el griego clásico, así como al personal de la biblioteca Toronto Metro Reference Library por su dedicación y apoyo. ¡Las bibliotecas son importantes!

Quisiera agradecer a mis amigos Matt Heppe y Robert Sulentic su apoyo al leer la novela y comentarla, ayudándome a evitar anacronismos. Ambos poseen conocimientos enciclopédicos sobre la historia militar clásica y helenística, y, una vez más, cualquier error es mío. He añadido a dos nuevas lectoras: Aurora Simmons y Jenny Carrier, ambas dedicadas a la reconstrucción del mundo antiguo, ambas muy cultas, y ambas capaces de señalarme cuestiones que no he comprendido bien.

Además, debo ocho años de agradecimientos a Tim Waller, el mejor corrector del mundo. ¡Y unas cuantas cervezas!

No podría haber abordado tantos textos griegos sin contar con Perseus Project. Este recurso *online*, patrocinado por la Tufts University, proporciona acceso *online* a casi todos los textos clásicos en griego y en inglés. Sin él aún estaría bregando con el segundo verso de *Medea*, por no mencionar la *Ilíada* o el *Himno a Deméter*.

Tengo una deuda de gratitud con mi excelente editor, Bill Massey, de Orion, por la constante atención prestada a estos libros y sus numerosos y necesarios halagos, por su buen humor ante las sentencias del autor y por su apoyo en todas las etapas. También quisiera dar las gracias a mi agente, Shelley Powers, por su indefectible esfuerzo en mi nombre, y por muchas cenas exquisitas, la última de las cuales, celebrada en el único restaurante de cocina griega clásica del mundo, Archeon Gefsis, en Atenas, tuvo como consecuencia la apresurada reescritura de los contenidos

culinarios. ¡Gracias, Shelley!

Por último, me gustaría dar las gracias a las musas del Luna Café, que amén de servir café lo hacen siempre de muy buen humor; sin ellas, desde luego, no habría habido libro. Y todo mi agradecimiento, el de una vida entera, para mi esposa, Sarah.

Si tiene alguna pregunta o desea saber más o participar (¿Le gustaría ser un hoplita en Maratón?), le ruego visite www.hippeis.com.

Christian Cameron
Toronto, 2009



CHRISTIAN CAMERON, es escritor e historiador militar. Es veterano de la Armada de Estados Unidos, donde sirvió como aviador y oficial de inteligencia. Reside en Toronto, y actualmente está escribiendo la siguiente novela de la serie TIRANO mientras trabaja en su doctorado en lenguas clásicas.